

# SPOTA

19a. EDICION
95.000 EJEMPLARES VENDIDOS

# EL PRIMER DIA



grijalbo

"...y los que están sentados en las tinieblas y sufren del terrible mal de la memoria".

*Juan Marsé*

"Yo estoy aquí para contar la historia."

*Pablo Neruda*

"Fue pronto un presente y ya es un pasado."

*José Ortega y Gasset*

"Porque los actos son nuestro símbolo."

*Jorge Luis Borges*

"Nada hay que sea de una sola pieza en este mundo. Todo es un mosaico."

*Balzac*

"Quiero morir sin que haya quedado oculta una sola de mis acciones."

*Juan José Arreola*

"...el arte de saber creer en las mentiras".

*Cesare Pavese*

"No sólo tenemos plata: tenemos mando, y eso cuenta."

*Mario Monteforte Toledo*

"¿Tiene acaso la política algo que ver con la moral?"

*Maurice Joly*

"El tiempo sólo es tardanza
de lo que está por venir."

*Martín Fierro*

Luis Ordaz

# I

LOS RETRATOS de la víspera, tan del gusto de Armandina, debieron haber sido arrancados en cuanto el Poder dejó de ser suyo –a partir, supuso, del primer minuto de ese día desapacible por el viento del huracán que desde la madrugada atacaba las costas orientales. "Ayer todavía estaban", y los recordó, mientras volvía de Palacio a Los Arcos con su mujer, en los muros de los edificios, sobre los grandes paneles en los que se anuncian bancos y cervecerías, fábricas de pan y embotelladoras de refrescos. Los buscó ondeando en los mástiles de plazas públicas y jardines municipales. Tampoco los halló en los amarillos postes del alumbrado que definían los meandros de la Vía Rápida de Superficie Presidente Gómez-Anda por la que avanzaba, sin descubierta de motociclistas ni retaguardia de sedanes negros con guardaespaldas, el antiguo *Mercedes* blanco de don Aurelio. "No esperó mucho para empezar a joderme, el hijo de puta", y dentro de la boca oyó el rechinido de sus muelas falsas.

Los habían retirado después de la medianoche, y algo más tarde, entre la luz incierta de lo que aún no era día, otras manos ("Mandadas por él; si no, ¿por quién?"), pintaron con estarcidores sobre muros, fachadas y vidrieras de bancos y almacenes las enormes letras rojas

AGA
ASESINO-LADRÓN

que lo ofendían, y que procuraban ignorar, apenados y molestos como si a ellos les fueran dichas, el mayor Pilo Fraga, el único ayudante militar que le habían permitido retener, y el chofer Julio Ortiz, a su servicio desde la época, vieja ya en el tiempo, en que él trabajó en la DIE: Dirección de Investigaciones Especiales del Ministerio del Interior; esas tenaces letras

ASESINO-LADRÓN
AGA

que le salían al paso, no importaba hacia donde mirara; que cruzaban delante de él en los costados de los autobuses; que se alejaban calle abajo, siempre:

AGA
ASESINO-LADRÓN

sangrando en los tranvías; frescas en los cristales de algunos taxis; en el parabrisas de un colectivo; chorreantes, pero legibles, en el flanco de un transporte escolar –y recordó, ¿cómo evitarlo?, aquellos días difíciles, silenciosos como ese, que siguieron a la matanza de mayo cuando se convenció que no se puede gobernar y padecer remordimientos y dejó de importarle que la borrascosa base estudiantil lo llamara asesino; días de tropas en las calles; de tanques antimotines patrullando el campus universitario; de persecusiones y abusivos cateos, en los que lo acusaban de ser cruel y soberbio, pero en los que nadie todavía alzaba la voz para gritarle ladrón; y luego de abandonar la Vía Rápida Gómez-Anda y de recorrer por cinco minutos la Diagonal César Darío, el chofer obedeció la señal de



alto en el crucero con O'Higgins, donde la muchacha de la camiseta deportiva y el ceñido pantalón de mezclilla azul, se acercó al *Mercedes* y sin mirar a los que iban dentro metió por la ventanilla entreabierta uno de los papeles que estaba repartiendo; una hoja, blanda por efecto de la lluvia, en la que ocupaban su lugar, nítidas, las palabras rotundas:

AURELIO GÓMEZ-ANDA
ASESINO-LADRÓN
¡CÁRCEL!

–Déme eso, mayor . . .

Pilo Fraga pretendió una desobedencia:

–Es basura, señor.

Hacia arriba la palma, en el anular la alianza de oro, la flaca mano firme de Gómez-Anda reposó sobre el borde afelpado del respaldo:

–Mayor . . .

Dejó don Aurelio que sus ojos recorrieran las palabras. De nuevo (¿cuántas veces ya desde que El Señor levantó el índice para empezar a ofenderlo en la Cámara, esa mañana?) una espuma de saliva se le hizo amarga en la boca. Buscó para sus hombros el apoyo del respaldo. "Eso no se le hace a un amigo, a uno del oficio." Empezó a doblar el papel que le había entregado la muchacha. "De haberme reconocido, ¿qué habría hecho?, ¿organizar mi linchamiento con los otros vagos que andan con ella distribuyendo su porquería". Apretó con rabia lo que era ya el volante: un acordeón no mayor que el timbre postal de cinco pesos con el retrato de Armandina que el entonces ministro de Comunicaciones, Jorge Avellaneda Jáuregui, hizo emitir el año anterior cuando buscaba el apoyo, decisivo, de la Primera Dama para lograr que Gómez-Anda lo designara su heredero a la Presidencia de la República.

Vacía de vehículos y transeúntes, pardas de lluvia y encharcadas en algunos tramos, las calles del barrio al que volvía luego de diez años, le parecían feas, menos alegres y coloridas de como recordaba que eran en aquellos tiempos jubilosos de hacía una década cuando rebosaban de multitudes que iban a visitarlo. Esta mañana de cellizca no había nadie esperándolo, aplaudiéndolo, festejándolo con música de charangas; ni puestos de frituras; ni mantas tendidas de acera a acera, con lemas políticos del Partido Unificador Revolucionario, o frases espigadas de sus discursos como candidato en campaña o como Presidente Electo. Habían silencio y puertas cerradas; indiferencia y una anciana atenta a que terminara de pujar sobre un parche de césped el perro chihuahua, esquelético y friolento, que llevaba atado al extremo de una cadena invisible de tan fina. Había, rezumadas también por los poros de los muros, las palabras que venían atacándolo desde que abandonó el recinto parlamentario:

AGA
ASESINO-LADRÓN

Pensó en Armandina, en la mujer que llevaba casi treinta años con él, y le gustó que a esa hora estuviera ya en Puerto Gardenia, con los Servín, y no ahí, padeciendo, como su marido, la cólera de leer la repetida infamia. "Cuando vuelva, la habrán borrado. No sufrirá la pobre esta vergüenza . . ."

A lo lejos, por encima de los álamos que cerraban la ancha avenida que antes fue la modesta calle de Becerra, reconoció el templo de San Tadeo, con su torre única de sillares rosados que él miraba siempre, por las mañanas, al abrir la ventanita para airear el cuarto de baño de su casa. "Ya estamos aquí", suspiró. Como si lo creyera dormido, el mayor Pilo Fraga se volvió levemente en el asiento,



junto al chofer Quiroz, y dijo:

–Llegamos, señor.

–Hmmm.

La casa de Becerra 82 (o, llanamente: *Becerra*: clave de políticos y funcionarios, periodistas y gendarmes, para aludir en otro tiempo, a la residencia particular de los Gómez-Anda) era, pensó ahora que volvía a verla después de tantos años, un trozo de merengue abandonado en el centro del espacio que fue parque de estacionamiento para los autos o camiones de quienes iban a visitarlo y también jardín puesto al cuidado de inabordables Guardias de Asalto que impedían su uso al público. "Menos que un merengue: una blanca caca de mosca". Varios muchachos chapoteaban en un prado pateando una pelota de futbol. Furtiva, en la mano el fulgor de unas tijeras, una mujer saqueaba las rosaledas. ¿Dónde estaban los soldados a cargo de su permanente seguridad?

–No se ve a ninguno, señor . . .

–Averigüe, mayor, si también a ellos les ordenaron retirarse.

Experimentó un ligero desasosiego. Sin tropa allí, ¿quién le otorgaría la protección armada a que estaba acostumbrado y a la que tenían derecho su casa, su familia y su persona? "Una estupidez mía fue haber permitido que Videgaray hiciera lo que hizo", y admitió igualmente, como cada vez que pensaba en ello, que no haberse opuesto a ese capricho de Armandina había sido si no el más grave, sí su primer abuso de autoridad.

¿QUIZÁ Fermín Palermo no fuera ajeno al interés que Armandina demostraba por obtener de su marido, la autorización que para protegerlo le pedía Alfonso Videgaray.

–¿Quieres decir, Alfonso, que te propones tirar todas esas casas?

–Así es, Aurelio ... San Tadeo es un zoco ... Se trata de abrir espacios ... De desahogar esa parte de nuestra ciudad ... De enmendar los errores urbanísticos que se cometieron aquí hace, ¿qué?, veinticinco, treinta años ... Es forzoso iniciar las obras ...

El alcalde Videgaray, que no había alcanzado la presidencia porque Tito Livio Gómez de Lara había preferido que lo sucediera su sobrino Aurelio, buscaba permanecer en el Ayuntamiento un periodo más –el tercero consecutivo. Para conseguirlo debía mantenerse en cordiales términos con Gómez-Anda y, en especial, con quienes tanto influían sobre él: Armandina, su esposa, y Fermín Palermo, su sombra de confianza: el que recibía sus confidencias; con el que tramaba, se decía, sus más secretas decisiones. Debía, aún, vencer la última terquedad de ese hombre, seco y desconfiado, que ignoraba mucho sobre la mayoría de las cosas y a quien asustaba, así lo dijo, destruir prácticamente todo un barrio de la capital.

–Me pregunto, ¿dónde piensas meter a los que van a ser desalojados, Alfonso?

Sonrió al alcalde. Su conocimiento de los hombres, de los hombres de Poder especialmente, le permitía conjeturar que esas objeciones, esas preguntas titubeantes que había estado haciéndole, eran las últimas que Gómez-Anda le planteaba para darle oportunidad de que lo convenciera. "Busca ser forzado a decidir; tener una excusa, si algo resulta mal, por haber decidido".

Mientras caminaba el centenar de pasos que por recomendación del doctor Monter estaba obligado a recorrer cada hora desde que se recuperó del infarto el año anterior, el candidato escuchó la respuesta de Alfonso Videgaray; una respuesta de sonrisas y guiños amables:

–Se les acomodará a todos en el Centro Habitacional Presidente Tito Livio Gómez de Lara que estamos por inaugurar ... Se les pagará generosamente por sus propiedades ... Se les dará ocasión de realizar el Negocio-de-sus-Vidas: dinero en efectivo, al riguroso contado, y un chalet ... ¿Podrán rehusarse ...?



Lo hicieron. De algún modo, pese a la discreción con que Gómez-Anda ordenó que se procediera, llegó a las esquinas el rumor que Videgaray El Arbitrario se disponía a derruir la mitad de San Tadeo para realizar allí otra de sus delirantes obras de ornato con el obvio propósito de halagar al futuro Presidente de la República, ahora el más distinguido miembro de esa comunidad fundada hacía seis lustros por el gobierno de la metrópoli para beneficio de sus empleados: un barrio tranquilo, de modesta clase media, cuyas calles ostentaban nombres de añejos caudillos de la burocracia nacional, al que de pronto el Ayuntamiento remozaba a mucho costo pintando fachadas, tapando agujeros del pavimento, reponiendo las lámparas que faltaban en los cruceros, y protegía llenándolo de policías y patrullas, detectives y cuidacoches, porque en él habitaba el candidato del PUR.

Tres días había hecho esperar don Aurelio a la comisión de vecinos que solicitó audiencia privada en Becerra 82 para hablar con él. En el jardincito, junto a la cochera para un solo automóvil, recibió a los seis hombres y a la viuda Carrillo. Amable, pero severo, les pidió que fueran menos vagos, "más específicos, señores", en sus planteamientos. En la sala lo aguardaban los industriales de Nueva Castilla que Miguel Rebul, Director Ejecutivo del Grupo Olid, había llevado a que conversaran con él.

–¿Expropiación? ¿Expulsión en masa, dicen ...?

–Exactamente, señor Gómez-Anda ...

–Como ustedes, vivo aquí y, a la fecha, no he recibido notificación al respecto ...

–Ya hay ingenieros y topógrafos de Videgaray haciendo mediciones ...

–Han empezado a racionarnos el agua ...

–Durante horas, por las noches, cortan la luz en los condominios . . .

–Se nos presiona, señor, para que nos vayamos . . .

–Quieren pagarnos con migajas . . .

Señaló la viuda Carrillo:

–Su esposa, don Aurelio, podrá informarle . . . Ella anda con esos individuos . . .

Los labios de Gómez-Anda, delgados como navajas paralelas, se despegaron apenas:

–Me traen, señores, quejas que deben exponer en el Ayuntamiento . . .

–Usted, señor, podría ayudarnos intercediendo ante don Alfonso . . .

Heladamente Gómez-Anda miró a Rogelio Luján, que encabezaba al grupo:

–El señor Videgaray no discute sus asuntos conmigo, ni tiene por qué hacerlo . . . Ignoro, pues, si proyecta realizar las obras de que ustedes hablan para mejorar un poco, que bien lo necesita, esta parte de la ciudad . . .

Se retiraron, furiosos. La Junta de Vecinos, reunida en pleno, acordó redactar una protesta. Ningún periódico se avino a recibirla. Las radiodifusoras se rehusaron también. Resolvió, entonces, comprar espacio para insertar la carta abierta que enviaba al presidente Gómez de Lara. Leído el texto por los gerentes de los diarios, fue rechazado.

Dos semanas después, mientras millares de peones se aplicaban a desmontar casas, edificios, comercios, escuelas, almacenes y la terminal oriente de autobuses, don Aurelio Gómez-Anda y su esposa Armandina, sus edecanes y protectores, salían, entre el estrépito de los derrumbes y el estruendo de las perforadoras neumáticas, los gritos de los capataces y los remolinos de polvo, para iniciar la segunda etapa de su gira electoral. Siete meses más tarde, cuando volvieron, Becerra 82 ocupaba el centro de un inmenso jardín.



–Y ha crecido un poco, también . . . –le hizo notar, maliciosa y sonriente, Armandina.

–¿Crecido?

Con modestia informó Videgaray:

–Así es, Aurelio . . .

Añadió Armandina:

–Como sobraba terreno, mi señor, le agregamos unos metritos al nuestro; le construimos algo allá arriba, y le hicimos, mírelos, cuatro frentes con su buena barda.

En los lados, y en la parte posterior de la casa, había sido reproducida la fachada principal de estuco y piedra labrada, a la manera californiana. Se le había dotado de un tercer piso con nuevas ventanas, y de una puerta, al norte, para que la usaran los ayudantes, choferes, recaderos, soldados, agentes de seguridad y demás miembros de la servidumbre, cada día más numerosa, que el Partido pagaba.

–Hmmm . . . –Gómez-Anda reprobaba que su propiedad, originalmente levantada sobre un lote de diez metros de frente por catorce de fondo, como todos los del barrio de San Tadeo, hubiera crecido tan desmesuradamente; prefirió, sin embargo, no decirlo. ¿Para qué estropear, con su comentario agrio, una alegría de Armandina, que había pasado meses felices siguiendo todos los días el progreso de las obras, y, luego, dirigiendo al numeroso personal que a sus órdenes comisionó el Ayuntamiento?

Se despidió el alcalde. A paso lento, Gómez-Anda y Armandina recorrieron la grama nueva del jardín. Como siempre, ella vestía una traje típico: del noroeste esa mañana. Con sandalias, era un geme más alta que él.

–¿No me pregunta, mi señor, cuánto nos costó todo esto?

–¿Cuánto?

–Nada, don Aurelio . . . Todo lo pagó el gobierno. ¿Estupendo, verdad?

Por la noche llegó Fermín Palermo a conversar con él,

a solas, en el despacho privado que contaba ahora con salida directa al jardín. En el muro del sur, la fotografía autógrafa de don Tito Livio. "A mi querido sobrino, y leal colaborador, Aurelio. Con Afecto". Trasmitidas por Fermín, recibió las habillas de la ciudad: los nuevos chistes; los chismes en uso. Supo de las inquietudes de los políticos; escuchó, aprobando unos, rechazando el resto, los ruegos de audiencia que le formulaban los que buscaban acercarse a él y convertirse en las herramientas de su poder.

Pasadas las doce, luego de dos copas más de coñac, se despidió Palermo. Gómez-Anda lo acompañó a la puerta de la calle. Arriba, la noche era clara; alrededor, fresca, y el aire olía a yerba tierna. Sólo había silencio, y sombras discretas vigilando. Se estaba bien así, allí, reconoció, sin pandillas de muchachos alboroteros; sin radios de vecinos a todo volumen; sin autos que pasaran; ni autobuses estruendosos.

–La casa, ahora, quedó idealmente situada . . .

–Sin embargo, me siento expuesto a la curiosidad de todos, aislado . . . Un poco, Fermín, como pulga bajo un vidrio de aumento . . .

–Te veré temprano . . .

Alto, sólido, ya empezando a estar grueso, Fermín Palermo, que de joven había sido esbelto y gracioso bailarín de tangos y foxtrots, resopló al meterse en el *Olid-Special* de siete asientos, que desapareció en la oscuridad.)

BUSCÓ LAS almidonadas puntas del cuello de la camisa y luego el nudo de la invariable corbata negra. Seguían en orden, aliñados. Sobre el lado izquierdo del pecho apoyó la mano lampiña y con pecas. A través de la tela de algodón egipcio eran firmes, regulares, los latidos. Se mantenía un poco por abajo del que hubiera sido su peso normal, dócil a la estricta dieta que le impusieron los cardiólogos de la Policlínica Olid para reducir el riesgo de un nuevo ataque. Sin la banda presidencial protegiéndolo sentía hallarse indefenso y desnudo; no ser él. En la bolsa interior de la chaqueta, sus dedos tocaron la seda antigua, olorosa a cedro y a benjuí, en la que Armandina bordó con hilo de oro el escudo nacional para que él la recibiera posteriormente de don Tito Livio, en un día como ése, diez años antes. "Linda ceremonia aquella". Sus dedos se perdían gozosos, como entre los de una mujer, en los pliegues de la seda tricolor que no debía usar ya, pues el poder que simbolizaba era de otro; pero nadie, ni *Ese Señor*, iba a impedirle que lo llevara así, cerca de su cuerpo, como un talismán.

–El Poder ya de otro . . . –Cuando el mayor Fraga se volvió rápidamente y preguntó:

–¿Decía, señor? –se dio cuenta Gómez-Anda que las palabras de su pensamiento habían ocupado, para expresarse, su boca.

–Nada, mayor. Nada . . .

Recordó que muchas veces, en los tiempos lejanos en que se iniciaba en la política al amparo de aquel Aquiles Veragua, le había preocupado el temor de que no le alcanzara la vida para llegar a las alturas donde se encuentra el Poder verdadero. Hoy, que acababa de cederlo, lamentaba que el suyo no hubiera sido lo suficientemente grande o perdurable para llenar con él los años que le quedaban. "Sólo diez en la Presidencia, ¿no son muy pocos para quien se ha preparado a fin de merecerla y ejercerla?"

Alzó la tapa del descansabrazos derecho y sacó el espejo. Se asomó a él y le pareció hallarse frente al retrato suyo que vigiló las oficinas del país, las importantes y las modestas, del primero al último de los días de su mandato. Seguía estando bien peinado, pero un polen de

caspa le blanqueaba los hombros. De su rostro, y eso le envaneció, no desaparecía aún el gesto de autoridad que le daba carácter. "Ahora, a descansar; a reponernos un poco de la joda". Devolvió el espejo al estuche, junto al peine, el cepillo, los pañuelos de papel, y el frasco de Agua de Colonia. Proseguía la llovizna. Recordó a Víctor Ávila Puig. "Nuestro señor Presidente, ya". En alto el índice, fijos en él los ojos acusadores. "¿Por qué salirse de la página escrita y echar sobre mí esas palabras con las que me reprochas haberte entregado, según tú, un país en ruinas? ¿por qué no tener en cuenta que también a ti, dentro de cinco años, dentro de diez si los duras, te ofenderá del mismo modo, culpándote de todas las calamidades, el ingrato que te verás obligado a escoger para que ocupe tu lugar, eh?" El dedo siempre en alto, violenta la expresión, la gruesa vena al centro de la frente. "La política, mejor dicho: el Poder, trastorna a los sensatos y ensoberbece a los pendejos". Sufrió un par de hipos. Eructó después. "De preguntarme si don Víctor es más lo uno que lo otro, te diría que no lo sé; que será cuestión de darle unos días al tiempo para acabar de averiguarlo . . ."

Esperaba hallar, velando su retorno, algo más que ese solitario sujeto de traje oscuro, de pie junto al mustio automóvil azul. ¿Dónde estaban los hombres y las mujeres que él había hecho ricos y poderosos en los diez años que terminaron para siempre esa mañana? ¿dónde, los ochocientos miembros del Congreso que a él, sólo a él, le debían lo que eran? ¿dónde, los gobernadores y los caciques que entronizó en las provincias a sabiendas de que haciéndolo participaba de su desprestigio y ponía en conflicto sus palabras con sus actos? ¿dónde, los militares cuya lealtad se aseguró sobornándolos con disputadas concesiones y codiciados contratos? ¿a quién adulaban en ese momento, con el énfasis con que a él lo habían adulado lustros, los líderes de los campesinos, los obreros y



los burócratas? ¿frente a quién gestionaban nuevos negocios personales y mayores prerrogativas para sus otras empresas, los magnates de la prensa escrita que se proclamaba independiente y crítica? ¿por qué no colmaban el estacionamiento, con sus limusinas y los coches de sus guardianes, los contratistas, industriales, banqueros y comerciantes a los que tantos miles de millones dio a ganar en los ciento veinte felices meses de su Administración?; y los hábiles para justificar, en aulas y periódicos, igual sus excesos que sus disparates a cambio de empleos, viajes o becas, ¿por qué no acudían, flexibles las espaldas, a recibirlo? ¿por qué, señor, sólo un desconocido que lo miraba de lejos, sin decidirse a abordarlo, le entregaba su aplauso humilde?

–¿Lo conoce, mayor?

–Negativo, señor.

Y también allí, en su casa, sobre la piedra que alguna vez fue ira de volcán, pintadas a toscos brochazos, las letras-sangre, las palabras-grito, lo esperaban, mortificando su conciencia:

AGA
ASESINO - LADRÓN

Un hervor de cólera fue subiéndole rápidamente hasta la rendija de los labios –la lividez que se movió apenas para que salieran las dos sílabas:

–Ma-yor . .

–Señor . . .

–Eso . . . Vea eso, Fraga . . .

–Sí, señor . . .

–Quítelo . . . ¡Quítelo! –y pensó en algunas de las sangres de las que se sabía deudor, y en varias de las vidas que ordenó interrumpir. "Cabrones". Los que habían guardado su voz, precavidamente, todos esos años, la sacaban

ése, el día mismo en que había perdido su poder, para hacerle recordar que el odio seguía vivo en las memorias.

–Se hará, señor.

–Vea si no pintaron más, alrededor . . .

–Revisaremos, señor . . .

Lentamente, un hombre que se cubría con un chaquetón verde-olivo y que llevaba un forro de hule en el sombrero, entreabrió la puertecita lateral. Quizá ignoraba que en ese automóvil llegaba El Patrón, al que servía desde hacía años, pero al que nunca había visto en persona. Al terminar la víspera el acarreo de sus últimas pertenencias, La Doña le había dicho antes de irse. "Que nadie entre, ni los soldados ya, hasta que El Señor Presidente llegue", y él obedecía.

–¿Qué espera ése que no abre? –gruñó don Aurelio.

Pilo Fraga bajó el cristal de su ventanilla. Llamó:

–Tú, ¡abre! . . . Es El Señor Presidente. ¡Abre ya!

Desconfiado, la protuberancia de un pistolón en la cintura, se acercó unos pasos. Se inclinó para mirar al que le hablaba de tal modo.

–Diga . . .

–Es el Presidente . . . ¡Abre!

Siguió así, inclinado, espiándolos incrédulo. ¿El Presidente, ese viejecito sin carne como los esqueletos bailarines de noviembre? El Señor de la Doña, tan guapota ella, ¿esa insignificancia acartonada, tiesa, que iba en el asiento de atrás? ¿No dicen que El Amo Grande anda siempre rodeado de gente que le grita vivas y le da sonrisas?

–Baje usted, mayor, y acabemos . . .

Ni Gómez-Anda ni Quiroz pudieron escuchar lo que Pilo Fraga, todo él cordones amarillos y gafetes de colores en el uniforme de oficial del Estado Mayor Presidencial, le decía al renuente hombre del chaquetón; ni tampoco lo que éste, resistiéndose, retobaba. Lo vieron, sí, empellarlo con autoridad hacia la puerta más angosta. Un momento después la del garage, muy ancha, fue abierta.



Julio Quiroz guió precavidamente para no raspar, por un mal cálculo, la pintura blanca del *Mercedes* que apenas la semana anterior les había sido devuelto de Alemania, donde lo reconstruyeron. Acostumbrado a las de Los Arcos, la puerta le pareció demasiada estrecha, y muy reducido el espacio que bajo la arcada de tres columnas ocuparían los dos autos. "Si el *Olid* que le van a comprar a la señora es grande como éste, uno va a tener que estar siempre al sol y dormir al sereno". Frenó sin sacudidas. No se movió. No debía hacerlo en tanto don Aurelio permaneciera en el coche. Recta la espalda, las manos inmóviles sobre las rodillas, la vista al frente ("embalsamado", pensó Quiroz, mirándolo de reojo en el espejito), El Señor aguardaba a que Fraga acudiera a abrir, desde afuera, la portezuela que él, con solo apoyar la izquierda en la manija, podía abrir desde dentro; aguardaba, porque no deseaba, menos que nunca ese primer día, interrumpir la mínima rutina de respeto que merecía La Investidura. "El Presidente, carajo, es el Presidente". En posición de firmes, el mayor Fraga vio descender a Gómez-Anda con la majestad republicana de costumbre y, mirando siempre hacia adelante y algo hacia arriba, remontar pausado los cuatro peldaños de piedra. Se detuvo entonces en el umbral de la puerta de vidrios de colores y arabescos de hierro pintados de negro.

–Ocúpese, mayor, de que sean retiradas de la barda esas majaderías . . . No se aleje: podría necesitarlo, y en cuanto don Fermín llegue, hágalo pasar . . .

Siempre erguido, parsimonioso el andar como si penetrara un día de señalada ceremonia, en el lujosísimo Salón de los Héroes, en Palacio; o en la Cámara para recibir el homenaje unánime del Poder Legislativo, Aurelio Gómez-Anda, al que nadie llamaría más El-Señor-de-Los-Arcos, avanzó por el modesto recibidor que tres me-

tros más allá se convertía en la sala principal de su casa. Su casa, ahora para siempre.

EL HOMBRE del Makinoff había ordenado a su mujer que llevara agua, jabón, escobetas y lo necesario para remover de la barda las palabras pintadas de ella. "Con aceite o algo parecido", pensó Pilo Fraga, y Julio Quiroz: "Sólo con gasolina o thinner podrán quitarlas".

–¿Vieron quién lo hizo?

–No, señor . . . Los soldados se fueron como a las once, y no había letras pintadas . . . Seguro vinieron a ponerlas después de que nos dormimos pasada la una . . .

No pudo averiguar más el mayor. La mujer apareció con los baldes, un cepillo de cerdas metálicas y cuatro o cinco pastillas de jabón común.

–Esto no va a servir –dijo Quiroz. Blando y amarillo, el jabón quedaba embarrado en las rugosidades de la piedra –Gasolina, ¿no tienen?

–No, señor . . .

Fraga dispuso:

–Sácala del coche . . .

–¿Lejía o detergente?

Las manos en los bolsillos, el guardacasa ordenó nuevamente a la mujer:

–Ve y busca.

HABIA VIVIDO en ella treinta y nueve meses y, sin embargo, ahora que volvía experimentaba la sensación de verla por primera vez. Mirarla así, gris, abandonada, casi en penumbra, envejecida, decrépita por el desuso, lo deprimió. "Después de *aquello*, de las comodidades y de la amplitud de Los Arcos, ¡esto! La Doña no va a soportar vivir aquí . . ."



Según recordaba, en alguna parte, próximo al despacho, había un cuartito de baño. "El de las visitas, don Aurelio, porque el nuestro, el grande, quedará arriba, entre las dos recámaras", decidió Armandina la noche en que ensayaron por primera vez, con líneas torpes y mucha ilusión, el trazo del plano de la que sería, con un crédito de la Mutualidad, la casa propia que tantísimo tiempo habían anhelado. "Desde la Cámara, estoy meándome". Armandina deseaba que fuera "antiguo, colonial, mi señor", el estilo, y él accedió. "Si así la quiere, así será." La primera de las tres puertas idénticas que abrió, correspondía a un closet. Lo ocupaban una aspiradora, algunas escobas, varios trozos de jerga, una cubeta de plástico, blanca. La de enmedio, simple elemento decorativo, estaba atornillada al muro. La última daba paso a un cuchitril que olía a insecticida y a aceite rancio. A tientas buscó el interruptor de la luz. No lo encontró. Sin cerrar la puerta, procedió a orinar. Después, hizo funcionar el mecanismo que dejaba correr el agua. La descarga fue lenta y ruidosa. "Como si tuviera un gargajo atravesado." Había también, en lo alto, un ventanuco para la ventilación. Pretendió abrirlo. Enmohecida, la palanca no funcionó. "¡Puáh . . .!"

–Señor . . .

Junto a la puerta, con una tarjeta en la mano, esperaba el mayor Fraga.

–¿Eh?

–Esta persona ruega a usted que lo reciba sólo un minuto.

Gómez-Anda, sin montarse los quevedos, pretendió leer el nombre impreso y el recado manuscrito que escurría de las letras de molde. Extendió el brazo hasta que pudo distinguir las palabras: FRANCISCO MARIN GRAJALES, CPT, y "Quisiera tener el honor, y el placer, de saludarte hoy. P."

–Hmmm . . .–El nombre, Francisco Marín Grajales, no

alcanzaba a adquirir un rostro en su memoria. Que lo tuteara, dedujo, significaba que tenía confianza, o motivos, para hacerlo:

–Es el señor que estaba afuera ahora cuando llegamos –apuntó el mayor.

Iba a rehusarse, pero:

–Además de él, ¿hay alguien esperando?

–No, señor . . .

–Bien. Hágalo pasar. Pero adviértale que estoy muy ocupado y que sólo se quedará el minuto que pide . . .

Entró en el despacho, escaso y austero como una celda. Estaba más helado que la sala y un poco menos que el baño. Se estremeció, friolento. Le agradaba que el último de los días de su mandato hubiera sido cálido y luminoso y que el primero de Ávila Puig fuera así: opaco, glacial, triste. "Un aviso, señor, de lo que nos espera con don Víctor." Le pareció que allí el aire hedía a viejo, a lo que no ha sido removido, refrescado, durante meses. La puerta al jardín estaba atascada. "La puñetera pintura", resopló, tratando de abrirla. Sólo consiguió que cediera unos centímetros. "Habrá que poner todo esto en condiciones de servir." Miró el marchito verdor que era el jardín: los dos o tres árboles le parecieron risibles como la hiedra que ralamente trepaba sostenida por alambres, y el arbusto, ¿una camelia?, metido en una de las grandes ollas de barro que Armandina usaba para sembrar las flores de su agrado. Pese a los metros que al jardín le añadió Videgaray cuando remodeló San Tadeo, no había lugar para que ramonearan, como en las treinta hectáreas del parque de Los Arcos, los ciervos de cola blanca y ramificada cornamenta; para que retozaran sus perros innumerables, o para que hicieran sus gracias frente a él, que las alimentaba y protegía, las ardillas. En tan avaro espacio ¿podían desplegar sus plumajes los pavorreales, caminar los tucanes indolentes, las guacamayas y los cisnes? ¿detrás de qué



estatua de David o de Venus, de la Victoria o de Antinoo, se recataría al verlo, si todavía conservara algunos a su servicio, el discreto protector responsable, esa fecha, de la seguridad presidencial? "¡Puah . . .!"

Fiel a sus manías, colocó al lado izquierdo del escritorio de madera el teléfono de La Red y a la derecha el otro, negro, de servicio comercial. Armandina había traído también el tarro de cerveza que él utilizaba como depósito para sus plumas, lápices y bolígrafos. Para que don Aurelio la tuviera siempre bajo el cristal, "como allá", colocó la foto que más le gustaba de cuantas a ella le hubieran tomado jamás. Pues El Señor lo pediría, no olvidó el calendario de la Lotería Nacional en el que marcaba ciertas fechas, recordaba otras o consultaba el santoral. En cambio, no pudo sacar de Los Arcos el mueble que más hubiera deseado obsequiarle a su esposo: la gran mesa sobre la que había trabajado diez años. "Es necesario, señora, una orden de los jefes", dijo quien lo era de la Intendencia y que a los Gómez-Anda debía el empleo. "Hasta mañana, don Gaspar, El Señor Presidente Gómez-Anda sigue siendo el Jefe del Ejecutivo. ¿No le basta su firma?" "Obedezco órdenes, señora. La mesa solo puede salir de aquí si lo autorizan el Presidente Ávila Puig o La Primera Dama". Enfurruñada, se marchó Armandina. "Le mandaré hacer una igual, para que no la extrañe . . ."

Prefirió recibir a Francisco Marín Grajales, CPT, en la sala principal. Admitirlo en el despacho, pensó, hablar con él en tan mezquino lugar, le mermaría autoridad, dimensión. Salió. La luz, ahora, se embellecía con los colores que tomaba, al pasar a través de ellos, de los cristales del ventanal que seguía la curva de la escalera. Sobre la chimenea de piedra azul-verdosa, le sonreía, vestida con un traje ceremonial de las princesas de la tribu Laikipú, la juvenil Armandina pintada por Araujo en fechas antiguas. Sentado ya en una butaca con respaldo de cuero, vio en-

tonces a quien lo esperaba. Si el nombre no había sacudido sus recuerdos, la cara que se le mostraba, sí . . . Paco de Paula Marín, su compañero cuando laboraba como interventor sanitario en el Matadero Municipal. Paco Marín, que lo ayudó a conseguir una *planta* en la subdirección A, de Censos y Estadística. El mismo Francisco Marín Grajales, invariablemente generoso, que lo amparó en otra de sus más largas cesantías consiguiendo para él, sin que pagara soborno a los líderes que lo exigían, trabajo eventual en el Ministerio de Aguas y Suelos. El Contador Público Titulado de Paula Marín, hombre de su edad, que en Minas y Petróleo, como Director del Administrativo, supo ser jefe espléndido:

–Jefe no, Aurelio; amigo solamente . . .

Se abrazaron. Marín era tan flaco, le pareció a Gómez-Anda, como él le parecía serlo a Marín. Quedaron sin hablar unos segundos. De Paula Marín seguía usando, como cuando se conocieron de jóvenes, corbata de moño oscura, negra o azul, y botines de una pieza, sucios de barro y lluvia esa mañana. Se miraban. Sin verse en diez años, los que transcurrieron desde el día en que él lo llamó a Palacio Nacional y le dio un empleo, ¿qué había quedado entre ellos? "Está igual que entonces, Paco", reconoció don Aurelio. "La presidencia se lo comió", lamentó el CPT. ¿Por qué no encontraban la palabra que sacara del silencio las que deseaban decirse?

–Y bien, Paco querido, ¿qué has hecho todo este tiempo?

–Trabajar. Servirte, con mi modesto esfuerzo, donde me pusiste . . . Un poco tarde, sí, pero hoy he venido a darte las gracias por tu confianza . . . Estos diez años en Bienestar Social fueron decisivos para mí . . . Siempre cumplí con mi responsabilidad. Nunca estuve en desacuerdo con mi conciencia. En todos los casos hice lo que creí justo, y saqué a flote a mi familia, gracias a Dios y a



Ti . . . Porque debes saber, Aurelio, que estaba ahogándome, en verdad apurado, cuando me tendiste tu mano . . .

–¿Todo bien, ahora? ¿No más apuros económicos . . . asegurado el porvenir, Paco?

–Misión cumplida, Aurelio . . .

–Eso es, Paco. Misión Cumplida . . . Entonces, ¿te resultó bueno el empleo, eh?

Francisco de Paula Marín Grajales lo escrutó con algo de curiosidad. Por efecto de la luz había un resplandor, una especie de halo granate, como de santo, en torno a la cabeza de Gómez-Anda:

–Buen empleo, sí; y el mejor sueldo que había tenido . . .

–Sobrado de oportunidades, que, supongo, aprovechaste . . .

–Tuve esa suerte, Aurelio . . . Oportunidades de crear amigos, de tratar mucha gente y poder servirla . . . Oportunidades, en fin, de hacer algo, poquito si quieres pero muy de corazón, por nuestro país . . .

–Quiero decir, Paco, además de tu sueldo, ¿no tenías ingresos, digamos, especiales . . . el porcentaje que acostumbran recibir de los proveedores, los Jefes de Compras, eh? . . .

–Oh, no, Aurelio . . .

–¿No?

–Absolutamente, no . . . Mi mano entró limpia y limpia salió del Ministerio . . . Jamás obtuve un peso indebido. –Le hablaba con respeto, con cierto indudable orgullo–. Me enviaste a esa Dirección a echar a los que en ella medraban. No a robar. De haberlo hecho, Aurelio, te habría traicionado, y eso, ¡nunca! Primero muerto que defraudar tu confianza . . .

Pensativamente, Gómez-Anda frunció el ceño y luego enarcó la derecha, la ceja del asombro. Iba a decir algo

cuando, con tal violencia que los sobresaltó, escucharon el repique del teléfono.

–Mayor . . . Mayor Fraga . . . –gritó.

–¿Quieres que vaya a buscarlo?

–Que venga él . . . ¡Fraga! –El teléfono sonaba no solamente en el despacho sino también allí, cerca, en alguna parte de la sala. "¿Dónde coños estará la extensión?" Tropezándose con los muebles, Gómez-Anda la buscó en dos o tres sitios, sin hallarla.

–En el piano, Aurelio –apuntó el CPT Marín Grajales.

Allí estaba, tras el florero con dalias de papel, sobre el piano de cola cubierto con un mantón de Manila, de los que tanto le agradaban a Armandina. Don Aurelio arrancó el auricular.

–Gómez-Anda –dijo, seco el tono autoritario que usaba en los días en que aún tenía al país al alcance de su voz.

Otra voz, que don Aurelio reconoció porque era casi idéntica a la suya, pronunció el nombre innecesario:

–Aquí, Tito Livio . . .

–Qué gusto, señor . . . ¿Como va esa salud hoy . . .?

–Pasándola, ¿y tú?

–Muy bien, don Tito. Mucho trabajo. Recibiendo gente, amigos. Como siempre . . .

Escuchó toser al ex-Presidente que radicaba en una blanca mansión en Nueva Castilla desde que él, cinco años antes, al iniciar su segundo periodo de gobierno, luego del referéndum, le permitió retornar a la república. Fundada en el respeto mutuo, la amistad entre ambos era buena, aunque no cordial como lo fue la mayor parte de los lustros que convivieron. Sólo una vez se habían vuelto a ver: la noche que don Tito Livio lo buscó en Los Arcos para agradecerle, humilde, que le hubiese permitido dimitir al cargo de Visitador General de Embajadas con que encubrió el exilio al que lo enviaba por el mundo. Unas



semanas mas tarde, padeció un ataque a las coronarias. Mientras convalecía lo postró el aneurisma. Desde entonces vegetaba en una silla de ruedas.

–Vi la ceremonia por televisión . . . El Caballero Ávila viene muy bravo, Aurelio . . . Lo que dijo, ¿no lo crees así?, es como para empezar a preocuparse.

–Siempre habla demasiado . . . Recuerde su verborrea durante la campaña.

Percibió una nueva tos y la risita de Gómez de Lara:

–El país no sabe lo mucho que gana cuando tiene en Palacio a un pendejo quieto y callado . . . Las palabras de El Señor traían mucha cola, ¡y ese dedo, Aurelio, ese dedo! Se te veía en la cara que estabas pasando un rato malísimo, ¿eh?

El tono zumbón de don Tito Livio empezaba a irritar a Gómez-Anda. "El viejo está feliz de que Ávila Puig me dijera lo que él, si tuviera cojones, hubiera querido decirme . . . Como todos, goza viendo a don Victor pegarme de patadas, echar lodo sobre mi nombre y mi gobierno. Pero no me afectan sus ladridos. Será la Historia, no mis contemporáneos, la que me juzgue. ¿Por qué me acusa de la ruina del país? ¿por qué habla de pobreza, y aun de miseria, si hice que corriera el dinero para que todos se beneficiaran con la prosperidad que fundé . . .?"

–Así fue, señor . . .

El tono de la voz de Gómez de Lara se hizo, luego, más amable.

–Ahora que va a sobrarte el tiempo, ¿por qué no vienes unos días a descansar acá? Ya que estamos los dos fuera de la política, muchas cosas podrán al fin ser habladas entre nosotros . . .

–Cierto, don Tito . .

–Cosas, Aurelio, de las que ya es hora platicar . . .

–Es hora, sí . . . Le prometo ir a visitarlo, señor.

–No tardes mucho, si quieres encontrarme

vivo . . . Apúrate, Aurelio . . . –y en la risa de su tío, corta y sin brillo, creyó Gómez-Anda percibir una cierta intención burlona y macabra.

Francisco de Paula Marín Grajales, CPT, procuraba desentenderse de la conversación. Prefería mirar vagamente los muebles rústicos; los objetos de artesanía sobre mesas y repisas; las sogas, espuelas, panoplias, machetes, carabinas, cuchillos de caza que colgaban de los muros pintados no hacía mucho; las figuritas de barro alineadas en la chimenea (los troncos no eran de madera, aunque lo parecían, sino imitaciones de plástico, igual que las brazas que fingían estar ardiendo entre la ceniza), y las varias frazadas de lana, tejidas por los indios de Sierra Azul, que cubrían el piso. Había tomado de la bolsa de su saco una cajita envuelta en papel de plata con un moño guinda. La colocó a un lado de su pierna. Gómez-Anda terminó su diálogo con don Tito Livio y, ya árido y tenso, volvió a sentarse.

–Bonita tu casa, Aurelio. –Dijo Marín, por decir algo.

–Gracias . . . ¿Así que no aprovechaste tu paso por el Ministerio para asegurar tus días?

–¡No, señor . . .!

Sonrió tristemente, ¿quizá sólo aburridamente?, el señor Gómez-Anda. ¿Por qué el funcionario, así no sea hombre de poder, ha de ajustar su conducta oficial, al patrón que rige la moral privada? ¿Acaso Marín Grajales evitó con su intransigencia, su tosudez y su desconfianza, que siguieran haciéndose negocios en el Ministerio cuyas adquisiciones él controlaba? ¿No lo sostuvo en su cargo para darle oportunidad de asegurar el futuro económico de varias generaciones de Marines? Cuando dejó de recibir quejas en su contra (de los parientes de Armandina, de Fermín Palermo a nombre de sus amigos, y de Teresa López, del de sus socios), ¿no supuso que al fin Paco Marín había entrado en razón y había empezado a vivir y a dejar



que los otros también vivieran beneficiándose con la plata que a borbotones llegaba a sus manos? Pensó: "Acepta a los malvados como son. Desconfía de los estúpidos: terminarán perjudicándote".

–¿Nunca entendiste, Paco Marín querido, que te di ese empleo, y en él te conservé a pesar de las presiones, porque deseaba que te hicieras rico . . .?

Marín abrió la boca, como si fuera a bostezar. Dijo, parpadeando:

–Creí que . . .

–Creíste mal, Paco. Desperdiciaste tu tiempo . . . Te creo que no ganaste dinero con negocios, pero, dime, ¿alguien va a creerlo como yo? ¿alguien metería la mano en la lumbre para probar tu honradez? ¿alguien te respaldaría? ¡Paco, Paco . . .!

–Si tú hubieras sido más claro conmigo, Aurelio . . . Si me hubieras dicho, yo . . .

Se levantó Gómez-Anda. Alineó las solapas de su chaqueta negra. Se tocó el nudo de la corbata. Seriamente expresó:

–Hay cosas, Paco, que no tienen que ser dichas, sólo entendidas . . . Basta tener fino el oído, ¿eh?

Llovía apretadamente en el jardín, en el parque, en el estacionamiento. Hacia el oeste se deslavaba la torre de San Tadeo. Hubiera podido decirle a Francisco Marín Grajales que permaneciera con él mientras amainaba el aguacero, pero no lo hizo. Le ofreció la mano. Antes de tomarla para despedirse el CPT Marín le entregó el paquete a Gómez-Anda.

–Un recuerdo, Aurelio. Nada que valga la pena . . .

Gómez-Anda retiró el listón y rasgó la envoltura. De lino, negra y tejida como las que siempre usaba, era la corbata que su compañero en Censos y Estadística le había llevado a regalar.

–Gracias . . . –Su leve emoción era auténtica.

De Paula Grajales le tendió los brazos. Sus cuerpos se encontraron nuevamente:

–Gracias a ti por recibirme, Aurelio . . . Si lo permites, me gustaría traerte a mis hijos para que los conozcas . . . Uno es economista. El otro me resultó contador . . . Para ellos, como lo es para mí, será un verdadero honor estar contigo unos minutos . . .

–Cuando lo desees, tráelos . . .

–Me marcho ahora, Aurelio. Estás muy ocupado . . .

Se mojaría, pensó, y después, así que lo veía correr entre la lluvia y salir a la calle por la puerta a medio cerrar: "Hay tontos que no merecen que uno los ayude, y el buen Paco es uno de ellos". Vio acercarse, con un capote de soldado sobre los hombres, al mayor Pilo Fraga.

–Mayor . . . ¿Borraron eso?

–Estamos haciéndolo . . .

–¿Hay gente esperándome?

–Ninguna, señor . . .



2

GÓMEZ-ANDA, que consumía veinte y a veces treinta tazas de fuerte café negro entre la hora de abandonar la cama ("El Señor Presidente ha de levantarse antes que ninguno, doctor Ávila") y la de volver a ella en el principio de la madrugada ("y acostarse más tarde que todos, don Víctor"), decidió prepararse una –la primera que bebería desde que salió de Los Arcos a las diez brumosas para dirigirse al recinto del Congreso, luego del desayuno de silencios y suspiros que compartió con Armandina y con Fermín Palermo en el mísero lugar donde tomaban sus alimentos: un cuartito enjalbegado en el que apenas cabían y que formaban parte, como el *living* y las dos alcobas, el baño y la cocina, de la que había sido casa de los caballerangos, y en la que habían terminado por instalarse cuando abandonaron la residencia para que en ella pudieran trabajar los arquitectos y decoradores de Isabel Vértiz, esposa del futuro Jefe del Ejecutivo Federal.

Como en la sala y en el despacho, también había frío y una intensa pestilencia a barniz en el comedor. Aunque apenas hubieran sido usados, los muebles le parecieron viejos, deplorables. "Viejos, no, si están casi nuevos –rozó con la palma de la mano la cubierta de la mesa; demoró sus dedos en el terciopelo topacio del respaldo de las sillas; tocó las guirnaldas talladas en las puertecitas del aparador–. Lo que pasa es que son de otra moda", como lo eran el frutero de porcelana del que desbordaba, entre naranjas, tangerinas y ciruelas de cera, un racimo de uvas

polvorientas; y la ancha lámpara con pantalla de pergamino que descendía del centro de una jícara de madera laqueada por los indios de Acumil; y el reloj de pie en el que la hora de algún año de los de ayer había quedado indecisa entre dos de los números romanos que contrastaban el negro intenso de su esmalte con la blancura vidriada de la carátula. A un lado de la cabecera, como allá en Los Arcos, halló Gómez-Anda sobre el taburete mandado hacer para soportarlo, el maletín de piel sin brillo dentro del que Armandina guardaba el tocacintas portátil y los cuarenta y dos cassettes en los que habían sido recogidos el pensamiento político de Don Aurelio y la voz que lo expresaba: grabaciones esas (los siete mejores discursos de su campaña como candidato, y los treinta y cinco que alcanzó a decir como Presidente) que La Doña gustaba insertar en el reproductor para que El Señor y ella, si pasaban la velada a solas, evocaran jornadas gloriosas; o los invitados a comer o a cenar, en familia y en confianza, se ilustraran con tanta sabiduría.

(–¿Qué discurso de mi señor prefieren: el de Pedernales o el del río Lani? –preguntaba, indecisa.

–El que usted quiera, Doña –respondían sonrientes para dejarla en libertad, como era costumbre, de decidir.

–Siendo así, pondré el que dijo en Acueducti el día que inició su gira electoral, y que hoy amanecí con ganas de volver a oír. . .)

Sobre la plancha de mármol del aparador encontró las dos estufas a gas que había usado, durante años, en Palacio y en Los Arcos; las idénticas marmitas de peltre, el frasco de cristal con los granos de anís, el estuche con las seis tazas de porcelana china y la cucharilla de plata. Todo eso había sido llevado allí, la tarde anterior, por Armandina y los elementos de la Guardia Presidencial que la ayudaron en la mudanza, pero no el café. Tan organizada, ¿habría olvidado su mujer traerlo? Pensó un reproche: "También



las listas tienen sus momentos tontos", y le proporcionó una justificación: "El trajín del cambio le ha trastornado los nervios a la pobre". Procedió a buscar.

En el último de los cajones encontró una bolsa de papel, quizá amarillo, sucia de manchas de grasa. "Café molido El Gran Visir". ¿Cuántos años llevaría allí? Rompió la tirilla engomada. Dentro, había una sustancia negruzca y, la tocó, endurecida. Olía a café muy levemente, pero más a la naftalina que La Doña dejó en todos los muebles cuando se mudaron a Los Arcos. "¡Puáh . . .!"

Pensó: "Tal vez los porteros, en la cocina". Empujó la puerta de resorte y aspiró un sorpresivo olor a caldo. Sobre la llama de uno de los cuatro quemadores de la estufa, en la olla de aluminio cascada de abolladuras, flotaban, feos como si hubieran sido vomitados, trozos de carne pellejuda, patatas sin pelar, granos blancos ¿maíz, alubias, garbanzos? "Puáh!" En reposo sobre una caja de cartón, el gato gordo, blanco y negro, lo miró un momento con sus intensos ojos verdes antes de volver a dormirse.

Abrió más alacenas y exploró sus interiores. En uno le pareció escuchar un rumor de cucarachas que huían entre vasos, platos y botes de conservas. "¿Dónde carajos guardará esta gente su café?" Quizá no lo acostumbraran; tal vez no les alcanzara lo que les pagaba la Caja Chica de la Presidencia para comprarlo ahora que, según decían, había aumentado más de seis veces el costo de la vida.

El refrigerador (¿sería el mismo que fue pagando a plazos como todo lo que había en la casa?) exhibía dos o tres lamparones de mugre rojiza en la puerta con desconchaduras. "Armandina sí que va a suspirar por *aquello*" –y *aquello*, eran las cocinas grandes como establos, los congeladores capaces de admitir cincuenta *canales* de las más finas y tiernas reses del país; las despensas en las que resultaba difícil almacenar lo que por cientos, por miles,

por arrobas o toneladas, llegaba a la casa presidencial en diario flujo inagotable.

Dentro de una tina de hojalata totalmente impropia, colocada bajo el calentador del agua, se enfriaban entre pedruzcos de hielo, las doce botellas de champaña francesa que Armandina había enviado para que don Aurelio pudiera brindar con quienes fueran a visitarlo ese, su primer día fuera del poder. Se inclinó para removerlas. "Ojalá alcancen para todos".

Regresó a la sala. En el torvo pasillo era muy acusado el olor a humedad. Al apoyarse en la pared, su mano recogió un polvito. "Salitre". Lo molió entre los dedos. "Habrá que arreglar también esto". Tropezó con algo abandonado en la oscuridad: una caja de cartón asegurada con cuerdas. "Todo andará patas arriba durante años. Armandina va a necesitar meses para poner orden en este desastre". Lo estremeció un calosfrío. "Como no vaya a resfriarme ahora". Sus pasos lo llevaron a la puerta.

–Mayor Fraga . . . Julio . . . –Su grito no logró penetrar la lluvia. Si los comercios de la ciudad habían cerrado por lo especial del día, ¿tenía caso, al menos mientras no escampara, que su ayudante o el chofer fueran a buscar dónde comprar café; un café, pensó, que no sería de la calidad que él prefería, ni habría sido molido tanto como él demandaba que lo fuera el suyo?

Sentía en la planta de los pies el rigor del frío, como si fueran de hielo y no de mármol artificial las partes del piso que no alcanzaban a cubrir las mantas de colores sobre las que caminaba para no entumecerse. Las manos bien adentro de los bolsillos del pantalón, pegados los codos al cuerpo, tiritaba a veces como si estuviese a la intemperie. ¿Dónde habría escondido Armandina su abrigo de pelo de camello? Subir en su busca al segundo piso, o al tercero, le pareció inútil. Recordó la chimenea. Bastaría enchufar una clavija para conseguir calor. "Nada funciona hoy en



esta casa de mierda". O no había energía eléctrica o algo andaba mal en la parrilla de gruesas espirales que debían arder al rojo blanco en cuestión de segundos. Se encontró de pie, sofocado, un rápido pulsar en las sienes, y, nuevamente, con ganas de orinar. "Estos riñones, Manuel; estos jodidos riñones míos, doctor Monter . . ."

La lluvia también golpeaba los cristales, adormecedoramente, aquella tarde en Buganvilia en la que fue alcanzado por la inspiración del genio, pero, ¡qué lluvia tan linda, tan limpia esa!

(COMO SIEMPRE, Fermín Palermo le ganó fácilmente por once carambolas de ventaja. Gómez-Anda había jugado sin interés, sólo para hacer tiempo. Se lavó en la jofaina las manos manchadas por el azul de la tiza y para secarlas prefirió usar su propio pañuelo y no la toalla, gris de lo sucia, colgada de un clavo junto al espejo en cuyo marco se hacía propaganda a la Cervecería Olid S. A. Procedió a peinarse.

–¿Vas con Isaura?

–Sí. –De la percha descolgó el sombrero y el paraguas que el padre Monroy le había traído de Italia. Se ajustó el nudo de la corbata y salió del billar que ostentaba, como la ferretería y el mejor hotel de Buganvilia, el apellido de su fundador: don José María Palermo.

Ir a *la visita* era una costumbre que cada tarde, a las cinco, puntualmente cumplía Aurelio Gómez-Anda. A últimas fechas lo incomodaba frecuentar la casa de Isaura. "Incomodarme, no; me deprime verla así de enferma, así de consumida". Fermín Palermo le había preguntado:

–¿Para qué quieres casarte con ella, si nunca tiene un día bueno?

–La pedí. Me la dieron. No sería correcto de mi parte, ahora, desdecirme . . .

Con la franqueza a que lo autorizaba una amistad que se inició entre ellos cuando eran niños y el padre de Aurelio, don Hesíquio Gómez Turrent, le llevaba *los libros* de sus tres negocios a don José María, Fermín Palermo le hizo una broma que, apenas dicha, a él mismo le pareció injusta:

–Lo que buscas, Aurelio, es un pretexto para andar siempre de luto . . . Isaura no te va a durar mucho . . .

–Yo haré que se ponga bien.

Para la boda eligieron un día de fines de octubre, época en que el clima de Buganvilia es benigno y los cuerpos toleran mejor su compañía. Pero antes, luego de unas semanas de aparente convalecencia, la salud de Isaura volvió a desmejorarse. Las medicinas, ya no eficaces, cesaron de servirle. La piel se le puso seca y su mirada dejó de ser clara. En taxi la llevaron a la capital de la provincia. El médico del Seguro Social que la examinó prefirió no comprometerse. Su diagnóstico fue vago. Recomendó reposo y alimentación para la enfermita. Comprensivas, la madre de Isaura y la tía Eduwiges, dos retratos antiguos en ese momento solemne, ofrecieron a Gómez-Anda la oportunidad de rescatar su palabra de matrimonio. Él rehusó romper el compromiso, aplazarlo indefinidamente.

Fermín Palermo consideró que ésa era una decisión estúpida de Aurelio al que muchos (el padre Monroy, don Aquiles Veragua, el señor Mendizábal, don Adolfo Martorell, Marcianito Pacheco, jefe de los gendarmes de Buganvilia y estimable carambolista) consideraban no sólo "un buen muchacho", sino un "excelente joven", por sus probadas cualidades, su cabeza firme, su dedicación al trabajo en la Alcaldía y la madura seriedad, "de persona instruída", con que hacía todo.

Un inesperado problema demandó la presencia urgente del padre Monroy en el templo de Nuestra Señora



de las Nubes. Lamentaba mucho ("en verdad, créanme"), tener que abandonar la mesa en la que jugaba dominó, desde el mediodía, llevando como compañero a don Aquiles Veragua, con los señores Almaraz y Yepez.

–Vaya tranquilo, padre . . . Usted, a lo suyo –dijo el alcalde Veragua, y los dos españoles, que deseaban acabar el juego para discutir con él lo relativo a la compra de todo el aguardiente que destilara en sus alambiques ilegales en el curso de los próximos cinco años, expresaron a su vez:

–Vaya y que no sea nada serio . . .

–Lo esperaremos, padre Monroy.

El padre Monroy no estaba muy seguro de volver pronto, por más que fuera de su interés, y de su provecho, hallarse presente cuando Aquiles Veragua y los españoles llegaran al acuerdo de negocios que desde tan lejos habían ido a buscar allí.

–Para que completen el *cuarto* –sugirió– ¿por qué no manda traer al joven Aurelio? Es un cerebro ese muchacho, usted lo sabe, don Aquiles . . .

Dimas Arredondo, el policía que Veragua usaba como recadero y guardaespaldas, fue a buscar a Gómez-Anda al lugar donde, a esa hora de la tarde, estaba seguro de encontrarlo: la casa de Isaura Rojas. Su presencia interrumpió un larguísimo silencio vigilado por la madre y por la tía.

–Manda don Aquiles, joven Aurelio, que comparezca usted a casa del padre Monroy . . .

–¿Para qué me quiere . . .? ¿Lo sabes?

–Pa'que juegue con él, joven Aurelio . . . Está muy cabreado porque pierde ya como once mil pesos, y el padre Monroy acaba de írsele a llevar unos Santos Óleos . . .

Afanosas y rápidas, las miradas bajas y los pies veloces, el ama de llaves y las tres sobrinas jovencitas que ahora

tenía a su cargo el padre Monroy en su casa junto al río, llevaron más bocadillos y emparedados para que *picaran*, pues no habían comido, el alcalde y los dos señores que fumaban puros, escupían gordos salivazos y bufaban a cada rato: "Coño", "joder", "que le den por el culo", al golpear la mesa con las fichas y sin que le merecieran respeto el lugar donde estaban o la sotana del dueño.

–Él es Aurelio, mi secretario . . . –lo presentó Veragua.

–Gómez-Anda, para servirles . . .

Alertados por el olor del chorizo y de los quesos, del jamón serrano y de las butifarras, los dos grandes perros daneses, altos y fuertes como erales, empezaron a acosar a Veragua y a meterse, jadeando, entre las piernas de las mujeres y las botas de los hombres.

–Siéntate, y a jugar . . . –fue la orden que el alcalde de Buganvilia dio a quien era, más que su mecanógrafo en el ayuntamiento, su archivo siempre al día; el moderador de sus arrebatos y el encubridor de sus indiscreciones.

–Sí, señor . . .

La suerte de Veragua conoció un sorprendente cambio favorable desde el momento en que el joven Aurelio revolvió las fichas y empezó a jugar. Hacia las siete de la tarde, muy alta todavía la luz en el cielo de vidrio, Severino Yepez, que tenía prisa por asegurar el trato con el alcalde y volver esa misma noche a Nueva Antequera, propuso que fuera la última ronda la que se disponían a iniciar:

–Ya es hora, don Aquiles, de hablar del negocio, que de juego estuvo bien . . .

Lorenzo Almaraz, al que una rebelde almorrana molestaba si permanecía demasiado tiempo sobre ella, propuso –y su socio Yepez estuvo, como siempre, conforme:

–Y para no alargar más esto, vaya todo a doble o nada . . . –trato que Aquiles Veragua no desdeñó; si ganaba, recuperaría los seis mil pesos que aún le llevaban de ventaja; de perder, no perdería más de lo que estaba perdiendo cuando Gómez-Anda reemplazó a Monroy.



Entre guasas y ternos, tragos al tinto y mordidas a los emparedados, avanzó la partida. Empatados a 96 puntos, ésa sería, para unos o para otros, la jugada decisiva. Buen jugador, Aquiles Veragua se dio cuenta, y por eso levantó las cejas y frunció los labios, que al joven Aurelio se le había quedado rezagada, a causa de un descuido inexplicable, esa ficha temible, negra de tantos, que era la seis-doble. Favorecidos por las blancas, Almaraz y Yepez intentarían, conjeturó, el cierre fulminante.

–Esto como que se ha acabado . . . –dijo Yepez.

Fue en ese momento cuando Aurelio Gómez-Anda, diría las veces que narró la anécdota, recibió "la inspiración del genio". Invisible de lo rápida, su mano, experta para realizar pulcras mecanografías, metió dentro de su emparedado intacto la ficha con los doce puntos de derrota y disimuladamente (en sus ojos la mirada cómplice de Aquiles Veragua), permitió que el danés que jadeaba sobre su muslo se lo zampara.

–. . .porque se cierra a blancas –completó Almaraz, mostrando sus fichas.

Ya no tan abrumados por la seis doble, Veragua y Gómez-Anda se libraron de perder. Cejijuntos, mirándose, Almaraz y Yepez cavilaban cómo pudieron el alcalde o el tierno jovencito del traje negro escamotearles, en sus narices, la ficha que era de triunfo para ellos. Tampoco se explicaban, si ninguno de los dos había retirado las manos de la mesa, dónde la habían podido ocultar.

A medida que iba colocando las veintisiete piezas dentro de la cajita de madera taraceada, comentó Veragua, sonriente y malicioso:

–Perder doce mil pesos, ¿qué importa don Lorenzo, amigo Yepez, si voy a hacerles ganar millones . . .?

Los encaminó hacia el despacho en el que el padr Monroy acostumbraba discutir los asuntos particulare que le producían ganancia secreta. Se despidió, después de Gómez-Anda.

–Hasta mañana, don Aquiles.

–Muy bien, muchachito –con el guiño le entregó un sonrisa–, te veré temprano . . .

En una esquina del jardín, el perro danés se arqueaba como si fuera a vomitar, o como si algún objeto estuviera obstruyéndole la garganta. Luego de una nueva convulsión, y de una serie de estornudos, volvió a jadear libremente, la ancha lengua cubriéndole apenas los colmillos puntiagudos. "Ojalá no tenga que morirse después", pensó Aurelio. Era temprano aún. Llegaría a tiempo de merendar con Isaura.

DESPUÉS QUE LA sirena de la Empacadora El Águila avisó a los treinta y ocho mil habitantes de Buganvilia que eran ya las siete, hora en que iniciaba labores el personal del primer turno del día, y poco antes de que retumbaran los tres golpes de silbato con los que el capitán Naranjo anunciaba, desde la orilla norte, que su chalana se disponía a cruzar el río para arribar a las ocho en punto al muelle de La Victoria, donde la aguardaban presurosos pasajeros y, desde la madrugada, camiones cargados con mercaderías -Gómez-Anda escuchó, o creyó escuchar, que llamaban a la puerta del cuarto que ocupaba en la Casa de Pensión de Estercita Roca.

–Don Aquiles trae malo el vino, joven Aurelio, y no le hace ya caso a nadie –le informó el cabo Matías–. El padre Monroy le manda pedir que vaya usted a procurar serenarlo . . .

–¿Dónde está? ¿Con La Negra Lupe? –No del todo despierto, Gómez-Anda empezó a vestirse.



–En la iglesia . . .

–¿Haciendo qué?

–Burradas, joven Aurelio . . . Como querer volar . . .

–¿Volar, cabo?

–Lo que oye: volar . . .

–Vamos, pues . . .

Cuando Gómez-Anda y el cabo Matías llegaron a la plaza, una muchedumbre de cientos ocupaba gran parte de ella, y totalmente, la acera del Ayuntamiento.

–Llega usted tarde, joven Aurelio. ¡El Jefe Aquiles ya se nos fue . . .! –dijo Marciano Pacheco: su rostro un espejo de consternación.

–¿A dónde?

–Pa'arriba . . . –y señaló las torres del templo.

Sudoroso y escandalizado, suelto el alzacuellos, se acercó el padre Monroy. Le sangraba el labio inferior, quizá porque se lo había mordido a causa del nerviosismo.

–Qué terrible cosa, Aurelio . . . Don Aquiles se nos ha vuelto loco. Ah. Míralo: ¡va a matarse . . .!

La muchedumbre ensanchó un lento Oh al ver aparecer, en lo más alto de la torre derecha, haciendo imposibles equilibrios entre las campanas, al Señor Alcalde Constitucional de Buganvilia, provincia de Nueva Antequera, Aquiles Veragua Chacón, y poco atrás de él, con los cuatro pavos que su Jefe Superior había secuestrado en el gallinero del burdel de La Negra Lupe, al gendarme Dimas Arredondo.

–Si se tira, se partirá la madre. Eso, seguro –comentó, entre serio y risueño, don Carlos Fierro, distribuidor en Buganvilia de la Cerveza Cruz de Malta.

–Hay que detenerlo, Aurelio . . .

–¿Cómo, padre . . .?

Nuevamente murmuró sus asombros la multitud cuando el alcalde, con dos pavos cogidos por las patas en cada mano, se acercó al borde.

–Esto ya no tiene remedio –expresó Marcianito Pacheco.

Del asombro pasó al grito en el momento en que don Aquiles flexionó un poco las rodillas para proporcionarse el impulso inicial que demandaba su improbable vuelo, y se lanzó al vacío sin más apoyo que el aleteo, poderoso pero inútil, de los animales.

–Puta madre . . . –se le escapó al cabo Matías.

–Querer volar sin alas es matarse a pechugazos . . . –manifestó, filosofal, don Carlos Fierro.

Malherido levantaron al señor Veragua. Las frondas de los árboles entre las que se hundió antes de estrellarse sobre las baldosas del atrio, amortiguaron considerablemente el choque. Los médicos de Buganvilia, temerosos del descrédito que conocerían si no acertaban a sanar a su alcalde, optaron por delegar la responsabilidad del diagnóstico y, de ser posible, del tratamiento, en sus colegas más influyentes de Nueva Antequera. El informe de éstos fue desconsolador para el gobernador Nicolás Donatello y para la esposa de don Aquiles.

–Vivirá, pero será casi imposible que recupere el movimiento de las piernas . . .

Más directo fue el de los cuatro *hueseros*, los mejores de la provincia, convocados para examinarlo.

–Quedó descuadrilado, y eso ya no tiene compostura . . .

En esos meses de la invalidez de Aquiles Veragua, Aurelio Gómez-Anda se convirtió en el hombre más solicitado de Buganvilia. "Los puestos públicos son para ganar amigos, antes que dinero", solía decirle, y también: "En la vida, ni mujeres feas ni amigos pendejos", don Adolfo Martorell que de boticario pasó a ser alcalde en una época olvidada; hombre sentencioso cuyas prédicas tanto llegarían a influirlo. "Ayuda y suma, para luego ser ayudado" y se ocupó, con discreción y elegancia, de acercarse a todos



los que más en el futuro que en el presente, pudieran darle la mano.

–Hay alguien interesado en . . . –Fermín Palermo demandó del joven Aurelio un servicio personal, urgente, para el forastero que había conocido en el hotel–. Tiene prisa y pagará lo que se le pida por conseguirlo . . .

Gómez-Anda averiguó de qué se trataba: un permiso para instalar varios juegos mecánicos en una feria de Guayabitos, cabecera municipal de Camarena.

–Esas licencias se conceden gratuitamente. No vamos a pedirle ni aceptarle nada . . . Puede venir cuando guste . . .

–Si él quiere darte algo, no lo desanimes . . .

El que dijo ser promotor de espectáculos populares (en realidad, un "investigador especial" que recorría la provincia descubriendo funcionarios menores que se enriquecían en los municipios mediante la venta de licencias o la solicitud de dádivas) insistió en gratificar, "con un billetito para que se tome un café, mi amigo" a quien lo había atendido con gentileza y rapidez, y se marchó.

Dos semanas más tarde llegó a Buganvilia, de paso a la Sierra, el gobernador Nicolás Donatello. Como de costumbre fue a saludar, y a tomar la copa con él, a don Aquiles Veragua, cuyo mandato, como el de todos los alcaldes de Nueva Antequera, llegaba a su fin.

Le hacía compañía, tallando el naipe, el padre Monroy. Con Donatello iba el "Investigador Especial", Eugenio Martorena. Algo que se dijo desfavorable para el joven Aurelio desagradó al padre Monroy y lastimó, porque sabía que era una calumnia, al señor Veragua.

–Tengo pruebas, y testigos además, de que recibe dinero . . . Mándalo llamar.

Cuando llegó a casa de Veragua, Gómez-Anda reconoció a Eugenio Martorena y comprendió que algo andaba mal para él. Entregó sus confusos saludos, y sin ro-

deos, ni perderle la mirada, el gobernador produjo –"y sus palabras, Fermín, llevaban lumbre; quemaban de solo oírlas":

–Aquí el señor Martorena, que es inspector de toda mi confianza, me ha dicho, joven Gómez-Anda, que está usted robando mucho en la alcaldía . . .

Duró apenas el silencio en el que se formó la respuesta. Sin sangre en la cara angulosa, firme la voz y limpios de temor los ojos, Aurelio Gómez-Anda respondió:

–A mí también me han dicho, señor Gobernador, que usted está robando mucho y yo, naturalmente, no lo he creído . . .

Fue estruendosa la carcajada de Nicolás Donatello, al que le gustaban las buenas bromas y quienes eran capaz de urdirlas con ingenio y rapidez; sonoros, los cuatro o cinco clap, clap, que Aquiles Veragua le sacó a sus manos, y festivo el comentario del padre Monroy:

–¿No le había dicho, señor gobernador, que nuestro joven Aurelio es todo un cerebro . . .?

La idea le había estado bullendo todo el tiempo que llevaba a cargo de los asuntos de Buganvilia, pero fue esa madrugada, luego que Isaura logró conciliar el sueño, cuando al fin admitió, "claro que sí, carajo", que le gustaría convertirse en sucesor de Veragua. "¿Quién mejor que yo, si él ha dicho que no buscará la reelección?" Por la mañana, Isaura le entregó unas palabras sin entusiasmo, que le apagaron un poco el suyo:

–Deberías buscar un trabajo seguro, Aurelio. –Había amanecido más pálida y delgadita, más débil, que la víspera. Se desplazaba por la cocina lentamente–. La política no es para ti. Tu carácter no se presta, me parece . . . ¿Por qué no hablar con el señor Rubio, de la Empacadora . . .?

El padre Monroy, en cambio, encontró "magnífico, Aurelio" que se le hubiera ocurrido tal idea. Del mismo modo opinó, de codos sobre el mostrador del depósito de



Cerveza Cruz de Malta, don Carlos Fierro:

–La gente, Aurelio, te quiere y te respeta . . . Eres de aquí . . . Contigo de candidato, el Partido no podrá perder contra los persignados de Acción Republicana.

A las siete, luego de su trabajo en el Ayuntamiento, se detuvo en la botica para jugar, como de costumbre, una partida de ajedrez con don Adolfo Martorell. Los rumores habían llegado a su mostrador. Movió un caballo, mientras preguntaba:

–¿Así que ya estás en campaña . . .?

–Consultando pareceres, don Adolfo . . . Usted, ¿considera que estoy capacitado para . . .?

–Lo estás demostrando, Aurelio . . . ¿Has hablado de esto con Veragua? Él debe ser el primero en . . .

–Saliendo iré a verlo . . .

Poco antes de las nueve abordó al señor Veragua en casa de la señora Paquita. Debido a la humedad, dijo, le dolían las rodillas. Otro de los niños estaba enfermo y con sus gritos dificultaba el diálogo. Terminando el *parte de novedades* que había ido a rendirle, Gómez-Anda planteó:

–Desde hace unos días, don Aquiles, algunas personas amigas suyas y mías, como el padre Monroy, don Adolfo Martorell, el señor Fierro, por ejemplo, han estado animándome para que trate de ganar el Ayuntamiento, y evite así que el Partido nos imponga uno de fuera, ahora que ha declarado usted que se retira a la vida privada . . . A todas ellas les he dicho que, como institucional que soy, me disciplinaré a la decisión de mi superior, que es usted . . . No moveré un dedo, señor, si usted ha pensado en alguien más; y procuraré servirlo con el entusiasmo con que sirvo a usted . . . Sin embargo, don Aquiles, estoy seguro de poder ser un leal, un digno sucesor suyo . . .

–Lo mismo pienso . . .

–El continuador de su obra . . .

–¿Quién mejor que tú . . .?

–Y principalmente, señor, su amigo, agradecido amigo, y defensor, con mi vida de ser necesario, de su buen nombre; de la limpieza de su apellido . . .

Veragua le ofreció las dos manos y le sacudió, emocionada, las suyas de pronto heladas.

–Que lo harás, estoy seguro, Aurelio . . . –Le sonrió, después, y quizá dijeran verdad sus palabras–. No es por venderte el favor, pero ya había pensado proponerte como *mi* candidato único al compadre Donatello . . . Te estima, me debe favores, y o mucho me equivoco o él también va a pensar como yo que tú eres la mejor opción para Buganvilia . . . Le hablaré mañana temprano . . .

Antes de volver a su casa paró en el billar. Fermín Palermo no estaba jugando y era aún demasiado temprano para que estuviese en el burdel. Se asomó a la ferretería. Lo encontró allí, atareado en los libros de cuentas.

–Si eso dijo Veragua, ¡estupendo!

–Una campaña cuesta dinero, Fermín, así seas candidato sin contrincantes . . . Y yo no lo tengo . . .

–Lo que necesites, tres mil, cinco mil, ¡lo que sea!, te lo daré yo . . .

–No podría pagártelos, Fermín. No tan pronto como quisiera . . .

–Cuando estés *arriba* me encargaré de cobrártelos . . .

Hombre de súbitos desplantes, Palermo tiró de uno de los cajones del escritorio de cortina y echó entre él y Gómez-Anda, cuatro mazos de papel moneda, enfajillados todavía, que había sacado esa mañana del banco para entregarlos, al día siguiente, al cobrador de quien lo abastecía de clavos, alambre, hojalata y tornillos.

–Te daré un recibo, Fermín . . . –Aurelio había alistado la pluma fuente y buscaba una hoja de papel.

–¿Recibo? Ni hoy ni nunca papeles entre nosotros, Aurelio. Tu palabra y mi palabra. Nuestra confianza, ¿qué más . . .?



Isaura lo escuchó tristemente, mientras lo veía beber café. Estaba muy fatigada, luego de un día de trajín a solas en la casa. Lo único que deseaba era tenderse y dormir. Para ahorrarle preocupaciones, ella tan propensa a padecerlas, él prefirió no mencionar que se había comprometido en una cuantiosa deuda con Fermín Palermo. No era que hiciese calor: se hallaba en tensión y el sueño no llegaba. A oscuras buscó la botella de coñac que reservaba para las visitas y salió al porche a beber un trago a pico. "Como dice don Adolfo, cuando uno va a pedir un favor nunca debe llegar con las manos vacías". Recordó que el placer mayor de Donatello eran los caballos. Le gustaba criarlos, venderlos y coleccionarlos en sus extensas cuadras. ¿No era una buena, una inteligente medida comprarle uno y obsequiárselo? Los párpados empezaron a caérsele. Alcanzó a pensar: "Sueña tus sueños, pero antes vívelos".

Al mediodía conoció un delirio de entusiasmo cuando el señor Veragua le informó: "Al compadre Donatello le gustó la idea de que te apoyáramos a tí, Aurelio, y me dio a entender que te empujará fuerte con el Delegado". Palermo opinó que era una magnífica decisión la de regalarle un caballo a quien estaba en condiciones de llevarlo a la alcaldía. El señor Martorell le recomendó "no esperar demasiado" de las promesas del gobernador. "Entregarle un animal personalmente, Aurelio, te dará oportunidad de saber, por la forma en que te mire, por el modo en que te dé la mano o te hable delante de otros, si los hay presentes, en qué estima te tiene . . ."

En un camioncito que aportó la Ferretería Palermo, Gómez-Anda viajó a la capital para comprar el potro. A las once llegaba a la Casa Grande de la finca "Tres Marías", situada a setenta kilómetros de Nueva Antequera, ya en territorio de la vecina provincia de Alhucema. "Las tierras que sean tuyas debes tenerlas donde la contingen-

cia política que pueda afectarte, no las ponga en peligro", explicaba Donatello a quienes se admiraban de que en la comarca bajo su mando no existiese un palmo de terreno, una casa o un edificio, a nombre suyo; de su mujer, de sus queridas, o de sus hijos.

Entre músicas y repetido reventar de cohetones, porque había jolgorio desde el amanecer, encontró a don Nicolás donde le dijeron que estaría: vigilando los humos del asado, avivando la alegría de las guitarras. Dos o tres gordos *canales* se doraban al fuego; otros tantos estaban siendo repartidos a los muchos que habían ido, y seguían llegando, a presentarle respetos, parabienes y regalos, al rector de vidas y políticas en Nueva Antequera.

–Humildemente, señor gobernador, pero con la sinceridad de mi desinteresada amistad, me he permitido traerle este modesto presente personal; este potrillo que, ojalá, sea de su entero gusto . . .

Con el tarro de cerveza en la mano, a distancia velado por sus alertas guardaespaldas, el señor gobernador Donatello examinó golosamente al joven palomino que en el anca lucía el afamado hierro *de la casa,* la N con la D entrelazada; lo examinó con la misma codicia con la que veía los ranchos o las mujeres que eran, de pronto, de su antojo. Le sobó la piel.

–Bonito en verdad; me gusta, sí . . .

Nicolás Donatello se pintó una orla de espuma sobre el labio bajo el cual, cuando hablaba o reía, relampagaba la plata de algunos dientes. Alzó el brazo y uno de los que le cuidaban la vida acudió:

–Llévatelo a guardar y que le den agua . . .

Gómez-Anda, algo nervioso ya, consideró que era urgente explicar al gobernador de Nueva Antaquera por qué se hallaba allí, sin haber sido invitado. Muchos estaban ya acercándose y, si no se apresuraba, pronto lo apartarían de Nicolás Donatello o, al menos, le impedirían



exponerle con libertad cuál era su aspiración.

–He venido, señor, porque siento que hay corrientes de simpatía y de apoyo popular que favorecen mi eventual candidatura al ayuntamiento de Buganvilia . . .

–Eso mismo me ha dicho nuestro amigo Veragua, y, por mi parte, sé que ello es cierto . . . Me complace, joven amigo, que tantas personas de valía se expresen del modo que lo hacen cuando a usted se refiere . . .

–Si tengo suerte, señor, de verme favorecido con su ayuda, yo . . .

Los que empezaban a impacientarse por el excesivo tiempo de audiencia que llevaba concediéndole el Señor Gobernador al joven del traje negro y el redondo canotier que había llegado con el potro color de trigo, se admiraron al ver que don Nicolás le echaba el brazo alrededor del cuello y, como si estuvieran canjeando confidencias o estableciendo condiciones de negocios, se ponía a hablar con él, cabeza con cabeza, a medida que se alejaban hacia los fondos de la huerta.

– . . . y por todo eso, joven Aurelio, me resulta imposible, aunque quisiera, impulsar por ahora su candidatura . . . El delegado de nuestro partido trajo ya la lista de quienes serán postulados . . . Por esta vez, no se pudo . . . Resérvese para la diputación federal . . . Recuerde que hay más tiempo que vida . . . Por lo pronto, véngase a almorzar . . .

Crecida la noche, Gómez-Anda volvió a Buganvilia: un dolor de ira en el estómago; una llaga con sabor a sangre en las encías, de tanto apretar los dientes; un desánimo total. Fue a casa de La Negra Lupe en busca de Fermín Palermo:

– . . . y el muy hijo de puta de Donatello primero aceptó el caballo y luego . . .

–La próxima será, ya lo verás. Ahora échate un trago . . .

La noticia de que no sería Aurelio Gómez-Anda sino otro el candidato que el Partido Unificador Revolucionario postularía como alcalde en Buganvilia (contra el de Acción Republicana, opositor de la derecha recalcitrante, como siempre se le reprochaba) encendió al padre Monroy y dejó todavía más deprimido de lo que a últimas fechas estaba a don Aquiles Veragua. "El golpe no va contra Aurelio, sino contra mí. Tanto servir al Partido para que ahora me nieguen un favor . . ."

–Ese Homero Astudillo que nos impone Donatello es un auténtico cabrón, padre Monroy . . . Un rata. ¡Si lo sabré yo!

Lo era. Veragua y Astudillo habían sido socios en otra época. Con menos malicia entonces de la que llegaría a alcanzar, Aquiles no se dio cuenta de las artimañas que Astudillo utilizaba para mermarle sus ganancias. Cuando reventó el gran escándalo de la quiebra, y se supo del asesinato del coronel Manrique y del pistolero que lo cuidaba, se culpó de todo al diputado local Veragua. Se hizo necesaria la intervención urgente del senador Nicolás Donatello para que su protegido no pisara la cárcel. No pudo evitar, en cambio, que su crédito quedara maltrecho y que así continuara algún tiempo.

–Además, lo he averiguado, Homero Astudillo no es de aquí, sino de Rinconada . . .

–Eso es lo que menos importa, padre . . . Ya que nos quita al joven Aurelio, no podemos permitir ya más que Nicolás, por muy compadre nuestro que sea, nos imponga a Homero . . . Algo habrá que hacer . . .

Luego de una corta reflexión, arriesgó un plan el padre Monroy:

–¿Por qué no ayudar al joven Aurelio a que busque la alcaldía como candidato independiente? Con él, dentro o fuera del PUR, ganaríamos el Ayuntamiento . . .



TAL VEZ PORQUE llevaba vista mucha vida desde ese mostrador, de espaldas a los hermosos tarros de porcelana donde atesoraba ungüentos y sustancias de nombres misteriosos y mágicas virtudes, el señor Martorell no dejó correr torrentosamente su entusiasmo, como lo habían hecho otros por la tarde. Escuchó la dilatada explicación que le hacía Gómez-Anda y comprendió los motivos de su cólera. Cuando Aurelio terminó de hablar, don Adolfo retuvo su comentario, como si estuviese decidiendo qué movimiento sobre el tablero aconsejaban la astucia y la prudencia:

–Es razonable que a don Aquiles Veragua, a Fermincito Palermo, a don Carlos Fierro, el padre Monroy, les desagrade que el Partido castigue a Buganvilia con un alcalde como será Homero Astudillo . . . Lo que me parece absurdo, Aurelio, es que te dejes equivocar por ellos: llenar de humo y de tonterías la cabeza . . . ¿Qué buscas jugando como candidato independiente?

Por un momento, la piel de las mejillas cetrinas de Aurelio Gómez-Anda se puso muy tensa, casi traslúcida, como si los pómulos fueran a brotarle, destruyéndola. La voz con la que le dio la respuesta le pareció a Martorell amenazadora:

–Busco ganar, don Adolfo . . . ¿Qué más podría buscar si estoy seguro de tener a toda Buganvilia conmigo? . . . Si el gobernador piensa que voy a perder, aun compitiendo fuera del Partido, ¡ya verá que no . . .!

Fue largo, entonces también, el silencio dentro del que se recogió el propietario de la Farmacia Martorell. Muy claras, las palabras que dijo después:

–En política, Aurelio, no se gana ni se pierde. Sólo es cuestión de saber esperar . . . Esperar a que llegue tu tiempo. No olvides nunca que únicamente por el camino de la disciplina y del silencio, del silencio, ¡shhhh!, es como se llega al Poder en nuestro país . . . Tampoco dejes

fuera de tu cabeza esto: El Poder únicamente se consigue desde adentro; estando adentro . . . Ahora, tú decides . . .

Esa noche, antes de informar su decisión al padre Monroy, a Fermín Palermo y a don Carlos Fierro que habían iniciado labores de proselitismo en su favor con dinero de don Aquiles Veragua, Aurelio Gómez-Anda dijo a su mujer que había resuelto no comprometerse en la aventura que le proponían. Con un cierto brillo en sus ojos cada tarde más opacos, suspiró Isaura, aliviada:

–Mejor así, Aurelio . . . Mucho mejor así. Como te dije el otro día, lo que tu necesitas es buscarte un trabajo seguro . . .

Sentado en el borde de la cama, las manos colgando entre las rodillas, Gómez-Anda pensó de madrugada, mientras buscaba unas buenas palabras que decir por la mañana a quienes ese día iban a fundar el primer comité aurelista, que quizá Isaura tuviera razón. "Buscar un trabajo en la fábrica; no meterme más en esto, tan inestable como es la política . . .")

TOSIÓ, discreto detrás de él, Pilo Fraga:

–¿Necesita algo, señor?

–Nada, mayor. ¿Terminaron?

–Todavía no, señor.

–Puede retirarse, mayor.



# 3

YA ERA TIEMPO de que hubiera llegado Fermín Palermo, pensó, guardando el reloj de tapas de oro en el bolsillo izquierdo del chaleco. Lo había visto abandonar, con Armandina, el palco de honor de la Cámara mientras, arriba y abajo, puestos todos en pie, los que asistían a la ceremonia que acababa de concluir, jubilosamente para Ávila Puig, melancólicamente para él, aclamaban con vivas y aplausos las ásperas palabras reprobatorias con que lo había golpeado el nuevo mandatario. Muy pálida, sólo sostenida por el orgullo de su voluntad, "grande señora hasta el último momento", Armandina Gómez-Anda no quiso permanecer más en un lugar que ahora le parecía ingrato, y frente a hombres y mujeres que no se ocultaban más para serlo.

Arrastrando un poco los pies, don Aurelio se dirigió al despacho. Quizá por lo escaso de sus dimensiones, la soledad ahí le resultaba más tolerable que en la sala, tan grande, o en el comedor, tan inhóspito. "Desde que por fin se resignó a aceptar que todo había terminado para nosotros y que *ellos* vendrían a apropiarse, y a disfrutar, de lo que había sido nuestro diez años, la pobre de La Doña empezó a marchitarse". A causa de un desajuste de la puerta, se filtraba un hilo de lluvia. Tiró de la manija y cesó de fluir. "Se le fue el color de la cara y la alegría del cuerpo. Ya no era, en los últimos días, la misma que había sido antes". La recordaba, caídos los hombros como si estuviera enferma, caminando sin garbo, por los corredo-

res; asomándose al interior de las alcobas; suspirando igual que si un dolor inevitable le impidiera el sosiego. Por las noches bajaba al jardín y en él permanecía hasta que don Aurelio iba a buscarla, y juntos, tomados por la cintura, volvían en silencio al cálido interior y se abrumaban en cavilaciones desesperadas. ¿Qué valiosos ex-votos ofrecería al Señor de los Esfuerzos, el preferido de sus santos, a cambio del milagro improbable que sin duda demandaba de Él en la penumbra de la capilla donde se escondía a llorar?

–Hay que aceptar las cosas como son, Armandina, y tranquilizarse . . .

–Oh, Manuelito, ¡Si eso fuera fácil . . .!

–Descansar le servirá . . . Dormir le hará bien. Que los desvelos sean ahora de La Otra . . .

–Ay . . . Pienso en los millones de pobrecitos niños que se quedarán desamparados . . .

Gómez-Anda le tomó la mano. Fría y seca, le era desconocida en ese momento. Una luz lateral cavaba alrededor de sus ojos arrugas que no tenía una semana antes. Le pareció que había en su peinado, ella tan meticulosa, un cierto descuido.

–Siempre habrá quien los cuide, mujer . . .

–¿Usted lo cree?

–Yo sugiero, y El Señor Presidente me apoyará, visto lo nerviosa que se nos ha puesto, una temporadita de recuperación en la playa . . .

A don Aurelio le pareció que la idea del doctor Monter merecía ser tomada en cuenta. Armandina estaba agotada. "Ha envejecido en estos meses. Se ha desaliñado. Hay]días en que no se cambia de traje ni una sola vez. Pobrecita". Le acarició el antebrazo. "Se está consumiendo también . . ."

–Manuel tiene razón . . . ¿Por qué no ir unos días a Puerto Gardenia, con los Servín, después de que todo



pase, eh?

–¿Vendrá usted conmigo, mi señor?

–Yo debo permanecer . . . Algo podría ofrecérsele a don Víctor . . .

–¿Llamarlo, ese señor?

–Necesitará quien lo oriente, en lo que toma su paso. Y ello exige un poco de tiempo; unos meses . . .

–Si él quisiera consultarle algo, señor, usted podría de volver de Gardenia en una hora . . . –dijo Monter.

–Al Presidente de la República, bien lo sabe, doctor, no debe hacérsele esperar . . .

El doctor Manuel Monter les hacía la visita con la que iniciaban, a las seis con treinta de la mañana, la puntual rutina de su día –después de que la señora, infatigable madrugadora, había corrido una milla por los laberínticos caminitos del parque de Los Arcos y completado, sobre la grama de Bermuda, los ejercicios gimnásticos que a su edad la mantenían esbelta, fuerte, con el ánimo siempre a tono; y después también de que el presidente Gómez-Anda, fuera de la cama una hora antes que su mujer, había leído (gruñendo, si eran adversos; igual gruñendo, si favorables) los numerosos reportes y análisis que en secretos maletines le llevaban los mensajeros de Marco Tulio Cimarrosa, Ministro del Interior: apretadas síntesis del trabajo perpetuo de decenas de miles de policías, soplones, investigadores, escuchas, que le permitían conocer, al segundo, "el estado de salud de nuestro reino" y reflexionar: "Qué aterrador resulta ser dueño de tanta información . . ."

–En cuanto a usted, don Aurelio, le recomendaría que empezara a aprender a vivir como ex-Presidente. . . .

–Difícil cosa, Manuel. Difícil cosa, me parece. ¿Quién que ha sido puede acostumbrarse a no ser ya?

A Manuel Monter, médico de los Gómez-Anda desde hacía una veintena de años, le preocupaba el decaimiento,

cada día más acusado, de La Primera Dama. Armandina se empeñaba en vivir esos meses que ponían fin a la Administración de su marido, al mismo tranco veloz con que marchó los dos lustros que con ellos terminaban. "Es como si quisiera hacer todo, nuevamente, desde el principio". Empezó a medicinarla. Comía apenas, con desgano y bajaba de peso inconteniblemente. Hubo unas semanas en que se comportó como si estuviese, igual en público que en privado, en trance de sonambulismo. Perdía las ideas. Por costumbre fácil, su hablar se volvía, a veces por horas, tartajoso, ininteligible. Con don Aurelio compartía sus agotadores insomnios. "Tenemos que irnos, mujer. Acéptalo. Nada, nada ya, podrá evitarlo". "¿Por qué, mi señor?" "Hay un plazo y estamos acercándanos a él". "¿Si algo pasara, don Aurelio?" "Hemos pensado en ello, pero nada puede, por desgracia, suceder que nos beneficie". "Ay, mi señor"; así continuó, más triste, menos animosa, "como Isaura cuando se le iba acercando la muerte", recordaba don Aurelio al compararlas, hasta ese día en que con la altivez que a don Aurelio le daba prestancia, salió de la Cámara y, en compañía de Fermín Palermo y de ya sólo un edecán civil, buscó el automóvil que la llevaría al Aeropuerto "Maclovio Borges" donde la aguardaba el avión presidencial, "último miserable servicio que le deberemos al Gobierno", en el que viajaría hacia Gardenia.

El aparato de La Red, gris como los que seguían en uso, era grande, con disco para formar el número, de modelo antiguo. Lo instalaron allí doce años antes, por orden de don Tito Livio, para que entre él, Presidente de la República, y Gómez-Anda, candidato a la Suprema Magistratura, hubiese en todo momento comunicación directa, instantánea y secreta. "¿Secreta, si también el Hombre de Palacio y de Los Arcos, es mantenido bajo vigilancia, día y noche, por quienes escuchan sus palabras



y sorprenden sus más confidenciales decisiones, eh?" De todos los allegados de don Aurelio, formaran parte del Gobierno o no, el único que desde aquel tiempo de azares electorales tenía en su casa particular y en su despacho de negocios teléfonos como el del Jefe del país y sus Ministros, era Fermín Palermo.

Dos veces, 6-9, giró el disco, pero la llamada no se completó. Gómez-Anda oprimió la barra y volvió a marcar, repitiendo: "seis . . . nueve". ¿Estarían siendo afectadas, también con fallas de sabotaje como las que se repitieron cada noche de las tres últimas semanas en la capital y en las ciudades mayores de la República, las plantas que abastecen de energía eléctrica a la red de teléfonos que usa el Presidente?

–Hola, hola . . . –El dedo impaciente de don Aurelio aplastaba la horquilla– Hola, hola . . .

Comprendió de pronto la razón de tal silencio. El teléfono no estaba descompuesto. "Poco tardaste, don Víctor, para empezar a vengarte; a hacerme sentir que eres tú quien ahora manda, ¿eh?", y vio frente a sí, después de abandonar sobre el escritorio la bocina inútil, que la sangre se retiraba de sus pequeños puños hasta dejarlos como de hueso, blancos y secos; y luego, agitándose con un calosfrío, sintió lo vulnerable que ya era; lo expuesto que se encontraba desde ese mediodía a la ira de sus enemigos, al desquite de aquellos a los que había hecho daño. Era la primera vez que comprendía la magnitud de su debilidad. ¿Hay alguno más débil que el hombre que acaba de entregar a otro la presidencia del país? Si ya no es suyo, porque lo ha cedido al sucesor, ¿de qué Poder dispone para defenderse –para atacar si se le ataca, o antes de ser atacado?

"Pendejada. Error y pendejada. Las dos cosas", reconoció, fue no haber tomado como otros menos sagaces que él la tomaron, la precaución de adquirir a tiempo una

herramienta para protegerse. "¿Algo mejor que un periódico, que una revista, donde decir mi verdad en mis propios términos?" Ahora entendía por qué Alfonso Videgaray, con los más ricos de sus amigos, habían comprado, valiéndose de terceros, la mayoría de las acciones de *Monitor*, un semanario de amplia circulación nacional y probada influencia. "Para joderme, ¿para qué si no?" Cuando Cimarrosa lo puso al tanto de ello, había sonreído: "¿El jefe Alfonso, periodista? Lo que nos faltaba . . ." Ministro del Interior que había servido ya a tres Presidentes, Marco Tulio sólo alzó una ceja.

Gómez-Anda volvió a insistir, pero el teléfono había sido anulado. "Desde aquí me llamó La Doña ayer, a Los Arcos, cuando llegó con lo último". Los dedos se le habían puesto quebradizos. Sopló un poco de vaho en sus yemas. La temperatura debió haberse abatido considerablemente porque los tobillos, y sobre todo: las rodillas, le dolían ahora más. Para que los cosquilleos que ya sentía en los talones no ocuparan del todo sus piernas, se levantó.

"Ya empezaron, ya empezaron", y seguía lamentando no haber atendido el consejo que le había tantas veces reiterado Josafat Armengol, cercano colaborador suyo varios años, y sí, en cambio, haber preferido la opinión de Fermín Palermo:

–¿Para qué quieres controlar diarios en la capital y en las provincias, Aurelio? ¿para qué más quebraderos de cabeza . . .? Comprar los que sugiere Armengol no me parece una idea buena . . . Tal vez lo que él busque sea ganarse unos millones en la operación . . .

–La prensa dispone de un enorme poder . . .

–El que tú, como Presidente, le permites que tenga, Aurelio . . . Cuando algún periódico llega a molestarte más de lo que estás dispuesto a tolerar, ¿no basta un timbrazo tuyo, o un recado que Josefat les lleva al director o al gerente, para que deje de chuparte la sangre?



–Videgaray es dueño ahora, bajo cuerda, de *Monitor* . . . Pronto empezará a atacarnos . . .

–No lo hará, Aurelio . . . Sabe, pues ha sido de los nuestros, que al primer pinchazo que te dé, se le hace a su revista lo que él le hizo a las que se atrevieron a criticar su actuación pública . . .

–Josafat, y creo que tiene razón, considera que debemos disponer de algún periódico para *después*, Fermín . . .

Fermín Palermo lo había interrumpido, luego del apresurado sorbo a la copa de coñac:

–Dime, Aurelio, recordando lo que hemos hecho, ¿quién que no esté loco se atreve en nuestro país a enfrentarse al Presidente desde las páginas de una publicación? ¿No es el Presidente, a fin de cuentas, aunque no alardee de ello, el Director General de la prensa nacional; el que la abastece, según lo dócil que a su mandato sea, de cuantiosas dádivas y de anuncios? ¿No es el Presidente el que condona adeudos y concede canonjías a los industriales del periodismo? Tú, dueño de un diario, o de una revista como ahora Videgaray, ¿desafiarías la autoridad del Primer Magistrado? Si lo hicieras, ¿cuántas veces podrías repetir el golpe, Aurelio?

Así que discurría entre los muebles y los bultos dispersos por la sala, recordaba Gómez-Anda que en los meses finales de su administración, la prensa, que tanto recibió de él en sus diez años, se había convertido en caja de resonancia de reiteradas campañas de mentiras y rumores, y permitía que ocuparan sus páginas críticas feroces, injustos análisis y malvados comentarios como el que hizo en *Monitor*, ese marica mugroso, Manuel Urrutia, al que el candidato Ávila Puig expulsó de su tren, luego que un guardia le dio una paliza, al principio de la gira electoral. Todo él caspa en los hombros y mal aliento, escribió Urrutia:

" . . .y no resulta descabellado suponer que si Tito Li-

vio Gómez de Lara escogió para que lo sucediera en la Presidencia al Ministro que con mayor entusiasmo aprobó siempre la-política-de-mano-dura con que justificó los bárbaros actos represivos (matanzas de estudiantes; persecusión de obreros; secuestro de campesinos) que puntearon su sanguinaria administración, Aurelio Gómez-Anda a su vez debía seleccionar a un heredero que estuviese dispuesto, por compromiso de gratitud, a justificar sus garrafales pifias, el escandaloso derroche que hizo de los recursos del país, la monstruosa corrupción que permitió, el cínico nepotismo que fomentó y su insensata proclividad a endeudarnos, y comprometernos, más allá de lo razonable. Así, el favorecido resultó ser un ministro, un tecnócrata, también responsable de la crisis gravísima que ya contemplamos . . ."

Esa prensa, "que no será más leal con don Víctor de lo que lo fue conmigo", se había puesto al servicio de los que él calificaba de ser "los más bastardos intereses del país", en un afán, apenas encubierto, "y sin duda inspirado por Ávila Puig o sus consejeros", de atribuirle a él, ¡a él!, a sus disparates y desaciertos, la culpa por la situación de ruina, desconfianza y temor sobre la seguridad política y económica de la república. "¿Cómo propalar que las cosas no marchan bien, si hemos hecho grandes inversiones para que campos y fábricas produzcan más? Son miopes, torpes o de mala fe, los incapaces de comprender la magnitud de mi obra; el sacrificio personal que realizarla ha significado para mí." En la prensa, sin excluir a la que le era adicta, se le hicieron chistes dolorosísimos a él y a La Doña; se les satirizó en caricaturas que de lo ingeniosas herían; se elaboró el inventario de sus errores. "La prensa de aquí, tan corrupta, no me quiere ni me entiende. La del extranjero, en cambio, sabe valorar justamente mi tarea. ¿Acaso los grandes diarios de Nueva York y México, Londres y Tokio, París y Bonn, no han dedicado profusos artículos y



suplementos íntegros a difundir la transcendencia histórica de mi quehacer? Los más influyentes editorialistas, columnistas y escritores políticos de Francia y Norteamérica, ¿no han sido repetidamente huéspedes de mi gobierno?" Esos elogios abundantísimos ¿perdían acaso valor por el hecho de haber sido pagados, a cargo de la hacienda pública, a tanto la línea ágata?

A la penumbra helada del cuartito de baño le llegó el timbre del teléfono. "¿Dónde anda Fraga que no lo atiende?" Apresuró su micción y fue a contestar. La voz que recibía su oído era la bronca voz de Teresa López, antigua estrella de la danza vernácula y, desde hacía algún tiempo, su comentada amante.

–Mi señor, ¿cómo está? –igual que Armandina, ella también usaba esa fórmula de respeto, "mi señor", para hablarle.

–Bien, bien . . . ¿y usted?

–Muy triste, mi señor, por las cosas infames que ese ingrato dijo contra usted . . .

–Eso no tiene importancia, Teresita. No la tiene.

–Espero no ser indiscreta llamándolo allí, don Aurelio . . .

–De ninguna manera . . .

– . . .pero no aguantaba más pegada al teléfono, esperando que usted me hablara . . .

–He tenido tanta gente que . . .

–Marat fue muy amable dándome ese número, mi señor. ¿Hice mal en pedírselo?

–Nada de lo que usted hace está mal, Teresa . . .

–Ah, mi señor. ¡Es usted un amor . . .!

(CASI CINCO años duraba ya la relación entre don Aurelio y esa mujer, apenas de la mitad de su edad, a la que había conocido personalmente la noche en que se iniciaban, con

la ceremonia de coronación de la Reina, la verbena popular en la Plaza de Armas y el baile de gala en el Casino, las variadas festividades de la Feria Nacional de la Vainilla que tanta fama otorgaba, desde hacía medio siglo, a la provincia de Zamora. El Señor conocía, por haberlas visto en revistas para hombres, sugestivas fotografías de la plantosa bailarina; sabía de su apodo, *La Pelos*, y de algunos de sus noviazgos con toreros y ases del deporte; pero nunca antes la había tenido así de cerca, representando ante él la picaresca Danza de la Iguana. Le impresionaron sus muslos, que ella mostró generosamente, sus espléndidas pantorrillas, más morenas que las de Armandina, y cierta fiereza al mirar, al sonreír, que la hermoseaba.

-¿Quién es ella? -inquirió como si lo ignorara.

-Teresa López, señor Presidente . . .

-Hmmm . . . No esta mal, hmmm -comentó don Aurelio, y fingió que miraba al conjunto y no a la solista . . .

-Es buena amiga, Teresa . . .

Una severa gripe, y la prohibición del doctor Monter de abandonar su alcoba, habían retenido en Los Arcos a la Primera Dama. Dos veces durante la tarde, Gómez-Anda había hecho que Pilo Fraga llamara por línea directa a La Casa solicitando informes sobre la salud de La Doña. Esa noche, a solas en la gran recámara de la residencia que había acondicionado el gobernador Pílades Borromeo para alojarlo con sus ministros y auxiliares, don Aurelio descansó en el baño, leyó los diarios de la capital que habían llegado a las siete en uno de los jets a su servicio, vistió un pijama y habló, quizá media hora, con Armandina. El Jefe del Estado Mayor, general Leal Garnica, a cuyo cargo quedaban los dos maletines que El Señor jamás desamparada cuando salía de gira (el de los dineros y el de los medicamentos y las lociones) alineó sobre el buró los frascos con la aspirina compuesta y las vitaminas A, E y B; la copa coñaquera, la licorera con el whisky, y la



botella con agua mineral.

-¿Lo sirvo, señor Presidente?

-Haga el favor, general . . .

Mientras llenaba con escocés la copa que el Jefe del Estado bebería antes de dormirse (costumbre que adquirió respetabilidad desde que el doctor Monter accedió a que tomara unas onzas de whisky cada noche "para precaverse de un nuevo infarto") informó Leal Garnica:

-El señor Marat Zabala desea hablar un instante con usted . . .

-¿Le hizo saber que ya estoy en la cama?

-Lo sabe, pero insiste. Está afuera, en el corredor.

-Hágalo pasar . . .

Marat Zabala, el más joven de sus ministros; el que mejor lo hacía reír con chistes siempre oportunos; el que más le agradaba de todos porque nunca incurría en la torpeza de entrar en desacuerdo con él, fuera o no importante lo que se discutía; ése, cuya carrera política amparaba siempre, tal vez porque, llegado el momento, podría ser un idóneo sucesor suyo; Marat, guapo y alto. "una preciocidad de hombre", como decía Armandina; esposo de Martha Samaniego que por amor dejó su próspera carrera de estrella cinematográfica, asomó, risueño:

-¿No molesto, señor Presidente?

-¿Qué ocurre, Zabalita?

-Una dama me ha pedido, señor, que la presente con usted. Está afuera y me preguntó si acepta usted que pase un momento y lo salude . . .

-¿Quién es?

-La señorita López, Teresa López . . . La bailarina, señor Presidente . . .

-¿Recibirla aquí, a esta hora?

-Es el lugar adecuado, señor . . . ¿Puedo invitarla a entrar?

-Sólo por un momento . . .

Era una mujer aparatosa, pensó Gómez-Anda al ve[r] entrar, llevada de la mano por el Ministro de Informa[ción] y Turismo. Tan alta como Armandina y de indudable p[er]sonalidad. Conservaba sobre el rostro la máscara de m[a]quillaje. Iba metida dentro de un abrigo de zorros gr[is]. Zabala hizo las presentaciones. Teresa López flexion[ó le]vemente la rodilla:

-Es un honor, señor Presidente . . .

-Gracias -farfulló él, y se sintió ridículo, así, en[tre] sábanas y cobertores, vistiendo un pijama de franela a[zul] luego, abochornado y confuso cuando Teresa López de[tuvo] los ojos en las aspirinas y en la copa de la que don Aure[lio] había bebido un sorbo solamente. "Va a pensar de mí q[ue] soy un borracho solitario o un hipócrita que en públ[ico] prefiere, para cuidar su imagen de ciudadano abstemio, [el] agua mineral y los jugos de fruta".

Zabala pretexto una consulta con el gobernador B[o]rromeo y se marchó rápidamente. Gómez-Anda padec[ió] una súbita arritmia como aquellas que estuvieron anu[n]ciándole varios meses la inminencia de un serio desor[den] cardiaco. Cohibido, no sabía si levantarse de la cam[a o] permanecer en ella frente a la sonrisa ancha y la mira[da] tenaz de esa mujer que había perdido la timidez y que [se] movía por la alcoba como si estuviese acostumbrada [a] frecuentar, a deshoras y en secreto, habitaciones de polí[ti]cos.

-Se ve usted mucho más joven, señor Presidente, q[ue] en las fotografías . . .

-Gracias por creerlo así . . .

Teresa López se quitó el abrigo y dejó que resbala[ra] sobre la alfombra. Vestía un traje de dos piezas, como [de] oficinista. Se plantó frente a él, las manos en jarras, m[i]rándolo. Gómez-Anda se resolvió, al fin, a salir de la ca[ma] -y al hacerlo, ella descubrió que El Primero de los Ciu[da]danos del País usaba calcetines de lana para que sus pi[es] no tomaran frío por la noche.

Don Aurelio se inclinó a recoger el abrigo y lo entregó a Teresa López. "Estas cosas toman tiempo", pensó él, y pensó también que la mujer le agradaba. "No es cuestión, por tanto, de llevarla a la cama precisamente hoy". Ella parecía estar desconcertada. ¿Había hecho algo que molestó a El Señor? ¿Estaba expulsándola de su recámara?

-Es muy tarde ya, señorita López, y está haciendo frío. ¿Me permite?

De manos de *La Pelos* el señor Gómez-Anda tomó el abrigo y se ofreció a colocárselo sobre los hombros.

-Gracias, señor Presidente . . . -Le agradeció la elegancia con que estaba echándola de allí; la finura con que la trataba, el respeto con que se dirigía a ella, al hablarle. "Otro me hubiera sacado a patadas, como a una puta".

-Me gusta mucho la forma en que baila, señorita López. La gracia con que lo hace.

-Oh, señor Presidente . . .

Gómez-Anda abrió la puerta. Llamó a Pilo Fraga, ayudante de guardia:

-Haga el favor, capitán, de ordenar que la señorita López sea llevada a su hotel . . . Disponga también, a partir de esta noche, un servicio de seguridad para ella, ¿eh?

-Afirmativo, señor Presidente.

Serio siempre, aunque ya no distante ni temeroso como hacía unos minutos, don Aurelio dejó entre las dos de Teresa López su mano huesuda, húmeda a pesar del aplomo con que procedía, y helada.

-¿No le molesta que empecemos a cuidarla, eh?

-Oh, señor . . .

Cerró la puerta. "No está mal", pensó, sentándose en la orilla de la cama, alcanzando la copa. "Nada mal está Teresita López". Bebió un trago. "Tiene cancha la mujer, eso se ve". Volvió a beber. "Una tipa así, muy corrida, con la que no se pierde el tiempo, es lo que conviene". Con el

último sorbo agotó el whisky. "Ya es hora que El Jefe del Ejecutivo tenga una amiga. Eso, prestigia . . ."

Eficiente, como el propio Gómez-Anda cuando desempeñaba alcahueterías parecidas para el general Galvarino Montes, el consejero privado adjunto Josafat Armengol, hizo los arreglos para que don Aurelio y Teresa López se reunieran por primera vez en la capital. Subió por ella al departamento que ocupaba en la colonia Progreso y en un taxi, adquirido para investigaciones y cabildeos que debían ser secretos, la condujo a un paraje boscoso de Lomas del Pinar, a extramuros de la ciudad. La mujer entró en la limusina del Mandatario y él le besó la mano. Quizá mortificado por tal atrevimiento, quedó después muy tieso. Sobre las rodillas conservaba una caja de bombones. Levantó la tapa, tomó uno cubierto con fina picadura de piñón y se lo entregó en los labios. "¡Hmmm, rico!" Risueña, Teresa correspondió la cortesía dejándole en la boca, que él se resistía a abrir del todo, una *media luna* nevada de azúcar blanquísima. Con cierta reticencia, pues no era afecto a esa clase de dulces, el Presidente de la República la mordió y al hacerlo, "carajo, qué compromiso", sintió que su prótesis dental había quedado atrapada en la pasta del relleno.

Volvieron a reunirse la tarde siguiente, en los términos que él propuso: "¿Mismo lugar, misma hora, Teresita?" El taxi de Armengol, manejado por un agente de seguridad, y seguido por otros dos con guardaespaldas y operadores de radio, llevó a *La Pelos* al lomerío remoto donde, ansioso, la aguardaba El Señor. "¿Le gustaría, Teresita, que diéramos un paseo?" "Lo que usted disponga, mi señor", repuso ella, por primera vez llamándolo así. Despacio, pues no se dirigía a ninguna parte, la negra limusina presidencial y los sedanes de los auxiliares, y a la zaga los amarillos coches de alquiler de Armengol y sus escoltas, recorrieron en caravana los caminos de las colinas alarmando a las parejas que habían subido a esas soledades en busca de una poca de intimidad. "Hoy le he traído papas fritas y pistaches, Teresita. Ojalá le gusten". "Me encantan, don Aurelio: si supiera cuánto". Él le mostró las bolsas de celofán que los contenían. Ella abrió la mayor y procedió a comer una hojuela saratoga. "He traído también café negro, recién hecho". "¡Qué bueno, mi señor! El café negro es mi debilidad". "Siendo así, éste va a encantarle: café ciento por ciento puro, de exportación". "Ah, de exportación". Volvió a sonreír, complacido, Gómez-Anda. Dijo: "Capitán: el maletín por favor". Fraga, que iba junto al chofer Ortiz, le entregó el maletín dentro del cual el Presidente había hecho colocar dos tazas de porcelana (la pequeñita, para él; de tamaño normal, la otra); las cucharas de plata, una docena de cubos de azúcar, por si Teresa la usaba; un termo y un frasco casi lleno de unas semillas que Teresa López desconocía. "¿Anís, granos de anís, dice usted?" "Eso son, Teresita. Hay quien endulza el café; yo lo prefiero con un granito, a la manera de la Sierra. Cuestión de costumbre". "¿Es usted de la sierra, mi señor". "Sí, pero no he vuelto a ella desde la Guerra del 34". La mirada vivaz de Teresa López se encendió. "¿Estuvo usted en esa guerra, don Aurelio?" "Estuve. Era muy joven entonces, pero estuve . . ." Con impulsivo entusiasmo, Teresa colocó sus dos fuertes manos sobre las rodillas del Presidente y lo apremió, acercándose más a él. "Qué maravilloso, mi señor. Cuénteme, cuénteme, lo que hizo usted". Gómez-Anda experimentó una sensación desconocida; olvidada, rectificó, desde hacía muchos años, cuando la mujer que olía tan gratamente y lucía una piel muy fresca sin afeites, abandonó sus dedos de uñas escarlata en la tela negra de sus pantalones y, ansiosa e interesada, le miró los ojos. "Voy a aburrirla, amiga Teresa". "Nunca me diga eso, señor. Todo lo de usted me interesa, sépalo bien. ¿Qué hizo

usted en esa guerra, don Aurelio?" Gómez-Anda, al incierto el pulso, se humedeció la lengua con un poco d café. Miró hacia la claridad lejana del crepúsculo. Se to el cuello de la camisa y luego el nudo de la corbata. Con punta de la lengua presionó la placa metálica de su den dura postiza. Carraspeó y, con voz calma, procedió enumerar recuerdos e invenciones.

Una noche, luego de otro de sus largos paseos s rumbo por las afueras, le confesó a Palermo: "Ferm tengo novia. Una real señora, créeme". "¿Quieres dec que te has enamorado, Aurelio?" Cauto, pues no tenía po qué comprometer del todo su palabra, dijo Gómez-And "Eso creo", y recordó que desde su entusiasmo por A mandina, veintitantos años atrás, no había vuelto a pre darse de ninguna de las mujeres que conoció porque pensaba, no merecían que él perdiera su tiempo en nec dades; añadió, suspirando: "Me siento más joven, Ferm contento de todavía poder cortejar a una muchacha" Asintió Palermo, cuyo gusto por las mujeres nunca de caía. Él mismo gozaba con frecuencia, media docena d veces al año, de la alegría que rezumaba esos días El Se ñor. "Siendo así, debes prepararte, Aurelio. Estar e buena condición física". "Lo estoy, Fermín. Manuelit Monter me ha hecho varios exámenes y me encuentr perfecto . . ." "A nuestra edad no puede uno afirmar qu lo está" y por primera vez, don Aurelio oyó hablar d cierta milagrosa raíz que devolvía aún a los más gastado varones el vigor inagotable de la adolescencia. "¿Eso sirve?" "Mírame, Aurelio. Pregúntalo a mis amigas". Veinticuatro horas más tarde, en un jet alquilado a Aerolíneas Olid, partía Josafat Armengol para adquirir en los remotos países del Sudeste Asiático, donde se producía, una tonelada de la materia prima del elíxir que tanto ponderaba Fermín.

Otra tarde, semanas después, Palermo recibió de don



Aurelio una sorprendente confidencia. "Debo decirte, sin embargo, que entre nosotros no hay, humm, no ha pasado nada todavía". "¿Nada, después de meses?" "Nada". "¿Qué esperas, Aurelio? Estás medicinado, tonificado, rejuvenecido". "Las cosas, cuando deben ser, no antes. No es fácil para el Presidente-de-la-República; para un Presidente como yo, serio, respetuoso de las formas y del procedimiento, enredarse con una mujer y llevarla a un hotel, como podrías hacerlo tú, o el ayudante de guardia, si no tuvieras tu propia casa, o una garçonière", y le habló, como si estuviera quejándose, de lo prisionero que sentía ser de sus servicios de seguridad y lo fastidioso que le resultaba ya, "por mucho que a Teresa le divierta", vagabundear a escondidas por Lomas del Pinar, "seguido por una cauda de automóviles llenos de pistoleros, Fermín". "No los lleves, si te molestan". "Fermín, Fermín: sin ellos no voy solo ni al excusado". "Josafat podría . . ." "Y tampoco es cuestión de acostarme con ella en el asiento de atrás del automóvil". Retumbó la carcajada de Palermo en las falsas vigas del techo de ese lugar de Los Arcos, que en época de Tito Livio Gómez de Lara había sido un salón de estilo francés Luis XV y que ahora imitaba, por gusto de Armandina, una troje. "Si no tener dónde hacerlo es tu problema, mi casa es tuya. Úsala cuando quieras. Ventajas de ser soltero, señor Presidente".

Fue muy tierna y comprensiva con don Aurelio, en sus primeras citas, Teresa López Hillary. Era natural, decía, que un caballero abrumado por enormes responsabilidades como las suyas tomara su tiempo, y aún pasara sus trabajos, para demostrarle fogosamente su admiración. "Lo amo, mi señor, y me gusta usted mucho. Eso es lo que importa. En cuanto esté más tranquilo, y me tenga confianza, ¡ya verá . . .!" De lo que también empezaba a exasperarse era de la obligada clandestinidad de sus encuentros con Teresa y del excesivo número de personas que

debían ser avisadas de cuándo iban a producirse "por razones de seguridad, señor Presidente, debemos saber fechas y horas. Usted comprenderá". Resolvió no volver a casa de Palermo. Le dijo: "Será mejor que Teresita tenga la suya propia. De favor te pido que le busques una, grande, cómoda, que pueda gustarle". Palermo examinó los archivos de su compañía de bienes raíces y encontró una, algo costosa, como la que don Aurelio deseaba. La tarde del sábado, ellos dos solos fueron a visitarla. El lugar le pareció inmejorable a Gómez-Anda; el tamaño, perfecto, y adecuado el precio, que escuchó sin perturbarse y aceptó sin regateo. "El día diecinueve celebra su santo Teresita. Que la propiedad, y los papeles del notario, estén listos y arreglados para entonces. Será mi regalo".

El contratista Mario Menchaca desayunó en Los Arcos, invitado por don Aurelio, el domingo. Pasearon un rato por el jardín y mientras El Señor derramaba mijagas de pan para que las picotearan las palomas y permitía que los ciervos se acercaran a buscar en sus manos el azúcar que nunca les negaba, Menchaca escuchó: "y por ello, amigo Menchaca, hemos resuelto que sea su empresa la que ejecute la obra civil de ese espléndido proyecto del señor Ministro de la Producción, ingeniero Ícaro Larrauri, que habrá de ser el más grande, en su género, de esta parte de América". "Ya lo creo que lo será: la Acería Gómez-Anda". "No apruebo que lleve mi nombre, todavía". Llegaron al estanque de oscuras aguas heladas y las carpas recogieron de la superficie el alimento que en una bolsita de plástico les llevaba su protector. "Como usted sabe, amigo Menchaca, el contrato de la obra es codiciable . . ." "Ya estamos concursando, señor Presidente, para ver qué parte de él nos llevamos". Sin mirarlo, como si pensará en voz alta o hablara para sí, apuntó don Aurelio: "Se han llevado todas, don Mario". "¿Todas? ¿Todo el



contrato, señor?" Gómez-Anda lo tomó por el brazo y siguieron caminando. "El que ha ganado usted, es el contrato de obra civil más importante que haya recibido nunca una sola compañía constructora". "Así es, señor Presidente". "Al decidir que sea para la suya, ingeniero Menchaca, lo hemos hecho pensando que a los amigos, cuando uno está en condiciones de hacerlo, hay que favorecerlos generosamente para que nos ayuden a favorecer a otros amigos . . ." El Presidente se detuvo a admirar, como siempre, la rosa casi negra que constituía el lujo mayor de ese jardín extraordinario. Menchaca encontró, tan oscuras como los pétalos del ejemplar que don Aurelio examinaba, sus últimas palabras. "Estoy a sus órdenes, señor Presidente", fue lo único que le pareció indicado expresar en ese momento; pensó: "¿para quién será la gran tajada, la mitad de las ganancias: Armandina, Palermo, él directamente?" Suspiró Gómez-Anda dejando delicadamente en libertad a la flor: "Hemos calculado, amigo Menchaca, que no sería demasiado sacrificio, o quebranto, para quien va a beneficiarse con tan abultado contrato, destinar parte, mínima parte, de ese seguro beneficio para adquirir la modesta propiedad que haría feliz a una persona de nuestra muy particular estimación; propiedad, permítame aclararlo, que costaría menos, sus muebles y un par de buenos autos incluidos, que lo que representaría ese acostumbrado porcentaje que indebidamente demandan para sí los funcionarios inmorales y ambiciosos que se valen de sus cargos, sobre todo cuando son Ministros, para acrecentar sus ilegítimas fortunas". "Lo que usted diga, señor". Gómez-Anda le dio una palmadita en la espalda: "Moléstese mañana, querido don Mario, y converse con nuestro mutuo amigo Palermo . . . Él le explicará lo que deseamos que se haga. Ah: un último ruego: discreción y rapidez". "Cuente con ello". "En unos días más, amigo Menchaca, estaremos firmando los documentos para

construir la Acería; ceremonia que habremos de publicitar adecuadamente, ¿eh?")

CÁLIDA, PERO no suave como la que lo arrullaba en las horas de reposo que seguían a las del amor, continuaba en su oído la palabra de Teresa López; la voz de su indignación:

–Porque echarle en cara a usted tantas cosas, mi señor, es no tener madre . . .

–Teresa, compórtese . . .

– . . .madre, abuela o lo que sea, señor . . . El muy hijo de puta es el que menos derecho a criticarlo tiene, porque lo que es, ¿o ya se le olvidó?, se lo debe a usted . . .

–Le agradeceré, Teresita, que se calme . . . .

–Permítame, don Aurelio. Permítame. Lo que debió haber hecho ese hombre era callarse; no empezar mordiendo la mano del que lo hizo ser alguien . . .

Gómez-Anda había empezado a preocuparse. Teresa López estaba comprometiéndolo. ¿Quiénes se ocuparían de grabar en el Cuarto de Radio de Los Arcos, o en los estudios del Ministerio del Interior, esa conversación? Si no existía ya, ¿inaugurarían con ella un *Dossier Gómez-Anda* en el que irían acumulándose, al correr el tiempo, palabras embarazosas, comentarios ofensivos, opiniones desagradables? Así como él acostumbró hacerlo durante sus diez años en la Casa del Gobierno, ¿iniciaría esa noche Ávila Puig la rutina de recluirse a escuchar lo que sobre él decían sus enemigos y lo que para infamarlo, ridiculizarlo, censurarlo, también dirían sus amigos, ignorando tal vez que cada sílaba quedaba registrada, guardada, en espera de que El Señor decidiera qué uso, público o privado, debía darse a esos materiales? Como lo sirvió a él en misiones secretas, ¿serviría a *don* Víctor el ingeniero Trinidad Apodaca, a cuyo cuidado confió establecer el SEI: Servicio Especial de Información –una red de control sobre teléfonos, casas y vehículos, entre cuya malla, según tuvo pruebas en varias ocasiones, andaba él enredado?



(HOMBRE NOCTURNO, Trinidad Apodaca vivía en las tinieblas de estudios de grabación tenuemente iluminados. Nadie recordaba haberlo visto entre la claridad de la luz solar. No se ausentaba nunca de sus Cuartos de Radio –el de Palacio, el de Los Arcos. Se ignoraban pormenores de su vida privada, si alguna tenía. Responsable de las comunicaciones de don Aurelio, sólo aceptaba otra amistad política: la de Marco Tulio Cimarrosa, que lo recomendó para el empleo. Como Gómez-Anda, vestía de negro y era magro de carnes. Hablaba apenas. Por las noches se reunían:

–¿Qué tenemos hoy, ingeniero?

–Algo, señor Presidente –era la respuesta invariable.

–Oigamos, pues . . .

Don Aurelio tiraba de la palanca para darle al respaldo del sillón de peluquero el ángulo que le permitía disfrutar de ese reposo. Graduaba la intensidad del sonido en los audífonos que Apodaca se encargaba de colocarle, y cerraba los ojos.

Estar allí, a veces durante horas, resultaba más divertido y provechoso para don Aurelio, que perder el tiempo en la sala de proyección, aburriéndose con las películas hechas en el país o con los tediosos documentales sobre temas operísticos que Armandina, tan aficionada a ellos, se hacía remitir por conducto de los embajadores desde los lugares donde aun se ejecutaba en público el belcanto. En el Cuarto de Radio conocía, dicha sin mixtificaciones o reticencias, la voz de la verdad. "Todos hablan, a todos los oigo, no cuando ellos lo solicitan, sino cuando yo lo deseo".

Los anónimos técnicos del SEI, los hombres invisibles que gobernaba Apodaca, el más invisible de ellos, eran los oídos con los que el Presidente escuchaba lo que se decía de él; lo que los dueños del Gran Dinero tenían que resentir de él; lo que sus Ministros, aún los más cercanos, fraguaban contra él o urdían en su personal beneficio. Nunca quiso Gómez-Anda averiguar en detalle cuántos *interventores* lo servían a través de Apodaca, ni lo que costaba al Erario retribuir con sus muy crecidos sueldos a los, seguramente, miles de expertos que recogían, clasificaban, seleccionaban, editaban, copiaban y preservaban en cassettes y bobinas innumerables los millones de diálogos que eran captados cada año en las estaciones automáticas de grabación. "Quizá yo no vea todo, ni sepa todo, Fermín, pero sí te garantizo que lo oigo todo". Así, cada noche cerraba los ojos, y empezaba a llenarse de comentarios, críticas, injurias, chistes, chismes, rumores o crueles juegos de palabras.)

MENGUABA SU cólera y Teresa López volvía a ser, ella tan fiera ante los demás, lo mansa que le gustaba parecer ante él.

–La Doña, ¿cómo sigue de sus nervios?

–Mal, la pobre . . . –"¿Cómo no amar a una querida con la que se pueden discutir los achaques de la esposa y los problemas de la casa, Fermín?"

–¿La mandó a la playa, mi señor?

–Por unos días . . .

–En la tele se veía muy cansada; vieja, diría yo . . . Vieja no, mi señor; sólo triste . . .

–El descanso la mejorará bastante . . .

–Usted, mi señor, ¿no va a salir?

–Tengo cosas que hacer aquí, Teresita. Muchas cosas, como siempre.



–Cuídese para mí, don Aurelio . . .

–Estoy haciéndolo . . . Mañana, ¿la veré?

–¿Y lo pregunta, mi señor? ¿Por qué no hoy . . .?

–Tengo la casa llena de gente que viene y se va . . . ¿Le gustaría que comiéramos juntos?

–Usted sabe que sí . . .

–Podría llevar pollos rostizados, pasteles árabes, quesos. Frutas . . .

Fue como una bolita de cristal botando y rebotando sobre una superficie dura la risa de Teresa López que recogió don Aurelio:

–Tan lindo, tan amable siempre, usted . . . Pero no es necesario que traiga nada . . . Yo voy a guisarle mañana las cosas que le gustan, ¿sí?, que le gustan y no le hacen daño . . .

–Llegaremos a eso de las dos . . .

–Mi casa y mi tiempo suyos son . . .

–Algo más, Teresita . . . No se vaya de la boca cuando hable. Alguien podría estar escuchando . . .

Había una sonrisa en los labios de Gómez-Anda cuando colgó la bocina. Pensó que hubiera podido pedirle que le llevara, o le hiciera llegar con algún sirviente, un poco de café. "Mejor que no . . . Cada quien en su casa, y todos en paz". Con su gracejo, sus palabrotas aprendidas en las correrías de la vida, la vehemencia de un temperamento que le daba relieve a su actividad profesional, Teresa había conseguido como siempre llevar un poco de brillo a su ánimo, tan menguado ese mediodía húmedo y tristón. Se sintió agradecido. "¿Feliz, Fermín? ¿Preguntas si soy feliz en la situación en que ahora me encuentro?" "¿Lo eres, Aurelio?" "¿Podría dejar de serlo, con una esposa como Armandina y con una novia como Teresa?"

Abrió uno de los cajones del escritorio. Estaba casi lleno de relojes de pulso, sueltos o en cajas; finos, muy finos, extraordinariamente caros. Sin los lentes le resul-

taba difícil leer las marcas. En algunos centelleaba piedras preciosas que los convertían más en joyas que máquinas para medir el tiempo. Del chaleco sacó el su modesto, sólido, puntual, que había conocido más de vez cárcel en el Montepío; que había marcado pa horas sombrías y horas luminosas. Por el uso, el oro de tapas se había ido gastando hasta casi parecer plata. Ab la posterior y dejó su mirada en el retrato, también desvaído, de su primera esposa; de aquella enferm Isaura Rojas que más que morir para dejarlo viudo apagó para dejarlo a oscuras una larga época de su vida. cajón de abajo contenía también relojes: chicos, gran gruesos, planos. Muchos estuches conservaban el papel sus envolturas, las tarjetas de quienes los habían envi personas a las que les habría hecho favores, o que espe ban que se los hiciera. "¿Por qué tienen tan poca imagi ción los adulones que sólo se les ocurre obsequiarle reloj al Presidente?"

En el tercero de los cajones había papeles. Reconoc su letra, "DOCUMENTOS CASA BECERRA", manuscrita so una gorda carpeta con el escudo y la leyenda: "Ejecu Federal: Ministerio de la Propiedad Nacional", impre con tinta negra. En el instante en que la abría cascabele timbre del teléfono, sobresaltándolo.

–¿Casa del señor Gómez-Anda?

–Sí.

–¿Se encuentra él? –La voz era amable, el tono pa sado; voz de un hombre amable que hablaba pausad mente, "con simpatía".

–¿Quién le llama?

–¿Es usted don Aurelio?

–Sí . . .

–¿Seguro que es usted el viejo asesino y ladrón que estuvo arruinándonos diez años con sus pendejadas de loco . . .?



No alcanzó Gómez-Anda a organizar una respuesta igual de injuriosa porque la comunicación había sido interrumpida. La bocina en el temblor de la mano, el zumbido continuo en el auricular, don Aurelio padeció una sacudida de la cabeza a los pies. En el estómago sufrió un espasmo y lo molestó la sensación de náusea. La víspera, dueño todavía de su poder, habría ordenado rastrear inmediatamente la llamada: seguir esa voz que había pronunciado las palabras intolerables. La víspera aún era El-Señor-Presidente. Ahora, ¿qué? "Un ciudadano indefenso, al que cualquiera insulta y calumnia, eso soy . . ." Devolvió la bocina a donde pertenecía. El que habló, ¿sería uno de los que antes lo habían servido a él y que hoy estarían sirviendo, para lo mismo que él en ocasiones los utilizó, a Víctor Ávila Puig? ¿Era ése su aviso para que supiera que a partir de esa fecha serían para siempre vigiladas, recogidas, archivadas, las palabras que dijera y las que a él por teléfono le fueran dichas?

En ese momento comprendió que Trinidad Apodaca (el ignorado funcionario del que nadie hablaba en los círculos del Gobierno, el discreto ser de la penumbra y el silencio, cuya foto jamás había sido publicada; Trinidad Apodaca, modesto por naturaleza y tímido hasta parecer mudo) era el hombre más poderoso del país: más que el Presidente, del que dependía; más que el Ministro del Interior, al que informaba; mucho más que el de Guerra y Defensa, al que espiaba –y que el secreto de su fuerza se hallaba en el hecho de que él oía, antes que sus jefes, lo que hablaban los demás: ellos incluidos, y que disponiendo de ilimitados recursos económicos y de indiscutida habilidad en su oficio, podía manipular voces, amañar conversaciones, inventar lo que no había sido dicho, y a su antojo o conveniencia, suprimir, borrar, recortar lo que nadie, ni El Señor, debía conocer.

# 4

SE COLOCABA los quevedos claros para estudiar los muchos papeles que contenía la carpeta marcada DOCUMENTOS CASA BECERRA, cuando se anunció, con dos golpecitos en la jamba de la puerta, el mayor Pilo Fraga.

-Pregunta el señor Roberto Saldaña si puede usted recibirlo.

-Hágalo pasar . . .

En el recuerdo compuso don Aurelio la imagen que correspondía al nombre. A cargo de Roberto Saldaña estaba la muy influyente columna política del diario *La Hora*. Se decía que Saldaña recababa algunas de sus mejores informaciones de labios de Gómez-Anda. Era cierto: el Ejecutivo le hacía llegar, escritas por él en tarjetas amarillas, las notas que deseaba ver publicadas bajo la firma de ese periodista al que tantos temían por la agudeza de sus juicios y lo corrosivo de su humor. Lo utilizaba, cuando era necesario, para moderar a los propensos a excederse y fustigar a quienes se rezagaban en la que llamaba, con majestuosa solemnidad, "infatigable marcha del diario quehacer patriótico".

Era un hombre alto, Roberto Saldaña, y bien parecido en sus treinta y cinco años. Llevaba una pequeña grabadora que dejó sobre el escritorio antes de ofrecer su abrazo a Gómez-Anda. Charlaron unos minutos, y a las preguntas del columnista: "¿Cuáles son sus planes? ¿es verdad que sale de viaje al extranjero? ¿ha venido mucha gente a verlo?", respondió lo adecuado don Aurelio.

Luego de una pausa, Saldaña inquirió con malicia:

–Después de lo que hoy dijo en la Cámara, ¿considera usted que el doctor Ávila Puig sigue siendo su amigo?

Serio el gesto, la mano ahora sobre el pecho, del mismo modo que la colocaba para saludar a la bandera o al hacer guardia, una vez al año, ante la Columna de los Héroes Patrios, Gómez-Anda adelantó un poco la mandíbula. Como pedruzcos fueron cayendo sus palabras:

–El Presidente no tiene amigos, sólo colaboradores. Es incurrir en pecado de vanidad afirmar, incluso suponer, que uno es amigo, que fue o sigue siendo amigo, del Jefe del Estado . . . El señor Presidente únicamente tiene los amigos que él, él, compañero Saldaña, elige . . .

–¿Y la gratitud, señor . . .?

La mano de don Aurelio cazó al aire, con un movimiento enérgico pero no brusco, la palabra de Roberto Saldaña:

–La gratitud, ese imposible . . .

–Usted, señor, ha sido siempre agradecido amigo de sus amigos. No puede negarse . . .

–¿Lo han sido ellos conmigo?

–¿Consideró al doctor Ávila Puig entre sus amigos alguna vez?

–El doctor Ávila Puig fue, en su área de actividad, un muy competente funcionario . . .

–Si le preguntara, señor, '¿acertó usted al seleccionar al Ministro de Industrias y Desarrollo para que lo sucediera en la Presidencia?', ¿cuál sería su respuesta?

Algo como una sonrisa apareció en la boca de don Aurelio:

–Sería "Si acerté". –Volvió a sonreír con la ambigüedad que confundía a tantos–. El Presidente no se equivoca en sus decisiones, amigo Saldaña. Los que se equivocan son los hombres que él selecciona . . .

–¿Por eso fue dejando en estos diez años a tantos ministros a la orilla del camino, por decirlo así?

–Por eso, Saldaña . . . Hay que igualar siempre nuestro paso al del que manda . . .

Sonó el teléfono y Gómez-Anda permitió que lo hiciera cuatro o cinco veces, frente a la mirada interrogadora, impaciente, del columnista. Temía que el anónimo injuriador, el que lo llamó ladrón y asesino, estuviese aguardando escuchar su voz para atacarlo. La mano ya sobre la bocina, preguntó Saldaña:

–¿Contesto, señor?

–No . . .

Cesó en ese momento, igual de secamente como se había iniciado, el apremio del timbre. Por unos segundos se miraron, ya sin palabras. Algo, de pronto, se había cancelado entre ellos. "Esa llamada . . . esa inesperada desconfianza". Advirtió don Aurelio que era una grabadora la que Saldaña había puesto allí, a corta distancia de su voz. Estaba seguro de no haber visto que la operara. Saldaña interpretó lo que parecía ser un temor en los ojos de Gómez-Anda.

–Quisiera, señor, que escuchara la grabación que le hice a don Tito Livio . . . Después de la ceremonia lo llamé a Nueva Castilla, y me dijo . . . ¿Puedo? –colocó el índice sobre el botón de arranque . . .

–Hmmm . . .

Con admirable fidelidad, "como si el viejo tullido estuviera aquí", se escuchaban las voces del ex-Presidente Gómez de Lara y la de quien, con los rumores de una ajetreada redacción en segundo plano, lo interrogaba:

"Ahora que ha terminado su gestión, ¿qué opina usted, señor Gómez de Lara, del gobierno del Presidente Gómez-Anda?"

"Yo creo, ejem, que eso lo dirá mejor que yo El Futuro, que es verdaderamente el que nos juzga por lo que hicimos, no por lo que quisimos hacer. Todo queda allí,

en espera de que se le recuerde . . ."

"¿Diría usted, don Tito Livio, que el señor Gómez-Anda es un político de talento . . .?"

Rápida fue la respueta que llegó a la cinta después de la risita:

"Claro que don Aurelio es un político de talento, de muchísimo talento, y ya demostró que es enormemente más inteligente que yo . . ."

Algo confundido insistió Saldaña:

"¿En qué sentido debemos entender eso, señor?"

"En el sentido de que mi sobrino Aurelio supo escoger con más acierto que yo a su heredero . . ."

Aplastó Roberto Saldaña la tecla azul y las voces cesaron:

–¿Qué le parece, señor, lo que don Tito dijo?

–El señor Gómez de Lara es capaz de todo, con tal de que se le crea ingenioso . . .

–Tanto veneno de don Tito, ¿podría atribuirse a que no le perdona que lo haya puesto usted fuera del país más de cinco años . . .?

Neutramente dijo Gómez-Anda:

–Podría ser . . .

(LAS RELACIONES entre el señor Gómez de Lara y el Presidente Gómez-Anda, que habían ido agriándose poco a poco, conocieron su crisis definitiva la mañana en que don Aurelio decidió cumplir una promesa formulada en su campaña electoral y recuperar, por medio de un Decreto que su firma avalaría, los millones de hectáreas de fértiles tierras propiedad de la Nación, que en la comarca de Buenaventura usufructuaban desde que el generalísimo Sereno Marchand ocupó el poder, los hijos y los nietos de los que fueron sus compañeros de armas, y algunos funcionarios y políticos de fortunas e influencia definitivas.



El más sorprendido por esa decisión, tan inesperada, que el Presidente tomaba, fue Plinio Salamanca, Ministro de Aguas y Suelos, agrónomo y banquero en otro tiempo, devoto colaborador de don Tito Livio. Con el ceño fruncido, lo escuchó decir:

–Hemos convocado a los medios de difusión para anunciar este mediodía que el Poder Ejecutivo ha resuelto . . .

Salamanca, que era concuño de Macabeo Serrat, el más poderoso de los terratenientes de Buenaventura, lo atajó con cierta insolencia que Gómez-Anda aparentó no percibir:

–Si me permite, señor Presidente, estamos obrando con demasiada precipitación. Los estudios sobre Buenaventura no han sido terminados y . . .

Endureciendo el gesto, dijo el Presidente:

–Sesenta, setenta años, ¿no son suficientes para saber si procede o no la toma de esta medida? . . . La Suprema Corte ha emitido su opinión, y en ella se basará el Poder Ejecutivo para . . .

–Debemos tener en cuenta, señor Presidente, los factores de índole política . . . A la gente de allá no puede tratársele de ese modo . . . El Partido . . .

La voz de Gómez-Anda, que se había puesto de pie tras el escritorio, que había apoyado los puños sobre él, que lo miraba intensamente, retumbó como un petardo en la caverna que era, en ese momento, el despacho presidencial en Palacio:

–Olvídese de la política y cumpla mis instrucciones, ingeniero . . . Buenos días . . .

Eran los primeros meses de su Administración y, como lo había comentado la noche anterior con Fermín Palermo, Gómez-Anda, no obstante su larga práctica, estaba apenas conociendo los secretos del oficio del poder.

–Porque eso es la Presidencia, Fermín: un oficio, con

sus reglas . . . Un oficio que nadie puede enseñarte; que tienes que aprender tú solo, y únicamente cuando estás arriba . . . Sus libertades son muchas, también lo son sus limitaciones . . . Si eres verdaderamente fuerte puedes ir *más allá* de esas limitaciones . . . *Más allá* empieza la dictadura . . .

–¿Te asusta llegar a ella?

–No . . . Pero aún no estoy en condiciones de alcanzarla.

–¿Por qué? El Poder es tuyo . . .

–El gobierno, sí; el Poder todavía no . . . Se les confunde, pero Gobierno y Poder son cosas diferentes. Eso estoy aprendiendo . . .

–El Presidente de la República, o sea: tú, es el dueño del Poder . . .

–De parte del Poder, sí. Pero no del resto . . .

–¿El resto? –Palermo, resoplando porque seguía sobrado de peso, movió su gran cuerpo en la butaca que ocupaba. "¡Qué muebles tan jodidamente incómodos está metiendo Armandina en esta casa!"

–La parte que importa, la que te da la autoridad por todos acatada . . . Eso, Fermín, es lo que hay que rescatar para ser uno, verdaderamente, el que mande . . .

Don Aurelio empezó a moverse, arriba, abajo, por la sala mayor de la residencia de Los Arcos. Pasaba la medianoche y la cena, a la que Armandina los acompañó, había sido ligera: rebanadas de jamón rubio, un poco de queso y, para El Señor, hojuelas de maíz con leche tibia.

–Eres tú el que manda. Lo sabe bien la gente . . .

Lo encaró Gómez-Anda:

–La gente cree que mando yo . . . La realidad es otra: la influencia de don Tito Livio es evidente, admitámoslo . . . Mis órdenes, ¿no son consultadas con él por los ministros, *sus* ministros?

–Por algunos, quizá . . .



–Por casi todos, Fermín . . . ¿Cuántos miembros del Gabinete, de las empresas paraestatales, me deben gratitud y lealtad a mí, y cuántos a él?

–Tuviste que aceptarlo . . .

–Muchas cosas hay que aceptar para llegar hasta aquí. Disciplina, obediencia, lealtad le debes al que te ayudó.

–Así debe ser. Así se espera que sea.

–Pero la lealtad, el agradecimiento personal, tienen por límite la dignidad y, en el caso que nos ocupa, la independencia . . . Cuando esa independencia se ve amenazada, Fermín, es hora de avisar quién es el que manda . . . Pronto sabrá la República que sólo hay un presidente; yo . . .

Fermín le encontró en los ojos la fiereza y en los labios la palidez que en ellos aparecía cuando había tomado una seria decisión:

–Me parece bien . . .

–Voy a expropiar Buenaventura . . .

Palermo prefirió guardar sus palabras. Expropiar Buenaventura, a lo que ni aun César Darío se había atrevido, equivalía a desafiar a un grupo de hombres poderosísimos y arriesgarse a su incalculable venganza, a su abierta hostilidad, a su porfiada cólera. Buenaventura, en eso la convirtieron los veinte o treinta clanes que en ella vivían, era más que una región del noroeste, una Segunda República, país extranjero, tierra sagrada, que aunque dependiera del Centro se regía de acuerdo a sus propias leyes y procedía invariablemente conforme a lo que era bueno para sus intereses. Los de Buenaventura no eran, como los de Nueva Castilla, grandes industriales o sagaces banqueros; tampoco, como los de La Plata, ávidos empresarios que tomaban ventaja de los alivios fiscales que se les ofrecían; eran, acaso, campesinos y, sobre todo, administradores de las gigantescas plantas hidroeléctricas que diversos gobiernos, dictatoriales o revolucionarios, les habían cons-

truido para aprovechar el ímpetu de sus muchos ríos y generar el fluido que luego vendían a precio de capricho, a la Nación.

–Pensé que hacerlo era simplemente promesa de candidato.

–Tal vez, en su momento, lo fue; ahora es decisión de Presidente . . .

–Habrá que echarle huevos, Aurelio . . . –Se alegró de no haber hecho todavía ninguna inversión en la zona de Buenaventura.

–Quiero saber si los tengo. Saber, Fermín, si sé cómo usarlos.

Continuó paseándose. Hacía calor y el Presidente corrió la puerta vidriera. Del parque subió a la sala una brisa cargada de olor a menta y jazmín, a grama tierna y rosas criollas. Gómez-Anda se sintió tonificado, limpio y, de pronto, fuerte: ¿Podía no decidirse? Había estado meditando, en sus repetidas noches de insomnio, sobre la necesidad de anular, de una vez para siempre, el poderío de los barones de Buenaventura. Si otros generalísimos y otros presidentes, sin excluir a su tío Gómez de Lara, habían podido convivir con ellos y, en cierta forma, de ellos recibir amparo y apoyo económico y político, a cambio de lo que llamaban *manga ancha*, tolerancia a sus abusos, aprobación de sus excesos, él no estaba dispuesto a hacerlo. "Tomar el riesgo. Ellos o yo, sin medios tonos . . . Ciertas cosas hay que intentarlas, cueste lo que cueste. Son las pruebas a que uno, si ha puesto las nalgas en la silla del Poder, debe someterse para averiguar si verdaderamente merece ese Poder . . ."

–Los tienes. Sabrás.

–Voy a hacerlo, Fermín. He tomado providencias . . .

Desconfiaba de la discreción de Radamés del Valle, el Ministro de Guerra y Defensa que su tío Tito Livio le obligó a aceptar y prefería la probada lealtad y la destreza



política de su amigo, el vice-ministro, general Teodoro Gómez. Por medio de él había averiguado que las Fuerzas Armadas, cuyos salarios acababa de mejorar abundantemente, no apoyarían, en caso de que se les invitara a ello, ninguna cuartelada contra el gobierno del señor Gómez-Anda. "De su fidelidad, sobre todo ahora que ganan lo que nunca, puede usted estar seguro, señor Presidente". "¿Aunque los generales adictos a don Tito Livio y a Del Valle las empujaran a la traición?" "Las relaciones entre don Tito Livio y el Ejército no fueron buenas, señor. Diría yo, sin mentir, que fueron tirantes, inestables. Algunos generales, ¿cómo negarlo?, siguen siendo afines a él, pero es de dudarse que se comprometan en una acción antigubernamental. Son ya demasiado ricos, señor. Un Instituto Armado como el nuestro es algo más, me parece, que sus generales. La oficialidad tan reprimida en sus anhelos de ascenso por esos jefes; esa oficialidad que con usted en la Presidencia alienta esperanzas de mejoría, no secundará ninguna intentona".

Consultados tratadistas y expertos en cuestiones relativas a la tenencia de la tierra; vistos viejos libros y examinadas tesis modernas, Gómez-Anda descartó sus últimas dudas, las que lo inhibían aun para tomar la decisión extrema. "No se expropia, porque nada pertenece a esas gentes de Buenaventura que ocupan tierras que nunca han sido suyas; tierras que voy a reintegrar al patrimonio nacional. Las obras que en ellas han sido construidas, ¿no son, en último análisis, propiedad del pueblo? Las plantas hidroeléctricas, los sistemas de riego, los caminos que convierten a Buenaventura en una de las regiones mejor comunicadas del país, ¿acaso no fueron creados con fondos públicos?"

La noche anterior aceptó lo que durante meses había estado rehusándose a admitir. "Parte del gran poder que don Tito Livio todavía conserva, proviene, como casi la

totalidad de nuestra energía eléctrica, de la zona de Buenaventura. Lo apoyan y lo usan las veinte, treinta familias del mismo modo que en ellas se apoya para seguir siendo, como sus aduladores dicen, el Guía-de-la-Revolución. Mi lucha va a ser contra él, no contra ellas, porque ellas se alinean invariablemente, para conservar influencia y prerrogativas, del lado del fuerte, del lado del vencedor. Cuando vean que tengo más dura la mano que *él*, conmigo estarán. Hacia mí vendrán sin necesidad de llamarlas. Pero, para tenerlas, debo demostrarles que soy yo, no él, quien manda". A tientas buscó, bajo la cama, la licorera. Bebió de ella. "Va a saber don Tito que ya se acabó el tiempo en que él podía darme órdenes o desaprobar las mías si no eran de su gusto; presentarme como a un idiota, dócil y sonriente" –y así, agradecido sucesor, devoto sobrino de su tío, el Presidente Electo Aurelio Gómez-Anda fue exhibido en los sitios más inusitados, quebrantando la vieja regla según la cual el mandatario que se marcha y el que llega, jamás, por razones de jerarquía, se muestran juntos en público, excepto en la ceremonia de la transmisión del mando. En los meses que transcurrieron desde que obtuvo, sin enemigo al frente, la victoria en las urnas y el día que le entregó el Gobierno en el recinto legislativo, don Tito Livio llevó a Gómez-Anda igual a la capea que le ofrecieron los miembros de la Fraternidad de Payasos para despedirlo, que a la Feria Internacional de Muestras y Maquinaria, en el Coliseo: lo hizo sentar a su derecha en el Congreso Interamericano de Invidentes y, a la vista de las cien mil enardecidas personas que llenaban el Estadio Olímpico, lo mandó a que entregara, pues a él por el reuma le dolía una rodilla, la Copa Presidencial que acababa de ganar una vez más el equipo *Castellanos*, campeonísimo del futbol nacional. Se lo llevó de viaje a inaugurar escuelas y hospitales y lo despachó, como representante, al Coloquio Regional de Artesanos. "¿Sabes por



qué te maneja de ese modo?" "Lo sé, Fermín. Quiere así avisar a todos que no ha renunciado a su poder; que ese poder le pertenece íntegramente, y que está dispuesto a seguir usándolo a través de mí?" "¿Cuánto vas a permitir que eso dure, Aurelio?" "Lo que sea necesario, Fermín, o hasta que me canse". Esa misma noche tomó la decisión. A las dos y treinta llamó por La Red al vice-ministro de Guerra y Defensa. "Proceda conforme a lo convenido, señor general Gómez". "Sí, señor Presidente". "Llegue hasta donde haya que llegar". "Esas instrucciones las han recibido ya los comandantes, señor". "Ojalá no tengamos que recurrir a medidas extremas, pero, si hace falta, ¡adelante!" Llamó después a Marco Tulio Cimarrosa, Ministro del Interior y, como él, insomne. "¿Todo bien?" "Bajo control, señor". "Coordínese inmediatamente con el general Teodoro Gómez. Hemos resuelto instrumentar nuestros planes". "Sí, señor Presidente". "De don Tito Livio, ¿qué se sabe?" "Sigue de viaje por el extranjero, señor". "Manténgase en contacto, Marco Tulio". Despertó al coronel Rodrigo de la Peña, vice-alcalde en la capital. "De acuerdo a lo que hemos hablado, coronel, le agradeceré que acuertele a la policía. Hay que estar preparados . . ." "Lo estamos, señor Presidente".

Reconfortado, el Presidente no cerró la puerta de cristales y la brisa hinchó las cortinas color-de-rosa, como lo hacía por las tardes con las velas de los balandros que navegaban, plácidos y ociosos, sobre las aguas de la presa artificial de Miraflores.

–Mañana será el día . . .

–Don Tito Livio, tan amigo de esas gentes, va a saltar. Pero, qué carajo: o él o tú . . .

–Así es . . .

–¿Quieres que haga algo especial . . .?

Otra vez, como tantas en su vida, la sonrisa mustia ocupó los labios de Gómez-Anda. La que iba a padecer

dentro de unas horas sería una más de las pruebas en las que había ido endureciendo su carácter, dándole consistencia a su voluntad de poder. "O él o yo, carajo". El súbito espasmo en lo profundo del pecho lo obligó a abrir la boca, a fingir un bostezo, para respirar. "Si esto me falla..." Recordó el olor de una botica; los bellos tarros alineados en los anaqueles; una posible jugada sobre la reina del tablero de ajedrez; su titubeo y el temor a quedar en desventaja frente a un jugador astuto como era don Adolfo Martorell. Recordó una de sus frases: "Si empieza uno teniéndole miedo al fracaso, terminará temiéndole también al éxito, porque entonces sí tiene uno mucho qué perder". La mano delgadita del viejo hombre que fue alcalde fugaz en Buganvilia aprovechó un descuido del joven Aurelio. "Todos tus actos ajústalos siempre a un plan, nada de dejarlos a la-buena-de-Dios". Le ganó la partida y fue a preparar un sinapismo que urgía.

Don Aurelio Gómez-Anda, Presidente Constitucional de la República, sólo comentó:

–Esperar... Esperar, Fermín, a que sea mañana y ver si podemos lancear ese toro...

PENETRÓ EN Palacio Nacional, con ostentoso estrépito de bocinas, por la Puerta Mariana reservada sólo para el uso del Presidente. En el Patio de Honor, la Guardia le rindió el homenaje del saludo de armas como todos los días de sus diez años. No usó el ascensor para alcanzar el primer nivel. Fiero el gesto, turbia la mirada de halcón, remontó los ciento diecinueve escalones de mármol de Carrara, gastados por el tiempo, que a principios del XVIII mandó instalar el último de los virreyes, don Jaime Torrellardona y Caparroso. Ya con muchos siguiéndolo, avanzó a lo largo del corredor oriente. Como las de una escuadra de fusilamiento, resonaban en las salas que iba recorriendo



sin mirar a nadie, sin contestar saludos o reverencias, sonrisas y palabras de bienvenida, las pisadas del señor Tito Livio Gómez de Lara y de sus ayudantes, guardaespaldas y secretarios. Los enormes espejos traídos de Francia por el dictador Iturribarría multiplicaban sus imágenes, y los quince o veinte parecían ser cientos.

Ninguna puerta detenía su marcha. Ningún ujier estorbaba su rápido avance. Ningún salamero burócrata se le ponía por delante para preguntarle qué había ido a buscar allí, con tal ostentación, a tales horas. Siempre sin mirar a nadie, ni responder a quienes le hablaban, dejó atrás la Sala de la Virreina, la Sala de los Insurgentes, la Sala de la Reforma, tan hermosa con su candil de miles de prismas.

En el umbral de la Secretaría lo aguardaba, traje gris y mirada errática tras los espejuelos sin arillo, cortesano y sonriente, Marcelo Septién, que había sido secretario auxiliar suyo y que era ahora el Particular de su sobrino.

–Señor Presidente, buenas noches...

Gruñó un "Buenas" don Tito Livio y luego:

–¿Con quién está?

–En acuerdo.

–Vengo a verlo.

–Le avisaré, si me permite un minuto.

–Deja. Entraré yo...

–Señor...

¿Cómo decirle que ya no tenía derecho a entrar, sin aviso ni autorización, en el despacho del Presidente de la República? ¿Cómo hacerle recordar que habiendo sido todo, todo allí, Padre y Dios, no era ya nadie, y que estaba obligado a sujetarse a ciertas normas de cortesía y procedimiento, entre las cuales pedir audiencia, consultar si podía ser recibido y cuándo, contaba la primera?

En la cabecera, Gómez-Anda. A la izquierda, Marco Tulio Cimarrosa, del Interior, Plinio Salamanca, de Aguas

y Suelos y Hermenegildo Labrador, de Finanzas; al lado derecho de la pulida mesa de Consejo: Andrómaco Bátis, de Construcciones Federales; Tomás Vallado Fájer, de Minas y Petróleo, y Nicéforo Carrillo, de Industrias y Desarrollo. Ante ellos, tarjetas con notas diversas y, en el centro, sujetos con anchas bandas de hule, paquetes con centenares, quizá millares, de telegramas, la mayoría firmados por ciudadanos de Buenaventura censurando la "precipitada" decisión, el "improcedente acuerdo" hechos públicos por el Ejecutivo Federal ese mediodía. En términos generales, según Cimarrosa, el país había recibido con beneplácito, y estupor, la decisión presidencial, "la primera, señor, que se supone tomada libremente por usted", apuntó. Según Labrador, por ser un asunto interno, tal medida tendría escasas repercusiones desfavorables en la Bolsa local y ninguna en el extranjero. El peso, sano entonces, mantendría su paridad en relación al dólar. Nicéforo Carrillo había consultado a industriales y comerciantes y éstos apoyaban al Presidente, sobre todo desde que se les hizo conocer su intención de reducir, en un futuro cercano, las elevadas tarifas que ahora cubrían a las hidroeléctricas de Buenaventura. Vallado Fájer se limitó a decir, parco y ronco, que "ya era tiempo" de que las gentes "de allá" entendieran que nadie, por rico que sea o poderoso que se sienta, puede vivir "al margen del orden constitucional"; palabras que don Aurelio compuso y que le pidió decir durante el Consejo como si fueran propias. Andrómaco Bátis, siempre "político", ensalzó, "por su alto sentido nacionalista" la postura del Presidente. Plinio Salamanca prefería callar.

–He de informarles, señores, que el Comité Ejecutivo Nacional me ha anunciado que los Sectores que componen nuestro Partido Unificador Revolucionario preparan la celebración de un gran acto de masas como muestra de solidaridad a la política del Ejecutivo. Tal acto se efec-



tuará, a la brevedad posible, en la Plaza Mayor . . .

Todos, entonces, aplaudieron. En ese momento, tan violentamente como si la hubieran atacado a culatazos, se abrió la alta puerta de nogal que comunicaba la Particular con la Sala de Consejo. Flaco y colérico, seguido siempre por los que habían ido a esperarlo al Aeropuerto "Maclovio Borges" y por los que a ellos se sumaron en Palacio, irrumpió don Tito Livio. Saludó apenas a quienes al verlo entrar se levantaron con rumor de sillas apresuradas, con expresiones de sorpresa. Sólo tres permanecieron en sus asientos: el Presidente de la República, el Ministro del Interior y, porque su ciática le impedía realizar esfuerzos o movimientos rápidos, Tomás Vallado Fájer. Nadie se ocupó de cerrar y docenas de personas invadían, atropellándose, el recinto donde laboraba con sus ministros El Señor del Gran Poder.

Tito Livio Gómez de Lara, atezado por el sol del Caribe que todavía la tarde anterior, cuando recibió el mensaje urgente de Plinio Salamanca, estaba quemándole la vieja piel de napa, miró a todos, como si los barriera, y encaró, de frente y retador, a Gómez-Anda.

–Vengo a que me digas, Aurelio, en qué carajo Artículo constitucional te basaste para decidir las expropiaciones, reivindicaciones o como coños quieras llamarlas, de Buenaventura.

Unánimemente, como si la orden de hacerlo les hubiera sido dada, los curiosos dejaron de hablar, murmurar o producir ruidos, y el despacho del Consejo, con sus paneles de encino, sus libreros llenos del piso al techo de sabios textos, sus relojes franceses y rusos con bases de labrado bronce y carátulas de esmalte o malaquita, sus cortinas de brocado y sus alfombras persas, se llenó de silencio, también de temor y, lo sabían, lo sentían todos, de ansiedad.

No pestañeó Gómez-Anda. Lo vieron levantarse len-

tamente; crecer, diríase. Lo vieron abotonarse la chaqueta y llevar su mano izquierda al nudo de la corbata. Lo vieron poner sus ojos sin expresión en los iracundos ojos de su tío. De su boca, recogieron las palabras:

–Para decidir la reivindicación de los recursos de Buenaventura, el Poder-Ejecutivo-A-Mi-Cargo se ha basado, señor Gómez de Lara, en el mismo precepto constitucional, ¡mis huevos!, en que se basó usted para enviar al destierro a su antecesor, el señor Presidente Procopio Moreno . . .

Se alzaron, entre los que se apretujaban más atrás, murmullos y risitas, no tanto por el énfasis con que el Presidente había dicho, "¡mis huevos!", sino por lo que de amenazador para don Tito Livio existía en la alusión a Procopio Moreno, de quien recibió la Presidencia y a quien, cuando lo fatigaron sus reiteradas intromisiones en los asuntos del Estado, despachó al exilio donde habría de morir. Quienes se hallaban próximos a la mesa, los que miraban al tío y luego al sobrino, a éste y enseguida a aquél, no reían ni cuchicheaban: aguardaban la respuesta de Gómez de Lara.

Antes de darla, respiró profundamente don Tito Livio. De su rostro desaparecieron la mueca de cólera y la tensión. Grande y blanda, amable y quizá divertida, fue su sonrisa, y amistosa la mirada que entregó a Gómez-Anda:

–Siendo así, todo queda claro, Aurelio . . . Bien claro . . . –Fue sonriendo, después, a cada uno de los Ministros, amigos suyos todos; obligados en gratitud con él, la mayoría. Luego: –Señor Presidente, señores, no interrumpo más . . . Sigan trabajando . . . Hasta luego . . .

Se disponía a retirarse entre la doble valla que sus acompañantes habían abierto, cuando (voz que no le conocían aún; a la que el país se acostumbraría pronto) lo alcanzó la orden de don Aurelio:

–Le agradeceré que me busque en Los Arcos, esta



noche, a las once, señor Gómez de Lara . . .

Sorprendido, acató Tito Livio:

–Allí estaré, señor Presidente . . .

Cuando volvían a sentarse, para reanudar los comentarios, Marco Tulio Cimarrosa pensó, y tal vez lo mismo pensaran los otros, que al fin volvía la República a tener sólo un Presidente.

GÓMEZ-ANDA lo hizo esperar casi dos horas en el despacho privado, contiguo al suyo, el "Salón Perla", lo llamarían después, donde ordenó que lo instalaran apenas llegó, quince minutos antes de las once. Desahogó de papeles su escritorio; le sacó punta a los lápices; leyó las ediciones de los diarios nocturnos y asistió a la proyección, ese día dedicado casi todo al Tema Buenaventura, del programa noticioso de Jacinto Olmedo, por Radio TV-Olid9. Cerca de la una de la madrugada pidió al oficial de guardia que hiciera pasar al señor Gómez de Lara.

No le ofreció excusas por haberlo tenido incomunicado tanto tiempo, o por no haberlo recibido antes, a la hora prometida. Tampoco lo invitó a que ocupara la silla de acuerdo. De pie, se limitó a anunciarle:

–El Ejecutivo-A-Mi-Cargo ha resuelto, en atención a sus méritos y probadas capacidades, nombrarlo a usted Visitador General de Embajadas con sueldo de Ministro de Estado y rango de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario. Éste es su nombramiento. –Le entregó una hoja del grueso papel de lino que usaba El Presidente. No más de una docena de líneas había escritas en ellas. La tinta verde de la firma ponía una notita de color en la blancura–. Agradeceré a usted, señor embajador, se entreviste a primera hora con el Canciller Espinosa Carrillo para recabar sus instrucciones . . .

Largamente se miraron a los ojos. Tito Livia abatió

primero los suyos, recordando que él no hubiese tolerado que nadie lo retara con tal insolencia. Pensó: "¿Qué haría el Presidente de la República si no dispusiera siempre de embajadas, o de la facultad de crear nuevos cargos en el Servicio Diplomático, para premiar a los amigos, sobornar a los intelectuales, o desterrar a sus opositores?"

–Lo veré temprano, señor Presidente . . . Y muchas gracias por la distinción . . .

Don Aurelio prefirió ignorar la sorna con que había hablado su tío Tito Livio. Dijo:

–Estará usted cansado, señor Gómez de Lara, y querrá usted retirarse . . . Hágalo, por favor . . . Yo aún tengo trabajo que despachar . . . Buenas noches . . .

Ni lo acompañó a la puerta ni respondió con otra a la reverencia que antes de salir le hizo su tío. Cinco años dejarían de verse, a partir de esa noche, porque cinco años y unos meses permaneció Gómez de Lara errando por el extranjero, sin residencia fija. En dos ocasiones solicitó autorización para retornar a la República, con la promesa de que sería por breve tiempo. Sus gestiones, no obstante la calidad de sus padrinos, no prosperaron. Fue necesario que en la lejana Ciudad de México, tan alta sobre el nivel del mar, padeciera el primero de los trastornos que terminarían postrándolo, para que El Señor le otorgara su permiso. El aneurisma lo dejó maltrecho en Nueva Castilla, donde se retiró a vivir, y a recordar, en la suntuosa finca que le obsequió el Grupo Olid. Siguieron siendo amigos. Algunas veces, ya hacia el final de su ejercicio, el Presidente Gómez-Anda lo llamaba por teléfono, jamás para consultarle asuntos de Gobierno. Sólo para interesarse por su salud.)

QUIZÁ DEFINITIVAMENTE había cesado de llover. En el cielo bajo y plomizo, Gómez-Anda adivinó una claridad. Más



arriba del nublado se escuchaba, semejante al de un lienzo al rasgarse, el sonido que un jet iba dejando.

–¿Ha pensado, señor, escribir sus *Memorias?*

Lacónica fue su risa. Entre sus libros predilectos había tenido, en los años en que disponía aún de tiempo para leer, los de *Memorias, Correspondencia,* o *Diarios,* de los grandes personajes de la Historia. Recorrer sus páginas, conocer sus motivaciones, compartir sus pensamientos, equivalía para él a vivir también un poco de sus vidas.

–¿*Memorias,* Saldaña?

–Mucho tendrá usted que contar, señor . . .

–Hmmm . . . –¿Qué había sido su vida ya larga? "Un montón de leyes, Informes de gobierno. Discursos. Eso". Quizá fuera una buena idea la que Saldaña proponía. Por no haber aprendido a confiar en nadie, o por no haber encontrado a nadie que mereciera heredarla, ¿quién, si no la dejaba escrita, iba a aprovechar su sabiduría?

–Si usted quisiera, yo podría ayudarlo a tomar notas, señor. Mucho podríamos aprender todos leyendo lo que usted escribiera . . .

–No esté muy seguro de eso, Saldaña –dijo, socarrón, halagado.

–Como Maestro-de-la-Política, señor como Sabio-Hombre-Político que es usted . . . –apuntó Saldaña y él, pensó: "Qué alivio estar solo, sin aduladores ni rodeado de sumisos que no se atreven a poner en duda la verdad de mis palabras, la infalibilidad del Presidente. Hoy que ya no llevo sobre el pecho el Tricolor de La Investidura, ¿seguiré siendo para ellos El Hombre en el que se resume el talento total del género humano; El Ser al que se debe obediencia y reverencia, o me considerarán sólo un viejo pendejo, maniático, inculto, que nada sabe de nada, y al que hay que juzgar más por sus monstruosos errores que por sus pequeños aciertos?"

–Sería cuestión de pensarlo, Saldaña . . . –"Si no inven-

2

tara mis mentiras, ¿qué tendría que recordar? Si no inventara mis recuerdos, ¿de qué podría vivir?"

Saldaña lo tomó por el brazo. Ahora que Gómez-Anda no era más el Presidente de la República, podía permitirse familiaridades como ésa. Lo sacudió con simpatía:

–Hágalo, don Aurelio . . . Permítanos saber un poquito de lo tantísimo que usted sabe . . . Vaya escribiendo lo que se le ocurra, lo que le pase por la cabeza. Luego lo organizaremos . . .

–Hmmm . . . –asentía Gómez-Anda. Escribir notas, dejar en el papel frases aisladas o meros juegos de palabras; recoger en tarjetas, que luego guardaría en cajas innumerables, breves textos propios o ajenos, era una costumbre antigua en él. Releerlos le permitía saber cuáles habían sido sus gustos, sus inquietudes, sus opiniones y preferencias, sobre determinados temas en la época en que fueron hechas.

–O, si lo prefiere, vendría a platicar con usted, a grabar lo que platicáramos . . .

–Lo llamaré, Saldaña. Permita que me quite de encima tanto trabajo como tengo pendiente, tanta gente que me presiona para que la reciba. Usted entiende . . . –prometió, seguro de que no lo haría. Pensó: "Todavía hay demasiados cabrones vivos . . . Debo esperar a que se mueran para que yo pueda escribir con libertad todo lo que he visto, oído, hecho o mandado hacer. Todo lo que recuerdo o invento. Así, no corro el riesgo de tener que dar disculpas, barajar explicaciones; rectificar".

–Sería formidable que escribiera usted, señor . . .

–Para que salgan bien, las cosas deben ser hechas sin prisa, a conciencia, ¿verdad? –¿Se acostumbraría a la modestia del silencio, al silencio de esa soledad de la que estaba apenas usando el primer día?

Había pasado ya junto al *Mercedes* blanco y se acercaban a la puerta cochera cuando un poderoso ruido, que parecía originarse bajo sus pies, muy adentro de la tierra, cubrió las palabras de su diálogo, casi al mismo tiempo que una trepidación de terremoto desconcertaba más a Gómez-Anda que a Saldaña y lo hacía demudarse.

–¿Qué fue eso . . .?

–Un camión seguramente, señor . . .

Desconfiado, como si recelara una emboscada, don Aurelio insistió en que el columnista de *La Hora* saliera antes que él. Lo hizo luego, con reticencia. Alcanzó a mirar, ya a un centenar de metros, el gran tráiler color plata que se alejaba manchando con remolinos de humo negro el aire turbio de ese momento. Al llegar a la arboleda de San Tadeo viró a la izquierda al tiempo que largaba, a manera de advertencia o despedida, tres enérgicos silbatazos. Pero no era el único que usaba la avenida, antes solitaria, como pista de carreras. Como si todos los de la ciudad hubieran sido enviados a ella, la ocupaban ahora autobuses del servicio urbano, motocicletas, coches particulares, jeeps de reparto, taxis y colectivos, cuyos conductores tomaban la vía de Becerra, no interrumpida por cruceros o semáforos, para ahorrarse el largo rodeo a que las restricciones del Ayuntamiento, que la mantenía prohibida al tráfico de vehículos, los obligaron tantos años. La Avenida Becerra había vuelto a formar parte del sistema vial de la metrópoli y quienes la usaban ese mediodía quizá pensaran que estaban recuperando lo que era suyo, pero cuyo disfrute siempre les fue impedido.

Movía la cabeza Gómez-Anda, y Saldaña no supo si por el estruendo de los autos o desalentando al comprender que las autoridades de la ciudad no habían tampoco demorado mucho para empezar a negarle la cortesía que significaba evitarle las molestias del ruido y del ajetreo; y no únicamente la avenida Becerra había sido abierta ya a la libre circulación, lo descubriría luego: también las otras

tres que limitaban la casa, aislándola, dejándola perdida en el centro de un espacio que era cruzado, de sur a norte, de este a oeste, por tumultuosas riadas de máquinas que ensordecían con sus bocinas, sus tubos de escape, y el zumbido insoportable de sus motores. Pensó: "Armandina, con sus nervios tan sensibles, no podrá vivir aquí".

Roberto Saldaña no quiso comentar con don Aurelio (porque ya lo había hecho con ellos al llegar), la tarea de limpieza en que se ocupaban el mayor Pilo Fraga, el chofer Ortiz, el hombre del chaquetón y la mujer que frotaba con una gruesa escobeta, sin conseguir borrarlas, a lo más disminuir muy levemente la intensidad de su color, las palabras pintadas en la barda:

AGA
LADRÓN - ASESINO

Le ofreció su mano a Gómez-Anda y recibió la del ex-Presidente, fría como si fuera artificial:

–Vendré a verlo pronto, señor . . .

–Cuando guste, Saldaña . . . Ah: que lo hablado hoy, entre nosotros quede, ¿eh?

–Quedará, señor . . .

Como casi todos los periodistas influyentes que escribían de política para los políticos, Roberto Saldaña también se hacía acompañar de media docena de agentes de seguridad, dos de los cuales viajaban con él en su lujosísimo auto sport y los otros cuatro en un *Olid-GT* negro. Con una muy leve de su mano izquierda, don Aurelio respondió a la despedida que desde el interior de su coche le enviaba el reportero que centenares de veces dio asilo en su columna a las secretas colaboraciones del Presidente Gómez-Anda.

El mayor Fraga rindió un *parte* cuando El Señor se acercó a ellos:



–Ni con jabón, ni con detergente; tampoco con gasolina ha sido posible borrar eso . . .

–¡Puah!

–Se me ocurre que cubriéndolo con pintura del mismo color . . .

–Pues hágalo . . .

–Lo malo, señor, es que en la casa no tenemos, ni donde comprarla tampoco . . .

–¡Puáh!

NO LO HABÍA visto en, calculó, por lo menos once años y sin embargo, como si la noche anterior hubiera sido la última que jugaron ajedrez, de pie, frente al kiosco, en sus labios encontró fresco el nombre, y también el afectuoso apodo, del anciano cubierto con el impermeable de plástico traslúcido que lo esperaba junto a la puerta, gorra en mano, a la llovizna dejado su pelo blanco y abundante. Como de oro lucían en el pecho de la chaqueta de gruesa tela azul las siglas amarillas UNVOD: Unión Nacional de Voceadores de Diarios, que a don Aurelio Gómez-Anda tenía por Presidente Vitalicio.

–¿Qué haciendo por aquí, Profesor don Alejo? –y le ofreció su mano.

–Como siempre, Jefe Aurelio, trabajando, trabajando; no queda otra. –La mano de Alejo Esparza, a quien llamaban Profesor porque lo parecía y porque desde muy joven jugaba ajedrez, encontró la de Gómez-Anda. El contacto fue rápido, efusivo.

–Esa vida, ¿cómo va?

–Viviéndola, señor Presidente, como viene . . .

Había cambiado apenas. Un poquito nada más, pensó Gómez-Anda, el tiempo se había inscrito alrededor de los ojos claros, ¿zarcos?, de Alejo Esparza y, apenas, en su cuello. No había reducido su estatura ni fatigado sus

hombros. Lo estimaba y, de cuando paseaban juntos las noches de otros años, le debía pláticas largas y momentos agradables. Aunque en bandos diferentes, habían participado en la Guerra Religiosa, o Guerra Santa, del 34. Gómez-Anda, con un libro de cuentas en la mano; Esparza, con un fusil.

–¿Siguen jugando, profesor?

–Seguimos, señor Presidente; y esperándolo también.

–Iré a verlo una noche de éstas. Los amigos, ¿cómo están?

–Bien, los que nos quedan. Algunos se han ido de aquí, o se han muerto . . . Otros han llegado, hay veces, señor, que tendemos hasta seis tableros . . .

–Oh . . .

Lo conoció algún día de la primera semana que empezó a vivir en la casa de Becerra 82. El expendio de periódicos del señor Esparza ocupaba la esquina sur del crucero. Por las mañanas y por las noches, don Alejo cruzaba la calle para entregar personalmente los dos diarios matutinos y los dos nocturnos que El Jefe Aurelio acostumbraba leer, camino a la oficina, o al volver de ella. Sus ingresos quizá fueran mayores si atendiera un poco más su negocio, o si concediera una poca de menos atención al ajedrez.

–A los antiguos, señor, les dará usted un alegrón acompañándonos . . .

–¿Sigue con sus partidas simultáneas, amigo Esparza?

–Sigo, señor, pero ya de sólo cuatro tableros. Más, me cansan la cabeza y los ojos . . .

Los sábados por la tarde, y los domingos desde el mediodía hasta pasada la medianoche, el kiosco de don Alejo Esparza era obligado centro de coincidencia de quienes, jóvenes o mayores, iban a comentar el futbol, discutir las noticias, leer periódicos y revistas gratuitamente y, sobre todo, a trabarse en jornadas interminables



de juego. Gómez-Anda participaba en ellas, y que ya fuera político de talla, Ministro, personaje de rango, parecía importar poco a esa clientela de peluqueros, vendedores de billetes de lotería, taxistas, lustradores de zapatos, mecánicos, vulcanizadores de llantas, electricistas o empleados de comercio, que de pie, algunos, o en bancos de madera similares a los que usan los ordeñadores de vacas, se abismaban en complicadas estrategias dejando correr las horas en el silencio de su inmovilidad. No pocas noches de la semana, luego de la merienda y antes del insomnio, el sobrino de don Tito Livio salía a caminar por las callecitas del barrio, a perderse en la penumbra de la arboleda de San Tadeo y hacer una escala, "para ver cómo andan las cosas", en el expendio. Raramente se rehusaba a una partida y, más raramente aún, se le veía perderla.

Pero una mañana llegó Videgaray con sus ideas de remodelación y sus destructoras máquinas y el barrio, tan antiguo que databa de la época de la Colonia, perdió señorío y paz, carácter y tradición. Desapareció, entre otras cosas, el crucero y con él la tlapalería *La Lima de Oro*, la panadería del señor León, la sala de belleza *Matilde y Santa* y el taller del zapatero Buentello. Porque así lo decidía la nueva disciplina del Ayuntamiento, no hubo ya lugar para un kiosco de periódicos ni para quienes, con luz de sol o claridad de alumbrado público, jugaban ajedrez y hacían tertulia con Alejo Esparza y sus amigos.

–¿Dónde está ahora, profesor?

–Allá, donde siempre . . . Quiero decir: donde nos arrinconó el Gobierno cuando arreglaron esto, señor Presidente. Dos cuadras más arriba y a la derecha . . .

–Lo veré por allí, pronto . . .

–Con gusto lo esperaremos, señor . . . Y quiero decirle que desde que llegó usted a Presidente, siempre hemos tenido una fotografía suya en mi negocio . . .

–Gracias, amigo Esparza . . .

¿Qué agradece? Lo tenemos allí porque es amigo, y porque lo queremos . . . Y déjeme decirle: allí, frente a su retrato, no se habla mal de usted . . .

–¿Hablaban mal de mí, don Alejo?

–De usted, no . . . Del Gobierno, a veces sí, señor Presidente.

–Bien, bien . . . Ahora, si me permite . . .

Alejo Esparza le entregó los periódicos. Eran cuatro. Gómez-Anda no se ocupó de leer los titulares ni de mirar las fotografías, de Ávila Puig casi todas, que ocupaban las primeras páginas.

–Quisiera saber, señor Presidente.-Esparza pareció titubear, apenarse. Dio motivo a que don Aurelio, alta una ceja y extrañado el gesto, inquiriera:

–¿Qué . . .?

–¿Me va a pagar los periódicos y las revistas de la señora por semana, como antes, o prefiere que sea por mes? A mí, señor, lo mismo me da . . .

Don Aurelio Gómez-Anda, Presidente Constitucional de la República durante los últimos diez años, demostró estar muy sorprendido, tal vez por tener que pagar los periódicos y las revistas que Esparza iba a llevarle a casa. ¿Pagar, él? Fue indecisa su respuesta:

–Ahora, no lo sé . . . Póngase de acuerdo con mi ayudante, el mayor Fraga . . . Con permiso . . .

–Propio, señor Presidente . . . Lo estaremos esperando, Jefe Aurelio . . .



5

DESPUÉS DEL trueno que ahogó el rumor de los vehículos fluyendo por la avenida Becerra en torrenciales avalanchas y que hizo vibrar en la pared el retrato del ex-Presidente Gómez de Lara, la lluvia se reanudó reciamente y algunas gotas, colándose por la ventila, alcanzaron el escritorio sobre el que don Aurelio (los quevedos en la punta de la nariz, la lengua ocupada en mover y remover la prótesis superior) hacía cuentas y se preguntaba,por lo abultadas que resultaban: "¿Cómo carajos voy a gastar tanto dinero cada mes?".

–¡Puáh!

Encendió la luz del techo y luego, porque le pareció insuficiente, también la vieja lámpara de tres focos. "Demasiado derroche. Nada de más desperdicios", y volvió a apagarla. "Mucho dinero es lo que ahora cuesta vivir, con los precios por las nubes . . ." De codos sobre el escritorio, metió la cabeza entre las manos. El golpe de la lluvia se hizo más intenso. "Éstos que hoy empiezan son tiempos jodidos. Lo dijo El Señor en su discurso; tiempos de empezar a sacar de la bolsa y de nada meter en ella". Sintió, ¿cuántas veces ya en la mañana?, apremio de largar lo que se acumulaba en la vejiga. "Molestias de viejo". ¿Por qué no llamar a los amigos, a los protegidos, que desde ese día ocupaban cargos importantes en el Gobierno de Ávila Puig y ofrecerles la oportunidad de servirlo un poco, a él que los había servido tanto? "¿Qué puede significar para Plutarco Canto, para Noé Medina-

Albert, a quienes don Víctor ha hecho Ministros, pagar a nuestros choferes, a los criados y jardineros de Teresa López, a las escoltas que deberé contratar para que nos cuiden? ¿Se quedaría pobre el Partido Unificador Revolucionario si su nuevo director, Otoniel Douglas, distrajera cada mes unos pocos miles de pesos para retribuir a mi secretario Septién, hoy enfermo, y cubrir ciertos gastos inevitables de esta y de mi otra casa". Se levantó para ir al cuarto de baño. "Noé, Plutarco, El Jefe Otoniel, ¿serán tacaños al grado de negarse a suministrar la gasolina y los lubricantes, las llantas y las atenciones mecánicas que nuestros coches, y los de Teresita, necesiten?" Dos o tres truenos sacudieron una de las espuelas colgadas en la pared. "Bastaría que pusieran en su lista de empleados a esos treinta o cuarenta que nos urgen, y los comisionaran, por tiempo indefinido, cumpliendo tareas especiales del Ministro o del Director, donde me hacen falta. ¿No sirve uno así a los amigos?"

Cuatro o cinco relámpagos iluminaron la sala y alcanzaron con sus livideces el cuarto de baño donde Gómez-Anda lavaba, en el agua del grifo, la punta de sus dedos. Así estuviese a cubierto, las tormentas eléctricas lo atemorizaban y lo ponían de mal humor. Fermín Palermo, carajo, ya debía estar allí, haciéndole compañía como siempre. "Que los otros no hayan llegado todavía, pase. Pero él, ¡puáh!" Era posible que a causa de lo irregular del tiempo, el avión de la Presidencia se encontrara aún en el aeropuerto. "Llamar a don Fermín. Quiero hablar con él", le pareció haber dicho en voz alta. "No, en voz alta no. Lo pensé solamente. De haber hablado ya estarían tres ayudantes y cinco secretarios operando sus walkie-talkies o comunicándose por teléfono con la torre de control". Tuvo un leve hipo. "Lo que pasa, señor Presidente Gómez-Anda, es que ya nadie le adivina el pensamiento como antes".



De vuelta en el despacho, Gómez-Anda limpió los cristales de sus lentes de lectura con el revés de la corbata negra, y procedió a examinar los papeles que hacían voluminosa la carpeta: "DOCUMENTOS CASA BECERRA". Recibo de contribuciones al ayuntamiento. Constancias de pago de licencias oficiales para construir. Relación de gastos hechos por el ingeniero civil que la edificó y, sujetos por un grueso clip, varios rectángulos azules con la leyenda: *Mutualidad de Trabajadores al Servicio del Estado*, sellos, firmas, números y la fecha de, se aplicó a descifrarla, trece años antes.

Lentamente hizo pasar bajo el pulgar humedecido con saliva esos papeles. Cada uno amparaba el pago mensual que debió hacer a la *Mutualidad* para redimir, en un plazo no mayor de tres lustros, el crédito hipotecario que le había concedido para que pudiera construir su casa. Dos cantidades (abono al capital, una; intereses, la otra) informaban del total saldado puntualmente (los contó), treinta, treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres meses. Buscó más de esos papeles azules. No los había. Lo preocupó de pronto una sospecha. Lo angustió después una zozobra. Terminó sofocándolo una certeza:

–Putamadre . . . Ahora sí van a apretarme . . . –se escuchó decir, como si frente a él, recibiendo sus confidencias, estuviera Palermo.

El último de esos recibos llevaba la fecha del mes de octubre de doce años antes. "Nueve días más tarde, ¿podría olvidarlo?, las *corrientes se unificaron* y el Partido me designó su candidato a la Presidencia, y ni yo me volví a ocupar de seguir pagando la hipoteca, ni la *Mutualidad*, manejada por políticos, de apremiarme con sus cobradores. Así, me he convertido en deudor moroso . . . Pues don Víctor demostró ya que viene a patearme el culo, ¿te das cuenta, Fermín, cómo van a ponernos los periódicos cuando se enteren de esto?"

Hizo cuentas y el resultado fue una suma considerable, por los recargos moratorios. "Pagar no es problema. Lo grave es que van a convertir esto en problema político: usarán la involuntaria omisión para echarle mierda a mi nombre". Resopló: "Armandina, Armandina, ¿por qué no me dijiste a tiempo que debíamos tanto a la *Mutualidad*? ¿Por qué, señora, sólo se preocupó usted de hacerme cancelar los compromisos que tenían con el Gobierno Federal sus parientes, sus amigos, sus ahijados y demás protegidos? Por presión suya, para no verla furiosa contra mí, ¿no ordené que se concedieran como subsidio a sus socios los cientos de millones en créditos oficiales que les di para invertirlos en los balnearios de Sotavento, Los Martínez, Costa Linda y Torruguitas? ¿Por qué, señora pendeja, se le olvidó a usted lo principal, lo suyo y lo mío, *esto?*, ¿porque comparado con *lo otro*, es una bicoca; algo por lo que no vale la pena preocuparse? Y ahora, cuando se me echen encima, ¿cómo voy a escurrir el bulto, eh?"

No podía, como lo hubiera hecho aún el día anterior, tomar el teléfono y ordenar al director de la *Mutualidad* que se condonara, por-acuerdo-del-señor-presidente-de-la-república-en-base-a-las-facultades-que-le-concede-el-artículo-tal-y-cual, el adeudo que el C. Aurelio Gómez-Anda, CM 3107/003-919172-C, tenía con esa agencia, cuyo capital de trabajo aportaba, por medio de suculentas partidas, el Gobierno Federal. Habían cambiado ya los guías políticos del país y ahora la *Mutualidad* estaba a cargo de Menelao Toussaint, un líder de los burócratas, amigo de Alfonso Videgaray, al que él castigó, por gratuita antipatía personal, "porque era alzado y farolón, mujeriego y boquiflojo", la mitad de los años que desempeñó la Primera Magistratura. Un Menelao Toussaint, "ensoberbecido y triunfalista, seguramente", al que Ávila Puig exhumó del olvido como a tantos otros que



don Aurelio desestimaba, para incorporarlo a su equipo de trabajo. Toussaint, que lo rehuyó en la Cámara al llegar y que le volvió groseramente la espalda al marcharse, ¿se apresuraría a desacreditarlo en público, a llamarlo rufián, tramposo, injusto? Ser el Presidente, El Primero de los Trabajadores al Servicio del Estado, ¿lo autorizaba a no cubrir las mensualidades estipuladas en el contrato de hipoteca?; otro de sus abusos de autoridad ¿no fue ese -valerse de su cargo para defraudar a la *Mutualidad* durante más de ciento veinte meses; a esa *Mutualidad* implacable que sanciona con rigor a quien falla rescatar tres recibos consecutivos? Dijo, fuerte, suspirando:

–Toussaint va a joderme, sólo por lucirse . . . Es tan vanidoso Menelao que si le clavan un plumero en el ano se cree pavorreal . . .

Ahora muy urgentemente necesitaba comunicarse con quienes, por ocupar cargos de importancia en el nuevo Gobierno, o por disponer de influencia política (Otoniel Douglas, el que la tenía mayor, o los senadores y vice-ministros que a él le debían su inclusión en el Congreso o en el Gabinete) se hallaban en condiciones de ayudarlo a frustar cualquier maniobra, presente o futura, que para dañarlo estuviese urdiendo Menelao Toussaint, o alguien de mayor rango. "Vale precaverse. Ganar el tiempo que me hace falta para poner en orden este asunto y pagar lo que debo sin mucho jaleo". Cruzó la sala, un poco en penumbra. De la cocina llegaba el olor a grasa de caldo. Abrió la puerta:

–Mayor Fraga . . . –demandó.

Con el chofer Julio Ortiz, el mayor Pilo Fraga se encontraba en el interior del *Mercedes*, fumando, en espera de que la lluvia aflojara lo suficiente para poder continuar el lavado de la barda. Le pareció escuchar el grito, pero no alcanzó a ver a don Aurelio a causa de los cristales empañados.

—¿Es el viejo?

—Creo que sí . . .

Dejó el cigarro en el cenicero y salió rápidamente del automóvil. Más amenazador que taciturno, Gómez-Anda, las manos a la espalda, ocupaba el hueco de la puerta. Lo recibió con ojos severos. Nunca antes, en los años que lo recordaba a su servicio, se le había mostrado así Pilo Fraga, con el nudo de la corbata flojo, sueltos varios botones del chaquetín, en desorden los cordones amarillos del Estado Mayor Presidencial. "También se está relajando en él, carajo, el respeto que me debe . . ."

—Mayor —volvió a la sala, seguido por Fraga— ¿Qué pasa con usted, mayor? Lo he llamado muchas veces y usted, en babia.

Apretó las mandíbulas Pilo Fraga, diplomado con honores en la Escuela Superior de Guerra. La vista al frente, tensos los músculos del cuello ("al Señor Presidente se le pueden aguantar las majaderías; no a este viejo neurasténico"), juntos los tacones de las botas, respondió:

—Perdón, señor. No lo escuché.

—Metido en el coche, menos . . . Ahora ocúpese de localizar inmediatamente donde estén —alzó el puño derecho y, al pronunciar cada nombre, iba mostrándole, a partir del pulgar, un dedo— Otoniel Douglas, Medina-Albert, Plutarco Canto . . .

—Ahora, señor . . .

Murmurando cosas que quizá sólo él entendía, gacha siempre la cabeza, Gómez-Anda volvió al despacho. El mayor Pilo Fraga localizó en su agenda de números privados, y secretos, los de Douglas, Canto y Medina-Albert. "De parte del señor Presidente Gómez-Anda . . ."

Dudó. ¿Leer los periódicos que le había entregado Alejo Esparza o seguir hurgando en los cajones del escritorio? "Meter la mano en ellos es como meterla en la oscuridad del pasado". En el fondo del que abrió al azar, sus dedos encontraron una de las muchas carpetas forradas de cuero con las siglas del Ministerio de la Propiedad Nacional y el escudo patrio en relieve, que llevaba a su *Acuerdo* semanal con don Tito Livio Gómez de Lara. Contenía recortes, amarillos de viejos algunos. El más grande era un *Minutero Político*, del *"Diario"*, con la lista de los cinco personajes, ministros casi todos, que mayores probabilidades tenían, en esa fecha de doce años antes, de ser postulados a la Presidencia por el Partido Unificador Revolucionario. Su nombre no figuraba en ella. Reconoció la obra de su mano: la palomita verde con la que había señalado a su propio favorito: su amigo Alfonso Videgaray, alcalde en la capital. Los otros cuatro: Tenorio Barrón Mandujano, Cupertino Ortiz Fuentes, Juan Livingston Fernández, Argimiro Abad, que fueron populares o poderosos en su día, ¿dónde estaban? Archivados en el olvido; ricos todos, sí, pero en el retiro, "donde uno se va muriendo un poco cada hora". Videgaray mismo, ¿era algo más que un recuerdo? "Todos tenemos derecho a equivocarnos, señor, menos el que juega contra ti por la Presidencia y la pierde; *ése*, a su casa".

(EL PRESIDENTE Tito Livio interrumpió la metódica firma de los documentos que a su aprobación sometía el Ministro de la Propiedad Nacional. Como pocas veces, mucho le molestaba esa tarde el forúnculo que se negaba a dejarse extirpar. Se levantó y empezó a caminar por el despacho. Dijo de pronto, los ojos en la lejanía de la Plaza Mayor:

—Me han llegado informes, Aurelio, de que hay amigos tuyos que realizan trabajos en favor de tu candidatura a la presidencia . . .

El Ministro Gómez-Anda tartamudeó su verdad:

–No lo sé, señor Presidente.

–Los hay, y te diré sus nombres . . .

–Yo no autorizo a nadie, ni permito que.

–También sé eso, y aprecio tu disciplina. Fuera del Partido, nada; y no ha llegado el momento de que el Partido haga su selección . . . Propalados por no sé quién, corren por ahí, de boca en boca, cuatro o cinco nombres de amigos nuestros que aspiran a ocupar la Presidencia . . .

–Así es, señor . . . –y Gómez-Anda los repitió, mientras su tío Tito Livio, que los había puesto a circular, asentía.

–En efecto, Aurelio . . . Uno de ellos será el que venga a trabajar aquí.

–¿Videgaray?

–Él, o cualquiera de los otros cuatro . . . Nadie más tendrá oportunidad, Aurelio. Por eso me sorprendió oír que tú andabas picando piedra, como dicen . . .

–Yo no, señor . . .

–Tus amigos, entonces.

–Nada haría yo, señor Presidente, y menos eso, sin consultarlo con usted . . .

Juntas las manos en el centro del pecho, los labios apoyados en los índices, hablaba reflexivamente el señor Gómez de Lara:

–También tú hubieras podido figurar en esa lista, pero . . .

–¿Yo? –hubo una cierta incontrolada ansiedad en la expresión del Ministro.

–Tú . . . Luego de meditarlo muy a conciencia, decidí que desde el punto de vista político no era aconsejable que te incluyéramos . . . En primer lugar, obstáculo mayúsculo, somos parientes; miembros, aunque en segundo grado, de una misma familia . . . ¿Cómo nos pondría La



Oposición?, ¿qué no dirían nuestros propios compañeros de Partido al acusarnos de nepotismo, que ha sido siempre funesto para la economía de nuestro país?

–Tuvo usted razón, señor . . .

–Ítem más . . . Tu salud, Aurelio . . . Hace un año padeciste un grave infarto y eso, se quiera o no, lo deja a uno en desventaja . . . ¿Postular candidato a un hombre, no muy jovencito, cuyo corazón puede volver a fallar en cualquier momento? La Presidencia consume a los más vigorosos; agota, Aurelio. La comparo con una Lámpara de Aladino: pides, y te da todo, pero demanda mucho . . . A un convaleciente, y lo serás todos los años que le queden a tu cuerpo, lo primero que le exigiría sería la vida . . . Estarás de acuerdo, el país no puede padecer la zozobra de preguntarse noche y día: "¿a qué horas se le ocurrirá reventar al Presidente" . . . Enfermo como eres, debíamos descartarte . . .

–Mis últimos estudios en Cardiología, señor . . .

El presidente le indicó, mostrándole la palma de la mano derecha, que callara.

–Los Grupos de Presión están ejerciéndola, no tienes idea de con qué intensidad, en favor de algunos de los otros, porque así conviene a sus intereses . . . Parecen inclinarse un poco, aunque no claramente todavía, hacia Videgaray . . .

–Es un zorro . . .

–Esos Grupos, que me pegan casi por cualquier cosa que hago o dejo de hacer, se encargarían de infamarte apenas soltáramos tu nombre; apenas sospecharan que un Gómez, sobrino, podría suceder a un Gómez, tío . . .

Don Tito Livio, aliviado un poco de la molestia, volvió a su silla. La ocupó cuidadosamente.

–Eso, señor Presidente, me parece injusto . . .

Gómez de Lara lo miraba derechamente:

–Quisiera que me dijeras la verdad, Aurelio . . .

Ahora que sabes mis razones, ¿estás molesto conmigo porque no quise incluirte en la lista, darte la oportunidad de figurar?

Algo cortada la voz, respondió el Ministro de la Propiedad Nacional:

–¿Por qué habría de estarlo, señor, si jamás, créame, ha sido mi ambición llegar a donde usted está? Y si llegare, por obra de un milagro, a ser candidato . . .

–En política hay decisiones, selecciones, no milagros, Aurelio . . .

– . . .o por una decisión o selección, usted, sólo usted, sería el responsable . . . Conozco mis limitaciones y sé que he llegado, con su ayuda de toda la vida, al punto más alto que alcanzaré en mi carrera . . . Se lo digo sinceramente . . .

Tito Livio Gómez de Lara volvió a tomar la pluma abandonada y la dejó correr, mientras producía los trazos enérgicos y ruidosos de su rúbrica, sobre varios *acuerdos* más. Luego, olvidada la vista en el último, murmuró:

–En estos niveles ejercido, el Poder es un vicio, Aurelio, y un castigo también . . . Duele mucho renunciar a aquél y más lastima sufrir éste . . . Has hecho una bonita carrera . . . Discreto y eficiente como eres, con indudable vocación para el servicio público, la tuya durará largamente si sabes conservarte en los límites de la prudencia . . .

–Gracias, señor . . . Para que mi bonita carrera conozca otro progreso, ¿no me diría, don Tito, a cuál de los cinco debo ir a felicitar . . .? –dijo Gómez-Anda y sonrió.

Sonriendo también, al tiempo que le devolvía los papeles, respondió el Presidente:

–Yo mismo no lo sé, Aurelio . . . Cuando *las corrientes* acaben de unificarse, serás el primero en conocer El-Nombre; el primero en llevarle tu apoyo a El-Hombre . . .



–Gracias, señor . . .

–La sobrina, ¿tan guapota como siempre? Mis saludos a ella.

–De su parte, señor.

Gómez-Anda colocó dentro de la carpeta los documentos que el Presidente de la República acababa de hacer importantes con su firma. Pensó que no debía volver esa tarde al Ministerio. "Una cosa queda en claro: los nombres definitivos son los de la lista que se ha publicado. La Presidencia, como don Tito ha dicho, quedará entre uno de ellos cinco. Para no equivocarme, ¿por qué no ir a saludar, hoy mismo, a cada uno?"

Lo que nunca antes había hecho, don Tito Livio lo tomó por el brazo para acercarlo a la puerta. Dijo como si se disculpara –y Gómez-Anda supuso que eso hacía:

–A veces, Aurelio, resulta muy duro sacrificar a los que uno estima y que merecerían mejor suerte . . . Pero, ¡qué quieres!, así es esto de La Política . . .

–Lo es, Señor . . .

Todavía antes de abrir, le colocó las manos en los hombros.

–Usted, ánimo . . . Nada se ha perdido . . .)

HOSCO, EL mayor Fraga informó desde la puerta:

–Ninguno está en su casa, señor . . . Los tres llegaron y salieron luego. Don Otoniel fue a Los Arcos, me dijo su señora . . .

–¿Qué espera? Llámelo allá.

–Lo hice. . . .Pero me indicaron que está en acuerdo con El Señor Presidente . . . Le dejé recado con el capitán Hugo para que se comunicara acá . . .

–Bien. Puede retirarse.

Don Aurelio se ajustó los lentes y siguió examinando papeles. Había más recortes de periódico, sin importan-

cia le parecían ahora; cartas personales, que le dio pereza releer; un programa del Palacio de las Bellas Artes: *La Traviata*, de Verdi, cantada por María Cristiani y Aldo Bertini-Conti. GRAN FUNCIÓN DE GALA A BENEFICIO DE LAS GUARDERÍAS INFANTILES DEL MINISTERIO DE LA PROPIEDAD NACIONAL. Primero entre los nombres de quienes patrocinaban el evento, el de Armandina de Gómez-Anda; y una fotografía en la que sonreía rodeada, en el centro de ese amplio escenario que jamás llegó a pisar como *primadona*, por los artistas que esa noche hicieron posible la memorable representación. Había también dentro de un sobre amarillo con el escudo tricolor del PUR en el ángulo superior izquierdo, el retrato de un apretado grupo de personas.

"El gran cabrón", pensó, y los celos le lastimaron la boca del estómago. "Si algo duele es que está vivo", y hubo de admitir, como siempre que pensaba en ello, que no podría perdonarle al general Galvarino Montes haber sido amante de Armandina. Tenía fama de hermoso, por sus ojos verdes y el bigote que era su orgullo. Buen batallador, ganó prestigio durante la Cristiada del 34. Gómez-Anda lo conoció en ese viejo tiempo de fusilamientos. Lo recomendó con él, que le dio empleo como pagador civil, el mayor José Dolores Beltrán. De Galvarino Montes escribió la investigadora Andrea Ortiz Reina en alguna de sus obras sobre las revoluciones y sus legendarios jefes: "Decían de él que era la barbarie a caballo".

Entre los muchos que habían posado junto a Galvarino Montes para esa fotografía tomada la mañana en que se hizo cargo de la jefatura del Partido Unificador Revolucionario (empleo compatible con la Dirección de la Fábrica Nacional de Armamento Militar, en la que habría de ganar los primeros de los muchos millones que atesoró en un par de fecundas décadas) se hallaban, según



iba descubriéndolos, el general Marcelino Ku, ya viejo entonces; y muy jóvenes, Plutarco Canto, Alfonso Videgaray, Eraclio Cánovas, Hermes Campodónico, Otoniel Douglas. Encontró su propia cara, la de un tímido Aurelio Gómez-Anda, en la segunda fila, a espaldas del alegre triunfador de la matanza de Carmona, a quien servía, ya no como pagador civil, sino como secretario y recadero, y de quien iba a recibir unas semanas después de esa instantánea jubilosa, las primeras oportunidades de actuar en política.

(EL PRESIDENTE Patrocinio Pineda Wells, aprobó sin discutir, lo que Galvarino Montes proponía. "Ya es tiempo, señor, de romper el monopolio de poder que ejercen los grandes sindicatos y que llevemos a dirigir la Federación Nacional de Empleados del Gobierno al líder de un sindicato modesto, aunque probadamente revolucionario y pinedista, como es el de la Fábrica de Armas. Puedo garantizarle, señor, que la candidatura de Sacramento Baez va a ser muy bien recibida. Gracias, señor, por la confianza que me demuestra". "¿Cuándo convocará a los delegados de provincia para efectuar la Convención, general?" "Despacharé los primeros telegramas hoy mismo, señor". "Debe lucir transparentemente el juego democrático, general". "Lucirá, señor". Galvarino Montes tenía motivos para sentirse satisfecho. Sacramento Baez era manejable porque carecía de fuerza política. De su docilidad y blando carácter abundaban pruebas. A través de él manejaría la poderosísima FENEG: entonces casi medio millón de burócratas, que mucho pesaría "en la balanza de las decisiones", se decía, cuando llegara el momento de seleccionar al sucesor de Pineda Wells. ¿Por qué no él mismo, popular divisionario, pieza clave del Partido?

Montes había resuelto que tres de sus jóvenes colaboradores ocuparan la tribuna, durante la Convención interna de la FENEG, para proponer a un candidato y hacer su panegírico. Videgaray subrayaría los méritos del veterano Anselmo de la Garma, líder en Aguas y Suelos; Plutarco Canto, los de "Chema" Contreras, de Construcciones Federales, y Aurelio Gómez-Anda, los de Sacramento Baez, que resultaría elegido por los miembros de la asamblea.

–Échenle sal y pimienta a cada uno para que todos queden contentos –los instruyo, antes de inaugurar la convención de los Empleados del Gobierno en el Auditorio César Darío, y retornar en su elevador privado a su despacho, once pisos más arriba.

Como había recomendado el general, Canto y Videgaray le pusieron sal-y-pimienta a su trabajo oratorio. Los candidatos por ellos propuestos obtuvieron muchas palmas, muchas porras y también unos pocos silbidos. La intervención de Gómez-Anda fue mesurada. Habló en tono menor porque su voz no daba para más:

–. . .y eso es poco, compañeros: Sacramento Baez es garantía de honestidad . . . laboriosidad, inteligencia y capacidad de servicio . . . Sacramento Baez, con el voto de ustedes, está llamando a ser un digno guía de quienes aportan su diario esfuerzo desde las oficinas públicas al engrandecimiento del país . . . Sacramento Baez . . . –y continuaba enumerando virtudes del hombrecito desdibujado, vestido con un traje café-rojizo, al que sólo aplaudían con cierto entusiasmo los muy escasos compañeros suyos que ocupaban las localidades superiores; un Sacramento Baez, nervioso, que, avisado ya de que él resultaría electo por unanimidad, sobaba y resobaba las frases con las que debía agradecer "tan señalada distinción".



EN EL DESPACHO particular del general Galvarino Montes sonó el timbre del teléfono gris.

–Buenos días, general . . . –El director del PUR reconoció instantáneamente la voz:

–Buenos días, señor Presidente . . .

–Sacramento Baez, ¿ha sido elegido ya por la asamblea?

–Ahora están, señor, presentando las candidaturas de los miembros de la terna . . . Alrededor del mediodía los criterios coincidirán y . . .

–Bien, general . . . Debemos hacer un cambio . . .

–¿Cambio, señor?

–He estado pensando, general, que una persona como Sacramento Baez, que sólo representa a un sindicato pequeño, no es por ahora la más idónea para dirigir la FENEG . . .

El líder obrero Heriberto Andonegui, a quien Galvarino Montes recibía en audiencia particular cuando sonó La Red, fingía desentenderse del diálogo; no advertir que el jerarca mayor del Partido se arrancaba a dentelladas la piel del pulgar derecho. Escuchó su voz helada:

–Si así lo ordena usted, así se hará, señor . . .

–Habré de agradecérselo, general . . .

GÓMEZ-ANDA consideró que había dicho lo necesario, y un poco más, para justificar por qué Sacramento Baez ("sin desconocer lo que para los trabajadores del Gobierno Federal representan los experimentados compañeros De la Garma y Contreras") debía recibir la aprobación unánime de las delegaciones, y se aprestaba a culminar su discurso cuando al soslayo vio acercarse rápidamente a Plutarco Canto. Suspendió por un segundo su palabra. Sobre la mesa de los micrófonos, Canto dejó una tarjeta. Alcanzó a descifrar el nervioso recado: *"Orden del*

*general. Sacramento cancelado. Va Crisóstomo Gorráez, de Limpia y Transportes".*

Para darse algo de tiempo y encontrar nuevos adjetivos con qué proponer a Crisóstomo Gorráez, ahora que todos los que llevaba los había gastado en su elogio a Sacramento Baez, se dispuso Gómez-Anda a beber de la misma agua que habían usado Canto y Videgaray. Al tenderla hacia el vaso notó cuánto le temblaba la mano. Prefirió no arriesgarse a derramarla. Con la boca seca (esa mañana supo que es amargo el sabor del miedo), nublada la vista como si acabara de llorar o tuviera empañados los anteojos; sordo y sin aliento permanecía, ante la asamblea de pronto silenciosa, padeciendo los efectos del estupor, la parálisis del pensamiento y la abrumadora angustia del ridículo.

Al cabo ("no fueron más de dos o tres segundos los que pasaste tragando gordo, Aurelio, ¿verdad, Alfonso?"), Gómez-Anda sintió que recuperaba la voz, y luego oyó a su voz caer sobre los que llenaban el patio de luneta del Auditorio César Darío:

–Pues bien, compañeros . . . Como les he dicho, Sacramento Baez es un digno líder, un hombre honrado y limpio, un auténtico revolucionario . . . Difícil será encontrar a alguien que lo supere en cantidad y calidad de méritos . . .

Seguros de que la votación de los delegados favorecería abrumadoramente a Sacramento Baez, los otros dos miembros de la terna propuesta (esos Contreras y De la Garma, con dilatada experiencia en tales maniobras políticas) encabezaron una porra, que resultó ruidosísima, en honor del triunfador. Contreras ocuparía la Secretaría de Trabajo y Conflictos, y De la Garma, la de Finanzas, en el nuevo Comité Nacional Ejecutivo de la FENEG, según convenio con el general Montes.

Dejó Gómez-Anda que se aplacara el entusiasmo de



la asamblea y luego continuó, seco y ya enérgico, con esa seca energía que iría dando tono a su carácter al correr de los años:

–Sin embargo, compañeros, aunque ello pudiera parecer imposible, quiero proponer a ustedes a un candidato todavía mejor que Sacramento Baez . . . ¿Quién puede ser mejor que Sacramento Baez? . . . Yo lo diré, amigos delegados . . . El compañero Crisóstomo Gorráez, ahí presente, para el que pido un justo aplauso y luego el voto unánime de aprobación que el jefe de Nuestro Partido, el general Galvarino Montes, espera que le demos . . .

Nunca pudo aclararse por qué decidió el presidente Patrocinio Pineda Wells favorecer a Crisóstomo Gorráez, que esa mañana empezaba a ser personaje de alto nivel en la política nacional. El general Montes no se atrevió a preguntárselo y el Jefe del Ejecutivo tampoco consideró estar obligado a explicarlo. Pineda Wells terminó su desastroso mandato y se alejó del país. No dejó grupo ni partidarios. Lo último que de él se supo fue que había reivindicado un título de nobleza en España y que vivía desde fines de los años cuarenta en una gran finca frente al mar en las Canarias.)

SUS DEDOS, que jamás habían conocido otra rudeza que el contacto con el lápiz de hacer cuentas o la pluma de firmar decretos, procedieron a desdoblar el recorte que tenía en las manos. Había leído otros de noticias antiguas que ahora le parecían curiosidades históricas; había visto también, aseguradas con un alfiler, varias esquelas, una docena quizá, anunciando la muerte de amigos, colaboradores o personas destacadas de su tiempo. Encontrar en ellas nombres importantes le producía una alegría que Armandina calificaba de morbosa. "¿No es para ale-

grarse, Doña, saber que uno sigue vivo?"

Notó, al tocarse el nudo de la corbata, que la uña del anular derecho se le había mellado. Del cinto, donde lo llevaba siempre, retiró el manojo tintineante en el que figuraban, reunidos en una argolla, muchas llaves, un destapador de botellas (de los que regalaba una fábrica de gaseosas treinta años antes de hacer propaganda a sus productos), un calzador y una navajita, de cachas rojas, con lima y tijeras, mondadientes y tirabuzón, que fue retirada del cadáver de un tal Sentimiento Solís, coronel que figuró entre las bajas de los rebeldes perdidosos en el combate de La Vaina.

No era desdeñable la sugestión de Roberto Saldaña, pensó. Escribir sus *Memorias*, o algo que se le pareciera, le serviría igual para recordar, esto es: para volver a ser ("¿no somos acaso nuestros recuerdos?") que para ocupar el tiempo que ahora le sobraría. "Cuando llega uno a viejo debe anotar lo que de joven tuvo suerte de vivir". Quedó arreglada esa uña. Empezó a recortarse otra. "Estar vivo, como le oí decir a don Adolfo Martorell, es recordar que se tuvo un pasado y que se guarda algo de vida todavía para después". Suspendió por un momento el vaivén de la lima. "¿Quedó siquiera una mediana biografía mía? La que hay, hecha por encargo, es detestable", y admitió que le hubiera gustado ordenar la redacción de una en la que Aurelio Gómez-Anda apareciera no como fue sino como hubiese preferido ser. "Pude llegar a viejo. Ahora necesito sobrevivir a mi pasado. ¿De qué sirve esta vida mía si no pongo en el papel lo que he vivido, contado por mí, el mejor de mis testigos?" Siguió moderando el tamaño y la forma de la uña del meñique. "El problema de los que vivieron bien la vida pero que no la escribieron, es que al morirse se llevaron sus recuerdos. ¿Quién los aprovechó si no quisieron compartirlos?" Con un soplo hizo volar el polvillo que había



caído sobre su chaqueta. "¿Morirse uno dejando su pasado expuesto a la diatriba, a la calumnia, a la infamia de los envidiosos y los historiadores . . .? Hay que hacerlo. Anotarlo todo para que no lo falseen, para que no acabe de olvidarse. Juntar esos pedacitos de tiempo que son lo que fuimos. Decir lo que debe ser dicho. Explicar los por qué de ciertas cosas que se hicieron. Llevar luz a lo que pareció entonces, y sigue pareciendo ahora, oscuro, innecesario. Escribirlo, carajo . . ."

El recorte correspondía a la edición del matutino *Universo* de un trece de julio. "Nueve años y medio, ya". Eran los meses primeros de su mandato. "Los de la prueba; esos que aprovechan los que pueden hacerlo para medir al Presidente. De cómo respondas a sus presiones y salgas de sus trampas dependerá tu suerte. Si no vas a varas porque eres manso, harán de ti cera y pabilo; te negarán su temor y su obediencia; se burlarán de ti y estorbarán tu trabajo. Debes convencerlos pronto, de modo que todos lo sepan y lo vean, que contigo no se juega; que es tuya, sólo tuya y de nadie más, la única autoridad . . . Con algún acto espectacular, de violencia si es necesario, conviene definir claramente tu estilo personal y el de tu gobierno . . ."

Gómez-Anda extendió ante sí, el titular a ocho columnas:

MUNDACA DESAFIA AL GOBIERNO FEDERAL

(EL PRESIDENTE descargó su puño de ira sobre los periódicos que daban a conocer, con visibles *cabezas* principales o cáusticos *cintillos*, la última hazaña de Blas Mundaca, un iletrado agitador que llevaba años señoreando sobre cuatro o cinco de las ricas provincias agrícolas del sur, sin que nadie se atreviera a cerrarle el paso o a cortarle la

vida, por mucho que fueran grandes sus tropelías y bárbaros los métodos que usaba para intimidar hacendados y comuneros, industriales y transportistas de esa región. Se le habían abierto procesos, pero jamás conoció el castigo de la cárcel. Bandolero, según unos, era para otros el bravo que comparte con el pobre lo que se hace pagar por el rico; una especie de reformador social que "predica doctrinas en las que quizá crea, pero que no alcanza a comprender, lo que origina la constante confusión de sus ideas; el estado de contradicción mental en que por lo general se encuentra", como se expresaba en alguna de los centenares de páginas de la abultada bitácora que le llevaba el Ministerio del Interior –crónica de sus andanzas, pormenor de sus actos y de sus palabras. Alguna vez, el Presidente Nicómedes Espinosa pretendió castigarlo, remitiéndole a las salinas de la Isla Penal del Mar Pacífico. Lo hizo llevar a su presencia para reprenderlo. Hablaron a solas y al cabo de una hora de conversar con él se convirtió en su amigo y protector; amistad, amparo, simpatía y aun aprecio público que no le negaron los mandatarios que vinieron después: Tolentino Remus, Procopio Moreno, Tito Livio Gómez de Lara.

–Conmigo, el hijodelagranputa se jode . . . –El puño de Gómez-Anda volvió a estallar sobre los recortes–. Se acabó la tolerencia . . .

Como adormilado, pero siempre alerta y receptivo, manifestó Marco Tulio Cimarrosa, que había sido llamado con apremio a Palacio Nacional:

–Se girará orden de aprehensión . . .

–No más impunidad . . . No más hacerse de la vista gorda. El chantaje, ¡al carajo!

Abogado, Marco Tulio Cimarrosa opinó que diez o veinte de los procesos que jamás prosperaron contra Mundaca, porque gobernadores y presidentes exigieron que se les olvidara, podrían ser actualizados con sólo que



El Señor lo ordenara. "Como a los otros, también a Gómez-Anda lo ayudó Blas, en el sur, durante su campaña electoral. ¿No aportó él, aunque gratificados con dineros del Partido, los más vivaces contingentes aurelistas? ¿No se alojó en su finca de Campoamor y le bautizó a un hijo de la querida que tiene en Torrenteras? ¿Quién si no don Aurelio dijo que Blas Mundaca era un "revolucionario practicante", un "ejemplar organizador de campesinos" y un "dignísimo sucesor del Padre de la Reforma Agraria"? Ante los cuarenta y cinco mil peones que acarreó Blas para que lo aplaudieran el último de los días que pasó en su comarca, ¿acaso Gómez-Anda no abrazó a Mundaca y lo colmó de elogios?"

–El procurador de la República . . .

–A mi manera, así se hará, Marco Tulio . . . Dejemos al Procurador fuera de esto . . .

Nieto e hijo de peones, peón él mismo, Blas Mundaca muy joven organizó en la zona de Ballester las primeras uniones de trabajadores agropecuarios y entró en conflicto con los administradores y los dueños de las haciendas y las fábricas en las que eran industrializados algunos productos de la región. Se le amenazó sin éxito; se le halagó sin resultado y, por último, se le llamó a parlamentar. Fue entonces cuando conoció la importancia de su fuerza. Entre jaranas y buen licor se establecieron las bases del acuerdo. El dinero empezó a manar abundantemente para él y los hombres que representaba. Creció con su poder su influencia y en un lustro todo lo que se llama *El Sur* pagaba tributo a Mundaca El Organizador a cambio de no padecer problemas como las padecían los renuentes: invasiones de tierras, incendios de almacenes, malogro de cosechas, envenenamiento de piletas y abrevaderos y, en casos extremos, atentados personales, secuestros y asesinatos. Astuto, "como buen indio ladino que es", Blas Mundaca respetó escrupulosamente las

propiedades del Gobierno y las de quienes de él formaban parte: funcionarios y políticos que con amistad le daban amparo al tiempo que de él lo recibían.

–Lo dejaremos, señor . . .

–No me explico qué mosca le ha picado a Mundaca para hacer lo que está haciendo . . . Somos amigos . . .

–Para él eso no importa . . . Fue amigo de Gómez-Anda candidato . . . Ahora va a ponerle precio y condiciones a su amistad con Gómez-Anda Presidente . . .

–Pretender que le paguemos, ¡nosotros!, tributo por cada árbol que se corte o industrialice en el Aserradero Nacional de San Esteban, ¿no es una pendejada, Marco Tulio? Tirotear nuestros camiones y matarnos cinco hombres, ¿fue o no su gran error?

–Sí, señor . . .

UNA NOCHE de ajedrez en Buganvilia escuchó producir a don Adolfo Martorell un comentario que nunca olvidaría y que esa madrugada, mientras esperaba a que hirviera el agua para el primer café, recordó: "La mejor de las armas de un hombre de Poder es la buena memoria. Sin embargo, pocos saben usarla". Él, sí. No eran aún las cinco y media y por La Red llamó al general Teodoro Gómez. Antes de ocupar el vice-ministerio de Guerra y Defensa Teodoro Gómez había sido miembro, con el grado de coronel, de la judicatura militar y en tal carácter le había correspondido conocer de un incidente en el que se vio complicado, por amenazas proferidas contra el violador y presunto asesino de su hermana, un tal capitán Austroberto Macías, siete años atrás. En persona, don Aurelio había ordenado al coronel Gómez que no se insistiera mucho en el caso, y tampoco se ahondara más en el asunto. "Así se hará, señor", había dicho entonces Teodoro Gómez y el legajo encontró su sitio en el archivo.



En la memoria de Gómez-Anda permaneció lo esencial. Una maestrita, Alicia Macías, pasaba los seis meses de su servicio social obligatorio en una comunidad de la provincia de La Paz enseñando a leer y escribir a los hijos de los trabajadores de la planta en la que se producían engranes para maquinaria industrial a partir del serrín solidificado. En esa planta, que operaba con capital mayoritario del Gobierno, se ofreció una comida a Blas Mundaca y Alicia Macías lo encontró agradable, guapo y muy atractivo, quizá porque bailaba con galanura y su risa era blanca y abierta. Bailó con ella más que con ninguna de las otras muchachas, y bailando bailando le dijo que por linda merecía ser algo más que profesora rural. Cuando Mundaca y los suyos se marcharon, con ellos se fue a Alicia Macías, no se supo si por su voluntad o, como llegó a murmurarse, a la fuerza secuestrada. Enterado de su desaparición, que no podía atribuirse plenamente a *Don* Blas, la buscó el hermano. Meses después, de Alicia encontraría una tumba, una jorobita de lodo seco que ninguna cruz señalaba en el camposanto de La Cañada. El párroco de la capilla le informó que había sido una verdadera desgracia que la muchacha hubiese muerto, como don Blas Mundaca dijo, en un accidente. "No me pregunte dónde ni de qué clase, señor, porque no sabría qué responderle" Austroberto Macías padeció una sospecha y decidió confirmarla. Algún amigo de la partida militar, en respuesta a sus dudas, aceptó que sí era probable que Mundaca hubiera matado a Alicia del mismo modo que había matado, según las malas lenguas, a otras antes. "Y si no él, tal vez lo ordenó su mujer, más celosa, capitán, mientras más vieja y gorda" Macías hizo gestiones y consiguió que su Comandante lo comisionara en el cuartel de Alamitos, descubrió que Mundaca tenía casa nueva, muchacha tierna, en un barrio de la cercana Salvatierra. Averiguó la dirección y a velar su llegada destinó sus días

de permiso. Un atardecer, sin su escolta de hombres con armas, en compañía solo de su chofer, llegó Mundaca en un guayín. Lo había visto ahí docenas de veces, pero nunca tan desprotegido. Macías cruzó la calle y le cortó el paso. Le exigió aclaraciones. ¿De qué había muerto Alicia? ¿por qué, o por orden de quién, no existían actas de defunción ni documento legal alguno en que se aludiera al accidente? Mundaca no refrenó su altanería ni el capitán su cólera. La mano que buscaba la pistola no alcanzó a llegar a la empuñadora de concha nácar porque un disparo del chofer lo puso en tierra con un pulmón perforado y en el pecho, un agujero por el que cabía un puño. Se le siguió juicio a Macías, "por amenazas a un civil inerme", discretamente. Cuando estuvo en condiciones de abandonar la cama del hospital militar de Salvatierra, donde convalecía en calidad-de-detenido, fue trasladado a la septentrional península desértica de Antioquia, "para evitar que la próxima sí lo maten, capitán". Ganó grados, y, teniente coronel ya, a su cargo quedaban labores de patrullaje en una dilatada región tristísima por fuera, pero muy rica por la sal de sus minas. Había hecho plata de algún modo y vivía, al parecer, en paz. "¿Estará disponible Macías, general?" "Un oficial en servicio activo, siempre lo está, señor Presidente". Gracias, general".

A LA PERSONA que estaba respondiendo por el teléfono privado, le dio el Presidente Gómez-Anda concisas instrucciones:

–Hemos resuelto, general, que sea el teniente coronel Austroberto Macías Serafín el oficial que se ocupe de aprehender a la mayor brevedad posible al ciudadano Blas Mundaca Grimaldo y de presentarlo a la autoridad correspondiente ... Le habré de agradecer, general, que le comunique sus instrucciones.



Colgó. Marco Tulio Cimarrosa, que se había levantado, no supo qué general, ¿Radamés del Valle, Teodoro Gómez, Angélico Balderrama, también conocido como El Ejecutor?, cumpliría las instrucciones del Presidente. No necesitaba, en cambio, esforzarse mucho para adivinar cuáles serían.

–¿Algo más, señor?

–Encárguese de preparar, personalmente, los boletines que mañana entregaremos a nuestros amigos de la prensa ... Sugiera a los señores directores de los diarios del país que en sus editoriales de pasado mañana se le aplauda al gobierno la toma de Medidas Enérgicas como la que no hemos visto obligados a ... Habrá que evitar que los gacetilleros empiecen a sacralizar la figura de un fascineroso como Mundaca, ¿eh?

SIGILOSA, TRANSPORTADA en dos grandes máquinas de la Fuerza Aérea y, luego, para el recorrido por tierra, en cuatro autobuses del Ejército, la tropa a las órdenes del teniente coronel Macías tendió el cerco de fusiles, ametralladoras, lanzallamas y morteros. Ni los perros de la medianoche ladraron sus alarmas. Blanca y de una sola planta, ancha, la casa parecía indefensa.

–Cuando usted lo ordene, mi teniente coronel ...

Podía haber dicho "ahora", o "dentro de cinco minutos"; pero, atento a la carátula fosforecente del reloj de pulso, el teniente coronel Austroberto Macías Serafín prefería aguardar a que fueran las 24 00. Lo habían hecho venir, en un jet especial, desde Antioquia. Por teléfono, el vice-Ministro de la Guerra le había dicho que Blas Mundaca debía ser presentado a las autoridades judiciales de Salvatierra "vivo ... de ser posible". Él había preguntado: "¿De resistirse ...?"; y el general Teodoro Gómez le había respondido: "A su criterio queda decidir, Macías".

Exactamente a las 24.00 se desgranó el fuego al que ningún otro fuego contestó. A las 0.15 dispuso Macías suspender la fusilata, la silbante acometida de los lanzallamas, el bombardeo riguroso y exacto de los morteros. Precavido, permitió que el tiempo corriera un cuarto de hora más. Luego, despachó una avanzadilla a que explorara las ruinas.

El silencio, y el humo del incendio que se iniciaba en una troje llena de pastura, confirmaron el exterminio de Blas Mundaca, de su esposa Etelvina, de sus nueve hijos, de los once miembros de su temible escolta, y de un anciano. Fueron hallados en diversas habitaciones, y dos en el corral, los cadáveres de cinco mujeres: quizá las cocineras y sirvientas.

Con la tropa viajaba un abogado de la Procuraduría de Salvatierra y otro adscrito a la Comandancia de la Cuadragésima Segunda Zona Militar. Dijeron:

–Hay que levantar el acta . . .

El teniente coronel Macías fue a sentarse al carro comando en el que había llegado. Muy descompuesto lo vería el chofer, porque le preguntó:

–¿Se siente mal, señor?

–No, sargento. Sólo cansado . . .

Cerró los ojos. Sentía náuseas y ganas de buscar un lugar donde bajarse los pantalones. Las pantorrillas estaban temblándole. Respiraba lenta, difícilmente. Se repuso, al cabo. No era tarde, apenas la una de la mañana, pero sentía sueño y, de pronto, a manera de alivio, una gran lasitud ahora que había podido cumplir la promesa de venganza que estuvo dormida años en el tiempo, pero nunca olvidada en su memoria.

ANTES DE QUE fueran las siete de la mañana, Gómez-Anda recibió en Los Arcos a los generales Del Valle y Teodoro



Gómez. El Ministro de Guerra y Defensa le mostró copia del *parte* que a la Superioridad rendía el teniente coronel Austroberto Macías. Del vice-Ministro recibió la del *acta* que se levantó en el lugar del sacrificio. Una y otra las abandonó sobre la mesa.

–Muy lamentable que el amigo Blas Mundaca haya resuelto enfrentarse a elementos de nuestro Glorioso-Instituto-Armado, ¿No les parece?

–Así es, señor Presidente . . .

DESPUÉS, cuando a solas bebía café y hojeaba los periódicos, don Aurelio reflexionó que una poca de sangre derramada a tiempo ahorra mucha, después. "El procedimiento es lo que cuenta. En este caso procedimos políticamente; esto es: correctamente, como el Hombre-de-Poder debe hacerlo". Taza en mano, se asomó al jardín. "El torpe de Blas abusó de mi confianza, y quiso probarme. Ahora sabe ya cómo las gasta el hojalatero". Corrió la puerta de cristales. Respiró la frescura de los pinos, del césped húmedo. En la luz inventaban arcoiris los surtidores automáticos con que estaban siendo regados algunos sectores del parque. "Ni ahora ni nunca, nadie podrá acusarme jamás de haber decretado la muerte de Mundaca. No pronuncié sentencia, ni dije cómo hacerlo. ¿Por qué Macías para detenerlo?, ¿y por qué no . . .?")

PUSO A UN lado, doblez sobre doblez, como estuvo tantos años, el recorte de *Universo*. Volvió a tomar el retrato del grupo. Mirar al general Galvarino Montes lo lastimaba todavía. ¿Por qué no destruía la viejísima foto de los celos del mismo modo que por ellos destruyó a Montes?

Claro y cercano, diría que frente a la casa, escuchó en ese momento el frenazo de un automóvil.

# 6

MUCHO LO alegró, al verlo descender del taxi, no haberse equivocado. "Estaba seguro que sería de los primeros en venir a saludarme hoy, del mismo modo que fue siempre de los últimos en molestarme pidiéndome algo". Recordaba haber leído que se le describía así: "Bajito de estatura, enteco, moreno, su energía parece hallarse en desacuerdo con su fragilidad física. Lo más viejo en él resulta ser, por gris, su cabello. Tiene la piel tensa, joven, con algunas quebraduras al lado de los ojos. Se dice que es vegetariano y que sólo usa hierbas para curarse". El que bajó después, con las bolsas de cáñamo y los paquetes, era un tipo alto, quizá mulato. "El guardaespaldas, sin duda". Vestía chaqueta de fustán. Llevaba sombrero tejano. Gómez-Anda salió a recibir a Quintín Asturias, líder nacional de la Cooperativa de Cañeros Libres.

Lo encontró junto al *Mercedes*, bajo la bóveda que lo protegía de la llovizna ya muy tenue, esperando que el mayor Pilo Fraga lo anunciara. Don Aurelio le ofrecía los brazos:

–Quintín Asturias, querido amigo, bienvenido . . . Hágame el favor de pasar . . .

Ceremonioso, quizá incómodo en ese traje gris (el, que acostumbraba usar, para los calores de su región, camisa ligera, pantalones de dril, sandalias sin calcetines) Asturias le tendía la mano porque el respeto, el lugar, cierta acusada timidez suya, no permitían otras confianzas. Gómez-Anda, reteniendo en la propia, firme esa

mano, lo metió en el abrazo. "Como su tío Tito Livio, también él, su ropa y su aliento, huelen a viejo".

–Gracias, señor Presidente . . .

Se apartaron. Alzó don Aurelio el índice. Buscó una sonrisa qué ofrecerle:

–Ex, Quintín . . . Ya sólo eso: ex.

–Para sus amigos usted seguirá siendo El-Señor-Presidente-Gómez-Anda.

–Se agradece, Quintín.

Le señalaba el camino hacia la sala. Tras ellos, silencioso y arisco, sin aceptar la ayuda del mayor Fraga, marchaba el del fustán.

En la sala Quintín Asturias ordenó:

–Deja eso ahí . . . –y el hombre del tejano y la considerable robustez colocó las bolsas y los bultos, sobre una de las mesas y se marchó, con Pilo Fraga muy cerca, cuando Asturias dijo –Espérame afuera . . .

Gómez-Anda lo invitaba a sentarse:

–¿Tomará algo, Quintín?, ¿una copita de champaña . . .?

–Le agradezco, señor, pero no ahora . . . He venido a estar un ratito con usted, y a traerle esto . . .

Fue presentando a la curiosidad de Gómez-Anda las piezas de Camembert y Pont l'Evêque, de las queserías que la Cooperativa operaba en Ciudad Darío; los espesos filetes, cortados al gusto de don Aurelio, de las reses que engordaban en sus ranchos ganaderos; los tarros de conservas fabricados en su Empacadora de frutas; los cuatro frascos de la apreciada jalea real de sus apiarios; las dos botellas de la *Crema de Ron* producida en sus destilerías y que en la etiqueta ostentaban, escrita en inglés, francés, alemán y castellano, la leyenda *Calidad de Exportación.*

–No debió haberse molestado este día, Asturias.

–Ni hoy ni nunca ha sido molestia traerle, o enviarle, algunas de las cositas que hacemos por allá . . . Y si me lo permite, señor Presidente, seguiremos haciéndolo . . . Lo que antes le mandábamos a Los Arcos cada mes, lo recibirá usted aquí, o a donde usted ordene . . .

–Gracias, amigo Quintín . . .

–Y lo dicho, señor, vale para doña Teresita . . .

–Oh . . . –y don Aurelio comprendió que se había emocionado.

Para descubrirlo al final, Asturias había mantenido encapuchado el mayor de los paquetes; el que con precauciones manejaron, primero, el guardaespaldas, y después él. Muy lentamente levantó el lienzo que ocultaba lo que resultó ser un vitriolero. Cuando quedó del todo a la vista, Asturias buscó un asombro en el rostro de don Aurelio: el inevitable fulgor de la gula en sus ojos; la sonrisa agradecida que apareció en su boca.

–¿Le gusta, señor Presidente?

–Quintín, ¡por favor!

Gómez-Anda destapó el vitriolero y ávidamente inclinado para que nada se desperdiciara, aspiró el olor del escabeche de camarón que nadie guisaba con más sapidez que las trigueñas mujeres de la costa que a la Cooperativa de Cañeros Libres debía ahora su extraordinaria prosperidad; escabeche de camarón, uno de los principales entre sus platillos favoritos, que todos los años, en su natalicio, con huapangueros y bailarines, le hacía llegar a Los Arcos, en docenas de frascos aún más grandes, con el tributo adicional de los quesos y las frutas; la carne y los jamones, el ron y el néctar de la reina, el hombre al que cuando no lo conocía quiso destruir porque le resultaban intolerables su rebeldía y su independencia y del que terminó siendo amigo al darse cuenta que haría de él un enemigo antes que un subordinado; el Quintín Austurias ("de cojones muy enteros", como lo definió cierta noche para información de Ávila Puig, que se disponía a iniciar su campaña electoral y al que era necesario instruir sobre

quiénes eran, y cómo esperaban ser tratadas por él, algunas personas, políticas o no, que conocería sobre la marcha) que no pocas veces a lo largo de los últimos diez años libró contra El Señor Presidente cerradas oposiciones y fragorosas luchas verbales, defendiendo de los caprichos y de los atropellos del Poder Ejecutivo, y de los socios o protegidos de Armandina, los intereses y aun las vidas de los camaradas cañeros que le habían entregado su confianza porque no dudaban de su lealtad.

–Lo prepararon, como siempre, al gusto de su paladar...

Don Aurelio tapó avaramente el vitriolero. Se le había rebalsado en la boca la saliva. Esa fragancia a hierbas de olor y a vinagre, a fino aceite y a los misteriosos ingredientes que distinguían el escabeche de Ciudad Darío, le habían perturbado la tranquilidad del estómago; le hacían sentir hambre por primera vez en el día.

–Gracias, nuevamente...

–¿Qué agradece, señor?

–Su amistad, Quintín...

–La merece usted, señor. Por eso resulta poca la que pueda uno darle... A los muchachos de la Cooperativa les gustaría tenerlo unos diítas por allá, señor Presidente... Lo llevaríamos de pesca, a cazar, a donde usted quisiera... Conocería usted la finquita que hemos comprado para regalársela en recuerdo del muelle que hizo usted el favor de construirnos... Nada grande, señor: apenas cien hectáreas, pero, eso sí, de tierras superiores... En fin, señor: para usted lo mejor de lo nuestro: buen mar, buen sol, buen marisco... ¿Iría, señor?

–Con gusto, en cuanto me desocupe...

Miró Quintín Asturias su reloj de pulso, el único de sus lujos; reloj de hombre que desciende a las profundidades oceánicas. Estaban aún en tiempo. El Presidente Ávila Puig lo había invitado a comer con él, en Los Arcos.



–Ahora, señor, debo irme... Con lo ocupado que está usted no quiero abusar de su tiempo...

–Para usted, el mío no tiene límite, Quintín.

Asturias aguardó a que los ojos de Gómez-Anda tocaran los suyos cuando sus manos se encontraron en el rápido apretón de la despedida:

–Cuando usted y yo nos amistamos, señor Presidente, le dije que podía contar conmigo para lo que fuera... Hoy, le repito: considéreme su amigo más que nunca y sepa que para servirlo estoy...

A solas nuevamente, Gómez-Anda se preguntó por qué, cuando pudo, no fue más amigo de hombres como Quintín Asturias y menos cómplice de ladrones y tramposos como Francisco "Pancho" Tadeo o el agrónomo Dante Gayoso.

Hacía frío en el despacho pero de todos los de la casa era el único lugar en que se encontraba menos a disgusto. Sonó un par de veces el teléfono y, como hacía una hora, don Aurelio se puso en tensión. ¿Volverían a ofenderlo con anónimas injurias? Cesaron los timbrazos y lentamente se le fue serenando la inquietud. "¿Cuánto durará el acoso? ¿hasta qué extremos será capaz de llegar *ese* señor?" Sí, pensó, tomándola, recorriéndola, reconociendo rostros y detalles, ¿por qué no había querido nunca romper la fotografía del general Galvarino Montes? ¿necesitaba de ella para no olvidar la imagen del hombre al que se aplicó a destruir? Después: "Mentira que uno pueda olvidar con sólo echarle tiempo a los recuerdos".

(FERMÍN PALERMO reunió el valor que necesitaba para interrogar al Presidente Gómez-Anda sobre algo que sin duda le repugnaba: un tema que siempre, a veces bruscamente, rehuía tratar:

–El general Montes ha estado a verme también hoy. Me ha preguntado: '¿Por qué me castiga Aurelio de este modo?' Ha vuelto a pedirme, ahora sí con desesperación, pues siente que la lumbre le llega, que lo recibas cinco minutos, cinco solamente . . . Supone que alguien a quien tú escuchas, intriga en su contra . . . Te ruega que le des la oportunidad de aclarar enredos, si alguno hay entre ustedes . . .

Dura la boca, trémulo como siempre que tal recuerdo le hería la memoria, "el recuerdo de ese hombre, el sonido de su nombre", el Primer Mandatario dejó de contar los pasos sobre la alfombra de su despacho en Palacio:

–Nada hay que aclarar. Nada tenemos que decirnos.

–Montes cree que sí. Por eso insiste . . .

–Que se joda . . . Dile: "El Presidente Gómez-Anda quiere que se joda, general . . ."

–Aurelio, sé razonable. Permíteme que . . .

El Presidente de la República se le plantó a cinco pasos de distancia. Tenía descompuesta la expresión. Dijo, ácido el tono de la voz:

–¿Cómo tratarías, Fermín, al cabrón que quiso emputecer a tu esposa, eh?

Fermín Palermo, que por primera vez oía decir al Presidente esas palabras que había escuchado ya en otros labios, no pudo aportar una réplica ni sostener el desafío de su mirada. Entre ellos dos, que todo lo compartían desde muchachos, sólo existía un secreto, algo de lo que no hablaban, a lo que no se aludía nunca: las circunstancias en que Gómez-Anda y Armandina se conocieron. "Las circunstancias reales, que las otras ya las conozco." Don Aurelio volvió a su silla. Apoyó la cabeza en el respaldo de cuero verde. Se le escuchó respirar con fuerza; suspirar, tal vez.



GALVARINO MONTES había aparecido, brevemente, en la puerta del privado. Pues el día era caluroso, llevaba abierto el cuello del chaquetín:

–Gómez . . .

–Señor . . .

Unos cinco minutos antes, Gómez-Anda le había entregado por la extensión la llamada de la mujer que se anunció como "una amiga, Norma Alhelí", con el acento de alguna provincia del sur, inconfundible, había dicho: "El general me pidió que le hablara a esta hora, señor". Desde que lo servía como secretario, ¿cuántas veces había escuchado palabras parecidas? ¿a cuántas mujeres, jóvenes casi siempre, invariablemente bellas o atractivas, había tenido allí, en la antesala, en espera de que se les autorizara a pasar a la oficina de Galvarino Montes –el garañón inagotable que se había convertido, por lo generoso de sus regalos y lo alegre de sus bacanales, en figura popularísima entre los elementos de la farándula capitalina? ¿a cuántas aplaudidas vedettes, o ignoradas coristas, no habría llevado Gómez-Anda-el-alcahuete al restorán *Cabot*, donde el director de la Fábrica Nacional de Armamento Militar disponía de una suntuosa leonera? ¿cuántas más, ávidas de su dinero o con urgencia de ayuda, aparecían sin aviso con la esperanza de que el general las recibiera?

Le entregó una tarjeta en la que había, garabateado por su mano, un nombre, el de Norma Alhelí, y una dirección:

–Llévala al *Cabot* y entreténla en lo que llego . . .

Cuatro o cinco mediodías en el curso del mes acompañó Aurelio Gómez-Anda a Norma Alhelí. Impuntual por costumbre, Montes recalaba en *Cabot* a media tarde, y eso les permitía conversar e ir descubriendo que simpatizaban porque entre ellos casi no había diferencias y sí afinidades. "Si es una putilla como las otras amigas del

general, ésta lo disimula". Quería ser cantante de ópera. Había conocido a Montes en una fiesta y él había prometido presentarla con personajes decisivos del Palacio de las Bellas Artes. A Norma Alhelí le parecía que el joven Gómez-Anda era todo un caballero. Le agradaba su seriedad al hablar, su finura al tratarla. El día que le regaló el tomito con las *Rimas* de Bécquer se puso a llorar en su presencia, emocionada. Ese amanecer despertó pensando en él y, en la oscuridad de su cuarto de casa de huéspedes, sintió por primera vez desde que lo conocía una deprimente sensación de culpabilidad y un mucho de vergüenza al preguntarse con qué rigor la juzgaría quien, como Aurelio Gómez-Anda, debía aguardar en el hall por razones de trabajo, para luego llevarla de vuelta a su domicilio, a que ella terminara de acostarse con Galvarino Montes. Que el secretario particular padeciera celos cuando oía hablar a su jefe de la clase de mujer que era la más reciente de sus amigas, ¿significaba que él había terminado enamoriscándose de un imposible?

Una mañana, Galvarino Montes sacó del cajón central de su escritorio un paquete, asegurado con una liga de hule rojo, y lo colocó ante Gómez-Anda:

–Te me vas a Florida, le entregas esto a la señora, y le avisas que se largue de la casa a más tardar el domingo, porque el lunes voy a necesitarla... Dile también que si para entonces no se ha ido, mandaré que la echen del país...

Florida era el nombre de una angosta callecita arbolada del barrio de La Luna, en la cual Galvarino Montes tenía viviendo, desde que la sacó del cabaret *Flynn's*, a la austriaca bailarina de streap-tease de los grandes senos y las rotundas nalgas. Como a *las otras*, a ella también le concedió casa, servidumbre, automóviles y tarjetas de crédito, pero le negaba, igual que a las demás, la libertad de salir sin chaperón o recibir visitas que él no aprobara.



–¿Algo más, general?

–No.

Cumplir esos frecuentes encargos mortificaba a Gómez-Anda. ¿Por qué no era el general más amable con las mujeres cuando deseaba deshacerse de ellas? ¿por qué vejarlas como a la artista del cine, a la que mandó golpear sólo porque ella se atrevió a reclamar la propiedad del penthouse del que era reclusa? La alta señora rubia a la que ahora lo mandaba expulsar ¿merecía como única explicación los billetes, unos pocos miles de pesos, que le llevaba? Esa urgencia de tener vacía la casa, "a más tardar el domingo", ¿significaba que el lunes iba a ocuparla Norma? Recordaría siempre que ésa fue la primera vez que deseó poder matar a Galvarino Montes.

El miércoles terminó Norma Alhelí de instalarse en la casa de Florida. Gómez-Anda la ayudó en los quehaceres de la mudanza. En cierto momento ella quiso iniciar una explicación, pero él no le dio oportunidad. Uno y otra se comportaban confusamente. Por la noche hubo fiesta. Con sus lujosas queridas y sus grandes automóviles, sus pistoleros y sus asistentes, según pertenecieran o no a la milicia, a partir de las nueve empezaron a llegar los amigos del general: oficiales, políticos, funcionarios, proveedores, hombres de negocios. La calle fue cerrada al tráfico con el apoyo de dos patrullas policíacas y cada hora, en la hora, nuevos músicos aparecían para relevar a los que habían estado amenizando el jolgorio los sesenta minutos anteriores. Sobraba el licor y *Cabot* suministraba las viandas. Enferma de tragos, alguna de las mujeres fue retirada de allí. La vieron vomitarse antes de abordar la limusina del Ministro Espartaco Alcocer. Como si el rebumbio no bastase para informar a los vecinos que había nueva inquilina en la residencia de tres pisos y arbolado jardín, Galvarino Montes mandó traer de su coche una metralleta y, buscando un lejano farol, acribilló los altos

follajes con varias estruendosas descargas. Para no ser menos, los invitados que portaban arma tirotearon también el aire nocturno.

Gómez-Anda permaneció de guardia en el sedán blindado del general. Prefería estar allí, o caminando calle arriba y calle abajo a pesar del frío, y no en el interior de la casa, en un rincón de la sala; en el jardín, con pistoleros y asistentes, o, como un criado, en la cocina, entre gritos de meseros y refunfuños de los mozos, intoxicado por el humo de puros y cigarros, ensordecido por la música que algunos, ebrios ya, aprovechaban para bailar.

Los primeros se marcharon a eso de las dos y media de la madrugada. Los últimos cerca ya de las cinco. El general, que le había dicho: "No te me vayas por si te necesito, Gómez", dejó la cama pasadas las seis. Se iluminó por unos minutos la ventana de la alcoba matrimonial. "Se están vistiendo", y la furia de los celos le desacompasó la respiración al secretario. Se apagó la luz en los cristales y poco después, el capote de vicuña sobre los hombres, abierta la guerrera, apareció en la puerta del jardín el divisionario Galvarino Montes Scott. Gruñó un "buenos días, jóvenes" y luego:

–Al vapor . . . –bostezando.

Menos de seis meses duró la relación de Montes con Norma Alhelí. Si durante los dos primeros el general dormía casi todas las noches en la casa de Florida, a partir del tercero sus visitas escasearon y se suspendieron por completo a principios del quinto. Le constaba a Gómez-Anda que Montes no tenía enredos con una nueva mujer. ¿Estaría harto, él que era impaciente y voluble, de que ella le recordara a cada momento su promesa de ayudarle a cantar en la Ópera de Bellas Artes? Una mañana, luego de almorzar en Los Arcos con el Presidente, el Director de la Fábrica Nacional de Armamento Militar, dijo a su secretario:



–Si llama la señora de Florida, niégame . . . Si viene, córrela . . . En estos días debe uno cuidarse, Gómez . . . –y ya a solas se puso a pensar en la espléndida oportunidad que para él significaría convertirse en Director del Partido Unificador Revolucionario.

Ella lo buscó varias veces por teléfono en los días de esa semana y en algunos de la siguiente. Para Gómez-Anda resultaba cada vez más difícil inventar mentiras que no lo parecieran. "El general salió a acuerdo"; "El general está abajo, en el departamento de Producción", "El general sigue en junta . . ." Una noche, ya tarde, cuando se retiraba de la oficina, recogió la que habrá de ser la última insistencia de Norma Alhelí.

–Sólo quiero hablar con él, dígaselo así, para informarle que le dejo su casa . . . He encontrado el trabajo que buscaba y . . .

Trató él de disuadirla. Terminar de ese modo con el general resultaría riesgoso para ella; la expondría a su rencor y a su persecución. Le cerraría sus caminos; usaría las influencias que no utilizó en conseguirle un empleo en la Ópera, para hacer que le quitaran el que ya tenía. Él, que las echaba a voluntad, la retendría ahora por capricho. Más de treinta minutos manejó Gómez-Anda sus argumentos, sin convencerla. Sólo consiguió una promesa: seguiría en la casa de Florida uno o dos días más: los que a él le llevaría, dijo, "preparar al señor" y obtener de él permiso, licencia, para que Norma pudiera abandonarlo.

Esa noche durmió mal Gómez-Anda. ¿Qué venganzas urdiría Galvarino Montes contra la mujer que se arriesgaba a dejarlo? Bebió bastante y al amanecer se sintió muy deprimido. Temprano fue a casa del general. Estaba en cama, con gripe, y por orden del médico allí debería permanecer, mínimo, veinticuatro horas más. Un ayudante lo llevó a la alcoba. Una talla del Sagrado Corazón,

rodeada de flores y lámparas votivas, ocupaba uno de los rincones. Miró sobre el buró, entre tazas con posos de café, la botella de *Martell*, la caja de pañuelos desechables, y goteros, frascos con medicamentos, la cartera y su pluma fuente.

–¿Cómo se siente, general?

–Del carajo, Gómez. Con el cuerpo cortado . . . ¿Qué me traes?

Luego de los informes de rutina (que sintetizaba para no impacientarlo) mencionó, pues no tenía por qué ocultar algo que quizá ya le habían comunicado sus escuchas al general, que la señora Norma había hablado con él largamente por teléfono la noche anterior.

–En suma, le pide que sea tan amable de permitirle unas palabras . . .

Galvarino Montes arrugó en eso la nariz. Para tener el alivio de un estornudo. Al no conseguirlo gimió, arrasados los ojos; un brillo acuoso en el labio superior. Gangueaba al decir:

–A propósito . . . Ve a buscarla, Gómez, y del modo que mejor te parezca, quítamela de encima . . . No quiero saber más de ella . . . Llévale un dinero, aconséjale, como cosa tuya, Gómez, que no se exponga a un susto tratando de verme . . . Dame eso . . .

Señaló al maletín de cuero, parecido a uno de médico, que estaba sobre la silla entre prendas de ropa, periódicos y una fornitura. Gómez-Anda miró, en el muro, una fotografía: el general Montes, vistiendo uniforme de gala, posaba con su esposa, una morena robusta vestida de novia, la mañana de su boda.

–Sí, señor . . . –dijo, un súbito temblor en las piernas. Increíble le parecía la forma en que Montes, estaba concediéndole a Norma Alhelí la libertad que le hubiera negado de habérsela pedido ella.

En el maletín, que el general abrió ante él, había una



pistola reglamentaria y varios haces de billetes de banco, nuevos, limpios. Rompió la fajilla de uno de los de mil pesos. Cuando consideró que bajo su pulgar había pasado una buena parte de ellos, miró a Gómez-Anda:

–Esto, para ella . . . Y dile que le fue bien . . .

–Sí, señor . . .

Gómez-Anda guardó el dinero en la bolsa interior de su saco negro. Ruidosamente, dos veces estornudó el general Montes, sentado en la cama, sin afeitar y quejumbroso, y luego se sonó con los dedos a la manera del cuartel.

–Ah, qué mal estoy, Gómez . . .

Discreto, el secretario particular fingió que no veía al general limpiarse la mano entre los pliegues de la frazada verdeoliva.

–¿Le pido recibo a la señora Norma?

–¿Para qué, Gómez? Dáselo y que se muera . . .

POR LAS NOCHES, al fin de la función, Gómez-Anda la aguardaba en la *Puerta de Artistas* del Palacio de las Bellas Artes. Armandina, ya no más Norma Alhelí, era sólo una voz en el coro numeroso, pero no perdía la esperanza de llegar, con mucho estudio y una poca de suerte, a ser estrella de la Ópera. "Lo importante es que ya estoy adentro, don Aurelio, sin ayuda de nadie, sin deberle nada a nadie". "Así es, Armandina. Sin deberle nada a nadie". Invariablemente iban a cenar lo único que a ella se permitía para mantenerse en peso: un té de Ceylán y una ensalada de lechuga que no engordaba y le aseguraba el sueño. Por las mañanas, pagándolo con el dinero de Montes, que rechazó en principio y que terminó aceptando por consejo de Gómez-Anda, se proporcionaba un lujo, como lo llamaba: dos horas diarias de vocalización con el maestro Velardi, que en sus días mozos había can-

tado, decía, en La Scala. Quizá nunca lo hizo, pero justificaba con esa fama el importe de sus honorarios. Esa ca madrugada rompieron la rutina.

–Quiero que me lleve, don Aurelio, a comer pan de chinos.

Buscaron un café. Mientras cruzaban un jardín para alcanzar el que habían visto en la acera norte, él le tomó la mano. Nunca antes lo había hecho y, uno y otra sorprendidos, dejaron de caminar. Ella recordó lo que dos tardes antes le había dicho la mujer que leía las cartas los miércoles, en la casa de pensión. Recordó sus palabras y lo que auguraban. Desde su inmovilidad, el bronce académico de un Neptuno parecía mirarlos.

–Armandina . . . –dijo él, en voz muy baja, como si estuviera a solas; tan suavemente como la nombraba al evocarla.

–¿Sí?

–¿Desearía casarse conmigo?

Ella no escuchó lo que él añadió después. Entendió que "el hombre bueno que era un buen hombre" al que había aludido la cartomanciana, era Gómez-Anda. Los dedos de sus manos aún enlazados, más alta que él, de pronto confusa, preguntó a su vez:

–Usted, don Aurelio, ¿quiere casarse conmigo . . .?

Con intención que ella comprendió, dijo él:

–Sí . . . Con Armandina, sí . . . Poco puedo ofrecerle, pero ese poco será suyo, legítimo, sin condiciones . . . Usted dirá.

–Gracias, don Aurelio . . .

–Si desea seguir cantando, no me opondría . . . Sólo quiero, Armandina, y tenga siempre eso en su mente, hacerla feliz . . .

Ella se emocionó mucho y le besó la frente. A cambio, Aurelio Gómez-Anda le buscó la mano y le dejó en la palma el roce de sus labios secos y temblorosos.



Nueve días más tarde ocuparon el departamento que él había alquilado para ambos. Como todos los años, en el mes de octubre la Compañía Nacional de Ópera inició su gira por las provincias. Armandina prefirió renunciar a su puesto en el coro. Más importante le parecía seguir cerca de un hombre modesto, algo gris y tímido, generoso y amable, al que respetaba y, lo admitió al tomar sin remordimiento la decisión de cancelar su carrera de artista, empezaba a amar.

–Por eso, mi señor, prefiero quedarme . . . Usted me hace más falta que mi carrera, que lo que llama 'mi futuro . . .'

Se inclinó él, y como si fuera la de su madre, le besó la mano:

–Gracias, Doña . . .

ERA EL PRIMER día. Sobre el pecho orgulloso, como escudo invulnerable, el símbolo de su poder. Aún conservaba en los oídos el eco de las ovaciones en el Congreso, los gritos de la multitud lanzando vivas a su paso; las veintiún estampidas del cañón que en la Plaza Mayor celebraron su llegada al Palacio Nacional. Sin haberse detenido siquiera un minuto en el que sería su despacho los diez años por venir, el presidente Gómez-Anda recibía los parabienes en la ceremonia de salutación oficial, "el besamanos", con la que se iniciaban en el Salón de Embajadores, sus tareas como Jefe del Gobierno.

–Mucho gusto . . . Gracias por venir . . . –iba repitiendo mecánicamente, una sonrisa fija en el rostro, al recibir y al despedir al diplomático, al funcionario, al político, al hombre o la mujer particulares que de algún modo habían alcanzado a llegar hasta él.

Pocos, algunos amigos o conocidos, permanecían más de diez o quince segundos con él. Esos pocos se atrevían

a establecer un breve diálogo, a solicitar "en cuanto y sobre un minutito libre" una audiencia, o a recordarle "Estuvimos con usted desde el principio, señor. No se olvide de nosotros". Aunque ya cientos de personajes, algunos de relevante importancia, habían entregado su mano y sus palabras a don Aurelio, ninguno se había atrevido, como ese hombre de gran voz y robusto cuerpo, a tenderle los brazos y a tutearlo en la forma en que lo hizo para que los presentes advirtieran qué tan amigos eran el Primer Mandatario y el general Galvarino Montes, poderosísimo contratista de obras públicas.

Rígido el brazo derecho, Gómez-Anda no permitió que Montes lo envolviera. El Jefe del Ceremonial, que se encargaba de presentar a las personas, lo escuchó decir, no "Mucho gusto", o "Gracias por venir", como a todos, sino muy secamente, como a nadie:

–Buenas tardes, general . . .

–Felicidades, Aurelio . . . No pude acompañarte durante la campaña porque estuve enfermo un tiempo, pero aquí me tienes ahora a tus órdenes . . .

–Hmmm . . . –El Presidente, desagradable el gesto, se desinteresaba. Lo veían mirar, sin esconder su impaciencia, hacia la fila cuyo avance estaba impidiendo Galvarino Montes.

–Tenemos qué hablar pronto, Aurelio . . .

–Lo mandaré llamar, general.

–Iré a buscarte un día de estos a Los Arcos. Hay papeles que debes conocer . . .

–Hmmm . . .

–Saludos a Normita . . .

El Presidente de la República lo apartó y la fila que se extendía sinuosa a lo largo de docenas de salones en Palacio; que bajaba por la escalera monumental; que cruzaba los dos patios y que se perdía entre los cientos de miles que le daban cuerpo a la multitud aglomerada en la



Plaza Mayor, se puso nuevamente en marcha dejando tras de sí, al avanzar, el opaco rumor de sus pies arrastrándose.

AL QUE LLAMÓ, temprano al día siguiente, no fue el general Galvarino Montes sino a un hombre bajito como él mismo, contador público, en quien don Tito Livio Gómez de Lara confiaba tanto que lo hizo designar Contralor de la Constructora Gal-Mont de la que era, y no le importaba mayormente que se dijese, socio principalísimo y activo protector. Menos de un minuto lo hizo guardar en la antesala. Lo que iba a decirle no ameritaba entretenerse en preámbulos corteses y sería tan breve que tampoco tenía caso que lo invitara a sentarse. Escritorio de por medio, huraño casi, Gómez-Anda habló:

–Tengo entendido que en la Constructora Gal-Mont se lleva doble contabilidad . . . La real, y la que examina el Ministerio de Finanzas. ¿Va a negarlo?

Aturdido, como si temiera ser castigado por insistir en una práctica tan favorecida por los dueños de las empresas, el contador público titulado Mario Menchaca repuso:

–No podría, señor Presidente . . . Es la costumbre tener libros, cuentas, duplicados . . . Pero uno, como simple colaborador de la Compañía, se ve obligado a . . .

Le ordenó callar Gómez-Anda con el autoritario movimiento de sus dos manos:

–Lo sé, y no lo culpo . . . Quiero, señor Menchaca, tener una copia de esas dos contabilidades con números al día . . . Entenderá usted que podría ordenar, oficialmente, la incautación de tales documentos, pero no se trata de eso . . . El Presidente Gómez-Anda sabrá corresponder como es debido al servicio que le hará su amigo, don Mario . . . ¿En cuánto tiempo calcula reunir los pape-

les que me interesan?

–En una semana a lo más, señor Presidente.

–Lo espero aquí, pues, en una semana. ¿Sí? –Lo llevó a la puerta, ahora amable, casi zalamero. Él mismo, "con su mano de pájaro", pensó el contador, hizo bajar el labrado picaporte de bronce. –No me falle amigo Menchaca, y total discreción . . .

Menchaca se encontraba en un predicamento. Aunque modesto, y con limitado acceso directo a él, era un colaborador de don Tito Livio Gómez de Lara: el que vigilaba que se hiciera buen uso de sus cuantiosos intereses en la Constructora. Lo que el sobrino don Aurelio le pedía hacer, chocaba con ciertos principios morales que había observado siempre escrupulosamente. ¿Cómo traicionar a don Tito Livio, al que tantos favores debía, entregando a Gómez-Anda papeles comprometedores que podían ser usados para perjudicarlo? Pasó la noche en claro, agobiado igual por la duda que por el temor. "¿Y si es una trampa que El Señor me tiende para probar qué tan leal le soy ahora al que se fue? Al entregarle copia de los Libros, ¿no quedaré a sus ojos como un judas? Por otra parte, si informo a don Tito lo que don Aurelio quiere y a causa de mi indiscreción se arma un problema entre ellos dos, ¿cómo voy a quedar yo?" Debía decidirse. "Como dicen por ahí, con cinismo pero con visión: al lado del Presidente, hasta la ignominia . . . A *Él* hay que servirlo en los términos que exige. Decirle lo que quiere que se le diga. Hacer lo que ordena . . . Si lo dejamos satisfecho puede uno esperar el premio de su amistad . . . y bastante más".

EL MISMO DÍA, Gómez-Anda celebró acuerdo con los Ministros de Finanzas, Construcciones Federales y del Interior. A Hermenegildo Labrador le dijo:



–En base a la documentación que le di, proceda contra la Constructora Gal-Mont. Hay que empezar a sanear eso . . .

–Don Tito Livio me ha preguntado si es verdad, como se rumora, que . . .

–Si insiste en preguntar más, manéjelo como crea . . .

–Es difícil evitar que no salga involucrado . . .

–Por respeto, dejémoslo fuera. A los demás, ¡sean quienes sean . . .! –y con el pulgar extendido señaló al piso.

Andrómaco Bátis, Ministro de Construcciones Federales, constructor también y contratista que llevaba años trabajando para el Gobierno, escuchó, ya más tranquilo, la concisa instrucción que le daba el Presidente:

–A Constructora Gal-Mont, ni un clavo . . . Esa compañía ha dejado de figurar en la lista de las aprobadas por el Gobierno Federal . . . Suspenda las obras que tenga en proceso, y que otras empresas las concluyan . . . Suspenda los pagos hasta que la situación de Montes y socios sea clarificada por los auditores de Finanzas . . .

Andrómaco Bátis había llegado al acuerdo intranquilo de temores. Sus informantes le habían hecho saber que el general Galvarino Montes, antiguo jefe y viejo amigo de Gómez-Anda, se ufanaba de tener ya al sobrino Gómez-Anda, como tuvo al tío Tito Livio, en su nómina de socios y que los mejores, los más abundantes contratos que daría la nueva Administración, le serían adjudicados a Gal-Mont. ¿Para confirmar esos alardes de influencia lo habría llamado con tal apremio El Señor? Se iba aclarado y feliz. Con el general Montes fuera de competencia, "muerto, como si dijéramos, pues, ¿qué contratista vive si *de-muy-arriba* te ordenan no darle ni un clavo?", y sin haber recibido consigna de favorecer a determinada persona, "ni aun al Grupo Olid", ¿quién si no él, y su propia constructora resultarían beneficiados?

Con el Ministro del Interior, el Presidente Gómez-Anda fue menos específico:

–De veinte años a la fecha quiero información sobre él, Marco Tulio... Lo que hizo antes no me importa ni lo necesitamos.

Frío y lejano, como si estuviera pensando siempre en otra cosa, en distantes infamias, en crímenes de otro tiempo (¿puede algún día apagarse la memoria de un Ministro del Interior?), comentó Cimarrosa:

–Lo más agitado de la vida del general Montes, ocurrió antes, señor Presidente... Si buscáramos un tiempo más atrás...

Ahora temeroso, y quizá arrepentido de estar hablando de eso con Marco Tulio Cimarrosa, lo interrumpió:

–Sólo me interesan sus últimos veinte años... Específicamente, sus actividades políticas en ese lapso... Tengo entendido que en ciertas épocas, Montes ha subvencionado grupos de presión, bandas de extremistas, y que llegó incluso a pensar en una cuartelada...

–Así es, señor...

–Habrá que apretarle, Marco Tulio...

Acostumbrado a recibir órdenes y a nunca pedir explicaciones a las del Presidente, el Ministro Cimarrosa recogió las de don Aurelio y se guardó las suyas. "Tantísimos años han pasado desde *aquello*, y todavía ni lo olvida ni se lo perdona", pensó, ambiguo aun para sí mismo.

Ya para retirarse a Los Arcos por la noche (en esas las primeras semanas de su gobierno, don Aurelio creía que un Presidente de la República lo es más, a los ojos del país, si despacha en Palacio) aleccionó a Marcelo Septién, su secretario particular:

–No vamos a recibir nunca, nunca, ni aquí ni en ninguna parte, al general Galvarino Montes, o a personas que él nos envíe, o que vengan a tratar asuntos relacionados con él o sus negocios... Nada queremos saber de ese individuo que no es de nuestra simpatía, ¿eh?



CUANDO EL ÚLTIMO de sus contratos con el Gobierno Federal le fue anulado en los cuatro primeros meses de la Administración Gómez-Anda, y castigada su Constructora con varias severas multas, después que le fueron suspendidos los pagos por trabajos ya realizados y de que docenas de auditores del Ministerio de Finanzas invadieron sus oficinas para revisar libros, desenterrar secretas contabilidades y exigir aclaraciones que no estaba en su mano darles porque se perjudicaría gravemente y dañaría a terceros; seguro de que se le espiaba noche y día por órdenes de algún enconado enemigo tan poderoso que usaba elementos de la Seguridad del Estado para vigilar sus pasos y sus palabras; confirmado, por confidencias de los amigos que tenía en "los altos círculos", su temor de que existía el propósito de arruinarlo; molesto porque don Tito Livio se rehusaba a interceder por él ante los Ministros que tanto lo hostilizaban, Galvarino Montes quiso forzar una entrevista con el único capaz de suspender el acoso y ayudarlo a salir de sus apuros. Los telegramas que envió a Palacio o a Los Arcos no merecieron respuesta. Tampoco, los que dirigió a La Primera Dama. Por último, recurrió a un ardid que en política a veces resultaba ser eficaz: publicar, en una plana de cada diario de la capital, una súplica de audiencia. Los Directores solicitaron el Visto Bueno del Presidente. ¿Debían imprimirla o rechazarla? Asombro de todos, don Aurelio aprobó que se le diera curso.

–Que gaste su plata, pues tiene mucha...

–¿Por qué no lo recibes, Aurelio, y ...?

–Hay cosas, Fermín... Ciertas cosas...

Tampoco hubo respuesta para esos ruegos. Los

acreedores de Montes, que eran muchos, se negaban a renegociar con él y exigían el pago de los millones que les adeudaba. En el mercado interno de capitales, cundió el rumor de que Galvarino Montes y su Constructora se declararían de una hora a otra en quiebra. En las pocas obras que aún tenía el general en proceso de construcción, los peones desplegaron las banderas de la huelga. Roberto Saldaña, y otros columnistas políticos, contribuían con sus revelaciones al descrédito de un "ameritado revolucionario (?) que por ambición ha llegado a convertirse en un capitalista de la peor especie; en un explotador de los trabajadores; en una vergüenza tanto para el Instituto Armado del que fue divisionario, como para la Sociedad Nacional de Constructores a las que pertenece como vice-Presidente", como escribía en *Víspera*, matutino de la izquierda antigobiernista, Mizael Pachorro.

Una noche, la esposa de Galvarino Montes abordó a las puertas del Palacio de las Bellas Artes, al que llegaba para asistir a un concierto de música de cámara, a la Primera Dama de la República.

–Recurro a usted, señora, buscando su ayuda... Mi esposo, el general Montes, está muy enfermo, muy postrado por toda esta persecución en su contra... Hablar con el señor Presidente, de quien es tan amigo, le permitiría explicarse... Hago esto, señora, porque sé que usted me comprenderá. ¿Que no haría una por el hombre con el que ha pasado toda la vida? Un hombre como el general que ha sido siempre honrado y bueno, que jamás le ha hecho daño a nadie... Que

Armandina de Gómez-Anda, esplendorosa en su traje ceremonial de princesa Laikipú, se protegió el cuello con un tápalo de lana ligera color fuscia tejido para ella por las indígenas artesanas de Salamanca. Hacía algo de frío y temía enronquecer. El ayudante militar mante-



nía abierta la portezuela del automóvil. Los hombres de la seguridad cuidaban la suya haciendo retroceder a los curiosos agrupados en la acera y en el arroyo. Dijo, sin color en la voz:

–Quisiera poder intervenir, pero no puedo, señora... Si su esposo necesita hablar con El Señor Presidente, yo le recomendaría que solicitara audiencia por los canales adecuados... Ahora, si me permite...

ESA MAÑANA, entre los informes que le remitía el Ministerio del Interior, recibió el Presidente Gómez-Anda el original de la "Nueva Carta a la Opinión Pública" que el general Galvarino Montes Scott había escrito antes de dispararse un balazo de .45 en el paladar. Alzando la página por los bordes como si le asqueara tocarla, don Aurelio la leyó, vigilado por los ojos inquisitivos de Cimarrosa. En alguna parte se le mencionaba: "...con su acoso, con su maldad y su soberbia, este bicho rencoroso e ingrato que es Aurelio Gómez-Anda, me ha empujado a tomar la decisión extrema; la última posible para un soldado, para un hombre de honor. Único responsable de mi muerte, ¡él!". La devolvió a Marco Tulio. ¿Para qué ordenar que la destruyera si ya seguramente tendría copia de ella en su nutrido archivo particular?

–Intégrela al expediente de Montes...

–Sí, señor...

–Habrá que preparar un boletín explicando las razones por las cuales el general se vio obligado a quitarse la vida, ¿eh?

–Ésta podría ser la razón, señor... –y le entregó otro pliego, con el sello oficial de la Procuraduría.

Leyó de prisa Gómez-Anda los párrafos espesamente escritos a máquina. Se trataba del resultado de la autopsia que en el Servicio Médico Legal le había sido practi-

cada a un individuo, de sexo masculino, de 94 kilogra-mos de peso, y 1.89 mts. de estatura, que en vida res-pondió al nombre de . . . Al llegar a la línea subrayada, la de mayor importancia en el documento, don Aurelio re-trocedió un par de renglones para entender, sin dejar espacio a la duda, lo que ahí había sido anotado.

–¿Cáncer? ¿Eso tenía . . .? –La luz temprana brilló blanqueándolos todos, en los quevedos de don Aurelio.

–Muy avanzado ya, se me ha dicho . . . En opinión de los médicos le quedaban al general unas pocas semanas de vida . . .

Suspiró don Aurelio, dejando los lentes sobre la mesa. No sentía pesar por que hubiese muerto Galvarino Montes. Tampoco sentía responsabilidad moral por su suicidio. "Estaba enfermo. Por eso se mató. Lo otro, la supuesta persecución, fue su pretexto". Se hizo una pre-gunta: "¿Con él, morirá el recuerdo de *aquello?*" Dijo:

–Es una buena razón, su enfermedad . . . Publícitela Marco Tulio . . . El suicidio le ahorró muchos sufrimien-tos al final de su vida . . . Habrá que enviarle a la viuda y a la familia, un mensaje personal de condolencia . . . ¿Quisiera representarme en la guardia de la capilla ar-diente y, después, en el funeral . . .?

–Con gusto, señor Presidente . . .)

POR UN MOMENTO estuvo decidido a romper la vieja foto-grafía, pero no lo hizo. "Que un hombre se mate perse-guido por uno, ¿basta para que con él muera el rencor que uno le tiene?" La colocó sobre los otros papeles y cerró la carpeta señalada DOCUMENTOS CASA BECERRA. Más adelante, cuando estuviese de humor para ocupar en ello el tiempo, continuaría examinando el resto de lo que contenía. "Primero habrá que arreglar eso de los pagos a la Mutualidad . . ."



# 7

HABÍA HOJEADO, con mucho de cólera, los cuatro vesper-tinos, y todos destinaban el espacio que no invadían los repetidos mensajes de felicitación al nuevo gobierno, a transcribir los párrafos más virulentos del agresivo dis-curso con que Ávila Puig fustigó desde la tribuna del Congreso, sin nombrarlo nunca como El-Primero-de-Todos, pero sí reiteradamente señalándolo con su índi-cee acusador, a los responsables "del bandidaje adminis-trativo", de "la corrupción moral" y de "la espantosa bancarrota económica" que agobiaban a la República. En-tre tantas que lo hirieron, una frase caló en Gómez-Anda: "Visto como están las cosas, quiero que todos se-pan que en los cinco años que nos aguardan seré, más que Presidente, el síndico de ésta quiebra que es el país que se me entrega" –y su puño iba golpeando el atril de los micrófonos para que sus palabras tuvieran más énfasis y no fueran ahogadas por los aplausos que ya subían.

–¡Puáh! Canalla . . . –"y si tanto dañé al país, ¿por qué no admites que tú también, durante la mitad de esos diez años calamitosos que hoy describes, hiciste lo tuyo para ayudarme a joderlo? Cuando cometía los errores por los que hoy me recriminas, ¿por qué no tuviste el valor de alzarte en el Consejo de Ministros y decirme: 'Señor Presidente, está usted equivocado. Por favor no cometa más pendejadas'? ¿Por qué, don Víctor, te metiste como todos los otros la lengua en el culo y te cuidaste de usarla

si yo ordenaba, proponía o ejecutaba un desacierto? ¿Te oí decir alguna vez que renunciabas a tu cargo en el Gabinete para no seguir siendo cómplice de mis estupideces, solapador de mis abusos de poder, aval de mis ladronerías? ¿Acaso tu palabra contradijo, siquiera una ocasión, a la mía? Si yo, como hoy gritas, fui El Mayor de los Rufianes, el protector de parientes y queridas, el socio de fulleros y gestores, ¿por qué durante tu campaña electoral declaraste tantas veces que aspirabas a ser un digno sucesor mío en la Presidencia? ¿Imitador de mis atropellos y crímenes, de los actos infames que me atribuyes y que comprenden desde el fraude electoral, del que tú podrías ser muestra hasta el relajamiento de autoridad que ha resentido la República en mi década?"

Puso los ojos, que no se ayudaban ya con los lentes, sobre los titulares principales:

FIN A LA CORRUPCIÓN
*(La Noche)*

LOS LADRONES, FUERA DEL GOBIERNO,
PROMETE EL PRESIDENTE ÁVILA PUIG
*(Noticias)*

LA HONRADEZ
HA LLEGADO
YA A PALACIO
*(Verdad)*

CÁRCEL A LOS CULPABLES DEL DESASTRE,
ANUNCIA EL NUEVO MANDATARIO
*"Se castigará a los responsables de los crímenes contra la economía, no importa que tan influyentes sean".*
*(El Mercurio)*



Algo semejante, aunque en tono muy mesurado, publicó la Prensa Nacional el mismo día de diez años atrás en que él asumió la Presidencia en una escueta ceremonia en la que no hubo clamoreos ni tampoco recriminaciones. "Eran otros tiempos, señor, y sobre todo Otros Hombres". Como si compartieran la misma voz, los diarios de entonces señalaron que con Aurelio Gómez-Anda se iniciaba un lustro "de claridad para el país" y que era de esperarse que su Gobierno, "gracias a la innegable capacidad personal como administrador de quien está ahora al frente de la Administración", realizará en unos pocos meses "el milagro de poner en auge nuestras finanzas aumentando la producción de alimentos y materias básicas, reestructurando la economía", maltrechas por la incompetencia "de algunos malos colaboradores del Mandatario que se va" y "sobre todo, el de rescatar para el Régimen la confianza que el pueblo ha retirado a sus gobernantes". Recordaba, como si fueran dichas en su honor esa mañana, frases aisladas. "Con Gómez-Anda, paradigma de honradez, todo cambiará para bien". "Luego de escuchar su enjundioso mensaje, podemos augurar que en el ayer quedan las jornadas oscuras pues un optimista mañana se anuncia". "Confiemos: empieza El Nuevo Futuro a partir de hoy".

Dejó en desorden los periódicos. Resopló: "¿Cuántos de mis retratos seguirán adornando mañana las oficinas públicas del país? Días, semanas, ¿cuántos transcurrirán antes que *ese* Señor ordene al Banco Central retirar del circulante los billetes de cincuenta pesos y las monedas de plata de veinte en las que aparezco?"

A LA CEREMONIA en la Cámara, con la que don Aurelio iniciaba su segundo periodo como Presidente Constitucional siguieron, para el pueblo, la diversión de los es-

pectáculos gratuitos en la plaza de toros, en el estadio de futbol, en el parque de pelota, en el hipódromo, en los teatros y los cines; y para los dignatarios extranjeros invitados a los actos oficiales, los miembros del Cuerpo Diplomático, los comandantes militares, los gobernadores, los nuevos ministros y sus familias y los amigos de la Primera Pareja, unos cuatro mil en total, sin contar periodistas, locutores, fotógrafos y guardias de seguridad –una parrillada en los jardines extensísimos de Los Arcos. Músicas traídas de todas las provincias, y bailarines folklóricos de las siete regiones, aportaban sonido, color y movimiento; y estímulo al apetito, el aspecto y la fragancia de las viandas dispuestas en mesas sin fin cubiertas con manteles de papel-de-china. Alguien, se dice que fue el senador mexicano Atzayácatl Baldemar, preguntó a qué hora servían el coñac, el whisky o ese licor nacional, *mez-quil,* del que tanto le habían hablado, y se le informó que en la Residencia Presidencial nadie estaba autorizado, desde hacía ya un lustro, a ingerir bebidas alcohólicas, fuesen amables como la cerveza o poderosas como el ron o la ginebra. Continuaban, aprendería el legislador llegado de tan lejos, los que, en un comentario sarcástico que irritó a don Aurelio y más a su esposa Armandina, definió el industrial del periodismo Augusto Mayo del Cid, como "los años hipócritas de los jugos de frutas y el agua mineral".

En torno al Presidente, fuerte y rejuvenecido como nunca antes se le había visto, formaban corro, que era renovado cada diez minutos para dar oportunidad a que todos conversaran con él, quienes por muy especial deferencia de los Gómez-Anda gozaban del derecho de encontrarse allí. Felices, los que ya tenían *algo:* empleo en los Ministerios, embajada o consulado *de primera,* o cargo en el Partido o puesto de responsabilidad en la banca oficial o en las innumerables empresas del Estado. In-



quietos, los que para esa segunda etapa del régimen sólo contaban con esperanzas o imprecisas promesas. Desazonados, viéndose en situación de miseria, los que no sabían cómo, o no se atrevían a, decirle a El Hombre que de su generoso amparo dependía el futuro de su vida. Él, que había sido servidor público todos sus años, comprendería lo catastrófico que resultaba para quien lo es por convicción y afición, quedarse *fuera* de la nómina gubernamental. A unos y a otros, ya medidos, pesados, valuados o devaluados, les concedía don Aurelio palmaditas y sonrisas, guiños de inteligencia y murmullos confidenciales: "Ya veremos". "Téngame paciencia". "Cuando encuentre algo digno de usted, lo llamaré", "Mis amigos, mi gente, conmigo", "Déme un tiempecito y…" –de un grupo pasaba a otro, ya formado, ansioso, esperándolo; diez, quince personas, con las palabras listas y dispuesta la alegría para recibirlo, hacerlo suyo y comentar lo solemne que había sido la ceremonia en la Cámara y lo linda que estaba resultando la parrillada, lo hermosa que lucía la tarde y lo tranquila que seguía sintiéndose la República porque él había accedido a dirigirla cinco años más, y así hasta que, con el anuncio de un tímido carraspeo, alguien osaba plantear su ruego indeciso: "Si me permite, señor, yo quisiera que usted supiera, que yo, bueno, no sé cómo…"

Algunos, como don Isabel Rosales, *El Chabelo Viejo,* y sus hijos Refugio, Chema, Lupito y Tacho, altos y silenciosos, arrancherados y hoscos, que habían enviado las carnes y el carbón de encino que alimentaba los asadores; los dulces hechos por las monjas y las frutas de sus huertos, iban a consolidar a la vista de todos, como lo hacían cada año en el aniversario de esa fecha, con el cariñoso abrazo que les devolvía El-Señor-Presidente, la influencia política de que disfrutaban desde hacía décadas en Santa Clara, la provincia del reseco norte-centro

del país que dirigían como si fuera una hacienda propia.

*El Chabelo Viejo,* al que se atribuían matanzas antiguas y atrocidades recientes, era amigo de don Aurelio desde los días de la Cristiada: amistad la suya que no menguó nunca, aunque dejaron de verse mucho tiempo, y que revivió cuando el Partido Unificador Revolucionario, con un aviso que a todos tomó por sorpresa, y especialmente a los políticos, hizo saber al país que sería su candidato a la Presidencia no otro que el Ministro de la Propiedad Nacional, el hombre que esa tarde, en compañía de tantos amigos e invitados, iniciaba un nuevo lustro de gobierno.

–¿Cuándo nos hará don Aurelio el honor de visitarnos en Santa Clara?

–Pronto, señor gobernador. Pronto.

Compartió con Fermín Palermo su otro brazo el señor Rosales, que era tan corpulento como él y aficionado a los mismos pasatiempos: las mujeres, el trago, los caballos. Para no estorbar a *los viejos,* los cuatro *Chabelos chicos* recularon unos pasos. También, los guardias que los acompañaban desde *la tierra.*

–Lleve con usted, señor, a don Fermín . . .

–Fermín, mírelo, está muy gordo; se ha vuelto flojo y más vaina . . .

Con ellos se reunió, morena y hermosa en su traje de encaje blanco bordado para tal ocasión por las mujeres de la Costa, La Primera Dama. Llevaba en las manos, a manera de ofrenda, un plato de la apreciada cerámica de Jácome y en él, multicolores y apetecibles, unas golosinas de coco y leche quemada, con pasas y almendras. En labios de don Aurelio dejó, coqueta, un confite de piñón, y pidió a los *Chabelos* y a Fermín que se sirvieran.

–La carne que nos mandó, ¡hmmm!, maravillosa, don Isabel . . . –dijo.

–Aguarde a que en marzo le llegue, comadre, la que le estamos engordando . . .



Un nuevo grupo, cada minuto más ansioso, esperaba turno. Poco a poco, tal vez sin proponérselo, había ido acercándose y se encontraba, de hecho, reunido ya con Gómez-Anda, Armandina, Fermín y los Rosales.

–Sería bueno, don Isabel, que dejáramos a los señores saludar al Presidente . . .

–Sí, sí . . .

Fermín Palermo apartó de sus hijos, aunque no de sus guardaespaldas que lo cubrieron inmediatamente, al gobernador de Santa Clara:

–Quiero hablar con usted, don Chabelo . . . Adentro; usted y yo solos . . .

Iban, en grupo, zigzagueando entre invitados y meseros, perros dálmata y policías de seguridad, rumbo a la residencia privada del Presidente de la República. Al llegar a la ancha escalera de diez peldaños, donde acostumbraba posar Gómez-Anda cuando se tomaban fotografías de las comisiones a las que recibía en su despacho de la planta baja, don Isabel Rosales pronunció:

–Quédense . . .

Nadie los siguió. Hijos y protectores obedecieron; de pronto, diríase, huérfanos, desamparados; inquietos también:

–Se trata de algo serio, don Chabelo . . .

Cruzaron el vestíbulo. Remontaron la escalera monumental. Siguieron por varios pasillos. ¿Quién abría las puertas que se veían obligados a trasponer?, ¿en qué penumbras vigilaban su marcha los encargados de amparar a los habitantes de la mansión, decorada como si fuera la Casa Grande, La Casa-del-Amo, de una de esas enormes haciendas que tanto codiciaban aún, lustros después de consumada "la gesta revolucionaria", los campesinos sin tierra?

–Usted dirá, don Fermín.

En una puerta negra, quizá de hierro, terminaba el corredor. Alguna vez, recordó Isabel Rosales, había estado allí. Enfermo de gripa, el Señor Presidente de entonces lo había recibido en su alcoba. Las paredes no eran como ahora blancas, ni tampoco había vigas simuladas en los techos. Había, sí, cuadros de paisajes y en un ángulo un pedestal con el busto en mármol de un calvo narigudo. Eso recordó.

–Ahí duerme El Señor . . . –dijo Palermo, como si estuviese confirmando sus recuerdos, cuando pasaban frente a la puerta inmediatamente anterior a la pintada de negro.

–Oh . . .

Palermo golpeó con el grueso anillo del meñique izquierdo, y la puerta se abrió instantáneamente. Entraron. Nadie estaba ahí para recibirlos. *El Chabelo Viejo* recogió un olor desacostumbrado para él: a sustancias químicas, a máquinas agazapadas en la tiniebla.

–Por acá, don Isabel.

Palermo, que parecía conocer bien el lugar, que no tropezaba con los que parecían ser muebles, y que quizá no lo fueran, lo condujo a través de ese, amplio y tibio, a un aposento más reducido, y fresco. Le indicó que ocupara la butaca que el gobernador de Santa Clara buscaba a tientas, detrás y debajo de él.

Alguien, que había estado siempre observándolos en la oscuridad, se movió, saliendo de una sombra para meterse en otra, cuando Fermín Palermo dijo:

–¿Listos, ingeniero . . .?

–Listos, señor . . .

Se acostumbraban los ojos de Isabel Rosales a esa penumbra. Lo primero que vio fue la elevada silla de peluquero. Después, semejantes a luciérnagas, dispersos y tenues, los puntitos de luz. Escuchó un *click* y luego:

–Los dejo ahora, don Fermín . . .



–Gracias, ingeniero.

Trinidad Apodaca, director del SEI, se desvaneció en el silencio de esa tiniebla que para comodidad de don Aurelio era su Cuarto de Radio. "El que tiene la información tiene el poder", pensaba Gómez-Anda y procuraba saber, *antes*, siempre un poco más que *los otros*.

La máquina que había puesto en marcha sus exactos mecanismos empezó a producir una voz –la de un hombre que al hablar se expresaba con el mismo acento, un poco cantado, de don Isabel; la voz joven, juguetona, de alguien que él trajo de Santa Clara, un par de años antes, para dejarlo al servicio de su amigo don Aurelio.

–¿Mi sobrino Rosalío?

–Sí . . . ¿Comprende ahora, don Chabelo, por que sólo usted y yo debíamos oír esto . . .?

Durante unos diez minutos, *El Chabelo Viejo* estuvo escuchando los comentarios irrespetuosos, los sucios juegos de palabras, las insinuaciones con las que el teniente de caballería Rosalío Peraza Rosales, hijo de su primo hermano, el coronel Saturnino Peraza Angulo (q.e.p.d), ofendía tanto al señor Gómez-Anda, cuya menguada virilidad le proporcionaba material para la burla, como a su esposa. Grabadas en fechas y lugares diversos, frases como: " . . .y pues don Aurelio ya no puede con ella en la cama, La Señora anda tras de mi como perra", o " . . .claro que él lo sabe, pero ¿qué puede decir? Siempre la ha dejado hacer su voluntad, en esto y en todo", y " . . .¿dinero? Además de eso, a La Doña voy a sacarle mis ascensos. Pronto, ya me verás de coronel", aparecían en la cinta entre otras en las que demandaba regalos a cambio de servicios: conseguir audiencias, los más repetidos; o contratos, los más productivos; o . . .

–¿Para qué seguir oyendo más a ese muchacho, malagradecido cabrón?

Cesó de funcionar la máquina y de hacer el recuento de sus jactancias la voz del teniente Rosalío Peraza. Don Isabel sentía alivio de estar a oscuras. Después de oír *es* ¿podría ofrecerle a Fermín Palermo, sin padecer vergüenza, su mirada, su rostro?

–Habrá que hacer algo, don Isabel.

–Naturalmente que sí.

Rosales percibió un ruidito discreto tras de sí, como si alguien, con pasos de sombra, hubiera entrado. Escuchó después, en el tono con que se habla en el confesionario, la voz de Fermín:

–Terminamos ya, ingeniero.

Esa materia oscura y sin rostro que era Trinidad Apodaca operó la máquina nuevamente; desactivó sus sensibles *cabezas* magnéticas; recuperó el rollo de cinta. Lo colocó en una caja y entregó ésta, como dos que a tientas se entienden en su ceguera, a Palermo.

–¿Quiere oír algo más, señor?

–Es todo, gracias. ¿Nos vamos, don Isabel?

Rosales se despidió de la oscuridad. Si la oscuridad agradeció su "Gracias, señor", él no lo supo. Iba aturdido. También, temeroso. La imprudencia de su estúpido sobrino podría revertir sobre él; culpable de haberlo recomendado para servir a La Señora, convertirlo en víctima de la violenta venganza presidencial. "Muchachito pendejo . . . Si deveras las hizo uno, de esas cosas no se habla; no se cuentan y menos por teléfono". Volvían al jardín. Palermo, con la caja en un bolsillo. El gobernador de Santa Clara, mordiéndose las guías del bigote blanco, pensativo.

–¿Sabe El Señor . . . esto?

–Si lo supiera, el teniente ya estaría en otra parte.

–Y con razón . . .

–Habrá que llevárselo de aquí sin ruido, don Isabel.

Pensativo, asintió *El Chabela* Rosales.



LOS POCOS que habían sido invitados a quedarse, "unas trescientas personalidades de las diversas disciplinas del Hacer Nacional", escribió Josafat Armengol en el boletín que aparecería por la mañana en los periódicos del país, aplaudieron ruidosamente cuando el señor Gómez-Anda y Armandina; el Ministro de Finanzas y Rigoberto Chavarría O'Dwyer, gobernador del Banco Central; el alcalde Videgaray, y el Ministro de Educación y Cultura, Jesús de Jesús, del brazo de Marat Zabala, su colega de Información y Turismo, aparecieron en la sala mayor de la residencia.

El gobernador Enrique Gavilán, con el texano puesto y mojadas de sudor las sisas de su chaqueta de cuero, propuso, adulón:

–¡Viva Aurelio Gómez-Anda! . . . –y los presentes respondieron con otros vivas igual de estruendosos.

El grupo de cuerdas de la Orquesta de Cámara interrumpió el *adagio* de Albinoni cuando una murga, que alguien había llevado a la estancia contigua, se lanzó con tres *Dianas* ensordecedoras.

Correspondió a Hermenegildo Labrador, en su carácter de responsable de las finanzas nacionales, tomar la palabra. Dijo que un acontecimiento como el que estaban celebrando, "el inicio de una nueva, renovada y vigorosa Administración Gómez-Anda", merecía que se le conmemorara de un modo "no sólo adecuado, señor Presidente, sino práctico. ¿Cuál mejor, parecía interrogar al mandatario; a su esposa Armandina, a los ministros, a los gobernadores, a cuantos componían la concurrencia, que entregar al pueblo, para que estuviera siempre en diario contacto con ella, la imagen "idealizada, convertida en símbolo", del hombre al que ese pueblo reconocía como gobernante íntegro, eficaz administrador y cariñoso amigo?

Se escuchó, rotundo y norteño, al fondo de la sala, el

vozarrón del gobernador Ayala-Santana:

–¡Sí, señor . . .! ¿cómo-de-que-no . . .? –y nuevamente la estridencia de las dianas.

Un poco inclinada la cabeza, mirando la punta de sus zapatos y, a veces, de reojo, el busto generoso y las buenas pantorrilas de Bertha Samaniego de Marat Zabala, el Presidente Gómez-Anda escuchaba esa enumeración de elogios que empezaba ya a fatigarlo. Resopló para que Labrador advirtiera su impaciencia y abreviara. Lo hizo el ministro con cierta galanura y entregó la palabra al banquero Chavarría O'Dwyer, listo desde hacía cinco minutos para acudir al relevo.

–. . .y por las razones que nos ha expuesto el maestro Labrador, y por otras que sería largo y además ocioso enumerar ahora, el Banco Central, con la unanimidad y el aplauso de los miembros de su Consejo de Administración, resolvió, señor Presidente, ilustrar los nuevos billetes de cincuenta pesos y las nuevas monedas de plata de veinte, con la efigie del patricio que nos gobierna, el que nos entrega la luz que ilumina nuestro diario camino, ¡don Aurelio Gómez-Anda . . .!

Dianas y aplausos, vivas y una porra a la que aportaron sus voces los gobernadores surianos que componían el llamado Grupo-de-Los-Seis, retumbaron largamente en los salones de Los Arcos y se perdieron, como los resplandores de las luces que los iluminaban, entre las frondas, las estatuas y las fuentes del parque. Cuando se restableció el silencio, cuatro o cinco minutos después, un trémulo Gómez-Anda a quien Armandina había besado delante de todos, y al que Enrique Gavilán había sacudido en un sorpresivo abrazo aprovechándose de que la escena estaba siendo recogida por las cámaras de los noticieros, sonrió y sólo dijo:

–Gracias . . . –con la voz quebrada.

Conjuntamente, el ministro Labrador y Chavarría



O'Dwyer ofrecieron al examen de don Aurelio el contenido del estuche de terciopelo púrpura que un secretario sostenía, la mirada baja en señal de respeto, ante ellos.

Tembloroso, Gómez-Anda tomó la moneda, grande, bellamente troquelada. Le gustó su peso. "La plata siempre le da confianza al pueblo". Para examinarla mejor se colocó los anteojos de miope. Era alta su ley: .920. Alabó el trabajo de los artistas que habían diseñado tan admirable pieza. Se conmovió cuando, al mirar la otra cara, encontró el perfil de alguien que mucho se parecía a él.

–¿Le gusta, mi señor? Se llamarán *Aurelios*.

–Gracias . . . –murmuró sólo para ella, porque estaba seguro que Armandina era la responsable de ese homenaje. En todo el país había avenidas, calles, viaductos, estadios, túneles, presas, aeropuertos y ciudades Gómez-Anda; parques públicos y plazas cívicas y taurinas también, pero la satisfacción de que los hubiera no era comparable, ahora lo sabía, a la de verse en esas sólidas rodajas de plata que serían atesoradas; que figurarían, tanto como él en el Libro de la Historia, en museos y colecciones. En la literatura nacional y en los catálogos de los numismáticos, ¿llegaría a hablarse de los *Aurelios* como se habla de los *Luises* y los *Napoleones*? "Se acabarán los tiempos pero no *ellos*".

Le hubiera gustado conservarla así, avaramente, como si fuera la única acuñada, en su mano de pronto húmeda, pero la devolvió al estuche de terciopelo. De Hermenegildo Labrador recibió después el billete azul de cincuenta pesos, y una lupa grande, redonda, de grueso mango negro y, lo notó al acercarla al dorso de su mano señalado por las pecas de la vejez, muy poderosa.

–¿Quisiera mirar a contraluz la marca de agua, señor Presidente? –El lapicero de oro de Chavarría llevó la atención de don Aurelio al óvalo que aparecía en blanco

al centro, como si se hubieran olvidado de imprimir algo en él.

Al encontrar la distancia que sus ojos requerían para el enfoque y colocar el billete en el ángulo adecuado, el señor Gómez-Anda descubrió, revelados por efecto de la luz, los finos rasgos hasta entonces invisibles de otra imagen que copiaba, de la suya, el severo gesto, y de la del Padre de la Independencia Nacional, la bondad.

Conmovida ella también, participando de la alegría que su esposo no disimulaba, Armandina de Gómez-Anda le buscó el brazo; le oprimió con ternura el lugar donde debía estar el músculo y le proporcionó un gozo más:

–Cuando el billete esté un poco usadito, el retrato del Señor Presidente quedará siempre a la vista . . . –explicó, pues le constaba.

Sonrió zalamero el gobernador del Banco Central:

–En efecto, señor Presidente . . . Vea, señor . . .

Con la puntilla del lapicero procedió a llenar de tenues tachaduras lo blanco de otro billete idéntico que había aportado Hermenegildo Labrador, y a medida que lo hacía iban brotando, "como del fondo de la Historia", pensó don Aurelio vanidosamentee, las líneas claras y nítidas que lo dibujaban.

Solemne, cuando Chavarría O'Dwyer terminó, Labrador elaboró una frase que don Aurelio agradeció con una sonrisa:

–El pueblo que lo quiere, se lo aprenderá ahora de memoria, señor Presidente . . . Lo tendrá en sus manos y lo tendrá también en sus ojos . . .

Para no ser menos, Chavarría O'Dwywe añadió su propio halago:

–¿Quién que ha sido gobernante epónimo no ha ilustrado las monedas de su Patria, señor?

–Gracias, señores . . .



Empezaron los murmullos. Se escucharon acordes de una viola. Totalmente fuera de lugar, retumbó atrás una carcajada. Con una inclinación, Armandina respondió a la pregunta que le presentaba Labrador:

–¿Ahora?

–Sí, ahora . . .

El Ministro de Finanzas levantó la mano por encima de su cabeza y tronó los dedos. Rápidamente acudieron dos secretarios más. Uno, llevaba el cofrecito rústico, obra indudable de los maestros carpinteros de Taray. El otro, una laqueada charola de madera. En aquel, había varios mazos de los nuevos billetes de cincuenta pesos. En ésta, abundaban los *Aurelios*.

–Como recuerdo de este maravilloso día, ¿quisiera el señor Presidente entregar uno de cada uno a nuestros amigos invitados?

–Con gusto, señora . . .

–Oh, mi señor don Aurelio . . . –y en nuevo impulso de felicidad le dejó otro beso en la mejilla.

Josafat Armengol, el consejero privado adjunto que se había mantenido cerca de ella, interpretó la señal que la Primera Dama le enviaba en ese momento y trasmitió la suya, que era una orden, a quien, en el salón que seguía a ese, dirigía a los miembros de la murga. Un clarín se escuchó, demandando silencio. Conseguido, Armengol anunció casi a gritos, pues era bajito y su voz carecía de potencia:

–Atención, todos . . . Por favor, señoras y señores . . . Formen una fila para despedirse del señor Presidente y de Doña Armandina y para recibir de ellos, a manera de inapreciable souvenir, un *Aurelio* de plata y un billete de la nueva emisión . . .

Un poco atropelladamente, como si temieran que no hubiese para todos, obedecieron los invitados. Antes que se iniciara el desfile de diplomáticos, funcionarios, con-

tratistas, escritores, propietarios de periódicos, catedráticos, preguntó el Presidente a Labrador cuándo serían puestos a circular el papel moneda y los *Aurelios*.

–Cuando usted ordene, señor.

Intervino Chavarría O'Dwyer:

–Mañana, si lo desea.

Aprobó Gómez-Anda:

–Está bien: mañana…

La primera mano que se tendió codiciosa a él, fue la del gobernador Enrique Gavilán.)

AHORA QUE las represalias del descrédito se habían iniciado contra él, con las injurias en los muros y las insidias en la prensa, don Aurelio Gómez-Anda comprendió que había sido una oportuna precaución de su parte, y no un mero acto de vanidad como en cierto momento pudo parecerle, contratar al borrascoso Tolomeo Gaviño (un furibundo antigobiernista, que del Gobierno recibía sus mejores encargos, estuviese en prisión o en el exilio) para que pintara al óleo el retrato suyo que tenía derecho a figurar, con los de quienes habían ejercido El Supremo Poder desde el advenimiento de la República, en la famosa, y ya histórica, Sala de los Presidentes. Acierto de Armandina fue, a su vez, convencerlo de que antes de marcharse para siempre de Palacio Nacional lo dejara colocado en su sitio, a la derecha de su antecesor, Tito Livio Gómez de Lara.

–*Ese* señor Ávila, ahora ya lo conoce, es muy capaz de *no* ordenar que sea pintado, o de que *no* se le ponga, si no lo hace usted mismo, donde le corresponde –había dicho ella, una noche en Los Arcos, mientras él titubeaba.

–Es capaz, sí… –había dicho a su vez, recordando que él también, por reconcores parecidos a los que en su



contra ya sentía el Presidente Electo, se había negado varios años a comisionar al propio Tolomeo Gaviño el retrato de su tío.

–¿Quiere, don Aurelio, que lo haga buscar?

–Sé donde está…

–¿Lo tiene otra vez en la cárcel?

–Ahora trabaja en La Plata, para nuestro amigo el gobernador Campanaris…

–Pídaselo prestado… Nos queda poco más de un mes aquí, mi señor, y no podemos desperdiciar el tiempo… Hágalo venir mañana mismo…

Luego de un corto vuelo de cuarenta minutos, el helicóptero azul y rojo de la Presidencia, aparecía sobre Los Arcos a las cinco y media puntuales de la tarde. Gaviño encontraba al Presidente en la terraza. Cumplido el rito de las cortesías, iniciaba su trabajo. Hablaba apenas y don Aurelio respetaba su silencio. A las nueve, rojas y azules sus luces de travesía, la máquina superaba la altura de los árboles y retornaba a La Plata. Ni una sola vez había intentado Gómez-Anda asomarse a la tela que los experimentados pinceles de Gaviño iban cubriendo. Se reservaba para verla terminada. Armandina, en cambio, examinaba cada noche los progresos. Encontraba "maravilloso" el parecido y "notable" la fuerza de la expresión.

Dos días antes del último que don Aurelio Gómez-Anda viviría como Presidente de la República, terminó de retratarlo Tolomeo Gaviño. A El Señor le gustó el trabajo del artista, y le agradeció secretamente que le hubiera concedido el beneficio de una poca de juventud y de cierta discreta apostura. Esa noche Gaviño aceptó quedarse a cenar con don Aurelio y su esposa en la casita de los caballerangos que ocupaban en Los Arcos. Los grandes frescos que en La Plata estaba pintando para narrar el trabajo político-administrativo y cultural del gobernador Campanaris, podían esperar unas horas.

La tarde siguiente, don Aurelio acudió a Palacio Nacional. Pasó varias horas, la mayoría de ellas solo, en su despacho. Revisó los cajones de su escritorio, el cuarto de baño, el privado en el que a veces gustaba recostarse. Llamó por La Red a Teresa López y conversó con ella hasta que no tuvo más palabras que decirle. Había oscurecido y la ciudad encendía las luces de su fiesta. Gómez-Anda deseaba que esa noche la capital del país fuera un dilatado lago de luciérnagas. "Mucho brillo, la noche vuelta día, y mi retrato, el que más le gusta a Armandina, ondeando en torres y postes o fijo en las carteleras de anuncios y en las paredes de los edificios". En el cielo ningún mal tiempo de la costa amenazaba. Localizó la Osa Mayor.

Invitada por el Ejecutivo, la Primera Dama llegó a Palacio a las nueve. Su edecán, guiado por Pilo Fraga, llevó la pintura ya enmarcada a la Sala de los Presidentes. También subió Zaragoza, el fotógrafo oficial. Con la solemnidad que era en él famosa cuando develaba monumentos o izaba la bandera en la Plaza Mayor el Día de la Independencia Nacional, Gómez-Anda retiró el papel manila que protegía el cuadro, colgado ya en su sitio, junto al de don Tito Livio.

Armandina aplaudió suavemente. Fue inevitable que Gómez-Anda se emocionara también. Tal vez sus lágrimas se confundieron en el abrazo. Recuperada la compostura, don Aurelio se hizo fotografiar, solo, primero; con su esposa después, al pie del cuadro. Pidió luego a Zaragoza que imprimiera algunas placas de conjunto, con la obra de Tolomeo Gaviño en primer término.

De una cosa estaba ahora seguro: el retrato del C. Aurelio Gómez-Anda ocupaba ya el sitio que le correspondía en la Sala de los Presidentes. Prefirió no volver ya, ¿a qué?, a su despacho. Juntos, Armandina y él tomaron el camino del elevador por el que había subido y



bajado, sin fallar ninguno si no se hallaba de viaje, todos los días de la década que esa noche concluía para ellos.

Poco después de que terminaron su café y las tostadas de canela que preparó Armandina, llegó Fermín Palermo. Inquieto, quizá incómodo, parecía estar cumpliendo un compromiso, "como el amigo que se asoma a casa del compadre enfermo para averiguar qué tan grave está y no hallarse presente cuando expire", y por eso no fue posible que prosperara como siempre la conversación. Dejó a medias su vaso de *capuchino* y anunció que se marchaba. Tenía gente en casa esperándolo y llevaba retraso. Por sus repetidos suspiros, por ese aire de ausencia que le cruzaba el rostro, por la luz de lágrimas que de pronto aparecía en sus ojos, era difícil no advertir cuánto sentía Armandina que a su vida feliz en Los Arcos, así fuese en el cuchitril de los caballerangos, sólo le quedaran unas horas. Al pasar junto a ella, Palermo le puso una mano en el hombro, y le dejó una palabra de consuelo:

-Ánimo . . .

Don Aurelio decidió acompañarlo a su automóvil. No tenían, ya, qué decirse. Los temas se negaban y también las palabras para encontrarlos. Así, lentamente, ajenos uno al otro, los dos desconocidos que habían sido amigos toda la vida, cruzaron un prado y tomaron por una callecita asfaltada. Dijo entonces Gómez-Anda, con cierta timidez, o quizá con temor, como si *eso* fuera en tal momento lo único que le preocupara:

-¿Se sabe ya oficialmente quiénes estarán en el Gabinete?

-No. ¿Te lo ha hecho saber Ávila Puig a ti?

-Hasta el momento, no . . . He oído que está llamando mucha gente nueva . . . A la de experiencia, por lo visto, la deja a un lado . . . Bisoño él, tiernos los otros, ¿qué va a resultar de eso, Fermín?

–Conservará, es seguro, a algunos de los tuyos: Andrómaco Batis, por ejemplo . . .

–Es probable que también a Cimarrosa. ¿Qué Presidente se atrevería a removerlo del Ministerio del Interior?

–Marat Zabala da por descontado que . . .

–Tcht . . . Zabalita es un fantasioso . . . Se me dijo que don Víctor y Zabalita han estado reuniéndose . . . A eso atribuyo que no haya venido a saludarme, ni ayer ni hoy, como todos los días . . . .

Era nuevo, sin duda, ese enorme, vistoso automóvil que aguardaba a Fermín Palermo, y muy abundante su guardia personal –la que acudió a abrir la portezuela y a iluminar con lámparas de pilas el suelo para que no fuera a tropezar; la que salió a su encuentro con el abrigo azul marino. "A él lo cuidan ya más pistoleros que a mí", pensó, y también al advertir que su presencia no lo intimidaba como antes. "Será porque mañana dejo de ser Presidente". Palermo le entregaba los brazos, despidiéndose:

–Llegaré temprano . . .

–Estaré esperándote . . .

Armandina no tenía ánimo para tejer y él ningún interés por la televisión. Sosos le parecían los programas y poco atractivo, esa noche, su favorito: el noticiero de Jacinto Olmedo. Ni una sola vez, en el curso de la primera media hora, el comentarista aludió, como era costumbre que lo hiciera, ni al señor Presidente Gómez-Anda, ni a su señora esposa. La Noticia *era* Ávila Puig –lo que había hecho, lo que había dicho, lo que el pueblo esperaba que hiciera y dijera en el futuro:

–El hombre de la calle o el industrial, el comerciante y el universitario, coinciden al decir que el discurso que pronunciará mañana al asumir la Presidencia de la República marcará la pauta de lo que será la Administración



del doctor Ávila Puig . . . La inmensa mayoría de las personas entrevistadas hoy por nuestros reporteros y corresponsales han coincidido igualmente al serles preguntado: ¿qué es lo que más espera usted del nuevo Presidente? Han dicho: "Esperamos cambios. Esperamos prosperidad. Esperamos honradez . . ."

Molesto, Gómez-Anda apagó el televisor y dijo que sería bueno "estirar las piernas". ¿Quisiera acompañarlo Armandina a caminar por el jardín? Ella dijo que la amenazaba dolor de cabeza y que prefería no arriesgarse a un enfriamiento si salía *al sereno:*

–Camine usted, mi señor, para que pueda dormir bien . . . Tengo todavía algunos bultos que empacar, papeles que romper . . .

Gómez-Anda llegó al estanque de las carpas y permaneció a su borde, sin pensamientos y de pie, un tiempo. Volvió a caminar. Cerca y discreta, percibía la vigilancia de los guardias nocturnos, y escuchaba los ruidos que a su paso iban dejando sobre la grama o en los senderos de arena rojiza, las criaturas del parque: los ciervos, las ardillas; tal vez, aunque ya era muy tarde, los pavorreales. "Armandina, la pobre; ella sí que va a sentir la pérdida de todo esto". Siempre las manos a la espalda, inclinada la cabeza, remontó la suave cuesta que conducía a la Casa Presidencial. Electricistas del Estado Mayor terminaban de instalar los reflectores que la noche siguiente iluminarían terrazas y fachadas para darle esplendor al sarao de la celebración. Grupos de operarios barrían los pisos, lavaban vidrios, lustraban metales, pulían maderas, "Las últimas prisas; los toques últimos para que el nuevo inquilino encuentre todo a la orden". Diez años antes había sido igual. El que llegaba era él; otro, el que se iba. "Seguro, el tío Tito Livio pensaba y sentía lo mismo que yo hoy, entonces". Con el Presidente Procopio Moreno no había sido así. Ni le emocionó llegar a la

Jefatura del Gobierno, ni tampoco le dolió nada entregarla. "Él no amaba el Poder, por eso. No lo gozó porque no lo conoció a fondo".

(Exactamente seis meses antes de que aquél en que terminaría su mandato, Candelario Moreno preguntó a Rosaura, su esposa:

–¿Cuántos sirvientes tenemos aquí?

Ella hizo cálculos y llevó la cuenta con los dedos:

–Veintidós, Pro . . .

–¿Cuántos teníamos en nuestra casa?

–Cuatro.

–Despide a dieciocho, a razón de tres cada semana.

–Como ordenes.

Días después, al término de su acuerdo con el Jefe del Estado Mayor Presidencial, ordenó:

–A partir de mañana, general, dispondrá usted que la banda no ejecute más los compases del Himno Nacional con que me recibe, cuando llego, y me despide, cuando salgo, de Palacio o de aquí . . . Dispondrá igualmente que mi cuerpo de ayudantes militares sea reducido a la cuarta parte . . .

El General Iracheta pareció no comprender las sorprendentes disposiciones de don Procopio, celoso como pocos de las formas; devoto como nadie del reglamento a que se sometía el ceremonial; renuente a cuanto significara cambio en la costumbre, variación en el método –y preguntó a su vez:

–¿Podría saber, señor Presidente, a causa de qué modificaremos el procedimiento?

Se aclaró la garganta el Primer Mandatario. Dijo:

–Mi señora esposa y yo, general, deseamos irnos acostumbrando a la idea de que ésto va acabarse pronto . . . No queremos extrañarlo tanto, después . . .)

Le hubiera gustado asomarse al interior de la Residencia Presidencial y ver qué modificaciones le habían



hecho los Ávila Puig; con qué clase de muebles habían invadido salas, salones, comedores, alcobas, cuartos de estar. Respetuoso del derecho de los demás, prefirió no hacerlo. Si ya una vez, por imprudente, había sido expulsada Armandina de Los (nuevos) Arcos no quería él tomar el riesgo de que algún majadero le pidiera salir de ese, un lugar privado, particular, ajeno, al que no tenía permiso de entrar.

Directamente, a través de la puerta de cristales que comunicaba con el jardín, el señor Gómez-Anda entró en un sitio que todavía consideraba suyo: su despacho –ese lugar secreto, hermético, donde tomó para bien o para mal la mayoría de las decisiones que afectaron, una década, al país y a sus hombres. Encendió luces: todas, esa noche en que no tenía ya por qué ahorrarle a la Nación el valor de la poca electricidad que consumieran. Porque habían retirado la gran mesa de trabajo para arrumbarla en alguna bodega, o convertirla en leña, el lugar le parecía más grande, más ancho, del todo deshabitado. En un rincón halló el caballete que durante meses soportó el mapa de la República en el que iba trazando con alfileres de color lo que ante Plutarco Canto, director entonces del Partido Unificador Revolucionario, llamó la Geografía de la Ingratitud. "Cada alfiler, un discurso ofensivo contra mí; contra mis actos de gobierno, gritado por Don Víctor". Un escritorio común, de lámina gris y cubierta negra, había sido puesto frente a una silla vulgar, de alto respaldo reclinable, igual a la que usaría un gerente de fábrica, pero que se convertía en La Silla del Poder por el solo hecho de que el Presidente la ocupara. En los cajones del mueble sin usar había polvo y serrín, y en uno de ellos la etiqueta con el número de serie y una rúbrica.

Se recargó en el respaldo capitonado. Apoyó las manos, como si se dispusiera a levantar vuelo, en las puntas

de los descansabrazos. Miró el candil de prismas. Pensó: "Para sentar las nalgas en esta silla hay que tener cojones, y más todavía para usarla, como yo, diez años".

Tal vez, la de resolverse a iniciar el proceso del que saldría El Sucesor fue la decisión más difícil, también la más dolorosa, la más largamente postergada, de cuantas hubo de tomar allí una noche de silencio como esa, una noche de total soledad. "Año y medio antes, por esas fechas fue".

En noches de sueño elusivo; en amaneceres cansados de insomnio; en las horas muertas en que a nadie recibía ni tomaba llamadas, lo acosaba la misma pregunta; le taladraba por dentro, produciéndole dolor en el estómago, arritmia en el corazón, sequedad en la boca, la palabra del enigma: "¿Quién?" ¿Cuál de los hombres que lo habían ayudado a administrar el país merecía que él lo designara heredero de su poder?, ¿cuál era digno de ocupar esa silla y continuar su obra?, ¿a cuál de todos ellos, "de estos cabrones que conozco por dentro mejor de lo que ellos mismos se conocen", confiarle la República -la más preciada, y amada, de sus propiedades? ¿Entre tantos había uno, uno siquiera, en el que concurrieran las dotes de sagacidad política, madurez moral y experiencia práctica, que a él lo distinguían? "Muy difícil, encontrar a alguien tan bueno como uno". Un día decidió romper la tradición. Fermín Palermo comentó:

-¿Es necesario hacerlo como dices?

-Necesario, no. Conveniente, sí.

-Soltar a varios presuntos pre-candidatos originaría el desorden, y lo sabes...

-El ideal democrático, Fermín.

-La puta, Aurelio... A mí no con eso... Dos o tres nombres flotando por ahí, ¡el acabóse...!

-¿Por qué no cuatro o cinco... o más, si nos parece?

-Se formarían tantos grupos, facciones, tendencias



como prospectos pusieras a circular... Estaríamos dedicados a la especulación...

-Poco daño haría, Fermín... Especulación la hay siempre, aun a sabiendas de que El Presidente, lo que no es cierto, o el Partido, lo que tampoco lo es del todo, van a escoger dentro de cierto secreto a un solo hombre... Con varios en el ruedo le daríamos mayor animación al proceso que se avecina...

-Todos se dedicarían a hacer política personal...

-¿Hacen otra cosa nuestros ministros desde que llegan al Gabinete? Los que se sienten, ¿cómo dicen ahora?, presidenciables, ¿no invierten mucho tiempo, y más dinero del Estado, en fabricarse un nombre, en inventarse una personalidad, con los ojos siempre puestos en el futuro... por si acaso el Presidente se fija en ellos y les dice, suponen que así es, 'tú serás'?

-¿Qué ganarías, don Aurelio, creando tal confusión? Porque confusión habrá cuando los políticos vean que los 'elegibles' son varios, y no, como es costumbre, sólo uno...

Retuvo Gómez-Anda la respuesta el tiempo que le llevó levantar la tacita de porcelana china, aspirar el aroma del café recién colado, y rozar su borde, porque estaba demasiado caliente, con los labios. Alzó después las cejas; dos largas arrugas se tendieron de una sien a la otra:

-Tiempo... ¿Te parece poco?

Una críptica frase aquí; un aparente desliz de indiscreción allá; una ostentosa deferencia un público, a la vista de otros políticos, alguna ambigüedad ante la prensa; un nombre dicho al parecer sin que viniera al caso -así, poco a poco, al sesgo siempre, siempre de modo que lo que hiciera o dijera pudiese ser interpretado de cien formas diversas y ninguna verdadera, el señor Gómez-Anda fue alentando, al correr las semanas, a

cada uno de aquellos de sus ministros que sentían ser merecedores de recibir el honor de ser sucesores suyos; continuadores de su "magna obra" material; albaceas de su "invaluable legado espiritual", como habría de comentar el Canciller Espinosa Carrillo después que don Aurelio, en el curso de un acuerdo, le dio a entender que el Próximo-Presidente-de-la-República debía ser alguien en quien sean consustanciales, Anselmo querido, el nacionalismo más acendrado y el internacionalismo más cosmopolita".

Como lo suponía Gómez-Anda, los analistas de la política nacional, proclamaron que:

–Sentando un provechoso precedente, Gómez-Anda ha abierto, ahora sí verdaderamente, el juego democrático . . .

–De este modo da oportunidad a que las corrientes de la simpatía, por este o aquel presunto, afloren libremente y sin misterios . . .

–Al manifestarse, el pueblo, y el Partido en el Poder, estarán en condiciones de elegir al Mejor-Entre-Los-Hombres-Posibles . . .

Don Aurelio leía y reía; y a veces, ante esa ceguera, ante la manifiesta incapacidad de reflexión que con tales comentarios demostraban editorialistas y columnistas, ensayistas y politólogos, murmuraba:

–Pendejos.

Cuando ya de boca-en-boca andaban los nombres de Espinosa Carrillo, Andrómaco Bátis, Jorge Avellaneda Jáuregui y, más asiduamente, los del popular alcalde Alfonso Videgaray y de Marat Zabala; cuando se elaboraban las más desquiciadas especulaciones y la "Familia Revolucionaria", escindida, fraccionada, pulverizada y, siempre, desconcertada, no sabía a qué rumor hacer caso, a qué buen consejo obedecer, a qué fidedigna información-confidencial creerle, Fermín Palermo, para



orientarse a sí mismo (pues de ello dependía su fuerza y de su fuerza política su influencia que no conocía mengua) sondeó al Presidente mientras, después de comer, caminaban por el jardín:

–El sucesor, ¿será uno de ellos?

–No necesariamente . . . Los grupos, Fermín, lo vemos ya, están definiéndose; tomando su nivel las aguas. Los bandos son claros, más claros cada día . . . Sabemos con quiénes contamos, con quiénes no, y por qué . . . Calibramos fuerzas . . .

–Parece, sólo parece, Aurelio, o la gente eso cree al menos, que Marat Zabala va en punta . . . Gasta el dinero a chorros comprando voluntades, amigos con poder . . . Ablandando enemigos.

–¿Acaso lo ignoro, Fermín? . . . Como puede ser Zabalita, puede no serlo . . . De muchos factores, sobre los que no siempre tiene control El Señor Presidente, depende la selección del sucesor . . . Te llevas a la cama un nombre, por ejemplo. Duermes con él, pero al despertar te encuentras con que es otro el nombre que te ronda por la cabeza . . . Y a mediodía ese nombre ya no está en ti, y alguien en quien no habías pensado se te mete y te da vueltas y más vueltas . . . y estás seguro de que ese sí es el mejor de todos, el perfecto, y vas al baño, y te sientas, y estás en eso, cuando, ¡zas!, ¿coño, por qué no me acordé antes de él?, y entre ceja y ceja ya tienes otro nombre que supera a los anteriores . . . Eso, Fermín, es lo que me está pasando . . . Si me preguntaras quién será *mi* candidato te diría: no lo sé. O te diría: espera a que yo mismo lo sepa . . .

Palermo, que había aprendido a tratar de entender lo que *no* decía Gómez-Anda, se marchó de Los Arcos con la absoluta convicción de que el Presidente terminaría decidiéndose por Marat Zabala, cuya popularidad como Ministro de Información y Turismo era equiparable a la

de Alfonso Videgaray. "De los dos, Zabala, al que conocen en todo el país; al que ven cada día en los noticieros. El que aparece hoy sí y mañana también en las páginas de *sociales* de los diarios y en la portada de las revistas... ¿No lo considera Aurelio como hechura suya, como hijo suyo?, ¿no fue testigo y padrino de su boda con Bertha?, ¿no ha permitido que Armandina y yo hagamos con el joven Marat algunos muy buenos negocios? De las Ministras ¿cuál es la más fiel compañera de Armandina?, ¿a quién distingue más llevándola a la ópera, a las sesiones de tejido a beneficio de los niños de su Instituto?, ¿hay alguien más dócil a La Primera Dama que la esposa de Zabala? Lo que importa es saber interpretar a Aurelio. Afecto como es a los misterios, hoy ha estado muy transparente conmigo. Para mí que ya está calentándole a Marat su silla . . ."

Desde su automóvil, por La Red, se comunicó al Ministerio de Información y Turismo con Marat Zabala. Quería ser el primero en ofrecerle, ya sin reservas, su apoyo. "Eso es cotizable, eso pesa en el futuro". Respondió Marat. Escuchó lo que Fermín Palermo le decía.

–He comido con El Señor . . . Debo comentar contigo algo de máxima importancia . . . Llegaré en diez minutos . . .

Siete u ocho días más tarde, Marat Zabala cumplía su acuerdo con El Señor, en Palacio Nacional. Pocos problemas llevaba para que el Presidente los resolviera. Podían pasar meses sin que tuviese que consultar con don Aurelio o pedir su consejo. Sin embargo, conociendo su interés por intervenir en todo, el Ministro de Información y Turismo guardaba para su semanaria entrevista con Gómez-Anda algunos asuntos, casi nunca de importancia, que El Jefe del Ejecutivo discutía con él y le indicaba cómo darles curso "teniendo siempre presente, Zabalita, el Bien de la República".



La firma fue lenta y escasa la charla. Por instrucciones de Gómez-Anda, su consejero privado adjunto, Josafat Armengol, había estado cuidando que en los últimos días se mencionara muy poco, en columnas y artículos editoriales, el nombre de Marat Zabala. Al saberlo, Zabala se inquietó. Sin testigos, habló con Fermín Palermo. "No hay por qué preocuparse, Marat. El Señor te está cuidando. Evita que te quemes, que te quemen. Dices que te ha sacado del juego. No lo creo. Te ha puesto a la sombra, en lo fresco, para protegerte". Replicó Zabala: "Lo he sondeado, y nada. No oye, no reacciona". "Conoces lo discreto que es. Si nada dice es porque considera que no ha llegado el momento. Aguanta, Marat. Como don Aurelio repite: en nuestra política gana el que resiste más". El Presidente, la mano ocupada en dejar la rúbrica verde al pie de los acuerdos o decretos, la vista baja, comentó:

–Me han dicho, Zabalita, que de la mañana a la noche tienes gente en tu casa, en tu oficina, en donde comes, ¿eh?

–Así es, señor, y me apena decirlo . . . Gente que llega a ofrecerme amistad . . . Sin llamarlos yo, y es mi deber ponerlo en su conocimiento, han estado visitándome infinidad de personajes que pesan mucho políticamente . . .

–¿Ah, sí? –Dejó Gómez-Anda que sus lentecitos resbalaran hasta la punta de su nariz; luego miró por encima de ellos el rostro moreno y simpático, juvenil en sus cuarenta y tantos años muy bien gozados, de Marat.

–Así es, señor Presidente . . . Que ahora recuerde, han ido el general Espronceda . . . Capicúa Antich, el banquero . . . Los industriales de Sotavento . . . Los gobernadores Tancredo Pelufo . . . Pujol Rovira . . . Ayala Santana . . . Los maestros federales han estado a verme . . . Los directivos de la Cámara Hotelera . . . A ti-

tulo particular, la Asociación de Contratistas de Obras Públicas . . . Esos, señor . . .

-¿A qué han ido, Zabalita?

-Señor . . . -El Ministro de Información y Turismo demostró por primera vez ante Gómez-Anda haber perdido ese famoso aplomo suyo que confundían con cinismo quienes no lo conocían bien. Sintió palidecer. Hablaba con torpeza -Me han ofrecido su apoyo político, su ayuda económica, en el supuesto caso que usted . . . Han ido, señor, a ponerse a mis órdenes para cuando . . .

Hizo reposar don Aurelio nuevamente sus quevedos en la ternilla. Reanudó la firma. Como si lo divirtiera hacerlo, trazaba su nombre en la página original y también, aunque no era necesario, en cada una de las siete copias. Luego de un silencio, y antes de volver a alzar hacia el Ministro sus ojos burlones, indagó:

-¿No te han visitado, el senador Andonegui . . . El gordo Gorráez . . . Isaías SanJuan . . . Cosme Vargas?

-No, señor Presidente . . .

Fue entonces cuando lo miró de frente, como si le retara -una sonrisa en la boca.

-¡Qué extraño, Zabalita, porque a esos buenos amigos míos también te los he mandado yo!

EN ESE MISMO despacho, esa noche vacío y desolado como un cuarto de hotel que se abandona; por diez años vivo, cálido y hermoso, a causa de los frecuentes cambios de mobiliario y decoración que le hacía Armandina (que sólo respetaba su silla y su mesa de trabajo) escuchó a Miguel Rebul proponerle el nombre de Víctor Ávila Puig, Ministro de Industrias y Desarrollo, para que fuera incluido en La Lista de posibles precandidatos a la Presidencia de la República que luego, como si fuera hallazgo propio, difundiría Jacinto Olmedo en su programa noticioso de alcance nacional.

-¿Nuestro doctorcito Ávila Puig, amigo Rebul?

-Es un buen elemento, me parece.

-Lo es, ciertamente. Mas ¿le ve usted tamaños para aspirar a la Primera Magistratura, eh?

-Si los tiene, señor, lo decidirá usted . . .- y la sonrisa enfermiza le habitó a Rebul por un instante los labios, que humedeció después con la mezcla de leche y coñac que estaba bebiendo, que siempre bebía por prescripción médica, para que el dolor de la úlcera no le martirizara demasiado el estómago.

La noche de su encuentro con el Director General Ejecutivo del Grupo Olid faltaban once días para que expirara el plazo-límite de que disponían los partidos políticos del país para registrar, ante la Comisión Nacional Electoral, a quienes serían sus candidatos a la Presidencia. Como siempre, había sido Acción Republicana, en la extrema derecha de la oposición, el único que había revelado ya la identidad del personaje al que posturalía: no otro que su directivo nacional, Milton Peralta Garibay, catedrático universitario, aguerrido polemista, varias veces ya diputado federal. El Unificador Revolucionario en el Poder callaba, aunque ello significara concederle cierta relativa ventaja a su adversario, porque el señor Gómez-Anda no terminaba de cavilar y mientras no lo hiciera, los Sectores campesino, obrero y popular, que componían la base del PUR, no estarían en condiciones de manifestarse en favor del hombre que enarbolaría, en los cinco años del futuro, "la bandera de los ideales revolucionarios". No preocupaba a nadie que tampoco hubieran presentado a los suyos los otros dos grupos que participaban en los procesos electorales: el Nacionalista Revolucionario, a cargo de Vinicio Parrés Jacobo, y el Democrático Socialista, que regenteaba Isidoro Domínguez Mendoza, pues era costumbre que uno y otro adhirieran

prudentemente a la candidatura de quien patrocinara el Unificador. "Se juega así a la segura; no se enemista uno con el Presidente y se obtienen subsidios y posiciones para el quinquenio". "¿Cuáles?". "Modestas si se quiere, pero no despreciables: alcaldías, regidurías, escaños en el Congreso, curules en las legislaturas de provincia. Confiamos lograr que algún día El Señor ordene que se nos den un par de senadurías y alguna gubernatura. Cuestión de tiempo"; había dicho Parrés en una mesa redonda televisada, y lo había apoyado en todo Domínguez.

–Conforme al *Análisis de Opinión Pública* que se sirvió usted cederme, el doctor Ávila Puig posee cierta popularidad a causa de sus méritos personales y profesionales . . . Pero, me pregunto, ¿bastarán esos méritos para que pensemos en él y le concedamos, en un hipotético caso, la oportunidad de ganar las elecciones y alcanzar la Investidura . . .?

Comedidamente, Miguel Rebul colocó la taza con leche y coñac sobre la servilletita. Hizo que el borde dentado coincidiera con la recta que marcaba la orilla del cristal. Tamborileó sobre él con los dedos, dos o tres veces, sin producir ruido. Halló esperando su comentario la mirada atenta de don Aurelio:

–Veámoslo, señor Presidente, si me permite, de otro modo. No se trata que el doctor Ávila Puig, amigo mutuo, *sea* el candidato que el Partido presente . . . Se trata únicamente de que su nombre aparezca en La Lista... para balancearla.

–¿Le parece que le falta equilibrio, amigo don Miguel?

–Los cinco nombres que me ha hecho usted el favor de leerme, corresponden a otros tantos ministros políticos . . .

–El Presidente ha de ser un político: el mejor de todos.



–El Sector Empresarial que como tal no forma oficialmente parte del PUR pero al que siempre amablemente se toma en cuenta, quedaría muy halagado si junto a esos prestigiosos nombres figurara el de alguien que, sin dejar de ser revolucionario, lo representa o, al menos, lo comprende . . .

–Hmmm . . .– A don Aurelio le interesaban las reflexiones de Rebul, producto, ¿cómo dudarlo si conocía sus métodos?, de previas consultas con aquellos a nombre de los cuales, sin mencionarlos, se expresaba.

–Nuestros excelentes amigos de la banca, de la industria, del comercio, de las finanzas . . . Los que hacen posible la actividad productiva y mantienen en marcha al país, aplaudirían una decisión de esa naturaleza . . . Incluir en La Lista a un ministro al que conocen, al que tratan y respetan, serviría, señor, para que el Gobierno, por ese sólo hecho, rescatara algunos puntos de la confianza de ese Sector.

Asintió Gómez-Anda pero sus palabras, pensó Rebul, parecían contradecir su acción:

–Sin embargo, a últimas fechas el Sector Empresarial que tiene relación con el Ministro Ávila Puig lo ha traído muy en jaque... Lo Encontramos en estos días complicado en conflictos, al parecer graves, con tahoneros, lecheros y distribuidores de gas . . . ¿Considera que sería benéfico para él, estando tan en baja su nombre, que lo incluyéramos . . .?

–Creo que sí, señor Presidente; no porque incorporarlo a La Lista ayude a mejorar las cosas, sino, como dije antes, para que el Sector Empresarial advierta que también se toma en cuenta a un funcionario que por su formación profesional, y por lo que hacía antes de que usted lo incorporara al Servicio Público, le es afín . . .

Dejó la butaca Gómez-Anda y procedió a pasear de un extremo a otro del despacho. Hablaba, casi siempre

de espaldas a Miguel Rebul:

-De la vida privada el doctor Ávila Puig, ¿qué me cuenta? Tampoco es muy regular en estos días . . . Se me ha dicho que está bebiendo un poquitín en exceso... Me han llegado rumores de divorcio . . . No ignorará usted, que es su amigo y por quien tuvimos el gusto de entrar amistad con él, que nuestro Ministro de Industria y Desarrollo sostiene, digamos, una relación extraconyugal con cierta joven, de ascendencia extranjera, alemana, que fue alumna suya en la Universidad y con la que tiene una hija de ya, creo, veinte meses . . .

Se permitió una sonrisa Miguel Rebul. Era uno de los pocos en el país que podían hacerlo sin temor a una reprobación del Presidente o a una mueca de cólera por lo que de burla, o desafío a su opinión, hubiera en ello. Se levantó también, entre los dedos la taza con leche helada y coñac francés:

-Ni usted ni yo, señor, nos asustamos de nada. ¿Quien en este país nuestro no tiene, o ha tenido, *otra* mujer . . . *otra* casa? Que un hombre como el doctor Ávila Puig . . .

Gómez-Anda se había detenido ante él. Le sonreía cuando le levantó la mano para callarlo amablemente:

-Claro, claro, don Miguel: ¿Estamos usted y yo limpios para tirar la primera piedra? ¿lo está alguien, dígame? Naturalmente, afortunadamente diría yo, que no . . . Pero la situación es distinta . . . A usted no lo daña la crítica ajena; tampoco a mí . . . Pero resultaría destructivo para el doctor Ávila Puig, a estas alturas de su corta carrera de funcionario mayor, que se propalara . . . y se propalaría inevitablemente . . . cuán disparejo es su modo de vivir . . . Todos cometemos adulterio, pero a todos nos indigna que nuestros gobernantes sean adúlteros . . . Contradicciones, amigo Rebul, de la humana naturaleza . . .



Lo tomó por el brazo y juntos ahora los dos, hombro con hombro, semejantes en estatura y no muy diferentes en talla, reanudaron el ir y venir. Gómez-Anda encontró "razonable" y "legítimo" por lo demás, que el Sector Particular, expresándose por quién mejor lo representaba, quisiera que un Ministro al que le tenía estima figurara en La Lista, "para balancearla", como apuntó, otra vez, Rebul. Le parecía excesivo, sin embargo, que el Sector alentara siquiera la esperanza de que fuese Ávila Puig el candidato, El Sucesor, El Futuro Presidente. Añadir su nombre a La Lista (que harían pública para terminar de confundir a todos y ganar así el último tiempo que todavía le tomaría decidirse por alguno de sus colaboradores) no significaba compromiso ni en lo personal con Miguel Rebul y su poderosísimo Grupo, "pilar fundamental de la economía de la República", ni en lo general con el resto de los dinerosos que sin duda le habían encomendado la gestión que esa noche había ido a realizar a Los Arcos.

-Eso, señor, se entiende claramente . . .

-Porque no quiero, don Miguel, que haya entre nosotros malentendidos . . . La inclusión del doctor Ávila Puig en La Lista forma parte, puntualicemoslo así, de una estrategia política . . . No se adquiere compromiso de ninguna especie . . .

-Así es, señor Presidente.

-Habrá que hacérselo saber a él . . .

-En su momento, señor . . .

-¿Quién no ha sido comparsa alguna vez, querido Miguel?

-Casi siempre lo somos, don Aurelio . . .

-Más bien que mal, supongo, resultará para nuestro doctor Ávila Puig ver su nombre proyectado a semejantes alturas . . . Ojalá no se nos maree . . .

-Estoy seguro de que no lo hará . . .

–. . .ni que se nos amargue, después, cuando sepa que se le ha usado como señuelo . . . Está aún tierno para estos trotes . . . Si desea en verdad hacer carrera en la política, este es un buen principio . . . Lo sería pésimo si le tocara ser el finalista, el que pierde frente al que gana . . . Si lo viera en situación de correr ese peligro, créame, amigo Rebul, no mandaría al doctor Ávila Puig al matadero . . . Recuerde que en nuestro país, en la política a nuestra manera, se baila una tanda, y se descansa otra . . . Apenas su nombre sea de dominio público, Ávila Puig conocerá a muchísima gente . . . Pero lo mejor de todo: se conocerá a sí mismo; nos permitirá conocerlo a nosotros, ¿eh?

–Sí, señor . . .

–Buen elemento, Ávila Puig . . . Ah, ¡si fuera político!

Rebul sentía que ésa había sido una buena victoria para él. Una vez más, el Presidente Gómez-Anda, como antes su tío, y como antes de éste y de Procopio Moreno, los que pasaron por Palacio o Los Arcos, cedía a la suave y enérgica presión del Grupo Olid y a lo que éste representaba en lo político y en lo económico. Había logrado colocar a Víctor Ávila Puig, "uno de los nuestros", en La Lista: ello significaba que, conforme a ciertos planes, el Sector Empresarial, empezaba ya a abrir brecha en la cerrada estructura del Poder. "Es curioso: luego que pasan por el Gobierno, los políticos llevan sus millones a la Iniciativa Privada y, con el tiempo, ya incorporados a ella como magnates, se vuelven conservadores, reaccionarios y terriblemente hostiles al Estado que les permitió enriquecerse . . . Hoy, por haber conseguido la inclusión de Víctor, para que pueda alternar así sea una semana con tipos como Videgaray, Avellaneda Jáuregui, Báris, Espinosa Carrillo, Zabala y Labrador, hemos puesto pie donde queríamos . . . Dentro de unos años



¿cinco, diez, quince quizá?, haremos que uno de nosotros llegue derechamente a la Presidencia y a nadie sorprenderá que eso ocurra . . . Corresponderá a Víctor Ávila Puig haber sido la punta de la lanza, El Primero".

–¿Alguna palabra suya para el doctor Ávila Puig, señor Presidente?

–La recibirá directamente cuando venga a su acuerdo . . . A usted, amigo Rebul, le agradecería hasta entonces la ayuda de su discresión . . . Usted lo sabe: en política lo más seguro es quién sabe, y quizá lo que a usted y a mí nos parece adecuado en este momento, nos lo parezca menos un poco más tarde . . .

Rebul dejó saludos para Armandina y el Presidente a su vez le pidió enviar los suyos a su esposa Gladys, de viaje, como siempre, por Europa –en realidad, aislada en una clínica de California para enfermos mentales.

Hasta muy tarde permaneció en el despacho, preguntándose si en verdad sería, como había llegado a creerlo de tanto repetírselo, una inteligente decisión suya "abrir el juego democrático"; iniciar "la era de la democracia interior", y dar a conocer, en tal forma que todos supusieran que él la había preparado ("ningún paso se da en la política nacional sin la bendición del Presidente"), La Lista que por televisión haría llegar a todo el país. "Veremos cómo se portan ahora que voy a exhibirlos. Habrá de sobrevivir el más fuerte, el que más resista los golpes de los otros, pero, ¿ese, será el mejor, el que en estos momentos demanda la República y me conviene a mí?" Semanas atrás recibió a un periodista catalán que recorría América Latina dialogando con los jefes de Estado. "¿Qué tanto influyen en el Presidente la amistad y la simpatía personal que pueda sentir por alguno de sus ministros para que ese ministro sea elegido heredero de su poder?" Si no con esas textuales sí con parecidas palabras lo había interrogado, y él había dicho: "Al menos en

mi país, cuando un gobernante considera que ha llegado la hora de tomar una decisión trascendental como esa, consulta a los dirigentes de su Partido, pone a un lado simpatías y amistades, y procede conforme a lo que exigen Los Sagrados-Intereses-de-la Patria, y el Bien Común". El hombre había oído decir, o quizá leído, que en la Nación a cargo de don Aurelio los candidatos a lo que fuesen, eran elegidos "según le amanece el hígado al Jefe del Ejecutivo", y él "para hacer luz sobre el malentendido", y para "anular tan perjudicial patraña", insistió en que la "selección de un candidato a la Presidencia es el resultado de un largo, complejo, en ocasiones barroco proceso de auscultación y no, como los ignorantes, o mal informados, propalan, de un capricho personal, de un arrebato pasional..." Había verdad y algo de mentira en lo que declaró, hubo de reconocerlo. "Casi siempre le causamos más daños al pueblo diciéndole *toda* la verdad que un buen embuste", pensó.

Si de su gusto dependiera, ¿a cuál de los miembros de La Lista favorecería? Hizo el balance de méritos y defallas de cada uno. Para lo último dejó al preferido, al más adicto a él; al que le velaba el pensamiento y lo apoyaba (del mismo modo que él había apoyado a su tío Tito Livio en su día) en todo. Sus envidiosos colegas de gabinete ¿no lo apodaban, crueles y sardónicos, El Apóstol Amado? "Es, ni duda cabe, el mejor. Apenas en sus tempranos cuarenta, Marat no ha desarrollado todas sus capacidades; su inmenso potencial político... Hechura mía, es hábil, tenaz, duro cuando debe serlo; dúctil, de fina sagacidad. El mejor, sí, el más leal, el más *nuestro* como Armandina dice, pero..." Se detenía ahí, resistiéndose a pronunciar frente a sí mismo la palabra definitiva: "Zabala". Ya no, como siempre, afectuoso, paternal: "Zabalita"; sólo, secamente, "Zabala".

Se fue a la cama, cruzando salas y salones en penumbra; largos corredores silenciosos; subiendo escaleras y descifrando la ruta de los pasillos. No estaba de humor para visitar su Cuarto de Radio. Llenó con whisky hasta el borde la copa que sacó del buró. Revolcó muchas horas su inquietud. "Con tantos como se han aliado con él: gobernadores: generales, contratistas, comandantes militares, traficantes, senadores, diputados, líderes, ministros y demás funcionarios, ¿cuánto tiempo más duraría la vigencia de mi poder, mi autoridad presidencial, luego que le dijera al ya desde hoy poderoso Marat Zabala: 'He resuelto que tu seas mi sucesor'?" Volvía a su cabeza la obsesión. "Hacer cambiar las cosas. Meter a las Fuerzas Armadas en esto. Usarlas en mi beneficio. Crear un estado de violencia que..." Así una y otra vez: "Comprendo que el general Teodoro Gómez no fue lo suficientemente hábil y no supo explicar con claridad mis propósitos... Cada nuevo Presidente que llega es un enigma. Llega a experimentar. Llega a equivocarse. Llega a modificar lo establecido... El Ejército se inquieta con los cambios; sus miembros se agitan cada cinco, cada diez años... Estoy seguro que Jefes y Oficiales preferirían que tales cambios fueran muy espaciados, para que entre uno y otro transcurrieran periodos de paz y de prosperidad, como éste que vivimos... He sido, lo dicen todos: la prensa nacional, la prensa extranjera, un buen mandatario, un Presidente ejemplar... La República ha prosperado y nadie se queja... Basta ver nuestras ciudades, tan lindas; nuestras obras públicas, tan útiles... Disponemos de crédito sin límite... Fácil nos resulta renegociar periódicamente nuestra deuda externa... Sólo dicen que nos acercamos al colapso, a la crisis económica de muy graves consecuencias, con devaluación de la moneda, pérdida de mercados internacionales y crisis causada por el desempleo, los catastrofistas de siempre, los oráculos del desastre; los poquísimos que no se han be-

neficiado con los dones de la Administración . . . Vivo y dejo vivir: mi lema . . . A esos cabrones ¿cuándo se les da gusto? Si austeros, nos censuran. Si generosos en los gastos, nos agreden . . . Digo todo esto ahora, tal como se lo dije al general Gómez para que se lo hiciera saber a la joven oficialidad del celoso Guardián de las Instituciones, a fin de que estuviera consciente de lo peligroso que en estos momentos resulta mudar de caballo a mitad de la corriente, como expresan los rancheros, y de lo prudente que sería retener como Jefe del Gobierno, asistido por un competente equipo de nuestros mejor preparados militares, a quien ha sabido conducir con pulso seguro la nave de la Patria. ¿Cómo llamar a lo que no sería un Golpe-de-Estado, sino apenas una modificación a los sistemas; un retoque a la Constitución Política que nos rige? ¿No Bonaparte el joven nos puso el ejemplo? Una revolución en Palacio organizada por el Gobierno, ¿es algo insólito? De prosperar esto, prolongaríamos un poco nuestra personal y desinteresada entrega . . . Cinco, diez años más, ¿qué son para un país?, ¿y qué no son para una vida?" Se encontró sentado en la cama, sudoroso: el pelo húmedo en las sienes chorreantes; un amargo sabor a whisky y a miedo en la boca. "Ojalá no me haya meado", pensó. Tocar seca y tibia la sábana bajo él, lo tranquilizó. Fue al baño. "El mejor, el indicado, es . . . parece ser . . . Marat Zabala . . . Sigo preguntándome, sin embargo, si es el hombre que necesita el país".

LO SACUDIÓ el trueno que retumbó distante sobre el cielo de la ciudad. Apareció el mayor Pilo Fraga, pardo de cansancio el rostro:

–¿Está usted bien, señor Presidente?

–Sí, mayor. ¿Por qué no va a dormir? Mañana tendremos un día agitado.



–Más lo será para usted, señor Presidente.

–Debo revisar papeles, mayor . . . Puede retirarse.

–Le traje un paraguas, señor. Ha empezado a lloviznar. La señora Armandina está esperándolo, señor . . .

–Dígale que ahora iré . . .

A solas, el Presidente Gómez-Anda se puso a mirar el despacho del poder. "Ahora parece la oficina de un hombre de negocios: la de un ejecutivo del Grupo Olid, no la de un jefe de Gobierno". Lo recorrió por última vez. Sus dedos tocaron la madera de los muros, el borde flamante de los muebles que olían a cuero nuevo; las cortinas espesas, oscuras, que ocultaban el jardín, bien distintas a las de ligera gasa blanca que le hacía colgar Armandina. ¡Y ese horrible escritorio gris, de lámina color cárcel! Decidió proporcionarse una última alegría; gozar todavía de la incomparable sensación de ser dueño de la autoridad. "Como en los días aquellos . . .", pero su sonrisa, lo supo, no fue alegre.

Fue llamando a cada uno de los ministros que habían sido colaboradores suyos. En casa de Marat Zabala le dijeron que "el señor y la señora salieron a cenar, con amigos". A cada uno, soñoliento, sorprendido, asustado, según, le entregó un "hasta luego" y unas palabras de gratitud. A todos les recordó, como si pudieran olvidarlo:

–Mañana, puntuales, a las diez, en la Cámara . . .

–Sí, señor Presidente . . .

Hermosas palabras: "Sí, señor Presidente". Las dijo, para escucharlas una vez más, antes de hacer la última llamada:

–Soy el Presidente Gómez-Anda . . .

Una voz a la que no entorpecía el sueño; una voz en vela a la que tampoco asustaba saber de quién era la del interlocutor, dijo simplemente, cortés sí, aunque sin emoción o alegría; sin asombro, tampoco:

–Diga usted . . .

3

–Quiero hablar con el doctor Ávila Puig . . .

–El-Señor-Presidente-Ávila-Puig . . . se ha retirado a descansar, y no podemos molestarlo . . .

¿Para qué insistir? ¿Para qué exponerse a una negativa, a una ofensa, incluso?

–Bien . . . Haga usted el favor de informarle, cuando despierte, que he llamado . . .

–*Sí*, señor . . .

Devolvió la bocina de La Red a su lugar. Un calor de ira le fue subiendo desde la mano y a través del brazo y del cuello, a la cara. Se oyó decir, rabioso: "El señor Presidente Ávila Puig", y padeció la cólera de confirmar que *Ese* Hombre le había arrebatado algo que le pertenecía a él. "El señor Presidente Ávila Puig".

–¡Puáh!

La lluvia había cerrado el cielo. "Hay tormenta en la costa". Brillaba, tupida y fina, fría también, al contraluz de los bancos de reflectores. Se protegió con el paraguas que le había llevado Pilo Fraga. "Buen hombre, leal, el mayor . . ."

Armandina cabeceaba su fatiga cuando él volvió. Dejó abierto el paraguas en el comedor. "Es de mal fario, pero . . ." Sentía mojados los tobillos, los tubos del pantalón. "Carajada sería llegar a la ceremonia con gripa". Ella lo había esperado en la blanca mecedora con respaldo y asiento de bejuco tejido, para mostrarle la obra que bordaba: la insignia nacional sobre la banda del poder que le cedería por la mañana a Víctor Ávila Puig.

–La suya, la nuestra, la de hace diez años, se quedará con usted, mi señor . . . Que *Ese* Hombre lleve esta . . .

Amorosamente le pellizcó la mejilla y luego le besó el pelo. Armandina buscó con su mano la que Gómez-Anda había colocado sobre su hombro izquierdo. Cerró los ojos. Lo que parecía ser una lágrima le llegó al mentón.)



NO ESTABA SEGURO, pero tenía la impresión, por ciertos ruidos, por el rumor de movimiento que percibía, de que habían llegado nuevos visitantes.

# 8

De la cochera procedían las altas voces y las carcajadas que lo distrajeron. ¿Ya, Fermín?, ¿o Tomás Vallado Fajer, que prometió no demorarse mucho? Mansa, la llovizna seguía lustrando las plantas, el muro y el pasto del jardín. "Para este frío, mejor que champaña sería ofrecerles café". Como si se dispusiera a hablar en público, se despejó la garganta con un carraspeo y salió del despacho, rápido el paso por si ya lo aguardaban, para recibir a los que habían llegado.

Quien entraba en la sala en el momento en que él lo hacía también por el extremo opuesto, era el general Martín Leal Garnica, Jefe del Estado Mayor Presidencial los diez años de la Administración Gómez-Anda y, antes, de su ayudantía militar en el ministerio de la Propiedad Nacional. Alegres de risas, quizá porque acababa de referirles algo gracioso, lo escoltaban, uno a cada lado, el mayor Pilo Fraga y el chofer Julio Ortiz, que enmudecieron al ver aparecer a don Aurelio: una figura casi transparente, visible apenas en el contraluz del ventanal.

–Querido señor Presidente . . .

–Pase, general . . .

Que recordara, era la primera vez que veía con ropas sport, de civil, a ese hombre alto y atlético, con el pelo casi blanco aunque apenas en junio hubiese cumplido los cincuenta; excelente jugador de polo, figuró de joven en el Seleccionado Nacional. Dos horas antes, vistiendo uno

de sus lujosos uniformes, el general Leal Garnica lo había acompañado a la ceremonia en la que entregó el gobierno al doctor Ávila Puig. Como en todos los actos públicos a los que don Aurelio asistió, o en los que participó dentro o fuera de la ciudad o del país, Leal Garnica permaneció a su espalda, inmóvil como un retrato, y alerta. ¿Hubo alguno entre sus edecanes que supiera leerle el pensamiento mejor que él?

–¿Cómo lo va tratando la vida, señor?

–Bien, general.

Lo que no había hecho nunca en los ya veinte años que llevaba de conocerlo; lo que no se atrevió a hacer después que El Señor lo honró llevando a la pila bautismal de la capilla de Los Arcos al penúltimo de sus hijos (al que nombró Aurelio, como constancia de respeto y amistad a su nuevo compadre); de un modo que a Gómez-Anda le pareció chocante por confianzudo, "como si este cabrón no recordara que siempre habrá superiores y subordinados", Leal Garnica le ofreció los brazos y entre ellos lo retuvo mientras le palmeaba la espalda y los riñones.

–Quiero que sepa, señor, que tiene en mí a un amigo . . . Juntos estuvimos en las buenas, y vamos a seguir así también ahora, en las malas . . .

–Gracias . . . –Don Aurelio consiguió liberarse de la efusión del general, cuyo aliento olía a licor, y miró a Fraga y al chofer, testigos de la escena. Los increpó –¿Se les ofrece algo . . .?

–No, señor . . . –dijo Fraga.

–Pues, entonces siga ocupándose de . . .

–Sí, señor . . .

Rápidamente Fraga abandonó la sala, unos pasos atrás de Ortiz. Tenía la impresión de que el señor Gómez-Anda se había puesto de mal humor: ¿porque había hecho pasar a Leal Garnica sin anunciarlo?, ¿porque lo molestaron sus fuertes risas? (¿cómo no reírse con esos, los tres últimos chistes nuevos contra Gómez-Anda y Armandina, que les contó el general?). "Ya mañana tendrás que buscarte a otro que te aguante, viejo grosero".

–No hay buenas ni malas, general . . .

–Me refiero, señor, a que ahora que ya estamos fuera. Es decir . . . –y Leal Garnica, que jugaba bien al polo se enredó en una complicada explicación durante la cual manejó, sin que viniera al caso, le parecía a Gómez-Anda, términos como amistad, cariño, lealtad, y que hizo culminar con lo que pretendía ser un halago y resultó una impertinencia:

–En una palabra, señor, he venido a decirle que siendo como somos compadres, debemos ayudarnos uno al otro; darnos la mano a la hora de los apuros . . . La mía, téngala, es suya . . .

–Gracias, general . . . –Como si estuviera sucia, la tocó brevemente Gómez-Anda.

Sin que don Aurelio lo hubiese invitado a hacerlo, el general ocupó una de las butacas. Quien había sido su jefe enlazó las manos por la espalda y, ladeada la cabeza, lo miró interrogativmente. Leal Garnica produjo algún comentario relativo a que nada, al parecer, según veía, había cambiado en esa casa, en la que trabajó muchos meses con él y de la que salieron para ocupar Palacio y Los Arcos. ¿No sentía 'raro' volver a ella?, ¿no 'extrañaba', por ejemplo, los espacios abiertos, las comodidades de la mansión presidencial?

–Porque debe ser duro volver a *esto* después de haber tenido *aquello*, ¿verdad?

–Todo depende, general.

Gómez-Anda se apoyó sobre el piano de cola cubierto por el mantón de Manila que la esposa de un embajador de las Filipinas le obsequió a La Primera Dama. Levantó la cubierta del teclado. ¿Cuántos años hacía que

no lo picoteaba con sus dedos índice para obtener algunos compases de las dos o tres únicas melodías que la Doña le enseñó a tocar mecánicamente?

–Por fin podrá usted descansar ahora, don Aurelio.

–Igual usted . . . –"Apenas he dejado de ser El Señor Presidente de la República y ya también este se olvida de adivinar lo que pienso. Si todavía supiera, o quisiera hacerlo, estaría largándose, que es lo único que me interesa: que se vaya".

–Ya lo merecía uno, señor. ¡Diez años de levantarse antes del alba y de acostarse al amanecer!

–Ahora, ¿cuáles son sus planes, general?

–En cuanto pueda, dar una vueltecita por Europa . . .

–¿Con la familia . . .?

–Sí, claro . . . Con la familia . . . –respondió, confuso.

(MÁS DISCRETO que otros miembros de la Administración, Martín Leal Garnica no había incurrido aún en excesos como los que le dieron fama de rufián, antes de adquirir la de filántropo y protector de las artes, al divisionario Wenceslao de la Paz, que poseía una casa de veraneo en cada playa de la República y mantenía una amante en cada barrio de la ciudad; que usaba los jets de la Fuerza Aérea para recoger en el extranjero cuanto a los suyos se les ocurría comprar allá, y los helicópteros de la Presidencia como si fueran taxis. Según informes periódicos del Ministerio del Interior, Leal Garnica había tenido suerte en sus negocios y su fortuna, así no presumiese de ella, era inmensa:

–A tu sombra, Aurelio; aprovechándose de tu nombre y de su influencia, el general sigue hinchándose de ganar dinero. ¡Córrelo! Es peligroso dejarlo . . .

Fatigadamente, el señor Gómez-Anda había bostezado antes de comentar:



–Que haga negocios no es peligroso, Fermín . . . Que se lleve algo de su dinero a depositar en Suiza, en México o en España tampoco lo es; ni que, como otros jefes del Estado Mayor, haya adquirido la manía de comprar rascacielos de oficinas . . . Peligroso es que anden por ahí, sueltos, tipos sobrados de ambición y que además, a-de-más, codicien el Poder por la riqueza que proporciona . . . A ésos, para seguridad de todos, debemos darles la Riqueza, toda la que quieran, para que dejen en paz al Poder . . . Discreción es lo único que hay que exigirles . . . Por lo que yo sé, hasta ahora Leal Garnica, a quien sigues sin querer, la ha tenido . . .

Cerró los ojos y, desperezándose, volvió a bostezar. "Yo mismo, ¿no he hecho de ser discreto la norma fundamental de mi conducta privada? De cada una de las grandes empresas que le he autorizado a formar en estos años, Miguel Rebul, sin yo pedirlo o siquiera insinuarlo, ha reservado para mí, según me ha dicho, un buen paquete de acciones. ¿Le he preguntado alguna vez cuál es, hoy, el monto de esas reservas particulares que me administra y de cuyas utilidades no tengo prisa por beneficiarme? A Fermín, que es como mi hermano, ¿le he pedido cuentas de la parte que legítimamente me pertenece de los negocios a que se dedica desde que llegamos a Palacio? ¿Conozco acaso a cuánto asciende lo que Armandina ha conseguido ahorrar para nuestros días viejos con sus muchos negocitos? ¿Sé a nombre de qué terceros queda registrado lo que tiene, pero de lo que nunca me habla . . .? Por todo eso, ¿vale la pena sancionar a Leal Garnica, comprometerlo en un escándalo para obligarlo a renunciar a su cargo y convertirlo en un resentido, en un enemigo más? La cordura recomienda respetarle lo que ya posee, para así disponer siempre de su persona o de su obediencia . . . Aunque no necesariamente debe coincidir lo que hago con lo que digo, ¿cómo reprenderlo si

es uno de los míos?")

–Buena idea, general, llevarse de paseo a la familia... La familia unida, dura. ¿Verdad?

–Así es, señor... –Gómez-Anda advirtió que el general parecía haberse turbado sensiblemente. Como si de pronto tuviera prisa por marcharse, dejó el asiento. "O tal vez no quiere que le suelte uno de mis sermones moralizadores, eh". –Ahora, si me lo permite, debo irme...

Al abrir la puerta se llenaron del húmedo olor del prado, de la frescura tolerable de la llovizna.

–Supe por ahí, hace unas semanas, cierto chisme y no quise creerlo, general...

–¿Chisme, señor...?

–Que se divorciaba usted de la comadre Sarita porque andaba entusiasmado con una pollona... Eso me contaron, general.

–Señor, permítame explicarle... –El rostro bronceado del general Martín Leal Garnica se despintó instantáneamente. Una como burbuja de saliva algodonosa le reventó, blanca, en la comisura derecha de la boca. Sus labios vacilaban.

Proseguía don Aurelio, elevada una ceja:

–Llegaron a la exageración de decirme, general, que para conseguir su libertad tuvo usted que darle a doña Sara quién sabe cuántos edificios y un montón bárbaro de millones... Eso dijeron y yo les rebatí: "Un hombre honesto como me consta que es el general Leal Garnica, ¿pudo comprar su divorcio con tantísimo dinero, si lo que ganó en su cargo de Jefe del Estado Mayor Presidencial apenas le alcanzaba para vivir con el decoro social adecuado a un colaborador de su jerarquía, ¿eh?"... Eso les dije a los que intrigaban contra usted, y creo que les dije bien, ¿verdad?

–Sí, señor...

–Me hubiese dolido mucho, general, saber que entre



la comadre Sarita y usted existían diferencias... Ahora veo que no las tienen... Bien, general... Los suyos estarán esperándolo y no quiero retenerlo más... Salúdelos de mi parte, y antes de emprender su viaje nos gustaría, a doña Armandina y a mí, tener el placer de tomar un café, aquí, con Sarita y con usted, ¿sí?

–Vendremos pronto, señor...

De prisa, sin volverse a mirarlo, seguro de que seguiría en el mismo sitio donde muy formalmente se dieron la mano al despedirse, cruzó la cochera el general Leal Garnica y salió de la casa. Tuvo un hipo Gómez-Anda. "¿Será tan pendejo Martín como para suponer que me ha engañado negando lo de su divorcio? ¿Lo habría negado si le hubiese dicho yo el nombre del abogado que hizo las negociaciones y mencionado la suma que le pagó a Sarita, y las propiedades que escrituró en favor de ella y de sus cuatro muchachos? ¿Qué cara habría puesto el buen general de haberle informado que estoy al tanto de que esta noche, a las once y media, en el avión directo a Madrid, volará con su amiguita? ¿Olvidó que todo lo sé, por insignificante que sea o parezca: una conspiración o la compra, con dinero del Estado Mayor, hace once días, a nombre de *ella*, de ese par de pasajes a España?"

Al salir del cuartito de baño, con las manos ateridas y una punzante molestia en las rodillas, experimentó el apremio de beber algo que lo entonara. A falta de café, ¿por qué no un trago? Los que hicieron la mudanza, ¿dónde habrían puesto el maletín que lo acompañaba en sus viajes, no el de los medicamentos y los objetos de aseo personal, sino el otro, el que más celosamente cuidaba el edecán de Leal Garnica, porque rebosaba de fajos de billetes de a mil y servía de escondite a la licorera llena del whisky escocés que se permitía beber por las noches, ya para acostarse, a fin de aliviar de fatigas a su corazón durante el sueño? Lo buscó entre las cajas apila-

das, detrás de los muebles y en los rincones. "¡Puah!" Recordó las botellas de champaña que se enfriaban en una tina de lámina, en la cocina. "Champaña, no . . . Jode el estómago e irrita el riñón. La acidez me mata". Más apropiado para esa hora, para tan rigurosa temperatura, le parecía la *Crema de Ron* que le llevó Quintín Asturias.

Fue a la cocina a buscar en qué servirla. En el trastero encontró vasos de vidrio corriente, estriados, de diversos tamaños y colores, algunos con melladuras en el borde. ¿Qué habría sido de las copas coñaqueras que tenían en la casa? Olvidada sobre un quemador de la estufa, la olla de aluminio producía un ruido extraño, una especie de chirrido. Se acercó a investigar. "¡Puah!" El líquido pardusco, ¿caldo o agua con jabón?, era ya tan escaso que apenas ocupaba el fondo. Apagó la hornilla. "Gente tan descuidada . . ." Escuchó, amortiguado por el espesor de la puerta de vaivén, el timbre del teléfono –y nuevamente la aprensión lo intimidó. ¿Los injuriadores otra vez?

Regresó a la sala cuando los cascabeleos cesaron. Reparó entonces que muy pocos de sus amigos, o de los que sin serlo debían recordar que estaban en deuda con él, se habían ocupado siquiera de saludarlo por teléfono. "Ya volverán". La ración de ron fabricado por la Cooperativa Nacional de Cañeros Libres, le pareció escasa, y la aumentó considerablemente. "En cuanto necesiten algo de mí, una poca de mi ayuda, estarán aquí . . . Si no los conocere".

Era bueno el ron. Al segundo sorbo se sintió ocupado por un tenue calor. Se había puesto a caminar, el vaso en la mano, la otra guardada en el pecho, entre los espacios libres que había en la sala. Tal estrechez lo asfixiaba. El olor a polvo viejo, a pintura, a humedad estaba marcándolo. "Será mejor no desempacar nada. Aguantar un poco, o largarnos a un hotel, mientras encontramos otra casa donde vivir . . . Aquí será imposible para Armandina . . . ¿Cómo andará todo de revuelto allá arriba?"

El frío empezaba a resultarle tolerable. Se le habían calentado los dedos y sentía menos tensa la piel de la frente. Se tocó la oreja helada y luego la nariz húmeda. "La casa es una nevera, carajo, y voy a coger pulmonía. ¿Habrá traído Armandina mis pijamas de franela y mis calcetines para dormir?" De pie ante el piano picoteó al azar el teclado amarillento. Acaso porque las tarareaba bajito, fue sacando las frases iniciales del Himno Nacional. "¡Con qué emoción lo cantó siempre Armandina en mi honor! ¡Qué arte y sentimiento le puso el día que lo grabó en Los Arcos para que cada niño del país tuviera una copia de ese disco! ¡Y qué modesta, qué señora tan señora mi Doña, al no permitir que se supiera que ella había sido la solista!"

Decidió sentarse en el escabel. Puso el vaso sobre el piano y con el aliento le dio calor a sus dedos. Fuerte y claro, persistente, llegaba de la calle, con el de la lluvia tenaz, el rumor de faena que producían las cuadrillas del Ayuntamiento al colocar, a intervalos regulares de dos metros, los cientos de postes de hierro que sostendrían los hilos de alambre de púas dentro de los que quedaría cautivo el parque de San Tadeo, hecho para que él lo disfrutara. "Las injurias, primero; ahora, el reto: venir a plantarme en las narices el nombre de su madre. ¡Puah!" Bebió, enérgico, un sorbo. "¿Llegará El Señor don Víctor a detestarme tanto como yo detesté al tío Tito Livio cuando descubrí por qué razón me escogió para ser el heredero de su gobierno. ¿No lastima nuestro orgullo, y nos enfurece, saber que se nos ha preferido, no por ser los mejores, los más capaces o los más leales, sino los más débiles, los más pendejos y, por ello, los más manejables?"

(IGUAL QUE la semana anterior, el presidente Tito Livio Gómez de Lara interrumpió la firma de los documentos luego de haber hecho correr la pluma al calce del séptimo que ese día le había llevado, para recabar su aprobación, el Ministro de la Propiedad Nacional. Abandonó los anteojos sobre el escritorio y suspiró, como si alguna fatiga lo cansara. Se recargó en el respaldo de la alta silla. Gómez-Anda soportó la acuciosa mirada de su tío. Lo escuchó después decir de modo casual, como si no tuviera importancia:

–Anoche, ya muy tarde, los Sectores que componen nuestro Partido unificaron, al fin, sus criterios y se pronunciaron por la persona a la que habrán de postular como candidato a la Presidencia . . . Amables, apenas tomada su decisión fueron a mi casa a informarme . . . Al conocer el nombre de quien ocupará mi cargo a su tiempo, me alegré, Aurelio, porque su elección, y los argumentos que para llegar a ella barajearon, coincidían de pe a pa con los míos . . .

Alerta, "¿cómo carajos no ponerse nervioso si va uno a recibir, del señor Presidente, una valiosísima confidencia?", se inclinó hacia él:

–¿Tienen ya al Hombre, señor?

–Desde esta madrugada.

–¿Puede saberse quién es?

Don Tito Livio no atendió a la pregunta. La cabeza echada un poco hacia atrás y la mirada escudriñando, como si no los hubiera visto miles de veces, los artesonados del techo, prosiguió:

–No siempre, tú lo sabes, es posible lograr que los intereses del Partido sean los mismos que los intereses políticos del Presidente . . . Cuando hay diferencias de apreciación, puntos de vista irreconciliables, choque de ideologías, ocurren los regateos, el estira y afloja entre los grupos, y entre el Mandatario y los Sectores . . .



–¿Los hubo ahora, señor?

–Escasos, sí, pero los hubo . . . Nada de importancia. Decía: en esos tironeos, los grupos exhiben su fuerza y pulsan la de los otros, la del Presidente incluida . . . En ocasiones, desgastándose entre sí, pasan meses . . . Eso es el rejuego del juego político, la sustancia de las especulaciones, la causa de los rumores que desorientan y terminan, lo que es mucho muy grave, dividiendo a La-Familia- Revolucionaria . . .

Empezaba Gómez-Anda a impacientarse. "Chochea ya don Tito Livio, pierde el hilo del tema . . . Se abandona a palabrerías inútiles . . . ¿Creerá que he olvidado lo que innecesariamente está recordándome? ¿supone que, después de tantos años en esto, ignoro lo que es la lucha interna en el Partido y lo que cada Sector busca obtener?"

–Eso es inevitable, señor . . . Cada grupo, cada político, cada bloque, atiende ante todo a su conveniencia . . .

–Habrás visto que los rumores y las especulaciones son, ahora, el pan-de-cada-día, como ocurre siempre que el Partido se apresta a elegir un candidato presidencial . . . Todo mundo habla, propone, analiza, discute, como si con ello fuera a influir en quienes toman La Decisión . . . Para sorpresa de los que creen saberlo todo, y para tranquilidad del país, que ahora podrá dedicarse a trabajar, El-Nombre-del-Hombre será pronto conocido . . . Un hombre bien visto por los que tienen voz en el Partido; un hombre al que le corresponderá unificar a los dispersos, restablecer el equilibrio y restañar las heridas que entre nosotros nos hemos causado . . . Eso, Aurelio, será lo que primero hagas: devolverle su cohesión al Partido . . .

–¿Yo, señor?

–Tú, Aurelio Gómez-Anda, Futuro-Presidente-Constitucional-de-la-República . . . Tú serás mi sucesor.

Lo único que a Gómez-Anda se le ocurrió hacer en ese instante, "lo único, Fermín, porque me quedé aturdido, sordo, de pronto sin recordar quién era yo y qué estaba haciendo allí; sin darme cuenta de lo que para mí significaban las palabras que don Tito acababa de decirme", fue sonreír; una sonrisa a medias desplegada que se le quedó en los labios secos. Lo único también que acertó a decir, "si dije algo más no lo recuerdo, Armandina", fue:

–Gracias, señor . . . –y se puso en pie, rígido.

–Siéntate, carajo, que todavía no acabo . . . –ordenó con impaciencia el Presidente.

Gómez-Anda obedeció, "la última vez, Fermín, que iba a permitirle al Viejo hablarme así, y aceptar sus gritos", y procedió, estuviesen firmados o no, a ordenar los papeles que había sobre el escritorio.

–Sí, señor.

–Hemos decidido, Aurelio, que la Convención del Partido se efectúe el sábado y que sea el Sector Popular el que te postule . . .

–Sí, señor . . .

El aturdimiento empezaba a sofocar a Gómez-Anda, ahora que empezaba también a comprender el valor de la revelación que le había hecho Gómez de Lara. "¿Puede un político escuchar en su vida palabras más grandes, más importantes, que las que don Tito acaba de soltarme?, ¿puedes esperar algo mejor que la Presidencia de tu país, si la ambicionas y te sabes merecedora de ella?" El estupor le resecó la boca y luego la ansiedad se la anegó con descargas incontenibles de saliva:

–Estamos seguros, el Partido y yo, de haber seleccionado, al seleccionarte a tí, al Mejor de Nuestros Hombres; al más Disciplinado e Institucional; al más Competente y al más Leal a la Amistad . . . Como amigo tuyo, como miembro de tu familia, mucho gusto me dio, Aure-



lio querido, que tan feliz coincidencia sucediera . . .

Se levantó Gómez de Lara y se reunió en un abrazo largo y apretado, un abrazo de sacudones y efusivos manotazos en los hombros, con el hijo de su primo hermano, Evodio Gómez Rojas; con su respetuoso amigo de toda la vida; con su discreto y eficiente Ministro de la Propiedad Nacional; con el hombre que mantendría, por lo menos otro lustro, el apellido Gómez en el Poder y que le garantizaría el disfrute sin sobresaltos de sus incalculables bienes.

–Gracias, señor Presidente.

Gómez de Lara volvió a ocupar su silla. Don Aurelio continuaba de pie. Miró a su tío; lo cubrió con una mirada que no era, lo intuyó así, la de antes, la de hacía apenas tres minutos. El Presidente, ¿había sido siempre así de pequeño, o es que empezaba ya a achicarse, a disminuir en importancia, ahora que el decir: "Tú serás mi sucesor", había alcanzado el máximo de su poder político –un poder que a partir de ese momento había empezado a dejar de ser suyo para que lo fuera, cada segundo en mayor medida, del sobrino que lo escrutaba, blancos los nudillos, como si se dispusiera a golpearlo?

–¿Contento, Aurelio?

–¿Cómo no estarlo, don Tito? Y también, confundido . . .

–¿Por qué?

Gómez de Lara había sacado de la parte inferior del mueble sobre el que reposaban los teléfonos innumerables, una botella de *mez-quil*, un aguardiente de agave que la tradición, y algunas afortunadas campañas de publicidad, habían convertido en la bebida nacional, y un par de vasitos que procedió a llenar.

–Hace una semana, don Tito, aquí mismo, puso usted en el suelo, por si las tenía, mis ilusiones de ser candidato a la Presidencia de la República . . .

–¿Querías serlo, Aurelio?

–¿Qué político no sueña, don Tito, con llegar a ser el Presidente de su país?

–Tú lo serás . . .

Frente a él colocó el vaso con *mez-quil* y propuso "Salud", pero Gómez-Anda no respondió con otro "Salud", ni probó el licor, como si quisiera hacerle comprender que a partir de ese día, las decisiones, beber o no, sentarse o seguir como estaba, le correspondería tomarlas a él.

–¿Podría hacerle una pregunta?

–Las que quieras.

–Si hace una semana, según sus palabras, era yo inelegible, entre otras razones, porque había quedado resentido a causa de mi infarto y, sobre todo, porque soy pariente suyo, ¿por qué ahora resulta que El-Hombre-del-Partido seré yo . . .?

–Lo serás porque eres el mejor de todos, Aurelio . . . Era correcto, hasta el día que hablamos, lo que dije: se desconfía de un gobernante enfermizo del mismo modo que jamás consigue la confianza popular quien ha sido ayudado, protegido o impuesto por un pariente poderoso, pues se teme, en ocasiones con razón, que a cambio de tal ayuda permitirá que empiecen a medrar, o que sigan haciéndolo, los que a su familia pertenecen. ¿Verdad?

–Sí.

–En el curso de una semana muchas cosas suelen suceder. Opiniones se mudan. Convicciones se modifican. Conveniencias políticas se producen. Coyonturas favorables se presentan . . . Eso ha ocurrido, Aurelio . . . El estado de tu salud no resultó ser, como temíamos, un impedimento serio . . . Celebramos consultas con los médicos de la Policlínica Olid que te atendieron y contrastamos sus respuestas con otros a los que invitamos a examinar los electrocardiogramas de control a los que prudentemente sigues sometiéndote . . . Los resultados fueron tranquilizadores . . . Por otra parte, el cargo de nepotismo es relativo, desvirtuable . . . Que te apellides Gómez y que un no muy cercano vínculo de sangre nos relacione, ¿bastaban para que te desecháramos; para que al cometer tal torpeza desperdiciáramos a un maduro, a un verdadero profesional del arte de la política y de la ciencia de la administración?



Bebió dos o tres rápidos sorbitos. Saboreó ruidosamente el *mez-quil*. Sonreía.

–Hace una semana, don Tito, cuando habló usted conmigo sobre la sucesión, ¿tenía ya decidido que fuera yo su candidato . . .?

–En efecto, Aurelio . . . Desde hace muchos meses, unos años, diría yo, te observaba; seguía tus pasos y tus actos, estudiándote, mirándote crecer . . . Salir de tus errores si caías en ellos: crearte . . . Llegará el día en que deberás hacerlo tú también: tener bajo vigilancia a los que habrán de sucederte: a esos, siempre inquietos y cachondos por la Presidencia . . .

–Si había ya resuelto la sucesión a mi favor, ¿por qué no me lo dijo, señor Presidente?

–La discreción, Aurelio . . .

–No es vanagloria, don Tito, pero jamás peco de indiscreto . . . Menos hubiera traicionado su confidencia.

–Es probable, Aurelio, que la confidencia te hubiera traicionado a ti . . . Eres hermético como una tumba, me consta, mas, ¿puedes tener control sobre tus gestos, sobre el tono de tus palabras, sobre la alegría, inevitable y muy justificada, que habrías sacado de aquí después de darte yo la noticia?

–Sé dominarme, señor . . .

–¿Has visto cuánta gente hormiguea en los corredores de Palacio, en los jardines de Los Arcos?

–Muchísima, ahora.

–Cada uno de los que se hacen viejos en antesalas o rondando mi casa, anda en busca de claves, de indicios que le permitan descubrir, antes que los demás, cuál de los posibles sucesores del Presidente sale todo él júbilo, o hinchado como un colipavo, después de hablar con don Tito Livio . . . Una sonrisa puede traicionarlo y un guiño inoportuno, arruinar el secreto . . . Entonces, Aurelio, todos le caen encima, lo acosan, le estorban . . . Por eso fue que nuestro prudente Primer Mandatario le ocultara a su muy querido colaborador y sobrino Aurelio, que al cabo de semanas de cavilaciones, de noches enteras sin dormir preguntándose: "¿será el mejor? ¿no iré a cometer una grave equivocación irreparable?; ¿de él, puedo esperar el mismo cariño y respeto que yo le profeso?", había aclarado las dudas que pudiera aún tener y resuelto en su favor el trámite, históricamente de máxima trascendencia, de la Sucesión Presidencial . . . Hace siete días, ¡claro que había decidido que el país fuera para él! Sin embargo, aún no terminaba de realizar ciertos ajustes; de instrumentar los arreglos que siempre han de hacerse con los cuatrocientos, los quinientos de Alto Nivel que componemos La Familia Revolucionaria a fin de que la armonía perdure en base al equilibrio de las fuerzas . . . Debía también quitarte de encima a los moscones; obligar a los enconchados a mostrarse; hacer que dieran color, como se dice, a los que sólo se manifiestan cuando saben a la segura quién va a ser el candidato . . . En esos quehaceres invertí mi tiempo . . . . Habrás visto qué despistados andan todos, corriendo de un Ministerio a otro, llevando apoyo y su irrisoria lealtad convenenciera a los que poco a poco fui señalando como posibles, probables, seguros, eventuales herederos míos. Y El Bueno, El Verdadero, ¡tú!, en la sombra, a oscuras y, te compadezco, algo triste . . .



–Triste, no, señor Presidente. Sólo conforme.

El Presidente tomó el vasito de *mez-quil* que Gómez-Anda no había tocado, ese Gómez-Anda ya menos pálido pero aún tembloroso. Un reguero de gotas manchó la pulimentada superficie de madera y arruinó uno de los Acuerdos que esperaban firma. Usando el codo izquierdo, lo secó don Tito Livio. Bebió la mitad.

–Otras cosas quería saber de ti . . .

–¿Cuáles, don Tito?

–Cómo reaccionarías después del desencanto . . . Cómo sería Aurelio Gómez-Anda en la adversidad . . . Qué tanto, y hasta cuánto, aguantaría la presión, porque deber recordar, Aurelio, que sólo cuando presionas a un hombre conoces su verdadero carácter; su temple, si lo tiene; o sus debilidades . . .

–¿Qué opinión le mereció su sobrino, señor?

–Buena . . . Tan buena que aquí estás, frente a mí, oyéndome decirte: "Lo felicito, señor Presidente don Aurelio Gómez-Anda . . . Salud y buen gobierno" –Apuró el resto del *mez-quil* . Se le vidriaron los ojos unos segundos. Volvió a eructar. Gómez-Anda inclinó un poco la cabeza, agradeciendo el brindis. Era la primera vez que alguien le concedía trato superior de: Señor Presidente. Prosiguió don Tito Livio: –Si algo tuvieras qué agradecerme, Aurelio querido, sería que te hice llegar al Poder sin ningún compromiso . . . Libre. No atado a facciones o individuos . . . Repito: sin compromisos . . . Cuando estés sentado aquí sabrás qué alivio es gobernar con libertad . . .

ESA NOCHE, luego que se marcharon los miembros del Comité Ejecutivo Nacional del PUR que extraoficialmente habían ido a saludarlo (aunque no a comunicarle la decisión del Presidente, pues él no los había autori-

zado a hacerlo) Fermín Palermo le confirmó con su comentario lo que él ya sospechaba:

–Eso de que llegas a la Presidencia sin compromiso, es un cuento de don Tito . . . Al insistir en ello, el viejo marrullero estaba haciéndote consciente de que tu único compromiso: el que deberás respetar: del que no podrás olvidarte y menos librarte, es con él . . .

–¿Qué puede exigirme que no haya tenido? ¿Dinero, influencia, posiciones para sus amigos en el Gobierno?

–Poder . . . Eso, de algún modo, te pedirá . . .

–El Poder del Presidente es, debe ser, indivisible.

–Buscará compartirlo contigo, Aurelio, a través de los ministros, de los senadores y diputados, de los gobernadores y comandantes militares que te irá imponiendo . . . O sea, El Señor te heredará a los suyos, a los que no quiere dejar desamparados, a los que plantará cerca de tí para que te vigilen y, de ser necesario, te impidan hacer lo que tú quieres y él no autoriza . . .

–Aceptarlos, a pocos o muchos, en un precio que al principio pagaremos, Fermín . . . Tiempo de sumar, éste, hasta que nos encontremos en condiciones de proceder a restar . . .

–A cortar cabezas.

–Las que sean, pero no antes.

–Tus propios compromisos deben ser cumplidos.

–Lo serán.

–¿Te das cuenta, Aurelio, que llegas sin equipo?, ¿que el personal de que dispondrás es el mismo que hoy sirve a tu tío?

–Tiempo habrá para rodearnos de gente valiosa.

DESPUÉS QUE una de sus nietas llevó el coñac para él y el licor de menta para su invitado, y de que otra dejó en el despacho las tazas y el café que beberían tan a solas como habían comido, el general Marcelino Ku, viejo guerrero de hazañas legendarias y personaje mayor del anecdotario político del país, anunció al señor Gómez-Anda que había resuelto jugarse cuando poseía, "y de ser necesario, ¿cómo que no, carajo?, también el cuerpo y el alma", a su favor:

–¿A mi favor, general Ku?

–Al suyo, don Aurelio . . . Hace tiempo me gusta usted para que sea nuestro próximo Presidente . . .

–¿Yo, general? Eso es imposible.

–¿Por qué, si usted es más listo que muchos pendejos que si han llegado?

–La oportunidad histórica, general . . . Otros, con mucho dinero y poder, han trabajado sus candidaturas, y van muy adelante . . . Cualquiera de ellos será.

–Corazonada o no, don Aurelio: El Candidato resultará ser usted . . .

Faltaban aún muchos meses para que llegara el día en que don Tito Livio debía anunciar a los dirigentes del Partido Unificador Revolucionario, que a su vez lo comunicarían a los líderes de los Sectores, el hombre de quien iba a ser postulado Candidato-Oficial-a-la-Presidencia, y ya cuatro o cinco ministros y, sobre todo, el poderoso y popular alcalde metropolitano Alfonso Videgaray, se ocupaban de concertar alianzas con Los Grupos de Poder –coaliciones sindicales, sociedades burocráticas, fraternidades financieras, pactos agrarios, bloques de gobernadores, camarillas legislativas, con el propósito de presionar al Primer Mandatario y obligarlo a tenerlos muy a la vista en el momento de tomar La Decisión Final. Sin recursos para costearse una campaña de propaganda personal en la prensa o en la radio; a cargo de un Ministerio apolítico como el de la Propiedad Nacional; poco conocido por el público y apenas por los líderes, caciques, militares y funcionarios que componían el cir-

culo de amigos de Gómez de Lara, don Aurelio sabía que la jefatura del Gobierno, así la codiciara, no le sería entregada jamás por su tío. ¿A él, un hombrecito sin relieve, confiarle La-Superior-Responsabilidad de ser su Heredero? Le envanecía, sin embargo, descubrir que al menos un general de fama e influencia en las Fuerzas Armadas, ese Marcelino Ku que durante semanas lo había perseguido para que comiera con él en su casa, lo prefiriese entre tantos para ser *su* carta de triunfo, "lo que indica que don Marcelino ninguna idea tiene de cómo se hace la política aquí".

–Si a causa de un milagro me escogiera el Partido, ¿qué, general?

–Soy su amigo, don Aurelio, y lo serviría lealmente.

–He oído decir que su candidato es, o era, el señor Videgaray.

–¿Ése? ¡Nunca!

Fueron adversarios, durante el largo periodo de la Guerra Santa, urdida por los obispos contra el Gobierno Federal, que ensangrentó a la República en la década de los años treinta. Después, al asociarse en ciertas empresas, encontraron la afinidad y la amistad que habría de mantenerlos unidos y prósperos varios lustros, hasta que mermaron del todo a causa de un negocio de cementerios que Marcelino Ku ideó ("La tierra más productiva del mundo, Alfonso: compramos a centavos el metro y la revenderemos a miles de pesos") y que Videgaray, así llegó a murmurarse, realizó él sólo para su personal beneficio. No satisfacieron al vencedor de la batalla de Alamitos las tardías explicaciones que le entregaba El Señor Alcalde, y el afecto de otros tiempos devino inquina. "Aunque en ello me gaste todo lo que tengo, hasta lo imposible haré para acabarlo".

–Hay otros, general, con mayores probabilidades que yo.



–Puede que los haya, don Aurelio; pero, como ya le dije: me gusta usted, y por usted ¡a morir!

Los había, sí, y algunos eran amigos o conocidos suyos; desde luego más amigos y mejor conocidos que don Aurelio Gómez-Anda al que había tratado escasamente, de más joven, en Katimandá. "Para estas fechas esos estarán ya muy comprometidos, muy enredados con tantos como los rondan. En cambio, Gómez-Anda está solito, necesitado de ayuda, sin gente . . . Entenderse con él será fácil, y mucho lo que uno puede sacarle. Es jugar "a la chica" como dice mi compadre Amadeo Vértiz . . . ¿Y qué? Si el caballo gana, grande es la paga . . . Para jugar a la política hay que comprar billete como para jugar a la Lotería. ¿Qué no atinaste? Casi nada pierdes. ¿Que tuviste suerte y sí? Pues amigo: a mamar con fe . . . Mi Premio Mayor puede llamarse Gómez-Anda".

Hacia el final de la segunda taza de café, cuando ya la luz de la tarde empezaba a enrojecer en las ventanas, el Ministro de la Propiedad Nacional decidió llevar, hasta el extremo del compromiso, ese juego de imposibles:

–Suponiendo que el señor Gómez-Anda resultara seleccionado por el Partido y alcanzara la Presidencia de la República, ¿qué esperaría de él, su amigo, el señor general Marcelino Ku?

Nunca supuso don Marcelino, bravo entre los bravos, que exigiera tal acopio del valor, tanta firmeza en la voz, responder a esa pregunta. De pronto asustado, él que no abatía los ojos ante nadie, "ni ante el sol siquiera", escondió su mirada y confesó:

–Primero, lo que más vale: su amistad.

–No es necesario pedir lo que ya se tiene, general.

–Después, señor, el grandísimo honor de ser su Ministro de Guerra y Defensa . . . Tengo algunas buenas ideas que . . .

Gómez-Anda consideró que ése era el momento

justo para terminar la sobremesa larguísima y ya fatigosa. Sentía muy sucia, con restos de comida, la dentadura postiza. En los ojos de Marcelino Ku había inquietud. Pedir el Ministerio de la Guerra ¿no sería demasiado? Aunque, ¿podía conformarse con menos un divisionario de su renombre?

Le colocó el Ministro la mano izquierda en los alamares del hombro derecho. Se estremeció con Marcelino, fuerte, entero, vivaz, animoso a los setenta años. Se miraron. Esa mano, cómo pesaba, qué amablemente lo sacudía, trasmitiéndole de algún modo misterioso: afecto, confianza, amistad. Dijo Gómez-Anda. "Con voz de jefe, de Señor Presidente, así se la oí, Amadeo":

–Honor sería para la Nación entregar a un Soldado-Tan-Soldado, a un Hombre-Tan-Hombre como el general don Marcelino Ku, la custodia de las Instituciones, y para Aurelio Gómez-Anda que un amigo llegará a ocupar cargo de tal importancia...

–Gracias, *mi* señor Presidente.

Se abrazaron. ¿Cuántos años de su dilatada vida había aguardado Marcelino Ku escuchar palabras semejantes?

–Sin embargo, general... Primero, debemos conseguir que Nuestro Partido recuerde que existimos... Después, hacernos merecedores de Su confianza... y por último, lo que más cuenta: recibir la Superior Aprobación del Señor Presidente, don Tito Livio...

–Todo eso, don Aurelio, le llegará... Yo y mis amigos del Ejército y de la política, empezaremos a trabajar por usted desde hoy mismo... Créame, señor: pocas corazonadas me han fallado: por eso sigo vivo... Más le pienso y más me da, aquí en el pecho, que usted será...

Ya en la puerta de la casa, luego que Ku reiteró el tratamiento de "Hasta pronto, señor Presidente" para despedirlo, Gómez-Anda le concedió el que quizá más ansiara él:



–Seguiremos viéndonos, señor Ministro... Buenas Noches... Despídame de sus nietecitas...

POCOS DE LOS cercanos colaboradores del Presidente Electo más populares, por su bonhomía y capacidad de servicio, que Marcelino Ku, a cuyo cargo quedaron ciertas delicadas pesquisas confidenciales en el curso de la campaña electoral; pocos más seguros que él de obtener un puesto en el Gabinete que ya organizaba, con evidentes intromisiones de su tío Tito Livio, el señor Gómez-Anda. ¿Cuál mejor, para hombre de su experiencia, que el de Ministro de Guerra y Defensa, que de hecho estaba ya desempeñando al coordinar los trabajos del equipo de jóvenes oficiales y variados técnicos que se ocupaban de preparar el programa de modernización de las Fuerzas Armadas prometido por don Aurelio?, ¿acaso el brigadier Teodoro Gómez, el amigo militar más cercano al ex-Ministro de la Propiedad Nacional, no cortejaba a don Marcelino con el tacto que merece quien tendrá bajo su mando al Ejército? El futuro Primer Mandatario, ¿no distinguía a Ku en público, y lo trataba en privado con afecto y respeto?

Pero un día trascendió un rumor:

–Gómez-Anda y el general Ku han empezado a tener dificultades, porque éste quiere meter su cuchara en todas las ollas... –al que siguió otro:

–Cada día que pasa se agrian más las relaciones entre ellos... –y luego uno más:

–Dueño del Ejército, el viejo Ku, que soñó alguna vez con ser Presidente, le daría un susto al Gobierno... Cuestión de tiempo...

Josafat Armengol, a cargo de las relaciones públicas de don Aurelio, procuró detener la murmuración. Desayunó, comió, cenó, bebió copas y se fue de juerga con

los columnistas que la propalaban, como si se hubiesen puesto de acuerdo. La amistad entre el Presidente Electo y el famoso divisionario no conocía cuarteaduras; si fuera ello posible, jamás había sido más sólida y profunda. Los rumores procedían de "los emboscados que nunca faltan" y que sólo se ocupan de "confundir por igual a lectores y a políticos"; y para demostrar con hechos lo que postulaban sus palabras, Josafat convenció al señor Gómez-Anda que en compañía de Ku asistiera a la tradicional Corrida de la Cruz Roja –última que en la plaza vería, él tan aficionado a toros, el futuro Presidente.

Esa aparición pública de ambos surtió el efecto calculado. Cesaron los infundios y nadie se ocupó de inventar otros. Los "de adentro" (secretarios y consejeros, coordinadores y ayudantes) sabían, sin embargo, que existía cierta tirantez entre Gómez-Anda y don Marcelino, porque éste daba órdenes y procedía como si fuera suyo el Ministerio. La verdadera crisis, lo que terminó por exasperar a don Aurelio, ocurrió días antes de que recibiera el Gobierno. Pidió la lista de los elementos civiles que lo habían servido, cuidándole la vida o siéndole útiles de algún modo, los muchos meses que le tomó recorrer, como candidato a la Presidencia, la República. Deseaba recompensarlos, cumplirles el deseo de formar parte de las Fuerzas Armadas. El entonces coronel Martín Leal Garnica propuso veintitrés nombres. Una tarde entera le llevó a analizar, en la sala de Becerra 82, los merecimientos de cada uno. Gómez-Anda acordó que se prepararan los papeles necesarios para que esas personas ingresaran al Ejército apenas él llegara a Palacio Nacional. La misma noche, el general Marcelino Ku alzó su ira ante El Señor:

–Se me ha dicho, don Aurelio, que va usted a convertir en oficiales a varios ayudantes civiles . . . ¿Es verdad?

–Lo es, general.

–Por el prestigio del Ejército, no los incorpore a él,



señor. Mejor déjelos fuera . . .

–Nos han servido lealmente, general. Merecen la oportunidad de seguir haciéndolo, ahora ya dentro del Instituto Armado . . .

–Si desea ayudar a esos gatilleros, matones y alcahuetes, ¡y perdone la franqueza, señor!, déles dinero, déles negocios, déles lo que usted quiera, pero no les regale grados . . . Los grados, don Aurelio, se ganan en batalla o pacientemente en el cuartel , no así . . . Por favor, piénselo . . . A la oficialidad le sabrá mal que premie de tal modo a esos individuos . . . Tenga usted en cuenta, señor, lo que significa la moral del soldado, y el orgullo con que ostenta los símbolos de su rango . . . Esto se lo dice uno que desde muy abajo, desde que de muchacho lo agarró la leva hasta la fecha, ha sido leal a su Ejército y ha ganado a pulso sus insignias . . .

Hostil de pronto el gesto; ausente la mirada (evidencia que ya no lo escuchaba) Gómez-Anda lo dejó hablar. Cuando terminó de hacerlo sólo dijo, lacónico:

–Enterado, general Ku.

–Entonces, señor, ¿se anularán esos nombramientos?

–Estudiaremos el asunto, general . . . Buenas noches.

–Que descanse, señor . . .

Le tendió la mano, despidiéndose. Flojamente, Gómez-Anda le dio la suya.

CUANDO llegaba para desayunar con el Presidente de la República, don Aurelio Gómez-Anda vio partir de la residencia de Los Arcos, detrás de sus cuatro motociclistas y delante de su coche-escolta, el largo automóvil verdeolivo del general Ku. ¿Habría ido a intrigar? Propenso a ver-con-los-oídos; esto es, a creer en chismes, ¿estaría el tío de malas contra él y a favor de las demandas de un militar al que estimaba y cuyas opiniones sin duda com-

partía, celoso como era de la rutina de las tradiciones y el respeto burocrático a las formas?

–Temprano llegó el general Ku, don Tito.

–Como ya está viejo, duerme poco. A las seis y quince me anunciaron que solicitaba audiencia urgente.

–¿Vino a despedirse de usted, señor Presidente?

–Más bien –sonreía, divertido, los labios negruzcos a causa del chocolate que estaba sopeando y que no retiraba aún de ellos con la servilleta–; más bien, vino a contarme cómo había evitado que al Cuerpo de Oficiales se colaran, esa palabra usó, colaran varios elementos indeseables . . .

–Miembros de mi servicio de seguridad . . .

– . . . que pueden ser buenos pistoleros y duchos guardaespaldas, pero que carecen de méritos morales para vestir el uniforme y lucir un grado . . .

Luego de un silencio, que se prolongó mientras apartaba con la cucharilla la nata que se había formado sobre el chocolate de su propia taza, don Aurelio inquirió –bajita la voz, humilde casi:

–¿Cuál es su opinión, señor . . .?

La rosquilla sabor anís en viaje a su boca, repuso Tito Livio Gómez de Lara:

–El Presidente de la República toma invariablemente las decisiones que estima correctas. Si a alguien no le gustan, ¡largo! . . . Si has decidido dar de alta en las Fuerzas Armadas a esos elementos, adelante . . . Al que demande de ti una explicación, sean el Santo Papa o el general Marcelino Ku, mándalo a aprender una poca de obediencia . . . Esta regla aplícala a todo, Aurelio . . . Si permites que tus ministros, gobernadores y amigos, o el pueblo mismo, se suelten opinando sobre todo y se atrevan a cuestionar tus actos personales o los de tu Administración, vivirás a la defensiva y casi siempre en peligro de que acaben levantándose contra tu autoridad . . .



–Nada en concreto he prometido al general Ku . . .

–Bien hecho . . . Nunca seas del todo claro en lo que dices, y menos aún en lo que prometes . . . Para no verte obligado a cumplir lo que has ofrecido, conviene siempre una poquita de ambigüedad . . . Ser ambiguo no es ser hipócrita; sólo inteligente. Que tus palabras puedan, a voluntad tuya, ser interpretadas de modo diverso, ¿eh?

–He procurado aprender eso de usted, señor Presidente.

Don Tito Livio procedió a escarbarse los dientes y las piezas molares, con un largo palillo de marfil. Asintió, y luego:

–El ejercicio del Poder te permitirá acumular otras enseñanzas . . . Por ejemplo: hazle saber al pueblo con frecuencia que estás haciendo un buen gobierno. Repítelo, repítelo, repítelo, y si lo repites con suficiente convicción, acabará por creerlo. Adquirirás fama de eficaz administrador . . . Haz lo que te venga en gana, pero guarda las apariencias . . . ¡Qué frecuentemente olvidan esta sencilla fórmula nuestros politiquitos . . .! Permite que todos discutan todo, menos tus actos. Dales la impresión de que te agrada, y por eso la estimulas, la libertad de las ideas. No limites lo que llamamos La Libertad, pero nunca dejes de moderarla, pues hay quienes suponen, ilusos, que no tiene límites . . . La política, eso lo sabes ya, es algo sagrado . . . Cuida que los de fuera no metan mano en ella . . . Demuestra desde el principio que tu Gobierno tiene carácter, perfil, decisión, línea . . . Un presidente sin mano dura invita al desorden y a que se le falte al respeto . . . Si eres blando con él, este pueblo nuestro terminará desbocándose, relajándose, destruyéndose a sí mismo . . . Ten presente que prefiere tener a un dictador y no a un franciscano en Palacio . . . A quienes te han servido bien, págales lo más que puedas; tenlos contentos, dales cosas que no quieran perder si

caen de tu gracia . . . De tiempo en tiempo pónlos a temblar con un malhumor tuyo . . . Que no se sientan demasiado seguros, nunca . . . No serán todos, quizá, tan leales como quisieras, pero los mantendrás alineados junto a ti . . .

–Sí, señor . . . Gracias por los consejos, don Tito.

–Darlos, Aurelio, no es ceder experiencia . . . Le toca a uno equivocarse para conseguirla; lo que quiere decir que mientras más experimentado llegas a ser de viejo, más pendejo fuiste de muchacho, ¿eh? . . . –y con el acceso de tos se le escapó una corta risa.

–Sí, don Tito.

Iban, ya al paso, hacia la puerta principal de la casa. En alguna parte alguien jugaba al frontenis. Borrosos, inquietos, en grandes o pequeños grupos, se adivinaban esfuminados a través de las cortinas los que aguardaban en el jardín a que aparecieran, el brazo de uno en el brazo del otro, El Señor Gómez de Lara y el Presidente Electo –sobre todo éste. A mitad del vestíbulo, cuando ya el oficial de guardia se adelantaba a abrir, don Tito y don Aurelio se detuvieron. Dijo aquel, como si lo preocupara:

–Marcelino Ku va a ser una continua molestia para ti si lo incorporas a tu equipo . . . Todavía no es ministro y, ya ves, ha empezado a retobarte . . . Para Guerra y Defensa, creo yo, necesitas a alguien que te interprete juiciosamente y, sobre todo, que obedezca tus decisiones sin chistar . . . ¿Conoces al general Radamés del Valle?

–Muy ligeramente.

–Buen elemento. Serio. Organizado. Organizador.

–He pensado, para llevarlo a Guerra y Defensa, en el general Teodoro Gómez. Leal, amigo nuestro, entusiasta . . .

–Para ser ministro, Teodoro Gómez está muy tierno todavía . . . Es apenas brigadier . . . Del Valle es un respetado divisionario . . . Me ha expuesto sus ideas, y las encuentro excelentes. ¿Lo recibirías para escucharlas . . .?

–Sí, señor . . . –"¿Qué diablos podía hacer, Fermín, sino acatar sus recomendaciones?"

–Le pediré a Radamés que vaya a verte esta nochecita . . . En cuanto a Teodoro Gómez, nómbralo viceministro. Se llevará bien con el general Del Valle . . .

–Estoy seguro de que sí . . .

–También he resuelto, Aurelio, quitarte de encima al tábano en que se convertirá Marcelino Ku apenas sepa que lo has dejado fuera . . .

–Podría darle algo adecuado a su edad, y a lo que representa: la Vieja Guardia Revolucionaria . . . Por ejemplo, el Banco de las Fuerzas Armadas que me propongo establecer, o la dirección del Heroico Colegio Militar. ¿Sabe usted, señor Presidente, que los métodos de guerra del general Ku se estudian como materia obligatoria?

–Lo sabía, sí . . . –Siempre del brazo, volvieron a caminar confidenciales, ahora de un lado a otro del vestíbulo. El edecán cerró la puerta. –Donde ubiques a Marcelino Ku te hará problemas . . . Es un tipo, lo conozco, conflictivo y lenguaraz . . . Si admites mi consejo: no lo uses . . . Uno de los últimos acuerdos que firmaré será en tu beneficio, Aurelio . . . Voy a disponer, como Jefe Nato del Ejército Nacional, que don Marcelino pase a retiro . . .

–Le faltan tres años para alcanzar la edad límite reglamentaria, señor . . .

–Se irá a su casa, de todos modos . . . Nada podrá reprocharte a ti. Serán para mí las injurias, pero, ¡qué importa si ya me voy!

–Me gustaría, señor, hablar con él . . . Se comprometió por mí cuando parecía imposible que yo pudiera llegar a . . . esto . . . Merece que le explique . . .

–Un presidente, Aurelio, da órdenes, no explicaciones; que no se te olvide... Y, a propósito de olvidos: ya casi no recordaba... ¿Sabes por qué te invité a desayunar con tal urgencia?

–Dígamelo usted, señor...

Volvieron a detenerse. Un largo corredor con arcos al lado izquierdo penetraba profundamente en esa parte de la casa. Proseguían, rítmicos y claros, los pelotazos en el frontón invisible. "¿Cómo pelotazos, si el frontón ya no existe, si su espacio lo destiné a lo que será salita de música de Armandina?"

–Quise que vinieras, Aurelio, para decirte que eres un redomado burro...

–¡Señor!

–...y que por serlo estás a punto de meterte, y de meterme, en un lío; en un follón tan gordo, pero tan gordo, que podría, en puridad legal, determinar la anulación del proceso electoral que culminó con su elección...

Pálido de pronto y furioso por la forma en que Gómez de Lara estaba hablándole, el Presidente Electo Gómez-Anda exigió saber:

–¿Por qué?

–¿Conoces la Constitución Política de la República? ¿La has leído con curiosidad?

–La conozco y la he leído, no sólo curiosidad, sino con atención...

–Pues no parece... La hemos violado gravemente, Aurelio... ¡No quiero pensar lo que haría, lo que diría, Acción Republicana si se enterara de lo que yo anoche, por casualidad, me enteré!

–¿Qué pueden decir que no nos lo hayan dicho ya?

Le negó Tito Livio la respuesta directa. En cambio:

–Si conocieras a fondo la Constitución del país que voy a entregarte; y si, además, fuera tu memoria tan



buena como dicen que es, sabrías, Aurelio, que no tienes derecho a ocupar la Presidencia en las condiciones actuales... Milton Peralta Garibay te haría pedazos si lo supiera y si, sabiéndolo, exigiera, como es su derecho, la intervención del Poder Judicial...

–¿Si supiera qué, señor Presidente?

–Que no estás casado con tu mujer, Aurelio. Eso.

–¿Eso?

–¿Te parece poco? Dice El Libro que para ser electo presidente constitucional de este país, quien aspira a serlo deberá: uno) haber nacido en territorio nacional y ser hijo de padre y madre también nacidos en él; dos) contar con más de treinta y cinco años de edad y no estar impedido mentalmente para el desempeño del cargo; y, tres) que es donde te va a doler: estar casado, ¡tener esposa, Aurelio!, legítimamente reconocida por la ley, ¡el día de la elección!... Y hasta donde yo sé, la sobrina Armandina y tú viven juntos, en unión libre, amancebados, pero no son marido y mujer porque no los ha matrimoniado ningún juez civil...

–¿Y?

–Esa situación debe ser remediada, inmediatamente... He resuelto, Aurelio, que hoy mismo te cases con Armandina...

No supo Gómez-Anda si largar la risa o indignarse. ¿Legalizar su durable relación con Armandina haría de él un mejor gobernante, un más hábil político, un hombre más justo? Le parecía desproporcionado el temor de Tito Livio. ¿Cambiaría el orden de las cosas que el partido perdidoso, Acción Republicana y su caudillo nacional, Milton Peralta Garibay, organizaran alharaca en base a tan leve infracción? Quizá sesenta años atrás, cuando El Libro fue escrito, discutido, enmendado y aprobado por el Constituyente, era mal visto que el Primer Mandatario del país fuera soltero; por ello, presumiblemente poco

serio, frívolo o enamoradizo. "Como si tener esposa le cambiara el modo de ser, las aficiones o las inclinaciones a los hombres. Seguir exigiendo el cumplimiento de tal requisito, ahora, luego de tantos cambios en la conducta social y moral del individuo, ¿no es una ñoñería, una exigencia igual de ridícula que de absurda, Fermín?"

–Si las elecciones fueron hace cinco meses, si la violación al precepto constitucional se cometió entonces, ¿qué remediaría que nos casáramos hoy Armandina y yo . . .?

–Tú, cásate . . . Los detalles de la ceremonia han sido arreglados ya . . . Armandina está avisada . . . Mandé por ella hace un rato . . . Se irán a Nogales . . . El juez Espronceda los acompañará . . . Los testigos salieron temprano . . . Armandina quiere que luego oficie un cura . . .

–No . . . Nada de curas, señor . . . Usted conoce mis ideas . . .

–Y tú debes conocer a tu mujer, Aurelio. Dale ese gusto; cásate también por la iglesia . . . El cura que los unirá no es un cura cualquiera. Es amigo tuyo y mío. El obispo Mendoza Ledo, progresista si los hay, está encantado de poder servirte . . . Ahora que lo veas, repítele lo que por teléfono le dije anoche: en cuanto me desocupe, iré a tomarme una botellita de tinto con él . . . Son las nueve y media . . . A la una, a las dos de la tarde estarán de vuelta . . . Así que: ¡felicidades . . .!

–Gracias, señor . . .

UN HELICÓPTERO Olid-27, sin ningún signo de identificación, los condujo en veinticuatro minutos de plácido vuelo, desde Los Arcos hasta los aledaños de la ciudad de Nogales, en el sur. El juez Espronceda y Mendoza Ledo, El Obispo Rojo, decidieron que la doble ceremonia se efectuara en un mismo sitio: la capillita de La Inmaculada, en la aldehuela de San Onésimo. En la sacristía, oscura y olorosa a incienso, Espronceda leyó el "Contrato Matrimonial" y los declaró unidos ante la ley. Firmaron como testigos, por parte del novio, Marco Tulio Cimarrosa, Ministro del Interior y el coronel Leal Garnica; por la novia, el religioso, doctor en teología, y el capitán Pilo Fraga. Armandina, que vestía el traje nupcial de las novias de la Costa Baja, y se adornaba el pelo con florecitas de azahar conseguidas de suerte, se permitió la inofensiva mentira de restarle un lustro a su verdadera edad.

En el acta, manuscrita sobre una página que dejaron en blanco los químicos enviados por Cimarrosa a retirar de madrugada un libro viejo del Juzgado Civil, se acreditó que la boda había tenido lugar, en Nogales, veinticuatro años antes. Precavido, Cimarrosa se incautó del grueso tomo, sucio de tiempo.

Durante la muy breve boda religiosa, Armandina se emocionó tanto que se puso a llorar. ¿No era ésa la primera vez que se casaba? Recordó a sus padres: qué felices hubieran sido mirando a su niña vestida de blanco ante el altar. Durante el vuelo de retorno, la cabeza apoyada en el hombro de su esposo, pensó, con alivio, que jamás volvería a padecer el remordimiento de vivir en pecado mortal con don Aurelio.)

¿DE QUIÉN SERÍA la voz que estaba escuchando . . .?

9

TODO AQUELLO volvió a su memoria cuando Marat Zabala (de sus ministros, el más cercano en amistad; al que pudo haber señalado sucesor suyo a la Presidencia, pero al que desechó porque no siempre ha de elegirse el mejor hombre, o al discípulo preferido, sino al que conviene; guapo, siempre de algún modo luciendo más joven de lo que era; alto, gallardo, "absolutamente irresistible", como Armandina y la mayoría de las mujeres lo consideraban) le ofreció, con la sonrisa, los brazos abiertos: "Se escuchó algo así como un seco disparo de arma de fuego. Rapidísimas miradas buscaron la mesa de Zabala, donde parecía haberse producido la explosión. Hacia allí miró también el doctor Ávila Puig. Recordaría a Marat Zabala, casi a hombros de sus amigos, el brazo en alto y en la mano una chorreante botella de champaña –surgida de no se sabría dónde. Sería esa la última imagen de Marat que aprehenderían sus ojos. No olvidaría, en cambio, otra: aislados, muy serenos, figuras de cera a las que nadie hacía caso, faraónicos, trajeados de negro, tristes y sin hablarse, los dos viejos: Vallado Fájer y el Presidente Gómez-Anda, aguardaban inmutables en sus sillas, y quizá admitiendo que el Poder comenzaba a ser de otros, a que la bantahola se calmara un poco".

–Lo veo muy bien, señor Presidente.

–Algo cansado, Marat... –Le pareció impropio tratarlo de "Zabalita" como de costumbre.

–Fueron difíciles para usted estos últimos meses.

–Para todos, también.

–Logramos alcanzar la orilla, señor.

–Con esfuerzos, Marat. Tú sabes cuántos . . . Problemas que nos hicieron; celadas que nos tendieron . . . Caos para hacernos daño . . . Desconfianza a través de la murmuración.

–¿Quién se acuerda ya de eso . . . ?

–Yo, Marat. Yo recuerdo.

–Usted ha cumplido, y cumplido como el mejor. Lo sabemos todos.

–Lo que hoy se sabe, mañana se ignora. ¿No has aprendido que en este país nuestro, el único Presidente Creador, Justo, Patriota, Sabio y Visionario que ha existido en la Historia Nacional es el que está de turno? ¿No se nos dijo en estos diez años que sólo César Darío y Aurelio Gómez-Anda hicieron cosas que valía la pena mencionar?

–Su obra, señor Presidente, ahí queda: no puede ser borrada, tampoco negada; menos todavía: superada . . .

Complacido, como en los tiempos en que la relación de Marat, para con él era la de un hijo con el padre al que admira, el señor Gómez-Anda recomendó:

–Modera tus palabras, Marat.

–Digo lo que creo, lo que siento, y me enorgullece haber colaborado con usted en esos trabajos.

Le oprimió el duro bíceps de hombre que desde mucho tiempo, en la soledad del gimnasio, al meticuloso cuidado de su cuerpo; de hombre que ha convertido en pasión el ejercicio físico:

–Se agradece tu amistad, Marat . . . –Lo guió hacia el sofá. Suavemente, lo depositó en él. Sentía estar recuperándolo, después de tantos meses de encubierto rencor. Por un momento, le dejó la mano sobre el hombro. –¿Una copita?



–Sí, señor . . .

–¿Ron . . . champaña? Porque hay champaña para los amigos, Zabalita.

–Siendo así, champaña, señor . . . –Se levantó rápidamente al ver que Gómez-Anda empezaba a llevar el silencio de sus pasos lentos hacia la cocina –No se moleste, don Aurelio . . . La traeré yo. ¿Dónde está?

–En el hielo . . .

Le agradaba, le había agrado siempre desde que lo conoció en el inicio de su carrera política, en años ya lejanos, la compañía de Marat Zabala. Ninguno de sus ministros, así fueran los más favorecidos, había sido más leal que él. Con ninguno había contado más cabalmente que con él en todas las crisis que agobiaron a su Administración. ¿No fue Zabala el único que aprobó su acuerdo de recurrir a la fuerza militar para ocupar universidades, normales y tecnológicos aquel verano sangriento de alborotos estudiantiles y pedreas en las calles –la primera "prueba de fuego" a que someterían a su gobierno? ¿Quién si no Zabala apoyó con invariable fidelidad órdenes y decisiones que otros, desafiándolo por el solo hecho de no opinar como Él criticaron e incluso impugnaron? ¿Hubo en el Gabinete un colaborador más 'aurelista' que el esposo de Bertha Samaniego, la amiga predilecta de doña Armandina? Pero, desde que decidió que fuera Ávila Puig y no Zabala el depositario de su Poder, coincidir en público o en privado con su Ministro de Información y Turismo, lo cohibía. "Como si lo hubiera engañado, estafado o puesto en ridículo, así me siento con él. Como un fullero, también . . . Nunca me pidió las explicaciones que yo no me consideré obligado a darle. ¿Le dije alguna vez que él iba a ser mi sucesor? ¿por qué no se entienden con claridad, en su momento, las palabras que el Presidente pronuncia? ¿Por qué, carajo, Zabala y todos los demás han de interpretarlas se-

gún les conviene? A Marat no lo equivoqué diciéndole "Tu serás, Zabalita". Si alguna culpa admito en todo esto, es haberle permitido que lo creyera. Yo mismo, mientras no necesité otra alternativa, ¿no le conservé en el primerísimo lugar de mi preferencia? Si a él le dolió ser descartado, igual me lastimó a mí tener que dejarlo de lado".

Padecieron quebranto las relaciones entre los Gómez-Anda y los Zabala-Samaniego. Por algún arrebato de Bertha, que ya había hecho planes "para el futuro", las señoras dejaron de frecuentarse. No se les volvió a ver juntas, como íntimas amigas, como constantes socias de negocios que eran, en la Ópera, en las salas de concierto, o en semanarias sesiones de tejido que los jueves, convocadas por Armandina, celebraban las ministras en los jardines de Los Arcos o en los de las enormes residencias de sus maridos; cuatro o cinco animadas horas de chismorreo que al atardecer culminaban con una merienda al aire libre, danzas regionales, música folklórica y, si el tiempo era plácido, con algún ocasional desfile de modas. El desayuno de los domingos, preámbulo al *open-house* en el Hogar Presidencial (las esposas de los miembros del Gabinete acompañaban a la de El Jefe del Ejecutivo a la discreta misa de ocho y media en su capilla privada) dejó de contar con la apostura de Marat y el atractivo de su dama, la linda estrella del cine de hacía solo unos años. Para ponerse fuera del alcance del fastidioso don Aurelio, Zabala y su mujer inventaron viajes de trabajo al extranjero y dilatadas jiras de inspección a los balnearios del interior. "En esos días, estaba enojado conmigo por despecho y desencanto . . . Pudimos haber aclarado malentendidos, pero él, rehuyéndome, escondiéndose, no me dio oportunidad . . . Tampoco, al parecer, entendió que para compensarlo le autoricé los cuatro o cinco locos proyectos de nuevos desarrollos turísticos que tenía yo en suspenso y que le permitieron embolsarse algunas veintenas de millones de pesos que, supongo, no le vinieron mal . . . Demostró que aún en su cólera seguía siendo un político hábil, al cuidar que nuestro alejamiento, nuestras desavenencias, no fueran motivo de escisión, objeto de chistes y de equívocas murmuraciones". El malestar que les producía estar juntos, y que afectaba ya más a Gómez-Anda que al propio Marat, se hizo evidente la antevíspera cuando el de Información y Turismo fue el único Ministro que desapareció de la oficina de El Señor, en Palacio, sin despedirse de sus colegas para no tener que recibir el *Aurelio* de oro puro, acuñado ex-profeso, que El Ejecutivo entregó a cada uno de ellos "en recuerdo, amigos, señores, de la ardua etapa que nos ha tocado cumplir, juntos, ante la Historia".

Que estuviera ahí, sin que hubiese tenido que llamarlo; sin que él hubiera tampoco necesitado valerse de padrinos para solicitar de Gómez-Anda esa que podía ser considerada como la entrevista de la reconciliación, ¿significaba que Marat, olvidada la cólera y todo lo que los distanció, volvía a él para que la afectuosa amistad personal que los unía siguiera siendo tan buena como fue en tiempos mejores? Ser el primero de los ex-ministros que llegaba a llevarle una poca de compañía (él, que no acudió temprano a Los Arcos con el abrazo de la despedida, y que apenas respondió a su saludo cuando se encontraron en la Cámara) ¿no era la prueba, se preguntó emocionado, de que recuperaba, sin duda más firmes después de la ira, la vieja lealtad y el asiduo cariño que Marat Zabala había demostrado largamente profesarle?

Reapareció Zabala con una botella de champaña en una mano y varios vasos en la otra.

–¿Le sirvo, señor Presidente?

–Seguiré con el ron, Zabalita.

Quizá porque la champaña era ya muy vieja, o por-

que había estado un poco de más enfriándose, la explosión fue modesta y ninguna espuma saltó de la botella.

–Por usted, señor, y por todo lo que se merece...

–Por ti, Marat –sonrió don Aurelio– aunque no te lo merezcas.

Bebieron. Un sorbo, Gómez-Anda. Un trago largo, Marat Zabala.

–Creo –propuso Marat– que debemos brindar por El Señor de Los Arcos.

–Por él, pues.

Luego de un silencio, los labios apoyados todavía en el filo del vaso, Zabala pensó en voz alta:

–¿Qué le hicimos, usted y yo, para que el Presidente nos engañara así?

Don Aurelio, con el vaso lleno de ron entre los dedos ateridos, suspiró:

–El Presidente de la República nunca engaña, Marat. En apariencia, se contradice a veces....

–Usted no engañó a nadie... –dijo Zabala, impulsivo, con una sonrisa que a Gómez-Anda le pareció equívoca–. No a muchos, supongo...

–Sólo a los que fue necesario –respondió don Aurelio.

–Se llegó a decir, señor, que usted mentía con la verdad.

–¿Conoces una forma mejor, y más lícita, Zabalita? Lo que importa es que uno sepa cuándo están mintiéndole a base de verdades o diciéndole verdades a base de mentiras... El que no sabe escuchar atentamente al Jefe del Estado, se equivoca; se equivoca y las más de las veces queda resentido... Peor que fracasar, que duele mucho en nuestro oficio, es confundir el sentido de las palabras. Creer lo que no es; creerlo como nos gustaría que fuese... Grandes chascos se padecen, ¿eh?

–Se padecen, sí señor. –Otra vez húmeda de cham-



paña, la sonrisa no abandonaba la boca de Zabala.

–¿Y por qué?, preguntarás. Porque uno, en su ansiedad, o en su apresuramiento; o en la ansiedad apresurada de quienes lo rodean, supone oír, entender, presumir, adivinar en lo que el Presidente dice, lo que no es, ¿eh? Surgen así los equívocos, y las amistades, Zabalita, se enfrían en ocasiones para siempre.

Marat ocupó el escabel del piano. Resistió la tentación de poner los dedos sobre el teclado. Gómez-Anda seguía paseándose, ahora muy despacio, escondida entre el saco y la camisa la mano derecha; el vaso con ron a la altura del pecho.

–Ávila Puig nos tomó el pelo a todos. A usted, al país, a mí...

Se detuvo a mirarlo don Aurelio. "Primero a mí; ahora a él. Demasiado odia Zabala... No aprende todavía a olvidar o, al menos, a aparentar que ha olvidado".

–¿A mí?

–No respetó su compromiso con usted, señor... ¿Quedó alguno de los suyos en el Gabinete? ¿Ayudó a los amigos que deseaba usted hacer llegar al Senado o a las gubernaturas?

–El Señor Presidente Ávila Puig está aprendiendo a proceder políticamente, Marat. Esto es: a sólo hacer lo que le sirve... Nos está resultando una sorpresa.

–Un mentiroso, diría yo.

–¿Por qué?

–¿Cómo llamaría usted a quien le promete algo, lo embuca con tal promesa... y no la cumple?

Lo miró a los ojos:

–El Señor ¿te hizo algún ofrecimiento concreto? Como todavía anoche se decía por ahí, ¿te invitó a colaborar con él?

–Casi.

–Eso, "casi", nada aclara, Zabalita. Entre ustedes, ¿se

mencionó alguna vez la posibilidad de que te retendría en el Gabinete?

–Como usted me ha dicho, señor, hay cosas que no tienen que ser dichas, o preguntadas. Basta entenderlas.

–Cierto, y hay otras que demandan una correcta interpretación.

Dejó Zabala el asiento y fue al piano a buscar la botella. Algo de espuma chorreó del vaso sobre una de las frazadas que cubrían el piso de la sala.

–Las que él me dijo en privado, y que luego repitió ante la prensa, la tarde que lo visité en Puerto Gardenia durante su campaña electoral...

–Acertada decisión la tuya, Zabalita, ir a saludarlo.

–...fueron clarísimas. No había en ellas lugar para la duda, señor. Así lo entendí yo. Así lo entendieron todos...

(TENSAS YA hasta el extremo de la enemistad personal sus relaciones con don Aurelio, el Ministro de Información y Turismo, –que de "seguro ganador" pasó a ser el "gran abandonado", por quienes dijeron ser sus amigos y aliados, sus admiradores e incondicionales– decidió aproximarse al doctor Ávila Puig para darse cuenta, por sí mismo, qué trato cabría esperar de él, su adversario en la batalla final por la Presidencia de la República, en cuanto asumiera el poder. De creerle a los rumores, cada uno más alarmante que el anterior, don Víctor, ¿lo hostilizaría para obligarlo a marcharse del país?, ¿sería capaz de publicar para su descrédito la lista de las muchísimas propiedades que había ido acumulando en el extranjero, y los números de las cuentas bancarias secretas de su esposa, Bertha Samaniego?, ¿lo llevaría a los tribunales para que explicara cómo había podido reunir su desmesurada fortuna?, ¿era con su aprobación que Horacio Allende, vengativo personero y director de propaganda, vociferaba en todas partes su repetida amenaza de encarcelar a Marat Zabala, igual por ladrón que por haberlo hecho secuestrar y torturar pocas noches antes que el señor Gómez-Anda sorprendiera a todos, y a Zabala más que a ninguno, anunciando que el candidato del Partido Unificador Revolucionario a la Primera Magistratura sería un técnico y no un político: el oscuro, casi desconocido e inexperto Ministro de Industrias y Desarrollo?

Amigos comunes lo pusieron en contacto con uno de los allegados a Víctor Ávila Puig. Hacer los arreglos pertinentes dentro de la más secreta discreción demandó semanas, meses. Ciro Mauritius dirigió las negociaciones y una tarde, hacia el fin de la gira de propaganda, el encuentro de Marat Zabala con el candidato que iba creándose una personalidad sobre la marcha, se efectuó en cierta suite, la 0027, del vigésimo piso del Hotel del Rey don Alfonso, en Puerto Gardenia. Encontró enfermo de gripa a quien había sido su difuso compañero de Gabinete.

Se abrazaron, por insistencia de Zabala, a pesar de la gripa de Ávila.

–Te veo muy bien; más delgado, quizá.

Estornudó el doctor Ávila Puig:

–Tú, como siempre, espléndido de figura.

–Algo quemado por el sol... Acabo de volver de Taormina. Asistí, allá, a un Congreso Intereuropeo de Prestadores de Servicios. ¿Conoces Taormina?

–Ajá... De estudiantes, hace ya mucho de eso, Miguel Rebul y yo pasamos unas semanas ahí.

–Lindos lugares eso. Casi tanto como los nuestros.

–Todo está por hacerse aquí. Aunque tú, desde tu Ministerio, has hecho bastante.

–¿Te parece así?

–Hemos tenido oportunidad de comprobarlo du-

rante nuestras visitas a la República, Marat. Te felicito... Me he acordado mucho de ti.

–Ojalá que para bien.

–¿De qué otro modo?

Discreto, Ciro Mauritius se había apartado un poco. A él le sonrió Zabala antes de hacerlo también al candidato:

–Quiero agradecer al señor Mauritius todo lo que hizo para que yo pudiera venir a verte aquí.

A su vez sonrió Ávila:

–Ciro manejó las cosas magistralmente.

Agradeció Ciro Mauritius el cumplido. Concertar esa entrevista fue menos fácil de lo que parecía. En principio, Ávila Puig se opuso. ¿Por qué admitir en privado, como lo pedía, a quien había sido su más peligroso adversario? Después que saboteó el mitin de Valladolid plaza fuerte del zabalismo pues Marat había nacido allí ¿estaba obligado a cortesías con él? Luego de muchas palabras, de no pocos días, Ciro consiguió amansarle la hostilidad. Para acceder, el candidato dictó sus propias condiciones: Marat Zabala se reuniría con él en Puerto Gardenia, solo, sin su acostumbrada estela de fotógrafos, periodistas y guardaespaldas, y se marcharía en cuanto hablaran y antes que se iniciara la Asamblea de Evaluación Turística. "Dile, sin darle vueltas, que no permitiré que se haga publicidad, personal o política, a mi sombra".

–¿Te ofrecemos una copa? –preguntó, desusadamente amable, el doctor Ávila.

–Me serviré yo. ¿Vodka para ti?

Ciro Mauritius consideró que su presencia allí no sería ya necesaria y se retiró a la habitación contigua.

–¿Cómo va todo... por allá? –La voz del candidato se oía ronca y enferma. Su aliento olía a mentol.

–Nadie hace nada ya en el Gobierno. Estamos en la parálisis total, aguardando la renovación... Ha empe-



zado la desbandada, como sabrás... Los asuntos, oficiales o particulares, no marchan... Y los políticos, como siempre, enloquecidos a la cola del candidato para ver qué pescan con él...

–Dímelo a mí...

Ávila Puig lo vio sonreír, ¿con nostalgia, con tristeza –con desdén?

–¿Recuerdas cómo había gente rondándome? Si te asomaras hoy por Información y Turismo... Pasan días sin que nadie solicite audiencia... Igual sucede con don Aurelio, en Palacio o en Los Arcos. Eso ha de dolerle mucho al viejo...

–Me han dicho que está muy solo... –Estornudar le sirvió a Víctor Ávila Puig para no tener que hablar más de Gómez-Anda.

Charlaron, después, de ellos mismos. Descubrieron que se desconocían casi por completo, pese a haber sido miembros, Víctor durante cuatro años y medio, del mismo equipo de trabajo. Cosas que nunca antes se habían dicho, porque no había razón u oportunidad, se las dijeron entonces. Ávila Puig (lo aceptó Zabala) era más inteligente, más sutil, y estaba mejor informado de los asuntos políticos y administrativos, de lo que decía, de lo que se suponía. Al candidato le pareció que Marat Zabala, no obstante cierta frívola superficialidad, era un individuo valioso por su experiencia, por el conocimiento que tenía de los hombres. "Uno de esos colaboradores que llegan a ser insustituibles si se les lleva de la rienda a la tensión justa".

Cuando ya se despedían, Ávila Puig tuvo una inspiración. ¿Por qué no convertir en triunfo personal y político el hecho de que Marat Zabala hubiera ido a Puerto Gardenia a reiterarle su amistad y su lealtad?

–¿Te importaría, Marat, que se supiera que has venido?

–Al contrario . . . Si gustas, pasa un boletín informándolo.

–Con un boletín, los reporteros especularían, empezarían a preguntarse por qué vino Marat y por qué no se dejó ver . . . Echarían a rodar la gran bola . . . Yo sugiero, si estás de acuerdo, que llamemos a la prensa y a la televisión; que nos dejemos ver juntos; que digamos cualquier cosa . . .

Impulsiva, sonrientemente, lo enlazó Zabala y lo sacudió. ¿Habría estado deseando enfrentarse a los mass-media –tener oportunidad él mismo de sacar ventaja de ese ya larguísimo encuentro con Víctor Ávila Puig, ahora el más asediado de todos los hombres del país?

–Será como tú digas . . .

Algo más tarde, mientras llegaban reporteros y fotógrafos, el candidato Ávila Puig, como si ensayara lo que después, palabras más, palabras menos, repetiría ante grabadoras y cámaras de video, expresó:

–Ha sido una vieja, una viciosa práctica en la política de nuestro país, desdeñar la experiencia, muchas veces invaluable, de quienes en alguna forma compitieron contra nosotros . . . Como lo he dicho antes, repruebo tal absurdo. Un país como el nuestro, lo he dicho también, no puede permitirse ese repetido derroche de material humano. Un buen funcionario no se improvisa. Su preparación demanda años; que adquiera experiencias en las áreas de su actividad, exige gastar cuantiosas sumas . . . Si se le envía al retiro, si se le destina al ostracismo, ¿a quien aprovecha lo que sabe, lo que tanto le llevó a aprender?

–Bien dicho . . . –aprobó, expectante, Marat.

–Yo, Marat, no dejaré que se vaya nadie que pueda ayudarme a gobernar mejor . . . Conmigo se quedarán los buenos . . . –y, a su vez, ciñó, y apretó por la cintura, al Ministro de Información y Turismo.)



LE PARECÍA a don Aurelio que Marat Zabala estaba bebiendo demasiado aprisa, y no lo aprobó. "¿Cuándo acabará de aprender, cuándo?" El ex-Ministro reanudaba:

–Nos vimos otra vez, al fin de su gira.

–Supe, Zabalita, que formaste un equipo de trabajo y lo pusiste a su servicio.

–Como candidato de nuestro Partido creí de mi deber colaborar con él.

–No te lo reprocho. Sólo lo menciono. ¿Decías?

El que se paseaba ahora ante el señor Gómez-Anda era Marat. "¿Qué habría sido del país en sus manos? Sigo pensando que Zabalita no era el hombre adecuado para este momento. Ignoro si Ávila Puig lo sea del todo; solamente estoy seguro de que Marat Zabala no podía serlo".

–Decía, señor, que el doctor Ávila me pidió colaborar con él. Viajé al extranjero por instrucciones suyas. Para mí no había antesalas, ni malas caras. Todo lo contrario, señor.

Lentamente, pues conocía ese juego por haberlo jugado muchas veces en su vida, asentía don Aurelio. Sonreía, también, como si compadeciera a Marat por su candidez –él, un político fogueado; endurecido, al parecer, en la experiencia:

–Y sólo porque era amable, tu creíste que iba a conservarte con él, ¿eh?

–Era lógico que lo creyera . . . El Señor rompió toda relación con los demás miembros del Gabinete, excepto conmigo . . . Desconfiaba de ellos . . .

–Del único que desconfiaba, Zabalita, era de ti, y por eso se ocupó de tenerte cerca, entretenido, todo el tiempo que pudo. Así, se aseguraba de neutralizarse. ¿No te diste cuenta de sus intenciones? –y recordó: "Serán mansos contigo mientras esperen recibir algo de ti. Jamás les niegues las cosas demasiado pronto; tampoco

se las concedas demasiado tarde. Justo medio, justo medio . . ."

A la botella le quedaba champaña apenas suficiente para un vaso más. Después de servirse, Marat la abandonó sobre el mantón de Manila que cubría el piano:

–Ayer por la mañana, señor, lo visité por última vez en Miraflores . . . Tenía la casa llena hasta la calle . . . Algunos de los que hoy forman su gabinete, incluido Andrómaco Bátis, me trataron, mientras Él me recibía, como si fuéramos a ser compañeros . . . Eloy Arregui, por ejemplo, me habló de la urgente necesidad de coordinar los trabajos que se proponía iniciar en su Ministerio con los que yo, hasta ese momento, siguiendo sus instrucciones, señor presidente Gómez-Anda, estaba realizando en Información y Turismo . . .

Asintió nuevamente don Aurelio, ahora menos triste la sonrisa. "Aprendió también Ávila Puig, quiero pensar que de mí, a manejar la ambigüedad, a no dejarse comprometer". Interrogó a Zabala:

–¿Fuiste a su casa por que él te mandó llamar, o . . .?

Respondió algo turbado; quizá avergonzado:

–Fui por mi cuenta . . . Aunque estaba seguro de quedar en el Gabinete, en Información o en algún otro Ministerio; aunque en todas las listas de eventuales colaboradores del presidente Ávila aparecía mi nombre, aunque amigos suyos bien informados, y periodistas con acceso a él y a los suyos, repetían: "Marat Zabala seguirá", yo, señor, quise cerciorarme . . . Me recibió antes que a otros que llevaban horas aguardando . . . Me dio las gracias por lo mucho que lo había ayudado con mis trabajos . . . Mencionó que sólo un trato personal como el que tuvimos a partir de nuestro encuentro en Puerto Gardenia, permite conocer verdaderamente a los amigos . . . Me dio, por último, un abrazo que todos vieron porque estábamos en el porche de la casa . . .



–Muy político de su parte premiarte así, en público, Zabalita . . .

–Como habíamos conversado más de media hora y no había tenido oportunidad de preguntarle: "¿Voy a ser Ministro en tu Administración?", le plantee el asunto de otro modo. Le dije: "Dos nuevos trajes, uno azul marino, gris oxford el otro, me entregó anoche mi sastre, y no sé cuál ponerme mañana que inicias tu mandato, Víctor?", y ¿sabe que contestó el muy hijo de perra . . .?

–¿Qué, Zabalita?

–Contestó, dándome coba, y con ello perturbando a los que alcanzaron a escuchar. "Azul marino, o gris oxford, no importa de qué color sea el traje que vas a estrenar mañana. Uno u otro, vas a lucir elegantísimo en la Cámara, Marat. Te veré allá" y me hizo un guiño. Entonces sí me sentí seguro, ya tranquilo. Llamó luego al general Tiberio Damasco, el albino que tiene de Jefe del Estado Mayor, y le ordenó que recogiera en una tarjeta los números de los teléfonos en los que podía localizarme a cualquier hora, recalco, "del día o de la noche". Volvió a guiñarme y dijo para que todos lo oyeran: "Te hablaré, Marat".

Se quedó entre ellos un silencio. Ahora un poco más intensa y oblicua, volvía la lluvia a tocar los cristales, a dejarse oír. No suspendían su quehacer las cuadrillas enviadas por el Ayuntamiento para guardar dentro de un cerco de púas el parque de San Tadeo. Una ambulancia, ¿o un carro de bomberos?, dejó atrás, remoto, el rumor de su sirena.

–Sigo sin ver, querido Marat, dónde estuvo el engaño. Según tú lo cuentas, nuestro amigo Ávila Puig te manejó, pero sin comprometerse a nada . . . Tú fuiste a su terreno y, como dicen los taurinos, él se limitó a lancearte . . .

Picado, arguyó Zabala:

–Él, en cierta forma, me invitó a ir.

–No, Marat... Sólo te hizo creer que te invitaba. Un poco más serena que hubieras tenido la cabeza, habrías podido entender que jamás, ¡jamás!, le pasó por la suya al doctor Ávila la intención de conservar con él a ninguno de los que aspiraron a la Presidencia...

Ya no había champaña en el fondo del vaso, pero Marat Zabala lo alzó para que alguna gota, tibia y dulzarrona, le humedeciera la lengua:

–Dos ministros que fueron suyos, don Aurelio, siguen con él... Marco Tulio...

–Cimarrosa es, por costumbre, Institucional. En tal carácter, no importa quién sea El Hombre, él sirve al Señor Presidente de la República. Por eso resulta imprescindible en el Ministerio del Interior y, además, porque conviene tener cerca de uno a persona tan extraordinariamente bien informada como es él.

–Andrómaco Bátis es el otro. Lo dejó en Construcciones Federales, no obstante que fue uno de los de la Lista, señor.

En los tobillos padecía el señor Gómez-Anda la molestia del frío. Se puso nuevamente en movimiento. Hablaba como si dictara:

–El amigo Andrómaco Bátis no fue en estricto sentido un competidor de Ávila Puig, aunque como tú, como otros, buscara ser favorecido por la decisión de la Superioridad...

–Don Aurelio, ¡por favor! ¿No fue Bátis el último que usted sacrificó para que sólo quedáramos Ávila y yo...?

Adusto, pontificó Gómez-Anda –su propio índice derecho marcando el compás a las palabras del discurso:

–No sacrifiqué a Bátis, como tampoco sacrifiqué a ninguno de ustedes, por la sencilla razón de que jamás les vio El Partido aptitudes para merecer que se les postulara... Cada uno se entusiasmó, se ilusionó, por su cuenta; quede eso claro... En cuanto a Bátis, no olvides que tuvo la visión, la astucia, la sensibilidad de aliarse a tiempo con Ávila Puig; esto es: comprometió irreversiblemente su propio futuro político, exponiéndose a tu venganza, Marat, si el Partido te prefería a ti, al inscribirse en la corriente, debilísima entonces, que ya apuntaba hacia el Ministro de Industrias y Desarrollo... Lógico fue que el doctor Ávila, tan urgido entonces de apoyo, de consejo, de la fuerza de un grupo más o menos organizado como era el que Andrómaco le aportaba, le diera el premio de permitirle seguir en el Gobierno... Que dure mucho o poco, que pronto lo reemplace por Bladimiro Viderique o por alguien más, es harina de otro costal... En lo que a ti atañe, Zabalita, no tenías chance alguno de quedarte, ni como barrendero, en el Gobierno Ávila...

–¿Por qué no, señor, si puedo serle útil, si sé lo que nadie en mi especialidad...?

Chasqueó la lengua, rápida y autoritariamente, don Aurelio Gómez-Anda para que Marat Zabala detuviera las palabras que ya se le desbocaban:

–Para, Zabalita... Si digo que no tenías, que nunca tuviste chance verdadero de quedarte con él, es porque considero, como El Señor lo habrá considerado también, que habrías sido el único ministro con fuerza para enfrentarse al Presidente desde el primer minuto de su Administración... Ávila Puig quizá pensó que un Presidente no debe permitirse la debilidad de tener enemigos, o competidores peligrosos, dentro de su propia casa... Eliminarlos, eso ha hecho con buen juicio el Primer Mandatario... No dejarte en el Gabinete ni en ningún otro cargo, lo habría hecho, como él, yo mismo... ¿Sabes, Zabalita? Siempre temí que la impaciencia, tu gula de poder, terminaran por causarle daño a tu futuro...

(SIEMPRE QUE tenía acuerdo con el Presidente en Los Arcos, el gobernador Enrique Gavilán llegaba dos horas antes de la fijada para hacer una visita social a La Doña, y entregarle, "de viva voz", como decía, "las cositas de la tierra", que le había traído y que a ella tanto le gustaba recibir: frutas de la estación a 4 grandes cestas de mimbre; dulces preparados por las monjas marisas; verduras de sus huertos particulares; los quesos que jamás faltaban en su dieta, y algunas veces, como esa noche, tres lindos trajes regionales de Santa Clara que la Comadre Rosario le enviaba a la Comadre Armandina.

A las nueve y media, pues era el último de los inscritos en la lista de audiencias, el presidente Gómez-Anda recibió a Gavilán. Luego de los abrazos, y previos a las peticiones que había ido a plantearle, el gobernador ofreció a don Aurelio, amigo suyo desde hacía lustros, los saludos de don Chabelo Rosales –cacique todopoderoso en su provincia:

–¿Cómo anda de salud el Viejo en estos días?

–Inquieto, señor Presidente, porque no se adivina todavía el nombre del candidato . . .

–¿Tanto así le interesa conocerlo . . .? Los nombres andan de boca en boca, Enrique . . . ¿Qué más quiere don Chabelo?

–Ruedan los nombres, señor pero todavía usted no nos dice El Nombre . . . –y sonrió bonachón; un temblorcito en la sotabarba.

Nada dijo, o hizo, el Presidente y se aplicó a examinar, tal vez sin mayor atención, las tarjetas escritas a máquina que le había entregado, al ocupar la silla del acuerdo, el gobernador Gavilán. "¿Se habrá comprometido ya definitivamente con Marat el amigo Enrique?". No sería el único, tampoco; en esos días, el último. "Para estas fechas, ¿cuántos militan ya en el zabalismo? Además de sus cuarenta y siete senadores, y sus ciento y pico



de diputados federales, tres de cada cuatro mandatarios de provincia son maratistas, incluida Marianela Pelletier, que se acostaba con Marat cuando era soltera, y que siguió haciéndolo un tiempo después de casada . . . En plan de mal chiste, ¿no murmuran que todos los políticos están participando en la carrera de Marat-on?" La víspera, cinco gobernadores: José Rogelio Alpuyeca, Tancredo Pelufo, Ibáñez Urrutia, Sebastián Berrondo y el propio Enrique Gavilán, habían celebrado cónclave en cierta casona de las afueras de la metrópoli y allí, entre tragos y risas, aportando cada uno su considerable fuerza política, formaron un Bloque de Poder, cuya tarea principal sería apoyar la candidatura, por todos considerada "segura", del Ministro de Información y Turismo, al que llamaron a cierto teléfono secreto, para comunicárselo. En su Cuarto de Radio, don Aurelio escuchó por la noche las animosas palabras que uno a uno fue diciéndole a Marat, y lo que éste, a su vez, les dijo a todos.

–Me ha llegado el rumor –indicó, dejando las tarjetas a un lado y retirando de su nariz los quevedos– que algunos señores gobernadores, de los que andan de visita por aquí, han estado reuniéndose en el leonero de uno de ellos para ponerse de acuerdo y declararse, ya abiertamente, aun antes de que el Partido tome su decisión, zabalistas . . . ¿Sabes algo de eso, Enriquito . . .?

–¿Yo, señor Presidente? –Gavilán se removió en la silla, como si estuviese sentado sobre un garbanzo.

–Supuse que lo sabías, porque algunos de tus amigos andan en ese ajo . . .

–Señor, yo . . . Usted sabe que . . .

–En cuanto a ti, Enriquito, en confianza, ¿quién te gusta para candidato, eh?

Volvió a modificar la postura de su cuerpo alto y grueso el gobernador Gavilán, cuyo apellido, decían sus enemigos, iba muy de acuerdo a su afición a la rapiña.

Entre sus dedos índice y pulgar de la derecha, ostentosamente enjoyada, quedó una porción de su labio inferior.

–Soy disciplinado, señor Presidente, y mi Hombre será el suyo . . .

La mortificación, la incomodidad que demostraba, el azoro de Gavilán ("¿por qué habré sostenido tantos años en el Gobierno a este pendejón de Enrique?") divertían al Presidente. "¿Creerán todos ellos que me engañan?, ¿se les ha olvidado que yo sé todo, ¡todo!, incluso antes de que ocurra? La vida lleva Enrique Gavilán metido en la política y todavía no aprende a urdir una mentira convincente; a no permitir que su gesto y sus actitudes contradigan a sus palabras".

–Algunos de los que más se mencionan: Báris, Avellaneda, Videgaray, Zabala, Espinosa Carrillo, Miller-López; alguno, supongo, te gustará. . .

–Ninguno, señor . . .

–O será más amigo tuyo que los otros . . .

–No, señor . . .

–Me han llegado noticias de que hay bloques de Gobernadores dispuestos a presionar al Partido para que proponga a Marat Zabala como candidato a Presidente . . . ¿Será verdad eso?

–¿Cómo asegurarlo, señor Presidente?

–Ambiciosos nunca faltan; franco-tiradores tampoco . . . Hay listas con personajes comprometidos a favor de Marat . . .

–Mi nombre no lo encontrará en ellas, señor Presidente . . . Como le dije antes, yo sólo tengo un candidato: el que usted señale, y una sola palabra: la que le empeñé cuando le dije que sería siempre leal amigo suyo, y seguro servidor, señor.

–Nada como ser leal, Enrique.

–Eso digo yo, señor . . .



Recogió don Aurelio Gómez-Anda los lentes y procedió a examinar, ahora sí con detenimiento, lo que se le pedía en las tarjetas. Luego de leer la segunda hizo pausa. Miró los ojos azul claro del gobernador Gavilán. "Qué cínicos somos. Unos, por astucia. Otros, como él, por torpeza. Lealtad, amistad, ¡puah! ¿Por qué no mejor: conveniencia, oportunidad; incluso, lo que es legítimo: necesidad?" Enrique Gavilán sintió que esa mirada del Presidente estaba martirizándolo –y se ruborizó.

LE GUSTABAN esos que solía llamar "últimos momentos de soledad oficial" de cada día, bien diferentes a los de la "soledad personal" que empezaban para él después de abandonar, pasada la medianoche, su despacho en Los Arcos y retirarse, a través del laberinto de corredores y pasillos, a su privado en la Residencia, al Cuarto de Radio, o a su alcoba. Allí abajo, sin nadie más aguardándolo en la antesala, preparaba minucioso y en calma, una más, quizá la penúltima, de las veinte, treinta tazas de café que por costumbre consumía en el curso de la jornada.

–¿Algo más, señor Presidente?

–Puede usted retirarse, general.

Bebía a pequeños sorbos ruidosos, con los ojos cerrados, la mínima tacita de porcelana entre las dos manos, asentados los codos sobre el cristal que cubría su mesa de trabajo. Pensaba o recordaba. Volvía a recorrer las palabras, a reanimar las imágenes, a escuchar promesas y mentiras, informes y adulaciones.

–Comienza mi guardia, señor Presidente.

–Enterado, mayor Esparza.

Había recibido al embajador de México; a media docena de gobernadores; a una comisión de niñas scout y a cuatro de sus ministros; a Plutarco Canto, director del Partido Unificador Revolucionario y a un grupo de di-

rectivos de la Cámara Nacional de Comercio. Estaba cansado. "Más, mucho más de lo que una tirada de trabajo como la de hoy me fatigaba hace diez, hace ocho, hace dos años. La máquina empieza a fallar". Aguardó a que volviera a hervir el agua y apagó la estufa de gas. En alguna parte, alguien puso a funcionar la aspiradora con la que de madrugada desempolvaban las alfombras. "Por donde le busqué, no importa cómo los combine, haga como haga la lista, quite o ponga, siempre han de quedarme como finalistas Alfonso Videgaray y Marat Zabala, o viceversa. ¡Joder!" Le dio al café, negro y fuerte, el sabor que le agradaba poniendo en la taza un grano de anís. "Con un ingobernable como Alfonso, o un ambicioso como Zabala dueño del poder, ¿cuánto duraría mi influencia . . .?"

–Oh, señor Presidente. Perdón. Creíamos que se había ido.

–Dentro de un momento podrá pasar . . .

El encargado del aseo nocturno de esa parte de Los Arcos volvió a cerrar la puerta del despacho. Gómez Anda organizó, por tamaños y colores, los lápices amarillos, rojos y azules, y los bolígrafos negros, que llenaban el tarro para beber cerveza que tenía siempre enfrente. "Avellaneda Jáuregui, Espinosa Carrillo, Andrómaco Batis, Hermenegildo Labrador, Millet-López", recordaba los nombres de los ministros que poco a poco había ido poniendo a circular, siempre de manera casual, entre políticos y comentaristas, para conocer sus reacciones, su aprobación o su rechazo, "son torpes, o viejos, o insensibles, y el cargo les quedaría grande. ¿Por qué resultan ser tan escasos los individuos verdaderamente diestros de que puede disponer el Primer Mandatario cuando ha de señalar al que debe sucederlo?".

–¿Llamó usted, señor?

–No, mayor Esparza . . . Puede usted retirarse.



–Sí, señor.

Alguna vez, el principio de su período, consideró la conveniencia de ampliar el "círculo interior"; el grupo de funcionarios y políticos que componían lo que llamaba "la clase dominante del poder", pero no lo hizo, temeroso de que después muchos indeseables lograran colarse y, con el tiempo, llevar la discordia al seno de la Familia Revolucionaria. "Hemos de cuidar, al precio que sea, la Unidad entre nosotros. Los dirigentes han de salir de entre nosotros mismos; han de ser, siempre, nuestros". ¿Zabala, Videgaray? ¿Quién sería su elegido? Disponía aún de varios días para revelar El Nombre, para hallar a El Hombre.

Recordó el *Análisis de Opinión Pública*, que le había llevado Miguel Rebul. Buscó la copia, para releerlo en la cama. "¿Por qué no incluir, como Miguelito pide, al doctor Ávila en La Lista? Complacería así a un estimable amigo y causaría, lo que de ningún modo me parece impropio o negativo, una gran sorpresa, y un buen desconcierto, entre quienes suponen que mis únicas, mis últimas alternativas son El Jefe Alfonso o Zabala . . . Si en estos momentos echo a circular a don Víctor, ellos dos se verían forzados a moderar el paso, a esperar *mi* palabra, que es la única que cuenta. Susto fuerte podríamos darles con nuestro joven Ministro de Industrias y Desarrollo, ¿eh? Los que siguen a Zabalita; los que rondan a Videgaray, ¡qué confusos van a andar estos días!"

–No es necesario que me acompañe, Mayor . . .

–Que descanse, señor Presidente.

Sacrismocho, los pies a rastras, fue apagando luces en las oficinas, las antesalas, los vacíos corredores. "Como no les cuesta, desperdician". En el primer rellano de la escalera se detuvo. "Tiempo, sólo un poco más de tiempo". ¿Para qué? Prefirió no responderse. Debía tomar, en nueve noches más, una decisión –la que el país

estaba aguardando; la que el Partido estaba exigiéndole; la que estaban demandándole los hombres que por ella podrían resultar favorecidos; la que El Libro le ordenaba anunciar a plazo fijo. "Incorporar al juego al doctor Ávila no modificará el resultado final, pero me permitirá negociar, más ventajosamente, mis condiciones para el futuro, sea con Marat, sea con Alfonso". Ese futuro suyo que sentía seriamente amenazado por el inmenso poder que ellos poseían.

SE OCUPABA de llenar la copa en la que bebería su invariable whisky nocturno, cuando Armandina entró en la recámara. Rápidamente, porque nunca le había gustado que su mujer le viera desdentada la boca, sacó del vaso, con los dedos, la prótesis que dejaba en remojo toda la noche. Discreta, ella fingió no haberse dado cuenta y prefirió, para sentarse, los pies de la cama. Su cuerpo se adivinaba suntuoso y desnudo dentro del camisón, copia en seda del lindo traje de labor que usan las indias en los cacaotales de Costa Norte.

–¿Cansado, mi señor?

–Preocupado, diría yo.

Seguía cepillando, lento el descenso del brazo, su pelo negro, largo y lustroso, con ya algunas vetas de canas. Cuando alzaba el codo dejaba al descubierto, por el hueco de la manga, sin intención, fugazmente, uno de sus firmes pechos. Hacía años que la amistad era el mejor recuerdo, el más perdurable, del comedido ardor que sus cuerpos conocieron. De todos modos, al Presidente seguía gustándole verla, y aun espiarla, desnuda. "No esta noche, carajo".

–¿Por las huelgas del pan, la leche y el gas?

–También por eso, pero más por otra cosa . . .

–¿Se puede saber? –Armandina había aprendido a no



preguntar de más; a no querer enterarse de cosas que su marido prefería guardar secretas en el silencio.

–Se nos ha venido el tiempo encima, y se espera que yo decida el nombre del candidato . . .

Dejó la botella del escocés en el compartimiento interior del buró donde la guardaba siempre, y lo cerró con llave. Sólo cuatro personas (el doctor Monter, que lo autorizó a hacerlo después del infarto; el general Leal Garnica, Armandina y Fermín Palermo) sabían que bebía una o dos copas cada noche en el retiro de su recámara.

–¿Ya sabe, mi señor, a quién va a escoger?

–Ese 'quién' es el que nos quita el sueño.

Armandina procedió a retirar de entre las cerdas del cepillo los cabellos que habían quedado enredados en ellas. Lo hacía al tacto, mecánicamente, sin dejar de mirar a don Aurelio.

–¿Le han vuelto los insomnios?

–Estas últimas noches, sí. Como hoy . . .

Ella sonrió, como si no le creyera. "Igual que todos en estos días, La Doña, al mirarme del modo que lo hace, con su desconfiada curiosidad, con su punzante intensidad, trata de encontrar en mi cara, en mi gesto, una clave, un indicio, algo que le permita adivinar ese nombre que yo mismo desconozco . . . Más que mirarme, está leyéndome, descifrándome. Ha de creer que también a ella deseo confundirla, angustiarla. Si supiera . . . ¿Habrá venido a esta hora para tratar de averiguarlo y hacérselo saber a la mujer de Zabala, que pasó aquí la tarde entera horneando los panecitos de ajonjolí que me mandó al despacho con el general Leal Garnica?"

–La decisión yo no la veo difícil, mi señor . . .

Don Aurelio se colocó los espejuelos. Mirándola un poco al soslayo, preguntó:

–¿Por qué lo dice?

–Buenos elementos sobran en el Gabinete . . .

Sonrió él, con malicia:

–Sobran, sí . . . ¿Cómo vería que me decidiera por nuestro querido . . . Jesús de Jesús?

Muy seriamente, Armandina lo escrutó a medida que en su rostro iban apareciendo, sucediéndose, la sorpresa, la incredulidad y la cólera, y él, impasible, soportó el examen:

–El marica de Jesús de Jesús, ¿candidato a la Presidencia?

–Es político experimentado. Hábil. Buen administrador . . .

Dejó Armandina el cepillo en la comba del camisón que se había formado entre sus rodillas. A la luz de la lámpara brillaba el aceite de oliva, mezclado con leche búlgara, con que de noche alimentaba la piel de su cuerpo. Permitió que una arruga interrumpiera la tersura de su frente:

–¿Lo dice . . . de verdad, mi señor? ¿Dejar en su puesto a un tipo como él, con sus ridículas peluquitas de colores, rodeado noche y día de muchachitos . . . a un *pájaro* . . .? –Muy serio, pero interiormente divertido por la indignación de su esposa, Gómez-Anda no replicó. Ella hablaba a borbotones –No se lo perdonaría nadie, don Aurelio . . . Piense en la Historia, en lo que usted significa ya . . . Si designara a Jesús de Jesús, ¡a ése! concedería usted razón a los que afirman que el nuestro es un país poco serio . . . Teniendo tan buenos políticos, ¡Jesús de Jesús . . .!

El Presidente se mostró menos adusto. Luego de un sorbo, parecía estar reflexionando. Armandina supuso que en eso se ocupaba, la mirada en las vigas del techo.

–Si no a De Jesús, ¿cómo vería al doctor Ávila Puig, eh? Es hombre joven, inteligente, recto. Nos ha servido bien . . . Es amigo del Grupo Olid y eso cuenta mucho para el país, y para nosotros . . .



Abruptamente, como si de pronto se hubiera enfurecido, o como si recelara que don Aurelio se burlaba de ella, se levantó Armandina. Con el cepillo golpeaba, molesta, la palma de su mano izquierda:

–Pero su mujer es insoportable; es un hígado, don Aurelio . . . Una niña rica, pedante, pretenciosa, que mira a todos por encima del hombro . . . No la soporto, mi señor . . . Es insufrible, antipática y . . .

Levantó su mano de huesos frágiles y piel muy suave, el Presidente:

–Lo discutimos a él, no a su señora esposa . . . ¿Isabelita Vértiz se llama, verdad?

Resopló Armandina. En jarras, casi amenazadora, se encaró a don Aurelio, que seguía sentado en la cama, entre las almohadas con fundas de franela.

–Si usted sabe, mi señor, que el mejor de todos sus ministros, el más amigo, el que más nos quiere, y al que más queremos . . . porque no hay quien no lo quiera . . . es Marat Zabala, ¿por qué no se decide por él, se quita de problemas y se gana, que bien lo merece, el derecho a dormir en paz? . . . Estoy segura, don Aurelio, que le darán una ovación cuando anuncie que el candidato va a ser Marat . . . Nadie va a enojarse, usted lo sabe, porque todos, ¡todos! esperamos que él lo sea . . .

Don Aurelio Gómez-Anda cerró cuidadosamente en la página marcada el *Análisis de Opinión Pública*, realizado por el doctor Dantón Cerralvo, director del Instituto de Estudios Sociales de la Fundación Olid, IESFO, y lo colocó sobre la alfombra, junto a sus pantuflas. Allí también, pues no encontró lugar en el buró, dejó sus anteojos.

–Si tuviéramos madura nuestra decisión, la habríamos anunciado ya, señora . . . No la tengo, ni por Marat, con todos sus muchos méritos, ni por nadie . . . Hay cosas que no deben resolverse sobre las rodillas . . . No le qui-

temos su valor al tiempo, Doña. Respetémoslo. Todas las soluciones, trascendentes o no, emanan siempre de él... -Iba metiéndose entre las sábanas; cerciorándose que estuviesen en sus ojales los botones de su pijama y que de sus flacos pies no hubiesen escurrido los calcetines, tejidos por su esposa, que usaba para dormir -Nunca como ahora más válido el refrán: "El tiempo lo dirá".

Se inclinó ella a dejarle un beso en la frente. Gómez-Anda le palmeó las sólidas pantorrillas -y recordó las de Teresa López que las tenía igual de macizas, pero ásperas del vello que tanto le gustaba a él recorrer al tacto.

-Usted sabrá lo que hace, don Aurelio, pero yo sigo creyendo que el mejor de todos, ¡el único bueno!, el que más nos conviene dejar, es Marat Zabala...

SUDOROSO, RESPIRANDO dificultosamente como si para él se hubiera agotado el aire; perdido el paso del corazón, despertó Gómez-Anda, y abiertos los ojos en la penumbra, el temor al infarto como una amenaza cuya posibilidad se negaba a admitir, aguardó a que llegara el dolor que ahora sí acabaría de matarle la vida. "Morir sin dejar en claro nada..." Mucho tiempo después, sin mover el cuerpo, o moviéndolo apenas lo necesario, extendió el brazo derecho y a tientas buscó sobre el buró la cajita negra en la que guardaba las pastillas azules, del tamaño de una lenteja, que tomaba por órdenes del cardiólogo cuando padecía tensiones como ésa, inesperadas e incontrolables, violentísimas a veces, y siempre agotadoras. Con algo tropezaron sus dedos y lo que fuera (vaso, frasco, botella) cayó sobre la alfombra. Su mano encontró el apagador de la lámpara. La luz lo hizo sentirse menos desamparado, ya no tan en peligro.

-¡Puah! -gruñó fuerte, para escucharse; para saber



que aún estaba despierto, o vivo.

Dejó que corriera un poco el tiempo antes de intentar darle a su cuerpo otra postura. Cuidadosamente, como si temiese que algo fuera a rompérsele por dentro, se tendió sobre el costado. Ningún dolor le hizo daño.

-¡Puah! -volvió a gruñir, y con la derecha se buscó el lugar del corazón.

Los latidos eran apresurados, pero ya con cierto ritmo, y la sensación de estar asfixiándose lo molestaba menos. Como siempre, hacia el final de la rápida crisis, pensó con alivio: "Esta vez tampoco fue el infarto; esta vez...", e inició, lenta y laboriosamente, la maniobra que le permitiría sentarse en la orilla de la cama.

"También el Presidente pasa a solas estos sustos. ¿Y por qué no?" Se colocó en la lengua una de las pastillas azules. La mano que acercó a su boca el vaso con agua temblaba como si él padeciera el Mal de Parkinson. Al tragarla se sintió a salvo.

Después, muy despacio, se acercó a la ventana para abrirla. Gómez-Anda tiritó, aunque la brisa que subía del parque no alcanzaba a ser fría... Por la tarde, a eso de las cinco ("y este soponcio es consecuencia de aquello"), el ingeniero Trinidad Apodaca había entrado en su despacho por la más privada de sus puertas: la que sólo él podía usar, sin que importara la hora, ni la jerarquía del visitante de don Aurelio. Lo encontró sólo entre una audiencia y otra.

-¿Tendrá cinco minutos disponibles, señor?

-¿Algo interesante, ingeniero?

-Importante, diría yo, señor... Dos video tapes, señor. De la Cámara, uno. Del Senado, el otro. Yo personalmente me ocupé de editarlos...

-Vamos a verlos, pues...

Por esa puerta (que sólo en dos ocasiones el Presidente había cerrado no más de media hora en diez años)

salieron del despacho. Por otra idéntica, el Jefe del Ejecutivo y Trinidad Apodaca entraron en la muy reducida sala de control de imágenes, contigua al Cuarto de Radio, donde don Aurelio veía las que el Director del SEI consideraba merecedoras de su atención.

–Usted ordena, señor...

–Ya, ingeniero...

Por medio del SCC, Sistema de Circuito Cerrado, que había hecho instalar secretamente en la Cámara de Diputados y en el recinto del Senado (y también en cada una de las salas, incluida la de Plenos, de la Suprema Corte de Justicia), el señor Gómez-Anda podía asistir al desarrollo de las sesiones, observar en acción a magistrados y legisladores; escuchar los debates y, sobre todo, enterarse de los diálogos que no recogían los taquígrafos parlamentarios o que no alcanzaban a llegar a las Minutas porque el Jefe del Control Político ordenaba que se les suprimiera. De esa sesión, que apenas había concluido media hora antes, no existiría más constancia que la cinta en la que Apodaca había agrupado lo que más iba a interesar a don Aurelio.

–La cinta original, señor, registra los ochenta y siete minutos que duró la sesión... Ésta que ahora verá usted conserva algunos aspectos generales y las tomas de los doscientos quince, del total de los doscientos sesenta y cinco señores diputados, que acaban de comprometerse en lo que, lo escuchará usted, llamaron Pacto de Solidaridad con Marat Zabala... ¿Empezamos, señor?

–Por favor... –"Tendré que modificar mis números. Más diputados andan ya en el zabalismo".

Cuatro, cinco segundos, los suficientes para decir: "Yo, Frutos Bermúdez, con Zabala", "Yo, Rubén Palomar, con Información y Turismo", permanecía en la pantalla del monitor instalado frente al señor Gómez-Anda, el rostro del diputado federal que iba sumándose, ya sin



reticencias, a la candidatura presidencial, no decidida aún por el Presidente y por el Partido, del más "político" de los Ministros del Gabinete. A la sesión, que fue celebrada después de la ordinaria, sólo tuvieron acceso los legisladores del PUR. Se llevó al cabo con tal sigilo que ni los de la minoría, ni los cronistas, sospecharon que un coloquio de consulta estaba efectuándose.

–Doscientos quince por Zabala y cincuenta abstenciones, ¿eh?

–Exactamente, señor... Le pasará más tarde la lista con los nombres.

–Se lo agradeceré, ingeniero.

En el Senado de la República la votación, favorable a Marat, fue, en proporción, aún más abrumadora. De los sesenta y seis miembros de la Cámara Alta, todos del Partido en el Poder, cincuenta y siete, "diez más de los que estaban con él ayer", respondieron jubilosamente: "Sí", cuando a uno por uno el Líder le fue preguntando si estaba dispuesto a "apretar filas en torno a Marat Zabala", seguro candidato a la Presidencia. Nueve no incurrieron en tal compromiso. Uno: el senador Fabián del Mar, que sugería aguardar "la palabra orientadora del señor Gómez-Anda y de don Plutarco Canto"; tres, que ofrecieron lealtad a don Alfonso Videgaray; el Líder, cuyo zabalismo no requería ser consultado, y cinco prudentes que lograron escabullirse antes de que les llegara el turno de definirse.

–¿Interesante, señor?

–Mucho. Gracias por haberse tomado la molestia de grabarlo.

La brisa olorosa a pino le despejó de sueño la cabeza y le aquietó el latir del corazón. Más allá de las altas bardas de piedra volcánica cubiertas por galvias y buganvilias, se adivinaba el resplandor boreal de la ciudad encendida aún a esa hora de la madrugada. Ya en descenso

hacia el Aeropuerto "Maclovio Borges" un jet de línea sobrevoló Los Arcos... Esa mañana, como de costumbre, Gómez-Anda llevó al cuarto de baño, para leerlas tranquilamente, las carpetas con los recortes de todas las columnas políticas que publicaban los matutinos. En la de Ángel Ferrara encontró un comentario, ineficaz por obvio. Para explicar "el fenómeno espectacular del zabalismo", lo comparaba "a una bola de nieve que crece a medida que avanza y que termina aplastando a cuanto se le pone enfrente".

–¡Puah!

Sobado o no, el lugar común de que se valía el comentarista representaba exactamente lo que había llegado a ser, en unos pocos meses, el zabalismo: una incontenible avalancha a cuya ciega fuerza arrolladora no escaparía nadie.

–Si me descuido, ni yo... –se escuchó decir.

No sólo senadores y diputados, gobernadores y comandantes militares, funcionarios y políticos diversos, adherían a la precandidatura del Ministro de Información y Turismo, próximo ya el día en que El Nombre debía ser anunciado por el Partido. También los líderes de los grandes gremios nacionales, por costumbre cautelosos para no equivocarse, y los dirigentes de los grupos que le hacían al gobierno el juego de la oposición. Había estado hablando con ellos y ellos habían preferido manifestarse por Zabala, sin esperar a que la identidad del heredero les fuera revelada por El Señor.

A nombre del Comité Ejecutivo del Partido Nacionalista Revolucionario, PNR, Vinicio Parrés Jacobo expresó a Gómez-Anda, cuando conversaron dos tardes antes:

–Habiendo conocido los nombres de los 'posibles', y analizado sus respectivas trayectorias, mis compañeros del Comité y yo resolvimos apoyar al amigo Marat Zabala, porque consideramos que nadie mejor que él, señor Presidente, para continuar la grandiosa obra social por usted iniciada, y realizada, a lo largo de estos diez años de estable prosperidad... Con Marat Zabala, lo creemos así, el proceso revolucionario está asegurado y entraría, además, en una nueva etapa: la del gran salto adelante... Nos complace, señor, que la nuestra en favor de Zabala vaya a ser la misma selección que de su candidato a la Presidencia se dispone a hacer el Partido Unificador...

La noche de ese día, sin estar previamente citado, se presentó en la Secretaría Privada del Primer Mandatario, el caudillo vitalicio del Partido Demócratico Socialista, Isidoro Domínguez Mendoza. Lo recibió Gómez-Anda y compartió con él un café. A la casual pregunta, "¿Qué lo trae por aquí, amigo Isidoro?", respondió entrando de lleno en el tema:

–Sabemos, señor Presidente, que está muy próximo el día en que usted, y su partido, anunciarán el nombre de su candidato a la Presidencia... En el seno del Democrático Socialista hemos debatido largamente sobre si en esta ocasión debemos o no presentar a la consideración de nuestros correlegionarios, y de la ciudadanía en general, un candidato propio... Tenemos, ¿cómo negarlo?, hombres magníficos; revolucionarios íntegros; verdaderos demócratas; mas, al cabo de reflexiones y análisis, hemos alcanzado un nivel de acuerdo: si nuestros amigos del PUR se inclinan en favor de Marat Zabala, el Democrático Socialista está dispuesto a no postular a uno de los suyos, y sumarse a la corriente del Ministro de Información... ¿Para qué buscar a otro, si Marat Zabala es el mejor para ustedes y, desde luego, para nosotros...?

En días y horas diferentes, uno ahí: en la Casa Presidencial; otro, en Palacio, los dos líderes obreros de ma-

yor influencia y poder manifestaron su abierta simpatía por Marat Zabala –"en caso, señor, que él sea el que usted señale".

–Sin vuelta de hoja, me gustaría Zabala –dijo el senador Saladino Rosales Terrés– Sondeados los compañeros secretarios generales de los sindicatos que militan en nuestra central, se han pronunciado, unánimemente, por Marat. Esperamos sólo la voz de "arranquen" para enviar un millón de adhesiones al Partido . . .

–Nada está aún resuelto, senador. Detenga a los impacientes . . . Tiémpleles la rienda unos días . . .

–Eso casi resulta ya imposible, señor . . . Tenemos listas las planas que aparecerán en los periódicos, las mantas, los carteles, la folletería, y alertada a la gente que de toda la República vendrá a la Convención . . .

–Tranquilo, senador . . . No se han definido las corrientes, y el Partido . . . En fin: déle tiempo al tiempo, ¿eh?

–Suelte ya al Hombre, don Aurelio, y quite de sufrir a tantísima gente.

También senador de la República, más poderoso aún que su ex-compadre Rosales Terrés en el Sector Obrero, Heriberto Andonegui, amigo viejo de Gómez-Anda, fue menos vehemente:

–Hay mucho trabajo adelantado en favor de Zabala. Eso lo sabe usted mejor que yo, señor Presidente . . . La gente espera La Señal para lanzarse, y yo, don Aurelio, igual que siempre aguardo su voz para hacerla llegar a los compañeros . . .

–A su tiempo la tendrá, senador. La voz con El Nombre.

–Un nombre, les he dicho a los compañeros, que no podrá ser otro, me parece, que el de Marat . . . Buen tipo, ¿verdad?

–De primera, senador.



A los dos líderes agraristas: Cosme SanJuan, representante de la facción radical del Consejo Nacional Campesino, e Isaías Vargas, a cargo de la facción conservadora, los admitió juntos en Los Arcos. Podrían ser adversarios, pero no enemigos, y jamás iban en contra de sus personales intereses.

–Hemos venido, señor Presidente,

–para que nos dé línea.

–¿Sobre qué requieren mi orientación, señores?

–¿Sobre la persona a la que debemos apoyar, pues

–usted sabe, señor, la importancia que en política tiene ser de los primeros.

–Y el sector campesino que representamos jamás se ha quedado al último, y

–no deseamos, señor, que eso nos vaya a pasar ahora que hay tantos presuntos picando piedra para lograr la Presidencia . . .

–De esos caballeros a los que mucho se menciona en cafés y mentideros, ¿hay alguno que les guste más que los otros?

–Marat

–Zabala, señor Presidente.

–¿Por qué él?

–Porque es el más amigo y

–comprende a fondo la problemática del campo; ya

–nos ha contado de sus muy buenos proyectos,

–y nos gustaría que él fuera, para ayudarlo a realizarlos.

–¿Podemos, señor Presidente, ir a ponernos a las órdenes de don Marat?

Metido entre los dos, que le ganaban considerablemente en estatura, que lo ceñían por la cintura con los brazos, don Aurelio los llevó a la puerta por la que salían sus visitantes luego de la audiencia, y les recomendó:

–Pueden, si tal es su deseo, aunque tengo la impre-

sión de que Nuestro Partido preferiría que todos conserváramos la calma y fresca la cabeza.

Aún olía el despacho del Presidente al tributo de chorizos y quesos, jamones y carne salada, que le habían llevado Vargas y SanJuan, cuando el capitán Evangelista hizo pasar al diputado Crisóstomo Gorráez.

–¡Querido Jefe Aurelio! –y se le echó encima, pues su amistad lo autorizaba a ser efusivo.

–¿Cómo va todo por allá afuera, diputado?

Crisóstomo Gorráez, en cuatro ocasiones miembro del Senado; en tres (ésa, la última), de la Cámara, y líder inamovible de la FENEG, Federación Nacional de Empleados del Gobierno, ocupó la silla, sin aguardar a que el Presidente tomara asiento. Grueso, de indio la cara, corto el pelo pardo, solferino el traje de seda que parecía forrarlo, un rubí enorme en el anillo del anular, resopló y, confianzudo siempre, se apoderó de uno de los caramelitos de menta y miel con los que don Aurelio, si estaba cansado, se vigorizaba.

–Revuelto, señor, con tantos ansiosos buscando la misma cosa.

–¿Muchos?

–Cuatro o cinco de sobra, señor . . .

–¿Qué quiere decir, amigo Gorráez, con "cuatro o cinco de sobra", eh?

Gorráez, la hebilla de oro y piedras preciosas molestándole el más pronunciado de los pliegues de su vientre, dejó de jugar con la bolita de papel celofán y la colocó sobre el cristal de la mesa. Miró al Presidente:

–Fuera de Zabala, ¿hay quien tenga con qué llegar a sentarse aquí, señor Presidente?

Fue entonces cuando Gómez-Anda ocupó su silla. Con otra, como era frecuente que lo hiciera, respondió a la pregunta del diputado Gorráez:

–¿No los hay, don Crisóstomo? Varios, diría yo . . .



Según los veo, todos igualmente buenos . . . Cada uno con igual oportunidad, y con parecido merecimiento, para ser elegido . . .

–Zabala les saca ya mucha ventaja a todos.

–En apariencia, sí . . . Eso no significa nada, Gorráez . . . El Partido aún no unifica criterios, sigue estudiándolos . . .

–¿Ya para qué, don Aurelio?

–Para seleccionar al mejor . . .

–En todos estos años, ¿no ha tenido tiempo de saber cuál de sus Ministros es el que usted en verdad prefiere?

–No me he ocupado de eso, Gorráez.

–El Partido, ¡como si usted no lo supiera ya! –le sonrió, malicioso– terminará señalando a Marat, pues prácticamente ha sido ya señalado . . .

–De una cosa esté seguro, amigo Crisóstomo. La selección que se haga será la adecuada, y el Hombre que el Partido elija habrá de ser exactamente el que el país necesita para que lo gobierne . . .

Crisóstomo Gorráez se marchó de Los Arcos convencido de que con sus reticencias, don Aurelio Gómez-Anda estaba ya protegiendo, para no gastarlo prematuramente, a su ahijado, a su discípulo, a su Ministro favorito, a Marat Zabala –seguro candidato del PUR; próximo Presidente de la República.

LO RECIBÍA siempre con afabilidad y lo despedía invariablemente con sonrisas y palmaditas, pero al señor Gómez-Anda le resultaba antipático, "tal vez porque fue uno de los nuestros y no hay modo de engañarlo", al embajador Simón R. Bravo. "Por haber nacido aquí, por representar los intereses de Washington entre nosotros, por haberse hecho amigo de ricos, pobres, toreros, golfas, magnates, políticos, funcionarios, banqueros, perio-

distas, estrellas y locutores, el *paisano* se considera con derecho a meter la nariz donde no debe y a opinar, sin que se le pregunte, de lo que no sabe".

A informar "extraoficialmente" a Gómez-Anda acerca del progreso que habían alcanzado ciertas gestiones suyas realizadas en el mercado del capital norteamericano, llegó a Los Arcos en el momento en que, solitario pasajero de su impecable limusina negra, partían Maximiliano Cardenal Castro y Antuñano, y el Arzobispo Primado de la metrópoli, don Emilio Olivier. Don Aurelio lo atendió en la salita donde había estado dormitando frente al aparato de televisión antes que anunciaran a los prelados. La corrida de toros carecía de relieve y prefirió ignorarla. Bravo era ameno conversador. El acento con que hablaba el castellano, apenas perceptible. Sus reportes, eran optimistas. No obstante sus crecidas deudas en el exterior, que algunos consideraban excesivas, el país seguía siendo "buen sujeto de crédito". Conseguir el nuevo préstamo no resultaría más difícil que los anteriores.

–Sin embargo, señor Presidente . . . –dejó en el aire el resto de la frase, para que Gómez-Anda inquiriera:

–Sin embargo . . . ¿qué?

–Existen ciertos temores . . . y esos temores tienen estrecha relación con el proceso político que pronto va a ocurrir en el país . . .

–¿Temores . . .? ¿a una revolución, a una devaluación, a qué temen sus paisanos, señor embajador?

Las manos oscuras enlazadas sobre el vientre, que empezaba a redondearse bajo el cardigan de cashmere gris, Simón R(odríguez) Bravo se quitó de los labios la sonrisa para que los deformara un fruncimiento:

–Por *allá* existen dudas respecto a la capacidad administrativa y moral, a la honestidad oficial, si me permite expresarlo así, de algunas de las personas cuyos nombres



se mencionan como posibles candidatos a sucederlo a usted en el Gobierno . . . Ha sido puesta en marcha, por un sub-comité del Senado en Washington, una investigación encaminada a descubrir qué funcionarios de países con los que el mío tiene tratos comerciales, reciben, o han recibido alguna vez, sobornos de cualquier tipo a cambio de "favores" a las empresas que están siendo investigadas . . . Se me ha dicho que entre ellos, en los que a este país respecta, figura repetidamente el de quien más seguro parece estar de obtener la nominación del Partido Unificador Revolucionario . . . Siendo el más popular *aquí*, es el que de menos buena reputación goza, *allá* . . . Es por ello que la posibilidad de que él pudiera ser escogido no digo que asusta, pero sí preocupa a los círculos del dinero, señor . . .

–Hmmm.

–Lo menciono, señor Presidente, a sabiendas de que no es asunto de mi incumbencia, o que me importe, hablar de política interior . . . Como amigo, como uno que nació aquí y que de aquí sigue sintiendo que es, lo digo . . . Usted, igual que lo ha hecho siempre, tomará la determinación que más convenga . . .

La charla derivó luego hacia temas menos comprometedores y se hizo mundana cuando aparecieron Armandina Gómez-Anda, Bertha Samaniego de Zabala, y las esposas de Plutarco Canto y Noé Medina-Albert, para anunciar que estaba lista y ya servida en el jardín la merienda típica con la que concluían, todos los domingos, las actividades sociales del Presidente y su mujer.

Ya noche, terminada la última ronda de dominó, servida la última copa de coñac o whisky que ellos beberían, y el vaso con limonada que pidió él, preguntó Gómez-Anda, casualmente:

–De todos los prospectos de los que tanto se habla ahora, ¿cuál, según ustedes, sería el mejor para el país . . .?

La respuesta de Plutarco Canto, director del PUR, coincidió con la de Otoniel Douglas, el experimentadísimo secretario de Acción Política del Partido (que había llegado a las ocho y treinta para completar el cuarto de dominó) y fue la misma que produjo Noé Medina-Albert, compañero de juego de don Aurelio, y Coordinador General en el Ministerio de Industrias y Desarrollo:

–El mejor será, don Aurelio, el que tú decidas . . . .

No lo comentaron entre sí al marcharse, pero cada uno supuso que la decisión iba a ser tomada por el Presidentee en pocos días más ("¿para qué preguntarnos lo que sabe que le responderemos como él quiere?") y que favorecería a Marat Zabala.

SENTADO EN el borde de la cama, Fermín Palermo aguardaba a que don Aurelio, que lo había llamado a las tres y media de la madrugada para invitarlo a desayunar con él a las seis, terminara de anudarse la corbata negra. "A medida que se hace viejo se le acorta la estatura", pensó, mirándolo en camisa y calzoncillos, descalzo, sin los zapatos especiales a que Armandina lo acostumbró veinte años antes para que luciera unos centímetros más alto.

–¿Qué pasaría si para añadirle variedad a La Lista agregáramos a ella el nombre del doctor Víctor Ávila Puig, eh?

–Pasar, no pasaría nada . . . A menos que enrolar al Ministro de Industrias y Desarrollo, tan golpeado por las huelgas en estos días, tuviera una intención política que no conozco . . .

–Esa intención, ¿no podría ser la de halagar, dándole una poca de coba, al Sector Empresarial, tan hostil al Gobierno de un tiempo acá . . .?

–Siendo así, mételo . . ., aunque nadie se tragará el



cuento de que Ávila tiene la más remota posibilidad de . . . Ávila Puig es un técnico, un economista. La gente desconfía de ellos . . . Pensarán que se trata de una broma tuya . . .

Don Aurelio metió la pierna izquierda en el tubo del pantalón. Habló en equilibrio:

–Crean lo que crean, ¿qué importa? Convirtámos a nuestro joven amigo en el Factor Sorpresa por unos días . . . Llevemos un poquito de inquietud a los que se creen firmes y seguros . . . Hagámosles sentir que todo puede suceder, y que sucede, si el Señor Presidente así lo decide, ¿eh?)

ZABALA VOLVIA descorchando la segunda botella de champaña. En alto la ceja de la crítica (ésa, que tanto temieron sus colaboradores; que tanto aterró a los políticos durante los diez años del pasado) Gómez-Anda aceptó que era cierta la fama de bebedor considerable que constituía una de las más aplaudidas virtudes sociales de quien había sido Ministro de Información y Turismo en su gabinete.

–Muchas veces, señor, me he preguntado dónde estuvo la falla, *mi* falla, por lo que su decisión no me favoreció.

–Que yo sepa, Zabalita, falla no hubo ninguna. Llegado el momento se escogió al hombre, que según creíamos, estábamos necesitando.

Llenó un vaso y la espuma resbaló entre sus dedos; se convirtió en gotas del tamaño de un antiguo peso de plata que cayeron en silencio sobre la manta color naranja. Colocó la botella en el suelo, junto a sus pies.

–Alentado por usted, señor, realicé trabajos políticos. Hice mi juego a la vista de todos.

–Así fue.

–Jamás me reprendió usted, señor, ni me desanimó tampoco.

–¿Por qué habría de hacerlo? Muy lícito nos parece que un político aspire a ser Presidente de su país como hermosa culminación de su carrera . . .

–Siguiendo su ejemplo, señor, sumé amigos, aglutiné voluntades, construí eso que usted me ha enseñado a considerar la infraestructura del poder . . . En una palabra: hice lo que usted habría hecho, y sin embargo . . . –bebió un trago largo, pausado, que le dejó un cosquilleo en los labios.

–¿Sí?

– . . . prefirió usted al doctor Ávila Puig . . . ¿Por qué él y no yo . . .?

–Por los imponderables, Zabalita; ésos que lo joden a uno cuando menos se espera . . . .

(OTROS, MÁS temprano aún que Marat Zabala, habían realizado "trabajos políticos", con la pretensión de alcanzar la Presidencia de la República cuando Gómez-Anda la dejara. El más hábil de ellos, Alfonso Videgaray . . . Si estaba resentido porque don Tito Livio Gómez de Lara había resuelto que su heredero fuera Aurelio Gómez-Anda, no lo demostraba. Se disciplinó a la Superior-Decisión-del-Señor-Presidente y aceptó servir también al sobrino. Finalista en la batalla por la candidatura, Videgaray no fue sentenciado, como todos suponían, al ostracismo, al retiro. Gómez-Anda lo conservó en el Ayuntamiento. "Fue otro error de mi parte dejarlo ahí, Fermín, dueño de toda su fuerza, en el centro del poder y con la caja del dinero abierta y a su alcance", habría de comentar, tiempo adelante, don Aurelio . . . La ceremonia del besamanos había concluido poco después de las cuatro de la tarde y, luego de posar con los miembros del



gabinete para que el fotógrafo de Palacio tomara el retrato del grupo, el nuevo Jefe del Ejecutivo Federal procedió a despedirse de quienes, a partir de ese momento, lo ayudarían a gobernar al país.

–Quisiera, señor Presidente, que me concedieras dos palabras a solas . . .

–Las que gustes, Alfonso.

Lo condujo, del brazo, caminando lentamente, por el centro del Salón de los Embajadores y luego, a través del de los Virreyes y de los Héroes Revolucionarios, hacia su oficina privada.

Gómez-Anda pidió a Videgaray que lo esperara un minuto en la antesala contigua al despacho. Deseaba entrar solo, por primera vez, ya como Supremo Mandatario de la Nación, en esa enorme oficina cuya suntuosa severidad lo había intimidado siempre. Más intenso que nunca le pareció el olor de las maderas, recién barnizadas, que cubrían los muros; de la cera que lustraba los pisos de parquet; de las pajitas japonesas que en pequeños pebeteros de bronce perfumaban su aire secreto.

–¡Señor Presidente don Aurelio Gómez-Anda! –dijo, con voz abaritonada, como si se anunciara a sí mismo, y le pareció que se oía bien.

A la derecha, en su asta reluciente, colgaba la seda tricolor de la bandera nacional. Acarició sus pliegues, disfrutando de su textura. Ocupó después La Silla, con asiento y respaldo de cuero verde. Sus manos asieron las cabezas de león, fundidas en Milán, que remataban los descanzabrazos. Repitió:

–Don Aurelio Gómez-Anda, Presidente Constitucional de la República . . . –y luego, sin cólera, sólo con autoridad, descargó un puñetazo sobre el escritorio.

Dejó La Silla y caminó lentamente, reconociéndolo, como si nunca antes hubiera estado, por el despacho de El Señor –el lugar de trabajo del Primero y más Pode-

roso; el más Temible y Magnánimo, Sabio y Justo de los ciudadanos de su República. ¿Qué cambios podía hacerle, ahora que nadie discurriría sus órdenes y, menos aún, su derecho? ¿Qué podía cambiar si lo que había en él le gustaba? El cuadro con la escena de la rendición del Virrey Conde de Pilares ante el generalísimo Palencia, en el Valle de Cerritos; el óleo con la venerada imagen de César Darío, padre de la Revolución; los facsímiles de la Carta Magna; las lunas francesas que en París compró el dictador Iturribarría a fines del ochocientos; los candiles y las alfombras persas; el sofá y las anchas butacas de cuero borgoña, todo ello tenía para él, en ese minuto, el encanto de la novedad.

Alcanzó uno de los balcones del muro oeste. En la Plaza Mayor seguía disgregándose lentamente la multitud, calculada en un millón de personas, que se había reunido para aclamarlo cuando, de vuelta del Congreso, se mostrara a ella investido ya con el símbolo del Poder: la banda bordada por Armandina amparándole el pecho. Lo que había costado llevar a toda esa gente, se preguntó, ¿era el último crecido gasto del Gobierno que se iba, o el primero del suyo que llegaba?

Sobre el escritorio de caoba taraceada que sirvió a dictadores y generalísimos, caudillos y presidentes, encontró el timbre de las órdenes. "El seno de Santa Eulalia", pensó al oprimir su pezón. En la puerta, sólo la cabeza dentro, apareció el capitán Zulueta:

–Haga pasar al señor Videgaray . . .

Lo recibió así, de pie, los nudillos de la mano izquierda sobre la cubierta del escritorio. Mas con el gesto que con la voz, le ordenó ocupar la silla del acuerdo. Cruzó los brazos. Alcanzaba a mirar, bien alta en la cabeza del alcalde, una tenue transparencia de calvicie.

–He querido hablar contigo a solas para dejar bien claro, desde este principio que compartimos, que jamás



fui tu enemigo, ni competí contra ti por obtener la Presidencia . . .

Asintió Gómez-Anda, firme la mandíbula. No sonreía. Un rostro ajeno, duro, de rasgos fuertes, ocupaba el lugar del suyo. También lo notó Videgaray.

–Por la Presidencia de nuestro país, lo sabemos, no se compite, Alfonso . . . Lo que aspiramos a obtenerla, ministros o no, somos miembros de una misma unida familia . . . Como en todas las familias, hay un padre, hay un jefe, que nos mira, nos observa, nos valora todos los días . . . Uno de nosotros, uno de los hermanos, recibirá de él en su momento la responsabilidad de tomar su sitio, de preservar y continuar su obra . . . Es lógico que todos, ministros o no, secretamente o a la vista de los demás, nos esforcemos por hacernos merecedores de tan señalada distinción . . . Pero sólo uno de nosotros puede ser elegido . . . Ocupar el lugar del Padre no es una victoria personal, sino el resultado de una selección, de una decisión, a la que somos siempre ajenos . . . Los hermanos que se quedaron al borde de lamesa, no fueron, no son en estricto sensa, competidores o, como dices, enemigos del que ocupará la cabecera; y éste, si es justo y además inteligente, conservará junto a sí a los valiosos . . .

Alfonso Videgaray se levantó. Su estatura era bastante mayor que la de Gómez-Anda. Se apartó unos pasos para que la diferencia fuera menos notable. "Con un hombre bajito como es él, nunca sabe uno a qué atenerse".

–Agradezco, Aurelio, la generosidad que me has demostrado al conservarme junto a ti . . .

–Somos viejos amigos, don Alfonso. Respeto su experiencia y aprecio su probada capacidad . . . Es pesada, muy pesada en ocasiones, la carga que recibimos. Sólo con mucho esfuerzo, con pasión en la entrega, nos será

posible alcanzar nuestro destino ... Del alcalde Videgaray espero total ayuda ...

–Hasta el límite de mi resistencia la tendrá, señor Presidente ... Más que colaborador suyo, considéreme el más comprometido, en gratitud, de sus hermanos ...

LO QUE LE informaba el Ministro del Interior servía para corroborar lo que otros reportes, igual de fidedignos, le habían hecho saber a propósito de las tareas en que se ocupaba, además de las inherentes a su empleo, con entusiasmo y ya poca discreción, el alcalde Alfonso Videgaray.

–El Jefe Alfonso ha alineado, como ya sabemos, a los líderes estudiantiles, sean universitarios, normalistas o politécnicos –abundó Cimarrosa– y también, lo que puede ser motivo para empezar a preocuparnos, a quienes en la capital y en las ciudades de la provincia, dirigen a los colonos de las villamiserias, de las favelas, de los arrabales de pobreza ... Esos millones de individuos, estimulados por las promesas de sus jefes, que a su vez las recibieron de nuestro alcalde, se han comprometido a participar en, a secundar cualquier aventura que Alfonso se proponga emprender, no importa qué tan absurda nos parezca ...

–¿Por ejemplo? –Gómez-Anda, los ojos en la claridad de la Plaza Mayor abrumada por la luz de las once de la mañana, no se volvió.

Desde su silla de acuerdo, con los ojos a su vez fijos en la del Presidente, vacía y verde, contestó Marco Tulio Cimarrosa:

–Por ejemplo, una insurrección ... La chusma en oleadas ocupando capitales, volcándose sobre nosotros. Arrasando todo ...

–¿Es ello probable?



–Imposible, ahora, no es, señor.

Gómez-Anda permaneció junto al balcón, desdibujado entre la blancura de los visillos. Al otro lado de la plaza, en el Palacio del Ayuntamiento, réplica del suyo, Alfonso Videgaray, su amigo y colaborador, el popularísimo alcalde, seguía acumulando poder, comprando todo lo que tenía un precio o estaba dispuesto a tenerlo. Miembros de su equipo, tan ramificado, recordó, ocupaban cargos importantes o no, vistosos unos, oscuros otros, en todos los ministerios, en las empresas de participación estatal, aun en las oficinas privadas del Presidente. Otoniel Douglas le había dicho: "En todos los niveles del gobierno hay gente suya, Aurelio. Alzas una piedra y debajo de ella encuentras un alfonsista", y Noé Medina-Albert: "Es increíble, señor, el número de personas que Videgaray ha conseguido incrustar. Increíble ..." Ordenó que se levantara un censo de ellas (quiénes eran; dónde trabajaban o cobraban; cuál la misión que cumplían en favor de, o por órdenes del Jefe Alfonso, y sobre cuántos otros influían) y cuando recibió el reporte se dio cuenta de con qué habilidad había logrado Videgaray convertirse en una fuerza política de extraordinaria magnitud.

–¿Por qué no es imposible, Marco Tulio?

–Recuerde, señor Presidente, los tumultos que en el último par de años han ocurrido, a partir de las que llamamos colonias proletarias, en Victoria, Salvatierra, Santa Clara, Valladolid, y demás capitales de provincia ... Los líderes que Videgaray ha ido formando para que le manejen, aquí, La Verbena, han preparado, a su vez, a quienes se ensayaron en esos motines ... El esquema ha sido invariablemente el mismo ... La multitud sale de sus barracas en son de guerra. Se derrama sobre las calles. Ocupa los edificios públicos. Inicia el vandalismo: saquea comercios, rompe vidrieras, pintarrajea pa-

redes. Crea el caos. ¿Por qué? A veces, porque no le gusta el candidato a gobernador. Otras, porque rechaza un aumento a las tarifas de la luz eléctrica (que entre paréntesis se roba, o no paga)... Otras más, en fin... El motivo es lo de menos, señor...

-En efecto... -cabeceó, desalentado, el Presidente.

-Detrás de todo ello, como detrás de las turbamultas estudiantiles del año pasado, aparece la mano del Jefe Alfonso... La mano, y el dinero que tan abundantemente distribuye... Nada personal en lo que digo, señor. Sólo la exposición de lo que está ocurriendo...

EL GENERAL TEODORO Gómez hizo un comentario que preocupó al Presidente.

-En estos tres o cuatro últimos años, don Alfonso ha logrado crear un magnífico cuerpo de policía, espléndidamente equipado y rigurosamente entrenado, señor...

-¿Por instructores de las Fuerzas Armadas, general?

-No, señor Presidente... Don Alfonso prefiere entrenadores extranjeros... A los nuestros los destina a dirigir la marcha dominical de los conscriptos.

-Hmmm...

-Ha adquirido, además, una enorme cantidad de tanques antimotines, de carros de combate y de blindados. Todo modernísimo, todo muy caro... Más que una fuerza preventiva, señor nuestra policía ha ido convirtiéndose en una fuerza potencialmente agresiva...

Arguyó sin énfasis don Aurelio:

-Los escándalos callejeros de los últimos meses. Los ataques de supuestos guerrilleros a nuestros policías. Los secuestros de personas. Las incursiones de los terroristas urbanos en bancos, almacenes y fábricas, todo eso, general, ¿no justifican que el señor Videgaray se haya preocupado por reforzar a la policía en la forma que me dice?



Aún a riesgo de molestar al Presidente, tan amigo del Jefe Alfonso, o de comprometerse con una acusación que no estaría en condiciones de sostener con argumentos de prueba, el Vice-Ministro de Guerra y Defensa, expresó:

-Si usted lo quiere ver así, así es... Pero la realidad, señor Presidente, es bien otra... Desde mi personal punto de vista, el Ayuntamiento ha acumulado más equipo del que necesita, y no sólo para que alguien se gane un poco de dinero... A la ciudad no le hace falta lo que ha comprado Videgaray... Más parece material de guerra, señor, que de apoyo a la gendarmería...

¿De guerra, general?

-Sí, señor... El que hemos visto, el que Videgaray nos permite que veamos, es distinto al que guarda, muy celosamente, en los campos donde entrena al personal que lo maneja... Equipo éste de que le hablo, señor Presidente, que nada envidia al de ciertas secciones del Ejército...

EN JULIO, EL presidente inauguró otra de las muy vistosas obras de ingeniería realizadas en los últimos años por el Alcalde Alfonso Videgaray -el Trébol Gómez-Anda-Este, tan grande y hermoso, que en él coincidían y de él partían los doce anchos viaductos del nuevo sistema vial. En los alrededores de esa trenza de caminos, el Ayuntamiento agrupó, tal vez, a doscientas mil personas que vitorearon a don Aurelio cuando descorrió la cortinilla de terciopelo que cubría la placa de bronce en la que se fijaban, para la historia, el día, el año y la circunstancia del evento.

Correspondió al señor Gómez-Anda, en compañía del alcalde, hacer el primer recorrido oficial por las espiras del Trébol Este.

–¿Te gusta, don Aurelio?

–Maravilloso, sí. Un poco demasiado caro, se me hace.

–La ciudad se merecía algo así, y también tú.

A una y otra orillas de la Autopista Inter-Urbana habían sido alineados para admiración de las multitudes docenas de tanquetas antimotines, carros de asalto, paneles de transporte, ambulancias y motocicletas de gran tamaño. Rígidos dentro de sus uniformes azul marino, los responsables de ese equipo presentaron armas o saludaron a la manera militar cuando el Presidente, a bordo de un vehículo descubierto, les pasó revista.

–Me parece, Alfonso, que has gastado mucho en la compra de tantas máquinas . . .

–Las necesitamos, señor Presidente . . .

–¿No te bastan, como siempre habían bastado, los gendarmes y nuestros grupos de *civiles?*

–Ya no, señor . . . Una ciudad como la nuestra, con un área metropolitana tan amplia y conflictiva, debe ser adecuadamente vigilada . . . El gendarme, con su garrote de goma, y aún el *civil,* han dejado de ser eficaces; han sido rebasados . . . Recuerda las pedrizas de los estudiantes, los zafarranchos que ocurrieron en La Verbena y en otras colonias de precaristas. El reto que le presentaron al Gobierno, con su insolencia y sus pretensiones, los petroleros, los conductores de autobuses, los médicos . . . ¿Sirvieron de algo las cachiporras?, ¿las varas Mig? ¿Los guanteletes de hierro? De nada, señor Presidente . . . Cambia la conducta de las ciudades: deben cambiar sus métodos de seguridad . . . Ese equipo, que costó menos de lo que podría uno suponer, es el que requiere nuestro tiempo.

Gómez-Anda prefería que Videgaray lo considerara tacaño a que lo sospechara desconfiado:

–Hay que ahorrar, Alfonso, hay que ahorrar . . . Este



material que me has mostrado, ¿es todo el que tienes?

–Lo es, señor . . . Por un momento estuve tentado en llevártelo en caravana a Los Arcos.

Sonrió lúgubremente don Aurelio;

–La gente hubiera pensado que estabas asaltando la casa del Presidente . . .

No festejó Videgaray el comentario de Gómez-Anda:

–La gente no sabe lo que piensa . . .

Escoltado por dos sedanes de seguridad, por la ambulancia que lo seguía siempre (para brindar instántanea atención médica en caso de necesidad), y rodeado por una docena de motociclistas, el automóvil del Presidente se acercaba ya a la Residencia. A lo lejos, de cantera color de rosa, centenarios aunque lucieran como recién hechos, los arcos del viejo acueducto que en el siglo XVII llevaba agua a la metrópoli, señalaba el término del recorrido.

–Sigo pensando, Alfonso, que ese dinero distraído en armamento habrías podido emplearlo en algo más útil, y necesario . . .

–¿Puede haber algo más útil y necesario, señor Presidente, que la seguridad de nuestra capital, que la paz en que vivimos?

EL CORONEL RODRIGO de la Peña, tuerto del izquierdo, podía ser tonto, o por lo menos no muy apto en el manejo de las palabras y de las ideas, pero, le constaba, era leal, discreto, fiel. En otros días, Gómez-Anda le había confiado secretos y, después, le había enviado gente a sonsacárselos. De la Peña había sabido guardar las confidencias y, al hacerlo, se había asegurado la confianza de El Señor. Fue por ello que lo designó vice-alcalde en la metrópoli.

–Otros reportes, además de los suyos, coronel, me indican que nuestro muy querido amigo, el señor Videgaray, está aliándose con gente ambiciosa. Con individuos revoltosos, que lo malaconsejan. Que tratan de convencerlo de que él, y nadie más que él, tiene derecho a venir a vivir a esta casa . . .

Quizá el coronel De la Peña no entendiera la otra intención de esas palabras, pero, de todos modos, como lo hacía siempre que Gómez-Anda detenía sus palabras para hacer una pausa, asintió y dijo:

–Sí, señor.

–Aunque ya sabemos que don Alfonso es persona prudente, debemos cuidar, coronel, que no le llenen la cabeza de ideas absurdas, ¿eh?

–Sí, señor . . .

–Como si dijéramos: a la vuelta de la esquina estarán pronto los días difíciles de la toma de decisiones, y el señor Videgaray como que anda demasiado inquieto . . . ¿Qué le dirán sus amigos, que nos lo están cambiando, eh? ¡Si lo supiéramos!

–Sí, señor.

–Se me ocurre, como viejos camaradas de Alfonso que usted y yo somos . . .

–Sí, señor.

– . . .que en su beneficio estamos obligados a cuidarlo, a impedir que ésos que lo rodean acaben por echarlo a perder, coronel . . . Habrá que controlarlo, ¿eh?, y también a los de su grupo . . . No necesito, coronel De la Peña, recomendarle absoluta discreción . . .

–No, señor.

–Ahora bien, se preguntará usted, ¿cómo piensa el señor Presidente que controlemos a alguien tan voluntarioso como es el Jefe Videgaray, eh?

–Sí, señor.

–Pues se me ocurre, estimado coronel . . .



Empezó a moverse por el despacho y a hablar lentamente, claramente, como si De la Peña fuera un niño en uniforme, al que debía darle órdenes breves y directas que pudiera ejecutar sin riesgo de error cuando así le conviniera a él.

CASI NUNCA había visto Plutarco Canto a don Aurelio más descuidado en el juego, o más preocupado, que esa tarde. La velada había sido sosa, quizá por que El Señor no había producido ni una sola frase importante. Hacia el final, cuando rindió con desgano sus naipes, Palermo recibió de sus ojos la ligera seña que había estado aguardando.

–Creo, Plutarco, que nos hemos ganado un trago . . . –y lo condujo al barecito donde, desairando los jugos de frutas, la horchata y el agua mineral, beberían coñac.

También el Presidente se apartó de la mesa y, con Videgaray a su lado, se dirigió al jardín.

–Estoy preocupado, Alfonso.

–¿Por qué, Aurelio?

–Por tantos rumores que me llegan. Rumores de probable violencia. Amenazas de desorden. Se me ha dicho que hay tensión en la ciudad, como si algo grande, y grave, fuera pronto a ocurrir . . .

–El país, Aurelio, ¡quién mejor que tú para saberlo!, está viviendo momentos difíciles . . .

–Es la ciudad, no el país, Alfonso. Han llegado a inquietarme diciéndome que existe la posibilidad de un levantamiento . . .

–¿Una cuartelada, dirás?

–Peor que eso . . . Una, digamos, insurrección en los barrios populares . . . y no sé, créeme, a qué atribuirlo . . .

Se habían detenido para que don Aurelio regalara cubitos de azúcar a la pareja de ciervos de complicada

cornamenta que les cerraba el camino, cerca del estanque de las carpas:

–La gente está inquieta por la huelga de los distribuidores de pan, de leche y de gas. Fuera de eso, no veo por qué.

Confidencial y lento, Gómez-Anda reanudó su paseo por el parque de Los Arcos. Silenciosa y sobrada de luz, maduraba la tarde del domingo. Hacia el norte seguían reuniéndose gruesos nubarrones color pizarra. Un relámpago encendió su chispazo, remoto.

–He llegado a pensar, Alfonso, que la presente situación política, esta espera en que nos encontramos, tiene algo que ver con . . . Quiero decir: que se agita a la metrópoli, a los grupos más desposeídos de sus habitantes, para presionar al Gobierno, para presionarme a mí, e influir en la decisión que pronto tomará nuestro Partido . . .

–Son días de intrigas, éstos. Todo está en orden, y bajo mi control, Aurelio . . .

–Me tranquilizas, Alfonso. Se me había dicho que La Verbena de tus amigos era el principal foco de insurrección . . .

–La Verbena está en paz. Mis amigos son los tuyos, como siempre. Pasé por allí esta mañana, hablé con sus líderes también. Puedo asegurarte que no hay motivos ni de preocupación, ni de duda . . .

–¡Qué bueno, Alfonso! –dijo el Presidente, sin convicción. Pensó después: "Habrá que hacer, ya, esas llamadas".

Recordó: "Situada al este del valle, La Verbena constituía, de hecho, una república dentro de la más populosa de las villa-miseria de la zona que las tenía por docenas. Un trabajo de campo había revelado, entre otras singularidades, que en La Verbena existían, por manzana, más receptores de televisión y radio; más aparatos de estereofonía, refrigeración, ventilación, estufas eléctricas o de



gas, licuadoras, batidoras y secadoras de pelo, que en una superficie igual del área metropolitana; había permitido saber que el 92% de las casas era de mampostería y de una sola alcoba y que sólo el 9% de los colonos pagaba el importe de la que consumía a la Compañía de Luz. Funcionaban cinco expendios de bebidas alcohólicas, o sitios de esparcimiento donde se vendían, por cada escuela; se registraba un homicidio cada setenta horas y la tasa de crecimiento demográfico figuraba entre las más altas del país. La Verbena se había formado (casi) por generación espontánea hacia tres décadas, cuando grupos de campesinos y elementos del proletariado urbano empezaron a levantar chozas de hojalata, cartón y madera. En esos treinta años sus habitantes jamás habían hecho ingresar en las arcas del Ayuntamiento un céntimo por concepto de impuestos. Rijosos e indomables, los vecinos de La Verbena tenían en Videgaray su más denodado protector. Ellos, a cambio, eran sus más resueltos partidarios –una especie de arma con la que contaba para lo que fuese necesario".

–La gente de Zabala anda con la lengua muy brava –apuntó el alcalde. –Los chistes, los chismes, los rumores que se oyen en cafés y antesalas, viene de ella . . . ¿No ha llegado a esparcir el infundio de que el Presidente Gómez-Anda prepara un golpe militar para perpetuarse en el poder . . .?

Otra vez tristemente sonrió don Aurelio –y Videgaray no supo si lo hacía porque lamentaba no poder contar con la colaboración de las Fuerzas Armadas o porque le parecía del todo absurdo que se le creyera capaz de conspirar contra su propio gobierno:

–Los murmuradores no se detienen ante nada, Alfonso. Ya sabes lo que dicen de ti . . .

–Por fortuna, Aurelio, los viejos como tú y como yo, hemos aprendido a saber dónde se esconde la verdad . . .

TAMBIÉN LENTAMENTE se paseaban en el exterior de la casa Fermín Palermo y Plutarco Canto. El señor Gómez-Anda y el Jefe Alfonso, ¿qué dirían en secreto? ¿Estaría don Aurelio comunicándole a su tan cercano amigo, al hábil funcionario y popularísimo personaje, que a él le correspondería ser el candidato a la Presidencia; esto es, como merecida culminación de una dilatada carrera política, sucesor suyo?

–¿Estará Alfonso conociendo la decisión de El Señor?

–Quizá sí. Aunque es probable que todavía no.

–Siempre supuse que los finalistas serían Zabala y Videgary. ¿Tú, no?

–Finalmente serán, Plutarco, los que don Aurelio diga.

DE PRONTO, EL Presidente avivó un poco el paso:

–No hagamos esperar a nuestros amigos. Ve tú a saber en qué cavilaciones los habremos metido, ¿eh?

–Plutarco anda nervioso estos días.

–Elegir al adecuado candidato a la Presidencia de la República no es tarea fácil para el Partido.

–Tampoco lo será para ti, supongo . . .

Parsimonioso, un pavorreal pasó delante de ellos. En cuclillas, al pie de la Victoria de Samotracia, un guardia de seguridad los veía avanzar:

–A propósito, Alfonso, ¿te importaría que tú y yo nos fuéramos juntos al Consejo, en mi coche?

–Como ordenes, Aurelio.

–Lamento estropearle el descanso del domingo a nuestros amigos Ministros, pero la situación exige que nos reunamos . . .

El Presidente pidió que lo excusaran unos minutos. Su automóvil, el de Videgaray y los de sus escoltas, la ambulancia y los motociclistas, fueron colocados en la



puerta sur. Un helicóptero de apoyo, que sobrevolaría la ruta a Palacio, fue puesto a funcionar. Plutarco Canto escrutó al Jefe Alfonso. Se arriesgó a hacerle una pregunta en voz baja:

–¿Ya?

–No.

Ninguna emoción alegraba el rostro del alcalde. Ninguna decepción lo entristecía. "O no le dijo nada o Videgaray sabe disimular mejor que nadie". En ese momento empezó a lloviznar finamente.

DESDE SU recámara Gómez-Anda hizo dos llamadas. Sentía una especie de vaga decepción. "Tantos años de amigos y mentirme de ese modo . . . Videgaray está dispuesto a manchar de sangre al país con tal de . . . No me queda ya duda . . . Alfonso, Alfonso, ¿por qué han de ser las cosas de este modo?" Al Presidente de la Suprema Corte y al coronel Rodrigo de la Peña les dijo, neutro el tono:

–Se procederá conforme a lo acordado . . .

Ya para salir se miró en el espejo. De sus hombros retiró lo blanco de la caspa. Volvió a recordar: "No se puede gobernar si se padecen remordimientos". Salió sin detenerse en el costurero, donde Armandina le tejía una bufanda.

ESA NOCHE, en el noticiero de TV-Olid 9, se presentó al teleauditorio de la República, ilustrada con tomas impresionantes, la crónica de la matanza ocurrida, poco después de las ocho, en la comunidad de La Verbena. En dos o tres ocasiones apareció, muy clara entre el tumulto, la imagen del alcalde Alfonso Videgaray. Se escuchó decir a Jacinto Olmedo:

–Aunque no ha habido confirmación oficial, se habla de que hay varios colonos muertos y un número, que quizá pase del centenar, de heridos de cierta gravedad . . . Ha sido imposible, hasta el momento, hacer contacto personal con el alcalde Alfonso Videgaray que se hallaba en el lugar de los hechos dirigiendo personalmente el desalojo de los *verbenos*, al iniciarse la zacapela . . . Videgaray ha desaparecido . . . Por lo demás, todas las fuerzas del orden, incluido el Ejército, han sido movilizadas en previsión de que se intente iniciar, a partir de La Verbena, como se ha rumoreado insistentemente desde esta tarde a temprana hora, una marcha sobre la ciudad, cuyo propósito inmediato sería ocupar la Plaza Mayor . . . En círculos políticos se ha comentado que el señor Videgaray, de reconocida rudeza de procedimientos, se extralimitó en sus funciones al recurrir, sin que viniera al caso, a la acción directa . . . La pregunta que esta noche flota en el aire de la República es: luego de la masacre, ¿podrá mantenerse en su puesto el veterano e implacable funcionario, Videgaray?

EL PRESIDENTE se presionó con los dedos los ojos fatigados. Había sido un domingo largo y difícil, uno de esos días que se recuerdan. "¿Cómo no, carajo, si noventa y dos murieron?" Bostezó. Discreto, Marco Tulio Cimarrosa aguardaba nuevas instrucciones.

–¿Algo más, señor?

–Que descanse . . . Saludos a su esposa.

Permaneció en el despacho, porque don Aurelio no le había ordenado que se marchara, Josafat Armengol. El Presidente volvió a bostezar, desperezándose. Luego, se tocó el nudo de la corbata. Dijo después, como si apenas entonces advirtiera la compañía del consejero adjunto:

–Qué pendejo ha sido Alfonso . . . Ahora tendrá que



dejar la alcaldía y renunciar a su pretensión de querer la Presidencia, ¿eh?

–Sí, señor.

–Será bueno, Josefat, visitar a nuestros amigos, los directores de los diarios, ¿eh?

–Sí, señor . . .

–Mucho serviría que en los comentarios editoriales pusieran de manifiesto que la desorbitada ambición de un hombre, ensoberbecido por el poder, estuvo a punto de romper el orden institucional del país, lo que habría significado un retroceso de por lo menos medio siglo, ¿eh?

–Sí, señor . . .

SIN QUE EL se lo pidiera, Zabala llenó con ron el vaso de Gómez-Anda. Le ofreció el suyo para el brindis y se produjo el clic del contacto. Bebieron. Zabala, un trago ávido. Don Aurelio, uno, como todo en él, comedido.

–Los imponderables, dice usted.

–Ellos, Marat. Dispones una cosa y otra ocurre.

–¿Llegó usted a decidir que fuera yo su heredero?

–Tu nombre estaba a la cabeza de la lista de mi preferencia, Marat.

–¿Por qué salí de ella, señor?

–Nos vimos en la necesidad, te lo he dicho, de preferir al hombre adecuado.

–¿Lo era Ávila Puig?

–Esperemos a saberlo.

–Algo debió haber influido mucho en usted, señor, para no señalarme.

"¿Cómo decirle: 'Tuve miedo de ti, Zabala porque ya tu poder era comparable al mío'? ¿Cómo decirle: 'Preferí a Víctor Ávila Puig, no sólo porque era el candidato que las circunstancias demandaban, sino porque estaba

seguro, entonces, de su lealtad; porque lo sabía comprometido a una larga gratitud hacia mí?

EL GOBERNADOR MARGARITO Wilson, ya más tranquilo que cuando entró en el despacho, pero todavía colérico por la forma en que lo había tratado el mensajero de Zabala la noche anterior, continuó su informe –que el Presidente, molesto también, escuchaba en silencio. Wilson, mandatario en Nueva Antequera, no acostumbraba exagerar; por eso lo que estaba diciéndole adquiría importancia mayor:

–. . .y sin darle muchas vueltas, el tipo ese, Sotero Camarena, que fue líder de los taxistas y al que una vez metí en la cárcel por ladrón, me dijo que la lista de candidatos a senadores y diputados que había yo hecho para presentársela a usted, señor Presidente, debía ser estudiada antes, ¡antes!, por Marat Zabala. "¿Por qué por él, y no, como de costumbre, por el señor Gómez-Anda?", le pregunté y él: "Porque así son las cosas ahora, don Márgaro. Cuando el compañero Marat la depure, podrá usted llevársela a don Aurelio". Eso dijo, y yo, señor, pues no estoy de acuerdo con que Zabala meta su cuchara en la taza que todavía no es suya . . . A no ser que usted lo autorice, señor . . .

Gómez-Anda calculó la intención del comentario. Margarito Wilson, don Márgaro, era uno de los pocos gobernadores que no había hecho compromiso con Zabala. Para nadie era secreto que Wilson, veterano en el negocio de las obras públicas y con dos hijos ocupando cargos de importancia en el Ministerio de Construcciones Federales, era fervoroso partidario de su compadre Andrómaco Bátis. ¿Buscaba averiguar si el Presidente aprobaba los alardes de autoridad que hacían en Nueva Antequera y, por lo que sabía, también en casi todas las demás provincias, los delegados personales que Marat tenía viajando para que presionaran en su favor a los mandatarios indecisos? Si no los reprobaba, ¿sería ello prueba, como se decía, que Gómez-Anda había empezado ya a rendir frente a Marat Zabala su poder? Wilson, que era astuto, ¿pretendía confirmar qué tan *firme* estaba Zabala en el ánimo de El Señor, para proceder conforme a su conveniencia?



–Como usted comprenderá, don Margarito, el Presidente de la República lo sigue siendo hasta el último minuto de su administración, ¡hasta el último! Algunos, al parecer, lo olvidan . . . En el caso, no digo que Marat Zabala personalmente, pero sí los ansiosos segundones.

Wilson colocó ante Gómez-Anda un pliego doblado, a lo ancho, en tres porciones. El Presidente lo tomó:

–Ésta es, señor, la lista de los candidatos que no quise entregarle a Sotero Camarena . . .

–La estudiaremos con atención, señor gobernador . . .

Se levantó don Aurelio. Margarito Wilson también. Estaba tranquilo, esperanzado. "Por lo menos, nada hay todavía decidido por Zabala. Andrómaco sigue en la pelea. Si ya tuviera hecha su decisión por Marat, el Presidente me lo habría dicho. Le di oportunidad, y nada . . ."

–Algo más, señor . . . Necesito su consejo personal . . .

–Diga usted . . .

–Algunos compañeros gobernadores se ocupan de recabar firmas de quienes no estamos en la corriente zabalista . . . Cuando consigan las de todos, y parece que faltan ya menos de diez, publicarán desplegados en los periódicos del país solicitando de usted, y del Partido, que no retrase más la decisión en favor de Marat . . . El consejo que le ruego es: ¿debo esperar . . . o firmar?

–Espere, don Margarito, tanto como considere sea necesario . . .

DE PRONTO, LA vida oficial en Los Arcos quedó en suspenso. De malhumor, Gómez-Anda ordenó cancelar las audiencias que faltaban y despedir a quienes, desde temprano, aguardaban en las diversas antesalas ser recibidos por él.

–¿Se siente mal, señor? ¿Desea que le avisemos a la señora, o al doctor Monter?

–No, general. Gracias.

Se preparó una taza de café. La probó apenas y la olvidó sobre la mesa. La información que llevó Margarito Wilson lo había trastornado. "¿Hacerme eso a mí, Zabala? No muero todavía y el muy cabrón me está ya enterrando. ¿Por qué, carajo, nadie me dijo antes que agentes suyos andan por la República espantando gobernadores, haciéndoles saber que las listas de candidatos al Congreso deben ser aprobadas, no por el Presidente Gómez-Anda sino por Marat; por uno que todavía no es elegido; que tal vez, tal vez, no llegue a serlo". Marcó dos números en el teléfono gris. Una voz:

–Cimarrosa . . . –respondió, concisamente.

–Algunos gobernadores se disponen a publicar una exigencia al Presidente para que acelere el proceso de selección del candidato a la . . . Encárguese de que desistan de hacerlo y envíeme por la mañana una relación con sus nombres . . .

–La tendrá, señor Presidente.

El café se había enfriado y se preparó otro. "¿No decía don Adolfo Martorell que la política, si no se respetan sus reglas, trastorna a los hombres al hacerles perder el sentido de la proporción, al desquiciarlos interiormente? Eso, me parece, le está pasando, le ha pasado ya, a Zabala . . . Ha olvidado que las decisiones que se tomen en este país de ingratos seguirán siendo mías . . . ¿Qué le pasa a ese pendejo? Por lo visto, no recuerda que el Poder sólo se alcanza con paciencia y obediencia.



¿Quemas etapas, para qué? ¿molestar al dueño de la mano que nos ayuda y nos sostiene? Con amenazas, como Videgaray, o con jugarretas como Zabalita, ¿suponen que el Jefe del Ejecutivo va a modificar sus decisiones, si ya las tomó, o a tomarlas en favor de ellos, si no? Viendo cómo proceden, me pregunto: ¿por qué caño se le fue la experiencia que Alfonso y Marat ha acumulado, eh? . . . Lo que ha de decir será en su día, en su hora. ¿Por qué no te quedas quieto, muchacho? ¿por qué no entiendes lo que te he mandado decir?

Ya muy tarde, sosegado aunque con una poca de acidez en el estómago, Gómez-Anda ordenó, por el teléfono interior, al Secretario Particular:

–Hágame el favor, abogado, de convocar para las diez de esta noche a los representantes de los industriales del gas, el pan y la leche, que han estado solicitando ser recibidos . . .

LOS CONCENTRARON en el Salón Perla: el pequeño recinto, contiguo al despacho presidencial, al que (ahora) le daba carácter una silla de montar suspendida del techo y una mesa circular, con cubierta de vaqueta, que parecía un tambor. Eran seis y no entendían la urgencia de Gómez-Anda por dialogar con ellos, luego de que tantas veces se rehusó a hacerlo; tampoco, que casi los hubieran secuestrado, a esas horas, para llevarlos a Los Arcos con escolta de agentes secretos.

Jetón, como si hubiera interrumpido un quehacer para él muy importante, apareció don Aurelio. Las manos a la espalda, no quiso perder tiempo:

–¿Solicitaron hablar conmigo? Está bien: hablemos . . .

Quien los representaba legalmente, un abogado Camargo, altanero y desagradable por antipático, manifestó:

–Desearíamos, señor Gómez-Anda...

Enérgico el índice de la derecha, lo detuvo el Presidente:

–Antes que entremos en detalles, he de decirles que permaneceremos reunidos aquí tanto tiempo como sea necesario hasta alcanzar la fórmula de arreglo que problema tan artificial demanda...

Se miraron entre sí los seis, y cinco delegaron en el abogado Camargo la responsabilidad de empezar la disputa con el señor Gómez-Anda:

–Señor Presidente...– inició Camargo, luego de carraspear, pero don Aurelio no dejó que continuara:

–Para que vayamos entendiéndonos, he de decirles que el Gobierno se da cuenta que el súbito movimiento de huelga, paro, suspensión de actividades y suministro, que plantearon ustedes, dejándonos sin gas, pan y leche, tiene por finalidad, en estos días de relativa inquietud pre-electoral, favorecer quizá a algún determinado presunto precandidato y en perjudicar, de paso, a otro, u otros... No vamos a permitir, no estamos dispuestos a permitirlo, señores, que los alimentos del pueblo y sus combustibles, sean usados como armas de chantaje, así los políticos se beneficien... Prefiero ser franco ahora para no perdernos en palabrerías... –Colocó nuevamente su mirada en Camargo. Siempre serio, dijo: –Prosiga usted, abogado...

ENCONTRÓ UNA POCA de claridad bajo la puerta de la recámara de Armandina. Como todas las noches, ¿estaría aguardándolo para recibir de él, sobre la frente, el beso con el que se despedía y las palabras, siempre las mismas, con las que le deseaba sueños felices? Pasaban de las dos y media de la madrugada, y el cansancio le había dejado la presencia de su dolor en los hombros. Se asomó. La



que iluminaba la habitación no era, como supuso, la luz de una lámpara, sino el resplandor que emitía el televisor. Las manos en reposo, entre los dedos la hebra de estambre gris con el que le tejía una bufanda, La Doña dormía con la boca entreabierta. Caminó hasta la orilla de la cama. "Linda, así ha llegado a su edad". Experimentó una suave ternura y después una conmovida compasión. "¿Qué hará la pobre con su tiempo ahora que no tendrá más en qué usarlo?" Encima del buró miró, dentro del marco de plata cincelada, el que a ella más le gustaba de todos los retratos que a él le habían tomado en los diez años de su mandato; ése, por casi nadie conocido, en el que aparecía con el uniforme de general de cinco estrellas (una más que las del Ministro de Guerra y Defensa, Radamés del Valle) que lo acreditaba como Jefe-Nato-de-las-Fuerzas-Armadas-Nacionales. Para esa fotografía posó una semana antes de la visita que hizo al país de su vecina, la Presidenta Mandrágora Benítez, y no permitió que se diera a la estampa a causa de un escrúpulo: con tantos oros y colorines en el pecho y en la gorra, parecía un divisionario sudamericano. "Cuando con el mío se acabe su poder, ¿a qué destinará Armandina su energía?, ¿cómo convertirá en acción, en órdenes y contraórdenes, las cosas que se le ocurran?"

El sueño de Armandina debía ser muy profundo, pues no advirtió, siendo tan sensible, que su marido la acompañaba en la habitación. Gigantesca, capaz de contener a un adulto, la cuna de latón y encajes de Holanda, llena de muñecas y juguetes, ocultaba la puertecita del oratorio. La abrió para cerciorarse que su mujer no hubiera olvidado apagar los cirios que iluminaban sus oraciones nocturnas. En el centro de su ancho recipiente de cristal lleno de aceite, algo así como una ensaladera enorme, flotaba la estrella de una luz votiva.

Como siempre, con un poquito de vanidad,

Gómez-Anda reconoció algunos de sus rasgos en los rasgos del rostro del Señor de los Esfuerzos. El original de esa talla era reverenciado en la catedral de la provincia de Almeida. Muy destruida por un fuego en la Guerra del 34, la figura fue hallada en una bodega del templo durante el segundo año de don Aurelio en la Presidencia. El obispo Montoya acudió a su ilustre paisana, la Primera Dama, y logró su ayuda para que la reliquia ("una verdadera obra de arte del siglo XVII que merece enriquecer el Museo Nacional de la Colonia") fuera remitida a España. Catorce meses la retuvieron en Sevilla, reconstruyéndola. Al término de varias promociones publicitarias organizadas por Marat Zabala y su Ministerio, partió hacia la Madre Patria un jet transcontinental de Aerolíneas Olid, aportado sin costo por don Miguel Rebel, y del que fueron pasajeros el obispo Montoya, un representante personal del Cardenal Castro y Antuñano, y los personajes más distinguidos de la Alta Sociedad almeidense: el alcalde Cravioto, los Caballeros de Colón y del Santo Sepulcro; las Hijas de Jesús, María y José; los directivos de las Cámaras Agropecuaria, de Comercio e Industrial; y socios de los clubes de servicio. La sección del bar se destinó a la prensa y a los informadores gráficos. Armandina hubiera querido encabezar la Delegación de Acercamiento Espiritual, pero su esposo le rogó que no lo obligara a negarle su permiso. "Que sus sentimientos religiosos queden de la puerta para dentro, ¿eh? Nada de andar exhibiéndose en público". A manera de compensación le permitió que asistiera extraoficialmente a la ceremonia organizada por Montoya para reinstalar al Señor de Los Esfuerzos en el sitio de honor de su iglesia. Cuando el prelado retiró los terciopelos que velaban la figura, muchos se preguntaron si no sería deliberada coincidencia que El Milagroso y don Aurelio se asemejaran tanto. Discreto, Montoya pidió a sus beatas no festi-



tar el asunto. Después de todo, ¿no apenas devuelto a su nicho, el venerado santo empezó a derramar sus dones, en forma de subsidios, carreteras, aeropuertos, sistemas de riego y demás variadas obras públicas, sobre la provincia que el Altísimo colocaba bajo su protección? Sin expulsar del oratorio al Sagrado Corazón y a la Virgen de Guadalupe, a La Macarena y a San Martín de Porres, Armandina instaló en el centro del altar, y a sus pies colocó la llama perpetua, una réplica del Señor –esa que Gómez-Anda miraba con los ojos llenos ya del ardor del sueño. "Los homenajes de admiración más finos, delicados y discretos que se me hayan hecho, se los debo a mi Doña. ¿No se merecía que yo, con parecida delicadeza, le consagrara también una estatua, la más bonita, y ya también la más famosa, de cuantas adornan los paseos de nuestro país?"

Apagó el televisor y le pareció escuchar que Armandina despertaba. En la penumbra de pronto color plata, oyó su voz soñolienta:

–Mi señor, ¿qué hora es?

–Más de dos y media . . .

–Lo esperaba, don Aurelio, tejiendo . . .

Cuando sus rodillas hicieron contacto con la cama, el Presidente se inclinó:

–Buenas noches; lindos sueños . . .

Gimió ella, complacida. Él no necesitó mirarla para saber que la dejaba sonriendo.

CLARAMENTE ESCUCHÓ, golpeadas en los interiores misteriosos del reloj de pesas que había en el extremo opuesto del corredor, las tres campanadas. Inquieto, se revolvió en la cama. La parte de la sábana sobre la que se hallaba tendido le parecía insoportable, por lo caliente. Se desplazó hacia el centro de la cama y su contacto con

la tela le desagradó, por frío. Fue al baño. Su micción resultó lenta y penosa. Había tenido problemas con la próstata cuatro años antes, y no olvidaba los meses malísimos que los padeció. "Tan cansado que no puedo dormir. Tan nervioso que a chorros la saliva me llena la boca sin poder evitarlo. Joder . . ." Encendió la luz. Sacó del vaso la dentadura y se la puso. Dejó reposar su mano sobre la bocina de La Red. Como cediendo a un impulso que no deseaba moderar, marcó un número:

–Espero que no sea demasiado temprano, doctor Ávila . . . Habla Gómez-Anda . . . –dijo cuando un ruido, que podía ser también una voz ininteligible, reverberó en su oído.

Charló un poco con el doctor Víctor Ávila Puig, Ministro de Industrias y Desarrollo, cuyo nombre había, al fin, inscrito en La Lista de los posibles candidatos del Partido Unificador Revolucionario a la Presidencia de la República. "No sé si borracho o sólo dormido lo tenemos a esta hora". Eran las tres con quince minutos.

–Ya estaba casi listo para levantarme, señor Presidente.

Don Aurelio le refirió luego, sin prisa en la palabra, abundando en los detalles que era necesario hacerle conocer, la entrevista larguísima, agitada a veces, útil a fin de cuentas, que había tenido con los representantes de los productores o distribuidores de gas, leche y pan que se habían crecido en rebeldía contra su Ministerio, y los términos de los acuerdos a que se habían llegado. Le avisó que irían a verlo a eso del mediodía, "en la mejor disposición", y le ordenó que los recibiera.

–El público deberá saber, doctor Ávila, que ha logrado usted detener lo que parecía irremediable: el proceso de encarecimiento del gas, la leche y el pan . . .

–Sí, señor Presidente.

–Encárguese, doctor, de darle difusión publicitaria,



pagando espacio en la prensa y tiempo en radio y televisión, a la entrevista que nuestros amigos tendrán con usted . . . –añadió alguna otra cosa que hizo reír al Ministro de Industrias y Desarrollo, y concluyó. –No lo distraigo más, doctor Ávila. Siga usted durmiendo. ¡Ah, y lo felicito por el venturoso arreglo . . .!

–Gracias, señor Presidente.

Después de colgar, Gómez-Anda permaneció sentado, sin saber qué hacer, ni qué pensar, en la cama. Se escuchó decir:

–Ojalá este pendejo doctorcito Ávila Puig aprecie la trascendencia política del avío que le he hecho. Ojalá . . .)

CON UNA cierta insolencia, como si hubiera dejado de existir la distancia de respeto que los separó siempre, Marat Zabala, a horcajadas en el respaldo del sofá, lo encaró sonriendo:

–Una cosa sí quiero decirle ahora, don Aurelio.

–¿Cuál?

–Si usted me hubiera preferido a mí, nuestra relación personal y política no habría variado. Habría seguido siendo tan firme como siempre, o tal vez mejor . . . No lo habría golpeado nunca como acaba de hacerlo Ávila Puig. Habría reconocido, para siempre, mi gratitud hacia usted . . . y lo habría tenido muy cerca de mí, como amigo, como consejero . . .

–¿De verdad, Zabalita?

–Se lo habría firmado, señor . . .

Sonrió Gómez-Anda, ¿abatido, convencido –o sólo divertido?

–Las cosas, sin embargo, nos rodaron de otro modo.

–Ávila Puig se está portando con usted como un perfecto hijo-de-perra.

Serio de pronto, nítido el dibujo de la cara por causa de la luz, don Aurelio dijo:

–El presidente Ávila Puig hace y dice lo que supone que debe decir y hacer . . . Dejemos eso.

–Yo, señor, no habría negado a mi maestro; tampoco habría mordido su mano. Yo.

Gómez-Anda dejó de escuchar los ofrecimientos de lealtad, a veces ásperos como reproches, en que Marat Zabala entretenía sus palabras. "Me habrías golpeado igual o peor, Zabalita . . . Estoy seguro que tu no me hubieras permitido usar, hasta lo último, como Ávila Puig, todo mi poder . . . Eras fuerte. Soberbio y ambicioso. Vanidoso y voluble. Incontrolable también, con tantito que uno se descuide. ¿Me habrías respetado, escuchado, obedecido, sabiéndote más firme que yo con tantísimos gobernadores, comandantes, generales, influyentes, diputados, senadores y periodistas a tu servicio? Ávila Puig sólo fue rebelde a gritos, pero en la práctica se dejó manejar, hasta ayer, como yo quise . . . ¿No lo manipulé a mi antojo, llevándolo de aquí para allá durante meses, exhibiéndolo como si fuera de mi propiedad; obligándolo a hacer, y decir, cosas que nunca antes en nuestra historia había hecho o dicho un Presidente Electo –todo para que el país, los políticos y cuantos tuvieran ojos vieran que era yo el que mandaba; que continuaba siendo mío, íntegro, el Poder, y mías así mismo las decisiones y las órdenes?"

–Somos amigos, Marat. De tu apego existen pruebas . . .

"Desconfiado como soy yo, receloso hasta de su sombra como le enseñé a ser, ¿habría permitido Zabalita que en sus Grupos de Estudio se colaran espías como los que le mandé al doctor Ávila para conocer sus más ocultos planes, sus futuras iniciativas, el pormenor de sus programas de reformas, con el propósito de, adelantándome a él, presentarlos como propios, como decisiones de mi Administración? ¿Me hizo sentir su enojo cuando, hace tres semanas, decreté la amnistía general de los que llaman 'presos políticos': amnistía que él iba a anunciar en el Mensaje que hoy leyó en el Congreso para conquistar las simpatías, o neutralizar, si no, la hostilidad de los inconformes de izquierda, centro y derecha? Con la consigna de que fueran aprobados con dispensa de trámite, ¿no remití a la Cámara varios importantísimos anteproyectos de Ley que en todo coincidían con los que El Señor tenía listos para enviarlos a partir de mañana a la misma Cámara? . . . Al hacer todo esto en las semanas finales de mi mandato buscaba yo, y creo que lo he conseguido, presentar a nuestro Nuevo Presidente como apenas un dócil continuador de la política económica y social trazada por quien lo antecedió en el cargo y que él se limitará a poner en práctica . . . Quiero suponer que por prudencia, más que por ignorancia, don Víctor me permitió tales jugarretas, y me pregunto si el buen Marat no me hubiera pegado dos buenas patadas para ponerme quieto . . . Si él sabe que yo sé lo que hubiera hecho sin tentarse el corazón, ¿para qué me trae ahora, a toro pasado, sus juramentos de amistad, de gratitud, de lealtad, en los que ninguno de los dos creemos, carajo?"

Zabala volvió a servirse champaña, pero apenas la probó. Quizá por efecto del gas le brillaban los ojos como si tuviera lágrimas en ellos:

–¿Cuáles son sus planes ahora, don Aurelio?

–Descansar un poco . . . Poner en reposo mis ideas. No sé . . .

–¿No proyecta viajar con la señora?

–Soy un viejo quieto, ¿así me decían ustedes, mis ministros, verdad?, y poco me gusta moverme . . . Además, recuerda que cuando un Presidente se va al extranjero apenas deja el Poder, da la impresión de que se

lleva a esconder el botín.

–Eso, los que dejan fama de bandidos, señor.

Asintió el señor Gómez-Anda. "¿Quién dijo que entre los del oficio hablamos invariablemente dos idiomas y que a las palabras, también invariablemente, les damos el sentido que nos conviene? El cinismo con que decimos lo que nos decimos sin avergonzarnos, como ahora Marat y yo, ¿por qué llega a ser tan natural entre nosotros?"

–¿Y tú, Zabalita?

–Bertha y yo pensamos tomar unas vacaciones. A mi regreso, abriré una oficina, sólo para no aburrirme en casa . . . En fin, señor . . .

Marat Zabala conoció el repentino apremio de irse. Sobre el piano, junto a la botella vacía, dejó el vaso con champaña. Don Aurelio lo acompañó a la puerta. Lloviznaba apenas. Claro y fuerte se percibía el rumor de la faena en que seguían ocupados los peones del Ayuntamiento.

El automóvil del ex-Ministro de Información y Turismo, una mole inmensa y blindada, color miel, aguardaba frente a la puerta de la casa. Otros dos autos, ocupados por el abundante personal de la escolta, protegían su seguridad. Cuatro motociclistas, vistiendo uniformes negros con cascos y fornituras amarillas, formaban la vanguardia y la retaguardia del convoy. Isaac, el chofer de Marat, reverenció al señor Gómez-Anda.

–Bien, Zabalita: buena suerte . . .

–Nos veremos pronto, señor . . .

Se dieron un discreto abrazo. Abiertas las sirenas, los motociclistas pusieron en movimiento sus estruendosas máquinas. Suavemente, lo hicieron también los conductores. Unos cien metros más hacia el templo de San Tadeo, viraron en redondo para ocupar el carril opuesto, aunque hacerlo supusiera una violación al reglamento de tránsito.



Ya a toda marcha, los coches pasaron rumbo al centro de la ciudad. Marat había bajado el cristal de su ventanilla y, la mano en alto, se despedía de Gómez-Anda –y entonces *todo aquello* volvió otra vez al espejo de su memoria, como si apenas estuviese ocurriendo: Marat a hombros de sus amigos. Marat rociando con espuma de champaña a sus jubilosos partidarios. Marat Zabala paseando ya, como seguro triunfador, por el Salón de Banquetes del Casino Militar, entre los aplausos, porras, vivas y redobles de cubiertos sobre platos, vasos y jarras con aguas de colores y jugos de fruta que se desgranaron en cuanto don Tomás Vallado Fájer, el patético Ministro de Minas y Petróleo que había aceptado prestarse a jugar el último juego político urdido por el Presidente, anunció con voz insegura que declinaba, por ser viejo y sentirse enfermo, el honor de su posible postulación como candidato del PUR a la Presidencia de la República. "Ahí, en ese minuto al término de la Comida de la Libertad de Expresión, a causa principalmente de tu indiscreto comportamiento, que confirmaba mis temores; de la mofa que hacías de mí a la vista de todos y de lo poco que parecía ya importarte mi autoridad, ahí, Zabalita, me di cuenta de que no eras tú el Hombre Adecuado, el Administrador Necesario que pedía el futuro, y me dije que no merecías que esa noche te nombrara mi Heredero y Sucedor, El Continuador de mi Obra . . ."

CANTO ESTABA seguro que la intempestiva llamada de Los Arcos era consecuencia de lo que ocurrió al principio de la tarde en el Casino Militar. El diálogo que por televisión sostenían Ávila Puig y Zabala le interesaba menos que al Presidente, atento, sin pestañear, a lo que uno y otro respondían a las preguntas que les formulaba el comentarista de TV-Olid 9, Jacinto Olmedo y que ha-

bían sido preparadas por Miguel Rebul y aprobadas, a mediodía, por Gómez-Anda. "Aurelio no puede retrasar más la decisión... El plazo constitucional vence mañana... Los zabalistas se han desatado... Algunos andan ya correteando por las calles. Pronunciar el nombre de Marat es lo único que falta por hacer. Tan bien arregladas tiene Zabala sus cosas, que en veinticuatro horas podría iniciar su gira electoral si quisiera..."

Don Aurelio apagó el televisor y empezó a pasearse. Algo dijo, o algo oyó Canto, que lo puso en guardia:

–¿Decías, Aurelio?

Dejó de moverse el Presidente. Se acercó a él y lo cubrió con su sombra. Le hizo saber:

–Ávila Puig... ¡Será él!... –y de pronto tembloroso como si lo agitara una irreprimible convulsión; ciego a causa de un mareo que al aturdirlo esfuminaba el contorno de los muebles y volvía confuso el rostro asombrado de Plutarco Canto; gozando de una inexplicable voluptuosidad que participaba de un suave dolor también desconocido, el presidente Gómez-Anda supo que al pronunciar el nombre del que sería El Candidato había alcanzado, al fin, el máximo de su poder.

Plutarco Canto saltó. Algunos de los papeles que contenía el portafolios abierto sobre sus rodillas, se deslizaron hacia el suelo.

–¿Ávila Puig...? ¿Él será...?

–Las corrientes del Partido se han unificado esta noche en favor del Señor Ministro de Industrias y Desarrollo, doctor Víctor Ávila Puig...

Mucho tiempo pasó antes que Plutarco Canto, sentado otra vez, porque sus piernas habían perdido vigor para sostenerlo en pie, comentara:

–Esperemos, señor Presidente, que sea una buena selección de nuestro Partido...

–Lo será, Plutarco. Puedes estar seguro de ello. ¿Se



equivoca el Partido cuando señala candidato a la Presidencia de la República? ¿Verdad que no? Su selección es siempre la correcta. La Historia demuestra sus aciertos. No ha fallado nunca antes. Tampoco fallará ahora...

–De ellos estamos seguros, señor...

Suspiró brevemente, como aliviado, Gómez-Anda. Sonreía:

–Con un poquito que se deje ayudar por nosotros, el Doctor Ávila Puig será un gran Presidente... Me agradó como habló por televisión... Con inteligencia, con mesura y discreción; con pleno conocimiento de las realidades nacionales... Sin chacoteos ni desplantes frívolos, ¿eh?... Será cuestión ahora de llamarlo por teléfono...

–Sí, señor... –asintió Canto, desalentado. "Deberé cancelar la cena que teníamos concertada Zabala y yo, en su casa. La cena en la que íbamos a empezar a discutir lo relativo a la campaña... Mi lugar, ahora, está junto al Doctor Ávila Puig. Marat sabrá entenderlo..."

Había acudido, al reclamo del timbre, al consejero privado adjunto, Josafat Armengol. El Presidente sólo dijo:

–Llama a casa del doctor Ávila Puig... Pónlo en la línea.

–Inmediatamente, señor...

Gómez-Anda indicó a Plutarco Canto:

–Como sabemos, está en agonía la señora madre del doctor Ávila Puig... En previsión de que muera esta noche, ocúpate de todo lo relativo; honores especiales en el cementerio al que la lleven, ofrendas florales, difusión publicitaria... Todo en grande, como debe de hacerse, y como nuestro candidato lo merece...

Josafat Armengol tenía ya al doctor Ávila. Tartamudeaba, sin duda muy alegre, al hablar con él y rogarle un segundo de espera, en lo que el señor presidente Gómez-Anda tomaba la bocina.

-¿Doctor Ávila -preguntó el Primer Mandatario, carraspeando. Luego de una pausa, que Gómez-Anda ilustró con una expresión que parecía de ternura, manifestó: -Vi el programa de televisión que acaba usted de hacer . . . Me gustó mucho lo que dijo, y cómo lo dijo . . . Con valor y también inteligencia, ¿eh? Muy bien, doctor, ¿eh? . . . Me gustaría que usted y yo habláremos mañana . . . ¿Podría venir a verme a Los Arcos a primera hora, ¿eh? . . . Esta noche, junto con los Sectores de Nuestro Partido, he llegado a una decisión, doctor Ávila . . . El Partido y yo consideramos.)

EL MAYOR FILO Fraga, con el guardacasa y Julio Ortiz ayudándolo, no había conseguido borrar las letras estarcidas en la piedra:

AGA
LADRÓN-ASESINO

había logrado solamente, y eso le pareció ridículo a don Aurelio, atenuar un poco la intensidad de la pintura color sangre.

-¿No pueden acabar todavía, mayor?

-Estamos en eso, señor Presidente . . .

-Déjense de huevonadas, y pónganse a trabajar en serio.

Cuando Gómez-Anda entró en la casa, Fraga y el chofer Ortiz se miraron. Tal vez pensaran la misma injuria.



## 10

CON UNOS RÁPIDOS golpecitos de nudillos se anunció Mario Menchaca, y sin esperar a que se le invitara, pues era amigo de la casa y compartía por igual secretos de negocios con El Señor y con La Doña, entró en la cocina justo cuando don Aurelio (de pie, un plato en la izquierda; en la otra una cuchara; llena de camarones la boca y en la barba una escurridura de escabeche) se volvía hacia la puerta.

-¿Se puede, señor Presidente?

Gómez-Anda apresuró el bocado. A señas, aunque ya Menchaca estaba dentro, lo invitaba a pasar:

-Adelante, ingeniero . . . -dijo al fin, deglutiendo. Le ofreció el plato con los camarones -¿Le gustaría probar? Deliciosos . . .

-Por ahora no, señor. Gracias . . .

Don Aurelio volvió a dejar dentro del vitriolero los camarones que aún quedaban en el plato. Con su pañuelo, pues no encontró las servilletas o un trapo de cocina, se limpió los labios y la barba. Tomó a Mechaca por el brazo y volvieron a la sala.

-¿Ha tenido muchas visitas, señor?

-Bastantes, ingeniero; bastantes . . . Éste ha sido el primer momento que me han dejado libre . . .

-Y llego yo a importunarlo, señor.

-Oh, ingeniero . . . Bienvenido siempre, a cualquier hora . . .

-Gracias, señor.

El aliento de Gómez-Anda olía a especias y a cebolla. "Así apestaría yo de haberle aceptado sus camarones. ¿Conversar con Ciro Mauritius, a las seis, llevando la boca sucia?"

–Marat Zabala acaba de irse . . .

–Perder . . . debió ser duro para él.

–Zabala conoce el valor de la paciencia, ingeniero. Hay que aprender a saber esperar . . . Es un buen consejo que a mí me dieron de muchacho . . .

–Sí que lo es, señor . . .

A contraluz, Gómez-Anda miró la botella que Marat había dejado sobre el piano, junto a la otra. Contenía aún algo de champaña.

–¿Una copa, ingeniero?

–¿Bebería usted, señor Presidente?

–Para acompañarlo, un traguito . . .

–Entonces, encantado, señor.

No permitió Gómez-Anda que Menchaca se molestara en servirlo. Algo insólito en él, por razones de investidura acostumbrado a recibir cortesías de otros y muy raramente a conceder las suyas ni siquiera a sus amigos, don Aurelio tomó uno de los vasos y lo llenó. Para sí usó el mismo en que había bebido Zabala. El piano entre los dos, brindaron:

–Por usted, amigo Menchaca.

–Por usted y los suyos, señor.

Bebió precavidamente Gómez-Anda. Desconfiaba del champaña. "Malo para el estómago; peor para la cabeza". Hubiera preferido ron. Pues no deseaba oler a alcohol, Menchaca rozó apenas su bebida. "Dulzona, al gusto de Armandina, y casi tibia". Don Aurelio lo miraba con esa mirada suya que en los días de su poder los hacía sentirse, siempre, culpables de algo, responsables de errores que no recordaban haber cometido. Ahora, por primera vez desde que lo conocía, no sintió miedo.



–¿Cómo le parece que anda todo, don Mario?

Menchaca se encogió levemente de hombros:

–No muy bien, por lo que se ve . . . –respondió, reservado.

–Mal andan las cosas y no van a mejorar . . . Tendremos que apretarnos el cinturón, inevitablemente.

Lo dijo, con expresión severa en el rostro que parecía de lava en ese momento de luz plomiza. Menchaca: "Él no deberá apretarse mucho; no, con lo que le he ido guardando. Lo que él, hay que decirlo así, ha permitido que yo le guarde, le administre y le haga prosperar, en todos estos años en que me ha ayudado, en que nos hemos dado la mano mutuamente . . . Una suma que El Señor no ha tenido necesidad, curiosidad, urgencia de conocer. Entre nosotros, ningún papel. El deber moral, la ética del trato, la honradez de dos amigos: uno, en condición de dar; otro, de recibir, para, en su turno, devolver algo de todo al generoso". Bebió otro sorbo.

–Eso se dice, señor –aceptó, caviloso él también. "Con los otros ha de manejarse igual de discreto como se maneja conmigo. Comparte, me consta, con Bladimiro Viderique y no está fuera de los negocios de Andrómaco Bátis, como tampoco lo estará de los de Marat Zabala y el Grupo Olid".

–La gente va a enfadarse, ingeniero . . . Todo lo que le cueste dinero: impuestos, alza de precios, elevación de alquileres, todo eso: la irrita, la convierte en resuelta enemiga del Gobierno . . .

–Por lo que hoy escuchamos, el doctor Ávila Puig llega dando la pelea . . .

Otra vez, con tristeza o ironía, no lo entendió claramente el contador Menchaca, sonrió a medias Gómez-Anda:

–Dijo palabras importantes, ingeniero . . . Honradez, austeridad, moderación, sacrificio, claridad . . . Ésas las

repitió tanto o más que las otras: corrupción, nepotismo, despilfarro, negligencia . . .

Aportó Mario Menchaca las que él recordaba:

–Demagogia, des-administración, represión . . .

Don Aurelio le pidió suspender la innecesaria enumeración. Las otras, las más terribles de esas palabras, seguían quemándole los oídos, doliéndole muy adentro, en el lugar de la gratitud; en los recovecos del sentimiento:

–Y sin embargo –su voz se hizo tensa y dura, y en sus ojos la luz del ventanal parecía ser una luz de cólera– el que llega gritando todo eso ha empezado a hacer lo suyo, y a permitir que los que lo rodean lo hagan también . . . ¿Por qué procedemos con tal torpeza, Menchaca? ¿Por qué, en cuanto llegamos a cierto nivel del Poder, se nos olvida que la Naturaleza nos ha dado dos orejas para oír; dos ojos para ver, y una boca, ¡sólo una!, para callarnos . . .?

Se detuvo como si se hubiera dado cuenta de que también, al dejar ir sus palabras, estaba quebrantando la norma del silencio –la más escrupulosamente acatada por él. A causa del arrebato, la respiración se le había sobresaltado. Por hacer algo, bebió. Menchaca fingió que no veía el temblor de su mano.

–Tal vez el doctor ignore lo que otros, de más abajo, han empezado a . . . Eso sucede, señor Presidente . . .

Como si entendiera que Menchaca le ofrecía, con esas palabras, la oportunidad de dar a las suyas otro sentido, don Aurelio asintió vivamente:

–Claro que sucede, ingeniero. Sucede. Lo sabemos. Usted y yo hemos sido víctimas de murmuraciones, de calumnias atroces . . . ¿No se nos hace aparecer como socios?, ¿no se dice que mi esposa, guiada por usted, maneja compañías constructoras y explota fraccionamientos? A la señora López, a Teresita, ¿no se le atribuyen



fabulosas ganancias traficando con los contratos que usted, los profesionales del ramo, ganan en concursos legítimamente celebrados, eh?

–En efecto, señor Presidente. Eso se dice . . .

–Y seguirá diciéndose . . . El doctor Ávila Puig asumió la investidura hace menos de cuatro horas y su honradez anda ya en duda. Espere que transcurra más tiempo. ¡Lo que no se dirá de él, de su mujer, de su suegro, de los que están cerca de su casa!

–La gente murmura sin base, señor, sólo para causar daño a las personas, y desconfianza en el país.

Ya más serenas las manos, el ardor del champaña en el fondo del estómago, don Aurelio añadió:

–Oh, las lenguas viperinas . . . ¿No la primera ladronería que se me atribuyó, siendo aún Presidente Electo, fue la de haber ganado millonadas comprando dólares al saber, por confidencia de mi tío, el presidente Tito Livio, que nuestro peso nacional iba a ser devaluado? ¿No se dijo que dos semanas antes de cederme el mando, él y yo adquirimos toda la divisa norteamericana disponible en los bancos oficiales y privados de la República y en algunos de los países vecinos . . .? –Pensó Menchaca: "Los que estaban en el secreto, Fermín Palermo, Noé Medina-Albert, Plutarco Canto, Otoniel Douglas entre los más cercanos a él, ¿no se hincharon tanto como Armandina y sus parientes? ¿Acaso no sabía él cuántos se aprovechaban del supuesto secreto?" Gómez-Anda proseguía: –Y más tarde, cuando se dudaba de mi reelección, ¿no fuimos los Gómez-Anda blanco de aquella execrable campaña de insidias y rumores que nos presentaba como dueños o socios, directos o indirectos, de cuanto negocio existía?, ¿de qué infinito número de casas y palacios en el extranjero no se nos hizo aparecer como únicos propietarios?

Menchaca, paciente, de codos sobre el piano, con frío

en las pantorrillas, seguía escuchando las lamentaciones de don Aurelio. "¿Qué caso tiene que me cuente esas cosas a mí, ¡a mí!, que sé cuanto debo saber de él, de su mujer y de su querida, y de los que éstas amparan?" No se atrevía a mirar su reloj. "A las seis, en Miraflores, hablaremos Ciro Mauritius y yo. Se me ha dicho que si uno le presenta adecuadamente, las cosas, Mauritius sabe escuchar y es accesible. Debe serlo, pues son muchísimos los que lo rodean, entre ellos Fermín Palermo, los que lo halagan y obsequian... Los hombres del Gobierno que están en condiciones de conceder, viven en Los Arcos y en Miraflores, no ya en Becerra 82... Fermín Palermo conoce con cuánta exactitud, con qué honradez, manejó la parte que a Gómez-Anda de lo mío le pertenece... Para seguir viviendo, miles de personas dependen de mis compañías; para que mis compañías obtengan contratos del Estado, el principal, más solvente de los clientes, es indispensable que yo me relacione con quienes los otogarán a partir de hoy... Termina don Aurelio. Ojalá pronto, a través de Ciro, empiece don Víctor".

–Cuando la murmuración se echa a rodar, señor Presidente, nada la detiene...

Con lo que Aurelio Gómez-Anda estuvo totalmente de acuerdo.

(AUNQUE ERA SÓLO vice-Ministro, o quizá por ser el más joven elemento del Gabinete, Teófilo Herrásti se contaba entre los poquísimos que tenían acceso directo al Presidente de la República. Le bastaba llamarlo por La Red para que el señor Gómez-Anda lo autorizara a visitarlo la tarde del sábado, o la mañana del domingo, en Los Arcos.

–¿Podría verlo antes, señor? ¿hoy mismo?

–Para algo ¿oficial?

–En cierto modo, sí.

–¿Urgente?

–Considero que mucho, señor...

–Entonces, venga a las siete... Entre dos visitas, le daré cinco minutos.

Estimaba a Herrásti. Durante la campaña se había distinguido como impetuoso tribuno y efectivo redactor de discursos. Más que esas habilidades, le agradaban su talento, su modestia y su seriedad. "Un cachorro que vale oro, Aurelio; créeme", le había dicho Otoniel Douglas al recomendarle, para que lo incorporara a su unidad de trabajo, al que consideraba más brillante del grupo de muchachos aficionados al oficio de político que lo reconocían a él como Maestro y lo tenían, igual que tantos otros lo tuvieran antes, como protector. En el curso de las jornadas electorales que compartieron, el candidato Gómez-Anda confirmó que en Teófilo Herrásti existía la materia prima adecuada para convertirlo, así que madurara su experiencia, en figura pública muy atractiva. Saber que era hijo único, y póstumo, del último de los Herrásti de Buganvilia lo hizó sentirse en deuda con él. ¿Encontraría un modo mejor de saldarla que otorgarle su amparo, que ir guiándolo, como el padre lo hubiera hecho, por el camino que lleva al Poder, que distinguirlo siempre, amigo y paisano.

Algunos se sorprendieron y otros, como Plutarco Canto y aún el ex-Presidente Tito Livio, se alarmaron, cuando designó vice-Ministro de la Propiedad Nacional a un hombre tan tierno que aún no concluía su carrera de abogado. Sólo Otoniel Douglas aprobó que lo hubiera hecho. "Los jóvenes, que ya tan escasamente creen en nosotros porque los hemos engañado tanto, van a sentir que la prometida apertura, las más amplias oportunidades para ellos de que hablaste en la campaña, han sido

puestas en marcha con la inclusión de Teófilo en el Gabinete. Una cara nueva, unas manos limpias, adornan cualquier gobierno, Aurelio. Estoy seguro de que Herrásti va a transformarse en un ejemplo y a servir de estímulo a las generaciones de las que saldrán los nuevos cuadros de dirigentes del país. Habrá que ayudarlo, señor Presidente". "Lo ayudaremos de la mejor forma. Esto es: a no equivocarse". "He hablado con él. Teófilo está consciente de que si falla, si fracasa en el cargo que le has dado, fallará, fracasará, la juventud política que él en cierta manera representa". "Nos encargaremos de cuidarlo".

Para poder cuidarlo como era su propósito debía, antes, probarlo. Con ayuda de Miguel Rebul, del gobernador Óscar Campanaris, del contratista Mario Manchaca, y de amigos, socios y subordinados de Fermín Palermo, durante los primeros siete meses de la Administración le expuso a las atractivas tentaciones del rápido enriquecimiento, pero Teófilo Herrásti, que parecía no conocer la codicia, resistió el acoso de los sobornadores y, lo que conmovía a don Aurelio y lo obligaba a sentirse avergonzado de su escasa fe en la honradez de los demás, lo mantuvo siempre informado de los ofrecimientos, invariablemente cuantiosos, que le hacían. "Pasó bien su examen nuestro Robespierre, querido Otoniel". "Claro que sí. Te dije que era incorruptible, Aurelio; tipo de una sola pieza". "¿Sabes, Otoniel? Me hubiera dolido que, siendo tan muchacho como es, nos hubiese resultado ladrón". Seguro ya de la conducta del vice-Ministro, Gómez-Anda empezó a concederle más y mayores facultades, y a permitirle manejar asuntos, que en manos de otro habrían sido objeto de negocio.

–¿Le hago un café, joven amigo Teófilo?

–Sí, señor Presidente. Gracias.

Sólo a los que en verdad quería, los invitaba



Gómez-Anda a beber ahí, en su despacho, la espesa tintura que preparaba. Con muy pocos compartía su gusto de beberla, como a él le gustaba, ya perfumada por el granito de anís.

–¿Qué es lo que con tanta urgencia lo trae por acá?

Teófilo Herrásti había conservado sobre las rodillas el portafolio de piel color azul marino en el que guardaba sus más importantes papeles. Aceptó la taza que don Aurelio le ofrecía. La alzó como si brindara con él. De ella bebió un cálido sorbo, y la puso en el plato.

–Algo que debe usted conocer antes que nadie, señor.

Cuando lo vió sacar del portafolios una carpeta con el las siglas del Ministerio de la Propiedad en la portada, el señor Gómez-Anda arrugó la frente y tres profundos tajos de disgusto permanecieron en ella.

–¿Papeles de acuerdo, joven abogado?

Advirtió Herrásti la expresión de contrariedad que se había fijado en el rostro de don Aurelio. No desconocía que llevarle "papeles de acuerdo", o tratarle asuntos oficiales sin solicitar antes su venia, era un abuso que a nadie, ni a sus más íntimos amigos o veteranos colaboradores, les toleraba:

–No, señor Presidente . . .

Desconfiado, el Presidente miró a Herrásti extender sobre el cristal de la mesa la amplia hoja que parecía contener un plano. El vice-Ministro consideró necesario elaborar algunas explicaciones para justificar por qué estaba allí, qué contenía el pliego, y la razón por la cual había emprendido el prolijo rastreo que en él se resumía. Hosco siempre, inmóvil a veces, caminando otras, lo escuchaba Gómez-Anda. Algún ocasional:

–¿Y . . .? –interrumpía la exposición que Teófilo estaba haciéndole. Con un gesto impaciente lo obligaba a proseguir:

...y de ese modo, señor, alentados por sus palabras, estimulados por su promesa de que en su gobierno no tendrán cabida los ladrones que tanto fustigó y exhibió usted durante su campaña, y seguros de que con usted pasará a la Historia, ¡al fin!, la práctica común de saquear al Erario, pues se inicia la etapa de la Pureza Administrativa y de la Más Estricta Honradez Personal, nos impusimos una tarea difícil, ingrata...

–¿Cuál? –gruñó, de espaldas a Teófilo en ese momento.

–Ubicar a los rufianes que le heredaron a usted, y a los que, sin saberlo usted o poder evitarlo, han ido invadiendo el Gobierno Federal en el tiempo que lleva usted a cargo de él...

Lo encaró el Presidente. Quizá sospechara lo que Herrásti iba a decir después, porque pronunció, muy seco el tono:

–¿Rufianes, dice usted?

–¿De qué otro modo llamar, señor, a los que apilan fortunas traicionando la confianza que usted, o personas cercanas a usted, les otorgaron?

–Son palabras graves ésas, abogado.

–Peores son los hechos que califican, señor. Eso creemos quienes hemos trabajado en este proyecto.

–¿Los conozco?

–Amigos del Partido; compañeros del Centro de Estudios Políticos y Sociales; personal del Ministerio... Algunos contadores de Finanzas, afines a nosotros. Todos, jóvenes. Todos, limpios...

–¿Y...?

–Los resultados son deprimentes... Me deprimieron a mí cuando pude examinar, y valorar en conjunto, la primera fase de nuestra investigación... Ahora, juzgue usted, señor Presidente...

Retirando las manos con que lo cubría, el vice-



Ministro Teófilo Herrásti mostró a don Aurelio Gómez-Anda lo que parecía ser, dibujado sin duda por un profesional, un árbol genealógico, o un organigrama, con muchas ramificaciones e innumerables recuadros.

–Hmmm...– volvió a gruñir don Aurelio al reconocer algunos nombres.

–Aquí, señor, hay doscientas ochenta y siete fichas brevísimamente resumidas... Cada espacio fue destinado a una sola persona... Lo que quiere decir que tiene ante usted la primera nómina de los que están haciendo negocios en detrimento del patrimonio nacional, o comerciando con la influencia que suponen les concede ser amigos suyos o parientes de algunos miembros de la familia Gómez-Anda... Doscientos ochenta y siete vampiros que desangran a la Administración y que cada mes, sólo en lo que a sueldos se refiere, se llevan... ¿quiere saber cuánto, señor Presidente?

Lívido ahora, un aleteo nervioso en la nariz, como si lo molestara algún hedor (o como si estuviese impresionado y realmente colérico, supone Herrásti) don Aurelio dijo:

–No es necesario...

–Docenas de millones, señor...

–¿Y...?

Amigos suyos y amigos de amigos y compadres suyos; amigos y protegidos y protegidos de los amigos de Armandina; compadres de los amigos de paisanos de Teresa López; ahijados de Fermín Palermo –estaban allí, cada uno en la pequeña celda de un cuadrito, con el puesto que ocupaban en el Gobierno, en las empresas de participación estatal, en los departamentos autónomos, y los salarios sorprendentemente altos que devengaban ¿por hacer qué?

–Creí de mi deber, señor, realizar esta investigación preliminar y mostrarle los primeros resultados...

Pensativamente asintió el Jefe de las Instituciones. Fue a donde acostumbraba depositar su tacita de porcelana china después de haber bebido el café. Desde allí expresó sin entusiasmo:

–Le agradezco, joven abogado, el mucho trabajo que usted y sus amigos se están tomando . . .

–Por usted, todo es poco, señor.

Se volvió a mirarlo. Ya no adusto, tampoco sonriente. Serio, nada más:

–Esa información que me ha traído nos será de mucha utilidad.

–Seguro estoy que sí, señor . . . No es justo que por la ambición de otros, se comprometa gravemente a un hombre probo, un mandatario limpio como es usted . . .

Con un movimiento de su derecha, y palabra enérgica, le ordenó que se moderara:

–Olvídese de mí . . . Pensemos en nuestra Patria, abogado. Los gobernantes somos pasajeros en tránsito. Ella, permanece . . .

–Así es, señor . . .

–El pus de la corrupción debe ser expulsado a la vista del mundo, para que sirva de ejemplo y de aviso . . . ¿Cuántas de nuestras malas acciones no son encubiertas por acciones que parecen buenas, bien intencionadas, eh?

–En efecto, señor . . .

–Antes de irse, me dejará la relación de quienes colaboraron con usted en este trabajo . . . Los tendremos presentes.

–Ningún interés que no fuera el de servir, los movió a participar . . .

–Sus nombres, abogado, y sus cargos.

Mientras el vice-Ministro Herrasti los iba anotando en una de las tarjetas que le puso enfrente el señor Gómez-Anda, éste dejó que sus ojos se ocuparan en leer, un poco a saltos, inquieto y temeroso de encontrar las que temía, algunas de las doscientas ochenta y siete identidades que Teófilo y sus investigadores incluyeron en el pliego. Procedió después a doblarlo. "Muy listo nuestro joven Robespierre. No incrimina, ni en ninguna forma escrita relaciona a La Doña, a Teresita o a Fermín Palermo con esta cáfila de vividores".



HABÍA PREFERIDO convocarlo a Palacio, porque le parecía más apropiada que la de su despacho en Los Arcos, familiar y algo casera, la atmósfera que los cuadros y el candil, las maderas de los muros y la alfombra persa; el magno escritorio y la bandera patria plegada en su asta de bronce, le conferían al recinto de alto techo artesonado en el que por la mañanas gobernaba. Muy rígido, como si un arnés ortopédico le impidiera moverse; pequeño en la silla de respaldo verde que habían ocupado robustos y enormes dictadores y generalísimos; hablando casi sin mover los labios con discreción de ventrílocuo –el Presidente exponía al Procurador General de la República, doctor en Derecho, Atahualpa Vigueras, algunas de sus muchas preocupaciones:

–Desoyendo consejos de hombres más prudentes, o mejor informados, o más intuitivos que yo, incorporo a mi equipo de trabajo, para concederle una oportunidad extraordinaria, de esas que sólo una vez en la vida nos son ofrecidas, a un joven dotado de inteligencia, sensibilidad, simpatía, y gran capacidad para aprender . . . Demasiada capacidad, diría yo . . . A ese joven lo cuido, lo tengo cerca de mí, lo distingo como a un hijo; le empiezo a enseñar algo de lo poco que yo sé . . .

–Sí, señor . . .

Echó la cabeza un poco hacia la izquierda. Intensa era la mirada con la que estaba abarcando, al otro lado del

escritorio, al Procurador Vigueras. Inquirió:

–Supongo, doctor, que ya sabe usted de quién estoy hablándole . . .

–Para no equivocarme o prejuzgar, señor . . .

–Estoy hablándole del vice-Ministro de la Propiedad Nacional.

–¿Teófilo Herrásti?

–De él.

–¿Algún tropiezo? ¿Problemas?

Suspiró Gómez-Anda. Un suspiro, así lo escuchó, algo ruidoso, teatral, para expresar su desaliento; para que Vigueras advirtiera qué tan dolido sentía estar:

–Peor, abogado.

–¿Peor?

–La deslaltad hacia el protector, hacia el amigo, ¿no es lo peor en que puede incurrir el hombre?

–El joven Herrásti, ¿ha hecho algo contrario a la amistad?

La respuesta del Presidente fue un lento, triste cabeceo:

–Bastante más, Atahualpa . . . Ha montado una conspiración contra el Gobierno que represento, contra personas cercanas a mí por razones de afecto o parentezco.

Atento, el Procurador se inclinó más hacia adelante:

–¿Qué clase de conspiración, señor Presidente?, ¿y con qué propósito?

Volvió a suspirar don Aurelio. Dejó que su mirada discurriera un momento por el despacho. Al término del recorrido, la centró en el rostro del Procurador, quemado por el sol de sus vacaciones recientes:

–Infame, con un bien definido objetivo: sembrar la desconfianza entre la gente que, por crédula, resulta fácil de manejar . . . Con habladurías sin fundamento, crueles y del todo irrespetuosas, deteriorar la reputación, la dignidad de mi señora, de mis amigos, de mis colaboradores . . . En suma, Atahualpa: desestabilizar al Gobierno y arruinar, irreparablemente, la imagen de honradez que con tal dedicación nos estamos creando . . .



–Oh.

–¿Y qué hace este joven al que creíamos amigo nuestro, al que considerábamos como si fuera de nuestra familia? Se deja deslumbrar vaya usted a saber por qué irresistibles espejismos: dinero, mujeres, vicios, ¡qué se yo! . . . Permite que se apoderen de él, de su voluntad, de su innegable talento, y que lo manipulen, Los-Grupos-de-Presión . . .

–Ah . . .

–Los Oligarcas . . .

–¿Eh?

–Los Grandes y Encubiertos, y Todavía Poderosos, Enemigos de Nuestra Revolución . . .

–Que tanto han estorbado su marcha . . .

–Todo eso, ¿para qué? Para que el pueblo se asquee . . . Para que descrea de la sinceridad de Nuestra palabra y de las trasparente intención de nuestros actos . . . Para debilitarnos y así preparar el terreno a Las Más Oscuras Fuerzas del Exterior que siempre Nos han amenazado . . .

–¿Sería capaz Herrásti de prestarse a . . .?

–Si lo fue de sorprendernos, ¿no lo será también de . . .?

Lo interrumpió el Procurador General:

–Hay que impedir que cause más daño.

–La posición que el joven vice-Ministro ocupa en el Gabinete le permite vender secretos, entregar nuestros recursos tan codiciados . . .

–Eso, ¡nunca!

–He sabido, doctor Vigueras, que el joven Herrásti se ha complicado en negocios que afectan directamente la propiedad nacional que él, en parte no pequeña, está

comprometido a preservar . . .

Bruscamente, como buscando un efecto, Gómez-Anda pegó un puñetazo sobre el escritorio y se levantó. Aturdido, y alarmado, Atahualpa Vigueras permaneció en la silla. Dijo, tímido:

–¿Ordena usted algo, señor Presidente?

Parecía haberse tranquilizado un poco, sólo un poco, don Aurelio. El doctor Vigueras lo miró sonreír:

–¿Qué podría yo ordenarle, señor Procurador, a quien como usted conoce mejor que nadie lo que corresponde hacer en casos como éste . . .? Supongo que su Procuraduría debe investigar las andanzas privadas del vice-Ministro Herrásti y de sus cómplices, para luego proceder conforme a la Ley . . . Pero con pruebas, Atahualpa, ¡buenas pruebas!, pues no queremos llevar sobre Nuestra conciencia el peso de una Injusticia . . .

Entonces se irguió en su estatura total, el pentatleta Vigueras:

–Se hará así, señor Presidente.

–No estaría por demás, abogado, que se coordinara con Marco Tulio Cimarrosa, que sabe bastante del asunto, ¿eh?

COMO DE COSTUMBRE, faltando poco para las siete dio por concluida la audiencia y procedió a tomarse la media hora de reposo de todas las tardes; esos treinta minutos en que iba al cuarto de baño, leía los periódicos vespertinos, revolvía el crucigrama o se instalaba frente al televisor para enterarse de las últimas noticias. Acompañó a su visitante hasta la puerta de madera labrada por los tallistas de Cármenes que Armandina había hecho colocar la víspera, y pasó al Salón Perla donde el edecán se ocupaba de encender el receptor.

–Puede usted retirarse, capitán.



–Con su permiso, señor.

Deseaba hallarse a solas, sin nadie presente que fiscalizara sus reacciones, en el momento en que se presentara al público del país la que sería, por los personajes que en ella figuraban, La Noticia Política del Día; el Suceso Policial del Año. Un temblor mantenía inquietas sus manos. Enlazó una en la otra y logró así inmovilizarlas. ¿Cómo detener sin embargo el golpeteo de su corazón; la arritmia vertiginosa que de pronto estaba sacándolo de paso? Sintió que se ahogaba, y, al tragar aire a bocanadas, el dolor de una suave punzadura bajo la tetilla izquierda. Por un momento lamentó haber hecho llegar las cosas a tal extremo. ¿Merecía Teófilo Herrásti el castigo que la cólera de Gómez-Anda le decretaba? "Por un tiempo, mientras *esto* pasa, se le acabará la vida . . . Lo castigo por torpe. Más que por eso: por ingenuo . . . ¿Acaso nadie le dijo o no pudo por sí mismo descubrirlo, que unas son las Palabras y otros los Hechos; que el hombre de Poder tiene una conducta pública y tantas privadas como le sean necesarias? Atacar a los amigos de Armandina, de Teresa, así a ellas las haya dejado deliberadamente fuera, ¿no es atacarme a mí? Hubiera creído más en su sinceridad; habría tenido otro valor su denuncia, si con huevos, como las cosas han de hacerse cuando se quiere llegar al fondo, pone a mi mujer, a mi amiga y a Fermín Palermo en su lista. De haberlo hecho, tal vez lo habría considerado mejor. Procedió, a mi parecer, con cálculo: no quiso ofenderme, pincharme donde me duele . . . Ése fue su error: se la juega uno o se la calla. Nada de medias tintas. Nada de apuñalar con mano ajena . . . De no haberle dado yo esta lección, porque es más una lección que un castigo, ¿quién podría impedir que este muchacho me infamara también a mí? De no detenerlo a tiempo, ¿en qué otros lugares no habría metido las narices? ¿Desconoce que lo que llaman *corrupción* es el arma

de la que puede valerse, si las circunstancias lo exigen, el Presidente que la tolera y aun la estimula?"

Conforme a sus instrucciones, llevadas por Josafat Armengol a los jefes de los noticieros de la televisión, la película y comentario que la ilustraba, fueron breves. Aparecía en acercamiento, para que la República conociera su rostro, el que hasta la víspera había sido vice-Ministro de la Propiedad Nacional, Teófilo Herrásti. Sin afeitar, indudablemente fatigado tras casi veinte horas de interrogatorios, lucía envejecido y triste, con esa tristeza, reconoció don Aurelio, que a los inocentes les deja en la cara la vergüenza. Temprano se le llevó a Los Arcos un resumen con las respuestas enfurecidas de Herrásti. No necesitó leerlo. Había escuchado ya, en el Cuarto de Radio, parte de ellas, y por lo que después comentó con él Atahualpa Vigueras, el joven Herrásti defendió con ira su buen nombre. "Qué pobre argumento para probar la inocencia resulta ser la verdad, abogado". "Así es, señor Presidente". El trabajo de Veragua había sido bueno. Su acierto: haberse combinado con el Ministro del Interior, cuyos agentes investigaban desde hacía meses, a petición de Teófilo Herrásti, a varios funcionarios menores de la Propiedad Nacional que aparecían comprometidos en un ilícito negocio de compra-venta de terrenos federales. Se capturó a seis de ellos y se les prometió trato benigno si de algún modo incriminaban a su jefe. Dos de los seis, los de mayor rango, los que más dinero habían ganado, aceptaron. En base a tal cargo de complicidad, la Policía Judicial aprehendió a Teófilo Herrásti. Gómez-Anda se negó a tomar la llamada urgente de Gloria Herrásti. Tampoco quiso recibirla en Los Arcos. Armandina. Otoniel Douglas abogó por el vice-Ministro. Lo sabía ajeno al caso. Estaba dispuesto a meter las manos por él. "Los cargos contra nuestro joven amigo son débiles, Otoniel. Saldrá libre inmediatamente . . . El juez declarará que no hay delito que perseguir y . . ." "Ha sido una trampa, Aurelio". "Eso parece. Visítalo. Dile que no lo hemos dejado solo. Que nos preocupamos mucho por él . . ."

No más de dos minutos estuvieron Herrásti y los otros seis ante las cámaras. El único que en ningún momento trató de esconder el rostro, el único que siempre miró al lente, fue el vice-Ministro. A ésa, siguió una información que no interesaba a don Aurelio. Apagó el televisor. "Lo único que puede reprocharme, si se atreve, es que no intercedí inmediatamente en su favor, que permití su arresto y el calvario de su diálogo con los policías . . . Si hubiera entrado en su ayuda, ¿no habría pensado el pueblo que yo, su jefe y amigo, estaba encubriéndolo? Ahora nadie dudará que en este país la justicia se aplica por igual a todos. Teófilo probó ser inocente. Por eso recupera la libertad . . . Las de Caín que él ha sufrido influirá, ¡ojalá!, para que otros descarriados se moderen . . ."

No padecía remordimientos. Trataba de convencerse que no estaba padeciéndolos, pero el café que luego se preparó le supo mal. Abandonó la taza y, de pronto agitado, marcó el número del Canciller:

-¿Don Anselmo?

-A la orden, señor Presidente.

-¿Ha visto la televisión hace un momento?

-Sí, señor.

-Lamentable asunto . . . pero más lamentable es que un amigo como lo es el vice-Ministro Herrásti, haya sido presentado al público, por error de quien controla los medios de información, como un delincuente . . . Lamentable y doloroso, además . . .

-En efecto, señor . . . -dijo el Ministro de Relaciones Exteriores. ¿Qué se proponía Gómez-Anda tratando de engañarlo?,¿acaso sus propios informadores no le habían hecho saber a Espinosa Carrillo que había sido El Primer

Mandatario quien urdió esa maniobra para desacreditar, deliberadamente, al joven y talentoso funcionario?

Carraspeó el Presidente y con el meñique de la derecha se urgó un oído:

–Después de lo ocurrido, no sería bueno ni para el amigo Herrásti, ni para la imagen del Gobierno, reinstalarlo . . . Perdurarían las dudas, Anselmo . . . Es por ello que he pensado . . .

–¿Sí, señor?

Después de colgar, supo don Aurelio que ya nada lo afligiría. "Viajar unos años por el mundo, desempeñando tan grata e importante comisión, ayudará a nuestro joven abogado a ganar experiencia. Le dará firmeza a su carácter. Lo enseñará a ser más reflexivo. Con el tiempo nos llega la necesidad de ser prudentes. Saberse técnicamente en el destierro, pues no podrá volver al país si yo no lo apruebo, servirá para que Teófilo recuerde lo que alguna vez, en la campaña, le dije: 'Nunca hagas lo que no se te pida hacer. No cumplas turno de guardia que no te corresponda. Habla menos de los que puedas, y no digas más de lo que sepas'. Ahora deberá aprender todo eso". Pensó en Teresa López. Autónomo, su dedo hacía girar el disco de La Red.

–¿La señora?

–Salió a peinarse con el senador Fabián, a las seis, señor . . .

–Hmmm . . .

Después de colgar, tomó el timbre para llamar al ayudante. Otro recuerdo lo alegró: pues le llegaron rumores de que Teresa López admitía jóvenes hombres en su casa a deshoras, la había hecho vigilar. Puso agentes a espiar a los que la espiaban para estar seguro de la veracidad de los informes. Nada, en meses, la acusaba. "Me es fiel. Lo que demuestra que también es inteligente".

–¿Señor?



–Haga pasar al que sigue, capitán.

De pie tras la mesa, como si posara ante el retratista oficial, don Aurelio Gómez-Anda aguardaba a la persona que había accedido recibir, en Los Arcos, a las diecinueve horas con treinta minutos.

COMO SU PADRE, que lo dejó huérfano antes de nacer él, Teófilo Herrásti, inspector de consulados, murió cuando aun era temprano en su vida. Su padre, alcanzado por las balas que en cierta forma autorizó Gómez-Anda. Él, en un accidente. ¿Hay algo más estúpido que estrellarse, dormido sobre el volante de un auto sport que desciende por un camino de montaña, en Bavaria, a más de cien kilómetros por hora? Su mujer, Gloria, encinta por segunda vez, le sobrevivió una noche. Su único hijo, falleció en la ambulancia.

Cuando se le informó de la muerte de Teófilo Herrásti, de su esposa y del pequeño Arquímedes (al que bautizaron en la capilla de Los Arcos), el señor Gómez-Anda sintió un mucho de pena, pero también alivio. Ese reproche que para él secretamente seguía siendo Herrásti, ya no existía. Pronto sería recuerdo de unos pocos. Después, olvido de todos.

EL PADRE Monroy proponía a cincos, la partida, cuando llegó a casa del alcalde Aquiles Veragua el entonces jefe de la policía municipal de Buganvilia, Abundio Esquer, un buen hombre aunque ya debiera treinta y un muertes. Vestido con su clara ropa de verano, al cinto el revólver .44 que le daba aspecto de temible, esperó a que Fermín Palermo, jugador de intuición aunque no de talento, colocara un inusitado 6-5 que dejaba sin oportunidad a su compañero.

–Con la novedad, don Aquiles, que se acaban de matar a balazos Macario Santoyo y El Loco Herrásti . . .

–¿Dónde, Abundio?

–En el congal de Marianita . . .

–¡Coño . . .!

Antigua era la enemistad que enconaba a los Herrásti y a los Santoyo. Decían los viejos, y quizá fuera cierto, que todo empezó cuando un Santoyo, Nicómedes El Tuerto, se robó a Pepita Herrásti (que su padre tenía destinada a un francés de los que trabajaban en el Ferrocarril) y se casó con ella en Salvatierra. Niño, Monroy participó como acólito en la discreta ceremonia, treinta y tantos, casi cuarenta años antes. Los ofendidos hermanos Herrásti buscaron al cuñado. Le siguieron la sombra y una tarde, en un vacío paraje de sus tierras de Nueva Holanda, lo convirtieron en cedazo con dos aleves tiros de escopeta venadera. Desde ese día los envenenó, a unos y a otros, el rigor de la venganza. De vez en tiempo, un Herrásti mataba a un Santoyo, o un Santoyo cazaba a un Herrásti. La rencorosa rutina pasó a formar parte a la tradición de Buganvilia.

Llegó una época en que la paz, precaria pero paz al fin, quedó establecida entre las familias, y por cuatro años, los que llevaba Aquiles Veragua en la alcaldía (dos más tarde del accidente que lo dejó inútil en la silla de inválido) Santoyos y Herrásti se respetaron. Hasta esa noche . . . .

–Se pelearon por el derecho a la misma puta, con perdón de usted, padre Monroy . . . .

–¿Quién primero a quién?

–¿Cómo saberlo, joven Aurelio? Las pupilas, que lo vieron, no hablan. Lo que sabemos es lo que Marianita dice . . .

–¿Y . . .?

Con el pulgar se empujó hacia lo alto de la cabeza el



tejano color hueso, el jefe Abundio Esquer:

–Van a enterrarlos mañana, a la misma hora, en el camposanto . . . Ya por ahí andan diciendo que hoy empezarán a llegar Santoyos y Herrástis de toda la región.

–Carajo . . .

–Lo más seguro, don Aquiles, es que vienen a seguir matándose. Si no a eso, ¿para qué emprenden el viaje? Usted dirá, señor, qué hacemos . . .

Aquiles Veragua se frotó las rodillas. Se las frotaba siempre que se ponía a pensar o que estaba nervioso. Después de un rato miró al joven Gómez-Anda y éste, que aguardaba la mirada, recogió la orden:

–Encárgate, Aurelio . . . Ya está bien de sangres en el pueblo. Haz lo que haya que hacer . . .

–¿Como qué, don Aquiles?

–¡Carajo! Lo que se te ocurra . . .

El teniente Olivares encontró razonable lo que el joven Aurelio proponía. La Partida Militar, cincuenta hombres y su oficial, apoyarían a los gendarmes del Ayuntamiento. Unos y otros tenderían un cerco ostensible en torno al cementerio para impedir, si ésos eran sus propósitos, que los varones de las dos familias se balearan entre las tumbas. Aprobó también la sugestión de que se patrullaran las calles de Buganvilia y de que hubiera guardia armada dentro y fuera de cantinas, piqueras, cafés, tiendas y prostíbulos.

–Ley seca cuarenta y ocho horas, teniente Olivares. Nada de grupos en las esquinas . . . Calabozo y palo a los que armen bulla . . .

Dos días con sus noches vivió en tensión, como en los tiempos revolucionarios, la comunidad de Buganvilia. Cerraron los comercios, "por las dudas"; don Adolfo Martorell viajó a la capital a que le hicieran unos análisis de orina, y los agentes viajeros no pudieron conocer las novedades que para ellos tenían esa semana. La Negra

…por cada muerto.

Sólo mujeres de su apellido acompañaron los cadáveres de Macario Santoyo y de Luis Herrásti, al que por sus calaveradas juveniles apodaban El Loco. El padre Monroy ofició en las dos ceremonias. Pidió que hubiera paz entre las familias de buena voluntad, que la luz de la cordura las iluminara y olvido de perdón a los que calentaran rencores.

–Estas cosas pasan –dijo– cuando Lucifer mete la cola entre nosotros . . .

Las dos viudas (se lo dijeron) compartían en secreto el mismo dolor: sus maridos se habían matado en un lugar de putas. Eso, en cierta forma, las igualaba.

El orden, impuesto por los centinelas del teniente Olivares, y protegido por los gendarmes de Abundio Esquer, duraría apenas. Cuatro noches después del sepelio, primos Herrásti venidos de Herraduras, mataron a primos Santoyo, vecinos de Las Cruces. La única ambulancia del Ayuntamiento recogió dos cuerpos. Uno de ellos, el de Chito Herrásti, todavía con una poca de vida.

Aquiles Veragua, adormilado por el mucho brandy que había estado bebiendo desde antes de comer, dijo que *eso* no podía seguir. Dispuso:

–Ve qué haces, Aurelio, pero me los pones en paz. ¡A todos!

Llegaban informes alarmantes. De la capital de la provincia, donde trabajaba al servicio del Ministerio de Aguas y Suelos, arribaría esa noche Teófilo Hernán Herrásti, ingeniero agrónomo y hermano mayor de Chito. De Bracamontes, bajaría al valle de Buganvilia, rencoroso y en armas como aquel, Francisco de Asís Santoyo, hombre, lo describían de tal modo, de pocas pulgas y menos entendederas.



…serio y preocupado, Gómez-Anda.

Ni Francisco de Asís Santoyo, ni Teófilo Hernán Herrásti, llegarían solos. Las voces del viento hacían saber que los acompañaban otros Santoyo, otros Herrásti –todos dispuestos al exterminio.

–Tranquilízalos, Aurelio. Diles que se vayan . . .

–Procuraré, don Aquiles . . .

–Acompáñelo usted, padre . . .

–Con gusto . . .

–Usted los conoce. A usted lo respetan . . . Hágales entender que es una pendejada seguir matándose; y una carajada venir hacerlo aquí . . .

Se vistió Aurelio Gómez-Anda como para ir a una fiesta, o a un sepelio. "Cuídate", le dijo suavemente, su preñez muy avanzada ya, y también el mal que la dejaría vivir muy poco, Isaura, su mujer. "Volveré temprano". "¿No llevas arma?". Cargar la pistola que un día de su santo le regalara Abundio Esquer, le parecía una precaución innecesaria. ¿Sabía acaso cómo se manejaba? ¿había disparado siquiera un tiro? Aunque hacía calor, el padre Monroy eligió una sotana negra, la mejor de las dos que poseía.

Hoscos y resentidos, primero los Herrásti; luego, los Santoyo, uno y otros se copiaron las palabras:

–Mientras uno de esos cabrones quede vivo, uno de nosotros habrá de acabar con él . . .

–¿Qué caso tiene desperdiciar más sangre?

–¿Perdonaría usted, padre, o tú Aurelio, perdonarías al que te asesinó al abuelo, al papá, al hermano?

Esa noche, atendidos por Isaura, tomaban café el cura Monroy, Fermín Palermo y Aurelio. El padre Monroy y Gómez-Anda estaban seguros de que la violencia era ya inevitable, por más que los hombres del teniente Oliva-

tres patrullaran las calles, vigilaran a los Herrásti y los Santoyos, y ayudaran a los gendarmes del Ayuntamiento a hacer respetar el discreto toque de queda decretado por Aquiles Veragua.

–Tontos y ciegos, insensatos . . .

–Nada se gana con lamentaciones, padre . . .

Cuando Monroy volvió a su iglesia, Fermín Palermo se hizo acompañar al billar por Aurelio Gómez-Anda. Había hablado poco. Había preferido escucharlos, tal vez divirtiéndose de ver cuánto los preocupaba no saber cómo salir del predicamento en que la cólera de Santoyos y Herrásti los había metido. Don Aquiles había dicho: "No quiero más pendejadas, Aurelio. Que esto se acabe para bien de todos . . ."

–Hay un modo . . .

–¿Cuál, Fermín?

–Mata al perro y acaba con la rabia. Tengo gentes que lo harán. Los mandé llamar, temprano . . .

Eran cuatro. Buenos tiradores de pistola, avezados en el cumplimiento de misiones difíciles. Ésa, para la que el Niño Fermín los había hecho venir desde Los Laureles, no era diferente a las que habían cumplido, en otros años, para el Amo Fermín Palermo, su padre que en paz descanse y en el Señor se goce. No preguntaron la cuantía de su paga. La tarifa que acostumbraban cubrir los Palermo era, les constaba, generosa; superior invariablemente a la que estuviera en uso. Bebían *mez-quil* y jugaban al tute, en el cuartito que Fermín llamaba la oficina. Dos eran hermanos. Primo, el tercero y tío de los tres, el más viejo. Hablaban apenas. Escuchaban, atentos.

–Habrá que informarle a don Aquiles.

–¿Para que te diga que no? Mejor ríndele una parte de novedades, cuando todo acabe.

No muy seguro de que hacía lo que debía hacerse,



tampoco de si lograría con el tiempo olvidar esa primera sangre que aprobaba derramar, Gómez-Anda concedió:

–Que lo hagan, pues. Pero, que conste, Fermín: yo no meto la mano en esto . . .

–Vuelve con Isaura. Estará preocupada por ti. Te avisaré más tarde . . .

Los cuatro Uriosti que Fermín Palermo hizo venir de Los Laureles, donde sembraban sorgo y destilaban aguardiente, se marcharon de Buganvilia ese amanecer con las pistolas tibias todavía y en los bolsillos los tres mil pesos que les entregó, a modo de propina, el hijo del Amo Fermín, que en El-Señor-se-Goce. Tomaron su viejo Ford y se fueron por los caminos del polvo tan en silencio y discretos como habían llegado.

Por la tarde, mientras don Aquiles Veragua revolvía lentamente las fichas del dominó, dijo el padre Monroy:

–Ocurrió lo que nos temíamos . . . Ojo por ojo. Santoyo por Herrásti, ni uno quedó vivo para contarlo. Sólo viudas y huérfanas después de la tremenda balacera. Tres de una familia; cuatro de la otra. ¡Una carnicería . . .!

Aquiles Veragua aportó una blanca ficha a la muy fuerte con la que Palermo había abierto el juego.

–¿Qué importa, si los problemas se acabaron, don?

Escucharon a Gómez-Anda, como muy distante:

–Se mató entre sí gente buena . . .

–Mucha –suspiró Veragua– Teófilo Hernán era amigo . . .

–Persona fina, instruida.

–¿Y qué decir de Paco de Asís, don Aquiles?

–Una dama . . .

–Pero la pasión y el odio ciegan a todos. Los convierten en fieras. Los vuelven bárbaros . . .

–Así es, padre Monroy . . .

–Dicen por ahí gente de fuera vino a matarlos . . .

Canjearon miradas Gómez-Anda y Palermo. En la de

aquél había alarma. Cierta ironía en la de Fermín. El alcalde Veragua produjo su opinión –que era la oficial, la única válida:

–Bah. Siempre se inventan esas patrañas. ¡Gente de fuera! . . . No le extrañe, padre Monroy, que mañana nos cuelguen el milagro de haberlos mandado matar nosotros . . .

Hacia el fin de la partida, cuando don Aquiles daba ya muestra de sentirse fatigado (la cabeza llena de puntos negros y blancos; el estómago, de gases, y de plomo las piernas) el padre Monroy comentó:

–Ya no quedan aquí, ni en ninguna otra parte, Herrástis o Santoyos . . .

–Por fortuna . . .

–Pero . . .

–¿Sí? –Aurelio Gómez-Anda lo miró ansiosamente.

– . . . según sé, una viuda Santoyo, y otra viuda Herrásti, han quedado embarazadas . . . ¿Se dan cuenta de qué pasará si Dios les concede varoncitos . . .?

El alcalde bostezó:

–¿De qué se preocupa, padre? Para cuando esos niños, si niños nacen, aprendan a matarse, ni usted ni yo seguiremos en esta vida . . .

Rieron los cuatro. Aurelio acomodaba las fichas dentro del estuche de madera y lo volvía a su lugar, en uno de los cajones del escritorio de cortina de Veragua. Pensó: "Yo, por lo menos, me habré ido para entonces . . .", seguro de que su propia vida no iba a consumirse en un pueblo como Buganvilia, lindo y florido, sí, pero demasiado aldeano para él.)

EL MAYOR PILO Fraga debía hallarse cerca, quizá espiando lo que hacían o hablaban, porque rápidamente irrumpió en la sala en cuanto el teléfono empezó a sonar. Algo



parecido a la zozobra ensombreció a Gómez-Anda. El timbre, se dijo, no había cascabeleado como de costumbre. "Ya vuelven a joderme. ¿Qué se propone el que los manda hacerlo?" Mario Menchaca pensó que ese era el momento de marcharse. Para que resultara significativo su primer encuentro con Ciro Mauritius, ¿qué mejor que llevarle un obsequio de su gusto? Por medio del crítico Ganimedes Ortiz conoció de la afición a coleccionar pinturas que distinguía al amigo del nuevo Presidente. Ortiz consiguió "a precio de ganga, ingeniero", una pequeña tela cubierta de figuras grotescas y manchas de colores, "como las que un niño o un loco podía pintar", que debía ser muy buena vistos los miles de dólares que pagó por ella. "Con Ciro Mauritius, dicen, es fácil entenderse. Gana y deja ganar, lo que habla mucho en su favor. Habrá que cultivarlo". Abandonó el vaso con el champaña empalagoso. Oyó, en segundo plano, las palabras del mayor Fraga:

–Lo informaré al señor Presidente. Para servirla, señora . . .

Colgó.

–¿Quién llamaba, mayor?

–La esposa de don Tomás Vallado Fajer . . . Avisa que vendrá un poco más tarde . . .

Se retiraba el ayudante cuando don Aurelio le ordenó:

–Siga buscándome al señor Palermo, ahora.

Se ocupó de hacerlo el mayor Fraga. Mario Menchaca consideró que era oportuno, ahora que se hallaban los dos a solas en el despachito privado y que él se disponía a despedirse, preguntarle a El Señor cuándo quería que hablaran de los asuntos, "nuestros asuntos", que él le manejaba.

De perfil a él, como en las monedas, mirando hacia la parda humedad del exterior; sin demostrar interés; in-

cluso vagamente, como si ignorara a qué con tal intención se refería Menchaca, don Aurelio inquirió:

–¿Nuestros asuntos . . .? –con cierto candor que hizo sonreír al otro.

–Los suyos, señor, que son bastantes . . .

Fruncido el ceño, como si hablar de *eso* lo molestara ("y me molesta verdaderamente, por cuanto me hace sentir incómodo y culpable") Gómez-Anda tosió un poquito:

–¿Qué prisa corre fijar una fecha para que usted y yo conversemos, como usted dice, de nuestros asuntos? Cuando haya que hacerlo, lo haremos . . .

Dijo Menchaca:

–Esperaré sus indicaciones, señor Presidente . . .

Se asomó, discreto como siempre, el mayor Fraga. El señor don Fermín Palermo no se encontraba en ninguna parte. La última vez que se le vio fue en el Aeropuerto "Maclovio Borges", abandonando en su automóvil el Hangar Presidencial después de haber despedido a la Primera Dama. Tampoco su escolta respondía a la llamada urgente de la central del radioteléfono. ¿Debía seguir insistiendo?

–Hasta encontrarlo, mayor . . .

–¿Sabe usted, señor, de algún otro lugar donde don Fermín . . .?

–No lo sé, mayor –gruñó molesto don Aurelio, y pensó: "¿Por qué no lo busca, pendejo, donde de seguro lo hallará en este momento: en Los Arcos". Se avergonzó de haberlo pensado. "Fermín, mi amigo, no es como este oportunista Menchaca, de los que van a lamerle los huevos al nuevo Presidente, el mismo día que me mandan a mi casa . . . Él no es así . . . Quiero creer que no lo es . . ."

Al volverse sorprendió a Mario Menchaca mirando, con algo de preocupación, con apenas disimulada impa-



ciencia, pues era más tarde ya de lo que suponía, su reloj: un centelleo de brillantes y platino alrededor de la muñeca. Le indicó, con una seña, que ocupara la otra silla. Gómez-Anda sabía que al retenerlo allí lo ponía nervioso. "Que sufra, que se angustie". Sin que viniera al caso, sólo por hablar, procedió a recordar días y hombres de otro tiempo. Para no parecer descortés, Menchaca se limitaba a asentir y a no contradecirlo:

–Sí, señor: así fue . . . En efecto . . . Exactamente, ese día ocurrió . . . –para que entre ellos no surgiera ningún desacuerdo sobre una fecha, un nombre o un acto, que El Señor aprovechara como pretexto para prolongar sus inanes divagaciones.

–Oh, esta memoria mía, Menchaca . . .

¿Cómo impedir que el viejo perspicaz de don Aurelio no estableciera la inevitable comparación de su prisa de ahora y el entusiasmo con que todavía un mes antes (cuando aún era Él quien mejor podía ayudarlo a ser más rico) procuraba permanecer a su lado, incluso impacientándolo, hasta el último segundo de los minutos que le permitía hablarle?, ¿no usaba entonces como treta para prolongar la entrevista, referirle los chistes sobre Ávila Puig que divertían a la ciudad, o incitarlo a que le repitiera algunas de las muchas anécdotas que le daban color a su biografía, y que él, por más que las hubiese oído decenas de veces, terminaba invariablemente celebrando con desproporcionadas risas?

Después de casi una hora, porque ya su vejiga rebosaba, pero, sobre todo, debido a que el juego de martirizar a Menchaca reteniéndolo había terminado por cansarlo, el señor Gómez-Anda anunció abruptamente:

–Bien, don Mario: no lo retraso más. –Le ofreció su mano flaca y fría–. Mucho tendrá que hacer hoy, supongo, y no quiero que por mi culpa llegue tarde . . . Espero tener el gusto de volver a verlo . . .

Aliviado porque don Aurelio había puesto fin a su cháchara de viejo al que sólo le quedan vivos los recuerdos, se levantó también casi atropelladamente el contador público Mario Menchaca:

–Pronto me tendrá por aquí, señor Presidente.

Don Aurelio no lo acompañó más allá del umbral. Si en el despacho hacía frío, en la sala, tan grande, la temperatura era ingrata. Fraga lo llevaría a la salida.

–Mi puerta nunca está cerrada para los amigos . . .

–Gracias, señor . . . Mis saludos a doña Armandina . . .

–De su parte . . .

–Y a la señora Teresita, también . . .

–Gracias . . .

Mario Menchaca, para no prolongar más la despedida, hizo una leve reverencia a don Aurelio y cruzó, con Fraga, la cochera.



## 11

CADA DOS peldaños una pausa para recuperar el aliento; en la planta de los pies el cosquilleo del frío y en la rodilla izquierda las punzaduras del viejo reuma, don Aurelio Gómez-Anda iba remontando en silencio, lentamente, la escalera de mármol artificial. Ese que estaba viviendo desde que regresó de la Cámara la parecía un tiempo muy distinto al de otros días,

"al de los últimos meses, al de las semanas finales de mi Poder. Las horas, entonces, ardían de prisa. Las buscabas en los relojes y, poco después, ya no estaban; se habían ido . . . Tiempo inútil ese que no te bastaba para hacer nada . . . Y hoy el tiempo no se mueve, no sale de la carátula del *Longines* que miro y remiro para ver si crece un poco, y que encuentro en el mismo lugar, o acaso sólo algo adelante de donde lo dejé la última vez que oprimí la corona para ver la tapa en cuyo reverso leo una fecha y mis iniciales . . . Lo cierto es que *mi* tiempo, no *el* tiempo, es el que ha variado. Para el Presidente Ávila Puig el tiempo sigue vivo y avanza. Para el señor Presidente Gómez-Anda, el tiempo ya no marcha o marcha apenas . . . Sin embargo, tengo la impresión de que sigo moviéndome, así sea en el mismo sitio, o a contrapelo del tiempo . . .

"a este creer que te mueves sin moverte, aludía don Tito Livio Gómez de Lara aquella noche, una semana después de abandonar la presidencia, cuando, a mi pregunta: ¿Cómo se ha sentido, señor Presidente?, él res-

pondió entre risueño y amargo:"Como si me hubiera quitado la bicicleta debajo de las nalgas para dejarme pedaleando en el aire. Así me siento, Aurelio: en el aire, colgado del aire, mirando cómo los otros se alejan, me abandonan y empiezan a olvidarme".

Había llegado al primer rellano. Desde allí abarcó la sala, amplia y fea, ocupada por los charros muebles y los muchos bultos y maletas que estorbaban los pasillos y las otras áreas de circulación. Tosió, y el caj, caj se escuchó opaco y triste como el aleteo de los pájaros de la noche que en Buganvilia cazaban mariposas y ratones. La pintura había reventado en la pared, junto al ventanal, y el polvo del salitre, ¿qué podía ser si no salitre?, blanqueaba tres o cuatro escalones del segundo tramo. Se exigió la voluntad de seguir.

"Te olvidan incluso antes de que te vayas, antes de que dejes de ser. Don Tito Livio no habló de eso tal vez para no aceptar frente a mí lo mucho que estaba ya doliéndole la soledad; lo que le había lastimado la deserción de sus amigos: de los que por lustros juraron serlo y que se le iban, discretos al principio, de uno en uno, y descaradamente después, en manadas presurosas, porque estaba dejando de ser, porque no volvería a seguir siendo, por un año o por diez más, El Gran Concededor de Gracias y Favores; El Generoso Dador de la Vida y la Alegría; El-Infalible-y-Magnánimo-Señor-Presidente-de-la-República . . . Para él, entonces; para ti, hace poco, y supongo que también para los que llegaron y pasaron antes que nosotros, los meses de tristeza, las semanas vacías, los días desiertos, empezaron cuando por el hecho de señalarlo trasferimos la total magnitud de nuestro poder a quien escogimos para recibirlo . . . Sobrada siempre de visitas, mi casa se despobló como si frecuentarla perjudicara; como si concurrir a ella, los domingos que permanecía abierta para todos, resultara negativo, de mal



fario, poco recomendable . . . Otras casas, en cambio: la de Miraflores, donde el candidato vivía; la de Avenida Libertadores, donde despachaba; la de su querida, no se dónde, rebosaban a toda hora, lloviera, o quemara el sol; hiciera frío o mordiera el viento de Cerro Borrego. ¿De dónde habían salido las pacientes multitudes que atestaban sus jardines y galerías, sus salas de espera y las calles de los alrededores? Eran las mismas que me habían buscado a mí. Las mismas que a su tiempo habrán de abandonar al señor Presidente Ávila Puig . . ."

(ABIERTAMENTE TAMBIÉN, iban olvidándolo en esos meses de poder ya en mengua, los que en el curso de una década, la de la Grandeza Aurelista que mereció un volumen de ensayos de Narciso Charles (y él, a cambio, un Premio Nacional de Literatura y su quinta embajada) habían aplaudido sus disparates; justificado los despilfarros de su Gobierno; silenciado los gritos de la sangre que le resultó necesario o conveniente derramar; ocultado sus ridículos y fabricado, para consumo, la leyenda del Sabio Estadista, del Visionario que Marcha a la Vanguardia de su Tiempo: –los dueños de la prensa y de las televisoras que ya le negaban el espacio que en sus *medios* le habían prodigado siempre sin regateo.

Así fuera importante para el país, lo que decía no encontraba asilo en los titulares principales de los diarios, ni su imagen, o la de Armandina, imprescindibles antes, ilustraban los noticieros. Porque las reclamaban otras actualidades, las unidades móviles de Canal 6 y de TV-Olid 9, fueron retiradas, sin más, de Los Arcos, interrumpiendo así una devota guardia que duraba dos lustros. Dejaron de ser motivo de extensas reseñas las Juntas de Tejido de Armandina, y no volvió a hablarse de la Temporada de Ópera que merecía el patrocinio de La

Primera Dama, y se dio el caso de que la noche de *Andrea Chernier*, tres cuartas partes de las butacas del Palacio de las Bellas Artes quedaron sin ocupar, pese a que los boletos, como de costumbre, fueron remitidos por la Señora Presidenta a sindicatos obreros, centrales campesinas y federaciones de burócratas.

Esa mañana, ella resopló colérica y luego, ruidosamente, arrugó el periódico que leía. Estaban desayunando, a solas los dos, en el pequeño refractario hexagonal de paredes blancas preferido del señor Gómez-Anda para estar apartados.

–¿Pasa algo? –inquirió él hablando detrás del periódico desplegado.

–Pasa todo, don Aurelio… Se portan con usted como lo descastados que son…

Lentamente, Gómez-Anda bajó el diario, lo dobló por el centro, luego por la mitad y lo colocó después, a la izquierda, sobre los que llevaba ya leídos.

–Hmmm.

Tomó el ejemplar de *Verdad*. No encontró su nombre en la primera página, ni tampoco en la tercera, en la cuarta o en la quinta, donde invariablemente se publicaban las noticias nacionales, políticas o no, de mayor importancia. "¿Qué les pasa a estos canallas de *Verdad*, eh? Me deben docenas de millones de pesos en impuestos y papel y de unos meses acá han levantado una campañita contra mí; porque callar lo que digo, no contar lo que hago, o contarlo sin enjundia, es una campaña de hostilidades ni siquiera disimuladas". Halló lo que buscaba más adentro: una gacetilla, del tamaño de un geme a una sola columna, en la que se daba cuenta de un acto público y se aludía al discurso que durante él improvisó. "Esa inauguración, esas palabras mías, ¿no habría merecido, hace todavía un año, cabeza mayor y laudatorio comentario editorial? Puah".



–Como si el señor Presidente Gómez-Anda ya no existiera…

–Hmmm…

También pequeñito era el espacio que en *Universo* se concedía a su intervención. Entre los *artículos de fondo* tampoco encontró halagos a su trabajo o referencias a la "acción revolucionaria" del Gobierno. En el que suscribía Arnoldo Barragán, le molestó una frase: "Y ahora que el fin de la Administración está a la vista, se impone, a fuer de hombres preocupados por Las Grandes Cuestiones Nacionales, iniciar una revisión a fondo, honrada, sin turbiedades ni hipocrecías, de lo que ha hecho el Régimen. Pronto estaremos en aptitud de ser críticos; de juzgar sin apasionamientos, ni bastardos intereses, sólo con justicia y rigor, a quienes nos han gobernado…"

–Hmmm…

Se le ponía por delante, retándolo con sus sonrisas; molestándolo con su simpatía; pudriéndole el humor con su juventud y la sencilla humildad que todos encontraban irresistible, el retrato de Ávila Puig. "¿No tendrá algo mejor que hacer que andar bailando delante de los fotógrafos?" La noche anterior había visto todos los noticieros de la televisión a partir del de las siete y llevado cuenta de las notas, reportajes o entrevistas, en las que aparecía el candidato del PUR y en las que se hablaba de él. "De un total de ochenta y nueve que echaron al aire, cincuenta y ocho se refirieron al doctorcito. Demasiado…"

La señora Gómez-Anda agotó los matutinos, y hojeó las revistas "para la mujer" aparecidas ese día. Ocupaba la portada de *Muchachas*, un mensual de Publicaciones Olid que circulaba más de dos millones de ejemplares, un close-up de Isabel Vértiz de Ávila Puig. Con rencor aceptó que era bella, aunque –y lo comentó en voz alta para que don Aurelio la escuchara:

–Dicen que hace tiempo le arreglaron en Europa la nariz. ¿No opina, mi señor, que la tiene demasiado perfecta para que sea natural? Y los dientes, tan blancos y parejos, ¿no le parece que han de ser postizos o retocados...?

–Hmmm.

Con desdén dejó *Muchachas* y tomó *Casa y Tejido*, de la Cadena Mayo del Cid. Las páginas centrales, donde ella había parecido quizá tres docenas de veces, se destinaban a *La Pareja de Moda –y su Modo de Vivir*. Consideró un inicuo desperdicio de papel, por parte del semanario, y un absurdo derroche de tiempo, de su parte, imprimir, y mirar, las innumerables instantáneas tomadas en su mansión a los Ávila Puig. "Como si se llevaran bien. Como si él no tuviera una querida y una hija, y ella, no fuera una pedante de lo peor..."

Dejó de leer Gómez-Anda. Eran casi las nueve de la mañana y permanecía aún en la Residencia, como si fuese domingo y ningún funcionario o ciudadano, reclamara de él la distinción, el honor o el favor, de una entrevista privada, de una audiencia oficial. "¿Por qué, de pronto, ya nadie quiere hablar con el señor Presidente, mi querido Fermín?" "Porque todos, Aurelio, prefieren hacerlo con el señor Candidato", y los dos, mirándose, sonrieron –y quizá recordaron los días en que El Candidato era Gómez-Anda, y otro, el Presidente. Eso había sucedido una semana antes. En los días transcurridos ya de esa, sólo catorce personas habían gestionado ser recibidas. Aceptó a todas, para tener con quien hablar.

–Todo esto, mi señor, es por la perfidia de *ese* hombre... Debe tener ya comprada a la prensa y a la televisión. De otro modo, no le darían tanta importancia a lo que hace, ni a las burradas que dice... Y cuando hablan de Nuestro Gobierno, mi señor, ¿en qué términos se expresan los que escriben? Diciendo que En-el-Próximo



todo va a cambiar para bien... Que en El Próximo sí va a hacerse lo que en éste no supimos... Que *ese* individuo va a tener que poner orden, como si viviéramos en el desorden... Que urge una poca de honradez, como si estuviéramos rodeados de ladrones.... ¿Sabe qué estoy creyendo, don Aurelio...?

Cansadamente, porque ella hablaba como él pensaba, y oír su pensamiento en boca de ella le producía cólera, Gómez-Anda le entregó los ojos:

–¿Qué?

Perlitas de transpiración en la frente despejada, Armandina le ofreció mano ancha, y morena.

–Estoy creyendo, don Aurelio, que nos equivocamos al escoger a *ese* señor... Ahora más que nunca estoy convencida de que cualquier otro, no digamos Marat Zabala, nos hubiera convenido más que él... Al doctor Ávila, ¿no es tiempo ya de empezar a frenarlo un poquito...?

A medias la mañana, don Aurelio le envió, con el teniente Graco de la Vega, una tarjetita al columnista Roberto Saldaña. "Tal vez por su falta de experiencia en el arte superior de la política, el candidato del PUR, Víctor Ávila Puig, está dejándose ver demasiado; 'quemándose' innecesariamente. Sería bueno, opinión muy personal, que alguien le aconsejara limitar sus apariciones públicas y reducir su actividad verbal. Le haría bien a él y todos lo agradeceríamos".

A Josafat Armengol le ordenó:

–Llame personalmente a todos los directores de periódicos y revistas, a los corresponsables extranjeros, a los responsables de las agencias de noticias, y dígales que el señor Presidente Gómez-Anda los invita a que vengan esta tarde, a las seis, a saludarlo aquí, y que mucho les agradecerá que ninguno de ellos falte... –Pensó: "Van a oírme, cabrones. Mientras yo sea el Presidente la aten-

ción de la prensa ha de recaer sobre mí antes que sobre nadie, por muy candidato a la Presidencia que Ávila sea".

–¿A la televisión...?

–A esa cítela, a nivel de directores de cadenas, para las ocho de la noche... Yo hablaré directamente con don Miguel Rebul.

–Sí, señor...

Como si recordara algo, Gómez-Anda entrecerró los ojos mientras decía:

–Quienes le están manejando su prensa, sus relaciones públicas a nuestro amigo el doctor Ávila Puig, aparentemente no tienen experiencia... Carecen del sentido de la proporción. Abusan de la hospitalidad de los periódicos y las televisoras... Eso, a la larga, le hará daño porque distorsionará su imagen, que es todavía buena y atractiva... He pensado, Josafat, que debemos ayudarlos un poquitín, colocando cerca de ellos a personas nuestras... Quiero decir: que en las editoriales, en las estaciones, pongamos censores de confianza que tamicen la información que va a publicarse, a fin de que sólo dejen pasar la estrictamente necesaria para no aburrir al público... El doctor Ávila Puig está en el amanecer de su campaña, en el principio... Si se gasta ahora, ¿qué le quedará para después...? Desde luego, la figura del señor Presidente es la que debe prevalecer, digamos, en una proporción de Setenta a Treinta...

–Sí, señor.

–No olvidemos, Josafat, que el Jefe del Ejecutivo tiene una dimensión, y el candidato a sucederlo, otra... Hay que pensar en eso, y hacer que *ellos* lo tengan siempre en cuenta, ¿eh?)

ENTRE VELICES flejados con tiras de plástico; cajas de madera y cartón aseguradas con cuerdas; grandes bolsas de lona del Servicio Postal Federal; paquetes innumerables y los dispersos envoltorios de ropa que ocupaban al azar el corredor del segundo piso, encontró un camino en zig-zag hacia el baño –el baño espacioso, de azulejos verdes, quizá algo oscuro, ese mediodía: muy frío, desde cuya ventana de vidrios de colores alcanzaba a abarcar el barrio y el más evidente de sus símbolos: la torre de San Tadeo. Como hacía once años, la descarga del WC seguía siendo escasa y lenta, bien distinta a la torrencial y potentísima de su cuarto en Los Arcos.

–¡Puáh...!

Su aliento malolía a las especies del escabeche y, un poco, a alcohol. Armandina no había olvidado llevar la escobilla con la que cepillaba su dentadura postiza, ni el polvo blanco que le permitía a don Aurelio mantenerla adherida al paladar. Morosamente (cuatro partes de agua, una de *Amercol*) preparó un gargarismo solferino. "al joven Ávila Puig le he entregado este día el Gobierno, pero de ninguna manera El Poder. Mucho tiempo pasará antes de que llegue a ser suyo... El Poder no se rinde. El Poder se gana: lo hace uno a su medida. El Poder es de quien lo ejerce, del que lo usa para generar más Poder... Aunque no sea ya el Supremo Mandatario de esta República mugrosa, el Poder sigue siendo mío, porque no lo he cedido; porque mías son, de la primera a la última, las piezas que lo componen y las herramientas que lo reparan". Sentía ya fresca y limpia la boca de encías endurecidas. Colocó la placa dental bajo el chorro del grifo. Procedió a frotarla con el haz de firmes cerdas naturales. Pensaba, frente a la calavera que estaba mirándolo desde el fondo de la luna del botiquín. La blanca luz de la barra de vidrio subrayaba la topografía de pómulos, sienes, nariz y mandíbula. "Míos son, y en el puño los tengo, los instrumentos del Poder, de *mi* Poder... El Doctorcito habrá nombrado a sus ministros. ¡Como si los

Ministros significaran algo en un país como éste, en el que todo lo decide el Presidente! ¿De qué van a servirle si casi todos son tan teóricos y alejados de lo que es el verdadero trabajo político y administrativo, como el que los empleó? Que unos cuantos pelagatos le daban a él su cargo, ha de hacerle suponer al Presidente Ávila que es poderoso, que tiene en la mano el látigo del mando. Si eso piensa, jodido está el Señor". Cerró ésa y abrió la otra canilla del lavabo. La del agua caliente, ¿a la derecha o a la izquierda? "Gobernadores, caciques, diputados, senadores, gerentes de paraestatales, vocales ejecutivos, alcaldes, directores, coordinadores, en los ministerios; hombres y mujeres miembros de consejos agrarios; burócratas, líderes de los gremios de influencia nacional, esos, que suman miles, componen la estructura del Poder. Quien los maneja, maneja al país. Ávila Puig no dispone de casi ninguno y los que a él se aliaron fueron los que no encontraban acomodo, oportunidad de maniobra, libertad de negocio, en otros niveles. Son míos, siguen siendo míos, porque me ocupé de formarlos, si no lo estaban; de darles más fuerza, si ya tenían alguna; de mantenerlos arriba, fuertes y vivos, si les pegaban demasiado duro o empezaban a debilitarse. A través de ellos proseguirá el aurelismo. Vástagos, ¿no los dejé plantados en absolutamente todos los estancos de la Administración? ¡Y Ávila Puig no quiso arriesgarse a que anoche conociera yo los nombres de los chicos de su Gabinete! ¡Puáh! Sorpresa grande la que va a llevarse cuando se de cuenta de que la obediencia me la deben a mí, no a él, esos hombres, esas mujeres, esos grupos de hombres y mujeres tan estratégicamente ubicados. Con ellos a mi servicio, don Víctor lo estará también . . ." Empezó a fluir apenas tibia el agua que esperaba la palma de su mano. Se desalentó, de pronto. Una tristeza grande manchó su piel en el espejo. "¿Dónde carajos están los que



no han venido a verme?, ¿a quiénes darles las órdenes que empezando mañana deben obedecer?"

–¡Puáh!

Detuvo el hilo de agua que no alcanzó a ser caliente. No quería pensar en ellos. No quería recordar y mortificarse más. "Es preferible no ser tan memorioso. Conviene olvidar que las cosas son como son y no siempre como uno quisiera que fuesen". Abrió la ventana y el aire húmedo le produjo un estremecimiento. Los peones de la Alcaldía continuaban entre la llovizna ahincando postes en el lado norte del jardín. Otros manejaban la máquina de la que salía el alambre de púas con el que cercaban el sur y el oriente. Más que verla adivinaba, entre lo gris, la torre de cantera del templo. "No vendrán. No pueden quebrantar la regla de fidelidad al señor Presidente. Me pregunto dónde están, como si no lo supiera . . . Están con él, jurándole obediencia y amor, del mismo modo que conmigo estuvieron, el propio día que para él empezaba la soledad, esta soledad, los gobernadores, vice-ministros, generales, alcaldes, caciques, coordinadores, diputados, senadores, líderes y vocales que para manejarme nombró, sugirió, recomendó o impuso, mi antecesor, don Tito Livio Gómez de Lara . . . El Presidente era yo, no él, por mucho que a él le debían lo que eran . . . Pero estaban conmigo porque yo era El Futuro, *su* futuro: el que podía permitirles quedarse o el que, así fuera débil, podría echarlos, atajarlos, anularlos . . . Algunos de ellos serán tontos, pero ninguno es pendejo; por eso permanecen, sobreviven. A ser leales al Jefe del Ejecutivo nadie les gana, nunca . . . Aquéllos, los que el Señor don Tito Livio me heredó, ¿fueron a su casa a rendirle a él, o acudieron a la mía a rendirme a mí? He de decirte que son sinceros cuando juran, besándose la uña del pulgar y poniendo por testigos a su puñetera madre y a Dios, que su único compromiso es Con-El-

Señor-Presidente. ¿Puede haber seres más adictos al Guía de la Nación que ellos, los Institucionales? También el tío Tito Livio, habría de confesármelo, se quedó esperándolos esa tarde, esa noche, y las semanas y los meses que siguieron. Junto a él quedaron los que eran fuertes: unos pocos... Algunos de los otros, los de estatura menor, volvieron, sí, pero a buscar una poquita más de su influencia; a solicitar recomendaciones y servicios... Creo que le hice un enorme favor a don Tito incorporándolo a la Diplomacia. Con él fuera del país cinco años, todos quedaron relevados del compromiso que significaba seguir frecuentándolo, adulándolo y disciplinándose a sus caprichos... Sin tener que compartirla con nadie, sin remordimientos o temor, pudieron entregarme completa su lealtad, esa Inalterable Lealtad que en este momento ha de estar recibiendo Ávila Puig, pues es El Presidente, en Los Arcos, Miraflores, Palacio Nacional o donde quiera que se encuentre... Cuando don Tito Livio regresó a la República para seguir aquí su agonía, ¿importaba algo haberse ya olvidado de él?"

Cerró la ventana y apagó la luz del botiquín. Al volver al corredor escuchó, allí también, el ruidito que hacían sus pies. "Qué viejo se está usted poniendo, don Aurelio".

Contigua a la de Armandina, la puerta de la que llamaban "la recámara de los huéspedes" (por más que ninguno la hubiera ocupado nunca) se ofrecía de pronto como una tentación a su curiosidad y a sus recuerdos. La mano rozando apenas el pomo de la cerradura, la abrió a medias lentamente como si no quisiera importunar el silencio que llevaba once años guardado ahí. Prefirió no entrar. Olía a naftalina, quizá a insecticida, a cosa que ha envejecido y ha sido olvidada. "Olvidada, no". En esos muebles viejos y feos, modestos, que adivinó en la penumbra, estaba parte de su pasado: la juventud, la poca



vida que compartió con Isaura, el primer dolor verdadero que fue suyo. "¿Olvidar eso? Si no para recordar a solas como hoy, ¿para qué hice reproducir en esta alcoba, conforme a los planos de mi memoria, la que tuvimos Isaura y yo, hace tanto, en Buganvilia?" ¿Qué lo inhibía para entrar?, ¿qué, no encender, con apoyar el dedo en la tecla del apagador, la cursi lámpara que pendía, como una araña de seda y colgajos de chaquira, del alambre forrado de blanco? "Hoy, desde aquí... Mañana, a otra hora, con el humor a tono, entraré..." La cama, que en aquellos días le había parecido ancha y casi lujosa con su cabecera de chapa laqueada, era, lo reconoció así, de una humildad enternecedora. En esa cama amó a Isaura. En ella, Isaura depositó al hijo muerto que ahora ya andaría en sus cuarenta. Sobre ese colchón de borra quedaría inmóvil, consumida por la fiebre del cáncer. De allí la alzaría sin ayuda de nadie para colocarla dentro del ataúd. A ella volvería, terminado el sepelio, para quedar metido en sí mismo hasta que la noche de su tristeza alcanzó al día en que se iniciaba su viudez. Si no las mismas, las cortinas eran idénticas a las dos de tela con flores rojas y azules que Isaura cortó y cosió para cubrir sus ventanas; original era, en cambio, la manta verde oliva de lana muy ligera que le regaló, "para cuando sople el viento norte, joven Aurelio", aquel sargento que llegaría a ser el certero coronel Panchín Santiesteban de las grandes cargas de caballería federal en la Guerra del 34.

–¡Puáh! –hizo, al volver a cerrar. No debía permitirle libertades a la emoción de recordar a Isaura, y más que a Isaura, aunque fuera parte de ellos, a esos días de cuando su vida era muy nueva y él tenía ansia de vivirla.

Continuó, ahora hacia su alcoba, arrastrando los pasos. "Buena mujer, comprensiva como pocas, Armandina". Cuando él, ya Presidente de la República, quiso

trasplantar a Los Arcos la cama, el armario, las cortinas, el aguamanil, y esa lámpara que conformaban la "escenografía macabra" de "la recámara de los huéspedes", su mujer se negó. Casi disputaron por primera vez en su vida. "Si *eso* entra aquí, yo salgo, don Aurelio. Sépalo". "No veo la razón, señora, para que se engalle usted de esa manera". "Ya me oyó, señor. Deje sus reliquias de muerto en Becerra 82 o de lo contrario . . ." En Becerra 82 quedaron, y él se olvidó de ellas, sin olvidarlas por completo, los once años que duró su ausencia. "¿Celos de La Doña? De ser así, ¿por qué entonces se enluta todos los octubres, en la fecha en que murió Isaura?, ¿por qué le manda decir cada mes una misa de difuntos?"

Entró en su recámara casi furtivamente, como si temiera interrumpir un adulterio o padecer la sorpresa de una emboscada. No encendió la luz eléctrica ni descorrió la más cercana de las cortinas. Cuando sus ojos se acostumbraron a esa leve oscuridad, miró en ella, apilados donde hubiera un hueco, los bultos, las cajas, los paquetes, las maletas, las bolsas porta-trajes, para las que Armandina no encontró acomodo en el armario o en el closet. "Imposible vivir en un agujero estrecho como éste, sin un palmo libre dónde asentar el pie . . . . En cuanto llegue Fermín, lo pondré a buscarme otra casa . . ."

–¡Puáh! –rezongó, sofocado por el olor a polvo, desinfectante y encierro.

Sin darse cuenta, pues quedaba oculta en un pliegue de la sombra, aplastó al sentarse la pequeña linterna de plata, réplica cuidadosa de las que usan los guardavías, que le obsequiaron los ferrocarrileros de Antinoo Robinson cuando llegaron a sumarse a su candidatura. "¿Por qué no la colocaron, carajo, donde yo pudiera verla?" Lamentó que esa pieza, tributo de los hombres del riel, "los primeros de los primeros aurelistas", se hubiese averiado. Recordó las palabras del líder Robinson al ofrecérsela. "Que su luz, señor Gómez-Anda, alumbre siempre el luminoso camino de su Presidencia", y también recordó el estrépito de los vivas y el ruido aturdidor de las matracas. "No se rompió mucho. Puede ser arreglada con unos puntos de soldadura que le aplique un joyero . . ."

Tocó el interruptor de la veladora y se produjo la claridad que en las noches de otros años le permitía leer hasta muy tarde. Ámbar más que blanca, esa luz le revelaba sobre el buró los pequeños objetos, los mementos, los fetiches, que le eran gratos: un busto de Bonaparte, en bronce, que sobó amorosamente. El comboloy de veintiocho ágatas que al pasar entre sus dedos le aliviaba las tensiones. La cimitarra toledana que le servía para abrir los libros. En su marco sobredorado, el retrato de Felipe II, que pintó Juan Pantoja de la Cruz. "Sé que dicen que me parezco a *él* y que en ciertos gestos, en determinadas actitudes, en la melancolía que me atribuyen, lo imito. ¿Acaso no llegaron a murmurar, para molestarme, que convertí Los Arcos en mi Escorial?" –y el más querido de todos, el que no faltaba nunca cerca de él; ese bloque de cristal de roca que rodeaba el hueco, en forma de lágrima, lleno a medias (lo que le proporcionaba su apariencia de reloj de arena) de un polvo gris, muy fino, que podía ser marmaja, limadura de plomo, tierra de Los Santos Lugares, parda sal del Mar Pacífico, pero que era ceniza: la ceniza en que el fuego del horno crematorio convirtió los huesos de Isaura cuando él, establecido ya en la capital de la República porque iba en auge su carrera política y porque estaba seguro de que allí viviría para siempre, decidió exhumarla en Buganvilia. "¿Vas a llevarte a Isaura contigo, Aurelio?" "Me la llevo, padre Monroy" "¿Por qué no la dejas en la tierra que el Señor señaló para su cuerpo?" "Porque quiero, padre Monroy, tenerla cerca, saberla siempre a mi lado". "Si

te la llevas, Aurelio, ya no tendrás a qué volver a Buganvilia". "¿Tengo ya a que volver, padre?" En una cajita de madera, menor que una de zapatos, Gómez-Anda guardó lo que después de la lumbre había quedado de la mujer que lo dejó viudo.

–Isaura . . . –se oyó decir, y fue su voz, no la del hombre que la nombraba en ese día de soledad, sino la del que la había nombrado todas las noches, desde la primera de su ausencia.

Tomó el bloque de cristal y lo retuvo entre las manos, emocionadamente. El recuerdo fue, por un segundo, cólera, y después, como siempre, a pesar suyo –sonrisa.

(CUANDO EL coronel César Darío llegó a vivir a Los Arcos, luego del triunfo de sus huestes revolucionarias, inauguró una tradición que muchos gobiernos después correspondería cancelar al Presidente Gómez-Anda. Soltero, hombre de cuartel, de horario fijo y dura disciplina, El-Fundador-de-la-Patria-Nueva prefería que en su casa sirvieran varones, que no mujeres; soldados, que no civiles. Elementos de tropa eran cocineros y galopines, camareros y mayordomos, afanadores y ayos.

–El personal, señor Presidente, puedo asegurárselo, es de primerísima . . . –le informó a Gómez-Anda el mismo día que se mudó a vivir en la Residencia, el Intendente General, don Laureano Urrutia –Ha sido adiestrado especialmente para servir al Jefe del Ejecutivo . . . Hombres, todos, de fiar. Discretos. Seguros. Leales . . .

Armandina aprobó que los sirvientes puestos a sus órdenes ostentaran grado y vistieran uniforme militar. El arreglo de las recámaras de La Primera Pareja se confió al cabo Pascualito Natera, a quien, para abreviar, todos: amos, jefes y compañeros, llamaban Lito.



–Al señor Presidente se le respetan sus cosas, cabo Natera, y jamás se le cambian de lugar . . .

–Entendido, señora . . .

Lustraba como nadie los botines de don Aurelio y con admirable habilidad, sin maltratar el casimir, cepillaba sus trajes. ¿Hubo antes que Lito Natera quien planchara mejor los pantalones de El Señor? ¿quién lavara con mayor delicadeza la ropa interior, aun la más cercana a su cuerpo, de doña Armandina? ¿Había tenido un criado más silencioso, rápido, diestro, dócil y afable que él? Un sólo defecto, sólo uno, podría reprochársele.

–Mi señor: el cabo Natera se pega desde temprano a la botella . . . No es que se emborrache, eso no; pero . . .

A partir de las diez de cada mañana, Pascual Natera empezaba a frecuentar, con discreción y comedimiento, la plana botella de una pinta de capacidad en la que almacenaba el *mez-quil* tan de su gusto. Si realizaba bien su trabajo, si a nadie le faltaba al respeto, ¿le importaban a alguien sus traguitos constantes? ¿acaso no le alzaban el ánimo, lo hacían cantar, le amenizaban la monótona jornada matutina: –recoger la ropa de el señor y la señora; catalogarla y controlarla antes de llevarla al lavadero; levantar del suelo, donde don Aurelio los abandonaba después de haberlos leído, los diarios de la noche y algunos del día; retirar las sábanas, las frazadas y las fundas de las almohadas y dejarlas un largo rato al sol en la terraza; lavar el cuarto de baño y sacudir los muebles después de haber vuelto a tender la cama? En la bolsa trasera del pantalón el radio de transistores, Lito Natera tareaba y era feliz. Hacia las once había concluido su quehacer en las recámaras, iba a la cocina en procura de una taza de café, y reanudaba su labor en otras secciones de la planta alta.

Una de esas mañanas, Natera decidió averiguar qué contenía la caja que el señor Presidente guardaba en el

segundo entrepaño de su vestidor, entre sus camisas idénticas y sus calcetines negros, de hilo. ¿Qué de valioso contenía para que con tal cuidado la conservara? Encontró en ella una sustancia parduzca, grumosa. Olía a nada. Se humedeció la yema del anular derecho y tocó el polvo. Lo probó, precavido, con la punta de la lengua. Un poco ácido tal vez, le gustó su sabor indefinible. Llena de súbita saliva la boca, el cabo bebió un trago de *mez-quil*. Eso, lo que fuera, combinaba bien por sápido con el licor.

A partir de ésa, muchas mañanas (quizá las de un trimestre completo) disfrutó Pascualito Natera del sabor del polvo que podía ser de camarones secos; de alguna variedad benigna y descolorida de chile piquín; o de una clase de sal que él desconocía.

Pero un día, el cabo Natera fue sorprendido por don Aurelio Gómez-Anda, que volvía del cuarto de baño, en el momento de recoger con la lengua parte de las cenizas de Isaura que conservaba en la palma ahuecada de su mano izquierda. El Presidente fingió no haberlo visto. Natera salió de la alcoba para que el señor pudiera vestirse a solas.

–¡Puáh, puáh! –bufo Gómez-Anda al ver lo poco que de las veneradas cenizas quedaba ya en la caja.

Una hora después, el Intendente General recibió órdenes de retirar al personal masculino al servicio de La Casa y de reemplazarlo por mujeres. Don Laureano Urrutia invocó la tradición dariísta, la costumbre acatada tantas décadas, el simbolismo político de. Gómez-Anda reiteró sus indicaciones. No quería hombres rondando su cama, la alcoba de la señora, el Cuarto de Radio, la sala de oír música, el costurero.

–Si así lo ordena, señor Presidente, así se hará... Mañana tendremos enaguas por aquí... A primera hora se irán...



Se fueron, pero su inexplicada, inesperada expulsión, dio origen a un rumor que habría de rodar varios años; un rumor sin duda dispersado por ese misógino recalcitrante, empedernido dariísta, que era Laureano Urrutia: "Los echó de Los Arcos porque la mujer le ponía los cuernos con todos..."

Por la noche, en privado, el Presidente recibió a quien Fermín Palermo le presentó como extraordinario joyero. En un portafolios de gamuza, el señor Acosta llevaba algunas piezas notables y una colección de relojes de altísimo precio. ¿Para qué, si no para que El Señor comprara algo, lo habían llevado allí?

–Estoy a sus órdenes, señor Presidente... –dijo, el portafolios sobre el pecho, la sonrisa abierta.

Gómez-Anda colocó ante él, y la dejó allí sobre la mesa, la caja con las cenizas de Isaura. Con un gesto le ordenó que alzara la tapa. Lo hizo Acosta y miró después al Presidente.

–Son para mí cenizas muy apreciadas. Las cenizas de mi primera esposa... Quiero, señor Acosta, que haga una pequeña urna para guardarlas en ella... Algo que de algún modo, sin necesidad de abrirlo o destaparlo, me permita verlas... Que el precio no lo detenga.

Pensativo, asintió Acosta. Opinó con cierto titubeo:

–Se me ocurre, señor Presidente, que tal vez el cristal de roca podría...

Acosta cobró espléndidamente por su trabajo, y a Gómez-Anda lo emocionó recibir el lindo estuche forrado de terciopelo negro que contenía la urna cristalina. Desde esa noche las cenizas de Isaura reposaron en su buró, junto a sus sueños, dondequiera que él se hallara.)

ANTES DE tenderse levantó la bocina del aparato de La Red que había permanecido sobre el buró del lado iz-

quierdo desde sus días de candidato del PUR a la Presidencia. Como el de la planta baja, ése también estaba fuera de servicio.

–Doctorcito, doctorcito Ávila . . . –murmuró, como si se aprestara a reprenderlo.

Para no manchar la colcha se quitó los zapatos de charol, pero conservó puesto el saco de ceremonia. Tampoco aflojó, aunque le molestaba el cuello, el nudo de la corbata. Pensó sin que viniera al caso: "De joven no se da uno cuenta de lo mucho que llegará a recordar cuando llegue a viejo". Irritados por la naftalina y el insecticida, seguían ardiéndole los ojos. Otro ardor, el de la acidez, le molestaba el estómago. "Mala mezcla: ron y champaña". Empezaban a indigestársele, supuso, los camarones. Se escuchó bostezar. Las manos enlazadas sobre el pecho, rígidas las piernas, apuntando en sentido opuesto el dedo gordo de cada pie, se encontró parecido a un muerto. Superticioso, modificó su postura.

"Indefenso. Así estoy frente a él, ahora . . . ¿De qué campañas difamatorias serán víctimas mi nombre y mi gobierno? Tal vez fui demasiado duro, excesivamente autoritario con Ávila Puig los últimos meses . . . Él, soportó. Él, calló. Esa mansedumbre me exasperaba, y me equivocaba, pues contribuía a que lo creyera entregado a mí, metido en mi puño. Pero no era así. No lo era". Abrió los ojos y los dejó en el techo. "El doctor Ávila se dio cuenta de que yo le tenía miedo cuando, por medio de Horacio Allende, su personero, preparé el terreno para que él y yo, los dos solos, nos encontráramos a comer en casa de Noé Medina-Albert . . . Debió intuir que era mía la urgencia de aclarar ciertas cosas y de recibir, de su parte, algunas seguridades. ¡Un Presidente Constitucional en Ejercicio solicitando de un Presidente Electo el favor de una charla privada! . . . Lo encontré amable, maduro, aunque reservado y algo distante, como si se



diera cuenta de que estaba efectuándose ya la verdadera transmisión del Poder –la que a manera de representación teatral, formal, se consumó hoy . . ."

¿Había sonado el timbre de un teléfono en la planta baja o sólo le pareció haberlo oido sonar? Permaneció en tensión. Había silencio en la casa y en la ventana la llovizna como arena levantada por el viento.

"Nada dijo, nada hizo, nada me enseñó su cara que me obligara a sospechar que ya no era el de antes, sino un desconocido que temprano empezaría su ingratitud contra mí. Ha aprendido pronto el doctor Ávila: pudo engañarme. Sus palabras y sus sonrisas construyeron a tranquilizarme, a que saliera de casa de Noé seguro de no sufrir persecución, reproche o injurias . . . ¡Con qué calor habló de lealtad, de afecto!, ¡con qué vehemencia repitió varias veces que siempre estaría en deuda conmigo!, ¡Cómo se emocionó cuando mencioné que ahora que había llegado al Poder debía demostrar, y demostrarse, que lo merecía! Le di consejos, que él agradeció; le ofrecí la ayuda de mi experiencia y la aceptó con alegría . . . Buen simulador que es. ¿Quién lo habrá envenenado así, me pregunto?

Al bostezar nuevamente, la gota de una lágrima le escurrió del ojo derecho.

"Porque esa enemiga no es gratuita ni tampoco casual . . . Mis malquerientes, los resentidos; los que no ayudé, o los que ayudé y de todos modos me detestan; esos que ahora lo rodean a él, son los que estimulan su tirria; los que le meten malas ideas en la cabeza; los que han de picarle el orgullo con sólo preguntarle cuánto tiempo va a tolerar que El Otro, El-Mono-Que-Trae-a-la-Espalda, mande más que él, o lo mande a él, o lo maneje a su conveniencia . . . Porque manejable es, para bien o para mal, nuestro joven Presidente . . . Ha empezado ya a enseñarnos algo de su juego. ¿Sobre qué ma-

chacó tanto en su Mensaje de este mediodía? . . . La Corrupción Administrativa . . . Los Corruptos del Gobierno . . . Los Traficantes del Poder y de la Influencia . . . Taimado como está aprendiendo a ser, Ávila Puig acusa pero a nadie nombra a fin de que todos me señalen . . ."

La modesta luz de la veladora empezaba a resultarle intolerable, y la apagó:

"Habló de adecentar a La Política; de hacer de ella como si no lo fuera, una actividad respetable, dijo, y a quienes a ella se dedican convertirlos en seres más respetables aún. ¿Qué idea tendrá ese pendejo de lo que es la respetabilidad, eh? Para hacer política, él lo sabe, necesita uno tener dinero y contar con amigos que lo tengan. Es un oficio costoso, más costoso a medida que uno más sube . . . Y si el dinero hace falta cuando se está en activo, de mucho más debe disponerse cuando se encuentra uno mirando los toros desde la barrera, o en una mala racha . . . Si en los tiempos buenos no se guardara para los tiempos malos, que son los más, ¿cómo iba el profesional o sobrevivir, a aguantar? El dinero, el Gran Dinero, tampoco ignora eso Ávila Puig pues así ha hecho el suyo, no se pide, no se exige, no se busca; llega por sí solo la la mayoría de las veces; y la mayoría de esas veces también, quien lo recibe ignora de dónde viene o quien lo aporta . . . Viene. Se recibe. Se usa y no es necesario siquiera agradecerlo, o sentirse comprometido por haberlo aceptado . . ."

(EN SUS PRIMEROS once meses a cargo del Gobierno, el Presidente Isaac Cartagena, médico veterinario zootecnista, había padecido ya una huelga general; cuatro algaradas estudiantiles; un atentado del que salió con una rozadura de bala en un tobillo y una devaluación de la moneda –todo lo cual terminó disgustando a los empresarios del país y en particular, pues sentía ser responsable de su encumbramiento, a don Eugenio Olid, un viejo, difícil de trato, un tanto excéntrico, que en esa época aún se ocupaba de manejar personalmente los asuntos del Grupo Olid cuya influencia resentían, al parejo, la política y la economía nacionales. Por teléfono le pidió volar a Nueva Castilla, la ciudad engrandecida por él y en la que vivía desde medio siglo antes, a fin, dijo, y eso a Cartagena le sonó a amenaza, de "cambiar impresiones". El Presidente se limitó a escuchar, a lo largo de tres horas sin pausa, las críticas del más rico de los magnates de la República y, quizá, del Hemisferio. ¿Qué excusa oponerle para justificar el desorden, la desconfianza, la inseguridad pública, los rumores, el diario andar a tumbos, la carestía de la vida? Si al señor Olid le debía hallarse en Palacio, a él podía deberle salir de allí. Sintió que el suelo se movía bajo sus zapatos cuando don Eugenio, con su ruda franqueza de siempre, comentó:

–Lo que pasa, médico, es que le han faltado a usted huevos para manejar la situación . . . Demasiada blandura. Demasiadas indecisiones. En una palabra: demasiadas pendejadas . . . Así no pueden seguir las cosas . . . Hay que tapar los agujeros, apretar filas, eliminar a los que le estorban en el Gabinete y reemplazarlos por otros . . . Si yo fuera usted me quitaría de encima, al primero, al Ministro del Interior, al tonto de Heracles Carabaña.

–Usted, don Eugenio, me pidió que lo nombrara.

–Ahora le pido que lo corra . . . A sus estupideces se debe, médico, que el Gobierno dé la impresión de ser débil . . . Secuestros, bombazos, guerrilla, ¡la puta madre!, y Carabaña papando moscas . . . Mándelo a su casa antes de que a usted terminen mandándolo al carajo . . .

Rechinó los dientes Cartagena y apretó los puños. Al

Presidente de la República sólo Eugenio Olid podía hablarle así; por eso toleraba sus insolencias ... Incierta la voz por la cólera reprimida que lo ahogaba, preguntó:

–¿Con quién lo reemplazaríamos, don Eugenio?

–Con el vice-Ministro, Tito Livio Gómez de Lara ... Ese sí que va a responderle, porque tiene en su lugar, y del tamaño adecuado, lo que nos está haciendo falta ...

Esa tarde, a las cinco y media, el Presidente Isaac Cartagena volvió a la capital de la República. A las seis con quince minutos envió a Heracles Carabaña un pliego informándole que había resuelto aceptar la renuncia irrevocable que, por razones de salud, aún no le presentaba. A las siete con cinco de la noche admitía en Palacio a un atónito Tito Livio Gómez de Lara que no acertaba a explicarse por qué lo convocaba con tal urgencia el Jefe del Ejecutivo. A las siete y cuarto, Tito Livio recibía la primera gran oportunidad de su carrera.

–Como Ministro del Interior, señor Gómez de Lara, esperamos de usted ... –y fue enumerando, tan adustamente como a él se las había enumerado don Eugenio Olid, lo que se confiaba que hiciera.

–En la medida de mis posibilidades, señor Presidente, yo ...

–Más allá de ellas, don Tito Livio, así espero que usted se desempeñe siempre ... Hay caos. Hay desconfianza. Hay ... todo lo que no debemos tolerar que haya ... Mano firme, señor mío ... Orden, cueste lo que cueste ... Vigor, y decisión, en la acción.

Ya Ministro del Interior con Facultades Extraordinarias concedidas por el Presidente, don Tito Livio encargó a su sobrino Aurelio Gómez-Anda, al que había conseguido empleo en la Dirección General del Inventario Nacional, reorganizar la DIE.

–¿Qué es la DIE, don Tito?

–El corazón del Ministerio ... La Dirección de Investigaciones Especiales ... La Dirección, si la quieres llamar así, de Espionaje Político ... Cada uno de los que en ella trabaja, es un bandido, un extorsionador ... Todos ellos presionan extranjeros, chantajean estafadores internacionales, trafican con pasaportes y documentos migratorios ... Roban a otros policías ... Tu primera responsabilidad, Aurelio, será alinearlos; esto es, cortarles las uñas para que no arañen ... Al que falle, lo mandas a hacer buches ... Siempre: mano firme ...

Por la mañana (luego de haber pasado la noche en vela discutiendo con Armandina el sorprendente cambio que ahora conocía su suerte) Gómez-Anda se enfrentó a los veinte Jefes de Grupo de los que dependían los casi mil investigadores de la DIE. Le temblaban las piernas cuando entró en el despacho y ellos, a una, dijeron:

–Buenos días, señor ...

Les mostró el más fiero de los gestos que había ensayado, mientras se afeitaba. Respondió con un gruñido. Ocupó la silla giratoria y, como si estuviera a solas, procedió a leer la copia del Parte de Novedades que un motociclista le había llevado a su departamento de Sur 97 a las cinco de la mañana. En silencio, los veinte comandantes esperaban. De pronto, cinco minutos después, Gómez-Anda golpeó sobre los papeles:

–Y bien, señores ... –Se levantó. Seguía sintiendo que las piernas le flaqueaban dentro de los tubos del pantalón, pero los encaraba altanero, mirándolos rudamente. Dejó sus ojos que hacían daño en los de un sujeto al que le faltaba el izquierdo: un hombre bajito, inquieto. –Desde hoy la Dirección tiene nuevo jefe, yo, pero todavía viejos colaboradores: ustedes ... A nuevo jefe, nuevo estilo ... Nueva moral, sobre todo. ¡Nueva moral! ¿Entienden de qué estoy hablándoles, eh?

Los veinte se removieron. Algunos mantenían recta la mirada y alta la frente. Otros, tal vez temerosos, incli-

naron la cabeza. Solo una voz, mujeril de tan tímida, se escuchó:

–Sí, señor Gómez-Anda.

–Usted: nómbrese . . .

–Capitán segundo Rodrigo de la Peña . . .

Volvió a examinarlos, tembloroso aun pero ya más seguro de sí mismo, más tranquilo también. Esos hombres temibles de aspecto, crueles y abusadores, exhibían ante él su temor. ¿Sería cierto, como desde la noche anterior se rumoraba, que el Ministro Tito Livio Gómez de Lara venía dispuesto a emprender una purga entre el personal y que la mitad de éste, o quizá más, terminaría en la calle o en la cárcel?

–Ustedes, señores, no me conocen, pero yo a ustedes, sí . . . Y mejor que yo los conoce el señor Ministro . . . Copia del expediente de cada uno, obra ya en mi poder . . . Será cui-da-do-sa-men-te revisado . . . Los que merezcan quedarse, se quedarán. Sólo ésos . . . Conmigo, las cosas serán distintas a como fueron con otros jefes . . . Todo limpio, claro, a la luz del día . . . Yo no voy a tolerar ladrones aquí . . . Ningún sacrificio que yo no sea capaz de hacer, les pediré . . . Mi primera orden: que cada uno de ustedes, exactamente como lo haré yo, cumpla con su deber . . . Nada más que eso; pero menos que eso, tampoco . . . Pueden retirarse . . .

Quedó entre él y ellos (él, asustado por haber dicho lo que acababa de decir; ellos, por el tono en que lo dijo) un seco silencio. Gómez-Anda no sabía qué esperaban para irse. Los veinte comandantes no se atrevían a iniciar así, en tal tensión, la desbandada. Algunos miraron al capitán segundo Rodrigo de la Peña, y el capitán, que había perdido el ojo izquierdo en sus días de cadete, entendió que le pedían responder en nombre del grupo:

–Nos place saber, señor Gómez-Anda, que llega usted a este delicado cargo alentado por tan nobles



ideas . . . A nombre de mis compañeros comandantes y del mío propio, quiero manifestarle que cumplir con Nuestro Deber es la norma a la que siempre nos ajustamos . . .

El Director de Investigaciones Especiales del Ministerio del Interior había dejado entre el grupo y él la barrera protectora del escritorio. Enlazadas a la espalda las manos para no tener que ofrecerlas a los que ya se despedían, se limitó a decir:

–Buenos días, señores . . . A trabajar, ahora.

DOS FUERON las primeras medidas que había tomado el abogado Patrimonio Parrés al hacerse cargo de la alcaldía de la capital de la República por nombramiento de su compañero de escuela, el señor Presidente Cartagena. Una: contratar a las doce *starlets* más guapas del cine nacional para que formaran su Cuerpo de Edecanes Civiles, y otra (porque su padre había muerto a causa de la cirrosis hepática) decretar por tiempo indefinido una parcial Ley Seca. Aún en centros nocturnos y restoranes, la venta de licores más fuertes que la cerveza se suspendía a las diez de la noche. Con multas considerables, que Parrés personalmente calificaba y que ninguna influencia era capaz de cancelar o siquiera de atenuar, se castigaba a los infractores.

Cuando se dieron cuenta que la prohibición iba en serio, incluso para *los de adentro* (la cantina *Royalty*, de la que eran clientes desde hacía años fue cerrada aparatosamente con patrullas y notarios, fotógrafos y periodistas) los Jefes de Grupo y los agentes de la DIE se preocuparon. ¿Dónde beber un trago, en paz y en calma, después de la jornada?, ¿donde reunirse para jugar al dominó, al cubilete y al póker, o a repartir los ingresos del día, la semana o el mes?, ¿en qué lugar, seguro y

cercano al Ministerio, charlar con los soplones? El capitán Rodrigo de la Peña sugirió que la Funeraria Oviedo sería el sitio ideal. Los diecinueve se rieron de él.

–¿Acaso no es costumbre que en las funerarias los dolientes beban café y licor para soportar la espera? –les recordó con su vocesita– ¿Por qué no hacerlo nosotros en la Oviedo? Convencí a los dueños de cooperar con la DIE. Entendieron la idea y desde hoy habilitarán, para que lo usemos, un velatorio de la planta alta, al fondo, donde nadie nos vea o moleste . . . Nos permitirán guardar nuestras botellas . . . A cambio yo les garanticé discreción y que no tendrían problemas con la alcaldía . . .

La nueva fama de la Funeraria Oviedo alcanzó pronto a los miembros de otras corporaciones policiacas y, después, a mujeres elegantes de la vida; a senadores y diputados, a gobernadores y guardaespaldas; a estrellas de la televisión, toreros y periodistas. Llegaron también y fueron bienvenidos, aunque eran los que más licor ajeno consumían, los inspectores del Ayuntamiento.

Esa noche, los veinte comandantes celebraron a instancias del coronel Panucho Carranza, el más viejo de los del grupo y al que mayor autoridad moral le reconocían sus compañeros, una asamblea de mesa redonda. Respetuosos, sabiendo que trataban asuntos serios, los otros asiduos al velatorio no los importunaron. En persona, el señor Oviedo impidió que Humberto Lynch, el jazzista negro del cabaret "Tim-o-Teo", hiciera, como a veces lo hacía, una poca de música.

El coronel Carranza expuso sus preocupaciones –que eran las de todos:

–Para que lo entiendan, la cosa se ha puesto de-la-puta-madre, y peor se pondrá mientras más tiempo pase . . . Hay que hacer algo . . . Estamos obligados a hacerlo. De modo que ustedes dicen . . .

Nadie aprovechaba el silencio que Panucho Carranza



les ponía enfrente. Nadie decía nada, sugería una fórmula o tramaba un plan. Ese día se habían cumplido veintinueve desde que Gómez-Anda, "el flaco comemierda que nos montaron en el pescuezo", se hizo cargo de la Dirección de Investigaciones Especiales. Veintinueve días de incertidumbre para ellos. "Un negocio tan bueno, tan bien organizado a lo largo de los años, ¿acabarlo así como así, sólo porque un burócrata como él nos llega con la escoba moralizadora en la mano? ¿Perder contactos y clientes, dejar escapar oportunidades y correr el peligro de que el pozo no produzca más, por culpa del idiota sobrino del Ministro?" En esas ya casi cuatro semanas habían seguido separando, tomada del dinero-de-arriba, la parte del Jefe –la que por derecho y tradición le correspondía de los ingreso globales al titular de la DIE. El comandante Espejel, que en otra época de su vida había sido soldador en la planta armadora de automóviles Olid, se desempeñaba, porque era bueno para los números, como administrador y cajero de la comunidad de comandantes.

–Al día de hoy, la Parte del Jefe suma ya . . . –detuvo sus palabras para darse tiempo a revisar la cuenta –exactamente un millón, doscientos once mil pesos . . .

Aclaró el coronel Carranza:

–Hemos tenido un buen mes . . .

–El problema –continuó Espejel– radica en esto: ¿qué vamos a hacer con ese dinero que es sagrado y del que no podemos, ni debemos, disponer . . .?

Preocupado en verdad, suspiró Carranza:

–Nada más molesto, y peligroso, que trabajar a ciegas como lo estamos haciendo . . . Ganar nuestra plata así, es duro . . . Enferma . . . Se vive en la inseguridad, expuesto a que lo denuncien, a que alguien lo acuse a uno y no tenga Jefe que lo ampare . . . Todo porque ese santo señor no se define . . .

Una voz ronca, atabacada, la del comandante Lena Pruneda, saltó sobre la mesa:

–Ni se definirá . . . Ya le dimos bastante tiempo . . .

Carranza, otra vez con la palabra, continuó:

–Hay que decidir una acción. La que sea, pero decidirla.

Intervino Espejel:

–Es mucha responsabilidad para nosotros, para mí, conservar el dinero que pertenece al Jefe . . . Más de un millón este mes, y por lo menos lo mismo el que viene . . . ¡Mucha responsabilidad!

Quedaron los veinte en silencio, serios de pesadumbre. Uno del Servicio Secreto, pasado de copas, llegó a embromarlos y bastó el rechazo de una mirada belicosa de Panucho Carranza para que se marchara. Después de mucho interpretar los asientos de su copa de coñac, el coronel propuso:

–Hablando con él, todo se arreglaría . . .

–¿Hablarle a lo derecho al señor Gómez-Anda, mi coronel?

–¿A quién si no?

El comandante Ruelas quiso saber:

–¿Y quién va a hablarle, coronel?, ¿usted . . .?

–Cualquiera de nosotros podría . . .

–¿Quién? –demandaron los diecinueve.

Carranza vació sobre la mesa el contenido de una caja de cerillas. Faltaban seis para que fueran veinte. Un aportó el comandante Robledo. Completo el número de las que necesitaba, propuso:

–Que la suerte lo diga . . .

A ninguno le pareció justo que el azar señalara al que debía enfrentarse a Gómez-Anda para entregarle el millón doscientos once mil pesos que le correspondían, como ingreso indirecto, no castigado por el Fisco, del gran total obtenido por los comandantes en el curso del



mes que terminaba; y no les parecía justo porque, como apuntó Espejel:

–Al que le hable, El Viejo lo cesa y lo consigna . . . Hay que tener en cuenta eso, coronel.

Una idea había crecido en la cabeza de Panucho Carranza. "La más sencilla y la mejor". Como lo vieron sonreír, ellos sonrieron también:

–Ya sé cómo hacerlo . . . Ninguno va a salir perjudicado, porque ninguno va a dar la cara . . . A lo más, se perdería el dinero . . . ¿Y eso qué importa, si ya no es nuestro? Resulte lo uno o lo otro, ya sabremos dónde andamos . . . ¿Les parece . . .?

Aunque no habían entendido lo que *no* se les había dicho, estuvieron de acuerdo. Los planes del coronel eran siempre igual de prudentes que de brillantes. Si afirmaba que nadie saldría perjudicado en su persona o en sus intereses, así debía ser. Desapareció la tensión que los afectaba a todos. Panucho Carranza había vuelto a sonreír. Buena señal, esa. No llegaba aún la medianoche. El comandante Ruelas propuso abrir otra botella. Dijeron que sí. Había que festejar. Ruelas bajó a buscarla en su auto.

CONSTANTE en su costumbre de ser el último en abandonarlas y el primero en volver a ellas, el señor Gómez-Anda apareció en las heladas oficinas generales de la DIE a las cinco horas con cuarenta y cinco exactos minutos, como cada amanecer.

–Buenos días . . .

–Buenos días, señor . . . –respondió el coro de los cien miembros del Cuarto Turno que se ocupaban de seleccionar, recortar, fotocopiar y pegar en hojas especiales, las noticias de mayor importancia que publicaban los periódicos de la fecha, y que después, aprobadas por El

Director, integrarían los gordos álbumes que veloces motociclistas llevarían a Los Arcos y a las casas del Ministro Tito Livio y del alcalde Patrimonio Parrés.

Estuviesen abiertas o cerradas las ventanas, llenas de gente o vacías, las oficinas de la Dirección apestaban a humedad y a rancio humo de tabaco; a polvo viejo y pies sin lavar; a tinta de mimeógrafo y a los restos de la cena abandonados sobre los escritorios. Olían también al agua chirle, que no alcanzaba a ser café, que estaban bebiendo.

–¿Alguna novedad, señor Sanjurjo? ¿Llamadas, reportes, informes urgentes desde que me fui?

–Ninguna, señor Director.

Pelirrojo y pecoso, con las cejas ya blancas, Esteban Sanjurjo había sido retirado del servicio activo en la DIE veinte años antes, debido a los problemas que le provocaba la diabetes y a lo inseguro de su vista. Miembro fundador de esa dependencia del Ministerio del Interior recibió después una comisión sin riesgos detrás de un escritorio. Cuando se enteró que los del Cuarto Turno, tan aborrecido, recibían veinticinco por ciento más de salario, solicitó pertenecer a él. Porque era discreto y diligente, sucesivos Directores fueron convirtiéndolo en Secretario Particular –en responsable extraoficial de los quehaceres que empezaban, a la media noche, al concluir los del Tercer Turno.

–¿Está lista el agua para el café?

–Hirviendo, señor…

Gómez-Anda aceptó que Sanjurjo abriera la puerta para que él pudiera entrar en el despacho –amplio, pero muy frío, de techos altísimos y paredes carcomidas por el tiempo y, como todo en el edificio, por la humedad.

Como no se le invitaba a pasar, Sanjurjo volvió a su escritorio, detrás de la barandilla de la Secretaría Particular. Procedió a recoger sus últimos papeles, a sacarle



punta a los lápices y a poner en orden el contenido de sus cajones. En diez minutos más terminaría su jornada y él se iría a descansar. Esa mañana, sin embargo, no tenía prisa. Los comandantes, sus compañeros de una larga vida de servicio, le habían encomendado una misión, dijeron y él así lo entendió, im-por-tan-tí-si-ma. La había cumplido y ahora debía aguardar.

El Director colgó el canotié en el perchero y se preparó una taza de café. Del compartimiento central del escritorio pintado de verde, sacó las sobremangas de lustrina negra, cortadas y cosidas por Armandina, que protegían de suciedad y desgaste las de su chaqueta y los puños de su camisa blanca. Amparó sus ojos con la visera de celuloide color turquesa que se ponía para leer, si estaba a solas.

Entonces, lo vio.

Era un grueso paquete rectangular forrado de papel manila. Anchas tiras de esparadrapo lo aseguraban. Sospechó la pobilidad de una bomba remitida a él por anónimos terroristas. Le pareció excesivo su temor. Todo bulto que llegaba a la DIE, merecía rigurosísima inspección en el Departamento de Explosivos. Nadie que no fuera uno 'de adentro', alguien con acceso a las oficinas generales, y a la suya particular, podía haberlo puesto allí, sobre el escritorio, junto a los librotes de recortes que aguardaban su Visto Bueno. Lo examinó empujándolo de un lado a otro, siempre desconfiadamente, con la goma de un lápiz amarillo. Gruesas letras de imprenta indicaban:

C. AURELIO GÓMEZ-ANDA
*Personal-Urgente.*

Se arriesgó, precavido y cuidadoso, a despegar una de las tiras blancas. Nada pasó y se atrevió a más. Al retirar

la que había sido colocada a lo largo del borde longitudinal del papel, quedó frente a él lo que el grueso forro ocultaba.

–¡Pa'su madre . . .! –escuchó su asombro.

Los contó, desplegándolos ante sí como si fueran ladrillos. Eran doce fajos. Quizá para evitarle la molestia de contar tantos billetes, el anónimo remitente había anotado en la fajilla de cada maso la cifra: 100,000. Bebió un poco de café y padeció su quemadura en los labios.

La mano, cuyo pulgar repasó los doce fajos, temblaba al terminar. "Coño: tantísimo dinero, ¿quién lo mandó?, ¿quién me estará armando una celada?" Reconoció que estaba asustado, muy asustado; casi tanto de lo que llegó a estar la tarde aquella en que el mayor José Dolores Beltrán pudo decidir entre quitarle la vida o dejársela. No era la primera vez en sus años de servidor público que se le tentaba con obsequios o se pretendía su ayuda a cambio de unos pocos billetes puestos en la bolsa de su chaqueta o de la camisa. "Dinero pequeño, morralla: cien, doscientos, y en una ocasión, por sellar cierta carne enferma en el Matadero Municipal, tres mil . . . Pero como hoy, nunca . . . Un millón doscientos mil y pico. ¡Pa'su puta madre . . .!" ¿Quién estaría vigilando sus gestos, su pasmo y sus indecisiones? En alguna parte golpeó dos veces el tiempo en el reloj de pared de las oficinas y recordó que a esa hora estarían partiendo los motociclistas encargados del reparto.

Tocó un timbre. El cristal esmerilado de la puerta, con la leyenda: "rotceriD .C", recibió la sombra oblicua de Esteban Sanjurjo y se oscureció. Rápidamente, Gómez-Anda cubrió los billetes.

–¿Señor?

–Ya puede llevarse esto . . . –y por primera vez en los treinta días que llevaba a cargo de la Dirección de Investigaciones Especiales, el C. Aurelio Gómez-Anda permitió que el resumen de noticias fuera enviado, sin que él lo hubiera leído antes, al Presidente, al Ministro y al Alcalde.

–¿Algo más . . .?

–Lleve eso y vuelva acá . . .

El café, le pareció así, había perdido su buen sabor esa mañana; o tal vez él había perdido, al menos momentáneamente, la capacidad para juzgar si estaba o no en su punto. Cuando Sajurjo se plantó ante él, disciplinado y curioso, Gómez-Anda había vuelto a atar el bulto con dinero.

–A sus órdenes, señor . . .

–Esto . . . –señaló el paquete– ¿quién lo trajo?

–¿Qué, señor? –Era evidente que Sanjurjo, pese a sus muchos años en la policía política, no sabía mentir. Palideció, primero. Se encendió, después.

–Esto, Sanjurjo, esto . . . –y lo picó con la punta del lápiz.

Sanjurjo pretendió hacerle creer, con su expresión y luego con sus palabras, que era la primera vez que veía el atado. Su curiosidad no resultaba convincente.

–No podría decírselo, señor, porque no lo sé . . .

–¿Estaría usted dormido y no se dio cuenta?

Nuevamente rígido, la barba en alto, en la pared opuesta la mirada, el Secretario protestó:

–Nunca duermo en horas de servicio, señor . . .

–¿Explíqueme entonces cómo pudo llegar *esto* aquí? ¿A quién dejó pasar . . .?

–A nadie, señor . . . De eso estoy seguro . . . –Sanjurjo debía proteger a los comandantes y protegerse a sí mismo, pues se beneficiaba, aunque en mínima parte ("cuestión de compañerismo, ventajas de la antigüedad en el Cuerpo"), de los ingresos extraoficiales que se distribuían jefes y agentes de la DIE.

–Seguramente lo trajo el Espíritu Santo, ¿eh?

Católico, un golpe de sangre enrojeció la piel color zanahoria de su cara. Halló una mentira que ofrecerle:

–Sólo un momento, cuando fui al baño, dejé sola la puerta, señor Director . . . Tal vez fue entonces que . . .

Algo que no llegó a ser sonrisa pues se quedó en mueca, vio Esteban Sanjurjo aparecer en los labios biliosos del C. Director.

–O sea, que cualquier hijodelagranputa puede entrar en mi oficina, plantarme una bomba bajo las nalgas mientras usted, responsable de la seguridad de mi despacho, pierde el tiempo en el excusado . . .

–Señor Director . . .

–Ni una palabra más, Sanjurjo. Puede retirarse . . .

CIERTOS ASUNTOS, y en especial los relativos a sus convenios privados o a las investigaciones confidenciales, prefería don Tito Livio tratarlos en un lugar absolutamente seguro, donde sus palabras no pudieran ser registradas por micrófonos ocultos. Ese lugar era el balcón de su despacho que abría, no a la populosa avenida del Virrey Medinabeitia, sino a la tranquila callecita perpendicular de La Victoria.

–¿Cuánto dices que te llevaron?

–No lo conté, don Tito . . . Bastante, de todos modos.

–¿Sabes quién lo hizo?

–Aún no, señor . . . He venido a informárselo y a rogarle sus instrucciones . . .

Movió la cabeza Tito Livio Gómez de Lara y su sobrino, Aurelio Gómez-Anda, no acertó a interpretar qué deseaba expresarle. El Ministro dejó que sus ojos vagaran un momento por Victoria, apenas transitada a las nueve con cinco minutos de la mañana. El Director de



Investigaciones Especiales aguardaba, serio, casi huraño.

–¿Qué instrucciones puedo darte yo, Aurelio?

–Las que me permitan saber qué debo hacer, señor. ¿Iniciar una investigación para descubrir y castigar a los que intentaron sobornarme . . .?

Se irguió Gómez de Lara:

–Este juego de las dádivas, gratificaciones, participaciones, o como quieras llamarlo, tiene sus reglas, Aurelio. Reglas estrictas y bien claras que uno, recuérdalo siempre, debe obedecer . . . Así que en este caso, olvídate de rastreos y de represalias . . .

Arguyó Gómez-Anda:

–La campaña moralizadora iniciada por usted, don Tito . . .

Abiertos los cinco dedos, la mano derecha del Ministro buscó el corazón del Director:

–Dejemos a un lado la moral . . . Veamos el aspecto práctico de este asunto . . . En tu escritorio encuentras, dirigido a ti, un paquete que contiene dinero; supongo que mucho dinero . . . Equis cantidad . . . Te pasmas un poco y vienes a reportar el hecho a tu superior porque eres honrado y, además, leal hacia quien es tu amigo . . .

–Así creo ser, señor . . .

–Tu Ministro agradece tal muestra de amistad y confianza . . .

–Que se merece usted, don Tito . . .

– . . . y se atreve, porque su experiencia es mayor que la tuya en casos así, a exponerte sus puntos de vista. ¿De acuerdo?

–Sí, señor . . .

–Bien: aceptemos, Aurelio, que tú y yo estamos aquí porque las circunstancias nos han sido favorables, y recordemos, así mismo, que pronto o tarde, no lo sabemos, algún día saldremos: yo, del Ministerio; tú, de tu Dirección . . . de igual modo que hemos salido antes, ¿verdad?,

de otros trabajos del Gobierno. ¿Correcto?

–Sí, don Tito . . .

–Digo esto, Aurelio, para hacerte consciente de que la política, el servicio público en el que participamos por vocación y afición, suelen ser crueles con quienes en ellos se meten . . . Crueles, y además: ingratos . . . ¿Puede haber algo más lamentable que un político sin oportunidad, o un funcionario sin empleo? . . . Es aquí, Aurelio, donde el dinero, el dinero que uno gana o de algún modo recibe, y recibirlo es una forma también de ganarlo, adquiere su importancia . . . El dinero es, ha sido, seguirá siendo, la herramienta principal de que dispone el hombre del Poder . . . Jamás olvides que Dinero es Poder y, a la inversa, que el Poder, quieras o no, lo busques o no, se convierte en Dinero . . .

–Señor, me parece que . . .

No dejó Tito Livio Gómez de Lara que interrumpiera sus reflexiones:

–El dinero que hoy pretendes rechazar por comprensible escrúpulo, alguien se lo llevará de todos modos; yo, o quién está por encima de mí . . . ¿Te lo ofrecen? Tómalo . . . Tómalo pensando que será un instrumento, un mero objeto en tus manos; algo que ayudará a que tu trabajo, ahora o en el futuro, sea más llevadero, y menos duras las malas rachas que a veces tenemos . . . Aun suponiendo que decidieras devolverlo, ¿a quién se lo entregarías, Aurelio?

–Sería cuestión, señor, de averiguar . . .

Una sonrisa, que era de cínica compasión, jugó en los labios de don Tito Livio:

–No digas tonterías, Aurelio, para luego no verte obligado a hacerlas . . . Investigar, ¿qué? ¿Pararte en el centro de la oficina y preguntar quién te llevó esa plata . . .? Por favor, Aurelio, usa la cabeza . . . Ese dinero no es de nadie, porque ya es tuyo.



–Podía ingresarlo a la caja del Ministerio . . .

Volvió a mover la cabeza el Ministro del Interior. Le simpatizaba su sobrino. Pues tenía talento y no le faltaba sensibilidad, llegaría a ser un buen político cuando madurara más; cuando le preocuparan menos insignificancias como esa –remordimientos de acólito que ha robado por primera vez el cepillo de las limosnas. A la distancia, abierta la sirena, cruzó, Medinabeitia rumbo al sur, un carro de bomberos.

–Lo único que conseguirías, Aurelio, sería embrollar las cosas . . . Actas, firmas, testigos, barullo, y más trabajo para nuestro Director de Administración que ya bastante tiene . . . Olvídate de esas loqueras, muchacho . . . Guarda ese dinero, pensando en el mañana . . .

En los ojos del Ministro había una lucecita de ironía, un fulgor especial como si estuviese muy divertido. En los del responsable de la DIE, apenas un resplandor mortecino, como si en ese momento los velara la opacidad de una catarata. Se disponía don Tito Livio a volver al despacho cuando Gómez-Anda, casi sofocándose, preguntó:

–Me guardo los billetes, como usted aconseja, don Tito, pero ¿a mi conciencia, qué voy a decirle . . .?

Lo tomó por el brazo Gómez de Lara. Sonreía, paternal:

–Nada tiene que reprocharte tu conciencia . . . Al informarme, has procedido rectamente, Aurelio. Puedes, pues, sin avergonzarte de nada, conservar ese regalo . . .

–Mi conciencia, señor . . . –insistió.

–Tu conciencia ha quedado limpia, purgada de reproches; hablando conmigo le has quitado todo derecho a molestarte después . . . Eso es lo que debes tomar en cuenta . . . Te has puesto a mano con ella . . . El dinero que se te entrega no es el de un soborno, Aurelio . . .

–¿Qué es entonces, don Tito?

–Acéptalo como una aportación que amigos discre-

tos, o colaboradores agradecidos, hacen a tu carrera política... Estás iniciándote en responsabilidades de jerarquía nacional, y necesitas contar con la tranquilidad que sólo concede una cuenta de banco así sea modesta.

–Señor yo...

–Sólo una recomendación te haría, si me la pidieras...

–¿Cuál, don Tito?

–Sé discreto y cuidadoso al recibir... No recibas nada de nadie a quien no conozcas... En la duda, abstente, y sirve gratuitamente... Jamás comprometas a los que te den, ni los engañes. Caballerosidad ante todo. Ética, sobre todo... Nunca acuses a otros de haberse enriquecido en un puesto público, ni uses eso para infamarlos... Tenemos reglas. Obsérvalas... Tampoco alardees de lo que posees, de lo que has llegado a reunir... Preferible es que te digan tonto, a que tengan la certeza de que eres ladrón... Evita comportarte, como lo hacen los políticos estúpidos, de modo que alguien pueda preguntarse cómo es posible que seas tan descaradamente rico... Muestra, enseña a los demás, sólo aquello cuyo origen te resulte fácil explicar... En resumen: lo principal es la Discreción... Discreción en lo bueno y en lo malo que sea necesario hacer... ¡Discreción...!

Con Aurelio Gómez-Anda del brazo, el Ministro Gómez de Lara volvió al interior de su despacho para reanudar sus actividades.

LOS VEINTE comandantes, convocados a través de Esteban Sanjurjo, fueron recibidos por el Director a las doce meridiano. Cabían apenas en el despacho. Ordenó Gómez-Anda que fuera cerrada la puerta. A la vista de todos, único objeto que ocupaba ahora el escritorio, había sido puesto el bulto de papel manila que contenía los



doce haces de cien billetes de a mil cada uno.

–¿Falta alguien?

–Nadie, señor...

Gómez-Anda se hallaba de pie, detrás del mueble; como de costumbre: las manos a la espalda. Los comandantes trataban de pasar desapercibidos, y soportar sin inmutarse la áspera, lenta, minuciosa mirada escrutadora del Director. ¿A cuál de ellos escogería para descargarle el primer golpe de su cólera?, ¿cuántos saldrían de ahí, en calidad de prisioneros, acusados de?, ¿en qué mazmorra del Ministerio, o del Campo Militar, se perderían sus rastros semanas o meses? Durante la junta que acababa de celebrar con su tío el Ministro, ¿habría recibido instrucciones de consignarlos por intento de soborno? ¿Por qué carajos no empezaba de una vez a escupirlos?

–Hace un mes, señores –dijo, grave la voz y arisco el gesto– ustedes y yo iniciamos juntos una nueva etapa de trabajo en esta Dirección... El día que se inició esa relación profesional, recuerdo haberles dicho que a mí me gustan las cosas claras, limpias, por derecho y a la luz del día... Mencioné también que de ustedes esperaba el cumplimiento total del deber. No más de eso, pero menos tampoco... ¿Fue así, verdad?

La voz aislada del capitán segundo Rodrigo de la Peña se escuchó en el despacho, frío siempre y ese mediodía, silencioso:

–Eso nos dijo, señor, efectivamente...

–Desde ese primer encuentro, señores comandantes, ha transcurrido un mes... Muchas cosas han pasado en esos treinta días de mutua colaboración... Los he observado uno a uno y analizado sus métodos individuales de trabajo, para poder darme cuenta de cómo será, en conjunto, la tarea que nos corresponde cumplir... Los he llamado para que conozcan ustedes el resultado de mi balance, tanto en lo profesional como en lo particular...

Quiero decirles, en pocas palabras, que estoy satisfecho, porque nuestra relación encontró pronto, y sin demasiados tropiezos, el camino de la concordia . . . Espero que continúe así y que comentarios semejantes a éste pueda expresar ante ustedes el día de cada mes que fijemos para conversar, unificar criterios y estrechar nuestro mutuo conocimiento . . . Antes de que se marchen, señores comandantes, deseo instarlos, en nombre del señor Presidente, del señor Ministro y del mío propio, a que sigan cumpliendo tan empeñosa, eficaz y discretamente con su deber, como hasta ahora . . .

Abrió uno de los cajones del escritorio y depositó dentro de él, como si fuera un objeto frágil y precioso, el atado con los billetes. Corteses, tranquilos ya, amables, y felices, los veinte comandantes, y don Esteban Sanjurjo, se despidieron del Director Gómez-Anda con efusivos sacudones de mano.)

SEGURAMENTE EL el sueño terminó venciendo a don Aurelio pues no logró recordar qué día de qué año, Los Veinte de la Dirección de Investigaciones Especiales del Ministerio del Interior (entre los que hallaría amigos leales, como el coronel Rodrigo de la Peña, al que convirtió en alcalde de la metrópoli) le obsequiaron un bello juego de ajedrez, del que eran de plata puras las piezas blancas y de macizo oro de ley, las negras –tan valioso, y lujoso, que jamás se atrevió a usarlo, o siquiera a mostrarlo.



# 12

ESTABA CONSCIENTE de haber despertado, pero no abrió los ojos. Prefería seguir así, quieto en la cama; las manos en las axilas para que no se le helaran; las rodillas juntas. "La próstata que no me deja . . . Será bueno que el doctor Monter me examine un día de estos". Como si aún sobrenadara en el sueño, la palabra *discreción* seguía encendida en su memoria. Había sido la regla de su vida y a ella ajustaba todos sus actos, incluso los que sus enemigos calificaban de infames; sin embargo, no había logrado que lo fuera también de Armandina o de otros allegados suyos. Si acaso, Fermín Palermo . . .

(EL PRESIDENTE Gómez-Anda dejó de remover el café con la cucharita de plata:

–¿Armandina quiere ahora *otro* rancho?

–Se llama Las Cazuelas. Le encantó.

–Oh, no . . . Si hace apenas un mes compró uno . . .

–Está encaprichada con esa finca, Aurelio, y ya sabes como se pone cuando algo le gusta . . .

–¡Puáh! –"La cantinela de constumbre. 'Está encaprichada. Te hará mala cara durante semanas si la contradices. Dále lo que quiere y evítate disgustos en casa. Es preferible decirle que sí a tener que discutir las razones para el no'. Empieza a pasársele la mano a La Doña. Hasta ahora sus negocios, los que te he permitido hacer

desde mi época en la Propiedad Nacional, habían sido discretos: esos negocios que nadie ve, de los que quizá se hable y que no pueden ser probados: contratos de pavimentación; permisos para exportar chatarra o importar materiales que no se producen en el país o que produciéndose son más baratos fuera; exclusivas para recolectar el papel, todo el papel, que se desperdicia en las dependencias gubernamentales; concesión para pintar, un trimestre sí y otro también, los postes del alumbrado público, los semáforos, los puentes y las vallas de los viaductos, o para asear, lo necesiten o no, mes a mes, las fachadas de los ministerios; convenios para proveer de piezas de repuesto a los vehículos del Gobierno, de medicinas a sus hospitales y de víveres a sus internados y reclusorios… Todo eso, pase. Es tolerable, es discreto, ¡pero esa locura reciente de querer comprar ranchos…!"

–La propiedad está en precio…

–¿Por qué la venden?

–Sus dueños se han cansado de atenderla. Son viejos. Ya no les interesa. Han tenido problemas con los peones…

–¿Qué demontres piensa hacer Armandina con esas tierras?

–El gobernador Beltrán estará encantado de cuidárselas…

–¿Anda metido él en esto?

–Fue él quien la puso sobre la huella, Aurelio… Él le avisó que Las Cazuelas va a salir a la venta…

–¿Cuánto piden…?

–Diecisiete millones…

–¿Diecisite millones de pesos…?

–Vale, por lo menos, el doble…

Gómez-Anda sacudió la cabeza:

–¿De dónde va a sacar La Doña diecisiete millones?



–De la lumbre…

–¿Eh? –Divirtió a Palermo la extrañeza que había aparecido en la cara de don Aurelio. Añadió:

–De la lumbre, sí… O si lo prefieres, de la ceniza, del humo…

A medida que Palermo se iba explicando, el Presidente confirmaba que su ingenio seguía siendo fresco y que sus planes resultaban, de tan audaces, increíbles. Nadie como él para aprovechar cualquier oportunidad que le permitiera ganar más dinero del mucho que ya atesoraba. "¿Para qué coños quiere tanto, si no tiene hijos, mujer ni perro que le ladre?" Nadie como él mejor dotado para idear nuevas formas de obtenerlo sin riesgo y, como a don Aurelio le placía, dentro de la más absoluta discreción.

–Hmmm –gruñía, en verdad asombrado de que algo tan sencillo no se le hubiese ocurrido antes a él.

El plan que le exponía Palermo para conseguir esos diecisiete millones de pesos, "y todos los que mañana o pasado vayan haciendo falta, don Aurelio", resultaba ser de una simplicidad encantadora y, como Fermín subrayaba, totalmente seguro. "Negocio de pocos socios es siempre bueno".

–Sólo necesitaríamos contar con la colaboración del Gobernador del Banco Central… El amigo Chavarría O'Dwyer, que todo te lo debe a ti, no podrá negarse…

–No esperes que yo le ordene…

–Alguna vez, ¿te he pedido que intervengas, señor Presidente? Es mi deber cuidarte. Jamás comprometerte… Como siempre, deja que yo maneje las cosas a mi manera…

Reflexionó el señor Gómez-Anda. Palermo era hombre de fiar. "Serio y, por encima de todo, discreto". Levantó el índice:

–Haz lo que quieras, pero, entiende bien esto: no de-

seo saber, nunca más, de ese modo de conseguir dinero ni para bien, ni para mal...

–Nada sabrás que te moleste, o que te mortifique, Aurelio... Como decía: de los billetes que el Banco separa porque están viejos o maltratados, y que periódicamente destina al horno crematorio, tomaremos los que nos hagan falta para el pago... ¿Dirías, que separar para nosotros ese efectivo es incurrir en el delito de robo?

–¿Qué dirías tú, Fermín? –Gómez-Anda le mostró una sonrisa maligna.

–Diría que no, señor... Ese dinero, ¿recuerdas?, ha sido retirado del circulante. Esto es: dado de baja... Técnicamente hablando, ya no existe; es papel de desperdicio... Si coge un poco y lo usa, ¿está uno robando al Gobierno, al Banco...? ¿Perjudicando a la Nación? Yo opino que no, y Chavarría O'Dwyer, con quien he estudiado el caso, considera que es factible...

–Hmmm.

–Procederemos siempre comedidamente, Aurelio, sin abusar... Ventaja principal de pagar todo en efectivo, Las Cazuelas o lo que se necesite, es que no quedan cheques, pagarés, papeles de ninguna clase... Aún del dinero que manejas a través de la Lotería Nacional queda constancia. De éste, ¡nada! ¿Quién puede seguirle la pista al humo...? Además, ¿afecta en algo que vuelvan a pasar de una mano a otra unos pocos millones si tantos miles de ellos están haciéndolo siempre...?

No quiso Gómez-Anda seguir escuchando más. Caminó hacia el ventanal de su despacho, en Los Arcos: un despacho que aún olía a nuevo; a muebles de cuero blanco que empiezan apenas a ser usados; a alfombras rústicas que conservan el seco aroma de los hilos de lana con que fueron rejidas a mano; a pintura que no se hace vieja todavía en armarios y canceles. Sin mirarlo, grave la voz, recomendó:



–Moderación, Fermín... Discreción también... Eso es lo único que les recomiendo.

–Las tendremos como siempre, señor.

–Que La Doña, tan ambiciosa ahora, no se engolosine, Fermín.

–La controlaremos, Aurelio...

Se volvió entonces, siempre con el índice recto, apuntándole a la cara:

–Que Chavarría O'Dwyer no vaya a creer que estoy enterado, o que de algún modo participo en esto, ¿eh?

–Sabe ya que así es... Él, también, lleva su parte...

–Hmmm...

Cuando se marchó Fermín Palermo, luminosa de sonrisas la cara juvenil, el Presidente reconoció que le había expuesto un buen plan que no representaba riesgo para quien, debido a sus influencias y a su poder, estaba en condiciones de ejecutarlo. "Es verdad: a nadie se roba volviendo a usar un poco de ese papel moneda, viejo y gastado, que debe desaparecer... Si se tratara de sacarlo de las arcas públicas, aún de las de la Lotería, me opondría... Pero siendo lo que es: desperdicio, foco de infección, nido de microbios –lo apruebo".)

AUNQUE LA puerta no había producido ningún ruido al ser empujada lentamente por el mayor, Gómez-Anda sintió que alguien vigilaba su reposo.

–¿Quién es?

–Fraga, señor...

–¿Qué se le ofrece?

–Pudimos hacer contacto con don Fermín...

–¿Dónde está?

–Hablamos con él al coche, señor. Viene para acá.

A pesar de la esterilla, el frío del piso se le metió en los pies. Con cierta dificultad volvió a ponerse los zapa-

tos. "La jodida indigestión ..." Fructó. Le ardían los ojos y sentía sucio el aliento. El mayor Pilo Fraga continuaba junto a la puerta.

–¿Sí, mayor?

–También lo espera una persona, señor ...

–¿Quién?

Más que pronunciarlo, el mayor Fraga prefirió entregar a don Aurelio la tarjeta de visita en la que estaba impreso, con el escudo nacional, el nombre prohibido:

LUIS FELIPE RUZ
Gobernador Constitucional
de Lérida

–Está afuera, señor ...

–¿Sólo?

–Sí, señor ...

–¿Puáh ...! –Gómez-Anda recordó lo que años atrás, en una revista de oposición secretamente subvencionada por el Gobierno, había escrito sobre él Narciso Charles. Colérico porque acababa de perder una crecida canonjía, anotaba en su artículo que la de don Aurelio era "una vida sin relieve, gris; la de un hombre que será recordado, acaso, sólo por su sabiduría de almanaque, sus anécdotas de astucia –y algunos de sus rencores". Ordenó que se le diera una paliza, pero como de costumbre Charles había atacado al Mayor de los Políticos de la República, desde el extranjero.

Salió al corredor y se dirigió al cuarto de baño. Pilo Fraga seguía aguardando órdenes.

–¿Pasa ...?

–No ... Dígale que estoy dormido ... Y sépalo de una vez: no quiero volver a ver a ese cabrón. ¿Está claro, mayor?

–Afirmativo, señor ...



Consideró que haberse anunciado como *Gobernador Constitucional de Lérida* era tanto un reto como una majadería de Luis Felipe Ruz. "¿Acaso olvidó ese mequetrefe que hace media docena de años que dejó de ser, porque yo lo ordené, la Autoridad Suprema de su provincia? ¿A qué viene ahora? ¿En plan de camorra, a exigirme cuentas? ¡Puáh!" Trémulo, partió por la mitad la tarjeta. En el silencio escuchaba el lento goteo penoso de su orina.

"Mucha prisa se dio por volver del extranjero, el ingrato ... Habrá llegado hoy, temprano. Ninguna autoridad federal le hubiera permitido hacerlo ayer, cuando todavía la obediencia a mis acuerdos era indiscutible ... Y si está de vuelta en el país, en la ciudad, será porque El-Señor-Presidente-Ávila-Puig lo aprobó ... para incordiarme".

Con Teófilo Herrásti, que era algo menor que él y más tierno en experiencia política, Luis Felipe Ruz formaba la pareja de jóvenes favoritos, desde los días de la campaña electoral, del señor Gómez-Anda. Le fue recomendado por el gobernador Adelo Marines Santaolalla a quien servía como secretario particular y a cuya sombra se fogueaba. De estudiante había sido líder en la Escuela Preparatoria y organizó una huelga contra el Gobernador. Don Adelo Marines le dio un consejo: "Si lo que te gusta es la política, métete al Partido. Hazla desde dentro del Gobierno porque hacerla desde afuera, y *contra* el Gobierno, es una burrada, muchacho". Luis Felipe Ruz recuperó esa noche la libertad y por la mañana se incorporó al servicio público. Tres meses después, porque así le convenía al ejecutivo leridense, Ruz fue electo para dirigir el capítulo local del Sector Juvenil del Unificador Revolucionario. Su buena presencia, su cordialidad, el interés con que lo escuchaba hablar, la admiración que parecía sentir por su persona, la fidelidad con que repetía

sus palabras, agradaron al candidato. Gómez-Anda lo adscribió al cuerpo de oradores. Duró poco en él porque El Señor prefirió tenerlo más cerca, en el equipo que se ocupaba entonces de redactar sus discursos y, luego de intervenir en las discusiones en torno al ante-proyecto del Plan de Gobierno.

Si a los hombres les resultaba simpático, las mujeres lo encontraban aún más encantador que Teófilo Herrásti. Armandina llegó a quererlo igual que a éste, y que, en broma o en serio, le dijera siempre "mamita" y, si no había extraños cerca, le besara a veces la mano al saludarla o al despedirse, la enternecían tanto que no pasaba mes sin que le tejiera una bufanda, unos calcetines o un chaleco.

No a todos agradaba así Luis Felipe Ruz. Algunos, celosos como Josafat Armengol, intrigaron contra él desde que apareció en la casa de Becerra 82. Les parecía deliberadamente simpático, forzadamente cordial y alevosamente adulador de don Aurelio, su esposa, Plutarco Canto, Otoniel Douglas, Marco Tulio Cimarrosa, el coronel Leal Garnica y de todos los que pudieran ayudarlo a progresar. Teófilo Herrásti y Ruz intimaron y se llegó a murmurar, visto lo mucho que influían en Gómez-Anda, que ellos gobernarían la República y moverían, a su conveniencia, a los miembros del Gabinete.

Para sorpresa de muchos, para alegría de los que le eran hostiles, cuando Gómez-Anda asumió la Presidencia, Luis Felipe Ruz no recibió ningún cargo en el Gabinete (como Teófilo Herrásti) ni fuera de él. Permaneció cerca de El Señor desempeñando misiones diversas: públicas algunas; secretas, las más. Tenía acceso directo, a toda hora, al despacho del Jefe del Ejecutivo y a sus habitaciones privadas, en Los Arcos. Don Aurelio le permitía acompañarlo, en ocasiones, a escuchar cassettes en el Cuarto de Radio. Ostentó la representación personal del



Primer Mandatario en media docena de importantes ceremonias y una vez viajó a Dusseldorf para inaugurar el Stand de La Industria Nacional en una Feria de Muestras.

Cuando la situación política se enrareció en Lérida al aproximarse la fecha en que el Partido debía seleccionar candidato a la gobernatura, don Aurelio consideró que el sucesor de Adelo Marines Santaolalla debía ser Ruz. Marines fue el primero en oponerse porque de resultar Luis Felipe elegido por Gómez-Anda, únicamente acataría la autoridad de éste, pues solo con él estaría comprometido en gratitud, lo que significaría un irreparable deterioro a su poder político en Lérida. "Preferir al joven abogado Ruz no es un capricho mío, Plutarco. No lo es y lo sabes".

No lo era. Provincia tradicionalmente manejada por cacique, Lérida padecía desde siempre la influencia simultánea de cuatro o cinco grupos de fuerza política y económica considerables. Si en ese momento histórico el Gobierno del Centro: esto es: el Partido Unificador Revolucionario: esto es: el Presidente Gómez-Anda aprobaba al candidato que le propondría el gobernador, o alguno de las ternas que le ofrecerían los otros, se alteraría el equilibrio y peligraría la concordia, la paz, entre los clanes. Era necesario, pues, hallar a alguien que sin estar ligado a ninguna de las facciones fuera bien recibido por todas.

Reunió en Los Arcos a don Adelo Marines y a los que más influían en la vida de Lérida. Les habló de la necesidad de preservar "a cualquier precio" el orden, el progreso y la armonía en la provincia y les hizo saber que, en su muy personal opinión de miembro del Partido, el pre-candidato ideal, "ni mandado hacer para esta etapa de trancisión en que nos encontramos", sería Luis Felipe Ruz.

–Un gobernador, señores, para todos por igual, que respetará lo que a cada quien le corresponde y al que el Gobierno Federal apoyaría generosamente . . .

El apoyo prometido no se quedó en las palabras. "Un gobernador es tan bueno, Fermín, como el Presidente quiere, o como al Presidente le conviene que sea. Haremos de nuestro joven amigo un mandatario ejemplar". El triunfo de Luis Felipe Ruz era el triunfo personal de quien le dio el cargo; por eso, nunca había recibido Lérida en los años que ya duraba su vida como provincia federal más ayuda del Centro. Lo que pedía Ruz le era dado. "Le tiene sorbido el seso a don Aurelio". "Quien lo protege, de verdad, es la señora". "Los dos lo quieren como si fuera su hijo".

Por lo menos una vez a la semana, el gobernador volaba de Lérida a la metrópoli y del hangar presidencial, donde su jet privado tenía derecho de recibir mantenimiento técnico, se trasladaba a Los Arcos: a comer, si llegaba la hora oportuna, o a cenar. Lunes, miércoles y viernes, un avión especial partía de Lérida con las carnes, frutas, quesos, pescados, mariscos, dulces, legumbres, jamones, tocinos, pieza de caza, trajes típicos, telas de telar, y todo lo que era tan del agrado de los Gómez-Anda. Cada noche, el "Pequeño Virrey", como lo apodara Josafat Armengol, llamaba por teléfono a don Aurelio y conversaba con él, por lo general un cuarto de hora, pidiéndole consejo, informándole lo que había hecho, comentándole lo que se disponía a hacer, agradeciéndole el servicio de ese día –una carretera, una nueva presa, la unidad habitacional, el centro escolar, la fábrica, el canal de la televisión.

Un día, Luis Felipe Ruz viajó a la capital de la República y no encontró un minuto disponible para llevarle su saludo a El Señor. Don Aurelio supo de su visita por los periódicos de la noche. "¿No se comunicó por teléfono?" "No, don Aurelio". "Así que vino a la ciudad, pero no a vernos". "Estaría muy ocupado, mi señor". "Tal vez por eso . . ." Los envíos de víveres y golosinas empezaron a llegar irregularmente. Las remesas eran exiguas y no tan variadas como solían ser en el año y medio que llevaba Luis Felipe gobernando Lérida. "¿Cuántos filetes nos mandó, Armandina?". "Sólo treinta, don Aurelio; diez menos que hace dos semanas" "¿Quesos . . .?" "Nada más cuatro, pequeñitos, de leche de cabra". "¿Mis dulces de nuez?" "A lo más un kilo . . . Lo que me parece raro, sabiendo cómo le gustan a usted, mi señor". Las llamadas por teléfono habían cesado, de hecho. Una noche, por línea directa (además de Ruz, disfrutaban del privilegio de contar con red privada el mayor Beltrán y el gobernador Enrique Gavilán) don Aurelio se comunicó a Lérida. "¿Qué pasa contigo, Luis Felipe, que nos tienes tan abandonados, eh?" "¿Abandonado, señor Presidente? Oh, no . . . Sucede que he andado metido en la sierra y . . ." "¿Va todo bien por allá?" "Perfectamente, señor. Estamos trabajando, muy firme nuestra convicción aurelista, señor. Su ejemplo . . ." "Te felicito". "Gracias, señor". "¿Se te ofrece algo de acá?" "Nada, señor". "Algo habrá que podamos hacer por ti, por tu provincia". "Todo marcha, señor. Y ya nos ha ayudado usted mucho". "Los revoltosos obreros del cobre, ¿siguen causándote problemas?, "No más que antes, señor. Los voy resolviendo apenas surgen". "Se me informa que a causa de la agitación interna del sindicato, esos problemas podrían complicarse para molestia tuya". "No lo creo, señor. La situación está bajo control. He hablado con los líderes. Son amigos. No se deje engañar, señor, por reportes alarmistas . . ." "Se que esta semana has venido dos veces por acá, ¿verdad?" "Así fue, señor". "Mi señora y yo nos quedamos esperándote a comer o a merendar". "Por falta total de tiempo no pude ir a saludarlos como hubiera

querido, señor". "¿Mucho trabajo, supongo?" "Demasiado, señor, y allá en la capital el tiempo para nada alcanza . . ." "Bien joven gobernador: espero volver a verte pronto". "Iré, señor Presidente; se lo prometo". "Te esperaremos". "Saludos a su señora". "Le dará gusto saber que todavía la recuerdas".

Aliviada de presiones su próstata, Gómez-Anda rompió ahora en cuatro partes la tarjeta con la que se anunciaba, en solicitud de audiencia, Luis Felipe Ruz *-Gobernador Constitucional de Lérida:*

–¡Puah . . .!

Corrieron las semanas y sólo una vez, de prisa y preocupado, apareció Luis Felipe Ruz en Los Arcos. Solicitó ver al Presidente, pero no en la Residencia, como casi siempre, sino en el ala de oficinas. El señor Gómez-Anda, le explicó el Secretario Particular, Septién, se hallaba con una comisión de empresarios y no podría recibirlo. ¿Quisiera el señor Gobernador esperar, o volver a las siete? Ruz dijo que no podía ni lo uno ni lo otro, pues debía retornar a Lérida. Solicitó que se informara a don Aurelio de su visita. Se marchó de prisa, al parecer contento de no haber tenido que demorarse conversando con El Viejo. "¿Sabes que vino Luis Felipe y no quiso esperarme?" "¿Es posible?" "Lo es. ¿Te buscó aquí?" "No, mi señor". "Andará muy a la carrera". "Antes nunca le faltaba tiempo para venir a verlo, don Aurelio . . . No se lo he dicho, mi señor, pero hace siglos que nada nos manda de allá: ni dulces, ni carne, ni quesos, nada". "Hmmm".

Los líderes de los sindicatos nacionales, con Heberto Andonegui, el más poderoso de todos, al frente de ellos, dieron en frecuentar Palacio o Los Arcos, llevándole al Primer Mandatario quejas contra Luis Felipe Ruz. "El poder se le ha subido a la cabeza, don Aurelio. Ya no escucha a nadie, ni atiende razones". "Por su intransigencia, señor Presidente, el gobernador Ruz ha provocado enfrentamientos entre los obreros". "Está dividiendo a la familia revolucionaria en Lérida, señor". "Ruz se ha echado ya descaradamente en brazos de los oligarcas de allá". "No es intriga, ni chisme, señor Gómez-Anda, pero al gobernadorcito ese lo único que le interesa es enriquecerse" . . . De los Arcos o de Palacio salían rumbo a la capital de Lérida las llamadas del Presidente, pero no alcanzaban casi nunca al señor Gobernador y cuando lo hacían El Señor Gobernador (quizá por exceso de trabajo) hablaba como si estuviese en tensión, ebrio, o molesto porque El Señor lo importunara a tales horas de la noche o de la madrugada para preguntarle cómo iban las cosas y si había algo, lo que fuese, que él pudiera hacer para servirlo. "Todo bajo control, señor . . . menos los demagogos que insisten en su campaña de rumores".

Agentes de Cimarrosa, por un lado; del Partido, por otro, y personas, como Noé Medina-Albert, que merecían confianza de Gómez-Anda, realizaron secretas encuestas en Lérida. Los grupos locales aplaudían la buena administración que estaba haciendo el gobernador Luis Felipe Ruz". "Es hombre serio, que no gasta el tiempo hablando, sino haciendo". "Reflejo de su entrega personal es lo que ha podido realizar en la provincia en este corto tiempo". "¿Luis Felipe Ruz? El mejor hombre que hemos tenido en muchísimos años". "Hay confianza en él, Noé, puedo asegurártelo. Dile eso a don Aurelio. Cimentó la paz interna. Alentó la producción. ¿Qué más podemos pedir?" "¿La huelga del cobre, dices? Es un problema artificial, política y malvadamente mantenido. El sector obrero se niega a dialogar, pese a que Ruz se ha ofrecido muchas veces como mediador".

Al iniciarse el cuarto año de gobierno del señor Gómez-Anda algunos columnistas, propalaron que mandatarios de provincia empezaban a "tomar posiciones" y

6

a "formar bloques" ahora que se acercaba el término de la administración de don Aurelio. "Desean, al parecer, oponerse a la eventual reelección de AGA. Les gustaría que un político nuevo, un hombre joven, despachara en Palacio Nacional durante el próximo lustro . . . Se dice que la idea de interrumpir la tradición de que un Presidente cumpla dos periodos consecutivos, partió de Lérida . . . Otros aseguran que fue resultado de coloquios que han venido celebrando miembros del grupo Lérida-Antioquía-Valladolid-Salvatierra", escribió Ángel Ferrera, en *Verdad*.

Contra lo que Gómez-Anda esperaba, el gobernador Luis Felipe Ruz no se apresuró a sincerarse con él, ni mostró interés en desmentir ese y otros rumores similares que eran admitidos en más periódicos de la capital y en numerosos de la provincia. Dos veces que hablaron, una por teléfono, y otra, personalmente, en Palacio, Ruz evitó el tema político; discutió con El Señor los asuntos concretos que le interesaban y al marcharse olvidó dejarle saludos, y recuerdos, a doña Armandina.

Un informe que le rindió el Ministro del Interior convenció a Gómez-Anda que era cierto lo que La Doña había estado murmurándole durante semanas: con el apoyo de los muy ricos de Lérida, Antioquía, Salvatierra y Vallodolid (que formaban parte de una región sobrada de valiosos recursos naturales) había sido creado un Pacto, un equipo, una sociedad, cuyo propósito sería llevar a la Presidencia, así don Aurelio y el Partido se opusieran, al gobernador de una de esas cuatro provincias. ¿Y quién mejor que Luis Felipe, no obstante su juventud? "¿Ve usted, mi señor, que los que usted consideraba chismes míos no lo eran? El muchachito le ha mordido la mano, don Aurelio, y va a darnos la gran puñalada". "No lo creo, no puedo creerlo". "Pues vaya creyéndolo, mi señor . . . Le dio usted demasiadas alas y



ahora el muy cínico quiere quitarnos la Presidencia. ¿Por qué no habla con él y lo mete al orden . . .?"

Esa noche, ya tarde, el senador Heriberto Andonegui fue recibido en audiencia privada por el Presidente de la República. Salió de Los Arcos casi al amanecer. Desde su despacho en el Edificio de los Gremios distribuyó las órdenes necesarias. A las nueve de la mañana, grupos de obreros del complejo cuprífero de La Misericordia manifestaron tumultuosamente en las calles de Lérida exigiendo la distitución del gobernador –"instrumento de la oligarquía internacional" "atropellador de los derechos del trabajador" y "agente del neofacismo". Luis Felipe hizo llamar a los promotores de la turbamulta, pero ellos se rehusaron a conversar con él. Seguro de poder convencerla de que era inocente de aquello de que lo acusaban, Ruz intentó arengar a la muchedumbre desde un balcón del Palacio de Gobierno. Lo rechazaron con silbidos y pedradas. El general Pompeyo Reverte, comandante de la zona militar, aconsejó usar la tropa en labores de patrullaje, pero Luis Felipe Ruz se opuso porque, dijo, eso sería interpretado como desafío.

Al mediar la tarde llegó al Palacio de Gobierno en Lérida una llamada de Los Arcos. El señor Presidente quería hablar con el señor Gobernador. La voz de Gómez-Anda se oía dura, parentoria, inamistosa:

–Se me informa que la situación allí está empeorando porque no se han todavía medidas adecuadas.

–La situación, señor, es ahora menos tensa que al medio día . . . Los grupos se están dispersando . . . Puedo asegurarle que todo esto forma parte de una escalada de violencia que . . .

–Dejemos en paz a las palabras y a las excusas, señor Gobernador Gobernador . . . La ciudadanía de Lérida, me consta, vive momentos de zozobra . . . Ha permitido usted que su provincia se convierta en un foco de có-

lera . . . Ahora es su obligación restaurar la confianza en el Gobierno y devolverle la tranquilidad a las personas . . .

–No ha habido incidentes, señor . . .

–Tampoco los habrá si actúa usted con la rapidez, la atingencia y la energía necesarias . . . No podemos permitir que unos cuantos revoltosos pongan en estado de sitio una ciudad capital como Lérida, o una región industrial como Misericordia . . . Menos aún que en la República se produzcan, por lamentable imitación y discutible solidaridad gremial, desórdenes parecidos . . . Ya estamos hartos de ser víctimas pasivas del chantaje de los obreros del cobre . . . Convoque al general Pompeyo Reverte y conmine a los agitadores a deponer su actitud . . .

–Involucrar en esto al Ejército me parece riesgoso, señor . . .

–Espero hechos . . . y su informe, señor Gobernador.

Los informes que esperaba el Presidente llegaron al Ministerio de Guerra y Defensa, al del Interior, al despacho del senador Andonegui y por último a Los Arcos, a las 19:40 de la noche. Cuando la tropa se aprestaba a rodear la planta de Misericordia, aledaña a Lérida, sucesivas descargas de fusiles y metralletas abatieron a cuatro soldados y a un capitán. El general Reverte resolvió desalojar a los atrincherados "a como diera lugar". Luis Felipe Ruz propuso parlamentar con ellos. Pompeyo Reverte no estaba dispuesto a dejar sin venganza la sangre de sus hombres. Al momento de redactarse el primer *Parte de Novedades* se habían contado ya treinta y nueve obreros muertos . . . Gómez-Anda terminó de leer en voz alta el texto que le había llevado Marco Tulio Cimarrosa. Miró, inquisitivo, a éste. Miró, del mismo modo, a Plutarco Canto que ocupaba el asiento contiguo. Ambos lo escucharon decir:

–Pobre tonto, Luis Felipe Ruz, que no supo aprove-



char la oportunidad de ser un gran gobernador que le ofrecimos . . .

–Lástima, señor . . .

–Para evitar males mayores se impone ahora que se le pida la renuncia y que se inicie una investigación para esclarecer los hechos . . .

–En efecto, señor, se impone tal medida.

–Habrá que mandarlo llamar . . .

–Inmediatamente, señor . . .

–Tú, Plutarco, comunícate con el Jefe de la Legislatura de Lérida y dile lo que hay que hacer, para que lo haga inmediatamente . . .

Después que Cimarrosa y Canto se marcharon, el Presidente mandó llamar a Josafat Armengol.

–A sus órdenes, señor.

–Visto lo sucedido esta tarde en Lérida, será conveniente sugerir a los directores de periódicos y noticieros que manejen sin amarillismos ni sensiblerías, la información relativa . . . Te ocuparás de hacerlo saber que el gobernador Luis Felipe Ruz ha presentado su renuncia ante el Congreso Local de Lérida, y que le ha sido aceptada . . .

–Sí, señor Presidente . . .

En favor de Luis Felipe Ruz intercedieron, por igual, el arzobispo de Lérida y los Presidentes de las Cámaras Minera, Industrial de Transformación, y de Comercio. Los gerentes de los bancos nacionales con agencias o sucursales allá y el ex-gobernador Adelo Marines Santaolalla no tuvieron acceso, ni por teléfono, a don Aurelio. Sólo consiguió hablar con él, Miguel Rebul, que había aportado vastos créditos para financiar un programa de obras hidraúlicas que beneficiarían tierras agrícolas propiedad del Grupo Olid.

–Se tiene la impresión, señor, de que se ha hecho caer en una celada al gobernador Luis Felipe Ruz.

–¿Eso se dice, don Miguel?

Y también, señor Presidente, que nuestro amigo está siendo víctima de alguna venganza personal . . .

–La gente habla por hablar, casi siempre de lo que ignora. Nuestro querido amigo Luis Felipe Ruz ha resultado víctima, la primera víctima, de una inexplicable torpeza . . . Un problema laboral como el de Misericordia no se resuelve con balas, sino con palabras, paciencia y talento . . . Ruz acaba de renunciar a la gubernatura . . . No podemos impedir, porque sería meternos en terrenos que no son nuestros, que se le siga algún tipo de acción penal por, supongo, abuso de autoridad . . .

–¿Cuándo abusa de su autoridad La Autoridad, señor?

–Cómo amigos que somos de él, ¿por qué no le sugiere usted al joven Luis Felipe que haga un viaje al extranjero, digamos, a partir de mañana?

Pero Ruz se rehusó tenazmente a salir del país. Consideraba que hacerlo equivaldría a admitir su culpabilidad y a rehuir su responsabilidad personal y política en el zafarrancho. Estaba dispuesto a permanecer, a aceptar el juicio público –y a hablar:

–A decir, señor Rebul, que sacamos el Ejército a la calle por órdenes del Presidente Gómez-Anda . . . A decir que esas órdenes le habían sido dadas, directamente y antes que a mí, al general Pompeyo Reverte . . . No importa ir a la cárcel si puedo decirlo . . .

Siempre por teléfono, el Director Ejecutivo del Grupo Olid seguía tratando de convencerlo de que cometería un error, "un grave error, amigo Ruz", desaprovechando la oportunidad de marcharse que por su conducto le brindaba el Presidente.

–Váyase un tiempo, Luis Felipe . . . Cuando llegue el momento, vuelva . . . Le prometo arreglar un encuentro para las explicaciones . . .



El encuentro nunca se produjo y las explicaciones jamás se dieron. No se sabía exactamente quién las giró, pero en fronteras y aeropuertos había órdenes de aprehender, apenas pisara territorio nacional, a Luis Felipe Ruz, el ex-gobernador de Lérida que, según la prensa de la República, había huido al extranjero para no tener que responder a los gravísimos cargos (malversación de fondos públicos y homicidio en masa) que en su contra presentó la Justicia Federal. "¿Se exigirá su extradición, señor Presidente?" "Estudiamos el asunto, amigo Olmedo" El nombre de Luis Felipe Ruz desapareció de los periódicos. Estaba vedado mencionarlo, fuese para bien o para mal. Lo olvidaron todos. "Todos quizá, pero yo no . . ."

Alguna vez, el Presidente Electo Ávila Puig, que a través de Otoniel Douglas había entrado en contacto con Luis Felipe Ruz, preguntó a Miguel Rebul a que se podría atribuir al atroz encono de Gómez-Anda. Rebul aludió a la crueldad con que don Aurelio castigó a Teófilo Herrásti por entrometido y a la furia que le produjo el despego de Ruz.

–Que Armandina y él lo querían entrañablemente, nos consta, lo vimos . . . Cuando Luis Felipe creyó que podía valerse por sí mismo, sin necesidad de cortejar a don Aurelio y a su mujer; cuando quiso demostrarle, con trabajo, entrega e independencia, que era ya gobernador por méritos propios y no sólo por ayuda del centro; cuando rompió el lazo afectivo que lo unía por El Señor y La Señora, el Presidente sintió que lo traicionaba, que desdeñaba su ayuda, que rompía los vínculos, para El Viejo tan importantes, de la amistad, de la lealtad y el afecto personales . . . Soportó olvido y despego, pero se encolerizó verdaderamente cuando sintió amenazado su poder; cuando, inspirado por el enano Josafat Armengol, como ha logrado ahora, averiguarse, circuló la especie de

que Luis Felipe Ruz se aprestaba a disputarle la Presidencia a quien había sido su protector... Todo podía tolerar, justificar, perdonar y olvidar Gómez-Anda menos eso... Lo que te explica la saña con la que lo ha hostilizado y la razón por la cual, mientras él sea el que mande, no permitirá que Ruz regrese...

–¿Qué clase de persona es, en verdad, Luis Felipe?

–Excelente. Honrado. Con imaginación y sensibilidad. Alguien, me atrevería a decirle, que merece una oportunidad cerca de ti...

EL SEÑOR Gómez-Anda rompió otra vez por la mitad los mínimos trozos en que ya había convertido la tarjeta del *Gobernador Constitucional de Lérida* y permaneció frente a la taza del WC mientras el agua los arrastraba. Se preguntó: "¿Habría podido verlo cara a cara después de tantísimo tiempo?"

Al pie de la escalera aguardaba el mayor Fraga.

–¿Han terminado de borrar *eso?*

–Seguimos en ello, señor.

–Vea de acabar pronto...

–Sí, señor...

Se dirigía, menudo el paso, tiesa la espalda, hacia el despacho. Sin detenerse, preguntó:

–¿Alejó de aquí a ese individuo... Ruz?

–Se ha ido ya, señor...

Seguía ardiéndole el estómago. "¿Habrá traído Armandina el bicarbonato?" Aún le quedaba sueño en la cabeza y un hormigueo bajo los párpados. "¿Qué carajos vengo a hacer aquí?" Entreabrió la puerta. No se veía el caer de la lluvia, sólo su brillo en la barda, sobre la grama, en las hojas oscuras de la hiedra. Volvió a cerrar y los ruidos: el martilleo de las cuadrillas y el rumor que al pasar por la avenida dejaban los vehículos, cesaron como



si hubieran caído en un agujero de silencio. En los muslos, sufría la frialdad del asiento. Marcó un número.

–Casa de la señora Gómez... –le informó una voz que conocía.

–¿Regresó ya...?

–Todavía no, señor... ¿Le doy el teléfono de donde está?

–Sólo dígale que he llamado...

–Sí, señor...

Luis Felipe Ruz, ¿insistiría en hablar con él?, ¿cómo oponerse a recibirlo, a escucharlo, si gestionaba por medio de Miguel Rebul, o de Otoniel Douglas y Plutarco Canto, ahora poderosos e influyentes, una entrevista? "Creerá que ya somos iguales porque él y yo hemos quedado, para siempre, fuera del Gobierno... Fuera, yo, no él... Quien le permitió regresar tan pronto, es capaz de ayudarlo a recomenzar... ¿Lo usará Ávila Puig para causarme daño? Alguna vez le dije a don Víctor que son los resentidos quienes mejor sirven como instrumentos de venganza... Según parece, no lo olvidó".

Fuertes, escuchó voces en la sala. Retumbantes, rodaron hasta él varias carcajadas. Sonoro, identificó el toc, toc de unos tacones pisando las baldosas. Reconoció la voz. Identificó la risa. Por el sonido de las botas supo, sin necesidad de preguntarlo o de que Pilo Fraga fuera a decírselo, que era el mayor (retirado) José Dolores Beltrán, cinco veces ya gobernador en Jacarandá, quien llegaba a su casa. Salió a recibirlo.

–Bienvenido, mi mayor Beltrán...

–Señor Presidente...

Se enredaron en un abrazo silencioso. ¿Qué podían decirse que no se hubieran dicho ya en los casi cuarenta años de su amistad?, ¿qué podían expresar en ese momento las palabras? Silencioso y largo, su abrazo. Patético, como de condolencia, le pareció a don Aurelio.

Cuando se apartaron, el mayor Beltrán retiró de su cabeza el sombrero tejano moteado por las gotitas de la lluvia.

Le pidió, con un gesto, que ocupara el sofá. Tiesamente lo hizo José Dolores Beltrán, el sombrero sobre las rodillas. Vestía el mismo traje, mitad de cowboy, mitad de jinete andaluz, que lució esa mañana en la Cámara. Se miraban sin encontrar todavía las palabras. Quizá por eso, mirándose siempre, sonreían.

–¿Una copita para el frío, mayor?

–Lo que usted ordene, señor . . .

–¿Qué puedo ofrecerle?

–Lo de siempre, señor Presidente.

Lo de siempre, recordó Gómez-Anda, era coñac y cerveza, cuyos sorbos acostumbraba alternar don José Dolores. A palmadas llamó a Pilo Fraga. Más de un minuto transcurrió en silencio.

–Ya no le hacen caso a uno, mayor . . . Les habla y fingen que no oyen . . .

–Así sucede, señor . . .

Por fin, apareció Fraga, justificando su demora. A causa de la lluvia, del estrépito de los autos . . . ordenó Gómez-Anda:

–Para el señor gobernador, cerveza y coñac . . .

Volvió el silencio a interrumpirlos. La luz del ventanal, ya muy tenue, alumbraba a Beltrán, degradando hasta hacerlo parecer gris el tono granate de su traje campero; el beige de sus botas camperas de alto tacón; el verde esmeralda del pañuelo de seda que le protegía el cuello flaco, de puntiaguda nuez.

–¿Cansado, señor Presidente?

–Acabo de sestear un rato, mayor . . . Mucha gente todo el día . . .

José Dolores Beltrán no se había movido. Con el sombrero cubría su mano inútil. Era alto, muy alto. Rubio rojizo, ojo azul, carniseco; tieso del brazo derecho a consecuencia de un disparo de máuser; zurdo desde entonces. La mano de don José Dolores se había ido empequeñeciendo y parecía ahora un hueso forrado de piel traslúcida como un guante muy gastado de tanto frotarlo. Tendría más de setenta y se contaban de él hazañas sorprendentes. Peón de hacienda, terrateniente después, fue compadre del dictador Iturralde. Disgustado a causa de un juego de gallos con el último Generalísimo-Presidente, secundó a César Darío, y más tarde lo ayudó a expulsar de la Presidencia, del país y de la Historia, a aquel nefasto Héctor Gama, El Faro de la Juventud. No ambicionaba grado superior. ¿Para qué buscar el ascenso en su carrera militar si una mujer leyó en los naipes que si José Dolores llegaba a coronel quedaría paralítico, y que moriría en el término de un mes contado a partir de la fecha en que recibiera el águila del generalato? Mayor de las Fuerzas Revolucionaris reivindicándolas había llegado a ser gracias a su bravura en las batallas de Campomanes y en las astutas emboscadas de Coralitos y Las Cruces; mayor, seguía siendo orgullosamente en su retiro.

Reapareció Pilo Fraga. Nada traía en las manos, botellas o copas. Solo una disculpa:

–No hay coñac ni cerveza, señor . . .

–Pues vaya a comprarlos, mayor. No se quede ahí parado . . .

Intervino José Dolores Beltrán:

–No se moleste más, señor Presidente –miró en escorzo a un Pilo Fraga enrojecido de furia disciplinada–. Tomaré de lo que haya. Gracias . . .

–Tenemos champaña y ron . . . –dijo Gómez-Anda.

–Está bien . . .

–Sírvanos, mayor Fraga . . .

Don José Dolores, Don Lolo como lo llamaban en su

provincia de Jacarandá, alternaba un sorbo de champaña con uno de ron, pausadamente. Para cederle un poco de su escaso calor, Gómez-Anda mantenía entre sus manos la copa con ron. También sin prisa o avidez, bebía de ella de tiempo en tiempo.

–¿La señora . . .?

–Descansando en Puerto Gardenia, con los amigos Servín . . .

–La vi muy pálida en la Cámara, esta mañana . . .

–Pero muy entera, mayor. Muy entera . . . –Él también, desde la tribuna, la había visto inmóvil, sin parpadear, descolorida y con los labios apretados, en el Palco de Honor del Congreso. Detrás de ella, sombra protectora, grueso y de pie, Fermín Palermo.

–Señoras tan señoras como ella quedan pocas, señor Presidente.

–Así es, mayor . . . –suspiró antes de beber.

Entre los dos creció de nuevo, como una mancha, el silencio. La locuacidad no era uno de los atributos de Beltrán, reservado, casi taciturno siempre. Tampoco lo era de don Aurelio.

–Nos daría mucho gusto, señor Presidente, que usted y la señora fueran a pasar una temporada a Jacarandá . . . No tenemos mar, pero siempre buen tiempo y, sobre todo, leal amistad . . .

–Con gusto, mayor . . .

–A doña Armandina le vendría bien nuestro aire, señor, y además, llegaría a su casa . . . Creo que le hemos cuidado muy bien Las Cazuelas todos estos años . . . Linda finca, señor . . . Ya la conocerá . . . Linda y productiva, señor . . .

–Hmmm . . . –Le molestaba que José Dolores Beltrán estuviese hablando de Las Cazuelas, el segundo rancho que Armandina compró apenas asumió él la Presidencia. "El que inició la colección que los murmuradores le re-



prochan. Pues no me he atrevido a preguntárselo, no sé con exactitud cuántos tiene ya . . . Dicen que por lo menos uno en cada provincia . . ."

–Y se podrá dar gusto de recorrer Jacarandá viajando en su coche por esas carreteras tan buenas que nos ha hecho usted, señor Presidente . . .

–Hmmm.

–El coche de La Doña se pone a andar todos los días, señor. Tenemos un mecánico que se ocupa especialmente de ello . . . Gran coche ese . . . –y, orgulloso, recordó el suyo: idéntico al de Armandina Gómez-Anda. Piezas únicas, de modelo intemporal, construidas por encargo, al precio que pidieron, en la fábrica Rolls-Royce. Esa maravilla color oro permanecía, por órdenes de don Aurelio, recatada, escondida, dentro de un cobertizo que el gobernador Beltrán dispuso construir en Las Cazuelas, la gran hacienda, que por modestia llamaba rancho, que había logrado hacer tan productiva como las propias que eran, también, innumerables en la provincia.

Bebieron, mirándose, como si se vigilaran. José Dolores Beltrán pensó que don Aurelio se había hecho viejo, más viejo, en unas horas. En la Cámara lo había visto triste, abrumado y aburrido, escuchando las ráfagas iracundas del primer discurso, ya como Presidente, del doctor Ávila Puig. Lo había visto bajar a tientas, despacio, como si estuviese ebrio, los peldaños que descendían del estrado; agradeciendo, con el ademán mecánico de su mano derecha, los tibios aplausos corteses de los que asistían a la ceremonia. "Muy disminuido lo ha dejado el Poder. Ya no es el mismo; no lo es . . ."

–¿Se quedará un tiempo por acá, mayor?

–Poco, señor . . . Regreso mañana a Cárdenas. Como siempre, en Jacarandá no se acaba para mí el trabajo . . .

–Se me ha dicho que el Doctor Ávila irá pronto a visitarlo allá . . .

-Bien quisiera que no, señor . . .

-¿Por qué, mayor? Siempre es grato recibir al señor Presidente . . .

-Depende, señor, de quién es el Presidente . . . Si es amigo, como usted . . .

-El Presidente de la República es amigo de todos, mayor.

-No éste, señor . . . Al menos, no parece serlo . . . No tiene lidia . . . Tampoco hay modo de entender qué va a hacer.

-El doctor es todavía algo novato, mayor . . . Deje que se encuentre a sí mismo . . . Entonces será fácil . . .

Para no responder, don José Dolores se levantó a tomar la botella de champaña. No preguntó a Gómez-Anda si deseaba que le sirviera más ron, pues su vaso estaba aún casi lleno. Los suyos, merecían ser reabastecidos. De pie, después de beber, dijo:

-El señor ha empezado mal, echándole a usted toda la culpa de la situación . . .

Don Aurelio levantó una ceja. Bebió un sorbito. Comedida se escuchó su opinión:

-El Presidente Ávila Puig dijo lo que la gente estaba esperando que dijera . . . Eso es natural. Hacer una poca de leña agrada a los descontentos, a los inconformes . . .

Volvió a sentarse en el sofá José Dolores Beltrán. Recuperó el tejano y cubrió con él su mano impedida:

-Después de lo de hoy, pienso, señor, que fue una verdadera lástima que hubiera fallado el loco aquel que lo balaceó en la plaza de toros . . . Tal vez las cosas habrían venido mejor para todos . . .

-Eso, ¿cómo saberlo, mayor . . .?

-Con otro que nos hubiera usted nombrado, no habría podido irnos peor, señor Presidente . . .

-Aventurado es decirlo, mayor . . . Quizá también estaríamos quejándonos, ¿eh?



POCO ANTES de que en la Cámara se iniciara la ceremonia de transmisión del Poder Presidencial, el gobernador de Jacarandá abandonó su palco y abordó abajo, en la primera fila de escaños, a Otoniel Douglas, que esa mañana iniciaba una nueva etapa de su carrera política como Director del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Unificador Revolucionario.

-Quiero que hablemos pronto, Otoniel, sobre la sucesión allá . . . Traigo mi lista y . . .

Los aturdió el estruendo que producían las doce bandas de guerra aportadas por las Fuerzas Armadas y los sindicatos, y las notas del Himno Nacional con que recibían al Jefe del Ejecutivo y al Presidente Electo los músicos de la orquesta de Guardias de Asalto instalados en el foyer del edificio neoclásico que servía de sede al Poder Legislativo.

-Búsqueme en Palacio más tarde, mayor. Allí hablaremos . . .

Volvieron a encontrarse en el Salón de Embajadores, del Palacio Nacional. Miles de personas (políticos o no, funcionarios, magnates, diplomáticos, curiosos que habían conseguido ser invitados o que de algún modo habían logrado colarse a través de los puestos de control y de las vallas de seguridad) formaban la ancha columna de hombres y mujeres que desfilaban ante Víctor Ávila Puig para ofrecerle sonrisas y felicitaciones y, sobre todo, para ser vistos. Luego de saludar al Primer Mandatario, y de ser abrazado por él (uno de los poquísimos que recibieron tal distinción) el mayor José Dolores Beltrán buscó a Otoniel Douglas. Lo halló en confidencia con Plutarco Canto en uno de los balcones que vigilaban la Plaza Mayor –escenario en ese momento de la fiesta popular que costeaba el Partido.

Cuando estuvieron a solas, Beltrán entregó al director del PUR, como reiteradamente lo había hecho a

otros Directores en el curso de los últimos ochos lustros. La Lista con los nombres de las personas que proponía el Partido para que éste las postulara en mayo –mes en que debía cumplirse el requisito de registrar candidatos a la gubernatura, el Senado, la Cámara Federal, las alcaldías, los ayuntamientos y el Congreso Local de Jacarandá.

–Me parece que son muchos Beltranes, mi mayor… –dijo Douglas, después del vistazo. De los ciento cuarenta y nueve nombres inscritos, en por lo menos noventa figuraba el apellido de don José Dolores.

–No todos son de mi familia, Jefe Otoniel… En Jacarandá lo que sobran son Beltranes…

Frente a la palabra: GOBERNADOR leyó Otoniel Douglas, remarcado con tinta roja: GENERAL DE DIVISIÓN ARISTARCO BELTRÁN. Como si ignorara de quién se trataba, inquirió:

–¿Pariente, mi mayor?

–Hermano, Jefe Otoniel.

En el centro de la Plaza, formando un círculo en torno al astabandera, los mil doscientos componentes de la Estudiantina de Estudiantinas del Sector Popular emprendía con un sincronizado rasgueo de mandolinas y guitarras, y el aletear de listones de colores y de negras capas de paño, un popurrí de los *Aires Nacionales* del maestro Telémaco Prado Peña.

–¿Qué edad tiene ya el general, mayor?

–Setinticuatro en noviembre…

–¿No le parece que está ya un poco pasado, para querer ser gobernador?

–Todo depende, Otoniel… Su edad no importa… Le daríamos un gusto… Mi hermano Aristarco ha sido todo en Jacarandá, menos gobernador… No quiere morirse sin serlo: yo le prometí que lo sería; ahora que me corresponde pasar cinco años en el Senado… Trabajaría bien, se lo garantizo. Me encargaría que lo hiciera…



La respuesta del Director del PUR se demoró largamente. En el lado oeste de la Plaza Mayor un denso grupo de indios semidesnudos ejecutaba una danza acompañada por camarillos y tamboriles. Con sus piruetas agilísimas y su vistoso vestuario, atraía la curiosidad de la muchedumbre Juan Nepomuceno Rivas, "Águila Veloz", Gobernador de las Nueve Tribus Kanti, que aspiraba a ser diputado federal.

Serio ahora, Douglas recogió su mirada para centrarla en el rostro, de hombre muy seguro de sí mismo, del mayor Beltrán:

–Ocurre, señor Gobernador, que el Presidente Ávila Puig estima que ha llegado ya La Hora del Cambio, y que esa Hora ha empezado a correr esta mañana… Ello quiere decir que con el Doctor Ávila se inicia, y es natural que suceda, un nuevo estilo de Gobierno; El estilo Ávila de gobernar.

–¿Y…? –la cara de Beltrán, trabajada por el tiempo, enrojecía a pausas.

–Habiendo empezado La Hora del Cambio habrá cambios en Jacarandá y en todas las provincias donde está por iniciarse la renovación de los cuadros… Cambios, señor gobernador Beltrán, que el Presidente considera saludables y nuestro Partido, necesarios… Gente nueva, mayor… Caras jóvenes en el Gobierno, en los Congresos, en los Ayuntamientos… Apertura, don José Dolores…

–Demasiado riesgo es llevar niños al Gobierno…

–Todo lo que es nuevo es riesgoso, en apariencia… Sangre fresca. Voces limpias. Honradez, mayor: mucha honradez… Eso desea el Presidente que haya ahora… De renovación a fondo será la tónica de *Su* gobierno… Y en Jacarandá empezaremos a renovarlo todo…

–¿Por qué Jacarandá? –su gesto era arisco; dura su voz.

–Porque de acuerdo con el calendario electoral, Jacarandá es la primera provincia en la que, por decirlo así, se abre el fuego político . . . Por eso, mayor. Nada personal . . .

Le devolvió, doblado por la mitad, el pliego en el que el mayor había anotado los nombres de sus ciento cuarenta y nueve candidatos. Beltrán se rehusó a tomarla. Hacerlo, pensó, equivalía a admitir que cancelaba la oportunidad de todos de ellos: de cada uno de los hermanos, sobrinos, yernos, consuegros, nueras, nietos, compadres, cuñados y protegidos, se apellidaran Beltrán o no, seleccionados por él y por él, según costumbre, propuestos a la aprobación más simbólica que real, del Presidente de la República y de la alta jerarquía del Partido.

–Guárdela usted, Jefe Otoniel, por si se ofrece. Hay gente muy buena allí . . .

–No será necesario, mayor . . . Conforme a las instrucciones del Presidente Ávila Puig, el Partido escogerá en Jacarandá, y en todas partes, candidatos sin nexos de ningún género con el pasado, con las autoridades en turno, con los grupos del poder local . . .

–¿Y con quien cree el señor que va a gobernar las provincias, Jefe Otoniel?

–Nada personal, insisto. Cambio de estilo, de procedimiento, solamente . . .

Casi blanco el rostro rojizo; helados los ojos azules, invisibles los labios, José Dolores Beltrán guardó el papel en el bolsillo interior de ese traje suyo que desentonaba, por su color y su informalidad, en un lugar como Palacio donde proseguía la lenta, inacabable, fastidiosa ceremonia de salutación al nuevo Presidente.

–¿Habrá chance para el general Beltrán? –Con el muñón de hueso pulido que era su mano derecha, el gobernador de Jacarandá empezó a golpear molestamente,



quizá sin darse cuenta, la balaustrada de bronce sobre la que habían tenido apoyados los codos.

–Temo que no, mayor . . . Es más: la semana próxima el general Beltrán pasará a situación de retiro por haber rebasado, hace muchísimo, la edad límite . . .

Tímidamente ahora, como si lo avergonzara preguntarlo, murmuró don José Dolores:

–Un servidor, ¿volverá al Senado cuando deje la gubernatura?

–Eso, mi mayor, no ha sido aún decidido por el señor Presidente. A su tiempo lo será.

–¿Cree usted que si yo hablara con él . . .?

–El doctor Ávila Puig lo estima, mayor, y usted lo sabe. Aprecia su mucha experiencia y el control que sobre Jacarandá y sus gentes ejerce usted . . . Mucho pesará eso a su favor, mayor . . . Si desea usted platicar con él, estoy seguro que el señor lo recibirá con gusto, uno de estos días . . .

–¿Cuándo, Jefe Otoniel?

–Pronto, mayor . . . Me ocuparé de arreglarle la cita, y de avisarle fecha, hora y lugar . . .

SOBRE LA izquierda montó Gómez-Anda la pierna derecha. Sentía entumecida la parte del muslo en contacto con el cuero helado del asiento. El ron le sabía mejor así, menos fuerte, tibio de tanto conservar el vaso entre las manos.

–Cada Presidente llega con sus ideas . . . Los cambios son inevitables . . . Yo mismo, ¿no los hice? En los primeros meses, ¿no se prestaron también a murmuraciones?

–Usted no puede compararse con éste, señor Presidente . . . Usted llegó como la gente decente, sin echar gritos ni atropellar a nadie . . . ¿A quien amenazó usted?

¿a quién llamó usted ladrón, corrupto, derrochador o insensato...? Hizo cambios, sí, pero respetó lo que ha sido siempre respetable: las costumbres, los derechos adquiridos, las categorías... Ávila Puig aparece hiriendo por parejo: golpeando a todos, injustamente; a usted primero que a nadie...

Asintió don Aurelio, pero su palabra expresó otra cosa:

–El señor Presidente Ávila Puig llegará a serenarse pronto... Démosle tiempo... Aprenderá que no siempre se hace, se puede o conviene hacer, lo que se dice... En su campaña dijo cosas en las que no ha vuelto a insistir porque se ha dado cuenta que estaban o mal dichas o que no funcionaría... Lo mismo pasará con mucho, con gran parte de lo manifestado por él esta mañana... Los Planes de Gobierno han de ser realistas y las palabras, discretas...

–Las del Doctor no lo son...

–Como alguien dijo el otro día, mayor –indicó Gómez-Anda, que solía atribuir a terceros anónimos frases de su invención; datos, precios, fechas o cifras que le convenía en ciertos momentos manejar a sabiendas de que eran inexactos, de autenticidad incomprobable, o inventados por él: –En otros tiempos, Los Presidentes lo amenazaban a uno con sus pistoleros. Éste nos amenaza con sus auditores...

–En efecto, señor –Beltrán sufrió la sacudida del Trío-Perros de la Contaduría Mayor del Ministerio de Finanzas llegaron ayer noche, y hoy temprano me lo avisaron, a Cárdenas y a otras ciudades grandes de Jacarandá, para revisar los libros de todas las agencias federales, en especial las que manejan dinero o permisos... El gobernador Enrique Gavilán me dijo, esta mañana, que a él también le cayó la plaga de los inspectores... Y el gobernador Ayala-Santana no sabe qué hacer con los que



ya tiene en Salvatierra... ¿Por qué pretende perjudicarnos ese señor...?

De un rápido sorbo, Beltrán apuró el ron que conservaba en el vaso y fue a servirse más. Oía a don Aurelio expresar:

–No creo que el doctor Ávila Puig quiera perjudicar deliberadamente a nadie... Hace lo que hace, supongo, para estar informado...

–La mitad del discurso que nos echó hoy, fue un decir y repetir que la honradez para acá y la honradez para allá. ¿Y qué es lo primero que él ha hecho, señor? Crear con Bladimiro Viderique, y cualquiera lo sabe ya, una constructora, una superconstructura, para acaparar contratos de obras públicas... ¿Le conté que en la ciudad de Cárdenas esa compañía abrió oficinas, cinco pisos de oficinas lujosísimas, en el edificio nuevo de mi yerno Ismael...?

–Que un conocido, un amigo del Presidente, establezca un negocio, constructora o empresa de importaciones y exportaciones, no significa necesariamente, mayor, que el Presidente sea socio o que reciba algo... Ese puede ser el caso...

–Lo dudo, señor... Construcciones Federales ha suspendido sus trabajos. ¿Sabe para qué? Para que Viderique pueda escoger, para él, los mejores contratos... Eso mismo opinan muchos gobernadores amigos con los que hablé en la Cámara... Lo bueno, lo grande, lo que deje más utilidad, para Bladimiro y Compañía. Lo que sobre, para el que lo quiera...

Sonrió don Aurelio opacamente. Quizá recordara informes de reproches parecidos:

–Tranquilo, mayor... Para todos seguirá habiendo, como siempre... La Constructora Beltrán no quebrará, se lo aseguro. Tampoco la de Enrique Gavilán o las del gobernador Ayala-Santana... Cuestión de acomodo. De

iniciar nuevas amistades. De conocer y ser conocido . . .

–¿Podrá Él señor Ávila ser amigo de alguien . . .

–Muchos lo estiman, mayor.

– . . .si ha empezado por negarlo, por desconocerlo a usted, que lo puso donde está?

Repitió algo que ya había dicho, pero que siempre tendría vigencia. Algo que solía pensar, y de ser necesario decir, aun a riesgo de que se le creyera soso o repetitivo:

–En la Política a Nuestra Manera, mayor, la amistad dura lo que un periodo de gobierno, dos a los más; pero el rencor, toda la vida . . . No obstante algunos párrafos de su mensaje de hoy, considero que es buena, y que será duradera, nuestra amistad personal y oficial con el Presidente Ávila Puig . . .

–Si usted lo dice . . .

–Lo creo así; lo siento así, mayor . . .

José Dolores Beltrán dijo entonces, muy solemnemente:

–Amistad, señor Presidente, la nuestra . . .

–La nuestra, mayor . . .

–Muy fuerte porque ya la probó el tiempo, porque el tiempo la ha ido mejorando . . . A eso le llamo yo amistad . . .

HACIA FINES del verano, después de una desastrosa temporada sin victorias, el Segundo Ejército de Guerreros de Cristo Rey inició su paciente retirada hacia sus cuarteles de invierno, en el norte. No huía, pero tampoco buscaba contacto con el enemigo federal. Se replegaba todavía en orden, presentando combate sólo si era inevitable. "Buen soldado, el Doble Zeta", debía reconocer el encargado de hostigarlo, Marcelino Ku, compañero de correrías en otros años del coronel Rolando Zozaya Zarazúa. "Soldado bueno que sabe cuándo escurrirse y cuándo aguantar". Los obispos que habían alzado la rebelión contra el Supremo Gobierno, y que la habían mantenido viva y poderosa ya un lustro, decidieron negociar políticamente la paz. Zozaya se inconformó. "Después de medio millón de muertos no podemos doblar las manos, entregarnos. ¿Para qué, entonces, todo ese morisero"? Los obispos lo escucharon en Ciudad Canchola y esa misma noche despacharon emisarios secretos a las provincias donde seguía dándose respuesta al grito de: "Viva Jesucristo y mueran los ateos". Dos mensajes llevaban: Uno: "Se discuten los términos del armisticio. Ni vencedores ni vencidos. Todos hermanos en El Señor". Otro: "Se desautoriza la actividad militar que insiste en prolongar innecesariamente el C. Coronel Rolando Zozaya Zarazúa. Para no comprometer las pláticas de armonía, se recomienda no secundar más sus acciones". El Doble Zeta vio mermados sus efectivos y sus recursos. De milagro escapó en Corralitos y, gracias a su instinto, salvó la vida, y la de casi todos sus hombres, en los Bajos de Corinto. Vegetaba, racionados su parque y sus tropas. Difícil le resultaba conseguir dinero para pagar, así fuera simbólicamente, a sus seguidores. Hizo un par de viajes a la capital de la República y los obispos, que celebraban cónclave de incógnito, le quitaron el mando de su fuerza. Los desafió. "Me debo a los míos y no voy a engañarlos. Traicionen ustedes. Yo no lo haré. Pelearemos hasta el fin. Dios o Muerte. No queda otra".

Los negociadores del Gobierno demandaban, para firmar una paz que prometían 'larga y estable', la rendición del coronel. A convencerlo de que depusiera ya las armas y se entregara al general Marcelino Ku, salieron en su busca el obispo Hilario Manjarrez y el padre Velázquez, sobrino suyo. Le llevaban una carta. "El C. Presidente de la República se ha comprometido por escrito,

ante nosotros, a respetar su vida, sus bienes, y los de sus gentes, en cuanto usted . . ." Zozaya Zarazúa suspendió la lectura. "Arreglos, no. Dios o Muerte. No queda otra". El obispo Manjarrez sugirió: "Piénselo, coronel, ahora que todavía es tiempo". Llegar a un acuerdo, urgía. Se pensó entonces, como último recurso, preparar una traición. Para cumplirla fue señalado el mayor Boris Tudela Fuentes, segundo en el mando. Aceptó las condiciones: a cambio del cadáver de su jefe recibiría 'una suma sustancial', cuya cuantía jamás se dio a conocer, y el empleo de administrador de una aduana fronteriza.

Llamado a consulta a la capital, el jefe de las fuerzas que perseguían a lo que aún quedaba del ya destartalado Segundo Ejército de Guerreros de Cristo Rey, que cada día eran menos porque cada noche desertaban más, corrompidos por el dinero del mayor Tudela Fuentes, recibió una orden inapelable:

–Cójalo, general Ku, antes de que Rolando alcance a llegar a la línea de Pontevedra . . .

–Lo cogeremos, señor Presidente.

–Si no lo detiene a tiempo, será imposible encontrarlo más allá . . . Mañoso como es, de Pontevedra no saldrá hasta el año que 'ntra . . . Los obispos y el Gobierno queremos acabar ya con esta jodida molestia . . .

–Las Fuerzas Armadas también, señor Presidente.

Se mandaron rápidas tropas a batirlos, pero El Doble Zeta, como si les adivinara la estrategia, imponía la suya y evitaba el enfrentamiento. Escasearon las escaramuzas. Unos y otros, el que perseguía y el que era perseguido, dejaban de avistarse días y aun semanas. Algunos hacendados, los más recalcitrantes partidarios de la Cristiada porque eran los que más tenían que resentir del Gobierno Federal, continuaban, pese a la prohibición de los prelados, aportando dinero, armas y peones al Segundo Ejército. Renato Galarza, "consejero político" del coronel Zozaya Zarazúa marchó a los Estados Unidos a comprar material bélico por el equivalente a cuatrocientos mil dólares. Nunca regresó. (Se supo que había solicitado asilo político en México y luego la nacionalidad mexicana. En ese país llegó a ser, con el tiempo, respetable hombre de empresa y bullicioso ratón de sacristía.)



En su marcha incierta, el Segundo Ejército se acercaba lentamente a la frontera de Pontevedra –donde empezaba la vastedad del desierto de Las Ánimas. Con todo y sus rigores, el desierto significaba salvación, reposo, oportunidad de reorganizarse, pertrecharse, recuperar el ánimo y la potencia efectiva con el armamento que Renato Galarza traería de fuera.

Un mensaje de Boris Tudela Fuentes remitido al agente de enlace, permitió saber a los obispos y, por medio de éstos, al general Ku, que el coronel Zozaya estaría llegando, a últimos de septiembre, al valle de La Gavia, si tomaba la ruta del oeste; o a la cadena de colinas, contrafuerte de la Sierra Veteada, si de decidía por la del centro. Una opción más, en caso de que sus planes de retirada sufrieran cambio, podría ser el camino de Puente Ancho. Marcelino Ku estudió sus mapas y distribuyó responsabilidades. A José Dolores Beltrán le encomendó vigilar la región de La Gavia. "Pendejo mi compadre Rolando no es, pensó El Tigre de las Bajadas, y jamás se metería en los rumbos de Lorenzana, que son planos en una parte y que en las quebradas no ofrecen posibilidad de armar una buena defensa". Para él, don Marcelino Ku eligió el centro. "Siempre ha sido así El Doble Zeta: aparece por donde menos se le espera. ¿Y quién, carajo, teniendo mejores salidas va a meterse en el berenjenal de la Sierra Veteada? Como ha de imaginarse que yo no lo haría, lo hará él. Seguro que lo hará. A mañoso, mañoso y medio . . . Al pie de Sierra Veteada lo cogeré, y con eso pongo al chaquetín la estrella que me falta . . ."

Tres combates, en el término de quince horas, sostuvieron sobre los páramos de Lorenzana las Fuerzas Armadas al mando del Mayor José Dolores Beltrán y la tropa andrajosa, muy mermada ya, del coronel Rolando Zozaya Zarazúa. El primero ocurrió al oscurecer. Poco después de amanecido, el segundo. A eso de las doce del día se inició el tercero, que habría de ser el último, el más sangriento y el más breve. "Planteamos la pelea y El Doble Zeta no le sacó el bulto. Con los pocos que ya para entonces le quedaban, lo fuimos empujando a la quebrada de Lorenzana. Cuando vi que reculaba derechito a ella, ¿y qué más podía hacer el pobre, si todos los otros caminos se los tenía yo tapados?, me dije: 'Ya te jodiste, coronel. De ésta no sales'. Me dije eso diciéndoselo a él porque yo tenía mis órdenes y mis órdenes eran no tomar prisioneros. ¿Entiende usted lo que eso, "no tomar prisioneros", quiere verdaderamente decir cuando anda uno en esos trabajos?... Fuerte peleó Zozaya Zarazúa porque era soldado-soldado y porque sabía ser valiente... Cuando acabó todo, a eso de las cuatro de la tarde, supe que habíamos dejado vivos, para mi contrariedad, a treinta y cinco infelices: un capitán, un subteniente, un pagador civil, y de tropa los otros. Buscamos el cuerpo del Doble Zeta y jamás dimos con él... ¿Cómo se nos fue, y en qué momento? no lo supe entonces. Años después, cuando las cosas eran de otro modo, mi coronel, ya general de división, me lo contó, y los dos nos reímos mucho... Pero eso es harina de otro costal... El caso es que llevé a toda esa gente a La Gavia, donde tenía mi cuartel de operaciones. Pedí instrucción a mi superioridad sobre el trato que debía dar a tales personas. "Fusílalos, Beltrán. ¿Qué esperas?", fue la orden que traía la voz furiosa de don Marcelino Ku. "¿También al pagador civil?". Contestó: "También a ése".

Beltrán estaba cansado, hambriento y tenía ganas de



unos tragos. El rumor de que iban a ser pasados por las armas llegó a los presos, que tenían reunidos en un picadero de la Hacienda Los Robledo. Exigieron respeto a su vida. "Mis huevos", dijo el lacónico oficial que los cuidaba. "Queremos siquiera confesarnos. Arreglarnos con Dios". José Dolores Beltrán, católico él mismo, accedió concederles esa gracia. En el auto *Düssember* de los dueños de la finca, mandó a recoger al capellán del regimiento, que en el pueblo se ocupaba de bautizar y confirmar menores. Cuando lo tuvo enfrente dijo: "Como soldado que es usted, padre, sabe que debo ejecutarlos porque así lo dispuso la Superioridad... Le agradeceré que los ayude a morir cristianamente". Mientras el sacerdote cumplía, el mayor Beltrán procedió a comer el queso y la carne seca, y a beber el vino tinto que había encontrado en alguna parte el sargento Almendra. Reapareció el sacerdote: "¿Terminó ya?" "¿Sí, mayor?" "¿Quiere quedarse?" "Prefiero volver allá, y seguir lo que estaba haciendo". "Sargento". "¿Señor?" "Que alguien lleve al padre al pueblo".

Con Almendra a su lado, José Dolores Beltrán apareció en el picadero, los pulgares colgando del cinturón. Caminó entre los prisioneros. "Un soldado no se abate así, aunque esté a punto de irse al carajo. Estos son culeros, maricones, no militares". Casi todos: lloriqueando; abrazándose a sus botas sucias de barro y majada; hablándole de la salvación de su alma y del amor de su Santa-Madrecita, demandaban la gracia de su perdón. "Nos engañaron, señor. Nos hicieron pelear a fuerza. Nos obligaron a matar federales. A colgarlos de los postes del telégrafo. A crucificarlos, también. A dinamitar trenes y a quemar cosechas... Pero nosotros no queríamos hacerlo, señor... La culpa es del coronel Zozaya, no nuestra... No nos mate, por favorcito".

Como si quisiera librarse de los reproches que quizá

alguna vez en el futuro le haría su conciencia, José Dolores Beltrán se limitaba a gruñir: "Yo no los mato. Sólo cumplo órdenes, no las doy", o colérico a injuriarlos: "Sea macho, cabrón . . . No se mee así . . . Aguántese. ¿Qué dirá la gente? ¿No los enseñaron los curas a saber morir? Pues ahora demuéstreles que lo aprendió bien . . ."

Aparte del grupo, de pie cerca del muro, ocupado en limpiar de polvo las solapas de su chaqueta negra; ajeno a la congoja del resto y levemente aburrido, vio al pagador civil –a ese hombre flaco y cetrino al que le incautaron tres bolsas con billetes de banco y sus dos libros de cuentas; el mismo, un poco altanero, que exigió recibo por unas y otros. Entre el brazo y el costillar conservaba, sin oprimirlo casi, un sombrero, también negro, de velour. Beltrán, mascando un palillo, se le paró enfrente. Con cierta insolencia, le sintió así, el pagador lo miró de arriba abajo. No era viejo, sólo parecía serlo. Sus edades no serían muy desiguales.

–Usted, ¿no va a pedirme perdón, eh?

–¿Por qué he de pedírselo?

–El capitán y el sub-teniente, y toda la indiada, lo hicieron ya . . .

–Cosa de ellos . . . No veo por qué solicitar de usted algo que no está en condiciones de poder concederme. Tiene usted sus órdenes, nos ha dicho, y va a cumplirlas . . .

–Si yo quisiera . . .

–Será mejor que no hable tanto y haga lo que deba hacer. Fusílenos de una vez. Ya está oscureciendo y empieza a calar el frío . . .

No sabía si furioso o sólo aturdido, y de algún modo, dominado, por la inesperada arrogancia de ese hombrecito sin carnes; demasiado bien vestido y limpio para haber tomado parte en un combate del que resultaron, de los perdidosos, noventa y dos cadáveres; agrio de gesto y



agresivo de voz, que lo ponía nervioso de tanto llevar su mano al nudo de la corbata para mantenerlo en su lugar, el triunfador de Lorenzana exigió:

-¿Nombre?

-Gómez-Anda, Aurelio.

-¿Ocupación?

-Pagador civil. Segundo Ejército del coronel Rolando Zozaya Zarazúa . . .

Ahogó las otras palabras de su respuesta la primera descarga. Los hombres estaban siendo fusilados, de dos en dos, por escuadras de seis tiradores. La pared del tendero empezaba a pringarse de sangre. Al del estiércol de vacas y caballo, se mezcló el olor de la pólvora.

–¿Así, que según usted yo que puedo fusilarlo, no tengo autoridad para salvarlo si quisiera, eh?

–Usted, señor, fue quien lo dijo. "Cumplo órdenes, no las doy", fueron sus palabras, ¿verdad?

–Yo, aquí, óigalo bien, hago lo que sale del forro de . . . de . . .

–Se escucharon nuevos disparos, y el grito de José Dolores Beltrán –¡Sargento Almendra . . .!

Instantánea, pues se hallaba detrás de él, se materializó el asistente.

–A la orden, mayor . . .

Mientras tronaban nuevamente los rifles, Beltrán entregó al sargento sus instrucciones confidenciales.

El pagador Gómez-Anda, masón que no sentía haber comprometido sus convicciones políticas o filosóficas al aceptar el empleo de Pagador Civil del Segundo Ejército de Guerreros de Cristo Rey que le consiguió su protector Aquiles Veragua, pariente del coronel Rolando Zozaya Zarazúa, preguntó a Beltrán si sería capaz, "ahora que todo esto termine", de hacerle un servicio personal.

–Diga nomás. ¿De qué se trata?

–De remitir, a quien corresponda, el recibo que am-

para los dineros que me fueron confiscados y mis libros de cuentas . . .

–Se hará como usted quiere, pagador . . . –y creció en la boca de José Dolores Beltrán una sonrisa.

Cada cinco minutos, siempre sin testigos, o sin otros que los que aguardaban turno para morir o para reemplazar a los que mataban, dos hombres más eran sacudidos por el viento de las balas. No iba a dárseles sepultura. "Tierra, nada más a los nuestros, no a esos cabrones". El mayor Beltrán había dispuesto que los cuerpos fueran apilados y que luego se les rociara con algo, petróleo o gasolina, que ardiera. La lumbrada duraría toda la noche allí, en el picadero de la hacienda Los Robledo. Gómez-Anda, si alguno padecía, disimulaba con indiferencia su miedo. "Duro tipo, este flaco . . . No se arruga aunque sólo falten seis para que le toque a él . . ."

Alguna orden dio el mayor, pues el capitán que dirigía los pelotones empezó a tomarse más tiempo entre una ejecución y la siguiente. Lo que no había hecho en toda la tarde, repartió cigarros y fumó con los soldados. Los que no tenían curiosidad por asistir a la matanza; los que se habían acostumbrado a verlas o a participar en ellas, pululaban por los alrededores de la Casa Grande en busca de algo que comer, de algo con qué refrescarse –tal vez, de alguna enagua que sorprender.

Reapareció el sargento Almendra. Junto a él, también a paso vivo, marchaba un hombre más viejo, pero igual de magro y enlutado, que el pagador Gómez-Anda.

–¿Le parece bien este señor, mi mayor?

–Servirá, sargento . . .

El hombre que Almendra había ido a buscar a La Gavia, o a donde pudiera encontrarlo, se enfrentó a Beltrán. En la ternilla se le prendían unos lentecitos como los del prisionero, pero transparentes:

–¿Quiere usted decirme por qué me han traído aquí? –demandó mirando a lo lejos, con azoro, inmóviles como bultos de grano, los cuerpos de los ejecutados.

–Para que nos haga usted un favor, señor . . . Beltrán tiró el palillo de dientes que había estado mascando . . . –¿Cuál me dijo que es su nombre . . .?

–Luciano Avitia . . .

–¿Y a qué se dedica?

–Soy tipógrafo.

–Gusto en conocerlo, señor . . .

–¿Qué favor quiere de mí . . .?

José Dolores Beltrán, que dos tardes después, a causa de un estúpido accidente perdería para siempre la movilidad de su mano derecha, sonrió primero y luego, serio ya, como si lo apenara lo que iba a decir, señaló al individuo del sombrero de velour que aguardaba unos metros más allá, cerca de la puerta tranquera.

–El de morirse en lugar de ese señor . . .

Había que cuidar los detalles. Con un pañuelo rojo amordazaron y con cuerdas inmovilizaron al tipógrafo Avitia. Personalmente, el mayor Beltrán instruyó al pelotón: las seis armas directas a la cabeza, para desfigurarlo. No fue necesario desperdiciar el tiro de gracia. Alinearon el cadáver junto a los otros.

–Empiecen a quemarlos –fue su orden.

Se reunió después con Gómez-Anda, al que había mandado sacar del picadero. Sus libros de cuentas sobre los muslos, vigilado por el sargento Almendra, el pagador aguardaba en el asiento posterior del *Düssemberg*. De vuelta en el cuartel de La Gavia, José Dolores Beltrán dictó una *parte* y en él hizo constar que habían sido ejecutados, "en cumplimiento de las órdenes emanadas de Esa-Superioridad-a-su-Digno-Cargo", los elementos de tropa y el civil que se le tomaron al coronel Zozaya Zazúa, "cuyo fallecimiento se da por seguro, aunque hasta el momento, por lo avanzado de la noche, no haya sido

posible encontrar sus restos". No consideró necesario, sin embargo, mencionar las bolsas con dinero incautadas. Las conservó para sí. Con el tiempo, pues resultó que el mayor conocía a don Aquiles Veragua de Buganvilia, él y Aurelio Gómez-Anda se hicieron amigos. Seguían siéndolo –excelentes.)

DESDE LA PUERTA, el hombre que el mayor Fraga no consideró necesario guiar hacia la sala, pues era amigo de casa y conocía el camino, quiso saber con su voz de barítono:

–¿Se puede, señor Presidente?

Cuando se volvía Gómez-Anda a mirarlo, y antes de decirle:

–Adelante, padre. Pasa . . . –ya avanzaba hacia él Francisco Beltrán Cabanillas con el revolotear de su sotana de seda. Era un hombre en sus cuarenta, alto, sólido, algo gordo, de ademanes finos y sonrisa ancha.

El mayor Beltrán le ofrecía la izquierda y el obispo de Jacarandá, su hijo, se inclinó a besarla:

–A la orden, mi mayor . . .

–¿Cómo va todo, Paquito?

–Eso dígamelo usted, señor Presidente.

–Siéntate . . . ¿Algo de beber?

–Gracias. –Miró a su padre–. ¿Qué toma usted, mi mayor?

–Ron y champaña . . .

–Entonces una champañita, señor Presidente.

Gómez-Anda estimaba al obispo Beltrán. Lo había conocido cuando éste era niño. De adulto, por medio del tío Tito Livio Gómez de Lara, había tenido oportunidad de ayudarlo en sus estudios, no que la necesitara, pues el mayor era riquísimo, el Gobierno Federal le otorgó una beca para que estudiase en Roma. A ser abogado prefirió



ser sacerdote. Se graduó en el Pío Latino con honores.

–¿También ron, como el mayor?

–Sólo champaña, señor . . .

El obispo Beltrán tomó asiento junto a su padre. Lo miró beber éste, un poco oblicuamente:

–¿Dónde anduvo todo el día m'ijo que a esta hora llega?

A Gómez-Anda, más que a don José Dolores, fue a quien le respondió Francisco Beltrán, luego del sorbito de champaña:

–Desayuné con Su Paternidad, el Cardenal Castro, señor . . . Le envía sus saludos . . .

–Que se agradecen, Paquito . . .

–Por televisión vimos casi toda la ceremonia, señor . . . –Sonrió malicioso mientas volvía a beber.

–¿Qué le pareció a don Maximiliano? –preguntó el mayor.

El obispo Beltrán dió a los pliegues de su sotana, levemente sucia de barro en la olla, una mejor colocación. En la izquierda, gordiata y de uñas barnizadas, mantenía el vaso.

–Creo que como todos, Su Reverencia quedó aterrado por oír lo que oía . . .

–¿Qué comentarios hizo . . .?

–Diversos, señor Presidente . . . Frases aisladas . . . Palabras sueltas . . . Expresiones que, usted que lo conoce lo sabe, uno debe interpretar . . . Sin embargo . . .

¿Sí?

–. . . cuando el doctor Ávila terminó su filípica, El Cardenal apagó el televisor y expresó que sentía estar muy perplejo . . . Eso exactamente dijo: muy perplejo por lo que El Señor había dicho y por la poca, poquísima delicadeza que demostró al atacarlo a usted . . .

–Hmmm.

–Eso no fue falta de delicadeza, señor Presidente,

sino falta de madre . . . –enfatizó el mayor.

Ni su hijo ni Gómez-Anda festejaron el comentario. A Francisco Beltrán Cabanillas le desagradaban por todos los modales de su padre y, por inoportunas casi siempre, sus acotaciones.

–En su opinión, lo de hoy es sólo el aviso, el anuncio de lo que llegará después . . . Tiempos malos, de poco orden, de venganzas y mucha demagogia teme Su Ilustrísima que serán los que nos aguardan . . . Cuando supo que venía me hizo un encargo, señor Presidente . . .

–¿Cuál, Paquito?

–Preguntarle si el pueblo se portó tan mal con usted estos diez años que usted lo castigó dejándole como heredero al doctor Ávila Puig . . .

Picado, repuso Gómez-Anda:

–Hace menos de un año, cuando se lo mandé a que lo conociera en Nueva Castilla, el Cardenal Castro me dijo por teléfono que el Doctor Ávila era una persona encantadora . . . En-can-ta-do-ra y muy centrada . . . Así le pareció entonces. Hoy, por lo que me indicas, parece que ya cambió de opinión. Lógico, pues conocer a los hombres como verdaderamente son resulta difícil . . .

Siempre el vaso entre las manos como un caliz; los antebrazos reposando sobre el vientre generoso que en parte cubría la ancha faja carmesí; bonachona la sonrisa; pequeñitos y brillantes los ojos entre los párpados gruesos, el obispo de Jacarandá, inquirió:

–Y usted, señor Presidente, ¿sigue pensando de él lo que pensaba ayer . . .?

–Ayer no lo conocía, Paquito. Apenas hoy, todos, empezamos . . .

(AL INICIAR su segundo período como Presidente Constitucional de la República, Gómez-Anda consideró que era necesario remover de su gabinete a los más torpes de sus ministros. "Cinco años de estupideces son muchos, aun en un país como éste en el que el Primer Mandatario permite que sus colaboradores las cometan para él lucirse, después, enmendándolas". Por la noche, en una hoja de papel, anotó los nombres de quienes debían ser cesados. Por la mañana los releyó. De los siete, cuatro merecían que les concediera unos meses más para corregir sus errores. Otro quedaría en "observación" y dos se marcharían. Para reemplazar a Plinio Salamanca, en Aguas y Suelos, disponía de dos candidatos, y ninguno, sin embargo, para que cubriera el cargo de Ministro de Industrias y Desarrollo, confiado desde el primer lustro de su gobierno al economista Nicéforo Carrillo.

–Oh, Miguel, ¡qué crisis de valores padecemos . . .!

–Si me permite, señor Presidente, podría sugerirle a un elemento con gran capacidad de servicio . . .

–¿Quién es él?

–El Doctor Víctor Ávila Puig . . .

–¿Médico, Miguel?

Sonrió Rebul. Como tantos, el Presidente confundía a un Doctor en Economía (lo era igual que él por la Universidad de Londres) con un doctor en Medicina.

–Economista, señor Presidente. Fuimos compañeros en Europa.

–¿Dónde trabaja?

–Con nosotros, señor . . . Es desde hace varios años Director de Estudios Económicos del Grupo Olid . . . Profesional altamente capacitado, señor . . .

–Ah . . . –Debía ser bueno Ávila Puig para que Rebul, parco siempre, lo elogiara con tal vehemencia.

–Ya que proyecta deshacerse de Carrillo, quizá resultaría interesante que hablara usted con Ávila Puig, señor . . .

–Sí, sería interesante . . . –dijo el Presidente, reple-

gándose, al sentir que Rebul lo presionaba.

Esa noche dispuso que el Ministro del Interior vigilara a Ávila Puig. "Lo antes posible quiero saber qué ha hecho, qué hace, qué dicen de él los que lo tratan. Todo lo bueno y lo malo". Marco Tulio Cimarrosa se limitó a responder: "Lo sabrá, señor". Luego de escuchar las grabaciones del día en el Cuarto de Radio instruyó, de madrugada, al ingeniero Trinidad Apodaca. "Ordene que se vigilen sus teléfonos. De casa, de la oficina, de donde sea". "Se ordenará, señor".

Los informes que por escrito le fueron presentados el jueves, eran positivos. La ficha de Victor Ávila Puig abundaba en notas de excelencia. Joven en la madurez, era rico, aunque no en exceso, por sus acertadas inversiones en algunos negocios relacionados con las empresas Olid. Yerno del ex-gobernador de Concepción, el ganadero Amadeo Vértiz que alcanzó el grado de coronel del Ejército, el Doctor Ávila Puig era huérfano y vivía con su madre, la profesora Elena Puig viuda de Ávila. "Un buen hijo es siempre un hombre bueno". Profesionalmente parecía ser tan apto como ponderaba Rebul. Catedrático universitario, su clase matutina sobre Teoría del Desarrollo, atraía multitudes, igual que sus conferencias en el Colegio Nacional de Economistas. De joven había servido un tiempo al Gobierno Federal, ¡en el Ministerio de Industrias y Desarrollo!

–¿Así que ha tenido ya experiencia en el servicio público, doctor Ávila . . .? –Lo había invitado a conversar, por medio de Miguel Rebul.

–Muy limitada, señor Presidente . . .

Le simpatizó desde el instante en que Ávila Puig, vestido de gris, con una corbata de hilo negro como las suyas, entró muy tímidamente en el refectorio de muros blancos, en que desayunaba o comía cuando deseaba conversar en privado con alguien. "Si es de la misma



edad que Rebul, cómo ha tirado Miguelito su salud", pensó al ver así de juvenil y atlético a quien había sido camarada de estudios en Londres del Director General Ejecutivo del Grupo Olid.

–En Industrias y Desarrollo, creo . .

–Ahí, señor . . .

–¿Haciendo qué? –Lo sabía exactamente, pero deseaba que Ávila Puig lo dijera a su modo.

–Primero, unos meses, como miembro del grupo de asesores del señor Ministro Torrellardona . . . Después, como sub-jefe interino del Departamento de Relaciones Industriales Bilaterales . . . Más tarde, invitado por el señor Rebul pasé al Sector Privado . . .

Le agradó la modestia con que lo dijo. "Nada de presunciones, como otros. Llano y humilde". Le sirvió un poco más de café, del "café para las visitas", que renovaba un sirviente, no todavía del que él, preparaba y que jamás compartía con los extraños –a menos que él les hubiera permitido ya disfrutar de su amistad.

–Complicado Ministerio el de Industrias y Desarrollo, ¿verdad?

–Mucho, señor . . . Quizá sólo Finanzas lo sea un poco más . . .

A medida que a una taza de café seguía otra, la nerviosidad del doctor Ávila Puig había ido disminuyendo. Nunca antes de esa mañana había hablado con un Presidente de la República. "Es un hombre amable el señor Gómez-Anda", le había dicho Rebul la víspera. Lo era o parecía serlo. Lo recibió sin protocolo, como si fueran amigos y le sirvió un plato de fruta. "Lo que te ofrezca, acéptalo. A él no le puede uno decir que no". "¿Qué sospechas que pueda ser". Rebul, que lo suponía, se encogió de hombros: "No lo sé". "¿Y si es algo que no me guste, que no me convenga o para lo que no me sienta capacitado . . .?" "Lo que sea, di que sí . . . Ya veremos

después como sacarte . . ."

–Me parece, Doctor Ávila, que en ese Ministerio han faltado a últimas fechas idea clara de las cosas, y organización . . . Usted, que ha trabajado en él, sabe que no exagero . . .

–En efecto, señor Presidente . . .

Don Aurelio había tomado ya una decisión. Los informes de Cimarrosa, los reportes de Trinidad Apodaca, los comentarios de Miguel Rebul y, principalmente, el juicio personal, "ese instinto para conocer a los hombres", que se había formado sobre Víctor Ávila Puig, le animaban a preferirlo antes que a algún otro.

–Quiero hacerle una pregunta, Doctor Ávila, y espero que su respuesta corresponda a la verdad de sus sentimientos, ¿eh?

–Sí, señor . . . –El Doctor Ávila se movió en la silla, alerta.

Lo midió largamente Gómez-Anda. Había unido por las yemas sus diez dedos y apoyaba los índices sobre sus labios:

–¿Se siente usted capaz de manejar, a nivel de Ministro, una dependencia tan enredada como Industrias y Desarrollo . . .?

–Si usted lo ordena, señor Presidente, sí . . .

–No es una orden, doctor . . .

–Perdón, señor, yo . . .

–No me funciona Industrias y Desarrollo . . . No como quisiera yo, joven amigo . . . Deseo que nos ayude, colaborando con nosotros al frente de ese Ministerio . . .

–Será un honor, señor, poder hacerlo . . . –Y al decirlo se le venció la voz a Víctor Ávila Puig.

Se levantó el Presidente y también lo hizo Víctor. Aquel, luego de rodear la mesa, le ofreció los brazos. El contacto fue breve. Duró lo que las palabras:

–Considéreme, doctor Ávila, su amigo . . .



–Gracias, señor . . . No sé en verdad qué contestarle . . .

–Mejor así, Doctor, señor Ministro. –Le mostró su sonrisa de dientes postizos. –Ahorre palabras pero no escatime esfuerzo . . . La persona a la que usted reemplazará a partir de mañana hablaba mucho y hacía poco . . .

Apenado, Ávila Puig enrojeció y bajó, por primera vez, la cabeza frente a don Aurelio.)

EL OBISPO DE Jacarandá seguía hablando, pero Gómez-Anda ya no lo escuchaba. "Mi error, el que ahora lamentamos todos, no fue haber incluido al Doctor Ávila Puig en la Lista de presuntos candidatos a la Presidencia, no. Mi error fue haberlo sacado de donde lo tenía Miguel Rebul para hacer de él una figura pública de importancia nacional en sólo cuatro años y meses. Debí dejarlo para siempre en su covacha . . ."

– . . . y todos, señor Presidente, coincidimos al opinar que durante su Administración usted siempre gobernó con el derecho . . .

El señor Gómez-Anda repuso inesperadamente, volviendo del cercano lugar de los recuerdos:

– . . . y con el izquierdo, también.

La respuesta, cuyo *otro* sentido no desentrañó tan instantáneamente como su padre, desconcertó al obispo. Una sonrisa cándida, quizá de confusión, se le marcó un rato en los labios carnosos. Empezó a reír después, cuando el mayor José Dolores Beltrán repuntó:

–Eso, sí . . . Porque el señor Presidente usó el derecho y el izquierdo, los dos cojones, para manejar a la República . . .

Fingió el obispo que se escandalizaba:

–Mayor, modérese . . .

–La vaina . . .

Correspondió al gobernador Beltrán apresurar el fin de la entrevista. Menguaba la luz en el ventanal y calculaba que era ya tarde. Otros compromisos debía cumplir aún. Se alzó también su hijo. Los tres, don Aurelio entre ellos, caminaron morosamente hacia la puerta.

–¿Otra pregunta, señor Presidente?

–Díla, Paco . . .

–De entre todos los que nos propuso usted en la Lista, ¿por qué escogió usted precisamente al Doctor Ávila . . .?

Cejijunto, tal vez molesto, solemne, lo ilustró don Aurelio:

–Porque de todos era el que más convenía en aquel momento.

–¿Todavía sigue usted pensando, señor Presidente, que es el que ahora nos conviene . . .?

Fue su padre, no Gómez-Anda, quien respondió a Francisco Beltrán Cabanillas:

–Cállate, muchacho, y deja de mortificar al señor . . .

Dijo el obispo:

–Pregunta su Reverencia si cuando esté usted menos ocupado, y él un poco mejor de su ciática, lo invitaría a tomar café y a conversar . . .

–Cuando él venga será bien recibido . . .

En la cochera, junto al *Mercedes*, se detuvieron un momento. De prisa, por si algo necesitaba don Aurelio, se aproximó el mayor Fraga. Le entregó a Gómez-Anda una tarjeta. Leyó el nombre, pero no hizo comentario pues el gobernador Beltrán seguía diciéndole:

– . . . y la lista de candidatos para Jacarandá, limpiecita y depurada, como a usted le gusta, señor, se la entregue ya Douglas . . . Ahora, ¿me permite pedirle a usted un favor . . . a usted sí le hace caso Otoniel?

Muy irónica recibió el mayor Beltrán la palabra de don Aurelio:



–¿Cree usted, señor gobernador, que todavía vale algo mi palabra *hoy* para Otoniel Douglas . . . para *ellos?*

–Porque sé que vale, lo molesto, señor Presidente . . . El favor que le ruego es importante para mí, para nosotros . . . Se trata de que le dé una ayudadita a mi hermano Aristarco, pues me gustaría dejarlo en la gubernatura, y otra a mí, que estoy en mi turno de volver al Senado . . .

–Pediré a Otoniel que me informe, mayor . . . Veremos que se puede hacer por usted y por el general Beltrán . . . Apenas sepa algo, lo llamaré . . .

–Gracias, señor Presidente, más por Jacarandá que por nosotros . . . Si todo lo tenemos allá marchando como relojito, ¿para qué arriesgarnos a que el Partido nos mande gente que sólo irá a perjudicar las cosas . . .?

Los Beltrán se despidieron de abrazo, y volvieron a la calle, el gobernador por delante. Gómez-Anda alcanzó a mirar cuando abordaban el sedán negro aparcado entre la doble fila de motociclistas de la Policía de Caminos de Jacarandá y los tres autopatrullas, también de la provincia, con guardaespaldas. Conocía los motivos de su prisa. "Si el *loco* Ávila no ha cambiado también esa costumbre, a las seis de la tarde El Mayor y todos los mandatarios del interior se retratarán con él en Los Arcos . . . Foto del Recuerdo; iniciación de una Nueva Era Presidencial. Y después de la pose, los abrazos, los brindis, el jolgorio que la prensa llamará mañana: ¡Puah!".

Pilo Fraga volvió a la cochera cuando se alejaba la comitiva de autos y motociclistas de los Beltrán.

–¿Siguen borrando eso, mayor?

–Afirmativo, señor . . . Al ingeniero Gayosso, ¿lo hago pasar?

Sin respuesta quedó la pregunta. Del interior llegaba a ellos, debilitado por la distancia, el timbre del teléfono:

–Corra a contestar, mayor . . .

# 13

DANTE GAYOSSO ERA de las pocas personas cuya presencia lo irritaba inevitablemente. "Es un buen muchacho, Aurelio. Trátalo y te convencerás". "Está robando con descaro, señor Presidente". "Digamos que el joven Gayosso hace negocios, que no es lo mismo". "El Sindicato pide su consignación, señor Presidente. ¿Qué hacemos?" "Quítalo sin ruido de donde está y búscale algo bueno, lejos. Mándame a los líderes: yo les daré unos taconcitos". "Lo que usted disponga, señor Presidente".

-He venido, don Aurelio, a informarle que no trabajo ya para el Gobierno . . .

-¿Tan pronto lo cesaron, ingeniero?

-Preferí renunciar, señor . . .

-¿Qué va a hacer ahora . . .?

-Descansar, señor. Abriré oficina. Tal vez, viaje . . .

Su padre, el general Petronio Gayosso, había prestado servicios apreciables a dos revoluciones sucesivas y su nombre, escrito en letras de oro, adornaba los muros de la Cámara de Diputados. En 1918 lo comisionaron para dominar al sur, entonces sobre las armas. Tanto le gustó la provincia de Nueva Cataluña que se convirtió en propietario de dos tercios de sus tierras de trigales y anchos ríos. De ese padre, frugal y cruel, del que sería hijo único, recibió Dante Gayosso una abundante herencia.

-Se me ha dicho, ingeniero -no era cierto, pero quería alarmarlo -que figura usted en una relación de fun-

cionarios de mi administración a las que van a serle fincadas responsabilidades penales por manejo irregular de fondos públicos . . .

Lo vio sonreír tranquilo y rascarse con el índice la mejilla. "Eso es lo que me da en los huevos: su untuosidad, el cinismo con que acepta todo: la cara dura con que niega, o acepta, las raterías que se le imputan", pensó.

Lo atacan a usted atacando a quienes somos sus amigos . . . Puede sentirse tranquilo, señor: mis manos están limpias igual que mi conciencia . . . Lo poco que hoy tengo lo he ganado, le consta a usted, le consta a don Tito Livio, honradamente . . .

Malos amigos y ávidas mujeres, pero sobre todo: su afición juvenil a los juegos de azar, influyeron para que temprano conociera Dante Gayosso apuros económicos. Dilapidó también, sin que ella pudiera evitarlo, el tesoro de su madre. El Presidente Tito Livio, que debía favores al general, amparó a la viuda, y al hijo le proporcionó medios para que concluyera su carrera de agrónomo y, más tarde, oportunidad de rehacer su fortuna trabajando para el Gobierno.

–Irse, ¿no lo comprometerá, ingeniero?

–Con el Doctor Ávila, visto como viene, mejor es protegerse . . .

Cuando don Tito Livio dejó la Presidencia le recomendó seguir protegiendo al hijo de Petronio Gayosso. Pasó cuatro años al frente de una empacadora y la llevó a la quiebra, aunque sus bienes personales crecieron en forma asombrosa. Luego que Gómez-Anda inauguró su segundo periodo constitucional, Dante Gayosso empezó a ligarse por amistad y por interés al Ministro de Información y Turismo. "Pégate a él: es caballo ganador", fue el consejo que le dio, una tarde en Nueva Castilla, a su regreso del mundo, el señor Gómez de Lara. Y a Marat Zabala se salió. De Marat Zabala se hizo compadre. Por



Marat Zabala, cuya influencia iba en alza cada día, obtuvo la gerencia del mayor de los centrales azucareros que el Gobierno poseía, no sólo en la provincia de Palestina, sino en el país. En el "Revolución Reinvindicadora", o "Erre-Erre" ("barril sin fondo, resumidero de miles de millones de pesos", lo llamaban los militantes del partido 'Acción Republicana'), el ingeniro Gayosso continuó enriqueciéndose y permitiendo que su cuñado, Tácito Reboque, los hermanos y los amigos de éste, lo hicieran con parecido descaro.

–¿No ha pensado pedir amparo contra actos de la justicia federal, ingeniero?

–¿Considera que es necesario, señor . . .? –Había desconcierto en su expresión y titubeos en su voz.

–En su caso, yo diría que es conveniente . . .

Según algunos, el ingeniero Gayosso era uno de los políticos-administradores de mejor futuro. Íntimo ya de Marat Zabala, distraía recursos cuantiosos del "Erre-Erre" para comprar la buena voluntad de quienes, con el tiempo, habrían de serles útiles al Ministro de Información. Según otros, Zabala ya Presidente de la República, Dante Gayosso obtendría la cartera de Aguas y Suelos, de Minas y Petróleos, o la poderosísima y rica Comisión Nacional de la Reforma Agraria. Según el embajador Simón R. Bravo, Los-Hombres-de-Washington incluían a Gayosso entre los Quinientos-Primeros-Millonarios-Políticos del país.

–Me pregunto, señor, si Ávila Puig se atreverá a violar las reglas del juego . . .

–¿No las violó, o se olvidó de ellas, que viene a ser lo mismo, desde que se puso en campaña . . .?

Pero una noche llegó a Palestina, como a todas las provincias, una nueva desconcertante. "Gómez-Anda sacrifica a Marat Zabala y señala como heredero de su poder a Víctor Ávila Puig". Gayosso bebió incrédulo, y su

cuñado Rebaque justificó que lo hiciera con tal cólera: "Gómez-Anda no tiene derecho a hacerle *eso* a Marat, ni a nosotros". El Partido ordenó: "En Erre-Erre: gran acto de masas". Resultó desastroso. El líder César Ramírez, con el que peleaba desde hacía tres años, lo llamó corrupto, fullero, mentiroso, y pésimo administrador. (Ese discurso le valdría a Ramírez la gubernatura que codiciaba). El que después produjo el candidato Ávila Puig ante una muchedumbre de obreros ebrios de ron y hartos de los despotismos de Gayosso y de Rebaque, causaría la desgracia política del gerente. Fue necesario separarlo del empleo y, por ruego de don Tito Livio, que el Presidente lo destinara al Fideicomiso para el Desarrollo de la Industria Maderera de Altura, en la apartada Sierra de San Pedro.

–¿Qué podemos esperar que nos pase ahora, señor?

–En cuanto a usted, todo depende . . .

–¿De qué, señor?

–De lo ordenadas que haya dejado usted sus cuentas . . .

Nuevamente le dió luz a su cara una sonrisa. Nuevamente llegó el color a esa cara de Dante Gayosso de la que don Aurelio, en cinco minutos, se había hartado ya.

–Perfectamente claras, señor . . . Así las encontrarán los auditores que la tarde de ayer me cayeron por allá. Ni un cabo suelto, señor . . .

–Siendo así, lo felicito . . . –y recordó lo que alguna vez dijo a propósito de un gobernador al que no pudo sorprender en falta, por mucho que sus hurtos fueran evidentes, y al que se limitó a echar del cargo sólo por sus continuas desobediencias. "Ladrón es, nos consta a todos, Fermín; pero no pendejo. Como el gato, cubre bien con tierrita sus porquerías".

Luego de la pausa, que Gómez-Anda dejó deliberadamente que se prolongara mucho, el ingeniero Dante



Gayosso comprendió que debía retirarse. Del sobre de grueso papel azul que su chofer había entregado al mayor Fraga y que éste colocó sobre el piano, sacó una cartulina. Al mostrársela, don Aurelio encontró frente a sí, tal que lo reflejaba, el retrato oficial predilecto de Armandina, "con muchas menos arrugas que las de mis verdaderos años".

-Le ruego, señor, que me dedique esta fotografía suya . . . Si le parece, señor, para mi esposa Malvina y para un servidor . . .

Gómez-Anda aceptó, al levantarse, la pluma de oro que Gayosso le ofrecía. Se colocó los quevedos. Procedió a escribir la dedicatoria que le solicitaba el hijo del prócer revolucionario que medía lo largo y lo ancho de sus campos en Nueva Cataluña por lo días de galope de su retinto lucero tresalbo. Dante lo escuchaba silabear las palabras que iba dejando en la parte más clara de la banda presidencial:

-A mis queridos y leales amigos . . .

Mientras aguardaba a que secara la tinta verde, el ingeniero Gayosso, sin mirarlo directamente, comentó distraídamente:

-Mucha gratitud le debo a usted, señor, y quisiera de algún modo corresponderle . . . Estoy en relación con personas de Estados Unidos, España, México y Luxemburgo, de los más importantes en su especialidad . . .

-¿Hmmm?

-Su especialidad, señor, es la de Consejeros de Inversiones . . . Manejan capitales y los invierten discreta y adecuadamente . . . Hace años que trato con ellos. Ganan una pequeñísima comisión y uno sólo debe ocuparse de recoger las ganancias . . . Don Tito Livio podría decirle a usted qué tan serios y profesionales son . . . Si usted lo desea, señor, yo podría ponerlo en contacto con ellos mañana mismo . . .

–Ocurre, ingeniero, que no creo necesitar los servicios de esas personas porque no tengo qué invertir...

Dante Gayosso lo miró entonces, quizá sorprendido. "¿A mí también, don Aurelio, con ese cuento de la honradez?". Aportó, confidencial:

–Le hablo de esto, señor, porque pienso que si entre nosotros no procuramos ayudarnos, nadie lo hará...

Gómez-Anda se limitó a sonreír. Le ofreció la despedida de su mano fría.

EL DESPACHO había ido llenándose de sombra, lentamente; de frío, también. ¿Qué habría sido del calentador eléctrico del que alguna vez dispuso? Seguía molestándolo el ardor en el estómago. "¡Puáh!" ¿Por qué tardaba tanto Fermín Palermo? Tomás Vallado Fájer, ¿dónde carajos estaba? Armandina, ¿por qué no lo había llamado desde Puerto Gardenia para calmarle la preocupación? ¿Sería capaz Teresa López de empezar a engañarlo? La pálida claridad que los vidrios enmarcaban era ya casi negra. Fuera, proseguía el goteo de la llovizna.

–Muy amable de tu parte, Eugenio.

–Mi papá se ha sentido algo indispuesto, don Aurelio, y me pide que lo disculpe por no ir hoy a saludarlo personalmente.

–Mis respetos para él, y que se alivie pronto...

–Don Rafael Balda, que está aquí conmigo, quiere hablarle.

Entre dos hipos, Gómez-Anda recibió las palabras de Rafael Balda, Director Ejecutivo (Adjunto) del Grupo Olid; consuegro de Miguel Rebul; padre político de Eugenio Rebul –hombre que vivía alegremente la vida: mujeriego, juerguista y manirroto, al que pocos tomaban en serio; al que muchos, él incluido, estimaban porque era abierto, generoso y feliz.



–El más humilde de sus amigos reportándose, señor Presidente.

–¿Cómo va todo, Rafaelito?

–Ni bien, ni mal. Como siempre, señor. ¿Usted...?

–¿Qué te puedo decir?

Balda bromeó un poco; lo comprometió a pasar 'un día de estos' una vacación en Isla de Olid, en Gardenia, y le ofreció ir a visitarlo a Becerra 82 en el curso de la semana. Se despidió de él sin regatearle el tratamiento de señor Presidente, y le preguntó:

–¿Puedo servirle en algo, señor? –antes de cortar la comunicación.

Gómez-Anda retuvo entre las manos, pensativo, el auricular del teléfono: el zumbido sin intermitencias que salía de la bocina. "¿Servirle en algo? Puáh". Colgó entonces. Sus dedos corrigieron la colocación del nudo de la corbata. Deseó un café. "Lo que sea, agua inclusive, pero caliente". Hizo saltar la tapa del reloj de bolsillo y leyó la hora en la carátula de esmalte blanco y números romanos. Aún no eran las siete. "¿Así de lento correrá mi tiempo? ¿Con qué llenarlo si nada me queda por hacer? ¿Leer, dormir, comer, escribir, viajar, esperar, –el resto de la vida? Esperar, ¿qué, a quién? Cada vez serán menos los que vengan con sus quejas y sus amarguras; menos los que de mí soliciten la ayuda de un favor, una poca de mi influencia, una palabra de apoyo... Cada vez menos... ¡no: cada vez menos, no! ¿He rendido mi Poder? Sigue siendo mío y podré seguir usándolo aunque otro, él, mande en Palacio y viva en Los Arcos... Ávila Puig supone que se gobierna con los ministros. Le tomará años, si es que llega a aprenderlo, enterarse que se gobierna verdaderamente con otros: con los *invisibles* que le fui dejando, imponiendo, colando en bancos y departamentos, en agencias y empresas, en provincias y zonas federales, y en los niveles más modestos de los

ministerios . . . Ésos son mi fuerza y serán los ejecutores de mi voluntad. Mi casa, sola hoy, empezará a rebosar mañana cuando *ellos* vengan en busca de mis órdenes; a discutir conmigo si obedecen o no, y en qué medida, las que *Él* les ha dado; a cuestionar la validez de sus acuerdos y lo sensato de sus decisiones. *Ellos*, y esto lo ignora don Víctor, soy yo. ¿Para qué iba a querer gente mía en el Gabinete? Que los Ministros sean del Presidente. A mí déjenme los otros: los que detienen, si lo desean, o hacen marchar, si conviene, en mecanismo del Estado".

Empezó a sentirse mejor, reconfortado, fortalecido. ¿Cuántos gobernadores seguían siendo adictos a él? De los miembros del Gabinete, ¿acaso no más de media docena se había formado, como funcionarios y políticos, en la Administración Gómez-Anda? "Son parte de la familia. Ramas del mismo tronco. ¿De dónde si no de sí mismos, de la misma interioridad, salen quienes han de gobernarnos?, ¿no es uno consecuencia de su anterior?, ¿no fuimos ya antes de ser?, ¿Podemos inventarnos o es necesario hacernos? El doctorcito Ávila Puig no ha tenido tiempo de crear, como yo, como don Tito Livio y los que nos precedieron, una estirpe propia; una linaje de hombres y mujeres que lo reconozcan como jefe . . . Él está empezando a partir de cero. A partir de nada . . . ¿Quién de los que componen su equipo es suyo, verdaderamente suyo?, ¿a quién ha instruido, modelado, formado? . . . Tres cuartas partes de sus Cuadros maduraron conmigo. Plutarco Canto, Otoniel, Medina-Albert, Bátis, para nombrar a los importantes, ¿son o no producto del aurelismo?" Un estornudo interrumpió la reflexión. "No hay pasado todavía en Ávila Puig. Tal vez no dure tanto en el Poder para llegar a tenerlo . . . Lo exterior del privilegio del Poder, lo superficial y aparente, es suyo a partir de hoy por mandato constitucional: por una decisión de mi voluntad; por un cálculo de mi conveniencia . . . Lo otro, el Poder-Poder, ese no le pertenece porque no se lo ha ganado . . . Mío sigue siendo pues lo conseguí a pulso; porque, así haya sido oscuramente, me preparé para obtenerlo. A él le cayó del cielo como un premio". Volvió a sentir un cosquilleo en la nariz.

-Señor . . .

En la puerta del despacho se recortó, nítida contra la claridad que venía de la sala y del pasillo, la silueta uniformada del mayor Pilo Fraga. Con esa palabra: "Señor", que algo tenía de súplica y disculpa, frustró el estallido del estornudo.

-Diga, mayor . . .

Dos pasos, sólo dos, avanzó Pilo Fraga hacia el interior del despacho. A tientas buscó el apagador en la pared, pero don Aurelio le ordenó que no encendiera la luz.

-La mujer del guardacasa está haciendo café . . . ¿Quisiera una taza, señor?

Aunque lo deseaba, Gómez-Anda rechazó el que había ido a ofrecerle el ayudante:

-Gracias, no. Pero ocúpese de comprar mañana temprano el que tomaré en el desayuno, ¿eh?

-Afirmativo, señor.

Un paso corto y silencioso acercó más a Pilo Fraga al escritorio. Estar en penumbra contribuía a que se sintiera más seguro.

-¿Sí, mayor?

-Quisiera pedirle un favor . . . Algo personal, señor Presidente.

-Hmmm.

-Deseo que me permita usted separarme de su servicio . . .

-Después de tanto tiempo, ¿no está ya a gusto conmigo, mayor Fraga?

Fraga explicó:

–A gusto, siempre, y agradecido todavía más, señor Presidente . . .

–¿Por qué quiere irse, entonces?

–Me acaba de mandar llamar mi general Tiberio Damasco . . .

–Ah . . . –"Otro ingrato, ese albino viscoso". Lo había tenido cerca desde sus días de capitán. Coronel ya, lo envió a servir, y a espiar, al candidato Ávila Puig. Jefe del Estado Mayor Presidencial y ya general de brigada ahora le sonsacaba a sus colaboradores.

–Me ofrece trabajar en el Centro de Recría que va a ser fundado en Concepción, señor . . . La oportunidad es muy buena para mí, señor . . . Soy hombre de a caballo y allí podría seguir sirviendo . . .

Luego de limpiarse la nariz con el pañuelo, y antes de guardarlo, aprobó secamente Gómez-Anda:

–Váyase desde ahora, si quiere . . .

Fraga entendió que Gómez-Anda se había enfurecido. Esa tensión en la voz, esa indiferencia en el tono, ese mirar a la claridad apenas perceptible de los cristales lo decían. Se apresuró a explicar:

–No tengo prisa, señor . . . Tampoco es seguro . . . La persona que acaba de traerme el recado sólo dijo que mi General Damasco quería que lo viera hablar del asunto de Concepción . . . Así que pueden pasar meses . . .

–Usted decide cuando se va, mayor . . .

Desde la puerta, de pronto cohibido porque sentía que don Aurelio estaba expulsándolo de su amistad, el mayor insistió:

–De verdad, señor, ¿no quiere una taza de café?

–No, mayor . . .

–¿Enciendo la televisión, señor? Ya es casi la hora del noticiero de las siete . . .

Lentamente, controlada ya su ira y su resentimiento, dijo Gómez-Anda:



–Lo que quiero, mayor, es que hoy mismo, ¡hoy!, quede borrada esa pared . . .

–Sí, señor . . .

"Otro más. ¿Quiénes seguirán? De los que todavía me quedan, ¿a cuáles puedo considerar ver-da-de-ra-men-te míos, eh? ¿Armandina? Por obligación. ¿Teresa López? Porque le conviene. ¿Fermín Palermo? Por costumbre. Quizá ellos sean los únicos, los últimos compañeros de mis soledades, los que permanezcan para compartir mis recuerdos. Los que entenderán mis silencios y justificarán mis arrebatos . . . Los que serán el eco de mis palabras y le darán razón a mis resentimientos . . . Los hombres que le he nombrado aquí y allá al doctor Ávila Puig, podrán ser mis servidores pero no mis amigos . . . ¿Amigos? Media docena a lo más, y de ellos, ¿a cuántos es prudente ahora poner a prueba?"

Se asomó. "La impotencia de ser enviado al olvido; esto es: colocado en la Historia". La llovizna persistente brillaba al cruzar oblicua el resplandor de los faroles del alumbrado público. ¿De dónde vendría el jet que en ese momento sobrevolaba el barrio? Puntual, la campana de San Tadeo convocaba a misa. Le molestó a sus ojos la cercanía de la barda. "Horas, días, semanas los más fuertes, pasan frente a paredes blancas, separadas las piernas, abiertos los ojos, inmóviles, recogida la barbilla, los pobres diablos a los que castiga con la disciplina del *plantón* la Policía Política de Marco Tulio Cimarrosa. Sin lastimarlos, le destrozan los nervios. Abaten su resistencia física y mental. Después todo es fácil. Renuncian a la lealtad. Realizan sorprendentes confesiones. Delatan lo que uno quiera. Infaman al que uno diga. No hay para qué herirlos, causarles daño". Así él. A solas, sin moverse, de cara al muro que ya casi no distinguía; al muro marcado, por el revés de sus piedras, con la injuria que lo obsesionaba:

que se resistía a ser removida. Entreabrió, para recoger con la mano una poca de lluvia. "Porque la soledad, el ir quedándote cada día más contigo mismo, no ha empezado hoy, Señor Presidente Gómez-Anda . . . Empezó cuando, fallidas tus argucias, contrariados los planes que hubieran podido ayudarte a seguir un poco más en el Poder, te resultó ya imposible postergar más La Decisión . . ."

EN UNA MANO el cepillo para el pelo, y en la otra un espejo ovalado con mango de plata labrada en Incamé, Armandina Gómez-Anda entró en la recámara de don Aurelio.

—¿Señor?

Del cuarto de baño, o quizá del vestidor, le llegó la voz del Presidente.

—Aquí . . .

Lo encontró descalzo y a medio vestir. Conservaba la camiseta de punto y los calcetines. Parecía estar muy fatigado, envejecido, más frágil que nunca, o tan frágil como lo dejó el infarto. ¿Tendría fiebre? Acercó su mejilla, tersa y brillante de aceites y cremas, a la seca mejilla de don Aurelio.

—¿Se siente bien, mi señor?

—Cansado. Sólo cansado . . . —pasó del cuarto de baño al vestidor. Recogió los calzoncillos y los guardó, bien doblados, en la gaveta para la ropa sucia.

No le interesaba hablar con su mujer; no esa noche. Sentía estar de mal humor, irritable y era Víctor Ávila Puig la causa de su cólera, de su confusión. Ya se había preguntado: "¿Hice bien, escogiéndolo?"; ya había conocido la primera duda: "¿No hubiera sido mejor, después de todo, Marat Zabala?" y ya empezaba a lamentar su apresuramiento: "¿Qué me diré mañana, con la cabeza fría?" Armandina interrumpió el pausado trabajo del cepillo:

—¿Es verdad, mi señor, lo que por radio y televisión están diciendo? ¿Que ha nombrado usted al doctor Ávila Puig para que el Partido . . .?

—Lo es, sí —respondió gravemente.

Luego de unos segundos de total desconcierto, ella murmuró:

—¿Qué vamos a decirle, ahora, a Marat y a Bertha . . .?

Gómez-Anda dejó pasar la pregunta. Se había sentado en la cama y se friccionaba el pie izquierdo por encima del calcetín. De un par de años a la fecha, "cosas de la edad, doctor Monter, ¿qué, si no?", padecía hormigueos en las manos, hinchazón en los tobillos y, a veces, dolorosísimos calambres en las corvas. Dijo:

—Vaya usted preparando un vestido negro, de luto, señora . . . La madre del doctor Ávila Puig está ya en agonía y en cualquier momento se nos avisará que ha muerto . . . Como amigo personal nuestro que es el Doctor, como todavía miembro del Gabinete y ya virtual candidato de nuestro Partido a la Suprema Magistratura, es penoso deber visitarlo en su casa y llevarle las expresiones de nuestra condolencia . . . He de agradecerle que conmigo vaya a ofrecer el pésame, mañana temprano . . . Al doctor y a su esposa los acompañaremos en el cementerio . . . Por favor, ¿eh?

—Así se hará, mi señor . . . Buenas noches . . . —y, desalentada, de pronto sintiéndose en deuda con Marat Zabala y su esposa, que había estado con ella por la tarde horneando panecillos de carbonato, le dejó un beso en la frente.

Gómez-Anda se sintió sin ánimo de seguir trabajando esa noche, ni curiosidad de leer papeles o revistas. Cerró los ojos un momento. "Cuando lleguen los problemas, la hora de las pruebas, el doctor Ávila Puig no estará solo. Me tendrá cerca para ayudarlo.... De ninguna manera voy a permitir que él se equivoque.... Lo que yo sé, suyo será.... En mis días, ¿qué no habría dado a cambio de contar con el apoyo que no le escatimaremos a él, eh?)

(CUANDO EL señor Gómez-Anda cumplía su tercer mes al frente del Gobierno, los infiltrados por la Policía Política en Universidades, Tecnológicos, Normales y Politécnicos del país, y los "agentes confidenciales" que integraban la extensa red de soplones juveniles, reportaron al Ministro del Interior que La Grey Estudiantil, pasiva desde hacía ya nueve años, se aprestaba a desafiar al régimen, convocando a un desfile para recordar, simultáneamente en varias ciudades del país, a las víctimas de un Dos de Octubre y de un Diez de Junio –fechas de luto que no querían, no podrían, olvidar.

–Haga saber a los líderes de esos muchachos, que no lo permitiremos.... Tal vez necesitan que les demos más dinero.... Ofrézcalo, Mario Tulio, pero no demasiado....

–Hablaré con ellos, señor.... –prometió Cimarrosa.

Cuarenta y ocho horas aguardó el Presidente la respuesta. La que el Ministro le llevó era desalentadora. Los líderes con los que el Presidente Gómez de Lara se entendía, habían ya perdido su influencia. Otros, al parecer más honrados o más radicales, eran los que mandaban. Otras eran las condiciones que imponían.

–¿Cuáles?

–Proceso a don Tito Livio, por las matanzas de...

–¡Puáh!



–Libertad a los presos políticos...

–¡Puáh!

–Diálogo abierto, en la Plaza Mayor, con usted, para discutir...

–¡Puáh, puáh!

–Pero, antes, para verdaderamente creer en la apertura anunciada por usted, demandan autorización del Ayuntamiento para realizar su marcha...

–Al carajo... –Molesto, Gómez-Anda partió en dos el lápiz bicolor con que entretenía sus manos.

–Prometen, a cambio, en lo que a este punto se refiere: manifestar en silencio, sin pancartas ni discursos, sobre un itinerario corto, que discutiríamos...

–Aceptar es ceder, Marco Tulio. ¡Nada...!

Cimarrosa, que prefería ser conciliador antes que ejecutor de violencias, así las ordenara el Jefe del Estado, y fueran políticamente necesarias, sugirió:

–Cediendo un poco ahora estaríamos en condiciones de establecer nuevas bases para futuros arreglos...

–Ni un paso atrás, Cimarrosa. Nada de componendas...

Esa noche Fermín Palermo le concedió, como casi siempre, la razón. Sus comentarios fueron muy parecidos a los que por la tarde, luego de su acuerdo, le había hecho Marat Zabala, Ministro de Información y Turismo:

–Zúmbales antes de que ellos te peguen, Aurelio. Porque eso es lo que verdaderamente buscan: apalearte, averiguar qué tal andas de temple...

–Cimarrosa prefiere negociar...

–Como siempre, Cimarrosa busca que sus problemas le caigan a otro; por eso trata de echarte encima éste... La gente, Aurelio, empieza a preguntarse cuándo, y cómo, vas a definir el estilo de tu gobierno... Llevas noventa y tantos días al frente de él y nada se sabe de ti... Es tiempo ya, me parece, de darles la respuesta...

Crece la alarma, Aurelio, ante la amenaza de los estudiantes. ¿Dejará Gómez-Anda, con sus titubeos y su aparente falta de autoridad y decisión, que se repitan escándalos estudiantiles como los del pasado? . . . Para muchos, el tío Tito Livio organiza toda esta inquietud con el propósito de exhibirte como un hombre débil y sin poder político . . . Comentan que ha soltado millones . . .

–¡Puáh!

–Los comerciantes de la República exigirán públicamente del Gobierno, de ti, una política capaz de garantizar la tranquilidad de la ciudadanía y de proteger los intereses del sector que ellos integran . . .

–Mano militar, ¿es lo que no quieren? ¿Que saque al Ejército a las calles?

–No tanto, supongo . . . Sólo firmeza, Aurelio . . . A ellos también les urge conocer qué tan recio carácter tiene el Presidente . . .

–¡Puáh!

Gómez-Anda ideó un plan. Cimarrosa lo encontró eficaz. Los infiltrados se ocuparían de ejecutarlo. Se eligió la provincia de Villafranca, cuyo gobernador, Hermelindo Macuspana, compadre del ex-Presidente Tito Livio, no terminaba por reconocer, y a ella someterse, la autoridad personal y política de don Aurelio. Era torpe, rapaz, arbitrario y antipático, y en esos días andaba en conflictos, de importancia menor, con los muchachos de la Escuela Veterinaria. Los infiltrados aparecieron en Villafranca con los bolsillos gruesos de billetes Portadores de "la solidaridad fraternal de la base estudiantil" de la República, demandaron que se tomara acción contra Macuspana, "el despota conculcador de las libertades" y "acérrimo enemigo de la cultura". Organizaron mítines relámpago, desquiciaron el tránsito en las calles, rompieron vidrierías y detonaron petardos. Hermelindo Macuspana soltó a su policía anti-motines. En tres enfrenta-



mientos murieron cinco jóvenes y más de setenta resultaron heridos.

Doce horas más tarde, el Congreso Local, acatando instrucciones de Los Arcos y del Ministro Cimarrosa, desaforaba a Macuspana.

En el curso de la semana, el ejemplo de Villafranca fue imitado en cuatro provincias más. La prensa nacional, en artículos y editoriales, se refirió a los "emboscados" que desde las sombras, maniobraban para causarle zozobra al pueblo y graves problemas al Gobierno Federal. También en la metrópoli, bandas de preparatorianos y normalistas que dirigían otros infiltrados secuestraron tranvías, apedrearon autobuses, allanaron bancos y cinematógrafos y pintarrajearon paredes: "Abajo la tiranía". "Libertad: presos políticos" "Democracia sí, Fascismo no". Indiferente la policía las dejó hacer.

Gómez-Anda llamó a cenar con él en Los Arcos a los directores de los medios nacionales de información. Uno frente a otro, a derecha e izquierda de El Señor que ocupaba la cabecera, quedaron los dos más poderosos de todos: Miguel Rebul, de Publicaciones Olid, y Augusto Mayo del Cid, de la Cadena de noventa y cuatro diarios que llevaba su nombre. Rebul y Del Cid se habían entrevistado con don Aurelio, a solas, en horas diferentes, la víspera. El Señor deseaba que fueran ellos los primeros en aprobar lo que iba a sugerirles para, con su ayuda, asegurarse la complicidad del resto.

Antes del café, el Presidente expresó lo mucho que lo preocupaban los brotes de agitación que estaban ocurriendo en el país, y de los que habían tenido ya una muestra esa tarde en la metrópoli.

–Es de suponer que continuarán . . . –suspiró, caviloso.

–Seguro que sí –lo interrumpió, vehemente, Mayo del Cid; un gordo de modales toscos y de tan franco,

majadero. Rebelde por conveniencia, se dejaba manejar por quienes pudieran favorecer, o no estorbar, sus variados negocios, en especial por el Jefe de la Nación –Detrás de esto, señor, andan los comunistas... andan los chinos... anda La CIA y ¡la madre que los parió!

Gómez-Anda permitió que citara todos los lugares comunes que recordaba y cuando terminó, lo gratificó, amable, con una sonrisa.

–En efecto, como don Augusto ha dicho, el país está siendo preparado, desde afuera pero con la complicidad de algunos de adentro, para padecer una escalada cuyo propósito es interrumpir la estabilidad social y económica que hemos alcanzado... Respetuoso como soy de las libertades, convencido de que no se puede abusar de la libertad, dudo entre permitir que se relaje el sentido de autoridad, o impedir que esa autoridad se deteriore...

Poco se habló después de lo que había dicho Gómez-Anda. Miguel Rebul, el más reservado de los presentes, tal vez porque era de todos el que mejor conocía a don Aurelio y sus intenciones, hizo un comentario, como eran los suyos, breve y directo:

–Si por razones de Estado, y para tranquilidad del país, han sido siempre prohibidas las manifestaciones que pueden degenerar en tumultos callejeros, no veo, señor, por qué ha de quebrantar la regla permitiendo esa que es, a todas luces, inoportuna y peligrosa... Tantos años después de aquellos sucesos, ¿tiene caso recordarlos? En lo que a Publicaciones Olid se refiere, señor Presidente, puede usted contar con nuestro incondicional apoyo a las medidas que tome usted...

–Y con el nuestro... –dijeron todos.

Indicó, pausado, el Presidente:

–Gracias, señores... Nuestra tarea común, la que entre todos nos corresponde ahora realizar, es la de advertir al pueblo de los serios peligros que corre si se deja



engañar por la palabrería de los demagogos, por los rumores de los ociosos de café, por la falta de patriotismo de quienes, sólo atentos a su conveniencia, pretenden estorbar nuestro ascenso... Ésa sería la gran ayuda que La Prensa Nacional, al servicio siempre a Las Mejores Causas del País, podría prestarnos...

Don Aurelio estaba satisfecho. Tan disciplinada y obediente como de costumbre La Prensa Nacional cooperaba. Los otros medios, también. En las televisoras, de la capital y de las provincias, se efectuaban mesas redondas. Intelectuales y catedráticos, editorialistas, funcionarios y politólogos, participaban en ellas y respondían como se esperaba que lo hicieran. No importaba qué ideas fueran barajadas, todos los expositores, sin faltar ninguno, concluían recomendando, exigiendo, ordenando, rogando, sugiriendo, al Gobierno, que se prohibieran los desfiles de estudiantes "tomando en cuenta el supremo interés: la tranquilidad de las mayorías".

Desde Estocolmo, donde lo alcanzó la orden de colaborar en esa campaña publicitaria, el Inspector Especial de Embajadas, Narciso Charles, remitió a los periódicos de París y a la Presidencia de la República, para que lo difundiera localmente, un mensaje; el que en ese momento leía, en su despacho de Los Arcos, el señor Gómez-Anda, y del que retendría por unos segundos las frases, con las que Charles reprobaba "la actitud absolutamente irresponsable", de una "juventud ostensiblemente malaconsejada", a la que "otros, al servicio del fascismo, manejan en la acción y el pensamiento". Dejó el télex a un lado. Sólo entonces, al verlo sonreír, se atrevió a hablar Fermín Palermo.

–¿Vas a prohibir el desfile?

–No...

En la silla de acuerdo, Palermo parecía estar sorprendido:

—¿Permitirás que esos miles de muchachos se tiren a la calle...?

—Lo permitiré, Fermín... Siguiendo el consejo de Cimarrosa hemos conversado con los organizadores, con los líderes estudiantiles y con algunos de los maestros que los asesoran... Aceptan nuestros consejos...

Palermo preguntó:

—¿Y la campaña de prensa... y lo que se está diciendo en radio y televisión de la mañana a la noche, qué? Ceder, ahora, es demostrar debilidad, Aurelio...

—Si los estudiantes están probándome, yo los estoy probando también.... De ellos, hasta ahora, sólo conozco las palabras. Quiero saber, autorizándoles su desfile, qué respeto les tienen... Ellos de mí sólo conocen mis buenas intenciones... Nada quiero hacer que hostigue mi conciencia de hombre y de gobernante, pero tampoco quiero dejar de hacer lo que como gobernante y como hombre es mi deber...

—La ciudad vive en la incertidumbre, temerosa...

—Lo sé, Fermín... Un sólo día de incertidumbre, mañana a cambio de miles más de confianza en el Gobierno...

ERA COMO ASISTIR a la proyección de un viejo film desprovisto de sonido. El espeso torrente caminaba en orden y silencioso. Había agotado ya según reseñaban con sus imágenes precisas las cámaras de televisión instaladas a lo largo de la ruta, la avenida Hombres Ilustres y viraba hacia O'Higgins, que era angosta. La vanguardia recuperó la luz de las tres de la tarde en la Plaza de Copala, pocas cuadras antes de llegar a la anchurosa Libertadores. Avanzaría por ella hasta encontrar la Elipse y, siguiendo siempre a la derecha, retornaría al sitio, el campus politécnico, del que apenas estaría partiendo el último



cuerpo de la columna. Con sus sweaters amarillo y guinda, los infiltrados se identificaban entre sí.

Algo ocurrió cuando la descubierta de jóvenes y maestros que marchaban tomados de los brazos llegó a la Avenida Libertadores —el largo eje de doce carriles que divide la capital de norte a sur. Una confusión. Unos empellones. Algún puñetazo. El principio de una gresca. Una humareda. La desbandada. Muchos empezaron a correr, a dispersarse, a caer, a levantarse, a buscar amparo donde lo hubiera. Otros no se levantaban ya. El orden de la marcha había sido quebrantado. ¿Quién llenaba el aire de la tarde con nubecitas blancas como las que dejan los disparos de pistola?, ¿de dónde llegaba ese viento que vencía como cañas, y los tiraba al suelo, a los que huían? Si las había en cada bocacalle ¿por qué no intervenían los ocupantes de las patrullas policiacas para detener el zafarrancho?

Gómez-Anda, Palermo, Cimarrosa, Marat Zabala y Josafat Armengol, agrupados en el despacho de Los Arcos, miraban el aparato de televisión sin sorpresa, y en silencio.

—Lo que nos temíamos está sucediendo... Dieron su palabra de no interrumpir la paz pública, y hemos visto que no la han respetado... —dijo el Presidente, con la voz grave y el ceño fruncido. Antes de levantarse apagó el aparato. Indicó sin dirigirse a ninguno en particular. —Ahora a esperar el reporte de las bajas. ¡Puáh! ...)

RETIRÓ SU MANO y conservó en ella, sin secarla con el pañuelo o las solapas de la chaqueta, la humedad de la lluvia. Cerró la puerta. Un poco a tientas volvió al escritorio.

"Aquello, después de todo, fue positivo... Cierto que resultaron muertos cuarenta y nueve estudiantes y

heridos muchos más, pero, gracias a eso ¿pude o no, garantizarles a la metrópoli y al país, dos lustros de orden y absoluta tranquilidad . . .?



## 14

POR LA FORMA en que lo veía frotarse uno contra otro los pulgares, don Aurelio Gómez-Anda advirtió que Crisóstomo Gorráez estaba nervioso o muy urgido de marcharse, aunque sólo llevaba cinco minutos con él. Que recordara, nunca antes, en los muchos años que llevaba de conocerlo, había visto así de inquieto al líder de los burócratas federales.

-¿Va todo bien, diputado?

-Bien señor. Gracias a Dios.

-Su gente, ¿tranquila?

-Como siempre, disciplinada.

Había engordado y, de tan ceñido, su traje verde, que brillaba como si fuera de papel lustre, podía apenas contenerlo. Sobre sus muslos reposaba la bola enorme de su abdomen.

-Le agradezco, amigo Crisóstomo, que haya venido a verme este día.

-Una promesa es una promesa, señor. ¿Fallarle yo?

Sobre el hombre que ocupaba la butaca con duro asiento de cuero, se había dicho alguna vez: ". . .antiguo recogedor de basura, que se encumbró acumulando cadáveres bajo sus botas, era una fuerza política nacional; quisieran que no, representaba la voluntad, el voto de quizá dos millones de personas que trabajaban en, o para, el Gobierno Federal . . . No podía intentarse ninguna chapucería, ningún pacto, ni tomarse ninguna deci-

sión política sin contar con su aprobación o, por lo menos, con su neutralidad". Ahora diputado por cuarta ocasión; tres veces ya Senador de la República y, siempre, miembro del Secretariado Ejecutivo de la FENEG, Federación Nacional de Empleados del Gobierno, Crisóstomo Gorráez "se crió en los tiradores de Tierra Baja. Maduró entre los detritus. Aprendió a sobrevivir, según variaban los tiempos, a punta de cuchillo, de pistola, de metralleta. Vendió protección y luego influencia. En cierto momento sacó de apuros a un alcalde pusilánime: el indeciso Prometeo Walker Gaytán y éste logró que le cancelaran a Gorráez un pasado carcelario que podría pesarle en el futuro . . . Lo hizo líder de una facción separatista de recolectores de chatarra y desperdicios de papel. Echaron a Prometeo Walker, pero Crisóstomo permaneció. Se le atribuye desde entonces una frase famosa: 'En política la lealtad dura sólo mientras conviene'. Con incisivo humor, Renato Alvarado escribió: 'La política nacional, la picaresca de la política nacional, sólo se comprende cuando uno conoce a Crisóstomo Gorráez' ".

De entre los pliegues de su sotabarba parecía salir el silbido constante que acompañaba su respiración -más agudo a medida que más engordaba:

-Hubiera querido venir más temprano, señor, pero hubo que ir a Palacio . . .

-Para recibir a los amigos, diputado, cualquier hora es buena . . .

-Lo bueno pienso, señor.

Don Aurelio le pidió que no se levantara cuando él lo hizo para dirigirse a la cocina. Gorráez miró su reloj de buceador. Disponía de cuarenta y cinco minutos para llegar a la entrevista que El Señor Presidente Ávila Puig había concedido, en Los Arcos, a los miembros del Ejecutivo Nacional de la FENEG, "y este viejo que no me deja irme. Fue una burrada de mi parte venir a perder el



tiempo con él, hoy, que es día tan importante para mí, para nosotros . . . Si no llego a tiempo, los compañeros del Comité son capaces de ver al Doctor Ávila sin mí, y no sería una jodidez". Quince segundos más tarde, en la misma puerta por la que había salido, reapareció el señor Gómez-Anda.

-Ahora, la champaña prometida . . .

-No debió haberse molestado, señor . . .

Impaciente, Gorráez aguardó a que don Aurelio, con lentos movimientos y quizá deliberada parsimonia, descorchara la botella.

-Lo prometido era deuda, diputado . . .

-Eso sí . . . No sólo he venido a saludarlo con el gusto de siempre, señor, y a tomar la copa con usted, sino también, sobre todo, a hablarle del asunto aquel que me encargó hace tiempo . . .

Estalló el champaña y Gómez-Anda procedió a llenar el vaso que le tendía Gorráez:

-Ah, sí, el asunto aquel . . . -repitió, como si no recordara. Pero no lo había olvidado.

LA TARDE QUE por teléfono el Presidente ordenó a Crisóstomo Gorráez que lo visitara en Los Arcos a las nueve de la noche, faltaban cuarenta y tres días para que concluyera la Administración Gómez-Anda. Nervioso, porque creyó percibir en la voz de El Señor una cierta cólera o algo que lo parecía, el Secretario General de la FENEG llegó la Particular del Ejecutivo a las ocho y media. Su tarjeta le fue llevada a don Aurelio, pero éste, que resolvía el crucigrama de uno de los periódicos de la tarde, lo hizo esperar en la antesala. Sesenta segundos después de la hora exacta de la cita, ordenó que se le hiciera pasar.

-¿Un café, amigo Gorráez?

–Se agradece, señor Presidente . . . –Crisóstomo Gorráez se tranquilizó. Si don Aurelio lo invitaba a tomar café, todo iba bien; no habría borrasca. No lo reprendería por su despego, ni le reprocharía tenerlo tan abandonado en esas semanas en que la atención, y el interés, de los políticos, se había mudado de Palacio y Los Arcos, a las oficinas de Víctor Ávila Puig, o a su casa del suburbio de Miraflores.

De espaldas a él, como si preparar el café en la estufita exigiera total concentración, Gómez-Anda, siempre en su media voz que demandaba oído alerta, indicó:

–Lo he invitado a venir, amigo Crisóstomo, para informarle personalmente que hemos firmado un decreto por medio del cual se cancela el adeudo que los sindicatos que componen su Federación tienen con el Gobierno Federal por concepto de las Unidades Habitacionales que en esta ciudad, y en otras del interior, adquirieron en años no lejanos, para sus miembros, ¿eh?

Se volvió entonces y colocó frente a Gorráez, sobre la mesa, la tacita de porcelana. Brilló la piel oscura del diputado Gorráez. Su mano gruesa pasó y repasó el cepillo de su pelo recio y gris.

–¿*Toda* la deuda, señor Presidente?

–Íntegra, señor diputado . . . Los servicios a los amigos, a los leales colaboradores que ha tenido uno en la vida, se hacen bien o no se hacen . . . –Ocupó Gómez-Anda su asiento al otro lado de la mesa y empujó después hacia el diputado una hoja de papel, con su rúbrica verde al calce–. El Decreto se publicará dentro de cuarenta y ocho horas en La Gaceta Oficial . . .

–Oh, señor . . .

–Como leerá hacia el final, anulamos también la parte de débito que cada sindicato tiene con el Gobierno por el Centro Vacacional de Florecitas . . . –Le sonrió, bonachón. –Estoy seguro que sus compañeros dirigentes, y la



base sindical, habrán de quedarle agradecidos a usted por esta exitosa gestión que realizó ante mí . . .

Consideró Gorráez que de pie debía decir, y por eso se levantó aparatosamente, las palabras de su gratitud:

–Como yo lo estoy con usted, señor Presidente . . .

Con un suave ademán, Gómez-Anda le ordenó que volviera a sentarse. Por un instante, reflejada en el cristal que cubría la mesa, brilló la enorme hebilla de oro, diamantes, rubíes y esmeraldas, que Gorráez lucía en el ancho cinturón.

–Algo más, diputado . . . –Le acercó un segundo documento, impresionante de sellos y firmas. Como la letra con que estaba escrito era muy grande, Gorráez pudo leerlo sin necesidad de ponerse los anteojos. –El Ejecutivo instruye al Ministerio de Finanzas para que condone los créditos especiales que los sindicatos de la FENEG aún no han cubierto, del mismo modo que consideramos saldadas las sumas que usted, y nuestros demás amigos, dirigentes deben al Gobierno por concepto de préstamos personales . . .

–¿Debo entender, señor . . .?

–Debe entender, diputado, que ni la FENEG, ni los sindicatos como tales, ni ustedes, los líderes, le deben ya un peso al Gobierno . . . Borrón y cuenta nueva. Pequeña demostración de afecto a quienes tan desinteresadamente coadyuvaron con nosotros . . .

–Oh, señor Presidente, ¿qué debemos hacer para que sienta usted lo grande de nuestro eterno agradecimiento . . .?

Sonreía cazurro Gómez-Anda. Siempre le había resultado más fácil entenderse con individuos como Gorráez, que con los que presumían de ser incorruptibles. Si tenía su importancia, desde el punto de vista político, que hubiera liberado a la FENEG de la deuda que había contraído por los bloques de viviendas que en todo el

país le construyó el Gobierno en los últimos seis años (y cuyas rentas, seguros de que jamás les serían exigidas, se olvidaron de pagar los burócratas), mayor la tenía, desde el punto de vista personal de don Aurelio, que Crisóstomo Gorráez y los líderes menores le agradecieran a él, ¡a él que ya se iba!, el haberlos librado del compromiso de tener que devolver los muchos millones que en conjunto habían recibido con la venida de El Señor.

–Favor que se hace en espera de agradecimiento, es mal favor por incincero, señor diputado . . . –produjo, solemne y distante, don Aurelio.

–De todos modos, señor Presidente, algo haremos . . . así no lo quiera usted . . .

Con deliberada calma, el Presidente bebió el sorbo final. Usó el dedo meñique de su derecha para remover la humedad de café que permanecía en su labio inferior. Seguía sonriendo, bonachón, ¿o sólo malicioso?

–Ya que insiste, Gorráez, voy a decirles qué deseo de ustedes, los guías de la burocracia nacional.

–Dígalo nomás, señor.

–Deseo que me inviten a desayunar.

–¿Sólo a desayunar?

–Sí. Desayunar con ustedes. Con todos ustedes . . .

–Desayunaremos todos con usted, señor Presidente. ¡No faltaba más! ¡Claro que sí! . . . ¿Cuándo?

Don Aurelio se reclinó lentamente, luego de haberse demorado estudiando el calendario de la Lotería Nacional colocado bajo el cristal, junto a la fotografía de Armandina.

–Ése es el problema, diputado. La fecha. El cuándo . . . En estos días todos andamos a las carreras; sobrados de trabajo y compromisos, ¿eh? Y yo quiero desayunar con ustedes, mis amigos trabajadores al servicio del Estado, como debe hacerse: en calma, reposadamente . . .



–Sí, señor. Ahora no queda tiempo para nada . . .

–¿Qué le parece, amigo Crisóstomo, si dejamos el desayuno para más adelante?

–Para cuando usted lo ordene . . .

Volvió a inclinarse, ahora ya con los espejuelos en la nariz, sobre el calendario. Su dedo iba de una casilla a otra, pero del mes que seguía a ese. En la de un viernes se detuvo:

–¿Podría ser . . . una semana después de que termine mi Presidencia, diputado?

–Perfecto, señor . . .

–Para entonces todos estaremos ya más sosegados . . .

–Así es, señor . . . ¿Le parece que lleve a todos los compañeros secretarios generales de los sindicatos de la FENEG?

–Gómez-Anda le buscó los brillos que eran sus ojos entre los párpados espesos:

–Yo diría que sería bueno invitar a alguien más que a los secretarios generales . . .

–¿A quiénes quisiera usted ver, señor?

–Puesto que tantos empleados federales van a resultar beneficiados con estos decretos, ¿por qué no hacer algo en grande, eh?

–¿Qué tan en grande, señor Presidente?

–Digamos: un desayuno en el que estén presentes delegaciones de toda la república . . .

–Sí, eso sería bueno . . . –Rápidamente, Gorráez calculó cuánto costaría traer a la capital unos cien, o doscientos, delegados de las provincias. "Dinero que habré que sacar de alguna parte" –¿A cuántos sería bueno invitar, señor?

Como si pensara su respuesta, Gómez-Anda apoyó el dedo índice en el centro de sus labios:

–¿Cuatro . . . cinco mil, diputado?

–¡Cuatro o cinco mil . . .!

–Propongo esa cifra pensando en los que podemos acomodar en la Sala de Armas César Darío . . . Si quiere que vengan todavía más, entonces haremos nuestro Desayuno de la Leal Amistad en el Palacio de la Juventud Revolucionaria . . .

Las manos de Gorráez empezaron a rezumar. La que depositó brevemente sobre el cristal dejó en él su huella húmeda. Gotitas de transpiración le brillaban bajo la nariz:

–¡Cuatro o cinco mil! Sería cuestión de hacer un presupuesto, de preguntar precios . . . ¿Le parece, señor Presidente, que le dé una estudiadita al asunto?

Se alzó entonces Gómez-Anda. Junto a la corpulencia de Crisóstomo Gorráez su delgadez se hacía, por contraste, más evidente.

–Lo hemos estudiado ya, diputado . . . Sabemos, casi exactamente, lo que una concentración de cinco mil personas puede costar, incluidos gastos de transporte, alojamiento y viáticos para tres días, aquí . . . –Rodeó la mesa y lo tomó por el brazo; un brazo que la mano de Gómez-Anda no alcanzaba a abarcar. Le iba diciendo, camino al "Salón Perla". –Lo que cueste, no importa– En cambio, lo que sí hay que decidir es el sitio a fin de autorizar desde ahora que la Federación pueda usarlo en la fecha . . .

–Sí, señor . . . –expresó Gorráez, no muy seguro de lo que comprometía al decirlo.

Contiguo al "Salón Perla" existía otro, apenas mayor que un armario grande. Lo amueblaban una butaca forrada de cuero negro, una mesa con cubierta circular de mármol blanco, y una lámpara de piel con pantalla de plástico ambar imitando pergamino. Sobre la mesa había una maleta. Gómez-Anda procedió a abrirla.

–Espero que con esto alcance, diputado . . . Haga sus propios cálculos y, si algo falta, me lo pide . . .



Hacía muchos meses, desde la campaña electoral de Ávila Puig, cuando "el dinero corría como agua", porque el Partido Unificador Revolucionario no lo escatimaba a líderes como él y a organizaciones políticas tan poderosas como la suya, que el diputado Gorráez no veía tantos billetes: billetes de mil pesos, todos usados: dulzones de olor; blandos de ir de mano en mano; sin fajillas; sólo sujetos con ligas los mazos de cien unidades.

–Sí, señor . . .

–Debemos procurar, diputado, que resulte un desayuno bonito . . . Con animación, muchos amigos y mucha amistad.

–Resultará así, señor Presidente . . . –Gorráez se aseguró que funcionaban bien los tres cerrojos de la maleta. La levantó después.

–Ésta habrá de ser, querido Crisóstomo, la última comisión que por ahora me permito encargarle . . .

–Siempre a sus órdenes, para lo que guste . . .

Muchos años llevaba Gorráez en la política como para no entender el sentido, *el otro* sentido, de las palabras que acababa de decir alguien como don Aurelio que sabía usar las meticulosamente. "Ese *por ahora* que acaba de soltarme de pasadita tiene lo suyo, coño . . . El Viejo no piensa dejar el hueso. ¿Cómo no, si me lo está avisando . . .? Si no estuviera seguro de que el poder seguirá siendo suyo, ¿organizaría el desayuno para *después* de que salga de la Presidencia? Se le agradece la muestra de confianza que nos da, encargándome este trabajo organizativo . . ."

Abrió el Presidente la puerta que comunicaba con la Particular. Hubo en la oficina del secretario Septién y en el ante-despacho una rápida agitación de ujieres y militares del Estado Mayor.

–Volveremos a vernos después de la Transmisión de los Poderes, señor diputado . . . De todos modos, re-

cuerde: lo espero a tomar una copita de champaña, en Becerra 82, el día que entregue la Presidencia . . .

–Allí estaré, señor Presidente . . .

Se inclinó ante él y se alejó de prisa, sin voltear a ver a nadie, hacia la puerta junto a la cual un capitán de frata aguardaba. En la mano, asida con firmeza, llevaba Gorráez la maleta con los muchos billetes que Palermo había salvado del horno crematorio del Banco Central. "Un dinero que no es de nadie, y que ahora, al ser gastado, va a beneficiar a muchos . . .)

ENTREGÓ A Crisóstomo Gorráez el vaso con champaña y, alistó el suyo para el brindis.

–Y a propósito, cómo va nuestro desayuno, diputado?

Bebieron entonces.

–Hay algunos problemillas, señor . . .

–¿Preferiría que cambiáramos la fecha?

–No es eso, señor . . .

–¿Ha trabajado en la organización . . .?

–A ley, señor . . . Muchas comisiones de coordinadores han estado recorriendo la República para invitar a nuestros compañeros . . .

–¿Qué asistencia calcula que tendremos? ¿Cuatro, cinco mil como habíamos dicho . . . o más?

–Habíamos apartado hoteles para todos . . . Reservado boletos de avión para la mayoría . . . Aprobado el menú y entregado el anticipo que nos pidieron, y de pronto, ¡zas!, la dificultad . . .

Gorráez escondió rápidamente los ojos al bajar la cabeza. Gómez-Anda sorprendió en su papada un temblor al parecer incontrolable. El silbar de su respiración se hizó más rápido y fuerte.

–¿Dificultad?



–Sí, señor.

Porfirio Gómez-Anda para quebrantar su reticencia:

–Si le negaron el Palacio, buscaremos otro local. El Estadio Olid, por ejemplo . . .

Entonces, porque ya no podía rehusarse más a mitarlo, levantó Crisóstomo Garráez sus ojos apenados:

–Ojalá fuera eso, señor . . . Las cosas se nos han complicado.

–¿A causa de . . .?

–Este mediodía, El Jefe Oroniel Douglas me alcanzó para decirme que *allá arriba* no ven bien que el FENEG se ocupe, y de paso se comprometa al hacerlo, de organizar un desayuno político . . .

–El nuestro no es un desayuno político, diputado. Es un simple desayuno de amigos . . .

–Eso mismo le dije, señor, a Oroniel, Pero él repitió que a los de *arriba, muy arriba*, sigue pareciéndoles que sí es un desayuno político . . . motivo por el cual nos agradecerían a los de la FENEG que no siguiéramos adelante . . .

Muy adentro en el estómago, padeció Gómez-Anda el espasmo de la cólera:

–¿Eso lo dijo nuestro amigo Oroniel Douglas?

–Exactamente eso, señor . . .

–¿Nada más?

–Nada más, señor . . . –Para qué hablarle de lo otro, de la recomendación que era en sí una amenaza? "Por su bien, diputado, olvídese de cosas así. Sería meterse en problemas continuar invitando gente . . . Entiendo que ofrecen el desayuno por amistad al señor Gómez-Anda. Sin embargo, un consejo: no haga cosas buenas que parecen malas . . . Tampoco, si ahora está clara para usted, no enturbie el agua en que va a seguir nadando, diputado Gorráez . . . Hable usted con don Aurelio y hágale saber que esto de la suspensión no es nada personal mío, o de

alguien más, en su contra . . . El comprenderá. Recuérdele que cuando *de arriba* se oponen a algo, se oponen".

–Siendo así, bueno sería . . .

–El desayuno va a hacerse de todos modos, señor . . . –El rostro de Gorráez había enrojecido . . . –El día que usted lo disponga nos reuniremos en mi casa, que es la suya, señor, un grupo de amigos verdaderos y usted nos hará el honor de acompañarnos . . . Ese desayuno es algo sagrado para nosotros, señor, después de tanto que nos dio y de los muchísimos favores que nos hizo y que todavía le debemos . . .

–Habrá que dejar pasar un tiempo, diputado . . . Después decidiremos, ¿le parece?

–Sí, señor . . . Un tiempo . . .

–Ahora, pues usted debe irse, diputado, ¿verdad? . . .

–Por desgracia, sí, señor. Compromisos, usted sabe . . .

– . . . brindemos por los amigos leales, ¿eh?

A SU ESPALDA, apenas audible como si no quisieran distraerlo, se produjo un carraspeo. Supuso que era la mujer del guardacasa que llegaba, ¡al fin!, con el café que media hora antes ordenó prepararle. Dejó a un lado uno de los gruesos álbumes de recortes de periódico que estaba curioseando: correspondían al sexto año de su administración y Armandina había tenido la paciencia de coleccionarlos. Abierto quedó en la página que ocupaba, con otras noticias entonces importantes, la esquela funeraria del teniente de caballería Rosalío Peraza Rosales, sobrino de *El Chabelo Viejo* don José Isabel Rosales, y por un tiempo miembro del cuerpo de ayudantes del señor Gómez-Anda. Según se llegó a decir, Rosalío Peraza Rosales, tan buen jinete como era, cayó de su caballo en una vereda solitaria de Santa Clara y se fracturó el cráneo. Lo encontraron casi muerto, desangrándose. La versión confidencial que de labios de *El Chabelo Viejo* recibió Fermín Palermo, fue otra. Al terminar su recuento, el gobernador Rosales suspiró: "Al que habla de más se le pudre la boca, y el que levanta calumnias contra las personas decentes, a veces tiene que morir joven".



–Déjelo ahí –dijo, sin volverse a mirar, aludiendo al escritorio.

No era la mujer, sino el mayor Fraga, quien se hallaba en la puerta del despacho:

–Señor . . .

Lo miró entonces Gómez-Anda:

–¿Qué, mayor . . .?

–Ha vuelto el señor Luis Felipe Ruz. Está afuera. Insiste . . .

Malhumorado, repitió don Aurelio:

–Que se largue. Dígale que no doy audiencias. Dígale . . .

–Es muy importante, dice, lo que debe tratarle . . . Está dispuesto a esperar, señor . . .

–Échelo de mi casa . . . Échelo de mi calle . . . No quiero saber nada de él.

VARIAS VECES durante la última media hora habían intentado comunicarse con la con la residencia del gobernador Sixto Epaminondas Servín, en Puerto Gardenia.

–¿Qué pasa ahora, mayor?

–No lo sé, señor.

–Pues averígüelo, carajo.

Pilo Fraga apretó las mandíbulas. "Serán los últimos gritos que me eche, señor Presidente. Los últimos . . ." Volvió a marcar los once dígitos y el resultado fue el mismo: la comunicación por línea directa no se establecía. Decidió solicitarla a través de la operadora. Siempre

con las manos a la espalda, algo encorvados los hombros, oscuro y hosco, Gómez-Anda era un pájaro al acecho.

–¿A dónde desea hablar? –demandó una voz pastosa.

A Puerto Gardenia . . .

–Tendrá que esperar . . . Hay exceso de tráfico en las líneas.

–¿Cuánto tiempo, señorita?

–Una hora. Tal vez más.

Cubriendo la bocina con la mano, Fraga informó a don Aurelio, que sacudió la cabeza, ya del todo impaciente, irritado:

–Use la Prioridad.

Inició Fraga una negociación con la operadora. Sí, ella entendía que el señor necesitaba hablar a Puerto Gardenia. Entendía también que el señor era un personaje muy importante, pues de otro modo no tendría una Prioridad Uno, pero no estaba en su mano, debía entenderlo el señor, alterar el orden de las solicitudes y, como si se tratara de una emergencia, detener las de los muchos que llevaban, los pobres, horas y horas aguardando.

–Le aconsejaría que llamara a la Operadora Jefe y le explicara su caso . . .

Había entrado el chofer Ortiz, con una tarjeta que entregó, encogidamente, al señor Gómez-Anda. "Eduardo Berlanga. Abogado". Con el pulgar, don Aurelio tocó el relieve del escudo nacional en el ángulo superior izquierdo. "Lalo Berlanga después de tantos años".

–Que pase.

El mayor Pilo Fraga logró ponerse al habla con una voz impaciente, áspera, inamistosa. A la Operadora Jefe parecía no impresionarle que un tal Aurelio Gómez-Anda solicitara ayuda, exigiera hacer efectiva esa Prioridad Uno Doble A, franquicia que garantiza al Presidente de la República, aún en situación de máximo desastre, hacer uso de todas las líneas de la red telefónica nacional



a la hora que sea y por cuanto tiempo haga falta.

–¿Por qué no usa Larga Distancia Automática?

–No hay modo de comunicarse a Gardenia, señorita.

–Diríjase a su Operadora Nacional . . .

–Ella nos remite con usted . . .

–¿No puede esperar a que sea más tarde para . . .?

–Al señor Presidente Gómez-Anda le urge hablar a casa del gobernador Servín, en Puerto Gardenia. Por eso, señorita, estamos usando Prioridad Uno, Doble A, Clave 00127 . . .

En ese momento, un hombre alto, vestido de gris oscuro, entraba en la sala, pasos atrás del chofer Ortiz. Con una sonrisa, don Aurelio le señaló el sofá. Caminando ahora casi en puntas de pie para no molestar, el abogado Eduardo Berlanga obedeció.

Vuelta ya cólera su impaciencia, Gómez-Anda apremió al ayudante:

–¿Qué pasa ahora, mayor?

–Hablo con la Operadora Jefe, señor . . .

–Joder con el servicio . . .

La voz de la Operadora Jefe volvió al oído del mayor:

–¿A nombre de quién dice usted que está la Prioridad Uno Doble A. Clave 00127?

–Del señor Aurelio Gómez-Anda, señorita, por si no lo sabe: Presidente de la República . . .

Ella no le permitió completar la frase:

–Debe haber un error, señor . . . De acuerdo a mi lista, fecha de hoy, la Prioridad Uno Doble A. Clave 00127 pertenece al Doctor Víctor Ávila Puig y no a la persona que usted menciona . . . Lo siento . . . –y al cortar secamente dejó al mayor Pilo Fraga con la boca llena de palabras.

Gómez-Anda lo vio colgar, desconcertado, la bocina:

–¿Y . . .?

–La Prioridad Uno, señor, es ahora del Doctor Ávila

Puig. Por eso la Operadora no pudo darnos paso…

Levantó los hombros don Aurelio, "Primero La Red. Ahora esto. ¿Después, qué?"

–Siga insistiendo, mayor. La Señora ha de estar preocupada…

–Sí, señor…

Acudió entonces hacia donde aguardaba Eduardo Berlanga. ¿Cuántos años habían dejado de verse? Creía recordar que, puesto ahí por él, Berlanga trabajaba en el Servicio Exterior y que había estado ausente del país muchísimo tiempo. Le agradaba encontrarlo nuevamente. "Nunca me atosigó con peticiones como otros. Nunca tampoco quiso aprovecharse, y abusar, de mi amistad. Buen tipo, Lalo Berlanga. Amigo-amigo desde que colaborábamos en Censos".

Le ofrecía los brazos:

–Lalo querido…

Tal vez sorprendido por la efusión del recibimiento que le concedía Gómez-Anda, fue a ellos:

–Gracias por recibirme, Aurelio…

–Oh. Gracias a ti por recordar a los viejos amigos… Siéntate, haz el favor… ¿Una copa?

–Gracias, Aurelio. Hace años que ya no bebo más que agua, como tú…

–Te veo muy bien.

Se miraron, examinándose, sonrientes. Berlanga quizá tuviera poco más de sesenta años, pero podía creerse que le faltaban aún varios para alcanzar esa edad. Brillaba su pelo gris. "Un figurín, igual que de joven".

–Conseguí un pase y estuve en la Cámara, Aurelio…

–Bonita ceremonia, ¿verdad?

–Hacia el final te noté algo agotado.

–Lo estaba. …Estos meses últimos fueron de ajetreo…

–Y para no ser menos, supongo que éste ha sido un



día muy duro también… Duro y triste, ¿eh?

–Más que triste o duro, fatigante fue, Lalo…

–Ahora: las vacaciones. Merecidas, Aurelio…

–Digamos que sí… Diez años de gobernar, consumen, Lalo.

–Eso es…

Volvieron a sonreírse. Ellos, que en otros años podían pasarse tardes o noches conversando en la cantina *La Riojana*, o caminando por las calles de la ciudad después de sus ocho horas de trabajo en la Dirección de Censos Nacionales, se encontraban sin más palabras que proponer; sin recuerdos con qué avivar el diálogo. Sin nada ya en común.

–Estoy tratando de comunicarme a Puerto Gardenia con mi señora, pero no hay modo…

–El servicio es pésimo, Aurelio… Los amigos, ¿han venido?

–Todos, Lalo… Un desfile constante.

–Debe ser grato tener tantos…

–Lo es, lo es… ¿Cuándo volviste al país, Lalo?

Una arruga apreció en la frente de Eduardo Berlanga, abogado:

–Hará año y medio… Un viajecito de vacaciones a España…

Quien lo miró entonces con cierta extrañeza fue don Aurelio:

–¿No estabas en nuestra diplomacia…?

–Me hubiera gustado, pero no.

–¿Dónde trabajaste todos estos años…?

–En el Jurídico de la Financiera Nacional, donde me colocaste tú…

Movió la cabeza, incrédulo y ya reservado, el señor Gómez-Anda:

–¿Así que no te hice cónsul, embajador o consejero nuestro?

–No, Aurelio . . . Seguí siendo lo que siempre he sido: abogado . . . En diez años, los de tu gobierno, llegué a ser Jefe del Departamento Jurídico, y ahí estoy a tus órdenes . . .

Nervioso, don Aurelio aplicó la lengua en su placa dental y la removió. Ahora ya no se atrevía a mirar, tan francamente como al principio, al abogado Berlanga.

–¿Por qué no me buscaste para que te diera algo mejor, algo más a tu gusto, Eduardo?

–Lo hice muchas veces, Aurelio. Pero nunca tuve oportunidad de . . .

–¿En diez años, Lalo . . . tú, mi amigo, uno de mis amigos de toda la vida, no pudiste verme . . . hablarme . . . pedirme cita?

Cabeceó el abogado Berlanga, sin que la sonrisa se le fuera de los labios ni de los ojos pardos ese brillo alegre y malicioso que siempre habían tenido:

–Te mandé docenas de telegramas, Aurelio, y sólo uno, uno solo, me fue contestado . . . Prometías recibirme tal día a tal hora en Los Arcos . . . Y fui, y te esperé la tarde entera, y a fin de cuentas un ayudante salió para avisarnos, a mí y a los otros que llenábamos la antesala, que El Señor nos ofrecía una disculpa por tener que cancelar su audiencia. Se nos llamaría pronto y . . . Claro que a mí, Aurelio, nunca se me llamó . . .

–Créeme que no lo supe, Lalo . . .

–En otra ocasión, dos años después, casi hablé contigo en Palacio la noche de la Fiesta de la Independencia . . . Estabas saludando a los invitados, pero sin mirar a quién verdaderamente le dabas la mano y le decías: "Mucho gusto. Gracias por haber venido", y faltando cuatro o cinco personas para que yo pudiera llegar a ti, vino un tipo de uniforme, te secreteó algo y tú entonces, siempre sin mirar a nadie, dijiste: "Con su permiso, señores", y subiste a mover la bandera nacional en el balcón . . .



–Hay siempre tanta gente alrededor de uno, Lalo, que no ves a quien quisieras . . . Dicen que uno se ensoberbece, pero no es así . . . Lo que no sé es por qué me vino la idea de que te había ubicado en la diplomacia . . .

Se atrevió Eduardo Berlanga a darle una palmada en la rodilla, como tantas veces antes; a presionarle, con efecto, el muslo:

–No quiero que te mortifiques por eso, Aurelio . . . Yo entiendo que el Presidente de la República llegue a olvidarse, y no por gusto, de quienes no ve . . . Me conoces y sabes que no me gusta comprometer a los amigos. Pensaba: Si Aurelio me dijo: "Quédate en el empleo que te doy en la Financiera mientras encuentro para ti algo que sí valga la pena", debo quedarme hasta que él mande por mí. Allí estuve, esperándote, y le comentaba a mi mujer: "El Presidente no me ha llamado porque sigue buscando un cargo que me convenga más que el que me dio", y así, Aurelio, unas semanas, unos meses, unos años, hasta el día de ayer . . .

Uno y otro volvieron al silencio. A las miradas francas, abiertas, Eduardo Berlanga. A las miradas huidizas, intranquilas, Gómez-Anda:

–Cosas así, pasan . . . Quiere uno ayudar a los amigos, a la gente de uno y no puede . . . Créeme, Lalo, no siempre está en manos del Presidente hacer lo que desea o quisiera . . . –Tu caso, por ejemplo . . . Te dejé de ver. No supe más de ti. No tuve cerca nadie que me hablara de ti . . . Por alguna razón que no me explico pensé que te habías incorporado al Servicio Exterior, y que estabas fuera del país . . . Muchas veces me dije: Si Lalo Berlanga no ha venido a saludarme, es que se encuentra a gusto donde está; es que no me necesita . . . Si no estuviera a gusto, o si algo necesitara de mí, me lo decía también, ya habría venido, me habría escrito; nos habríamos visto . . .

–No me quejo, Aurelio . . . La he pasado bien en la

Financiera . . . Ahora tengo amigos influyentes en el nuevo Gobierno . . . Por ese lado, veo el porvenir con tranquilidad . . . Mi mujer y yo somos mi única familia. No hijos. No parientes. Ningún compromiso con nadie, y un poquito de dinero en el banco para lo que pueda ofrecerse . . .

–De haber podido pedirme algo, Lalo, ¿qué te habría gustado recibir?

El Jefe del Departamento Jurídico de la Financiera Nacional frunció fugazmente el ceño:

–Del señor Presidente siempre se recibe con gusto lo que él quiera dar . . .

Silenciosamente se aproximó el mayor Pilo Fraga. La señora Armandina estaba en la línea, aguardando. Eduardo Berlanga se levantó al tiempo que lo hacía Gómez-Anda. Había tenido mucho gusto en saludar a su amigo y debía marcharse. Don Aurelio volvió a abrazarlo:

–¿Vendrás pronto a verme? –Lo estimaba más que cuando llegó. Deseaba, en verdad, que lo visitara.

–Cuando tú lo digas, Aurelio.

–Te espero cualquier día, a cualquier hora . . . ¿Sigues jugando bien al dominó?

–Mejor.

–Con Fermín y alguien más vamos a organizar un *cuarto*.

–Mis números de teléfono están en la tarjeta . . .

–Te llamaré . . . –Ordenó al mayor Fraga–. Acompañe a don Eduardo . . .

–Sí, señor . . .

Rápidamente, Gómez-Anda tomó la bocina:

–¿Doña? . . . Hola, hola . . . ¿Doña? . . . –Más que impaciencia había cierta ansiedad en su voz, como si temiera recibir noticias de catástrofes; palabras tristes o desagradables. Respiraba, lo notó entonces, irregularmente.



Lejano, le respondió una mujer, que no era Armandina:

–Un momento, por favor . . .

¿Cuánto hacía que no lo dejaban colgado de un teléfono, esperando, sin poder siquiera replicar o exigir una explicación? "¿Por qué este carajo mayor Fraga no aguardó a que La Doña se pusiera en la línea?" Percibía voces mezclándose con otras voces; ruidos diversos; pulsaciones en clave Morse. Algunas risas. Retazos de diálogos. Músicas y el pregón de un locutor. "Milagro: el detergente biológico sin igual. Para su ropa fina . . ."

–Hola, hola . . .

–Un momento . . .

–¡Puáh!

"¿Por qué no vuelve Fraga a ocuparse de esta porquería de teléfono, eh? ¡Puáh!" Sentía helados los tobillos y húmeda la planta de los pies, como si hubiera agujeros en las suelas de sus zapatos. "Decía don Tito: 'Uno es el que cambia, Aurelio, no ellos'. Eso decía el viejo, y sabía por qué".)

EN LA LÍNEA, al fin, "algo azorada, sofocada, como si corriendo hubiera llegado a tomar el teléfono", la voz de Armandina.

–Mi señor, ¡qué alegría . . .!

Levemente áspero, la recibió Gómez-Anda:

–¿Dónde estaba, señora? Llevo horas tratando de hablarle . . .

Más tranquila ahora, la voz de Armandina se oía dulce, cariñosa:

–Yo también, mi señor, desde el mediodía . . .

–Me tenía preocupado, sin noticias suyas . . .

–No fue mi culpa, don Aurelio . . . Imposible comunicarse para allá . . . Apenas llegué, la comadre Etelvina

ordenó a la central que me dieran línea, y nada . . . Todo el mundo, nos dijeron, está llamando al mismo tiempo a Los Arcos . . . o a Miraflores.

–¿El gobernador . . .?

–Volvió inmediatamente allá, en el avión de la Presidencia que nos trajo. ¿No ha ido a verlo, mi señor?

–Todavía no . . .

–Tal vez llegue más tarde. . . –Le pareció a don Aurelio que su mujer bajaba la voz, que la convertía en un susurro, para informarle: –Se le salió a Etelvina que su marido tiene prometida cita, mañana, con ese Señor . . . ¿Le digo? Por carretera va viajando hacia Los Arcos, para darle serenata esta noche a *La Señora*, la rondalla de Gardenia. ¿Qué le parece el amigo Sixto Epaminondas?

Don Aurelio pensó: "¡Puah!"

–¿Cómo lo pasa usted?

–Me aburro, señor Presidente, y lo extraño.

–Aproveche y descanse.

–Me siento como si estuviera presa. Mañana volveré, si encuentro lugar en alguno de los vuelos . . . Dicen que todos están llenos. Si hay cancelación, tal vez . . .

–El gobernador Servín, ¿no tiene un jet allí?

–Los mandó a la capital después de la comida. . . –Hizo una pausa, antes de plantear la pregunta cautelosa–. ¿Y si le hablara, mi señor, a Miguelito Rebul para que nos preste uno de sus aviones?

–Será mejor que no molestemos, ahora, al señor Rebul . . . Procure conseguir, por usted misma, el boleto de regreso . . .

Luego de otro silencio:

–¿Ha ido gente a verlo, mi señor?

–De sobra.

–Me han dicho que sigue lloviendo.

–También hace frío . . .

–Cuídese de un enfriamiento, don Aurelio. Abríguese bien . . . En la parte de abajo del closet de la recámara, hay dos cobijas extra . . . No se me vaya a enfermar, mi señor . . . ¡Oh, no debí dejarlo solo . . .!

–Una cosa se le olvidó, señora . . . Mi café . . .

–¿El café . . .? ¿No le llevé su café?

–Trajo todo para hacer café, menos el café . . .

–Perdón, perdón, mi señor . . . Mañana todo será diferente. Mañana estaré con usted . . .

–Antes de salir de Gardenia, llámeme. Iré a recogerla . . .

–¿Sabe, mi señor? Sin usted nada es igual. Me hace falta.

–Bueno. Ahora, hasta mañana . . . Lindos sueños esta noche . . .



POCO DESPUÉS de las siete con cuarenta minutos apareció el general Radamés del Valle. La llovizna se había convertido en aguacero y el viento silbaba, a veces, en las ventanas. Vallado Fájer había vuelto a prometer su visita, y Fermín Palermo no llegaba.

–Buenas noches, señor Presidente.

–Buenas noches, general.

Gómez-Anda abandonó el álbum de recortes que leía. Se levantó para recibirlo. El de Radamés del Valle era un ostentoso uniforme, oscurecido por la humedad en los hombros del chaquetín y en parte de la espalda, bien diferente al muy sobrio de Ministro de Guerra y Defensa con que se presentó por la mañana en la Cámara.

–He venido a saludarlo, señor Presidente, ya no como Jefe Superior mío que ha sido usted estos últimos diez años, sino como humilde amigo suyo que quiere tener el honor de seguir siéndolo . . .

–Gracias, general –y aceptó el abrazo que Del Valle,

una sonrisa en el rostro moreno y cuadrado, le ofrecía.

–Ahora que ya acabó todo, quiero que sepa cuán verdaderamente lo aprecio, señor Presidente . . .

El uniforme debía ser nuevo: conservaba el olor a sastrería. "Este cabrón, ¿ha sido alguna vez mi amigo, o lo ha sido tanto para que ahora venga a reclamar el derecho de seguir siéndolo? Del Valle fue mi subordinado. Herencia de don Tito Livio. Cómplice, acaso . . ."

–Correspondido está, general.

(SOMETIDA POR la dura mano de Gómez-Anda la inconformidad estudiantil, la Administración iba a conocer, cercano ya el fin de su primer año, una prueba aún más peligrosa.

–¿Insubordinación, general Gómez?

–Exactamente, señor.

–Asunto grave, entonces. Muy serio.

Estuvo de acuerdo el general Teodoro Gómez, vice-Ministro de Guerra y Defensa con la opinión del Presidente. El Asunto era Grave, Serio, y la situación podría empeorar.

–Lo es . . . Demasiados están metiendo su cuchara en esa olla, señor, si me perdona la expresión . . . Todos presionan: militares por una parte; políticos, por otra . . . Gente de fuera, también . . .

Teodoro Gómez, poco afecto a exagerar peligros reales, o a inventarlos, parecía estar en verdad preocupado esa tarde.

–¿Dejaría usted fuera de sus sospechas a quienes, en las Fuerzas Armadas, fueron amigos y colaboradores del señor Gómez de Lara . . .?

Pues había estado en espera de la pregunta, el vice-Ministro afirmó:

–Desde luego que no, señor Presidente. Como si a



propósito lo hicieran, *ellos* se dejan ver en cada intriga . . . Algunos de los que más quebrantados resultaron por el cambio político, son los que tratan de equivocar, malaconsejándolo, al general Salud Trujillo; los que están incitándolo para que intente esa locura . . .

Según los informes que Teodoro Gómez había ido a llevarle, y que coincidían con los obtenidos por él en otras fuentes (el Ministerio del Interior, la censura telefónica del ingeniero Trinidad Apodaca, por ejemplo), el general Salud Trujillo, molesto porque don Aurelio le prometió, como candidato, y le negó, como Presidente, la gubernatura de Barlovento, se disponía a desafiar la autoridad del Partido y la del Gobierno y a impedir que el mandatario electo preferido por Gómez-Anda ocupara el cargo.

–¿Cómo o con qué lo haría . . .?

–Salud Trujillo es, en cierta forma, dueño de Barlovento . . . –Lo era, ciertamente: en esa provincia radicaban su poder y su riqueza; de ella había sido ya, dos veces, gobernador constitucional y una, interino.

–¿Y . . .?

–En sus planes figuran la suspensión del pago de impuestos a la nueva administración de Barlovento . . . Huelgas en las fábricas, muchas de las cuales son suyas, de sus amigos, o de amigos de sus amigos . . . Marchas de campesinos para protestar . . . Barricadas en las carreteras, ¡que sé yo . . .!

Planteó cuidadosamente la pregunta– y escrutó el rostro del Ministro del Interior:

–¿Se arriesgaría Trujillo a tomar las armas contra el Centro . . .?

–No lo creo tan loco, ni tan tonto, como para rebasar la línea de la prudencia. Ha sido siempre uno *de adentro* y sabe que más allá de esa línea claramente marcada, empieza el peligro . . . Recordemos, señor, que Salud Truji-

llo es rico, inmensamente rico, y que debe disciplinarse para poder conservar lo que tiene . . .

–¿Y . . .?

–Nada más, señor Presidente. Don Salud presiona, y nada más. Busca negociar. Obtener de usted alguna ventaja. Hacerle ver a su gente de Barlovento que su opinión se oye, que su enojo preocupa aquí, y que no significa derrota para él que, esta vez, el PUR no lo haya postulado a la gubernatura . . .

El general Teodoro Gómez era menos confiado que Marco Tulio Cimarrosa: poseía material de información fresco, de primera mano, cuya autenticidad sería torpeza poner en duda. No tenía por qué engañar a don Aurelio. Había que decirle las cosas claramente. Se las dijo:

–El general Salud Trujillo, aunque haya quien no lo crea capaz, se dispone a levantarse en armas contra el Gobierno, señor Presidente . . .

–¿A tanto se atrevería . . . en este tiempo?

–Sí, señor . . . Repartiendo dinero en todas partes, Salud Trujillo fomenta las naturales inconformidades que siempre existen entre la joven oficialidad de las Fuerzas Armadas . . . De las que cumplen servicio en Barlovento no me fiaría, señor, ni permitiría que lo hiciera usted . . . La infiltración va en aumento . . . Inteligencia Militar, reporta que unas dos o tres docenas de jefes estarían dispuestos a secundar, así nos parezca absurda la idea, una asonada que encabezara el general Trujillo.

–De esos oficiales, ¿conoce los nombres?

–Sí, señor. Los tenemos a todos, y también a sus parientes y amigos, bajo vigilancia . . .

Se preguntó don Aurelio si no seguiría su tío Tito Livio tratando, desde el extranjero, de inmiscuirse en los asuntos del país y de estorbar su tarea de Presidente. "¿No fue Salud Trujillo uno de sus generales consentidos, uno con el que incluso llegó a irse de juerga muchi-



simas veces?, ¿no lo favoreció dándole ricos contratos, y permitiéndole abusos desde la época en que fue Supervisor de Calidades?, ¿no por órdenes de don Tito se favorecía a las empresas que pertenecían a don Salud, a su mujer, o a sus hijos?, ¿quién si no Gómez de Lara permitió que el general Trujillo llegara a convertirse en el Hombre Fuerte, en El Virrey de Barlovento? "Si Salud Trujillo no se sintiera así de apoyado por El Viejo, ¿estaría retándome con tal arrogancia? Como apunta Teodoro Gómez, ¿no se han agrupado en torno a Trujillo la mayoría de los que perjudiqué al echar de la República a don Tito?"

–¿El general Del Valle . . .?

–El general Del Valle y el general Trujillo son amigos desde el Colegio Militar . . . –dijo el vice-Ministro, quitando la palabra al Presidente.

Gómez-Anda lo sabía. También que Del Valle y Trujillo hacían negocios juntos y que eran socios en los fraccionamientos turísticos de Playa Santa y en las cuatro empresas que vendían los forrajes para la caballada del Ejército. Los hijos mayores de Salud Trujillo, ¿eran o no los que surtían de refacciones a todos los vehículos del Ministerio? Radamés del Valle, ¿a quién podía serle más fiel?, ¿a don Tito Livio, que lo impuso en su cargo, o a don Aurelio, que lo aceptó sin ninguna simpatía?

–Qué tan amigos, eso sería prudente averiguarlo . . .

–Inteligencia Militar ha logrado establecer relación entre lo que está tramándose en Barlovento y los repentinos brotes de actividad guerrillera, en las áreas rurales y urbanas, que se han producido en los últimos sesenta días; los que lleva en proceso de, digamos, fermentación, esta crisis . . . Armas y municiones que les hemos ocupado a los comandos, sólo pudieron haber sido obtenidos en los almacenes del Ejército, lo que me hace suponer . . .

—¿Dónde está ahora el general Trujillo?

—Se ha concentrado en su Hacienda de Contoy, en las montañas . . . Con él están sus hijos, sus yernos y sus guardias . . . Contoy, se nos reporta, es una fortaleza . . . Elementos del Quinto y del Undécimo regimientos se ocupan, ahora, de ampliar la pista de aterrizaje, en la llanura, y en abrir claros en la selva para que puedan usarlos, a discreción, los helicópteros de transporte *Albatros*, que son los más grandes de que dispone el Ejército . . . Trujillo tiene catorce de ellos a su servicio . . . Y por último, señor Presidente, están los asesores . . .

—Eso, ¿ha sido comprobado?

—A satisfacción, señor . . . Tenemos localizados a dieciséis.

—Cimarrosa calcula que son treinta y cinco . . .

—Respondo de mis datos, señor . . . El número no importa mayormente. Lo que sí, es darnos cuenta de su peligrosidad . . . Inteligencia Militar considera que todos, o casi todos, son extranjeros y no de una sola nacionalidad. Llevan aquí unos cinco meses . . . Ellos han organizado los campos de entrenamiento que tiene don Salud en Contoy y están entrenando a oficiales nuestros en tácticas especiales de combate . . .

—¿Cuántos se estima a que acompañan, en Contoy, al general Trujillo?

—Ahora, unos dos o tres mil . . .

—¿Qué tanto supone usted que sabe el general Del Valle de lo que verdaderamente se trama en Barlovento, general Gómez?

El vice-Ministro prefirió ser ambiguo. "Con un civil, por Presidente de la República que sea, nunca se sabe". Para sus propios fines, más convenía parecer evasivo.

—Según hemos averiguado, nada . . . O es más discreto de lo que creemos . . .

Un rato meditó Gómez-Anda. Decisiones como la



que debía tomar demandaban serenidad, reflexión, mucho valor.

—Manténgase, general Gómez, en permanente contacto conmigo . . .

—Afirmativo, señor Presidente.

COMO TODOS los martes, el general Radamés del Valle abordó al atardecer el jet destinado a su servicio en el Ministerio de Guerra y Defensa y voló mil ochocientos kilómetros hacia el norte. En la base aérea de El Encierro, el Comandante de la región militar, que lo esperaba, le hizo saber que el Secretario de Acuerdos del Presidente le pedía comunicarse con él, a Los Arcos, apenas llegara.

—Es urgente, dijeron, general.

—Si vuelven a llamar, diles que al oficial de guardia se le olvidó darme el recado, y que no me encuentras . . .

—Sí, señor.

Protegida por un blindado en vanguardia; por otro, a retaguardia, y por seis motociclistas a derecha e izquierda, la limusina del general Del Valle salió de la base y a ciento treinta kilómetros por hora recorrió los cincuenta que separaban El Encierro de Ciudad Constitución, capital de Nueva Huelva, donde pasaría la noche con la más reciente de sus queridas —una bailarina de burlesque a la que había retirado del oficio hacía cinco meses.

Al llegar el convoy a la residencia, que era mayor y más lujosa aún que la del señor Gobernador, el teniente coronel de artillería que se encargaba de protegerla, y de vigilar a La Señora, entregó al general Del Valle un nuevo recado:

—Urge de toda urgencia, mi general, que llame usted ahora mismo a Los Arcos.

–¿La señora . . .?

–Bañándose, general.

–Bien. Comunícame . . .

–La línea quedó abierta, esperándolo, general . . .

Lo estaba. Un teniente, que chocó los tacones al verlo entrar, atendía el teléfono. Le ofreció la bocina. El Ministro de Guerra y Defensa gruñó algo contra la madre de alguien, y la tomó. El Secretario de Audiencias del Presidente de la República notificaba al General Del Valle que El Señor deseaba recibirlo, en acuerdo extraordinario, por la mañana.

He venido en gira de trabajo, abogado. Acabo de llegar. ¿No me podría cambiar la cita para la tarde, o mejor, para otro día . . .?

–Me temo que no, general . . . A las seis treinta a eme lo espera el Señor Presidente, en Los Arcos . . . Buenas noches . . .

Lo preocupó lo perentorio de la orden, la sequedad con que le fue negada la gracia, el favor, de la prórroga. "Si El Viejo necesita verme, ¿por qué hijodesuputamadre no me lo dijo al mediodía, cuando le hablé para avisarle que venía?" También él inapelable, hizo varias llamadas a su Ministerio. ¿Estaba ocurriendo, en la capital o en alguna otra parte del país, algo que él no supiera? El general Teodoro Gómez, que volvía de su entrevista con el Presidente, lo tranquilizó: todo en orden y paz. Lo mismo le informaron el coronel De la Hoz, secretario particular suyo, y el Jefe del Estado Mayor. Del Valle pasó una mala noche, y a las tres de la madrugada regresó a la base aérea. Aunque empezaba el temporal de un ciclón en la zona sur de Nueva Huelva, el jet del general despegó siete minutos después de las cuatro.

MUY CONFUSO parecía estar el Ministro de Guerra y Defensa cuando las luces de la sala de proyección de Arcos fueron encendidas nuevamente. Sintió sobre mirada del señor Gómez-Anda y, mientras reprim bostezo, tomó su pregunta:



–¿Qué le parece lo que hemos visto, general?

–Muy extraño, señor Presidente.

–De no creerse, ¿verdad?

–En efecto, señor . . .

–Sin embargo, las imágenes no mienten . . . Hei visto los preparativos que el general Trujillo lleva a c para desafiar al Gobierno . . .

Radamés del Valle arguyó:

–El general Trujillo no haría tal cosa. Siempre ha s leal a las instituciones . . .

–No estamos muy seguros ahora . . .

–Conozco bien a Salud, señor Presidente.

–Mal orientado seguramente, el general Trujillo nos ha puesto en pie de guerra . . . Si no, ¿para qué arsenales en Contoy, los campos de adiestramiento, ampliación de su aeropuerto particular, el desmesura acopio de pertrechos?, ¿cómo, general Del Valle, exp car la campaña de insidias contra el Gobierno, contra persona, que fomenta entre algunos sectores de la jov oficialidad?, ¿cómo, por último, justificar la presencia Barlovento de todos esos 'asesores', mejor digamo mercenarios extranjeros, cuyo ingreso en el país no ap rece registrado por ninguna oficina de Migración, eh?

Crecida la barba en la mandíbula, descompuesto aliento, cargados de sueño los ojos y de fatiga los riñ nes, Radamés del Valle se resistía a aceptar que s amigo, su hermano, su socio, su compadre Salud Trujill hubiera llegado a extremos como los que enumeraba l desordenada y larga sucesión de escenas que había vist en compañía del Presidente. "¿Por qué Salud no me ha bló nunca de sus planes?, ¿quién vino a intrigar en s

contra?" Él, que no dominaba con facilidad las palabras, organizó unas en favor de su colega.

–Debe haber un malentendido, señor Presidente… Si usted me diera oportunidad, yo podría aclarar este chisme… Estoy seguro, señor, que el general Trujillo tiene modo de explicarse… Si lo permite usted, señor Presidente, llamaré a Salud, o iré a verlo allá, para averiguar qué es lo que está sucediendo y qué es lo que se propone hacer… Salud Trujillo ha sido siempre un soldado patriota, señor, y merece que se le oiga…

En el pasillo volvieron a detenerse. A lo lejos, en una habitación contigua, un mesero con chaleco a rayas empezaba a servir el café que beberían los ayudantes del primer turno y los funcionarios citados por El Señor a las siete. Casi invisible en el contraluz, Gómez-Anda dijo:

–Hemos tomado una decisión, general… Hemos pensado mucho antes de tomarla… Decisión dolorosa si se quiere, pero necesaria… –y lo miró.

A Del Valle se le oscurecieron los ojos al adivinar a qué 'decisión dolorosa' aludía el Presidente. Gómez-Anda advirtió cómo se le perdían en la penumbra de las anchas cejas.

–Entiendo, señor.

–Hay que detener al general Trujillo. Detenerlo sin que importe cómo… La traición debe ser evitada… Preferible unas gotas de sangre en Barlovento y no ríos que ahoguen al país, mañana. Cortar por lo sano, señor Ministro…

–Yo quisiera, señor Presidente…

Lo enfrentó ahora, endurecido y frío, con un seco gesto de autoridad en la cara de yesca:

–¿Considera que es una desproporcionada decisión la que ha tomado el Ejecutivo…?

–Desde luego que no, señor Presidente.

–Su amistad, sus compromisos personales con el general Salud Trujillo, ¿pesan más en usted que su lealtad al Supremo Gobierno?

Protestó Del Valle, rígido:

–No, señor. Como soldado de la República que soy…

–Entonces, general, acabe con el problema… Borre todo malentendido… Contoy, y Barlovento, no deben seguir siendo núcleos de agitación… El país exige tranquilidad, paz interna y justicia social, y es nuestro deber garantizarlas… ¿eh? Las ambiciones de un hombre, de un político que no sabe esperar o retirarse a tiempo, no permitiremos que sean aprovechadas por quienes urden complots en contra nuestra… El futuro inmediato de la República, y del Gobierno al que usted y yo servimos, dependerá, general, y confío en que también lo entienda así, de esta medida aleccionadora que ellos, los que nos presionan, están obligándonos a tomar… Salud Trujillo ha dejado de ser un militar leal a la Patria… Sus promesas de enmienda, formuladas ante usted o ante mí, ¿nos garantizarían su obediencia? …Detengamos ese delirio en sus inicios… Que la ola no crezca y termine arrollándonos…

Asintió Del Valle, consternado. Recordó un proverbio de cuartel. "O cumples las órdenes del Superior, o el Superior las cumple en ti". ¿Alertar a Salud Trujillo? "El Viejo ha de tenernos a todos muy vigilados. ¿Para qué arriesgarme y perder lo más por lo menos? Si Salud se metió el solo en este hoyo, que de él salga también solo… si es que puede". Indicó en voz baja:

–Se hará, señor Presidente.

Gómez-Anda colocó su mano sin peso sobre la manga de la guerrera verdeolivo de Radamés del Valle:

–Vaya, general… Que pase un buen día…

–También usted, señor…

Don Aurelio desayunó a solas y a solas leyó los pe-

riódicos. ¿Sería capaz Del Valle de llamar a Trujillo y avisarle? "Teodoro Gómez está allá para impedirlo. Consideramos anoche tal eventualidad. De producirse, sabe cómo proceder. Entonces perderíamos no uno, sino dos ameritados divisionarios . . . Hasta ahora, en tanto que Ministro de Guerra y Defensa, Radamés ha entregado solamente su obediencia al Gobierno Federal que yo presido. Hace falta que contemos también con su complicidad . . . Para resolver el problema que nos planea Salud Trujillo en Barlovento, bastaría instruir al Comandante de la Zona Militar o a los policías de Cimarrosa. Aplicarle la ley de fuga, matarlo en una emboscada y acreditársela a la guerrilla, sería fácil, pero no útil . . . No quiero un asesinato, sino un escarmiento: una radical acción ejemplificadora: dejar constancia de que no estoy dispuesto a tolerar que se me desafíe . . . Cuando Del Valle me entregue la cabeza de su amigo Trujillo, empezaremos a creer que nos es leal".

LA FINCA de Contoy fue borrada del mapa de Barlovento. Entre el fuego de los incendios desapareció prácticamente el pueblo del que tomaba nombre. En el *Parte* que el general Teodoro Gómez rendía a través del Ministro Del Valle a don Aurelio, se consignaba un dato que jamás sería confirmado: incluidos mujeres y niños, el número de muertos pasó de tres mil. Inteligencia Militar documentó, filmándola de principio a fin, la operación que se unificó al anochecer del miércoles y concluyó al clarear el jueves.

–Trujillo, ¿cómo se portó, general?

Sin emoción en la cara plana, informó Del Valle.

–Como un soldado . . .

–¡Un buen soldado de la República, don Salud!

–Sí, señor.



-Debemos, pues, rendirle los honores que merece un distinguido jefe militar . . . ¿Su cadáver . . .?

-En el Hospital Militar de Barlovento, con los de cuatro de sus hijos y dos de sus yernos . . .

-La viuda del general, ¿ha sido localizada?

-Llegará mañana. Está en Nueva York.

-En mi nombre, general, recíbala en el Aeropuerto y luego tráigala acá para que mi esposa y yo le presentemos nuestras condolencias . . .

-Sí, señor . . . –Ya para irse, el Ministro del Valle preguntó. –¿Nos hará el favor, señor Presidente, de ver la película que hicimos en Contoy?

-Esta noche, general. Con gusto.

-Verá usted el grado de adelanto técnico que ha alcanzado ya nuestro Glorioso Instituto Armado . . . Con orgullo, viéndolo en acción, podemos decir que está a la altura del mejor del mundo . . .

-General del Valle . . .

-¿Señor?

-Cuide que no se festine lo sucedido . . . Gratifique a los oficiales que intervinieron en la Operación y dispérselos por la República . . . Igual a los elementos de tropa . . . La Prensa Nacional nos ayudará con su discreción . . . El general Salud Trujillo, sus hijos y sus yernos, perdieron la vida al resistirse a ser secuestrados por una pequeña banda de delincuentes comunes, a la que ya se persigue, ¿eh? . . . No tiene caso alarmar al país propalando aquí los infundios que en el extranjero nos hacen aparecer como una nación desordenada, con guerrillas en cada monte y comandos en cada esquina . . .

-Me retiro ya, señor Presidente . . .

Por la noche recibió, juntos, al Ministro del Interior, Cimarrosa, y al vice-Ministro Teodoro Gómez, que vestía aún el uniforme de faena. Cimarrosa informó:

-He hablado, personalmente, con los directores de

los medios, señor Presidente. Se hablará apenas lo necesario de lo que, por desgracia, sucedió en Contoy... En cuanto a los asesores...

–¿Cuántos quedaron vivos...?

Intervino Teodoro Gómez:

–Nueve, señor Presidente; tres, están heridos... Se les interroga en el Campo Militar...

–¿Cayeron todos, general...?

–Imposible asegurarlo, señor, porque desconocíamos cuántos eran exactamente... Si algunos escaparon, no llegarán lejos...

Marco Tulio Cimarrosa pidió al Presidente que lo relevara del compromiso de quedarse a ver la película que del Ministerio de Guerra acababan de enviar. Debía volver a su oficina y... Teodoro Gómez permaneció. En la Sala de Proyección, La Primera Dama se reunió con su esposo. Cuando en la pantalla aparecieron los hombres que manejaban los lanzallamas arrinconando a mujeres, niños y animales para que los ametralladoristas pudieran abatirlos sin dificultad, Armandina se sintió enferma y corrió al cuarto de baño.

Muy tarde, pálida todavía, apareció en la recámara de don Aurelio. Sentada a los pies de la cama, sollozó: ¡Jesús! niños, esas mujeres, esos aterrorizados ancianos retrocediendo para que no los alcanzaran las llamas de la tropa!

–Oh, mi señor. ¡Cuánta sangre, cuánto dolor...! ¿Por qué, por qué?

Empezó a llorar, a sacudirse. Don Aurelio trató de apaciguarla, tomándole con las suyas las dos manos, pegajosas por la miel y el amamelis con los que por las noches las cubría:

–Hemos salvado a la República, quede esto entre nosotros, de un gravísimo peligro... Hicimos abortar la revolución que teniendo a Contoy como base, preparaba el general Salud Trujillo... Entienda usted bien, señor



mía: Éramos, o Trujillo o el país... O ellos, los que murieron, incluidos los niños, las mujeres y los viejos, o nosotros, y con nosotros, quizá, cientos de miles más... Otra cosa: mañana vendrá a vernos la viuda de Salud Trujillo para recibir nuestro pésame... Le ruego que esté conmigo.

Armandina fue dejando de sollozar. Como siempre, las palabras de don Aurelio, que esa madrugada olían mucho a whisky, la habían tranquilizado. Empezaba a sentir sueño. ¡Era tan tierno su señor...!)

TOMARON ASIENTO: tenso, el general Del Valle. Indiferente, en espera de que empezara a hablar, el señor Gómez-Anda.

–Además de saludarlo, señor Presidente, he venido a pedirle un favor...

–Dirá usted, general.

–Sucede, señor Presidente, que a partir de este mediodía se ha iniciado en el Ministerio una investigación, según sé, encaminada a perjudicar mi buen nombre, acusándome de cosas que *no* he hecho, *ni dejado que otros hicieran... Sucede, señor...*

Hablaba, él tan bronco, en voz baja, ahora. Cruzada la pierna y sobre la rodilla las manos que no conseguían conservar su calor. Gómez-Anda se limitaba a escuchar a Radamés del Valle, que insistía en repetir que salía pobre de su empleo y que jamás, podía jurarlo por sus muertos, se había aprovechado del cargo de Ministro de Guerra y Defensa para ganar un peso ilegítimo... ¿Cómo ignorar que Del Valle, revendía a los gobiernos de los países vecinos, y a los grupos guerrilleros que a sus gobiernos hostigaban, armas, municiones, medicinas y equipos de comunicación, supuestamente robados a los almacenes del Ejército Nacional? ¿Cómo no sospechar

que entregaba las jefaturas de las comandancias militares sólo a quienes podían pagar por ellas, y no a quien tenía derecho, a ocuparlas por antigüedad en el servicio o capacidad técnica? ¿Podía negar don Radamés que coroneles y mayores de su confianza, concedían interesada protección a los extranjeros que en las cordilleras del norte, en las ocultas hondonadas del Occidente, cultivaban amapola de opio y mariguana? ¿Autorizaba o no Del Valle que sus hijos, sobrinos, cuñados y favoritos, usaran aviones militares para traer al país sus contrabandos, y las bodegas de las bases aéreas para guardarlos? "Si sabe lo que sé de él; si por cálculo, para tenerlo leal y manso, le permití cometer tantas raterías, ¿por qué viene Radamés a hablarme ahora de manos limpias y conciencia tranquila, a pesar de que tiene unas y otra llenas de sangre, de mierda y de millones, eh? Si robó tanto, y tanto autorizó que robaran, ¿por qué no aguanta el ventarrón sin lloriquear?"

–Hmmm . . .

–Lo grave del caso, señor Presidente, es que en el fondo es a usted a quien buscan dañar. A usted más que a mí . . .

Simuló Gómez-Anda, con un súbito arqueamiento de cejas, que las palabras del general Del Valle lo sorprendían:

–¿A mí, por qué . . .? Estoy tranquilo, general. Pueden decir lo que quieran. Que alcen la puntería si gustan . . .

Del Valle parecía estar confuso por la actitud de don Aurelio. Había creído que iba a alarmarse, que lo iba a preocupar saber que empezaban a ser investigados ciertos manejos en el Ministerio de Guerra y Defensa. "Está tranquilo porque con él, con su querida, con su mujer y con sus protegidos, no se meterá el doctor Ávila Puig. Yo, en cambio, estoy al descubierto".



–Señor, yo tengo una familia que proteger, y una carrera intachable . . . Algo queda cuando lo calumnian a uno, señor . . .

–¿Cómo puedo ayudarlo, general?

–Haciéndole ver al señor Presidente que por diferencias personales que vienen de nuestros días de cadetes, su Ministro de Guerra y Defensa, El Bizco Correa me quiere cargar la mano . . . Descubriéndole también que el marciano que tiene ahora de Jefe del Estado Mayor Presidencial, el albino Tiberio Damasco, tiene ciertos arreglos de dinero con el general Correa . . . Una palabra de usted a don Víctor, y la investigación se acaba . . .

–¿No ha considerado, general Del Valle, la posibilidad de que El Señor Presidente, no el general Correa, haya ordenado esa investigación de que me habla usted . . .?

–¿El Señor Presidente? ¿Por qué él? ¿Qué le he hecho yo? Nos hemos tratado apenas, como a usted le consta . . .

–Tal vez el doctor Ávila no le haya perdonado lo que le hizo usted cuando él era candidato a la Presidencia . . .

–¿¡Eso!? Lo he visto varias veces y siempre me trató muy de buenas . . . ¿No me felicitó delante de todos, y me dio un abrazo, después de mi discurso en el banquete que le ofrecimos los Veteranos de la Revolución para agasajarlo?

–Que le haya felicitado, o abrazado, no significa que lo haya perdonado por aquello, general . . . O que lo haya olvidado, siquiera . . .

–Él es político y entenderá, señor . . .

Cuando lo dejó usted desamparado, no lo era todavía, general Del Valle . . . Después del incidente con los estudiantes en Ciudad Aldama, el Doctor Ávila Puig quedó desprotegido, y en serio peligro . . .

("EL COLÉRICO manotazo del general Radamés del Valle hizo saltar la tasa y unas gotas de café se desparramaron sobre la cubierta de cristal de la mesa del Presidente. Don Aurelio interrumpió la acción de beber y miró por encima de sus pequeños lentes oscuros al Ministro de Guerra y Defensa. Lo escuchó preguntar:

–¿. . . y por qué el hijo-de-la-gran-puta no pidió también un minuto de silencio por los hombres de tropa, por los oficiales que los estudiantes nos han matado, hmmm?

Don Aurelio Gómez-Anda dejó la taza en el centro del plato. Colocó éste, suavemente, junto al viejo tarro de cerveza que le servía para guardar los bolígrafos y los lápices amarillos de su preferencia:

–A mi parecer, Ávila Puig procedió correctamente, aunque ello no significa que su actitud deba agradarnos a todos . . . Al pedir un homenaje de respeto a la memoria de los estudiantes que han muerto en diversas algaradas, no estaba, de ningún modo, así lo veo yo, reprobando la acción del Ejército . . . Estaba, acaso, tratando de convertir la rencorosa animadversión de la juventud estudiantil en un sentimiento más positivo, y creo que pudo lograrlo con lo que dijo . . . Al menos eso se deduce de lo que los periódicos han publicado al respecto . . . En mi opinión, procediendo con tal tacto político, el doctor Ávila cerró una brecha; cauterizó la antigua herida . . . Que les haya dado una poca de coba, ¿importa ya, general Del Valle . . .?

–Para las Fuerzas Armadas, mucho.

–Todo salió bien –subrayó el Presidente– y no hubo necesidad de disparar siquiera un tiro.

Secamente, el Ministro miró a Gómez-Anda y luego a Plutarco Canto, director del PUR. Ellos podían decir lo que quisieran, pues para eso eran políticos, pero él tenía sus propias convicciones y no iba a permitir que lo enredaran con su palabrería, con sus cuentos de embaucadores.



Con un solo enérgico movimiento, Radamés del Valle dejó la silla:

–Señor Presidente: las Fuerzas Armadas han resuelto retirar todos los efectivos que habían facilitado al Partido para proteger al candidato y a su comitiva . . . También el equipo de vigilancia, apoyo y transporte aéreo . . . Las órdenes han sido ya despachadas: que ahora cuiden al doctor Ávila sus amigos los estudiantes . . . Nosotros, nos vamos . . . El retiro de los elementos militares se iniciará a las cero horas de mañana, señor . . . –dijo el Ministro".)

LE MOLESTABA la insistencia de Radamés del Valle en hacerle sentir, con sus palabras y también por la forma en que las decía, que ahora lo consideraba protector suyo. "Una cosa es que le haya permitido enriquecerse para asegurarme su lealtad, de igual modo que me aseguré la de otros generales por la misma vía, y otra es comprometerme a abogar por él ante quien, como Ávila Puig, sólo busca pruebas para seguir exhibiéndome como promotor de esa supuesta desaforada corrupción que denunció demagógicamente en su discurso . . . ¿Qué teme ya el general Del Valle, si la mayoría de sus millones los puso a salvo en el extranjero, invertidos en hoteles y haciendas, o reposando en secretas cuentas bancarias? ¡Si al menos, con cierto sentido del patriotismo, los hubiera dejado en el país que se los dio . . .!"

–Como dicen los paisanos, señor Presidente: usted y yo vamos en el mismo caballo y para que no vaya a tumbarnos debemos agarrarnos hasta con las uñas . . .

Con un un lento cabeceo, Gómez-Anda le hizo sentir que en efectos ambos eran jinetes en peligro. Serio nuevamente, como si le sobraran temores, dijo:

–Investigación de tal naturaleza, sólo el Presidente puede detenerla . . .

Ansioso, lo apremió Del Valle:

–Háblele pronto, señor . . . Correa nos tiene ojeriza . . . Ha alzado un chisme contra mí y el Presidente, es capaz de tomarme ojeriza y arruinar mi vida de soldado . . .

–Veremos, general, qué puede hacerse . . .

Como don Aurelio, también se levantó Radamés del Valle:

–Me pongo en sus manos, señor . . .

–Algo se nos ocurrirá . . .

Impulsivo, Radamés Del Valle abrazó a Gómez-Anda. "Jódase ahora, mi general . . . No es justo que quien robó tanto como usted se marche a disfrutarlo tranquilamente".

Luego, el general de las cuatro estrellas le sacudió la mano:

–Estaba seguro, señor, de poder contar con usted, para lo que fuera, hasta el final . . .

–Así es, general: hasta el final . . .



## 15

A LOS DIEZ minutos, Tomás Vallado Fájer no tuvo más palabras qué decir y, luego de mirarlo como disculpándose por su total incapacidad para mantener vivo un diálogo duradero, procedió a beber despacio, quizá sin ganas, el champaña que al llegar le sirvió el mayor Fraga. "No es que Tomás se aburra pronto; sucede simplemente que es aburrido", había dicho de él Gómez-Anda; y Armandina, primero, y luego todos los que se enteraron, convinieron que El Señor atinaba al definir, el modo de ser de su Ministro de Minas y Petróleo.

–¿Quieres que apague esa lámpara, Tomás?

–No es necesario, Aurelio.

–La luz está molestándote . . .

El resplandor le hacía llorar el ojo izquierdo y Tomás Vallado Fájer se lo protegía discretamente. Cuatro años antes había padecido una severa operación de cataratas y desde entonces, por orden del médico y por comodidad propia, prefería no exponerse, o exponerse lo menos posible, a la luz directa para evitar el fluir constante de las lágrimas y el dolor que por horas se le quedaba en las sienes. En su despacho del Ministerio trabajaba en penumbra. Los ventanales habían sido pintados de negro y cubiertos por cortinas de tela metálica. Secretarios y subordinados conocían mejor la silueta que el rostro de El Superior. Se le presentó en una caricatura memorable como "El Hombre Oscuro" –una sombra en la tiniebla;

un funcionario sin relieve; alguien de quien se hablaba apenas y al que pocos, muy pocos, conocían.

–En verdad, no . . .

Esa amable pasividad de Vallado Fájer impacientaba a don Aurelio. "En todo ha sido así, sangre de atole. Aguantador hasta la indignación. Alma de Dios de tan bueno . . . Sí, agrime de ese modo, carajo, ¿por qué no se cambia de lugar o permite que . . ." Gritó:

–Mayor Fraga . . .

–Señor.

–Haga el favor de apagar esa lámpara.

Intervino, cohibido, Vallado:

–Aurelio, no es necesario . . .

Se sintió mejor cuando Fraga apagó la lámpara. Con los dedos fríos que habían sostenido el vaso, retiró del lado izquierdo de su cara las lágrimas constantes. Entre sus rodillas colocó un pañuelo de papel. Sabía que iba a conocer ese agrio malestar en el estómago cuando aceptó beber con quien había sido su jefe diez años y, desde muy jóvenes ambos, su amigo toda la vida. "¿Cómo decirle no a Aurelio, hoy que está sólo y, me doy cuenta, triste?". Gómez-Anda lo vio sacar de una bolsa del chaleco la cajita de oro con las iniciales TVF en la tapa; abrirla y, como si fuera rape, tomar una pulgarada de polvo blanco.

–¿Tu gastritis . . .?

–Peor que nunca, hoy . . .

–Por la tensión, Tomás . . .

–Eso creo . . . –Vallado Fájer dejó sobre su lengua el polvo que le hacía tolerable la molestia.

–Ya pasó todo, Tomás . . . Ahora sí, a vivir en calma.

–Te lo has ganado, Aurelio.

Después de mucho tiempo de no hacerlo, Gómez-Anda bebió un trago moderado de la Crema de Ron Tibia, reconfortaba. Vallado Fájer lo escuchó ajustar,



chuc, chuc, la dentadura falsa. La luz de la otra lámpara, situada atrás y un poco a la derecha de don Aurelio, hacía resaltar el relieve de los huesos bajo la piel delgadísima de las mejillas. "Se le ha ido haciendo como de cuero el pellejo . . . ¡Cuánto lo consumió la Presidencia! No, la Presidencia, no. En ella lucía entero, lleno de vigor, animoso. Se lo han comido estos meses últimos . . . Más que yo, él es quien necesita descansar, reponerse, no pensar ya en lo que hubo antes. ¿Podrá?" Volvió a mirarlo con cierta curiosidad. "¿Llegué a conocerlo alguna vez?" No tener la certeza lo mortificaba. "Con Aurelio, ¿quién estuvo seguro de algo? Por amigo que fuera suyo, ¿quién llegó a saberle los secretos a su juego?".

–Descansar, sí, lo he pensado; tal vez dentro de un tiempo.

Dormir tus horas. Vivir un poco para ti.

Le entregó a unos semejantes a los suyos, sus ojos oscuros, algo apagados; ojos de quien recordaba mucho por mucho haber visto con ellos.

–¡Vivir un poco para uno . . .! Cuando estás viviendo para los otros, ¿no lo haces también plenamente para ti, Tomás? ¿y qué es, después de todo, vivir para uno . . .?

(DESPUÉS DE la comida, el Presidente Gómez-Anda propuso al vice-Ministro de Guerra y Defensa que lo acompañara a caminar por el jardín de la Casa del Poder.

–Es magnífico para la digestión, general.

–Lo es, señor Presidente –dijo Teodoro Gómez, abandonando sobre la mesa la servilleta.

Al verlos aparecer, acudieron rápidamente y rechazados por un gesto de Gómez-Anda se retiraron después, los guardias que cuidaban la seguridad de ese fresco sector del parque. Meras presencias alertas rectadas tras las estatuas, copias de obras famosas, que se blanqueaban

sobre los prados o verdecían entre los follajes, algunos vigilaban sus pasos. A no pocos de los más antiguos en el servicio de Los Arcos, les parecía increíble que El Señor saliera a pasear bajo el sol de la tarde sin su sombrero de ala ancha o su blanco canotié. Uno y otro en silencio, don Aurelio y el general Gómez caminaban entre el olor a hierba y los rumores del bosque.

-Triste cosa . . . -dijo de pronto don Aurelio, suspirando como si recordara, entre tanta placidez, alguna razón de pesadumbre. -Triste y preocupante cosa, ¿no le parece, general?

Para no arriesgarse a contradecirlo, el vice-Ministro repitió:

-Triste cosa, en efecto, señor . . .

-Y, según yo la miro, irremediable . . . ¿O, le ve usted algún arreglo, general . . .?

-Usted, señor Presidente, ¿se lo ve?

-Me pregunto a veces, cuando pienso en ello, si la culpa no será mía . . . ¿Lo es, general?

-No lo diría yo, señor.

-Debe, entonces, ser de las circunstancias.

-Obra de las circunstancias, señor Presidente.

Una de las ciervas se acercó a Gómez-Anda y golosa le buscó las manos. En la palma de una su lengua halló el cubo de azúcar que el Presidente nunca olvidaba llevarle. La acarició don Aurelio y con un golpecito en la grupa la obligó a despejar el sendero.

-Sin embargo, general, esta crisis de valores me preocupa . . . Pensando cómo resolverla, he pasado, si usted supiera, cientos de noches en blanco . . . ¿Dónde está la falla, dónde me he equivocado y por qué?, eso me pregunto.

-Ah . . . -Como Teodoro Gómez no tenía idea de qué le estaba hablando el Presidente, prefería ofrecerle la más atenta de sus expresiones.



Cariñoso, don Aurelio se apoyó en el brazo del general y así, caminando lentamente, continuaron hasta más allá de la pileta de las truchas:

Los hombres realmente preparados de que disponemos, se cuentan con los dedos de una mano . . . Quiero decir: hombres capaces de gobernar este país con la firmeza, la sensibilidad y el talento que demandan nuestro numerosos y complejos problemas, ¿no es así?

-Totalmente de acuerdo, señor.

Iniciaron el retorno. Al caminar, don Aurelio se veía las puntas relucientes de sus botines de charol. Tocados por un rayo fugaz de sol, centelleaban a veces los botones de la guerrera del general Gómez.

-En tiempos normales, consideraríamos seria tal carencia, aunque no demasiado . . . En estos ya cercanos a la renovación de los mandos, cuando nos falta poco menos de un año para que nos vayamos, adquiere proporciones alarmantes, ¿eh?

-Sí, señor . . .

-Catastróficas, diría yo . . . ¿Por qué escasea a tal grado el buen material humano?, ¿por qué . . . si en estos nueve años el Presidente Gómez-Anda ha abierto caminos a los talentos; ha creado condiciones para que esos talentos se desarrollen, se multipliquen y se perfeccionen, y ha ofrecido oportunidades para que los más capaces de nuestros políticos y funcionarios puedan mostrar lo que realmente son, lo que auténticamente valen . . .? A tales enigmas no tengo respuestas, querido general. Una cosa es, sin embargo, indiscutible: el país, demanda seguir marchando; ne-ce-si-ta continuar avanzando. No estancarse; menos aún, re-tro-ce-der . . .

Se detuvieron. Agudamente Gómez-Anda miró a la cara del vice-Ministro.

-Retroceder, no. Nunca, señor Presidente.

-No avanzar es una forma de retroceso, quizá la más

lamentable y peligrosa… La desconfianza cunde. La fe en nuestros hombres, mengua… Nos estamos debilitando, general…

–Así es, señor.

Reanudaron su despaciosa marcha por los senderitos divagantes de Los Arcos. En una banca de cemento pintada de color verde musgo, varias ardillas comían bellotas. Entre las ramas de un laurel, hubo un aleteo y, luego, el graznido de un pavorreal.

–Estas últimas noches me he preguntado cuál de mis ministros, quién de entre los hombres disponibles, posee los méritos, las calidades, la capacidad para, en su momento, ocupar la Presidencia de la República después que llegue el día en que deberé marcharme…

–Para ese día falta todavía mucho, señor…

–¿Cómo dormir tranquilo, general, aunque aún falte tiempo para que amanezca el día de la toma de las decisiones, si el futuro, si el panorama humano, se nos ofrecen tan desconsoladores…? Barajo nombres y, sí, son buenos, ¡parecen buenos!; sin embargo…

–Ah… –Teodoro Gómez pensó: "¿Esperará que por mi conducto las Fuerzas Armadas sugieran a la persona que les gustaría ver favorecida por la decisión del Presidente y del Partido Unificador Revolucionario? O, por el contrario, ¿querrá que yo, como vice-Ministro del ramo, lleve a los Jefes y Oficiales la consigna de a quién deben proponerle?"

Siempre a paso medido, tomaron una de las veredas descendentes que convergían en esa especie de plaza pueblerina cuyo centro ocupaba la capilla de muros de piedra en la que los domingos por la mañana oía misa La Primera Dama. En el reborde húmedo de la fuente zureaban gordas palomas colipavo junto a negros cuervos criollos y modestos gorriones. Gómez-Anda estaba seguro de haber aprehendido la curiosidad de Teodoro



Gómez. Dudaba, sin embargo, un poco todavía. ¿De qué modo, con qué palabras lo suficientemente ambiguas para que después no le fueran reprochadas, exponerle su plan? Luego de los ajustes y cambios que en los días del general César Darío le fueron hechas al Texto Constitucional, ningún ciudadano Presidente podía cumplir un tercer período consecutivo. Para presentarse una vez más como candidato a la Suprema Magistratura, debían transcurrir diez años, durante los cuales le estaba prohibido desempeñar cargos públicos, por modestos que fueran, o realizar actividades legislativas. "¿Con qué vida esperar tanto tiempo? Mi influencia de hoy, ¿seguirá siendo considerable dentro de dos lustros?" En la duermevela de la víspera encontró la idea. Muchas horas estuvo revolcándola en su elusivo sueño. Al despertar de madrugada la encontró aún viva, fija, en su cabeza. "Buen síntoma". Más que buena, era magnífica; una de las mejores que se le hubieran ocurrido. Nada tenía que perder. Para convertirla en acción, necesitaba un colaborador; alguien que fuera por igual fiel a él –y ambicioso. Invitó a comer al general Teodoro Gómez.

–Me pregunto, general, ¿es justo para el país que el Presidente, por no disponer de elementos adecuados y sólo porque así lo dispone la Carta Magna, señale como sucesor a un hombre que carece, en la medida que el cargo demanda, de madurez y experiencia; a un hombre que quizá diga que es patriota pero que no ha tenido oportunidad de demostrarlo…?

El vice-Ministro trató de entender esas palabras, un tanto oscuras, que el Presidente Gómez-Anda acababa de pronunciar. ¿Iría a producirse, tan tempranamente, la revelación? De ser así, ¿a qué lealtades futuras pretendería comprometerlo Gómez-Anda haciéndolo depositario de El Nombre? Alerta, aguardó. Cauto, dijo:

–No es justo, señor.

–Eso opino yo, general . . . ¿Por qué ha de irse, luego de dos términos constitucionales, el Presidente que ha probado ser bueno . . .? El político experimentado, el que ha servido a su país en Palacio Nacional o en esta casa, es el titular de la gran experiencia; la memoria de su especie. El que recuerda; el que no permite que el olvido nos obligue a tropezar con nuevos, que son los mismos antiguos errores . . . Que la reelección tenga un límite es perfecto. Nos libramos así de malos gobernantes; pero ese límite, por otra parte, nos impide por un mero tecnicismo conservar a los que son aptos . . .

–Esa experiencia, señor, no debe desperdiciarse.

Sin mirarlo ahora, ofreciéndole el perfil, añadió el Presidente:

–Coincido con usted, general Gómez. Es demasiado valiosa para mandarla al asilo. Mas, ¿cómo aprovecharla, si quien la ha atesorado, como es mi caso, debe retirarse . . . como también es mi caso?

Teodoro Gómez conoció en ese momento la vanidad de estar convirtiéndose en personaje de la Historia, de la modesta Historia Nacional, al proponer:

–Modifique la Constitución, señor Presidente.

Fue de fingida sorpresa la expresión que le encendió el rostro al Presidente. Para mortificar a Teodoro Gómez habló, golpeando un poco las palabras:

–General: nuestra Carta Magna debe ser respetada en ése, y en todos sus puntos fundamentales . . . Modificarla para que yo o cualquier otro pueda seguir en la Presidencia de la República un tercer, un cuarto períodos, equivaldría a negar una de las más sabias, si no la más sabia, decisiones de índole política tomadas por César Darío . . . No, general Gómez. Yo no me atrevería a enmendarle la plana al Constituyente, ni lo permitiría tampoco . . . Habría que buscar, en todo caso, otro camino; hallar una alternativa mejor . . .



–¿Ha pensado ya, señor, cuál podría ser?

Don Aurelio pareció buscar en su cabeza, las palabras que ya tenía listas. Dijo después que avanzaron en otro silencio, un medio centenar más de pasos:

–Se me ocurre que el Jefe del Ejecutivo podría prolongar su administración de modo por demás necesario y legítimo solamente en caso que se presentaran insoslayables situaciones de fuerza mayor, general . . . ¿Qué estaríamos obligados a hacer, si una situación de esa naturaleza se planteara ante nosotros . . .?

–Pues, señor Presidente . . .

–De producirse, es lógico que tal situación modificaría el orden de las cosas. Pondría en peligro las instituciones. Amenazaría la paz social, tan sólida, de que disfrutamos. Desquiciaría los mandos . . . y por todo ello nos forzaría a la toma de ciertas decisiones radicales, pero urgentes y justas . . .

Más curioso ahora, el vice-Ministro demandó:

–Para usted, señor Presidente, ¿cuál sería una situación de fuerza mayor que podría originar tales contratiempos . . .?

–No una guerra, ciertamente, general, si en eso está pensando. Nada de eso. Tampoco una revolución armada . . .

–¿Entonces?

–Digamos: una alteración temporal del orden interno . . . Nos hallaríamos así, muy a nuestro pesar, en lo que podríamos definir como Estado de Emergencia . . .

–Ah . . .

–Mejor que yo, lo sabe usted, general: de un año a la fecha ido enrareciéndose la atmósfera en el país . . . Padecemos violencia en el interior . . . No sólo en las áreas rurales, también en las urbanas, la actividad guerrillera se ha recrudecido . . . Los campesinos sin tierras, fácilmente manejables por los demagogos, invaden predios y al ha-

cerlo ponen en alarma a los responsables de la producción agrícola: los propietarios, sean mayores o modestos... En las metrópolis se hacen correr embustes, se auguran desastres, se vaticinan devaluaciones y otras calamidades; infundios que, para desgracia nuestra, encuentran eco más allá de las fronteras... El dinero, lentamente todavía, ha empezado a huir al extranjero... El ciudadano ahorrador, desconfiando del Gobierno a causa de tantas patrañas como se le dicen en cafés y mentideros, retira su plata de los bancos y debido a ello la actividad se deprime o se paraliza del todo en muchos sectores... Cuentan por ahí, general, para explicar tales resquemores, que el pueblo, el hombre-de-la-calle, no cree ya en nada... Se equivocan: cree en todo y por eso se comporta de modo tan censurable... Nos amenaza una vez más, general, ahora sí muy seriamente, el fenómeno de la desestabilización... Hay intereses muy poderosos, de fuera y de dentro, confabulados en contra nuestra... Potencias que codician lo que poseemos: petróleo, minerales, materias primas variadísimas; pero, sobre todo, ¡petróleo, petróleo...!

–Mucho petróleo, señor...

Añadía el Presidente:

–A los ojos del mundo damos la impresión; están haciendo que demos la impresión, de ser incapaces de manejar nuestro país... La impresión de haber sido desbordados por ciertos problemas que para los que carecemos de adecuadas soluciones. La impresión, por último, de anda a ciegas... Eso es muy peligroso, general Gómez... Guerrillas, violencias, encuentros, fuga de capitales, desconfianza popular, artificial carestía, especulación organizada por los malos comercialistas, incertidumbre, falta de inversiones en la industria y el campo; todo ello, general, es indicio de que algo muy grave podría ocurrirnos más pronto de lo que suponemos... Yo



me pregunto: a la vista de tantísimas irregularidades, reales unas, abultadas las otras, ¿cuánto tiempo durará la paciencia de las Fuerzas Armadas...?

–Las Fuerzas Armadas son Institucionalmente Leales al Gobierno, señor...

Sonriendo, asintió Gómez-Anda:

–Lo han sido, en verdad... Sin embargo, se puede advertir un fermento de inconformidad entre los señores oficiales a los que no los dejan progresar los 'viejos' del Ejército; los incompetentes incrustados, al parecer vitaliciamente, en los mejores o más productivos cargos... Esos descontentos están siendo cortejados desde el exterior y por elementos de lo más negativos del interior... Según mis informes, no pocos de tales jefes escucharían con gusto, como si dijéramos, el canto de las sirenas... De no ser cierto lo que le digo, general Gómez, nunca me hubiera ocupado de comentarlo con usted... El peligro existe.

–Un cuartelazo a estas alturas, señor, es imposible.

–No debemos confiarnos, general. Hay que estar prevenidos...

–El Ejército lo está siempre, señor.

–...prevenidos no para repelar un ataque, sino para iniciarlo nosotros. Para hacer abortar cualquier intentona revolucionaria con una acción, esa sí patrióticamente revolucionaria, y controlada debidamente. ¿Me entiende, general?

Cabeceó lentamente el vice-Ministro. Luego dijo:

–¿Propone usted...?

–Propongo, general Gómez, organizar desde adentro y desde arriba, un movimiento cuya finalidad sería hacer ciertos ajustes; librarnos de tanto lastre como arrastramos; modificar las estructuras caducas y reecontrar el orden... Haciéndolo, convertiríamos en algo positivo lo que ya no lo es... El Ejército, de eso estoy plenamente

seguro, sería El Gran Arquitecto de esa victoria civil.

–Oh . . .

–Luego del sacudón, sería creada una Junta Reorganizadora de las Tareas Gubernamentales . . . El Presidente formaría parte de ella, asistido por dos prestigiados hombres de uniforme: usted, mi amigo, uno de ellos . . . Con los tres colaboraría el Ministro del Interior . . . Esto, claro está, no es más que una mera especulación de sobremesa. Quisiera que lo entendiera usted así . . .

–Lo entiendo, señor . . . La idea podría funcionar.

–¿Le parece? Siendo así, nada perderíamos si usted, con la discreción que no es necesario recomendarle, sondeara el ánimo de sus compañeros de armas para averiguar con cuántos señores oficiales se podría contar, de exigirlo las circunstancias . . .

Aturdidamente, porque había terminado por entender lo que el Jefe del Ejecutivo estaba tramando, o intentando tramar, el general Gómez ofreció hacerlo. Don Aurelio le pidió que no demorara mucho. El tiempo era el primer enemigo a vencer. Disponían apenas del justo para organizar Los Cambios:

–¿Un mes, señor?

–Si pudiéramos vernos antes, mejor . . . –Lo tomó por los brazos. En su mirada había afecto, y en su palabra, vehemencia. –Todo será para bien. Esté seguro de ello, general . . .

–Lo estoy, señor.

TRES SEMANAS más tarde, el vice-Ministro de Guerra y Defensa lo visitó en Los Arcos.

–He hablado con la oficialidad. La mayoría está de acuerdo en que ya va siendo hora de que alguien haga algo y corrija tantos errores . . . Hice una lista, señor . . .

El general colocó frente a Gómez-Anda una carpeta



de cartoncillo azul sin marcas, escudos o leyendas, que contenía tal vez unas quince páginas escritas a máquina. Don Aurelio miró los apretados renglones con aprensión, y luego al vice-Ministro con desconfianza.

–¿Cuántos son . . .?

–Seiscientos ochenta y dos, señor. De subteniente a brigadier . . .

Como si temiera que los nombres fueran a huir de las páginas en que personalmente los escribió el general, don Aurelio cerró la carpeta y, a manera de pisapapel, colocó sobre ella el tarro para beber cerveza que contenía lápices y bolígrafos.

–¿En qué disposición de ánimo los encontró?

–Favorable . . .

–¿Ayudarían, en caso que se les pidiera hacerlo?

–Como un solo hombre. Respondo personalmente de todos ellos.

–¿Qué tan abiertamente les habló . . .?

–Lo indispensable, en algunos casos muy especiales, nada más . . . En este tiempo que me pasé de un lado a otro hablando con ellos, detecté, en todos, impaciencia, ganas de progresar, inquietud social . . . Mayor serenidad entre los más viejos, como es lógico . . . Unos y otros, novatos y veteranos, reconocen que los cambios urgen . . . Alguno me llegó a decir, como si su intención fuera que yo le trajese a usted su recado, que bien haría el Presidente si se apoyara más en el Ejército para devolverle al pueblo la confianza . . .

–A soldados, marineros, oficinistas, ¿tuvo ocasión de tratarlos . . .?

–El Ejército son sus oficiales, señor Presidente . . . Ellos son los que cuentan. La tropa obedece: tal es su deber . . . Créame o no, señor, fue entre los de la rama de la Aviación donde más impaciencia hallé .

–Bien . . .

–Señor, si me permite, quisiera exponerle algunas ideas que se me han ocurrido, y en las que he estado pensando, desde que me habló usted de lo conveniente que sería ayudar a la República a reencontrar el orden . . . Quisiera tratarle también lo relativo a un plan de reorganización técnica de las Fuerzas Armadas. Y por último, señor . . .

PREOCUPADAMENTE, por las noches, ya a solas en su recámara, Gómez-Anda releía la lista que el vice-Ministro de Guerra y Defensa le había llevado. "Si un Ejército es sus oficiales, como él dice, qué mal anda el nuestro con tantos decididos a secundar una aventura revolucionaria. Que nuestro Instituto Armado carezca ahora de caudillos lo hace más peligroso: ello significa que ha terminado por manejarlo una burocracia, un equipo que es temible por el número de individuos que lo componen y por los cargos que desempeñan". Lo sorprendía ir encontrando en cada página uno, dos, a veces más, nombres de generales, coroneles, mayores, capitanes, de cuya lealtad jamás hubiese tenido motivos para dudar. "La ambición de poder parece haber progresado tanto entre esa oficialidad como la ambición de riqueza. O, ¿no será consecuencia una de la otra?"

También lo atemorizaba darse cuenta qué tan a merced de Teodoro Gómez y sus amigos quedaría él en el caso de que llevara a cabo ese proyecto que empezaba a parecerle disparatado. "Con ellos dominando todo: las Fuerzas Armadas de aire, mar y tierra; ministerios y bancos, vías de comunicación y empresas paraestatales como lo haría Gómez con el personal que ha entrenado para que se ocupe de esos menesteres, ¿cuánto tiempo me respetarían?, ¿cuánto se sentirían obligados a cumplir el compromiso de obedecer mi autoridad? Siendo tantos, y



habiéndose ubicado tan estratégicamente, ¿necesitarían del Prestigio que a la Junta Reorganizadora de las Tareas Gubernamentales aportaría mi presencia en ella? ¿Recurrirían a mi consejo?, ¿o terminarían echándome del país –si no es que encarceIándome o, peor aún, fusilándome?"

Padecía angustia en el sueño. "Error, el que cometí al hablar con Gómez sobre este asunto y, de hecho, autorizarlo a organizar los preparativos de un Golpe de Estado . . . Ha tomado las cosas absolutamente a pecho . . . Basta oír cómo habla, él tan discreto por naturaleza; ver cómo me trata, él siempre respetuoso conmigo . . . Me habla y me trata como si entre nosotros, por ser socios en esta conspiración puramente académica, teórica como si dijéramos, se hubiesen borrado ya distancias y jerarquías; como su fuéramos iguales". En alguno de esos insomnios llegó a decirse que es un riesgo excesivo el que se corre si se deja con vida a quien conoce de uno secretos comprometedores.

Se le miraba preocupado, agrio, distante esos días. ¿Con quién hablar de ese problema?, ¿a quién confiarse en demanda de consejo. "¿Por qué, coño, ciertas cosas con nadie puede comentar el Presidente?, ¿por qué teme que no lo comprendan, o que lo comprendan mal? De un crimen puedo tal vez discutir con Fermín Palermo. De esto, no". Encargó al Ministro Cimarrosa que practicara ciertas averiguaciones sobre algunos de los hombres de la lista: comandantes de zona militar, casi todos: jefes cuyas órdenes acataban docenas de miles de elementos de tropa. "Tengo la impresión, Marco Tulio, que esos oficiales están siendo manipulados por los grupos de presión que se ocupan de fomentar la violencia y propagar la inquietud . . . No los acusamos de nada, pero hay que investigar quiénes son sus amigos, cuáles sus nexos con los traidores de siempre, y cuáles sus compromisos".

Ninguno de los seiscientos ochenta y dos nombres que don Aurelio terminó por entregarle al Ministro Cimarrosa, dejó de padecer el análisis de las computadoras. Los datos obtenidos fueron trasladados a los Bancos de Memoria del Ministerio del Interior y de allí a los expedientes confidenciales. "Todo sirve: si no hoy, mañana. Pero todo sirve". El minucioso quehacer secreto exigió semanas. "Echarle agua a la lumbre. Apagar las llamas. Luego, remover las cenizas para que ninguna brasa siga ardiendo entre ellas". El Presidente evitó las visitas personales de Teodoro Gómez y redujo al mínimo, para que no recelara, los contactos por teléfono. Alguna vez el general quiso saber noticias sobre "nuestro asunto", y por respuesta recibió palabras: "Sigamos en la paciencia de la espera", que no aclararon nada, pero que le parecieron prometedoras . . . Otros pasos debían ser dados, calculó Gómez-Anda, para corregir su error. "¿Error? No lo fue tanto, pues nos ha permitido averiguar calladamente, sin escándalo público, cuántos entre nuestros oficiales están dispuestos a la traición. Lo sabemos ya y conocemos sus identidades . . ."

Un día de acuerdo ordinario en Palacio, Gómez-Anda avisó al general Radamés del Valle que había resuelto implantar un sistema de rotación entre los jefes del Instituto. El ministro no pudo evitar un gesto de enojo. "¿Qué sabe de estas cosas el Viejo idiota?" Si en nueve años no había metido la nariz en los asuntos internos del Ejército ¿por qué ahora, y sobre todo: inspirado por quién, pretendía hacerlo? "¿Rotación, señor Presidente?" "Un poco de movimiento, general, para romper intereses creados y dar oportunidad a otros", y le entregó una página con los nombres de los primeros que debían ser removidos. Del Valle no se inconformó, pues ninguno de sus amigos figuraba en esa relación.

En un par de meses, los seiscientos ochenta y dos



habían sido desarraigados. Ninguna influencia intervino para estorbar los cambios. Del Valle se ocupó de que las órdenes de El Señor fueran cumplidas rigurosamente. Cada general que retiraba de una provincia, era un punto de apoyo que se le quitaba a Teodoro Gómez, que, prefería pensarlo así Radamés del Valle, había perdido, o estaba perdiendo, por alguna razón que a él no le importaba averiguar, la simpatía, el largo afecto personal y oficial de don Aurelio. Cada coronel separado de su regimiento dejaba abierta una plaza para que la ocupara un colaborador del Ministro. De remotas guarniciones en páramos, selvas y montañas, el general hizo volver a los suyos y a ellas desterró tenientes, capitanes, mayores, del vice-Ministro.

De los más peligrosos (comandantes con fuerza política, generales de la aviación, funcionarios administrativos sin uniforme) se encargó Gómez-Anda. A unos, los envió al Servicio Exterior con sueldos tentadores. A otros, al retiro aunque no tuviesen edad de merecerlo. A los más jóvenes, empezó a corromperlos. Radamés del Valle preguntó: "¿No le parece raro, señor Presidente, que todos ellos sean gente de Teodoro"? Conociendo cuanto rencor existía entre Del Valle y Gómez, don Aurelio dijo: "El general Teodoro Gómez es un muy apreciado amigo personal mío, del mismo modo que lo es el señor general Radamés del Valle . . . Que los primeros oficiales a los que hemos cambiado de adscripción gocen de la amistad de don Teodoro, resulta ser una mera coincidencia. Nada extraño vemos en eso, general".

El vice-Ministro Gómez, luego de buscarla muchas semanas, logró al fin una charla en privado con el Señor Presidente. Le alarmaba, expresó en voz baja, que "nuestros amigos" hubieran sido separados por Del Valle, del lugar, o del empleo, de su poder. "Algo se habrá filtrado, señor, y Radamés está vengándose, arruinándolos . . . Pa-

sará tiempo antes de que podamos reagruparlos, devolverles su fuerza". Gravemente aceptó Gómez-Anda que así sería: "Tiempo pasará, en efecto, y pienso, general, que fue mejor . . . Los días están verdes y los problemas de nuestra hora exigen soluciones políticas, no soluciones militares". "Como usted diga, señor Presidente". "Un consejo, general Gómez: retire de su cabeza ideas como las que hemos estado manejando en el terreno de la teoría. Mucho ha que la República dejó de considerar la cuartelada como panacea, ¿eh?" Confuso de pronto, Teodoro Gómez atinó a murmurar: "Sí, señor Presidente". De vuelta en casa, el vice-Ministro pensaba: "¿Por qué este viejo lo hace a uno sentirse culpable de las pendejadas que a él se le ocurren? ¿Cuánto pasará antes de que también a mí me cargue la mano y me arruine vida y carrera?" Sin consultarlo con su esposa, esa noche decidió: "Hay que mantenerse quietecito, mientras se viene el futuro. Hay que poner fuera de aquí los centavos que hemos podido guardar".)

EL MAYOR FRAGA había acudido a contestar el teléfono. Se había acercado después a interrumpir el silencio que mantenía unidos, como su vieja amistad, a don Aurelio y a don Tomás.

–Luis Felipe Ruz, señor . . .

–Joder . . . Dígale que no quiero hablar con él. Pero ¡dígaselo!

Vallado Fájer no rechazó que Gómez-Anda le sirviera más champaña. Mientras lo hacía, amparó su estómago con otro poco del polvo blanco que le neutralizaba la acidez. En su turno, para no seguir bebiendo solo, abasteció de ron al ex-Presidente.

–¿Por qué Ávila Puig, Aurelio . . .?

–Al final no tenía otra opción.



(VOLUBLE, IMPREVISIBLE, de pronto perdido en delirios de redentor del pueblo, Ávila Puig se había convertido en un problema. Desoía los consejos de don Aurelio y, durante su campaña como candidato a la Presidencia, se rehusaba a recibir sus llamadas por teléfono. En pueblos y ciudades, campamentos y bohíos, Ávila Puig censuraba todo lo que había hecho el Gobierno Gómez-Anda y prometía enmendar los desaciertos. "Nada le parece bien a este cabrón", resoplaba el Presidente al oír las grabaciones de sus discursos; al leer los titulares que provocaban en los diarios; al encontrar sus críticas, ya no veladas, en los informes que todos los amaneceres le hacía llegar a Los Arcos el Ministro del Interior. "Yo, Gómez-Anda, según dice él, soy quien propicia la corrupción, quien ampara a los prevaricadores, quien permite la que él califica de indignante desigualdad social".

El viaje electoral del ex-Ministro de Industrias y Desarrollo se había convertido, como Fermín Palermo lo calificaba, en una juerga de palabras, en un torrente de discursos demagógicos, en un prometer lo imposible y en un propósito de rectificaciones a la obra de quien lo había señalado sucesor. Una noche, Gómez-Anda decidió asustarlo en serio para que detuviera la lengua. Era necesario darle a conocer los peligros que lo esperaban si insistía en desoír los consejos del Presidente y en hacer las cosas a su muy personal manera.

Al doctor Víctor Ávila Puig, ya no podía hablarle directamente. Ensoberbecido, no quería admitir que con los arrebatos de su oratoria estaba causándole daño al país, "un país, !puáh!, que todavía, aunque le pese, he de manejar yo un tiempo más". Para llegar a él, debía Gómez-Anda encontrar atajos, iniciar rodeos y valerse de recaderos oficiales, de personas que sin alterarlas por gusto, temor o conveniencia, entregaran al candidato las palabras exactas que le enviaba.

Graves frases gritadas sin previa reflexión en un mitin del gremio petrolero (*"Si la Revolución tiene enemigos dentro, también los tiene fuera y muy poderosos . . . Las Potencias no han dejado de codiciar nuestro petróleo: buscan recuperar lo que en el pasado creyeron que les pertenecía . . . Alguna pretende que yo le devuelva, cuando llegue a Presidente, el que tenemos debajo de la tierra o en el fondo de nuestros mares . . . No sólo no enajenaremos nuestro petróleo, sino que, de alcanzar la Presidencia, propondré la total, la inmediata nacionalización de la Petroquímica"*) provocaron escándalo. Se encolerizaron los embajadores. Washington demandaba aclaraciones del Gobierno Federal. Los nuevos créditos que el Ministerio de Finanzas negociaba en los mercados de capital conocían inexplicables tropiezos y ni la promesa de mayores sobornos activaba su entrega. "Todo porque este imbécil de don Víctor no sabe callarse a tiempo". ¿Podía hallar Gómez-Anda un mensajero, con mayor autoridad sobre Ávila Puig, que Miguel Rebul?, ¿sería capaz de rehusarse a discutir con éste el más decidido de sus protectores, el recado de don Aurelio que le llevara?

–El problema planteado por Ávila Puig con su discurso de hoy ha dejado de ser un problema de política local para convertirse en uno de política internacional. ¿De acuerdo?

–De acuerdo . . . –Continuaba Gómez-Anda:

–Me permití invitarlo, Miguel, porque deseo, como amigo y como Presidente, solicitar de usted un verdadero servicio: que me ayude a ayudar al doctor Ávila Puig para que tome la senda correcta, la que va paralela a Los-Intereses-Superiores-de-la-Nación . . .

–Si puedo servirlo, señor . . . –expresó el Director General Ejecutivo del Grupo Olid, Miguel Rebul.

–Se preguntará usted por qué don Aurelio, que todavía es el Presidente de la República, no trae al candidato



para leerle la cartilla . . . Podría hacerlo, sí . . . Bastaría que tocara un timbre para que Ávila Puig estuviera parado allí, dentro de un par de horas . . . No quiero que las cosas sean de ese modo. Me conozco, y creo que empezamos a conocerlo a él . . . Ya sé que el doctor no admitiría que le llamara la atención. Terminaríamos irreconciliablemente enemigos y el país no merece que le hagamos eso . . .

–¿Qué desea que haga, don Aurelio?

–Ir a buscarlo. Aconsejarle prudencia. Tranquilizarle el entusiasmo. Pedirle que no insista más en lo que está insistiendo y, sobre todo, Miguel, hacerle saber que si no se modera me obligará a tomar medidas, ésas sí verdaderamente drásticas y directamente personales . . .

Como en los grandes momentos, el rostro de Gómez-Anda era en ése el de la momia, vieja y sabia, que todos temían:

–¿Drásticas . . . directamente personales?

Don Aurelio dejó de caminar. Rebul lo vio ocupar suavemente el sillón. La distancia a que se encontraban uno del otro hacía difícil el diálogo. Se acercó a Gómez-Anda. Permaneció frente a él como si estuviera recibiendo órdenes.

–He recordado cierto precepto constitucional que también aparece como ordenamiento estatutario del Partido . . . Según lo prevee El Libro, todo candidato a un cargo de elección popular puede ser desconocido por razones de fuerza mayor, incapacidad manifiesta o enfermedad grave . . . Se prevee también un plazo para hacerlo y sustituirlo sin necesidad de cumplir nuevamente con el trámite de selección . . . Estamos todavía dentro de ese plazo, Miguel . . . Dicho de otro modo: de no cambiar el Doctor Ávila Puig su actitud y la tónica de sus discursos, el Partido podría retirarle su apoyo: desconocerlo . . . Sería muy lamentable que nos obligara a llegar

al extremo de cancelar su candidatura . . . Un candidato con infarto, un hombre con trastornos vasculares, no le conviene al país, obviamente . . . Ahora que lo vea, explíquele a *ese* señor que de tanto como se esfuerza corre el peligro de enfermarse . . . Dígale que los cardiólogos de la capital lo ven en trance de padecer un colapso del que no se recuperaría. Dígale que la inminencia del ataque es tal, que ya está redactado el *Parte Médico* y que sólo falta escribir en él la fecha. –Por primera vez sonrió el Presidente de la República–. En una palabra: dígale a su amigo que no sea pendejo y que se calle; que se discipline y que espere la llegada de Su Tiempo . . . Aconséjele, por último, que desde ahora vaya preparándose para la ingratitud: precaución que uno debe tomar si se dedica a la política en este país de hijos de puta . . .

–Hablaré con el Doctor Ávila, señor Presidente.

La entrevista ocurrió a bordo del Tren Azul que el candidato llevaba meses usando para transportarse. Rebul lo abordó discretamente en Villa Ángeles y lo abandonó, seis horas más tarde, en Finisterre, donde lo aguardaba su jet particular. Esa misma noche rindió su informe a Gómez-Anda, en Los Arcos: Ávila Puig comprendía el verdadero sentido del mensaje. Aceptaba estar hablando temerariamente en algunos casos. Prometía la disciplina que a nombre del Ejecutivo había ido Miguel a exigirle. Agradecía, por último, la oportunidad de enmendarse que su amigo don Aurelio le reiteraba.

–¿Entendió que no se trata de nada personal?

–Claramente, don Aurelio, y puedo garantizarle que de hoy en adelante el doctor Ávila Puig cuidará muy bien, y pensará mejor, lo que diga . . .)

-

EL HIPO VOLVIÓ a molestar a Vallado Fájer. Pasaría una noche malísima con el estomago ardiéndole a causa del



champaña. "Dentro de un rato me voy. Tengo las nalgas entumidas. Por este día, ya cumplí con Aurelio". Dijo:

–El Hombre se guardó la lengua, como tú le ordenaste, sólo para ganar tiempo . . . Para engañarte . . .

–Así fue.

–¿Por qué entonces no le pusiste un verdadero hasta aquí?

Profundamente respiró Gómez-Anda. Desalentado extendió los brazos y dejó después que bajaran despacio como alas plegándose:

–Ciertas cosas pueden pensarse; incluso, decirse, pero no hacerse, Tomás . . . Siempre falla alguien, o algo, en su momento . . .

(PODEROSAMENTE, el *Albatros* removió el aire húmedo de lluvia con sus rotores negros y despegó de la pista de hormigón. Dibujó un círculo de ruido sobre la casa, la marina, el campito de golf, las canchas de tenis, hasta alcanzar la altura que le permitiría posarse en el helipuerto del Hotel Rey don Alfonso. El gran aparato con las siglas GO del Grupo Olid en los flancos penetró en el nubarrón que empezaba a hacerse casi translúcido.

Quizá un minuto después, el interior de la neblina se puso, primero, blanco; luego, rojizo y, casi inmediatamente, negro. Todos vieron la claridad antes de escuchar el sordo eco de la explosión.

–No quedó nadie, señor . . .

Correspondió al gobernador Sixto Epaminondas Servín informar por teléfono al Presidente Gómez-Anda que en Puerto Gardenia, el balneario que era el mayor de los orgullos de su provincia, había ocurrido una catástrofe inexplicable que enlutaba, dijo, la campaña electoral del Doctor Ávila Puig.

–¿Nadie?

–Algo espantoso, señor Presidente. Ni un sobreviviente.

A Servín le pareció escuchar algo así como el rumor de una respiración difícil. ¿O sería que Gómez-Anda, en su despacho de Los Arcos, desatascaba de flemas su garganta?

–¿El Doctor Ávila?

–No iba a bordo, señor . . .

–Eso . . . ¿está confirmado positivamente?

–Acabo de hablar con él, señor . . . Se encuentra todavía en la Casa Olid, de la Isla. Yo lo llamo a usted, señor, desde el Centro de Convenciones a donde el candidato debía venir para ver la final del concurso Miss Gardenia . . .

–Oh. ¿Cuántos murieron . . .?

–No lo sabemos todavía, señor. Tampoco quieren estar todos. Sólo ha sido identificado, positivamente Josafat Armengol . . . –y la voz se le quebró en un sollozo a Sixto Epaminondas Servín, amigo, socio, compadre del Consejero Privado Adjunto de don Aurelio.

Hubo un silencio largo, antes que Gómez-Anda, colérico el tono, preguntara:

–¿Josafat . . .?

–Sí, señor . . .

–¿Qué andaba haciendo él allí?

–Había ido a la Isla a saludar al candidato, señor Presidente. Volvía al Hotel en el helicóptero cuando . . .

–¡Puáh . . .!

–Otra identificación positiva, se me acaba de informar, señor, es la del general Teodoro Gómez . . .

–El general, ¿qué . . .?

–Teodoro Gómez, señor. El vice-Ministro . . . Acaban de sacarlo de la bahía, señor . . . El general había desayunado, en la Isla, con el Doctor Ávila . . .

–¿Quiénes eran los demás . . .?



–Periodistas, camarógrafos, gente de relaciones públicas, ayudantes, señor. Dicen que la explosión sacudió a la Isla . . . La oímos todos en Gardenia . . . Parecía como si hubieran tronado una atómica . . .

–Hay accidentes inexplicables, señor gobernador . . .

–Por fortuna, señor Presidente, se salvaron además del candidato, que no tomó el helicóptero porque le llegó una llamada de larga distancia, Rafaelito Balda, don Plutarco Canto, El Jefe Otoniel, Noé-Medina Albert . . . En fin, los amigos. Volvieron a nacer, como quien dice . . .

Carraspeó Gómez-Anda, en Los Arcos. Comentó, le pareció así al gobernador Servín, con filosofía:

–No les tocaba, señor gobernador. Hoy no era su día. Le ruego que me mantenga informado . . . El general Radamés del Valle se hará cargo . . .

–Seguiré en contacto, señor . . .

Esa noche, antes incluso que se hubieran conocido los resultados de las primeras investigaciones, que se iniciaron a las cinco de la tarde, y en las que participaban dos técnicos de Aeronáutica Civil, y otros dos de la Fábrica Olid, el Ministerio de Guerra y Defensa envió a los directores de los periódicos un boletín. Según Del Valle, que lo firmaba, el desastre no había sido consecuencia de un acto de sabotaje, como en una apresurada *Extra* se especuló, sino un mero "accidente normal en este tipo de aparatos".

Mucho lloró Armandina al saber que Josafat Armengol, "tan leal a la casa, tan querido como si fuera hijo nuestro", había muerto al desintegrarse el *Albatros*. Vistió un traje de luto de las indígenas atutais y fue a llevarle a la viuda del Consejero Privado Adjunto el consuelo de su compañía.

Don Aurelio aprobó el texto que Radamés del Valle le había leído por teléfono, aclaró, en borrador, sugirió

que le agregara un par de líneas:

–Mencione, señor Ministro, el gran pesar que en lo personal, además de como Jefe del Gobierno, me ha causado saber de la trágica muerte de mi leal colaborador y querido amigo, el señor general de división, don Teodoro Gómez . . . Organicemos para él, general Del Valle, un sepelio digno de tan estimadísimo caballero . . .

Durmió poco, pero bien, esa noche, el Señor Presidente. Cercana la luz del alba, descubrió que llevaba mucho tiempo despierto en la tiniebla. Se preguntó a quién habría designado sucesor suyo si el Doctor Ávila Puig hubiera muerto en la bahía de Gardenia. No supo qué responderse. Marat Zabala, Andrómaco Bátis, Jorge Avellaneda Jáuregui, los únicos de los que podía disponer, ¿habrían sido leales y dóciles con él ahora que habían visto de qué modo un "débil candidato manejable, que carecía de grupo y de fuerza políticos", le tenía tomada la medida?)

BOSTEZÓ LARGAMENTE. Lo mismo hizo Tomás Vallado Fijer, a quien el frío empezaba a envararle las piernas.

–Eso es cierto, Tomás . . . Siempre algo o alguien, falla . . .

–Y a veces, Aurelio, somos nosotros los que también fallamos . . .



# 16

A UNA ORDEN del sombrero tejano de José Rogelio Alpuyeca, los "Trovadores de Aldama", que silenciosamente habían ocupado la sala, el vestíbulo y parte de la cochera, emprendieron una estruendosa *diana* en el momento en que don Aurelio aparecía, bostezando, en la puerta del baño.

–¡Viva el Presidente Gómez-Anda! –y al grito del gobernador de la provincia de Victoria respondieron abajo, con idéntico vigor, su hijo, el diputado Eusebio; los siete guardaespaldas que lo cuidaban, y los hombres y mujeres del conjunto.

–¡Viva!

–¡Viva el Gran Jefe Aurelio!

–¡Vivaaaa . . .!

Sorprendido por tanta música y por tantas voces, Gómez-Anda continuaba inmóvil en el vano –sus dedos buscando todavía el último botón de la bragueta.

Ágil no obstante su peso excesivo, Alpuyeca remontó, de dos en dos, a la carrerita, sin recurrir al apoyo del pasamos, los resbaladizos peldaños de terrazo sobre los que resonaba el picoteo de los tacones de sus botas puntiagudas. A zancadas, como si temiera que don Aurelio fuese a huir, agotó el pasillo. Resuelto, grande la sonrisa en la cara carnosa y sanguínea, se le plantó enfrente:

–José Rogelio Alpuyeca, su seguro servidor, reportándose, como siempre, con El-Mejor-de-los-Amigos . . .

Gómez-Anda recibió en la cara el aliento, oloroso a licor, del gobernador de Victoria.

–Bienvenido, José Rogelio . . .

Después, Alpuyeca abrumó a don Aurelio con un extenso abrazo y, jadeante, lo estrujó varias veces, mientras abajo los "Trovadores de Aldama", iniciaban un popurrí con las canciones tradicionales de Victoria que más le agradaba a El Señor.

–Tarde se me hacía para venir a saludarlo, mi jefe . . .

–Gracias, señor gobernador.

Se salió del abrazo en el que se perdía su flacura. Se libró también del hedor a sobaco y a vaqueta húmeda, pero no pudo evitar que Alpuyeca lo enlazara por la cintura cuando se pusieron a caminar.

–Los amigos de verdad, los amigos-de-a-madre, ¿para cuándo son, señor Presidente?

–Se le agradece la atención, José Rogelio . . .

Antes de iniciar el descenso, Alpuyeca lo detuvo para que desde lo alto pudiera mirar a los miembros del más afamado grupo musical del norte de la República; esos ochenta y tantos artistas que vestían, como El Señor Gobernador, su hijo y sus guardias, pantalones de paño color ladrillo y vistosas chaquetas de napa blanca, de cuyos hombros y mangas colgaban, a la manera tradicional de su región, ondulantes flecos de gamuza negra.

–Temprano quise llevarle serenata a doña Armandina, pero no me pareció prudente desmañanarla . . . Preferí venir a esta hora, tardecito, y no molestar de más . . . –dijo Gómez-Anda y al asomarse miró, mínimo y desamparado en el sofá, perdido entre violines, arpas, guitarras y requintos, a don Tomás Vallado Fájer.

A cebolla olían también las palabras del gobernador:

–No iba a dejar que se me fuera el día sin venir a platicar un ratito con El Señor Presidente . . .



–Con tanto ruido, eso va a ser difícil . . . –murmuró destempladamente Gómez-Anda.

En alto el sombrero, para que todos supieran que iba a hablar, el gobernador volvió a remover el aire helado y más húmedo ahora que no podían cerrar la puerta de la sala. Sobre sus músicos y cantantes cayó el grito:

–Epa, gente . . . Todos, sálganse a tocar afuera . . . ¡Vamos!

También ojiazul y corpulento como su padre, a los veintidós años ya propensos a la gordura por su irrefrenable inclinación a las fritangas, a las grandes hogazas de pan con aceite de oliva y polvo de ajo, y a la cerveza de barril que tanta gloria daba a la provincia que algún día también le correspondería gobernar, el diputado Eusebio Alpuyeca se acercó a recibirlos al pie de la escalera. Como tantas veces lo había hecho desde que era niño, le buscó la mano a don Aurelio:

–Buenas noches, padrino . . . –y la besó, doblando un poco la rodilla derecha del mismo modo que la doblaba al poner los labios en la amatista arzobispal de su tío, el dominico Filomeno Véjar.

–¿Cómo estás, ahijado . . .?

–Bien, padrino; ¿y usted . . .?

–Pasándola nada más . . .

Los "Trovadores de Aldama" se apretujaban, cuidándose de la lluvia, en los espacios que no llenaba en la cochera el *Mercedes* de don Aurelio. Algunos preferían correr en busca del autobús en el que habían llegado la víspera, ya tarde, luego de doce horas de viaje desde Ciudad Aldama, capital de Victoria. Otros, seguros de que ahí no habría más música por esa noche, bebían sus tragos de mez-quil, hacían circular la botella, fumaban hablando en voz baja y protegían sus instrumentos de la lluvia y la humedad. Poco a poco, para que no se creyera que iniciaban la deserción en masa, los más fatigados se-

guían a los que se habían ido primero. Sigilosamente partían, sin dejarse a notar.

Confusos, las miradas en las agudas puntas de las botas amarillas de elevado tacón, los miembros de la escolta de seguridad de los Alpuyeca, recibieron el:

–Buenas noches, señores . . . –que al pasar frente a ellos les entregaba El Jefe Aurelio al que tanto quería El Jefe José:

–Buenas . . . –respondieron, norteños, y obedientes a una indicación del diputado Eusebio Alpuyeca, salieron también de la sala y de la casa por la puerta que el mayor Fraga, en espera de que lo hicieran, mantenía a medio cerrar.

Tomás Vallado Fájer, que no era amigo suyo, entregó su mano flojamente al gobernador, y la recogió para no tener que darla también a Eusebio que le era antipático "por tonto y seboso, por su cara de marica con papada y nalgas como jamones". Don Aurelio les ordenó sentarse.

–Mayor Fraga: sirva champaña a los señores . . . –Luego, reclinándose en el respaldo de su butaca –¿Cómo van las cosas por Victoria, señor gobernador . . .?

–Mal, señor Presidente . . . –Alpuyeca tomó el vaso que le ofrecía Fraga– Muy mal, de verdad . . .

–¿Por qué . . .?

–Apenas dejó usted el Gobierno, se acabó el dinero . . . El nuevo Ministro de Finanzas me dijo hoy, en Palacio, que de momento suspenda mi programa de obras y que me olvide de las que teníamos en proyecto . . . Dice que hay que aguantar un tiempo hasta averiguar cuanto dejó usted en el fondo del cajón . . .

–Hmmm . . . –Gómez-Anda, para no añadir más, se llevó a la boca el vaso de ron que había vuelto a calentar entre sus manos.



–Dígale 'apa', lo de los auditores.

–Ah, sí . . . De un trago apresurado, José Rogelio Alpuyeca bebió lo que aún había en el vaso y lo ofreció después para que su hijo volviera a llenarlo. –De Aldama me habló hace rato mi Tesorero General para avisarme que junto con los de Finanzas hoy mismo nos ha caído por allá una nube de Auditores Especiales de la Presidencia de la República, que llegaron poniendo sellos en todas partes y dando órdenes de no abrir ninguna caja fuerte hasta nuevo aviso . . . ¡Habráse visto, señor don Aurelio! Desconfiar así de uno . . .

–El Señor Presidente Ávila Puig está iniciando ya, en Victoria, la moralización que prometió en su discurso . . .

Alpuyeca se removió en el asiento y consiguió quedar sentado en su borde:

–Lo que ese hombre está haciendo es ofenderlo a usted, señor. Esos mismos perros intervinieron también hoy mismo las Tesorerías de Tancredo Peluyo, Ayala-Santana, de Pietrasanta, y de Enrique Gavilán, y mañana seguirán con la de Sixto Epaminondas, ¡todos, amigos suyos; todos, aurelistas probados! . . . Habrá que hacer algo, señor Presidente. Usted diga qué, y en eso estamos . . .

Ni cólera ni temor podía aparentar don Aurelio. "Ávila Puig pasa ya de las palabras a las acciones. Ahora busca las pruebas para desacreditar mi obra de gobernante . . . Intervenir las Tesorerías de los mandatarios de provincia amigos de Gómez-Anda, ¿no es el paso con el que pone a caminar su venganza?" Lo vieron sonreír, les pareció así, sobrado de confianza:

–¿Hacer qué, José Rogelio . . .?

–Usted ordene, señor . . .

–Lo único que nos corresponde ahora: esperar . . . Aguardemos a que los triunfalistas que rodean al Presidente Ávila Puig se aplaquen . . . A que el propio Doctor

Ávila empiece a juzgar con otros criterios a los hombres… ¿Robar? ¿Qué es robar en la política? Acumular dinero, se lo he dicho antes a alguien, es crear poder… Si no es para crear poder, ¿de qué sirve el dinero, eh…?

–Ávila Puig habló fuerte esta mañana…

–Como todavía no hace, habla… Habla para darse el valor que demanda ser Presidente de un país como éste… De niño, señor gobernador, yo era miedoso, muy miedoso, y me aterraba cruzar una oscuridad, entrar en una tiniebla, y si debía hacerlo hablaba en voz muy alta y gritaba también, y mientras más recio hablaba o gritaba, más valiente, más grande, más seguro terminaba por sentirme… El Doctor Ávila acaba de meterse en un cuarto negro y enorme, y anda a tientas… Armará mucho argüende hasta que encuentre su propia confianza… Habrá que esperarlo y no caer en la provocación de los de abajo, que vienen a cobrarse todas…

Convencido, y tranquilo, comentó el gobernador José Rogelio Alpuyeca:

–Cuando no tiene uno cola que le pisen, hay que poner la cara frente al sol, ¿verdad, señor Presidente?

A GÓMEZ-ANDA le pareció una extravagancia de Jorge Avellaneda Jáuregui presentarse embozado en una capa española y cubierta la cabeza, ya algo calva, con una gran boina vasca. Al separar los brazos para envolver en ellos a quien había sido su Jefe, el ex-Ministro de Comunicaciones dio por un momento la impresión de que iba a elevarse con un aleteo de vampiro.

–He venido a decirle, señor Presidente, que no está usted sólo en esta hora de la ingratitud… Ya me han dicho que ninguno de los que debieron haber venido, se ha dejado ver por aquí…

–Gracias, ingeniero…



Sobre el piano de cola dejó Avellaneda Jáuregui su capa y guardó en el bolsillo trasero del pantalón su boina vasca. Pues los Alpuyeca y Vallado Fájer bebían champaña, él lo haría también. A una seña suya, el chofer, que aguardaba tímido en el vestíbulo, se acercó y le entregó los periódicos.

–¿Ha leído estas infamias, señor Presidente? –Don Jorge colocó sobre la mesa ante los dos sofás, las ediciones especiales de *La Hora*, *Crítica* y *La Noche*.

"MORALIZAREMOS" PROMETE
EL PROCURADOR GENERAL
*(La Hora)*

LOS LADRONES
A LA
CÁRCEL
*(Crítica)*

FUNCIONARIOS VENALES
SERÁN INVESTIGADOS
*(La Noche)*

Fue del gobernador Alpuyeca el único comentario: una piedra en el silencio:

–Pa'su madre. *El Loco* viene echando lumbre.

La mirada en el vacío mortecino de la sala después de haber leído los gruesos titulares, Gómez-Anda se escuchó rechinar los dientes. "La revancha de los ingratos. El futuro de los castrados. El ajuste de las cuentas. El ojo por el ojo… ¿Por qué, Doctor Ávila Puig, esta falta de elegancia? ¿por qué echarme encima, sin esperar siquiera a mañana, los perros de la revancha? ¿Revancha? ¿Contra qué se la toma usted, señor Presidente?"

–*La Noche*, ¿no es un periódico de don Miguel Rebul, señor Presidente? –Preguntó como si no lo supiera.

–De mi amigo Miguel Rebul . . . Lo es, sí.

Se disponía el ex-Ministro de Comunicaciones a leer los pasajes por él señalados en *La Hora*, que tanto despliegue había dado a las declaraciones violentísimas del Fiscal Federal, Numa Pompilio Bueno, cuando los rumores de lo que parecía ser una pelea, o una ruda discusión que estuviese produciéndose cerca de la puerta, en la cochera o en el jardín, los alarmaron. Como si volviera de un sueño, o sólo de una ausencia, inquirió Gómez-Anda:

–¿Qué pasa . . .? ¿Dónde está el mayor Fraga?

José Rogelio Alpuyeca, más ligero que su hijo Eusebio, corrió al vestíbulo para averiguar qué sucedía. Pasados ya de copas, ¿estarían los siempre rijosos "Trovadores de Aldama" metidos en una gresca? Entraba en eso Pilo Fraga.

–¿Quién está peleándose, mayor?

–Nadie, señor. Son los periodistas . . .

Se acercó a Gómez-Anda, que lo recibió agriamente:

–¿Dónde anda usted, mayor?

Respetuoso, dijo Fraga:

–Afuera, señor . . . Han llegado periodistas, fotógrafos, gente de la televisón . . . Querían entrar, meterse a fuerzas para hablar con usted . . . Me ocupaba de contenerlos, señor . . .

–Échelos, mayor . . . Sáquelos de mi casa . . .

–Señor, también está Jacinto Olmedo . . .

–Que se vayan todos. Nada tengo que declararles. ¡Nada!

Jorge Avellaneda Jáuregui se ofreció a intervenir.

–Si me permite, señor Presidente, yo les explicaré . . .

–Largo, todos . . . A la calle.

El ex-Ministro de Comunicaciones marchó hacia la puerta. Siguiéndolo iban Fraga y José Rogelio Alpuyeca.



Pensaba Avellaneda: "Mi foto estará en los periódicos de mañana y mi voz en los noticieros de esta noche". Las luces de los reflectores cayeron sobre los tres en el momento en que el mayor abrió la puerta. Quizá los reporteros esperaban ver aparecer a don Aurelio . . .

–Señores, amigos . . . Soy portador de un afectuoso saludo del señor Gómez-Anda, que me encarga decirles . . .

Sobre las palabras de Avellaneda Jáuregui, que percibían muy irregularmente, sonó un par de veces el teléfono blanco. Eusebio Alpuyeca se levantó a responder. Con cierto aire de misterio se acercó después a Gómez-Anda.

–Padrino: el cardenal Castro quiere hablar con usted . . . –dijo, quedo, como si no quisiera que Vallado Fájer se enterara.

Más que dialogar con él, don Aurelio se limitó a escuchar el monólogo del cardenal Castro y Antuñano. Ocasionalmente aportaba un sí o un hmmm, pero no conseguía detener la indignación del más ilustre religioso del país. Su Reverencia, como millones de personas más, acababa de ver un programa *Especial* transmitido en red nacional por TV-Olid-9 y por el Canal 6 de Mayo del Cid.

–Abominable, señor Presidente, abominable . . . Estoy furioso y, además, avergonzado por tantas majaderías como dijeron, por tanta ingratitud como enseñaron, por tamaña cobardía que enseñaron y dijeron esos gusanos . . .

Pudo al fin decir algo Gómez-Anda:

–Tengamos presente, ilustrísima, que éste es el primer día . . . un primer día que algunos aprovechan para significarse ante el Doctor Ávila, tratando de hacer leña del árbol que suponen caído . . .

–Así me gusta oírlo, señor Presidente. Entero el

ánimo, alzado el optimismo... Tendremos que reunirnos a conversar, y pronto... Ahora no lo distraigo más... Que la pase bien... Saludos a su señora esposa...

–Buenas noches, señor cardenal...

Pensativo y preocupado, con la bocina del teléfono zumbándole aún entre las manos, permaneció Gómez-Anda de codos sobre la tapa del piano. "Por donde me pegan, duele". Colocó la bocina en la base del teléfono. "Hay ciertas cosas, Doctor Ávila Puig, que está uno obligado a callarse, por prudencia, no digamos que por gratitud. Las que usted me está gritando, las que acabo de enumerarle, por ejemplo... Pronto, muy pronto, conocerá lo mucho que abruma al Presidente de la República saber tanto a propósito de los demás. Obtiene usted la información, señor; pero pierde usted la fe en todo el mundo". Con la lengua devolvió a su sitio la floja dentadura postiza. "Será necesario, y bueno para ambos, que usted y yo hablemos... Solo así, uno y otro sabrá a qué atenerse..."

Hizo un esfuerzo para retirar de su rostro todo signo que a los otros, que lo aguardaban charlando en murmullos, pudiera parecerles de preocupación, o miedo. Fue para él un alivio ver que se levantaban para despedirse. Los llevó a la puerta. El coronel Rodrigo de la Peña llegaba en ese momento.



# 17

AL TIEMPO QUE lo estremecía un calosfrío, dos estornudos sacudieron por sorpresa a don Aurelio. El tercero no llegó a producirse porque el inoportuno:

–Salud, señor Presidente...–del coronel Rodrigo de la Peña, lo frustró.

–Gracias...

–Hay que cuidarse, señor... Un enfriamiento no conviene en esta época...

Amormado de pronto, don Aurelio deseó poder beber un té negro con medio vaso de coñac, o una infusión de canela, clavo, miel de abeja y ron, que lo haría sudar toda la noche y evitaría que lo atacara el catarro o, lo que sería aún peor, la gripe. ¿Cuánto hacía que no lo dejaban solo de ese modo, que no lo abandonaban sus edecanes, el doctor Monter, Fermín Palermo, su propia esposa?, ¿por qué no estaban allí, como en los tiempos de su poder y de su fama, cuidándolo, arropándolo, medicinándolo, rogándole solícitos ("Deje todo, señor Presidente, y acuéstese. No se exponga a mal mayor. Su salud es el más preciado de los bienes nacionales. Debe usted cuidarla, señor, con tanto celo como cuida la soberanía del país"), que se tomara, entre sábanas limpias y tibias, el descanso que su organismo demandaba? Quedaba todavía media botella de Crema de Ron.

Sirvió para el coronel De la Peña y le colocó enfrente el vaso, sin preguntarle si apetecía ron o champaña, o un

poco de agua. Se abasteció a sí mismo, pero no bebió. Rodrigo de la Peña, tuerto del izquierdo, hombre de palabra confusa, dijo algo que Gómez-Anda no alcanzó a entender:

–¿Sí, coronel . . .?

–Decía, señor, que hubiera llegado antes, pero me retrasó una llamada urgente, muy urgente. –Le miró a los ojos, como si quisiera asomarse al interior de ese hombre rencoroso que era, en ciertas circunstancias y contra ciertas personas, don Aurelio Gómez-Anda–. Una llamada desde Caracas del ingeniero Ícaro Larrauri . . .

Después del silencio, en el que sólo se escuchaba el rumor de los autos y camiones que recorrían la avenida y el de la lluvia llegando mansamente al emplomado de la escalera. De la Peña recogió lo que parecía ser un gruñido de don Aurelio:

–¿Qué quiere ahora?

Bebió entonces. Como los de un ciego, los ojos de Gómez-Anda buscaron algo, el origen de la luz quizá, en el interior de la lámpara. Alcanzó a leer en el foco, marca y potencia. El rencor se le agitó por dentro, como entonces, cuando descubrió el engaño y padeció el bochorno del ridículo.

–Acercarse a usted, señor Presidente.

–¿Con más mentiras?

–Con la verdad, señor. "Quiero que el señor Presidente Gómez-Anda conozca la verdad, no lo que le han contado. En quince minutos que me concediera podría aclarar todo, sincerarme". Eso me dijo, ahora que habló conmigo . . . Por mi conducto, señor, le pide autorización de venir desde Caracas a verlo . . .

–Así como se largó, puede volver sin necesidad de mi permiso . . . Y me preguntó ¿por qué se escapó al extranjero sin tener la decencia de hablar conmigo, de explicarse, después de *aquello* . . .?



Rodrigo de la Peña respondió débilmente, la cabeza un poco gacha; una chispa de luz en el hueco de su ojo inútil:

–Me habló de eso, también . . . Me dijo que se fue del país porque sentía estar muy presionado; porque estaba siendo víctima de una conspiración . . . Usted, entonces, quería perjudicarlo, castigarlo sin darle la oportunidad de . . .

–¡Puah!

–El ingeniero Larrauri, me lo dijo también, podría escribirle una carta, señor, pero prefiere, pues se siente inocente, hablar con usted cara a cara . . .

–¡Puah!

(HABIAN LLEGADO A él ciertos comentarios atribuidos a Miguel Rebul, que le desagradaron. Si era su amigo de tantos años, ¿por qué se burlaba de ésa que sería, al cabo de treinta y seis meses, la obra mayor de la Administración Gómez-Anda y una de las más notables del mundo en su género? Habló de ello con su Ministro de la Producción, Ícaro Larrauri, y éste dijo: "Envidia, señor Presidente, por eso trata de minimizar el proyecto. Temor a que, ahora sí, el Gobierno Federal, produciendo su propio acero, rompa el tradicional monopolio del Grupo Olid". Desconfiado, consultó con el Ministro de Industrias y Desarrollo y el Doctor Víctor Ávila Puig consideró: "Los números que el ingeniero Larrauri propone son muy atractivos, señor . . . La Balanza Comercial podría mejorar sensiblemente cuando nuestras manufacturas de hierro y acero alcancen los mercados internacionales y puedan competir con los de otros países. De paso contribuiríamos a que nuestra Marina Mercante . . ." Para Hermenegildo Labrador, de Finanzas, el Plan era viable, fácil de financiar. "Es necesario realizarlo". Fermín Pa-

lermo, que conocía las indecisiones de don Aurelio propuso: "Que expertos de fuera, gente imparcial y conocedora, dé un dictamen; así sabrás qué terreno pisas".

De Japón y México, de los Estados Unidos y de Alemania, llegaron los especialistas. En equipos separados trabajaron analizando costos, estimaciones de producción, perspectivas de comercialización. Sus opiniones coincidieron: "La obra será útil". Muy asediada en esos meses por Antonia, esposa de Larrauri, Armandina influía también a su manera: "Ícaro es de lo más inteligente y simpático, señor. Ayúdelo usted. Le responderá. Cuente con eso . . ." Seguro de no equivocarse, Gómez-Anda colocó su firma al pie del Decreto, y al día siguiente, acompañado por diplomáticos y funcionarios, personajes del Sector Empresarial, contratistas y una cuadrilla de cineastas cuyo trabajo sería documentar, hasta en sus detalles más nimios, los avances de obra tan formidable, el mandatario y su señora esposa volaron a la zona de Caracoles y dieron, juntos, el simbólico primer golpe de pico.)

NERVIOSO, COMO se ponía siempre que estaba obligado a tratar algo con Gómez-Anda, el coronel De la Peña carraspeó varias veces y, desviando la mirada de su ojo único, manifestó en voz muy baja:

–Tiene pruebas, dice, de que se urdían complots en su contra, y también de que había muchas personas empeñadas en que usted se envenenara contra él . . . Venir a decirle sus nombres, eso quiere . . .

–¡Peáh!

(NO ESTABA consignado en el *Programa* que el señor Presidente hablaría después de la develación. Sin embargo, como obedeciendo a un impulso del entusiasmo, lo hizo. Sus palabras fueron pocas, claras y directas. Ésa era una "magna obra de unidad nacional". Una obra con la que el Gobierno a su cargo respondía, procuró no mirar a Miguel Rebul ni a Rafael Balda, "a los murmuradores y a los incrédulos, a los envidiosos y a los negativos", y que le permitía sentirse satisfecho "por haber tenido fe" en los hombres, con Ícaro Larrauri al frente, que hicieron realidad "tan extraordinario proyecto". El grito de Armandina propuso: "Viva Gómez-Anda", y la voz maciza de la tribuna respondió: "Vivaaaa", al tiempo que abajo, en Puerto Aurelio, y en la acería que la comitiva terminaba de recorrer, sirenas y altavoces aportaban su propio estrépito.

Diplomáticos y funcionarios, periodistas e invitados especiales formaron grupo compacto y sudoroso tras Gómez-Anda, Larrauri, las esposas de ambos, y los Ministros. Iba a cumplirse el acto final de la jornada. Después, la caravana abordaría helicópteros y jets para continuar la gira con el Mandatario. El convoy, "compuesto por sesenta góndolas, señor Presidente", aguardaba en la estación a que El Primer Maquinista de la República, como lo llamaba el líder Antinoo Robinson, ordenara: "Vaaaamos", para ponerse a rodar hacia el remoto altiplano.

Un ancho listón cruzaba, de un lado a otro, la vía flamante. La mujer de Larrauri, Antonia, presentó a don Aurelio, sobre un cojín de seda roja, las tijeras para que consumara el corte simbólico. Una vez más, el Conglomerado Industrial Presidente Gómez-Anda y Puerto Aurelio, abajo, se abismaron con aplausos, vivas y golpes de sirenas, cuando Armandina, por deferencia de su marido, partió en dos la barrera tricolor. Las cámaras de cine y de la televisión registraron el momento, "de conmovedora pureza", según consignó uno de los narradores, en que el

señor besaba la mejilla húmeda de La Doña. Fue entonces cuando Gómez-Anda dijo:

–Ingeniero Larrauri . . .

–A sus órdenes, señor Presidente.

–Con los buenos amigos que nos acompañan, hagamos de este señalado instante otro evento histórico, ¿eh?

–Sí, señor . . .

–Subamos todos a este tren y acompañemos a sus tripulantes en su primer viaje . . .

Por un segundo se alteró el rostro, enrojecido por el calor, de Ícaro Larrauri, tartamudeó:

–Señor . . . resultará difícil . . . y además muy molesto, señor Presidente . . . para las damas sobre todo . . . El tren no lleva carros de pasajeros . . . Sólo la locomotora y . . . Yo diría, si me permite, señor . . .

Sonriente siempre, sin que la transpiración abrillantara la piel de su cara o manchara la espalda o las sisas de su chaqueta de brin negro, Gómez-Anda dio dos palmadiras en el hombro de Larrauri.

–A las molestias acostumbrados estamos, ingeniero . . . Subirán los que quieran, y se acomodarán donde puedan . . . Por incomodidades no se preocupe . . . Iremos sólo hasta la primera estación . . .

–Señor Presidente . . . –ya no pudo decir más el Ministro de la Producción, porque don Aurelio no lo escuchaba, ocupado como estaba en ayudar a La Doña, espectacular con su vestido de indígena de Caracoles, a subir a la locomotora.

Inmediatamente después de Gómez-Anda, cosa que a muchos asombró, fue Miguel Rebul, arisco por costumbre, el primero en instalarse. Lo acompañaban, más rápidos que él, su hijo Eugenio, y su consuegro, Rafael Balda, ya tan popular entre las chicas edecanes del Ministerio. El general Leal Garnica y el mayor Herrera, se colgaron del marco de la ventanilla del maquinista.



–Adelante, al camino, compañero operador . . . –dispuso, con aire solemne y voz de barítono, el Presidente.

El Compañero Operador no se movió, la mano sobre la palanca de mando y los ojos en el rostro, palidísimo ya, del ingeniero Larrauri. Algo irónico dijo, bajito, Miguel Rebul, y Rafael Balda, primero, y Eugenio Rebul después, sonrieron mientras asentían.

–Señor . . . –murmuró el maquinista. A esa palabra no siguió otra. Su mirada buscó la ayuda de Larrauri.

–Salgamos ya, ingeniero . . . Nuestros amigos esperan, ¿eh?

No tuvo voz Ícaro Larrauri para dar la orden de partir. Se limitó a mover afirmativamente la cabeza. Con un sacudón se puso en movimiento el convoy. Lentamente la locomotora empezó a tirar de las setenta góndolas cargadas hasta el borde con rieles, perfiles, lingotes, planchas, rollos de hojalata, varillas para construcción, alambre y los otros artículos de fierro y acero que don Aurelio y quienes lo acompañaban habían visto fabricar, o ya almacenados en las bodegas que visitaron durante cuatro horas que les tomó recorrer las instalaciones de la planta.

En tierra atronaron las bandas de música y los conjuntos de instrumentistas del rumbo. Los que no alcanzaron lugar en el tren despedían con aplausos a los que se iban. A moderada velocidad, el convoy tomó la curva de la salida nordeste y, uno o dos minutos después, penetró en el húmedo verdor de la selva. La sonrisa se iba haciendo ancha en la boca Miguel Rebul. ¿Qué le estaría diciendo don Aurelio, al oído, a Ícaro Larrauri?, ¿qué, Armandina a la esposa del creador de eso que Gómez-Anda había calificado de categórico "mentís a los escépticos para quienes es malo, deleznable, todo cuanto hace el Gobierno"?, ¿por qué parecía Ícaro Larrauri estar así de preocupado, pálido y tembloroso?, ¿a qué atribuir esa secreción como parafina que le brotaba de la piel?

Once minutos más tarde (eso habría de serle informado al Presidente), el convoy empezó a perder velocidad, como si se le hubiera acabado el brío; como si le faltara combustible; como si alguien hubiera ordenado al maquinista detenerse.

–¿Sucede algo, compañero operador? –demandó Gómez-Anda.

–Hasta aquí llegamos, señor Presidente.

Don Aurelio se inclinó levemente para mirar a través de la ventanilla. Sus ojos sólo encontraron la espesura de esa jungla en la que se hallaban, ahora, inmóviles; esa jungla, y recordó las sumas enormes gastadas para lograrlo, supuestamente vencida al abrir la ruta que comunicaría Ciudad Gómez-Anda, Puerto Aurelio y el Conglomerado Industrial, con el resto de la República. Demandó de Larrauri:

–¿De qué se trata, ingeniero . . .?

–Si usted me lo permite, señor, yo quisiera explicarle . . .

Gómez-Anda miró entonces, apremiándolo, al que conducía:

–¿Por qué nos hemos detenido . . .?

Como si él fuera responsable de eso, repuso el maquinista:

–Porque aquí se acaba la vía, señor Presidente . . . Ya no hay más rieles, señor; sólo se tendieron nueve kilómetros para que usted lo viera . . .

Miguel Rebul, que lo conocía bien; Armandina, que sabía leer sus gestos y mejor que nadie interpretar la razón de sus silencios, y los que estaban cerca, advirtieron que el rostro del Presidente se había convertido en un trozo de piedra gris, y que sus labios, replegados por la cólera, habían desaparecido dentro de su boca.

–¿Así que todo termina aquí, en la nada, señor Ingeniero Larrauri? –le escucharon preguntar suavemente



mucho después, cuando ya la tensión afectaba a todos por igual.

–Señor, todo ha sido simbólico, muestra de lo que vendrá después . . . La vía será continuada . . . Esto es sólo el principio, la etapa inicial . . .

Abatida la mirada, Gómez-Anda escuchó la explicación de Ícaro Larrauri, pero no la aceptó. Hubiera querido abofetearlo allí, castigarlo en presencia de todos, cobrarse la ofensa, pero el desánimo era mayor que su furia.

–¿Por qué me trajo a hacer el ridículo, Larrauri? ¿Por qué no me habló claramente . . .? ¿Por qué, por qué, me ha hecho quedar como un pendejo, eh?

–Si me diera la oportunidad de hablar a solas con usted, señor Presidente, yo podría . . .

No soportó Larrauri la mirada de Gómez-Anda. Tampoco pudo seguir hablando. Bajó la cabeza. A un tiempo sentía heladas y ardiendo las orejas.

–Hablaremos, ingeniero. Claro que hablaremos . . .

–Sí, señor . . .

El Presidente instruyó al maquinista:

–Volvamos . . . haga el favor.

SIN SONRISAS con qué responder a las ajenas, ni palabras amables que entregar a los que le deseaban buen vuelo, el Presidente subió a su helicóptero de veinte plazas. Sólo quiso que lo acompañara, abandonando el propio, Miguel Rebul. No deseaba testigos que escucharan su diálogo. Rebul comentó que lo verdaderamente grave no era tanto que nada más se hubieran tenido nueve kilómetros de vía férrea: con tiempo y dinero los rieles podrían llegar hasta donde se quisiese; lo grave era que a su parecer, y estaba en condiciones de probarlo con papeles, que todo el Proyecto Larrauri era un desastre:

–Desde los primeros pasos, señor Presidente. La idea de establecer en Caracoles una acería, me permití decírselo, ¿recuerda?, era absurda . . .

Volaban, sin sacudidas, sobre la espesa masa vegetal de la selva. A veces la tirita plateada de un río, o la gota turquesa de una laguna, brillaban fugazmente y desaparecían. Unos cientos de metros a la derecha, un helicóptero del Estado Mayor escoltaba al de don Aurelio.

–Otros opinaban favorablemente . . . ¿O supone usted que Ministros tan serios como son Hermenegildo Labrador, o Ávila Puig, me engañaron a propósito?, ¿o que tenían interés en perjudicarnos los técnicos extranjeros a quienes encomendamos los estudios que . . .?

–Es difícil, don Aurelio, contradecir al señor Presidente cuando se trabaja para él y se conocen las respuestas que desea escuchar . . . Usted quería que todos le dijéramos que su Proyecto Larrauri era espléndido, maravilloso, operante, porque a usted le parecía así . . .

–Hmmm . . .

–El gran engaño, señor, no ha sido llevarlo a recorrer una vía que no llega a ninguna parte, ni haber gastado miles de millones inútilmente, sino convencerlo de establecer, en Caracoles, donde no existen yacimientos de carbón o de petróleo, ni materia prima, una fábrica de acero; una fundidora de tal importancia . . . El único lugar de la República donde nunca debió construirse obra tan grande fue precisamente el que se escogió . . . Eso, señor, no lo entiendo . . .

Algo airado, porque Rebul le estaba haciendo sentir que era un estúpido; o quizá porque sentía serlo, el Presidente rebatió:

–¿Mal lugar junto a un gran río navegable y frente a un océano espléndido, Miguel?

–Pésimo, señor. Ni el río, ni menos Puerto Aurelio, permiten la navegación de buques mayores. Sin vías de



comunicación, ¿cómo sacar lo que se produce . . . si es que llega a producirse . . .?

–Miguel, Miguel, ¿por qué ver sólo el lado oscuro de las cosas . . .?

–La realidad, señor Presidente, no permite optimismos en este caso concreto . . . ¿Le dijo Larrauri que el carbón de Roca Negra, el más cercano del que puede disponer la acería, no sirve para la clase de hornos que se instalaron?, ¿le hizo saber que el que vimos usar lo importan de México o de Australia, o que se lo compran al Grupo Olid? ¿Tuvo alguien la honradez, don Aurelio, de informarle a usted que cuanto vimos en las bodegas, rieles, varilla, láminas, planchas, alambres, etcétera, etcétera, y las manufacturas que fueron cargadas en las góndolas o apiladas en los muelles del puerto, se las vendimos al Conglomerado Industrial hace un semestre . . .? Como ve usted, todo se planeó torpemente, y visto los miles de millones invertidos, diría yo: criminalmente . . .

Luego de mucho silencio, antes que el helicóptero virara para acercarse a la Comunidad Regional Número Cuatro, donde inaugurarían un Centro de Inseminación Artificial para Ganado Vacuno, el Presidente, irritado por lo que había dicho Rebul, irritado sobre todo porque al decirlo estaba obligándolo a reconocer su costosísimo error, preguntó:

–¿Le interesaría al Grupo Olid, que sí sabe hacer las cosas –hizo una pausa, para remarcar la intención de sus palabras– que piensa bien antes de hacerlas, considera la posibilidad de ayudarnos a manejar esta nueva fuente de trabajo que hemos creado en Caracoles tal vez con pocos conocimientos pero con innegable buena fe?

Serio y profesional, con esa cortante claridad para exponer su pensamiento que lo hacía temible y, para muchos, odioso, Miguel Rebul respondió a los ojos del Presidente:

–Considera usted, en cierta forma, perdido lo que el Gobierno gastó ya en Caracoles ... Considere que la obra fue una especie de bolsa de trabajo que durante varios años ha dado de comer a muchos, y de ganar a algunos ... Considere que no debe invertirse un peso más ni en maquinaria ni en construcciones, porque nunca ha sido inteligente, así sea con el pretexto de procurar a otros lo que ustedes los políticos llaman 'el bienestar social', seguir echando dinero bueno al dinero malo ... Todo dólar que no se gaste en Caracoles son muchos pesos que el Gobierno se ahorra ... Ahora bien: al Grupo *podría* interesarle lo que hay en Caracoles ... No para operar la acería donde está, quede eso claro ...

–¿Dónde, entonces ...?

–En un sitio donde sí pueda funcionar rentablemente. Por ejemplo, en Nueva Castilla ... O en Campuzano. Como usted sabe pensamos allí instalar otras plantas. Una de ellas, la mayor de todas, sería el Conglomerado Industrial Presidente Gómez-Anda ...

–¿Haría el Grupo Olid, en caso de acceder a esta sugestión, Miguel, una oferta razonable al Gobierno Federal?

Como una sombra pasó una sonrisa por Rebul:

–Le consta, señor Presidente, que las ofertas que hace el Grupo Olid son siempre razonables ... Sería cuestión, ahora, que ustedes y nosotros nos reuniéramos a hacer números para no equivocarnos otra vez ...

–¿De qué modo justificaríamos el tener que desmantelar dentro de poco tiempo obra tan hermosa e importante como la que apenas hoy hemos inaugurado, eh?

–Nuestros amigos de los medios de comunicación se encargarían de eso, señor ...

–Bien, don Miguel. Haremos números ...

Era innecesario seguir conversando. Gómez-Anda cerró los ojos para descansar unos minutos, los que aún le



quedaban de viaje. "El dinero perdido es lo de menos; lo que me arde es el ridículo". Miguel Rebul, la mirada vagamente en el paisaje, empezó a hacer cálculos. Conocía las cifras del Proyecto Larrauri tan al detalle como su autor y, desde luego, mejor que don Aurelio y los ministros que de algún modo algo tenían que ver en él. Retornaría esa misma noche, en su propio jet, a la capital. El Grupo Olid haría otro buen negocio, y ayudaría una vez más a salir del agujero al Presidente.)

BOSTEZÓ OSTENTOSAMENTE para que De la Peña entendiera que seguir hablando de Ícaro Larrauri le aburría tanto como lo irritaba.

–Ahora que el ingeniero vuelva a llamarme para conocer su razón, ¿qué debo decirle, señor Presidente?

–Lo que se le antoja a usted, coronel, pero no vuelva a pedirme que reciba a ese tramposo ...

Cohibido, se levantó Rodrigo de la Peña. Se daba cuenta ahora que don Aurelio, a pesar de los años, seguía muy cargado de rencor contra quien fue, en su momento, el favorito entre sus Ministros.

–Yo intervine, señor Presidente, sólo porque ...

–Entiendo, coronel, y despreocúpese ... Ahora es tiempo de que nos retiremos a descansar. ¿Le parece?

–Sí, señor Presidente ...

Llovía apenas sobe el barrio de San Tadeo cuando Gómez-Anda despedió en la puerta a Rodrigo De la Peña. Esperó a que volviera a la cochera el mayor Fraga, que había ido acompañar hasta su automóvil al coronel.

–¿Acabaron de limpiar la pared ...?

–Practicamente sí, señor.

–Bien ... Puede decirle a Ortiz que se vaya; no lo necesitaré más por hoy ... Usted puede retirarse también ...

Activo durante las últimas veinticuatro horas, Fraga sentía en los hombros lo abrumador del cansancio y un confuso malestar en la espalda y en los riñones. De tan hinchado cabían apenas sus pies dentro de los zapatos. Quería ser útil hasta el último momento a quien había sido jefe suyo tantos años. Aunque al día siguiente, como habían convenido, dejaría de estar a su servicio, no le parecía correcto abandonarlo antes.

–Podría necesitar algo, señor Presidente. Si le parece me quedaré hasta que llegue don Fermín . . .

–No es necesario, mayor. Lo recibiré yo . . . Mañana, cuando venga a despedirse, hablaremos usted y yo . . .

Pilo Fraga creyó advertir en esas palabras de Gómez-Anda, "cuando venga a despedirse", un reproche a lo que podía parecer su abandono, su traición, al hombre al que aplicadamente sirvió en los años de su poder y al que abandonaba para incorporarse al grupo de los que ahora empezaban a mandar. ¿Qué decirles . . .? Sólo se le ocurrió un:

–Gracias, señor Presidente . . . Si algo le hace falta, señor, ahí se queda el velador . . .

ERA DEMASIADA la luz que estaba desperdiciándose en la sala y procedió a apagar las lámparas que el gobernador Alpuyeca había encendido. Volvió a sentarse en su butaca. Miró los periódicos abandonados sobre la mesa, olvidados encima del piano, junto a vasos y botellas. "¡Puah!" Se dijo: "Es como flotar metido en un agujero del vacío" y recordó otra noche de los años viejos en que padeció esa misma sensación de abandono. "Un como estar huérfano; un como no ser tú, o saber que eres tú, pero sin poder reconocerte". Entonces no había ruido, como ahora, en la cocina; el ruido de, quizá, la mujer del guardacasa preparando la cena de su hombre. Lo aplas-



taba, entonces, el silencio: un silencio que estaba compartiendo con Isaura, muerta por la tarde en la recámara, y tendida, después, frente a él y a oscuras, en el ataúd de madera pintado de gris que Fermín Palermo y el padre Monroy habían colocado sobre la mesa del comedor. No había querido que cubrieran con su tapa la caja sin adorno. De vez en cuando, en la penumbra, se levantaba a mirar el rostro de la que había sido su mujer y una se atrevió a tocarlo con dedos inseguros. Empezó a sentirse mejor luego de beber el cuarto o quinto vaso del coñac que Palermo había mandado traer del billar.

–Isaura . . . –La nombró en voz baja, como si la llamara.

¿Desde cuándo no alcanzaba a hacerse palabra en su boca el nombre que su memoria repetía por las mañanas? "Como en un hueco, como en una nada, totalmente indefenso". Se puso de pronto en tensión. "Cualquiera puede entrar y matarme". Había sido un error, una imprudencia, haber permitido, ordenado, que se fueran el chofer Ortiz y el mayor Fraga. Era ésa la primera vez en muchísimos años que no disponía de un equipo de especialistas en seguridad; la primera en que su vida quedaba sin guardias que la protegieran. A solas, no le importaba reconocer que estaba asustado. "Poco vale una vida que otros necesitan cuidar". Dejó el asiento y, con fingido aplomo, como si alguien estuviese vigilándolo, se dirigió al vestíbulo. "Control sobre uno mismo. Nunca dar la impresión, ante los extraños, de que se tiene temor o desconfianza. Todo, calmado. Tranquilo". Rápido, como tomándola por sorpresa, cerró la puerta que había dejado entornada para no tener que ir a abrirla cuando llegara Fermín Palermo. Conoció un poco de alivio y, como la noche aquella en que empezó su viudez, también el apremio de beber para aturdirse. "¿Para olvidar? No, ¿cómo podría? Sólo para recordar mejor".

Dejó que la Crema de Ron chorreara sin pausa hasta el borde y bebió después, también sin pausa, un trago muy largo. Sintió por un momento que se ahogaba. Inmóvil, aguardó a que la sensación de asfixia cesara. Nuevamente estornudó un par de veces. "Estoy enfermándome, es lo que sucede". Era preferible moverse, caminar, para que el frío no terminara de metérsele en los huesos. "Las rodillas, cómo me duelen con la humedad". Empezó a pasear a lentos pasos cortitos. "Estar así a solas es, me parece, la peor forma de ser prisionero". El ron estaba ya proporcionándole calor y una cierta placidez. Se encontró en el despacho. Olía a moho, a pintura, al polvo viejo de los álbumes de recortes. No alcanzaba a ver mucho a través de los cristales de la puerta: la barda de piedra, las mustias enredaderas, al brillo del agua. Por encima del reborde, el resplandor de la metrópoli. "Para ella el de mañana será un día de esperanza porque hay otro Presidente en Palacio", pensó y mientras bebía: "Un hombre que viene dispuesto a enmendar mis errores para empezar a cometer los suyos".

Se apartó porque el frío había vuelto a molestarlo. "Para Ávila Puig será mañana el primero de los días de su nueva experiencia; para mí, el segundo de ésta soledad desconocida". ¿Cuánto tiempo le tomaría acostumbrarse a su condición de ciudadano común para el que no habrá más ninguno de los privilegios que el Poder concede? Estaba seguro, "cuestión de carácter y de cojones", que él soportaría la crisis que iba a producirle inevitablemente la nostalgia de no disponer más de aquello que fue suyo, sin límite, los últimos años. Temía, sin embargo, por Armandina, que en el uso del Poder de su marido encontró siempre el mejor, el mayor, quizá el más gratificante de los goces. "Para ella sí que va a ser duro el cambio. Deberá aprender también a conformarse". ¿Podría? "Ojalá . . ."



Unos segundos después de acordarse sobre el escritorio escuchó, cercano y claro, en la calle, quizá ante la puerta de la casa, el frenazo de un automóvil y, luego, expresada con cinco definitivos toques del claxon, la mayor de las injurias nacionales: la que ofende a la madre. ¿Quién se atravía a acercarse tanto para insultarlo de ese modo? ¿quiénes agregaban ahora la estridencia de sus silbidos? ¿quiénes, en fin, huían velozmente dejando como un eco el chirrido de las llantas?

–¡Puáh! . . . –dijo entre dientes, devolviendo con el pensamiento las palabrotas que figuradas por los bocinazos habían ido a echarle por encima de la barda los que escapaban.

Volvía a sentirse intranquilo e indefenso. ¿A quién llamar para que fuera a hacerle compañía? ¿Recordaba acaso el número telefónico del doctor Monter? Por un instante consideró la idea de comunicarse con Teresa López. "Si le digo que estoy solo, que me siento solo y amiedado de estarlo, es capaz de venir aquí a pasar la noche conmigo . . . ¿Ella, en Becerra 82? ¡Nunca! Cada mujer donde le corresponde estar. Teresita, allá . . . En esta casa, sólo La Doña". ¿Y si le pidiera a algunos hombres de su escolta? "Tendría que explicarle por qué los necesito, y terminaría preocupándola de todos modos . . ."

Nuevamente lo alarmó el ruido de autos que llegaban a detenerse a su puerta. "Otra vez, los cabrones". Recordó ciertas prácticas de intimidación que él mismo llegó a utilizar. Éstos, ¿serían también elementos de la Policía Política subordinados a Marco Tulio Cimarrosa? A las injurias, ¿seguiría el rociado de las balas sobre ventanas y fachadas –no para matarlo, sólo para asustarlo? ¿o una bomba incendiaria o un explosivo de plástico? Deseo disponer de un arma. ¿Para qué? Sonó el timbre. De la cocina se alzó un apresurado rumor de sillas removidas,

al que siguió el de una carrera por el patio y la cochera. Escuchó voces. Reconoció una. Se levantó entonces, alegre casi, tranquilo ya, y fue a abrir. Entre cuatro guardaespaldas caminaba hacia él, Fermín Palermo.

–Creí que no vendrías ya . . .

Palermo lo tomó por los brazos. Seguramente había estado bebiendo, pensó Gómez-Anda, al recibir, con las palabras, su aliento:

–¡Qué día, Aurelio! . . . Hubiera querido llegar antes, pero . . . Uf . . . Coño, hace frío aquí . . . ¿Que hay de beber . . .?

Habían llegado junto al piano y Gómez-Anda le mostró lo que había sobre él.

–Sólo esto . . .

–Espera, traeré algo del coche . . . –Alzó la voz– Mayor Fraga . . .

–Se ha ido; también el chofer. Estoy solo . . .

–Iré yo . . .

El timbre del teléfono empezó a sonar cuando Fermín Palermo se dirigía a la cochera. Gómez-Anda, con cierta aprehensión, alzó la bocina.

–¿Diga . . .?

–¿El señor Gómez-Anda?

–¿Quién lo busca?

–Luis Felipe Ruz. Es urgente . . .

–El señor Gómez-Anda *no* está . . . –y colgó.

Con una botella en la mano volvía del exterior Fermín Palermo, que había ido a buscarla a su automóvil. Había engordado algo en los últimos años, pero seguía conservando terso y fresco, de hombre que lo cuida con masajes y afeites, el rostro de patricio; ese rostro de buenos rasgos que de joven lo hizo popular con las mujeres y que en la madurez de su constante soltería inquebrantable adornó tantas veces, junto al de lindas estrellas del cine, las páginas de *Sociales* de los diarios. Buscó en-



tre los vasos dos que estuvieran limpios y los llenó a medias con licor. Le entregó uno a Gómez-Anda y, luego de sentarse frente a él, propuso:

–A tu salud, señor Presidente . . .

–Hmmm.

–¿Mucha gente?

–Bastante. Los amigos de siempre . . . –Don Aurelio bebió un sorbito. Luego: –¿Qué dice el mundo, allá afuera, este primer día . . .?

–Que ha habido demasiadas sorpresas. Para empezar, el Gabinete. Luego, el discurso . . . Se *siente* que éste es un Gabinete provisional y que de él van a salir los que de alguna manera tienen relación con el aurelismo . . .

–¿Y quién no la tiene, después de diez años? . . . ¿Con quién va a reemplazar Ávila Puig a los que eche fuera? ¿pensará que se puede producir por decreto a los colaboradores de cierta calidad, de cierta experiencia, que el Presidente necesita para mantener funcionando la maquinaria del Gobierno? Si resulta problemático a veces hallar a veinte de ellos para integrar un buen Gabinete, y a cien o doscientos para que ayuden a éstos, ¿supondrá don Víctor que será fácil para él encontrar los quince o veinte mil que componen la estructura de la Administración? . . . Y según le oímos decir esta mañana, los quiere nuevos, inmaculados, sin ligas con el pasado ni maridaje con los corruptos. ¡Puáh! Algo más, Fermín: comentaría una enorme pifia el Doctor Ávila si al error de haber seleccionado a esos hombres y a esas mujeres, *provisionales* como dices que se les considera, agrega el de quitarlos después . . . Si lo hace demostrará: uno: que no supo elegirlos, lo que lo convierte en un pendejo; y, dos: que escogió a muchos pendejos, razón por la cual debe cesarlos; lo que lo convertiría en el mayor de ellos . . .

Consumido su primer coñac, ¿cuántos ya, desde el mediodía?, Fermín Palermo se sirvió otro:

–En términos generales, el discurso le ha gustado a la gente . . .

Con la lengua volvió don Aurelio a producir el pscht de su desprecio:

–Siempre agrada que alguien injurie a otro, sobre todo si el injuriado no está en condiciones de poder defenderse.

–Se espera que Ávila Puig, para cumplir lo que prometió tantas veces en su campaña y lo que hoy repitió en la Cámara, castigue a unos cuantos de los funcionarios que él llamó corruptos y corruptores . . .

–¡Moralización! Pamplinas, Fermín. Lo que hará Ávila Puig para ejemplificar, para demostrar que llega dispuesto a ir más allá de las palabras, será, ya lo veremos, echarle unos cuantos carteros a los leones. Eso hará. Eso, que es lo único que uno puede hacer cuando ocupa la Presidencia.

En franco desacuerdo estuvo Palermo:

–No irán carteros a los leones, Aurelio; yo diría, gobernadores como los Tancredo Pelufo, los Enrique Gavilán, los Alpuyecas, los Beltrán . . . Ésos irán cayendo . . .

–No se atreverá, Fermín. ¿En quién se apoya el Presidente para intentarlo? Si no cuenta con un grupo político, ¿con qué fuerza va a enfrentarse a ellos y, por extensión, a mí . . .?

–Muchas veces te he oído decir que sólo se hace de fuerza, esto es: de grupo, el que tiene los huevos bien colgados de su lugar . . . Los políticos, ¿no se unen siempre al que manda, no importa cómo se llame? Tú mismo, ¿no consolidaste tu poder como Presidente, y te hiciste de la gran fuerza que desde entonces ha sido tuya, el día que echándole cojones al asunto mandaste a viajar a don Tito Livio? Los laristas más furibundos, esos a los que él había hecho ricos y poderosos; los que lo admiraban como si fuera Dios y que sólo te obedecían después de



consultar con él si debían hacerlo, ¿no se te tiraron a los pies, olvidándose del viejo y, excepto unos pocos, negándolo? Cuando tu tío se largó, ¿quién, dime, se atrevió a desobedecer nuevamente a su sobrino?

Gómez-Anda miró críticamente a Palermo y se llevó el vaso a los labios:

–Por lo que dices, ¿debo entender que Ávila Puig se dispone a echarme?

Tras la aparente altenería de don Aurelio, Fermín Palermo percibía su inquietud; su inseguridad –un turbio temor a las represalias:

–Alguien que está igual de cerca de Ávila Puig de lo que yo estoy de ti, me aseguró esta tarde que el Presidente nada hará contra su amigo, el señor don Aurelio Gómez-Anda . . . Tengo la impresión que el Doctor Ávila se ha valido de esa persona, y ésta de mí, para hacerte llegar tales seguridades. Ávila Puig golpeará a otros, porque necesita golpearlos, aunque no te alcanzarán sus golpes. Si no le pega a unos cuantos, ¿quién va a creer en su palabra? Ofreció moralización, y un poco de ese atole tendrá que dárselo a la gente . . . Esta tarde integró en el que podremos considerar su primer acto de gobierno, una Comisión Investigadora de los Excesos Administrativos . . .

Sonrió, algo amargo, don Aurelio:

–Él, que atribuyó hoy los despilfarros de mi administración al exceso de organismos burocráticos, fideicomisos y vocalías, se estrena empezando a formar los suyos . . .

–Al frente de esa Comisión Investigadora ha puesto, como Procurador General Extraordinario, y con mano libre para manejar el hacha que cortará las cabezas, a Luis Felipe Ruz, el muchachito aquel que . . .

–Sé quién es. –Dijo Gómez-Anda, atajándolo bruscamente.

Palermo no atinó a encontrarle los ojos. Don Aurelio se había puesto de perfil y miraba algo en alguna parte.

–Aunque Luis Felipe Ruz tenga motivos de resentimiento contra ti, no creo que Ávila Puig permitirá que te moleste. Todavía hay niveles en este mundo, Aurelio . . . Créeme: a ti nadie, ni *él*, se atreverá a tocarte . . .

Volvió a estornudar inesperadamente Gómez-Anda y se le arrasaron los ojos. Luego de sonarse, indicó:

–No se atreverán a tocarme, dices . . . Sin embargo, el Doctor Ávila no perdió tiempo para disponer que se me pinchara . . . La ciudad pintada con letreros injuriosos . . . me quita la red . . . ¿A qué ir más lejos, Fermín? Media hora después de haber llegado aquí, la avenida allá afuera fue abierta a la circulación y el prado cercado con alambre de púas . . . Óyelos, Fermín, todavía están allí, trabajando . . . ¿Qué decir de la orden cancelando la guardia militar a que tengo derecho como ex-Presidente de la República que soy . . .? ¿Sabes que al mayor Pilo Fraga lo sobornaron para que también me dejara? ¡Y me sales con que nadie desea molestarme . . .!

Palermo pensó: ". . . Tal vez Ávila Puig no se atreva a golpearlo directamente. Igual lo lastimará, lo debilitará, exhibiéndolo como protector de ladrones; persiguiendo a sus amigos, a los que fueron cercanos colaboradores suyos y que no encontraron acomodo en el nuevo Gobierno . . . Irá minándolo; forzando a los que algo le deben, a negar su amistad y su lealtad a don Aurelio . . . En Los Arcos sólo de eso se habla hoy . . . Lo he oído esta tarde, porque lo decían para que yo lo escuchara. Van a matar el cuerpo del aurelismo. Se demoró unos segundos bebiendo: "Curiosamente, hay menos rencor contra Gómez-Anda que contra Armandina, sus parientes y sus protegidos. A ellos, que son cientos, y a Teresa López y a los suyos, los culpan de haber fomentado la corrupción que Ávila Puig ha prometido corregir . . . A don Aurelio



nadie le atribuye haberse enriquecido en los diez años que pasó en la Presidencia. En cambio, no le perdonan la debilidad que siempre demostró tener ante su espoa a sabiendas de lo mucho que abusaba, ni haber tolerado cuanto hizo la cínica prostituta de *La Pelos* . . . En cuanto a mí . . . Mucho, poco, lo mío y lo que he guardado para Aurelio, no podrá ser jamás rastreado. Mi negocio de ferreterías, próspero desde hace un cuarto de siglo, justifica el lujo en que vivo y las propiedades que poseo".

–Si te ausentaras un tiempo, tal vez ayudaras al Doctor Ávila a liberarse de la presión de quienes quieren usarlo para golpearte . . . Considera esa posibilidad . . .

–Mi presencia, ahora y aquí; la de un hombre dispuesto a enfrentarse a lo que venga, es necesaria, Fermín.

Tampoco en eso estaba de acuerdo Fermín Palermo. "Todo lo malo que ocurra en estos meses iniciales del régimen, le será atribuido a don Aurelio. Lo acusarán de ser instigador de conflictos y fomentador de tumultos. Lo relacionarán con quienes planteen inconformidades de cualquier género. Si estallan huelgas en los gremios nacionales para presionar al Gobierno, ¿quién es el culpable? Aurelio. ¿Quién, si los estudiantes se echan a las calles y arman escandaleras en las ciudades del país? Aurelio, que los usa como fuerza de choque contra su sucesor. ¿Quién estimula a la guerrilla urbana si hay bombazos y más secuestros? Aurelio. ¿Quién, si se especula con los víveres para encarecerlos? Aurelio. ¿Quién, si los ganaderos suspenden el abasto de carne en toda la República para forzar a don Víctor a concederles mayores cuotas de exportación? Aurelio, siempre Aurelio; que será mientras siga aquí el que reciba las descargas, el que aguante la calumnia; el que no pueda alzar la voz y defenderse porque en la prensa, en la radio, en la televisión no habrá lugar para sus palabras . . ." Dijo:

–Quedándote, ¿qué pretendes demostrar?

Por un instante le pareció a Palermo que vacilaba la lengua de don Aurelio: un titubeo muy ligero; una imperceptible lentitud en el ordenamiento de las sílabas.

–Tengo un compromiso con el Doctor Ávila Puig. El día que él y yo hablamos a solas en casa de Medina-Albert, le hice una promesa. Ausentarme en estos momentos de su despegue, sería incumplirla . . .

–¿Supones que el Presidente va a llamarte para que lo ayudes con tus consejos . . .?

Con la altivez de los viejos tiempos, Gómez-Anda miró duramente a Palermo, y Palermo entendió que el comentario lo había molestado.

El teléfono volvió a sonar y un gesto de preocupación se le marcó en la cara a Gómez-Anda. No permitió que Palermo se levantara a responder. Si era nuevamente Luis Felipe Ruz, deseaba ser él quien recibiera su voz. Quien llamaba se había equivocado.

En veinte minutos más serían las diez y Fermín Palermo debía estar en Miraflores, con Ciro Mauritius, a las once. "Tipo importante ahora, Ciro". Había trabajado para él, en su carácter de corredor de inmuebles. "El más cercano en amistad al Presidente. El que todo lo sabe antes que nadie y el que puede más que todos". ¿Quién mejor que él mismo, tan próximo a Gómez-Anda, para calcular lo provechoso que resulta haber sido patrón, luego socio, y siempre amigo de ese hombre amable y servicial, agudo y simpático, que se ligó a su vecino el Doctor Ávila Puig cuando nadie, y menos que nadie el propio Víctor, soñaba con que don Aurelio lo señalaría heredero de su cargo? ¿No era legítimo que esperara de Mauritius (a quien mantuvo siempre informado confidencialmente de las alzas y las bajas que sufrían las probabilidades de Ávila Puig a lo largo de los siete u ocho angustiosos días previos a aquél en que en Los Arcos



pronunció Gómez-Anda las palabras mayores por todos tan esperadas) la duradera recompenza de su gratitud? Esa tarde, en la Casa Presidencial invadida por miles de personas, Ciro lo buscó para rogarle que le concediera el "gran honor" de acompañarlo a beber por la noche una copa en su residencia de Miraflores. "Sólo estarán, don Fermín, además de usted si acepta, cuatro o cinco amigos que ambos estimamos: Rafael Balda y Eugenio Rebul, del Grupo Olid; Bladimiro Viderique; don Amadeo Vertiz, suegro de El Señor. ¿Vendrá?". "Con mucho gusto, Ciro. A las once". No deseaba retrasarse.

Gómez-Anda, sin expresión el rostro, colgaba el teléfono. "Veo mal, ya fuera de la realidad, a don Aurelio. ¿Creerá verdaderamente que Ávila Puig se ocupará de consultarlo? ¿Supone que va a permitirle seguir usando, a través de esos gobernadores amigos suyos, el poder que todavía le queda? Muy duro para quienes lo queremos, será hacerle entender que su tiempo ya pasó. Que éstas son otras épocas, y que también, porque ya sirven a un jefe diferente, son otros los hombres. Ojalá él logre darse cuenta. Decírselo sería muy penoso . . . ¿Comprenderá Aurelio que nada tiene que temer de Ávila Puig si se queda quieto, si se olvida de lo que fue, si se resigna a no querer serlo más? Eso espera el doctor que haga Gómez-Anda; así me lo insinuó Mauritius".

Mientras Gómez-Anda estaba al teléfono, Fermín Palermo había vuelto a servirle coñac en el vaso y, puesto ya de pie, lo esperaba para ofrecérselo.

–Es hora de volver a decir salud, señor Presidente.

–Salud, pues . . . –Después de beber indicó don Aurelio–. Siéntate y sigue contándome lo que por ahí se murmura . . .

–Me permitirás que me vaya, Aurelio . . .

–¿Tan pronto?

–Tengo una cita muy importante . . .

–¿Más importante que ésta, conmigo?

Con la efusión a que lo autorizaba una vida de amistad, Palermo lo tomó por un hombro:

–Nada hay para mí más importante que acompañarte, señor Presidente. Hoy, sin embargo, debo irme pronto . . .

Quizá no fuera fingido lo de pesaroso que había en la sonrisa de don Aurelio al comentar:

–¿También tú, Fermín?

Palermo, de un solo sorbo, bebió todo su coñac, y luego dejó ir la risa. Ocupó después el sofá, frente a Gómez-Anda. Sus rodillas casi se tocaban.

–Te dejo para seguir sirviéndote, Aurelio. Una inversión para este presente y, sobre todo, para el futuro, es no faltar a la cita con Ciro Mauritius . . .

–Ah, ¿con ese . . .?

–Debemos pensar en el más adelante. Tener amigos en el *otro* bando . . . Ciro Mauritius ha probado serlo nuestro desde hace mucho . . . Cerca como está ahora de Ávila Puig, tarde o temprano podrá sernos útil . . . –Se miraban: tratando, uno, de creer; el otro, de ser creído. Añadió: –Claro que si tú ordenas, no voy . . .

Fue Gómez-Anda quien palmeó, antes de levantarse, la rodilla redonda y fuerte de Palermo:

–No te detengo, Fermín. Ve. Quiero que vayas. Siempre hay que sumar. Más ahora, en estos días que parecen ser los de la desbandada . . .

–Vendré mañana a desayunar contigo, y a informarte . . .

–Aunque no me gustan esos lugares, tendríamos que ir al restorán de un hotel, o a una cafetería, porque has de saber que a nadie se le ocurrió dejarle algo de comer al Señor Presidente de la República . . .

–Por eso no te preocupes. Traeré lo necesario y a quien nos lo prepare . . .



Con un paraguas ya abierto esperaba a Fermín Palermo, junto al *Mercedes* en la cochera, uno de sus guardianes. ¿Por qué escondía a esa hora, tras unos lentes ahumados, los ojos vigilantes?

–Buena suerte, Fermín.

–La tendremos. ¿Quieres que te deje a un ayudante por esta noche . . .?

–No es necesario. Dentro de un rato me iré a la cama. Estoy cansado . . .

FUE APAGANDO LAS pocas luces que encontraba al paso. De todos, de su esposa y de su amante cabía esperar, y aún justificar, que lo abandonaron, pero no de Fermín Palermo al que aguardó, ansiosamente, todo el día. ¿Para cuándo, si no para esas horas de difícil soledad, es la compañía de los amigos? "Te dejo para seguir sirviéndote, Aurelio". Pobre excusa le parecía. "Como todos, también él ha corrido a acomodarse, a servirle de payaso a los que desde hoy mandan". Estaba furioso, y no tenía por qué negarlo. "¿No ha sido siempre Fermín el bufón que me divertía, mi alcahuete?" Permitió que sólo una veladora, la colocada a la derecha del piano y un tanto a su espalda, siguiera alumbrando la sala. Aunque faltaba casi un cuarto de hora para que se iniciara el noticiero de Jacinto Olmedo, encendió el receptor, pues no quería perdérselo, ni arriesgarse, a causa de un descuido suyo, a verlo ya comenzado. "Bien abandonado está uno cuando no tiene más consuelo que el de ver televisión".

Suspiró largamente al sentarse. El coñac lo entonaba y había dejado de sentir tanto el frío y la humedad. Cómo él su primera noche en la Presidencia, luego del ajetreo de la Cámara, el tumulto del besamanos en Palacio y los brindis en Los Arcos, ¿estaría Ávila Puig meditando con no poco miedo sobre la responsabilidad ya

toda suya que es tener que gobernar?, ¿se ocuparía de cavilar, igual que él lo hizo entonces, en las venganzas que podría tomarse contra aquellos que le hicieron algún daño en la vida?, ¿se habría preguntado ya si los hombres elegidos para ayudarlo en su difícil oficio de Presidente serían tan capaces como él suponía? Miró su mano alcanzar la botella, inclinar ésta sobre el vaso, y llenarlo. "Llamar al Doctor Ávila. Concertar una cita para que hablando como debe hablarse, deshagamos las intrigas que en mi contra han empezado a tejerse, y sobre todo, para que sepamos él y yo dónde pisamos . . . Si Miguel Rebul se niega a ser el que arregle la entrevista, nos valdremos del amigo ese al que Fermín Palermo ha ido a adular esta noche . . . Sí, hablar con El Señor; hablar pronto con él, antes de que lo que haga, deje hacer o decir contra mí, sea tan ofensivo que por cuestión de dignidad me resulte imposible solicitarle que nos veamos". Bebió, con labios inseguros, ya algo temblorosos, sin que le importara el desordenado goteo del licor sobre su barba, las solapas de su chaqueta negra, el pecho de la camisa, o su corbata de hilo tejida. "¿Son ingratos los que no han venido a verme hoy, estando por amistad obligados a hacerlo? Tal vez no se han atrevido a venir porque saben que se les vigila, porque temen el enojo del señor Presidente. Hombre tan celoso, el que vive en Los Arcos y recibe en Palacio . . . En mi día, ¿no me llenaba de rabia enterarme que iban a conversar con mi tío Tito Livio los que habían sido sus colaboradores, los que eran sus amigos?, ¿no les ganaba mi orejiza esa lealtad que seguían demostrándole, a la vista del mundo, al Jefe, al compañero?" Bostezó. En la pantalla del televisor se ponderaban las cualidades de las telas producidas por Textiles Olid. Bostezó más largamente.

–Buenas noches, señor Gómez-Anda –dijo una voz en el vestíbulo, y él se sobresaltó.



Al volverse los vio ya más cerca de él, confusos en la oscuridad, con sus trajes negros, sus gruesos portafolios y sus caras de enterradores. ¿Quién les había permitido entrar sin consultarlo? ¿Por qué no habían llamado a la puerta de cristales para anunciarse? El más joven de los cinco (joven, aunque su pelo fuera gris y algunos tajos de arrugas quebraran su rostro) le parecía conocido.

–¿Qué desean . . .?

El que iba al frente se acercó un poco más, y Gómez-Anda lo reconoció cuando se detuvo junto a la lámpara. El resplandor de la pantalla iluminaba a pausas variables su figura.

–Buenas noches, señor Gómez-Anda . . . –repitió y tampoco la voz, como la cara para la que no encontraba nombre, le resultaba desconocida.

–Buenas . . . –produjo, blandamente.

Don Aurelio, con el vaso en la mano, intentó levantarse de la butaca, pero el otro se lo impidió, colocándole con suave energía el índice en un hombro.

–Será mejor que siga usted sentado, señor . . .

–¿En qué puedo servirlos . . .?

Los otros cuatro, la parte superior de sus cuerpos entre la sombra, no se movieron; no demostraron siquiera haberlo escuchado. El joven de la cara vieja le ofrecía, en la punta de los dedos, una tarjeta. Gómez-Anda leyó sin dificultad el nombre porque la letra era grande, negra, y en relieve.

–Oh, sí . . . Luis Felipe Ruz. *Comisión Investigadora de Excesos Administrativos.*

Distante y respetuoso, asintió Luis Felipe Ruz:

–Desde temprano he estado tratando de establecer contacto con usted, sin conseguirlo. Vine, inclusive . . .

–Dormía cuando llegaste la primera vez. La tarjeta que mi ayudante me entregó al despertar, lo recuerdo, era otra . . . Decía . . .

–Decía, señor: Luis Felipe Ruz. *Gobernador Constitucional de Lérida.*

–Sí. Una vieja tarjeta . . .

–La de hoy, señor Gómez-Anda; véala, es otra, es nueva, y tan legítima como aquella . . . –Luis Felipe Ruz se volvió ligeramente para no impedir que don Aurelio supiera a quienes se refería–. Los señores colaboran conmigo en la Comisión. Con su ayuda, y la de otros igual de capacitados, espero cumplir a satisfacción del Señor Presidente Ávila Puig que me ha entregado su total confianza, mis difíciles y, se lo aseguro, muy ingratos deberes . . . .

–¿Gustan sentarse?, ¿una copa . . .?

El responsable de la Comisión, el que disfrutaba de poderes de Procurador Federal, rehusó a nombre de todos:

–Hemos venido a trabajar aquí, señor . . .

–Si en algo puedo ayudarlos . . .

Luis Felipe Ruz empezó a moverse frente a él, pasando y repasando a través del haz luminoso del aparato de televisión, a medida que hablaba con voz segura, sin color, sin inflexiones:

–Mi labor empieza a ser penosa, pero es necesaria . . . Me hará impopular, lo sé, pero no me importa . . . Comprometido en gratitud con el Señor Presidente Ávila Puig, he debido aceptar la responsabilidad de empezar a librar al país de los rufianes que lo saquean y de quienes lo protegen con su poder . . . Por obvias razones, el primero de esos rufianes es precisamente usted . . . El Doctor Ávila Puig me ha pedido que la acción moralizadora de la Comisión se inaugure iniciando un juicio contra el más ladrón de cuantos padecemos: El Honorable don Aurelio Gómez-Anda . . .

Bruscamente, tanto, que más de la mitad de lo que contenía se derramó y chorreó al suelo, asentó Gómez-



Anda el vaso sobre la mesa y pretendió levantarse. Otra vez el índice enérgico, la voz helada y autoritaria de Luis Felipe Ruz, se lo impidieron.

–Exijo que se me respete. Demando una satisfacción . . .

–Quédese donde está . . . –fue la orden.

–¿Con qué derecho me hablan de eso modo . . .?

–Cállese ya . . . Hemos tenido que trabajar, no a discutir . . . Como Teófilo Herrästi, ¿se acuerda usted de él, señor Gómez-Anda?, yo también tengo la manía de investigar y anotar; acumular informes y averiguar, mientras más secretas más atractivas para mí, las relaciones que existen entre las personas . . . –A una seña suya, uno de los cuatro hombres que se mantenían a su espalda colocó sobre la mesa, sin ocuparse de limpiar antes las gotas de agua, champaña y coñac, el más grueso de los portafolios que llevaban. Lo tomó, ya abierto, Luis Felipe Ruz–. Aquí se resume parte del resultado de nuestro trabajo preliminar; el recuento, señor Gómez-Anda, de sus infinitas raterías . . . ¿Supone que no hemos hablado con personas que lo conocieron en Buganvilia y a las que exigía dádivas a cambios de servicios que debían ser gratuitos? ¿Iba a escaparse a nuestras pesquisas que también en la Direccción de Censos y en la oficina sanitaria del matadero municipal aceptaba los ridículos sobornos que usted mismo provocaba que se le ofrecieran?, ¿y qué me dice, señor, del mucho dinero que no se negó a recibir, cada mes, de los comandantes a sus órdenes, cuando dirigía usted, protegido por ese otro bandolero que es su tío Tito Livio, la siniestra Dirección de Investigaciones Especiales del Ministerio del Interior, en la que ganó usted los primeros de los incontables millones que ahora le pertenecen?, ¿suponía que jamás llegaríamos a conocer sus vínculos de negocios, sus complicidades, con don Miguel Rebul, o con el más ostentoso de los bandidos de

su corte, Fermín Palermo?, ¿nos considera tan ciegos como para no haber hallado, y seguido, el rastro de las diversas fortunas que Palermo ha ido acumulando para usted, al amparo de nombres ajenos, en bancos extranjeros, en variadas empresas? . . . No sólo sus raterías hemos exhumado, señor Gómez-Anda . . . También las pruebas de sus crímenes. Permítame continuar. Todo está catalogado, señor: la sangre que ordenó que se derramara, sus rencores, sus venganzas, su crueldad . . . Sus muertos lo acusan. ¿Cómo no oírlos, señor? ¿Cómo no escuchar al general Galvarino Montes, al que obligó usted a suicidarse porque fue amante de la ahora su esposa en los días en que usted, el probo Gómez-Anda, era el untuoso correveidile de ambos?, ¿cómo no llamar a cuentas a quien dispuso el homicidio de Mundaca, el asesinato de Salud Trujillo y la atroz matanza de Contoy?, ¿olvidó para el hombre que contra los estudiantes disponía garrote y bala, y cárcel, infamia y exilio a quienes, con razón o sin ella, caían de su gracia o de la de su mujer? ¿qué trato conceder a quien ordenó al coronel Rodrigo de la Peña matar a unas docenas de colonos de La Verbena a fin de poder sacarse de encima ese peligro, esa molestia política en que se le había convertido el alcalde Alfonso Videgaray?, ¿con qué simpatía tratar al victamario de Claudio Cruz, cuyo sacrificio insinuó para poder entregarle su cadáver como obsequio a esa criminal con enaguas que fue la Presidenta Atenea Covarrubias?, ¿qué castigo imponer a quien maquinó la desaparición física del Doctor Víctor Ávila Puig, disponiendo que fuera saboteado el helicóptero que usaría en Puerto Gardenia, hacia finales de su campaña electoral?, ¿o a quien le interesaba liquidar, porque sabía de sus delirantes planes de organizar un 'golpe-de-estado-desde-adentro', era al general Teodoro Gómez, vice-Ministro de Guerra y Defensa . . .? De crímenes y despojos, de



dinero mal habido y de irritantes tolerancias, hablaremos usted y yo, señor Gómez-Anda . . . Hablaremos, es inevitable también, de su señora esposa y de la señora que es su amante . . .

–A ellas déjelas fuera . . . No las embarre . . .

–Imposible, señor. Cómplices suyas, deberán responder igualmente . . .

–Soy el único responsable de mis actos, en lo político y en lo personal, como Presidente de la República . . .

–Las dos se beneficiaron cínicamente de su cercanía a usted. Sin pudor le pusieron precio a su influencia y de ella abusaron en su propio beneficio . . . ¿Pretenderá usted alegar que desconocía sus desmanes, sus atracos, su voracidad para obtener millones y acumular propiedades? ¿Juraría que alguna vez hizo algo, cualquier cosa, para evitar que La Primera Dama, doña Armandina Gómez-Anda, se apropiara de lo que le gustaba, fuese un hotel o un rancho, un edificio o un fraccionamiento?

–Así sea el Presidente de la República, ¿qué hombre se atreve a contrariar a su señora esposa, a negarle algo? ¿No es más cómodo, para que él pueda colocar su atención en asuntos nacionales de mayor importancia, permitirle que haga negocios que, bien visto, a nadie perjudican y sí dan empleo a muchas personas?

–Tontas excusas, pobres y tontas, si me permite usted decirlo, señor Gómez-Anda, son esas . . . Su famoso y temido don de autoridad, ¿dónde quedaba? ¿contra quién lo ejercía? ¿el gobernador constitucional de Lérida, por ejemplo? ¿contra Teófilo Herrásti, el primero que lo amanazó con destapar el zambullo? ¿Por qué no contra las mujeres de su casa, de su cama? En cuanto a Teresa López, ¿por orden de quién, con el Visto Bueno de quién, se le concedían mucho de los mejores contratos del Gobierno, el último hace apenas setenta y dos horas? ¿Tiene usted idea, señor, de cuántos millones re-

cibió *La Pelos* desde el día en que usted, más por 'prestigio' que por deseo, la convirtió en su amante? ¿Se ha puesto a calcular lo que a la Nación, esto es: al pueblo: esto es, al hombre y a la mujer que trabajan, le han costado los atracos cometidos en estos diez años por Armandina, por Teresa y por los cientos, los miles de hampones que constituyen su parentela, o que ocupan un lugar en la lista de sus socios y amigos? . . . De todo eso, y de otros temas que irán saliendo a medida que desbrocemos los que he enunciado, empezaremos a hablar usted y nosotros, señor don Aurelio . . .

–Ni de eso, ni de nada, hablaré contigo, con ustedes . . . Ahora, ¡largo de aquí! Si él los ha mandado a hostilizarme, el Doctor Ávila Puig me oirá también . . . No consiento que se me injurie, que se invada mi casa para vejarme con embustes. No voy a permitir que . . . Así que . . . ¡fueraaaa . . .!

Su propio grito lo aturdió, y terminó de confundirlo darse cuenta que estaba solo, de pie y jadeante, pero solo, porque Luis Felipe Ruz y los cuatro hombres de negro que habían llegado con él, habían sido una mera invención entre dos cabeceadas. Real y humana, próxima, fue en cambio la voz que escuchó:

–¿Me hablaba, señor?

Era la mujer del guardacasa, que lo miraba desde la puerta de la cocina, las manos húmedas sobre el pecho, encogida. Una especie de sofocación trastornó un poco a don Aurelio.

–No. Puede irse.

A solas nuevamente miró el vaso. ¿En qué momento que no recordaba lo había puesto allí? ¿por qué había derramado el coñac? Sacudió la cabeza, que empezaba a sentir grande, como llena de humo. "Susto, un gran susto, el que acabo de padecer. Por las dudas . . ." Sus movimientos, lo notó al recoger la botella, eran insegu-



ros. "Demasiada revoltura: champaña, ron, esto . . ." Volvió a servirse. "Podré descansar toda la noche. Necesito dormir hasta tarde en la mañana. ¿A quién carajos le hace falta ahora que me levante temprano? ¿quién espera mis órdenes para empezar a dar las suyas? ¿Estaré emborrachándome?". En la pantalla del televisor aparecía ya la cara de Jacinto Olmedo. "Habrá que hablar lo antes posible con Ávila Puig. Neutralizar a tiempo las acciones que en mi contra se disponga a emprender". Hizo girar la perilla que controlaba el volumen y la casa, y como ella millones de casas en todo el país, fue ocupada por la voz que iba deciendo:

–El de hoy ha sido un día histórico para la República y para quienes en ella vivimos . . . –su rostro, que el país al cabo de los años había terminado por aprenderse de memoria, se desvaneció suavemente y su voz, tan popular, fue aportando pausada, clara, concisa información a lo que las imágenes mostraban don Aurelio empezó a sufrir el apremio de su vejiga. La idea de levantarse para buscar el cuartito de baño lo deprimió. Podía resistir un poco más. Bebió un sorbo. Nada le interesaba ver al Doctor Ávila Puig en el pórtico de su casa, cuyos jardines habían sido invadidos por miles de ansiosos. Quizá debió dormitar, porque lo último que recordaba haber visto no tenía relación con lo que ahora estaba presentándose en el televisor:

–Solemnísima resultó la llegada del Presidente Gómez-Anda a la Cámara . . .

En pie, los legisladores, los diplomáticos, los representantes de otros mandatarios del universo, aplaudían a don Aurelio así que recorría, rápido y seguro, el pasillo alfombrado y subía a la tribuna.

–El entusiasmo se convirtió en delirio cuando arribó al reciento parlamentario, seguido todavía por el ruidoso júbilo de una ciudad que lo aclamaba, el Presidente

Electo Ávila Puig . . . En ese momento se abrió un compás de espera, previo al instante de mayor interés de la ceremonia.

El momento de la transmisión simbólica del Poder Presidencial había llegado. Ese momento marcaba el fin de una Era y el inicio de otra . . .

En silencio la palabra, se expresaba la imagen. Lentamente, Aurelio Gómez-Anda dejó su asiento. En el extremo opuesto lo hizo también Ávila Puig. El que llegaba, acudía al encuentro del que se iba. Coincidieron en el centro de la escena: allí donde Gómez-Anda retiraría de su pecho la banda y, según la tradición, la colocara después en el de Ávila Puig. Uno frente al otro, se miraron. "Pálido y asustado, tembloroso, así estaba el cabrón", pensó. Como lo había ensayado varias veces ante el espejo del baño, Gómez-Anda tiró de la seda y la seda se desprendió sin dificultad. Ocurrió entonces algo que confundió a todos; al Presidente Electo, ya casi Presidente Constitucional, más que a nadie. Lo explicaba Jacinto Olmedo:

–El señor Gómez-Anda terminó hoy con una costumbre que ya duraba siglo y medio, y no colocó sobre el pecho del Presidente Electo la Banda del Poder . . . Se limitó a dejársela en las manos . . .

El abrazo que los unió fue breve, como si uno quemara al otro. "Un abrazo de compromiso, como sólo pueden darse dos que no volverán a ser amigos . . . El, mío, porque ya era el Señor Presidente de la República. Yo, suyo, porque empezaba a ser historia: el ex . . ."

No quería ver lo que siguió después; padecerlo nuevamente. Quizo, pero no pudo levantarse y apagar el televisor. Detenido, congelado, quedó en su asiento, los ojos en las imágenes, escuchando las primeras palabras de Ávila Puig; ésas que sobre él caían como golpes:

–Hemos sido mucho tiempo país gobernado por ladrones . . . País-botín de los políticos . . . País-vergüenza . . . Es mi propósito cambiar las cosas; hacer digno nuestro nombre . . .



Tanto como volver a escuchar esas palabras, que seguía considerando injustas y cobardes, lo encolerizaba ver que el camarógrafo lo elegía a él para singularizarlo, para señalarlo, como merecedor del castigo que a gritos prometía el Presidente Ávila Puig por ser el responsable de lo que estaba lamentándose. "Ese dedo, ese dedo pinchándome sin razón . . ."

Se encontró bebiendo lentamente, sin retirar de su boca el vaso ya casi vacío. Empezaba a sentirse mareado. Juntos, como si posaran para un borroso retrato de grupo, aparecieron los miembros del Gabinete de Ávila Puig. Sólo a dos acertó a reconocer desde esa distancia: Marco Tulio Cimarrosa, Ministro del Interior, y Andrómaco Bátis, de Construcciones Federales.

Tuvo un hipo. "Como yo en mi primer día al mirarlos como los miraba, ¿estaría el Doctor Ávila preguntándose a cuál de ellos estará obligado a entregarle dentro de cinco, dentro de diez años, *su* Poder? Desde esta noche, ¿empezará a desconfiar de los tres o cuatro Ministros que ya habrá anotado en su lista de eventuales sucesores? ¿Quién empezará mañana a buscar para sí la Presidencia que apenas su jefe ha recibido hoy?".

Dejó el vaso a un lado, pero el vaso rodó y al caer de la mesa se estrelló. "¡Puáh!". Nuevamente quiso ponerse en pie y tampoco pudo. "Voy a acabar meándome". Bostezó una vez. "Luego de tanto trajín estoy cansadísimo". Bostezó otra. Jacinto Olmedo prometía nuevos avisos comerciales. "Lo antes posible, sea por medio de Rebul o del amigo de Fermín, necesito conseguir que Ávila Puig me reciba. Debemos hablar él y yo . . . Me hará esperar. No importa. Lo que ahora me sobra es tiempo". El ruido de un jet pasó sobre la casa. "¡Puáh! Gómez-Anda volvió

a bostezar". "Estoy cayéndome de sueño". Cerró los ojos. "Hora de irse a la cama". Apoyó la barbilla en el centro del pecho. Alcanzó a pensar: "Antes, hay que apagar eso . . .". No pudo ya darse cuenta que roncaba.

*Cuernavaca, en México.*
Noviembre 1975; mayo 1977

Se imprimió el día 15 de Mayo de 1979 en los talleres de Ediciones Sol, Sánchez Colín 20, México 16, D. F., y terminado en los talleres de ENCUADERNACION SAGITARIO, S. A., Benito Juárez 92-A, México 13, D. F.

Se imprimieron 5,000 ejemplares

[*viene de la primera solapa*]

de un hombre que después de ser Presidente se convierte en el ser más vulnerable e indefenso, objeto del canibalismo político que un día lo encumbró y ahora lo hace víctima de las maniobras del nuevo Mandatario que intenta borrar todo rastro de su periodo.

Esta última obra de Luis Spota es la que hace culminar la serie *La costumbre del Poder* dándole unidad al complementarlas y explicarlas. Describe el misterio del Poder y de los hombres que lo ejercen.

**Luis Spota, nacido en México, D. F. en 1925, se ha convertido, sin lugar a dudas, en el novelista mexicano más leído. Esta obra que ahora publica Grijalbo reafirma la capacidad de Spota como** observador **nato del fenómeno político social y aún va más allá: le da un sentido.**

El primer día **culmina la tetralogía** La costumbre del poder **integrada por** Retrato hablado, Palabras mayores y Sobre la marcha **(leída ya por más de un millón y medio de personas).**

*Portada:* ENRIQUE PALOS